Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras

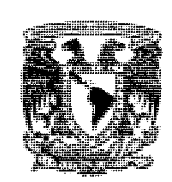


SETENTA AÑOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

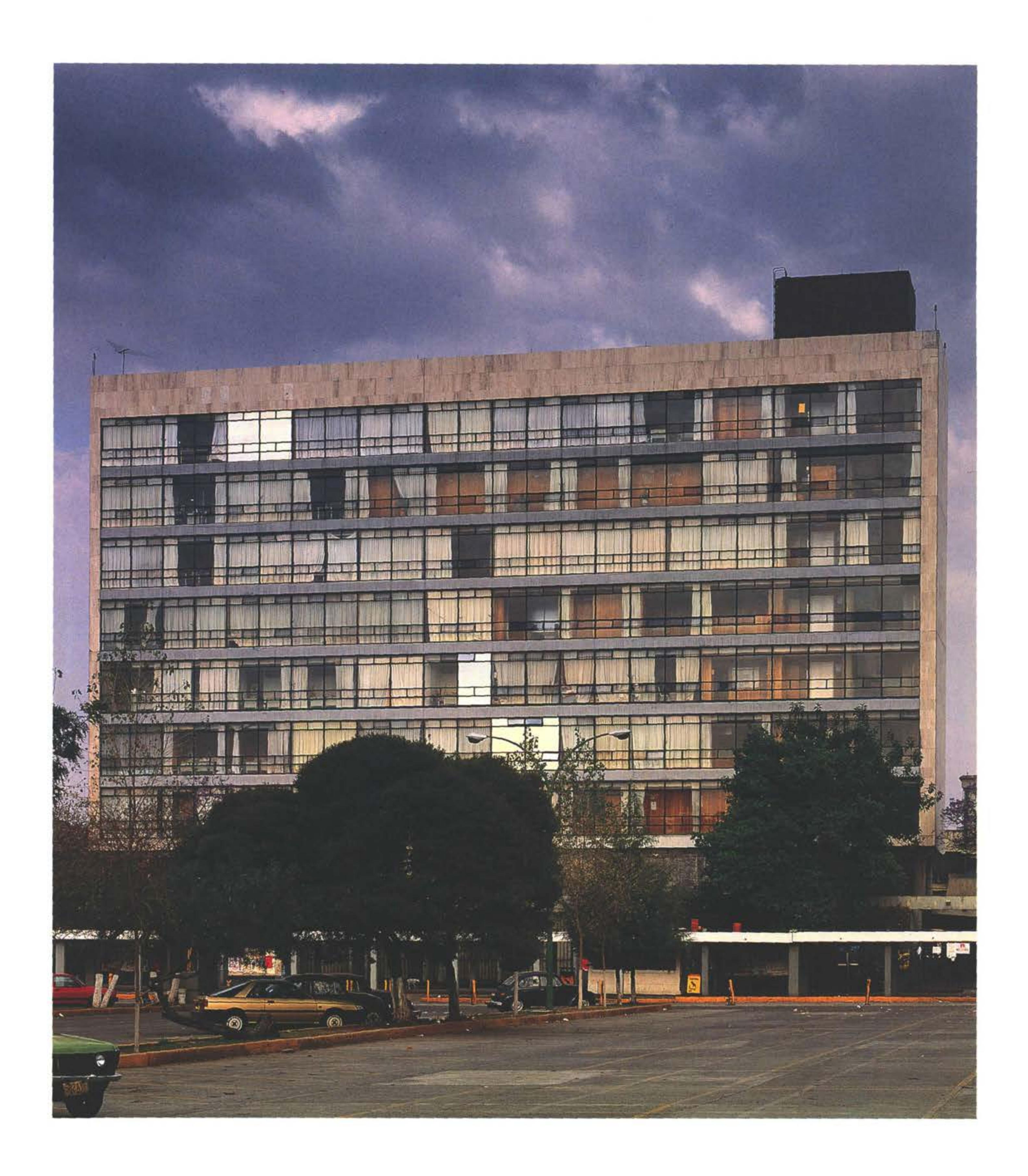
Primera edición: 1994

Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
Impreso y hecho en México
ISBN 968-36-3898-8

SETENTA AÑOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
1994



Presentación

Introducción

Ensayos históricos

Semblanza Profesores

Semblanza directores

Presentación

La presente obra, destinada a conmemorar los setenta años de la constitución formal de la Facultad de Filosofía y Letras, se subdivide en dos partes principales. En la primera se incluyen seis ensayos diversos sobre la historia de la Facultad, a partir de sus orígenes en la Real y Pontificia Universidad de México; la segunda parte comprende más de ciento setenta "semblanzas" de quienes fueron o son algunos de los más eminentes profesores, y de quienes han sido sus directores desde 1924. Este volumen reúne, además, una valiosa colección de material gráfico, como fotografías antiguas de los profesores y algunos documentos relacionados con la Facultad.

Los seis ensayos comprendidos en esta obra atienden, por diversas vías, al peculiar devenir de la Facultad, y buscan dar respuesta a algunas interrogantes acerca de sus orígenes históricos y del alcance que tuvo el "nacimiento", en 1924, de la Facultad de Filosofía y Letras. No se trata, sin embargo, de lo que sería propiamente una historia de ella; es más bien una serie de aproximaciones diversas a los momentos decisivos de esta historia, cada una de las cuales se realiza desde un distinto ángulo o perspectiva, de modo que su conjunto ofrece una especie de visión prismática en la que, casi siempre, se enfocan los mismos acontecimientos, haciéndose de ellos diferentes lecturas.

Se inicia esta sección con el ensayo de don Antonio Gómez Robledo sobre la vida y la muerte de fray Alonso de la Veracruz, y sobre su obra filosófica, que no sólo nos da una viva y nítida semblanza del gran filósofo y humanista del siglo XVI, verdadero pilar de la Universidad de México en sus primeros años de existencia, sino que a la vez permite una comprensión de la época, de sus ideas y valores, así como de algunas de sus grandes figuras.

"La Facultad de Filosofía y Letras, antiguo linaje", se titula el ensayo de Beatriz Ruiz Gaytán, quien puede considerarse como una especia-

lista en los estudios históricos sobre la Facultad. Se trata de una historia "apologética", como ella misma la denomina, en la que se propone destacar los aspectos más valiosos que, a su juicio, han reinado en los distintos momentos históricos de la Facultad, la significación y el valor de los estudios que en ella se realizan; es una historia que fundamentalmente atiende al valor de la enseñanza humanística y cuya intención es:

> [...] evocar cosas de cómo se formó y se heredó el magnífico compromiso de —con miras universales— saber leer, saber escribir, saber comprender el linaje del hombre en sus diferencias y en cada una de sus más humanas expresiones.

Beatriz Ruiz Gaytán analiza la continuidad que hubo entre la Escuela de Altos Estudios y la actual Facultad, considerando que ésta se distingue esencialmente porque

> [...] está al cuidado del engrandecimiento, renovación y transmisión de los estudios de las cosas que dan sentido, profundidad y altura finita o infinita a la existencia del género humano.

Se incluye en tercer término un ensayo de Mauricio Beuchot acerca de "Los comienzos de la Facultad de Filosofía o Artes en la Real Universidad de México". El autor atiende en su trabajo a lo que él mismo conceptúa como el momento de esplendor de la Real y Pontificia Universidad, producido en el siglo XVI, tema del cual ya se ha ocupado en otras obras.

En él se resalta la significación que tuvieron en la primitiva Universidad los estudios humanísticos, y la personalidad de tres maestros dominicos que se contaron entre los primeros profesores de la Universidad: Pedro de Pravia, Hernando Ortiz de Hinojosa y fray Francisco Jiménez, todos ellos seguidores de la filosofía aristotélico-tomista. Beuchot pone de relieve la preocupación por las cuestiones no especulativas sino concretas y prácticas en que se ocupaba esta filosofía;

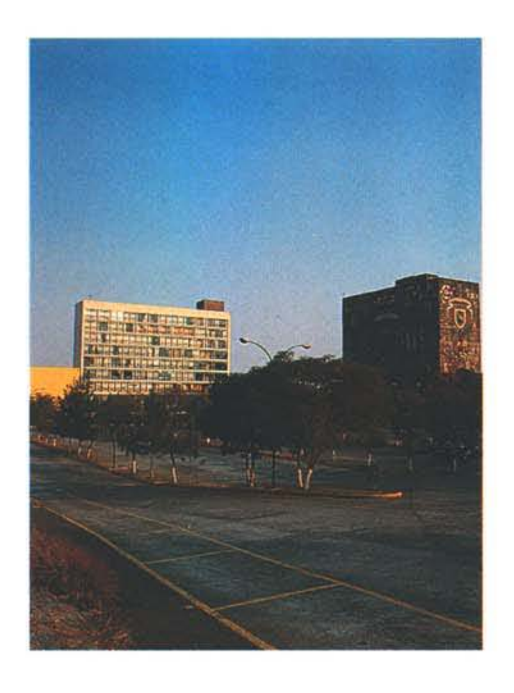
> [...] lo más importante que hemos apreciado —concluye Beuchot— es la reflexión filosófica y teológica de estos maestros tan centrada en la praxis concreta y los problemas acuciantes de ese momento.

El ensayo de Libertad Menéndez, de carácter pedagógico-histórico, es en realidad una selección, muy abreviada y compacta, de una amplísima investigación que ha llevado a cabo como tesis doctoral y que cuenta con una notable base documental, obtenida principalmente en la consulta directa de archivos y fuentes originales.



El enfoque pedagógico recae en los planes de estudio, el profesorado y los alumnos graduados y titulados. En particular, la evolución de los planes de estudio sirve como el hilo conductor que permite sacar a la luz la estructura y la transformación académica que va sufriendo la Facultad a lo largo de estas décadas. A través de dichos planes puede percibirse, de algún modo, la concepción misma de las disciplinas dominantes, la manera de entender la cultura universitaria en general y de configurarse los estudios humanísticos, en particular, dentro de la Facultad, la cual, dice Libertad Menéndez, ha estado movida por

> [...] la constante preocupación por alcanzar y conservar el nivel académico que ha permitido que egresen de nuestras aulas los más sobresalientes especialistas en el ámbito de las humanidades.



Por su parte, Gloria Villegas Moreno, en su trabajo titulado "Bajo el signo de Atenea", se propone reconstruir el proceso de gestación de la Facultad de Filosofía y Letras a partir del análisis tanto de las condiciones en que surge la Escuela Nacional de Altos Estudios, su antecesora, como de las dificultades que ésta afrontó durante sus primeros años de existencia, transcurridos en plena lucha revolucionaria.

En este proceso destacan, según Gloria Villegas, los elementos que fueron dando un perfil propio a la comunidad de Altos Estudios, posteriormente heredados por Filosofía y Letras. Entre éstos se puede mencionar la pluralidad, la defensa de espacios para el desarrollo del pensamiento y la noción de identidad comunitaria, que derivan, en buena medida, de la necesidad de autodefinir sus funciones y de legitimar su razón en el ámbito educativo-político nacional, que muchas veces le fue adverso. Este ensayo sostiene que, si bien el proceso educativo de Sierra no alcanzó a consolidarse, en Altos Estudios y Filosofía y Letras pervivió la idea de que la Universidad contase con una dependencia en la que se realizara la investigación más avanzada, la creación y recreación del pensamiento en sus niveles más elevados, y la transmisión de todo ello a la sociedad.

El último ensayo, de Margarita Vera Cuspinera, sistematiza el proceso histórico y lo define dentro de los tres principales momentos de la historia de *la filosofía y las letras*, siguiendo el hilo conductor de la filosofía. Estos momentos son conceptuados como: "el proyecto evangelizador", "el proyecto político" y el "proyecto académico".

En todo momento, a Margarita Vera le interesa destacar la naturaleza crítica, plural y liberadora de la filosofía como tal, aun tratándose del momento colonial en que la filosofía estuvo al servicio del proyecto evangelizador y no se separaba de la teología. La autora muestra, así, algunos signos reveladores del espíritu propiamente filosófico, y humanístico en general.

En particular, Margarita Vera destaca el momento del proyecto académico en el que habrán de consolidarse, primero en la Escuela de Altos Estudios y en la nueva Facultad de Filosofía, así como en la Universidad en general, sus principios fundamentales. Así, termina diciendo Margarita Vera:

> Hoy forman parte de nuestro entorno más familiar el derecho a la discrepancia, la pluralidad de enfoques, la diversidad de posiciones, la libertad de cátedra. Sin embargo, son resultado del esfuerzo de múltiples generaciones [...]

La segunda parte del libro contiene semblanzas de sus académicos, tanto los que fueron en otros tiempos, como los que son hoy sus maestros, y cuya impronta ha sido decisiva para mantener viva la excelencia académica de Filosofía y Letras.



Cabe advertir que, aun cuando ha sido posible incluir las semblanzas de más de ciento setenta académicos, es evidente que se trata sólo de una selección y que no se han incorporado quizá muchas figuras eminentes que merecerían estar también aquí. No obstante, tal selección ha procurado atender a ciertos criterios como son la categoría académica, la obra producida, la entrega a las tareas de docencia y la trascendencia de éstas en la Facultad, con el fin de dar una idea de la excelencia de los académicos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las semblanzas revelan el diálogo entre maestros y alumnos, la opinión de los pares o la del familiar cercano, ya que, entre quienes las han escrito, algunos son herederos intelectuales de los eminentes formadores que ha tenido la Facultad, otros son colegas que han conocido de cerca su trayectoria académica, o bien, personas que conviven con ellos, pero que son capaces de valorar su vida cultural. En todos los casos, son aproximaciones a la personalidad del profesor, así como a su obra y su labor docente; buscan presentar una imagen viva de su personalidad moral e intelectual. Algunas de las semblanzas, incluso, intentan rescatar las figuras de pensadores y creadores que constituyen sin duda uno de los pilares centrales de las humanidades en México y que son ejemplo de la excelencia académica en los distintos campos y áreas. El repertorio de muchos de los destacados humanistas mexicanos y extranjeros que han tenido una presencia en la Facultad es altamente significativo del sitio que ella ocupa en el mundo intelectual del país.

Estas semblanzas, en fin, constituyen un reconocimiento a la vida académica; buscan reflejar, capturar de algún modo, tanto la personalidad del profesor, como la comunidad cultural, el diálogo que se establece en las relaciones entre discípulo y maestro, jóvenes y viejos, entre colegas. Se refleja ahí no sólo la persona sino su impronta, su repercusión y la ejemplaridad de su enseñanza.

Todas las semblanzas, pues, son trazos que modelan un perfil del maestro en nuestras áreas humanísticas. De todas ellas se podría seguir un hilo del cual se va extrayendo, por un lado, la riqueza de las posibilidades del académico de la Facultad, y por otro, de aquellas notas comunes que lo hacen destacarse como verdadero profesor. Las semblanzas nos revelan, ciertamente, virtudes universales del humanista en sus vertientes de maestro y de creador.

J. G. V.



Introducción

De la Escuela de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras

Juliana González

El 22 de agosto de 1924, cinco años antes de la autonomía universitaria, el presidente Álvaro Obregón emite un decreto por el cual se instituye la Facultad de Filosofía y Letras, a partir de una significativa restructuración de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Entre otras cosas, el documento oficial dice:

> [...] CONSIDERANDO [...] que a la Escuela Nacional de Altos Estudios, debe también cambiársele la denominación [...] conviene que con dicha Escuela se forme la Facultad de Graduados y Escuela Normal Superior [...] y además la Facultad de Letras [...] Articulo 3°. Se constituye la Facultad de Filosofía y Letras [...]

¿Qué significaba realmente ese cambio de "denominación", ese "paso" de "Escuela de Altos Estudios" a "Facultad de Filosofía y Letras"? ¿Qué implicaba la "constitución" de ésta? ¿Cuándo "nace" realmente la Facultad de Filosofía y Letras? ¿Qué se conmemora en estos *setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*?

Desde luego, no se originaba en 1924 una institución que no existiera, ni tampoco el acto formal que la constituye implicaba una transformación que trajera consigo el surgimiento de algo radicalmente nuevo. Los *orígenes* de la Facultad se remontan ciertamente muy atrás. O como lo expresa Beatriz Ruiz Gaytán:

> Filosofía y letras [es ...] una institución de poca antigüedad cronológica, pero de una hondura de raíces que sólo se logra con siglos.

Las raíces coloniales de la Facultad de Filosofía y Letras están, sin duda, en la entonces llamada Facultad de Artes de la Real y Pontificia Universidad de México (fundada en 1553), y particularmente en las primeras cátedras sustentadas por fray Alonso de la Veracruz. De ahí



Escaleras del "aeropuerto" de la Facultad.

que su estatua se irguiera en el patio del edificio de Mascarones, y se encuentre ahora en el jardín central de la Facultad.

Y los *orígenes modernos* de ésta se hallan, claro está, en la Escuela Nacional de Altos Estudios, fundada en 1910, como parte esencial de la nueva Universidad Nacional de México. "Escuela de Altos Estudios" fue, en cierto sentido, el "primer nombre" de la que, en 1924, se llamaría "Facultad de Filosofía y Letras". Hay entre ambas una indudable línea de continuidad que hace difícil definir el alcance que podría tener el cambio ocurrido setenta años atrás. Aunque tampoco éste tuvo un sentido nada más nominal. El Decreto por el que se instituye formalmente la Facultad llevaba implícita la necesidad de un cambio real, cualitativo, que se irá produciendo de manera paulatina a lo largo de estas siete décadas.

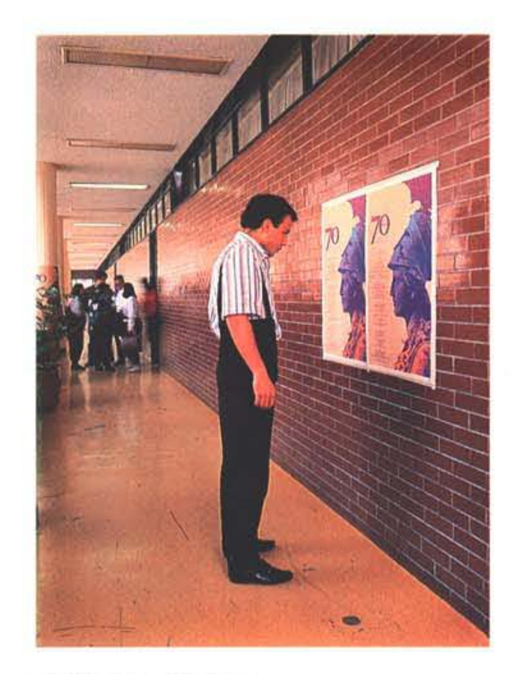
Es cierto que no son creadas en la nueva Facultad de Filosofía y Letras ni disciplinas ni asignaturas humanísticas que no existieran ya en la Escuela de Altos Estudios. Al menos estuvieron presentes las áreas básicas de *la filosofía* y *las letras*, ambas entendidas en su sentido más amplio y general que es aquél en el que quedan comprendidas, principalmente, la historia, la psicología, las "ciencias de la educación" y, desde luego, las letras clásicas, así como las modernas y las hispánicas.

Pero lo más significativo es que, tanto en Altos Estudios como en los primeros años de Filosofía y Letras, los estudios humanísticos, que son los definitorios de esta Facultad, *no estuvieron separados de otras disciplinas*, ni tampoco de otros niveles de enseñanza.

La Escuela de Altos Estudios tuvo tres secciones: Filosofía y Letras, Escuela Normal Superior y Ciencias Aplicadas (medicina e ingeniería). Coexistieron y convivieron en ella, en estrecha unidad, lo que hoy distinguimos con toda claridad: las "humanidades" y las "ciencias". Altos Estudios, en efecto, se concibió como un nivel de enseñanza especializada, y como la institución capaz de formar profesorado.

Pero esta situación no cambió en esencia al instituirse la Facultad de Filosofía y Letras. Por muchos años más, ésta siguió teniendo una composición análoga. Sólo hasta 1934 la Escuela Normal Superior deja de formar parte de la Universidad para incorporarse a la Secretaría de Educación Publica, y no es sino hasta 1938 que Ciencias se separa de Filosofía y Letras, y se constituye a su vez como Facultad. Significativamente, además, en 1934 la Facultad había cambiado su nombre por "Facultad de Filosofía y Artes", formando parte de ella los estudios de arquitectura, artes plásticas y música; en 1936 fue llamada "Facultad de Filosofía y Estudios Superiores", y sólo a partir de 1938 recobró en definitiva su actual denominación.

La movilidad es un dato notorio y constante, sobre todo en la Escuela de Altos Estudios y los primeros tiempos de la Facultad: en ellos se



Pasillo de la Facultad.

fueron dando distintas composiciones dentro de las cuales los estudios humanísticos de Filosofía y Letras no tenían definido e independizado su propio territorio y, en consecuencia, tampoco lo tenían plenamente asegurado.

Estos tiempos iniciales en que suelen entremezclarse las disciplinas tienen, a nuestro juicio, un significado ambivalente. Por un lado, no es nuevo que, en sus primeros momentos, los conocimientos se den íntimamente unificados e interrelacionados. En sus orígenes griegos o en su renacimiento en la época moderna, las ciencias naturales aparecen fundidas con la filosofía —y con las artes— y sólo tras un largo proceso se distinguen y separan.

La virtud que tienen estos momentos iniciales es que en ellos se hace expresa ante todo la unidad del conocimiento y de la cultura, revelando que no hay compartimentos estancos, cerrados ni estáticos, carentes de relaciones entre sí.

Aunque, por otro lado, también es cierto que esa primitiva unidad conlleva el riesgo de la indefinición, y de no favorecer el desarrollo específico y pleno de cada una de las áreas. En todo caso, también es inherente a la evolución histórica la tendencia a la diferenciación y a la independencia de cada una de las esferas y los campos.

En particular, *la filosofía y las letras* han tenido que luchar, una y otra vez, por su independencia y, sobre todo, por asegurar histórica y socialmente su propia razón de ser. Primero, en la época colonial, liberándose de la sumisión a la teología y a la religión; después, combatiendo las tendencias a ser absorbidas, o simplemente descalificadas, por el cientificismo o por la politización.

En el mundo moderno, cuando en 1910 renace la Universidad, y con ella es creada la Escuela de Altos Estudios, las disciplinas humanísticas se restablecen, justamente en la medida en que se supera el cientificismo positivista, en muchos sentidos contrario a las humanidades. Pero la realidad es que, en su azaroso e inestable devenir, la Escuela de Altos Estudios vio continuamente amenazada su existencia. Incluso pudiera pensarse que el hecho de que las humanidades estuvieran siempre asociadas con otras disciplinas y con otros estudios, no era sólo indicio de algo positivo sino acaso de que ellas no justificaban por sí solas su existencia, separada e independiente. Ya desde su nacimiento, la Escuela estuvo significativamente marcada por la "inutilidad", y por ende, vista como algo superfluo y costoso. En algún momento, incluso, se llegó a pensar en que se impartieran en ella estudios técnicos para preparar, por ejemplo, maestros en fábricas de hilados y tejidos, geólogos prácticos, peritos en granjas, con objeto de que los estudiantes de Altos Estudios se capacitaran en algo útil.

Pero tampoco es nuevo (ni privativo de nuestra historia) el que los estudios humanísticos vean cuestionada su existencia y que, no obs-



Pasillo de Posgrado.

tante, y a pesar de momentos de gran oscuridad, logren sobrevivir.

La amenaza tiene siempre el mismo origen: el conocimiento humanístico es considerado "inútil" y "superfluo" ya desde los tiempos socráticos: "ociosa" su indagación. Aunque hay que recordar que "ocio" se dice en griego *scholé*, de modo que originariamente se identifican "ocio" y "escuela". El *otium litteratum* es para Cicerón el "descanso consagrado al estudio". Lo "superfluo", "inútil" y ocioso es la "escuela", y sobre todo las que posteriormente se llamarán "artes liberales", equivalentes a nuestras disciplinas humanísticas.

Pero desde los tiempos socráticos también, se reconoce la necesidad de este ocio: su no superfluidad; se reconoce que, en el fondo, lo superfluo es el "negocio" (*nec otium*): el no estudio, la vida en la ignorancia de las cosas propiamente humanas, ajena a ese paradójico ocio-estudio, sólo en el cual el ser humano encuentra respuesta a la profunda y radical necesidad de su propia humanización y de acceder al mundo del sentido. Lo que no es otra cosa, resumiendo, que la (también paradójica) "necesidad" de "libertad".

Eso explica que, de un modo u otro, las humanidades sobrevivan, a pesar de la continua acusación de su inutilidad. Alguna necesidad profunda las hace renacer y mantenerse, aun en situaciones adversas. Algo radical las hace sobrevivir, algo que justamente revela que, en su cultivo, se realizan íntimas potencialidades y exigencias de la propia condición humana.

Sobreviven, de hecho, gracias a quienes ejercen por sí mismos, de manera ejemplar, esas potencialidades. Los grandes exponentes de las vocaciones humanísticas que, incorporándose al universo de las humanidades, han sido capaces de recibirlo, recrearlo, comunicarlo y, a la vez, contribuir a su enriquecimiento. Sobreviven gracias a las vidas ejemplares, a los grandes maestros que han dedicado su vida a esa "actividad de estudio", legando su significado y su grandeza; quienes han tenido la capacidad, en suma, de captar el sentido inmortal de los valores humanísticos y transmitirlo a las generaciones futuras, asegurando su pervivencia.

Nuestra Universidad y nuestra Facultad no hacen sino realizar, por cuenta propia, este destino humano universal.

Los maestros creadores de la Escuela Nacional de Altos Estudios la concibieron de acuerdo con un proyecto y unos ideales que hacían patente la clara conciencia de esta connotación de las humanidades y su intrínseca necesidad.

Sin embargo, tal proyecto original y tales ideales difícilmente pudieron realizarse en tiempos tan duros y problemáticos como fueron los del proceso revolucionario, los cuales, como es lógico suponer, afectaron de manera sensible a la Escuela de Altos Estudios. Y todavía en los primeros tiempos de la Facultad de Filosofía y Letras hay signos



Sala de profesores.

marcados de inseguridad. El más significativo es que a los tres meses de ser instituida como Facultad, fuera cerrada por falta de recursos económicos y sólo reabierta en enero de 1925, gracias a que sus maestros decidieron dar clases sin remuneración.

En general, la lucha por autodefinirse y por asegurar su destino ha sido un factor determinante del desarrollo histórico de nuestras humanidades; y lo ha sido, en particular, del proceso que abarca estas siete décadas en que la Facultad de Filosofía y Letras se ha consolidado como tal.

En efecto, rasgo distintivo de estos setenta años ha sido una marcada tendencia hacia la delimitación y definición de los campos y las áreas disciplinarias, y también de los niveles, e incluso de las funciones básicas de la actividad académica. Proceso que no se logra, desde luego, de un día para otro, pero que va a afectar en general a toda nuestra Universidad.

La fundación misma de la Facultad de Filosofía y Letras en 1924 implicaba concebir en unidad las disciplinas humanísticas como un campo de estudios con vida propia, suficientemente justificado por sí mismo. El solo cambio de nombre nacía de la idea de concentrar y unificar los estudios humanísticos, anticipando la necesidad de separarlos de otros campos y de otros objetivos y niveles de enseñanza.

Y a medida que tales estudios se fueron estructurando, que el cultivo creativo de las humanidades tuvo más continuidad y estabilidad, que su enseñanza se fue fortaleciendo con la excelencia de sus maestros y la autenticidad de su alumnos, en esa medida, la Facultad definió su propia identidad; afianzó y consolidó su sitio fundamental, adquiriendo una mayor seguridad en su destino, lo cual no significa que se hayan eliminado o vencido las amenazas. Se mantiene hasta hoy la lucha por asegurar la autonomía y la irreductibilidad de nuestras disciplinas; por hacer patente y afirmar la razón profunda de ser de la filosofía y las letras, por ellas mismas, sin asimilarse a otra cosa, sin buscar finalidades o alguna utilidad fuera de ellas.

Y a lo largo de estas siete décadas, algunos significativos acontecimientos destacan por haber contribuido de manera decisiva a la consolidación académica e institucional de la Facultad de Filosofía y Letras. Son hechos que, aunque de distinta naturaleza, pueden considerarse hitos principales en este proceso por el cual los estudios humanísticos han ido adquiriendo su propio e inequívoco estatus académico dentro de nuestra Universidad. Tales hechos han propiciado que la Facultad cumpla de manera plena sus tareas más propias, manteniendo vivo, en el mas alto nivel de creatividad, el cultivo de la humanidades, particularmente esencial en estos nuevos tiempos en que amenaza el imperio del *nec otium*, descalificándose de nuevo nuestros estudios.

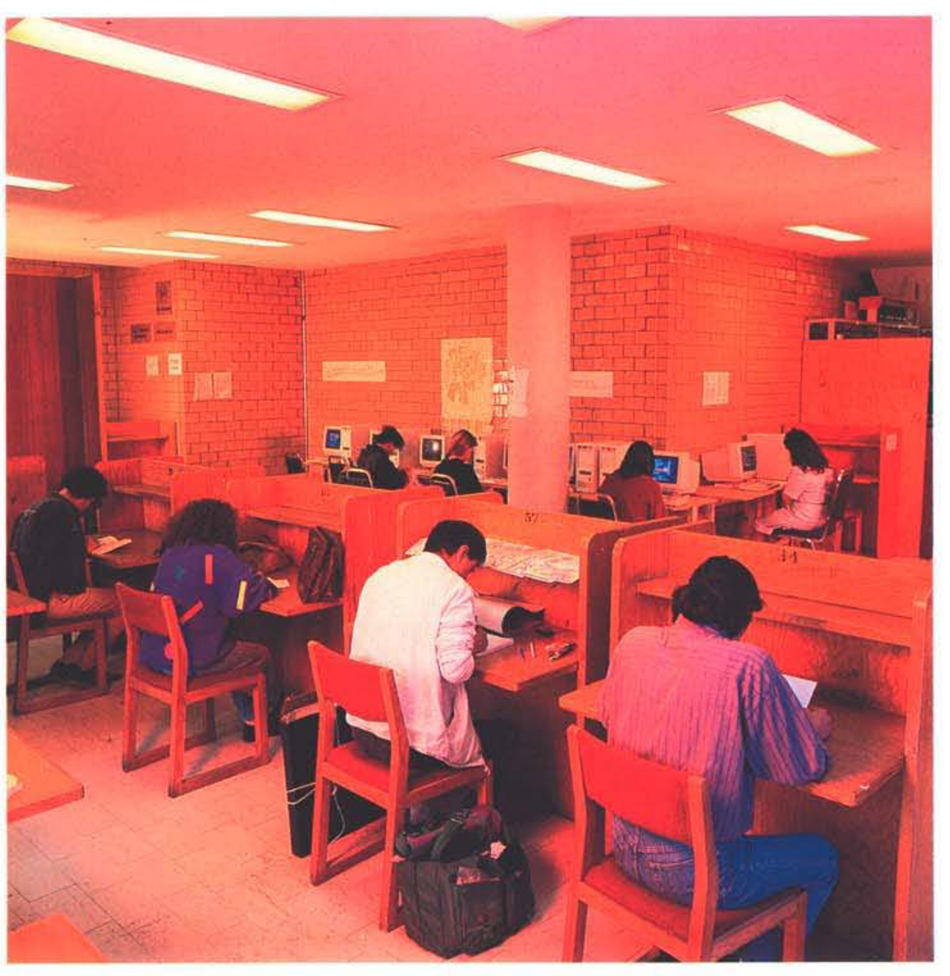
En el transcurso de estos años se ha producido, en primer término, una notable evolución en los diversos aspectos estructurales de la Facultad, que se ha hecho manifiesta en la progresiva definición y organización de sus carreras y sus planes de estudio; en la separación de unos campos o la subdivisión y creación de otros, etcétera. A todo lo cual ha contribuido de manera determinante, como es obvio, el crecimiento en el número de alumnos y, en consecuencia, de la planta académica. En efecto, si en 1924 había doscientos treinta y tres alumnos y ahora hay más de siete mil, y si entonces había treinta y cinco profesores y hoy más de mil, es lógico que la Facultad haya tenido que ir renovando sustancialmente su estructura académica y académico-administrativa.

Después de que se separaron de Filosofía y Letras la Escuela Normal Superior y la de Ciencias, se inició para la Facultad una nueva etapa con características propias, en la que tienen lugar continuas modificaciones internas, y sobrevienen nuevos acontecimientos, relevantes en su vida académica.

Decisiva, desde luego, fue para la entonces joven Facultad de Filosofía y Letras, con quince años de existir como tal, la incorporación, en 1939, de los maestros del exilio español: filósofos, literatos, historiadores, poetas, antropólogos, que empezaron a impartir cátedra y a realizar su tarea de investigación, desde su llegada a México. Es un acontecimiento de incalculable trascendencia para el país y para la Universidad en general, pero muy especialmente para esta Facultad, por tratarse de los estudios humanísticos, cultivados de manera modélica por quienes salían de sus universidades con todo un caudal de ideales y valores que en España quedaban truncos y frustrados, pero que encontraban aquí nuevos horizontes de vida. Y los encontraban porque el propio país ofrecía no sólo condiciones políticas favorables, sino un peculiar florecimiento cultural, sensible en particular a esos ideales y valores. Se produjo así un intenso desarrollo de las humanidades, caracterizado, a la vez que por su rigor académico, por su creatividad, signos distintivos con los que hasta ahora las siguen cultivando sus mejores exponentes.

Por otra parte, ha tenido singular importancia en la historia de la Facultad —sobre todo para la adquisición de su estabilidad— el contar con su lugar propio, primero en Mascarones (de 1938 a 1954) y después en Ciudad Universitaria (a partir de 1954).

Desde luego, fue importante el cambio del viejo y noble edificio de los Mascarones a la Ciudad Universitaria —hecho del que, también ahora, se conmemoran cuarenta años. El traslado representó sin duda una modificación de fondo, especialmente para esa pequeña y humanizada comunidad académica de Filosofía y Letras, que había cristalizado en Mascarones. Se trataba de algo más que de un simple traslado



Biblioteca "Samuel Ramos".

de "local", pues los espacios humanos no tienen evidentemente sólo un sentido físico o material: son espacios cualitativos, humanizados —o deshumanizados—, inseparables de todo cuanto se vive en ellos.

La edificación de la Ciudad Universitaria en general tiene significados profundos, más allá de aspectos circunstanciales y extrínsecos ligados con ella; ha sido un hecho determinante para la Universidad, de una enorme trascendencia, sobre todo si se le contrasta con sus antecedentes históricos y también con lo que ha venido después. Y en particular, el cambio fue de gran impacto para Filosofía y Letras. Con él se inició una nueva etapa, muy distinta de la de Mascarones. Quienes la tuvieron como su Facultad, guardan, indeleble, una viva memoria, asociada a una intensa nostalgia de aquel "Mascarones" de su intimidad y su vida comunitaria. Era sin duda la Facultad de otros tiempos.

Pero como quiera que se valore, lo indudable es que el cambio a Ciudad Universitaria, ocurrido hace cuarenta años, fue crucial para ese proceso de institucionalización y definición de las disciplinas y áreas universitarias. Las "humanidades" encontraron ahí su propio espacio, perfectamente definido y distinguido de las "ciencias". Reinaba al fin



Sala de cómputo.

una clara concepción de orden. Quedaban, en efecto, diferenciadas y separadas las grandes facultades universitarias: Ciencias, Arquitectura, Ingeniería, Medicina, Filosofía y Letras. Lo más opuesto y lejano de lo que fueran aquellas peculiares mezclas que reinaron en la primigenia Escuela de Altos Estudios, e incluso en la primitiva Facultad de Filosofía y Letras.

Otro hecho relevante, también de distinta índole y de suma importancia para la afirmación de la vida académica de la Universidad en general y de la Facultad en especial, fue la *creación del profesorado de carrera* (ocurrida en 1943). Ello implicaba el reconocimiento del significado y del valor de la vida académica como tal, que hizo posible dar estabilidad y seguridad a quienes se dedican de lleno al trabajo

académico, tanto en las tareas docentes y formativas como en las de investigación. Lo cual, como es claro, tenía un alcance decisivo para las carreras humanísticas, cuyo ejercicio no es propiamente "profesional", sino precisamente académico: se realiza dentro de la misma academia, que es su destino propio y natural.

Ya en sus orígenes platónicos, pertenecer a la Academia no era asistir a un recinto de estudios, sino formar parte de una comunidad y llevar una forma de vida peculiar, plenamente dedicada, en la teoría y en la práctica, a la búsqueda del conocimiento y la sabiduría. Y algo de ese remoto sentido se conserva aún en lo que implícitamente significa en general la actividad académica. Ésta no es un trabajo más; es una dedicación vital que implica continuidad, permanencia, entrega cabal, además de la incorporación a una comunidad científica, educativa o cultural. De ahí la necesidad de la seguridad institucional que hace posible tal dedicación. Pero de ahí también los rigores teóricos y metodológicos, la seriedad del compromiso, que impone la vida colegiada de la academia, lo cual no tendría sentido si ella no estuviera, a su vez, regida por ese principio fundamental de la vida universitaria, singularmente presente en la Facultad de Filosofía y Letras, que es la libertad de cátedra y de investigación, condicionante del carácter realmente creativo, dinámico, siempre plural y de continua renovación que conlleva la genuina academia.

Sin duda, las tareas de investigación tuvieron un reconocimiento inequívoco, incluso en la Escuela de Altos Estudios y, desde luego, en la Facultad, desde su fundación. Y también en esto jugaron un papel esencial tanto los creadores del proyecto de la Escuela y de la Facultad, como los profesores exiliados. Para unos y otros, la investigación creadora era inherente al trabajo humanístico, el cual no se concebía sin una participación activa, e incluso original, de sus cultivadores. Eso explica el significado especial y la importancia que desde un principio se otorgó en la Facultad a los *seminarios*, los cuales fueron concebidos para ella como el equivalente de lo que serían los laboratorios para el trabajo científico. Fueron, en efecto, pensados originalmente como pequeños núcleos de investigación para distintas áreas y disciplinas humanísticas. Durante años fue en estos seminarios donde se realizó la investigación.

Pero, como es sabido, algunos de los principales seminarios (y el llamado "Taller de arte") crecieron y multiplicaron sus trabajos hasta convertirse propiamente en centros o en institutos de investigación. En un principio, ellos estuvieron instalados en la Torre I de Humanidades, luego se extendieron a la Torre II, hasta que adquirieron nuevos recintos en otra zona del *campus* universitario.

Se produjo así un importante cambio en la trayectoria histórica de la Universidad en general, y en particular de nuestra Facultad: la se-



Aula Magna.

paración entre institutos y facultades, entre investigadores y profesores. Separación que, sin embargo, ha sido para nosotros *relativa* por varias razones: una, porque la mayoría de los investigadores de humanidades ha seguido realizando tareas docentes en nuestra Facultad, tanto en la licenciatura como en el posgrado. Son incluso notables, en el presente, las tendencias a intensificar dichas tareas, y la vinculación entre los institutos y la Facultad. Y en especial, la separación es relativa porque, dentro de Filosofía y Letras, sus profesores, sobre todo los de carrera, han continuado haciendo investigación con la misma intensidad y calidad, sin que exista una diferencia sustancial con la que se realiza en los institutos.

Y es que, particularmente en las disciplinas humanísticas, tiene primordial importancia la liga entre la investigación y la docencia, y suele haber una marcada interdependencia entre ellas; más quizá que en otras disciplinas. Y esta liga se explica de manera fundamental por las funciones propias del trabajo humanístico, que son las que definen la especificidad de la Facultad de Filosofía y Letras; esa especificidad que ella ha venido reafirmando a lo largo de estas décadas y que ha caracterizado la actividad académica de sus más destacados maestros.



Busto de Dante Alighieri.

Una de estas funciones básicas de Filosofía y Letras es, claro está, contribuir a mantener vivo el legado histórico de la cultura humanística mediante la comprensión y la comunicación de sus obras a las nuevas generaciones. Pero esto sólo es posible si no se trata de una mera información o transmisión externa de conocimientos. La obra humanística sólo pervive en tanto que es interpretada de manera original y no simplemente repetida; en que es, literalmente, re-creada.

La medida de la autenticidad y la excelencia con que se realiza la enseñanza en humanidades es la medida en que ésta se aleja de una docencia, digamos, "escolar", extrínseca y rutinaria, y se aboca a las tareas de una investigación creativa.

Pero no sólo la *conciencia histórica* —y en especial la memoria de lo mejor que ha sido y producido el ser humano— es inherente al quehacer humanista. También éste se cifra en la *conciencia directa de los hechos y los problemas* propios de nuestras diversas disciplinas y, de manera relevante, en la *conciencia crítica* del presente y del futuro.

La otra función primordial de la Facultad de Filosofía y Letras es, sin duda, la reflexión crítica sobre los grandes temas y problemas universales y nacionales, teóricos y prácticos, de la historia, del pensamiento, de la educación, de la creación artística, de la sociedad, en suma.

En este sentido, es distintivo de toda genuina "facultad de filosofía", y de la nuestra en particular, el estar a la vanguardia, proyectada hacia los temas que afectan al presente y al porvenir. De ahí las posibilidades que tiene esa conciencia crítica y creadora de percibir límites, remover inercias y generar innovaciones.

Y, en efecto, tal conciencia ha dado lugar en la Facultad a una docencia original, a la vez que a una investigación de excelencia que se ha traducido en una importante obra escrita, por la cual muchos de nuestros profesores han hecho aportaciones que enaltecen nuestra cultura, contribuyendo de manera significativa a enriquecer el campo de las humanidades.

Lo que, en última instancia, se hace en esta Facultad es ejercer las primitivas acciones de "leer", "escribir" y "pensar", en su más alto y a la vez profundo y creativo sentido.

¿Cómo separar, entonces, una auténtica actividad de docencia y formación humanística de las tareas de investigación, en los diversos órdenes en que ésta se produce? ¿Y cómo separar, por su parte, la actividad creadora, la producción original de los conocimientos humanísticos, de su esencial finalidad educativa y formativa? Además, el ejercicio de la libertad de cátedra y de investigación ha sido connatural a la Facultad de Filosofía y Letras desde sus orígenes y durante toda su historia.

Tal libertad es sin duda fuente primordial de todas las funciones creativas y, de manera relevante, de la pluralidad, del rechazo al dogma y a las pretensiones de uniformar el pensamiento y la acción. A través de su historia, ha sido nota distintiva de la Facultad la pluralidad de corrientes, de interpretaciones, de tendencias filosóficas, artísticas, históricas, metodológicas. En la medida en que ha ejercido con plenitud sus propias funciones, críticas, formativas, reflexivas e incluso de promoción de la sapiencia, la Facultad ha impulsado la pluralidad, y de manera señalada, la independencia e individuación de sus profesores y sus estudiantes, ya que otra de las características del quehacer humanístico es el papel que en éste juega el factor del individuo, de la persona. En las humanidades —análogamente a las artes— se conjuga de manera peculiar lo universal y lo individual, lo objetivo y lo subjetivo. Las ideas y los valores humanísticos tienen un sustrato individual insoslayable; correlativamente, el "sello personal" es parte constitutiva de la obra creadora y también de la misión formativa, del estilo —e incluso del método— de la docencia, la cual, justo por ello, se realiza ante todo por la vía de la ejemplaridad. El significado de la individualidad, de lo único e irrepetible, de lo cualitativo, en suma, es particularmente inseparable del universo humanístico.

Esta Facultad ha generado, en efecto, una comunidad plural, marcadamente diferenciada e individualizada.



Escultura de fray Alonso de la Veracruz.

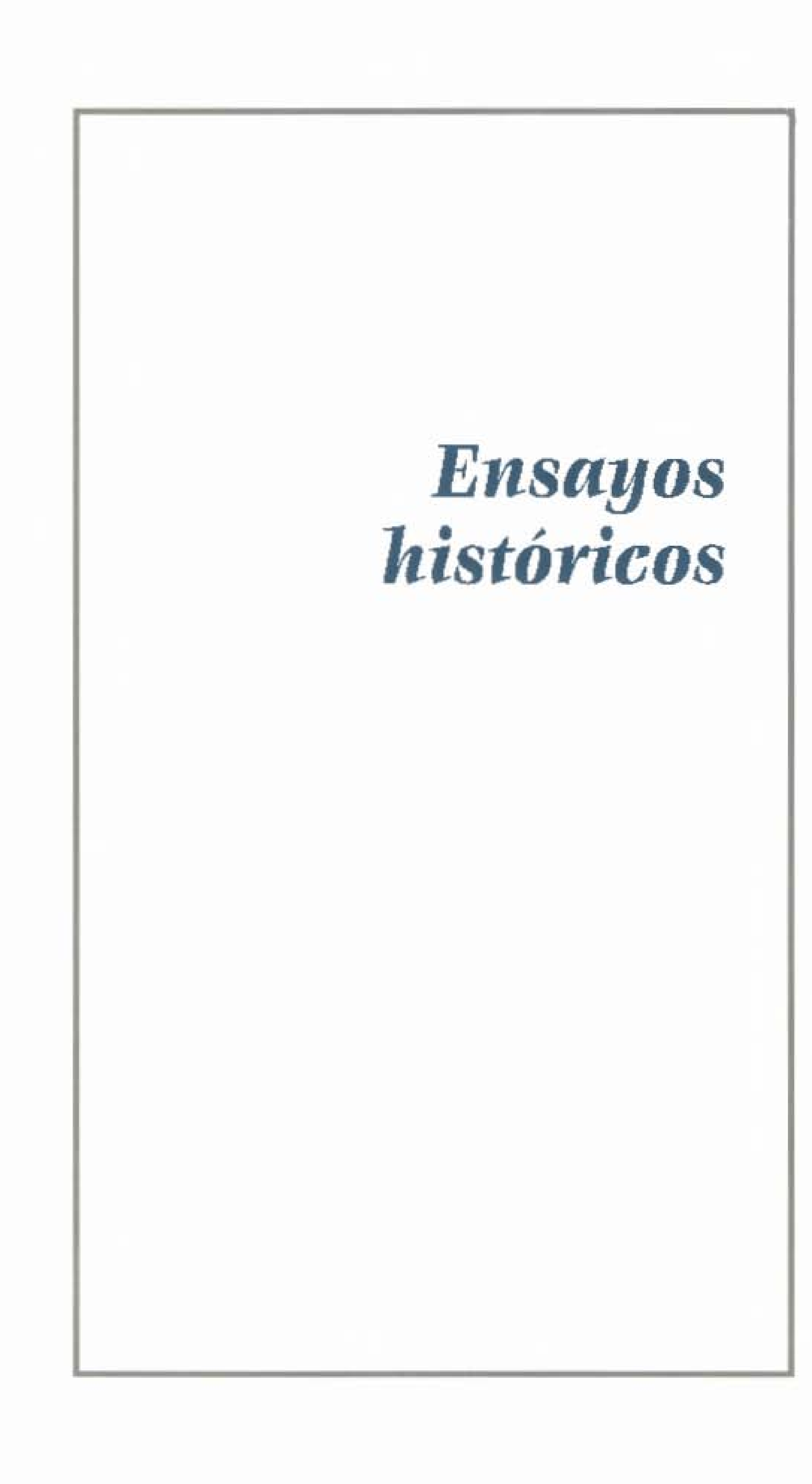
A través de su historia, así, la Facultad de Filosofía y Letras, con su noble antecedente en la Escuela de Altos Estudios, ha ido configurando una notable tradición de excelencia, sustentada por varias generaciones, en la entrega vocacional de sus eminentes maestros y eminentes creadores. Son ellos, sin duda, quienes han regido el destino esencial de la Facultad, quienes le han dado su rostro más propio. Pero no a solas: con sus alumnos, sus receptores activos, con quienes han formado una comunidad dialogante, compartiendo el privilegio, el goce incluso, del "ocio" de los estudios humanísticos. No a solas ni separados de ese vínculo esencial con el futuro que implica la educación.

Por eso, una forma idónea de conmemorar los setenta años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras es el homenaje a sus maestros eméritos: Sergio Fernández, Luisa Josefina Hernández, Juan Miguel Lope Blanch, Edmundo O'Gorman, Adolfo Sánchez Vázquez, Carlos Solórzano y Leopoldo Zea.*

Aunque también el reconocimiento ha de hacerse extensivo a los investigadores eméritos de los institutos de humanidades y profesores de otras facultades, que son asimismo profesores de Filosofía y Letras, y en este sentido, también sus eméritos: Jesús Aguirre Cárdenas, Ángel Bassols, Helena Beristáin, Rubén Bonifaz Nuño, Miguel León-Portilla, Ida Rodríguez Prampolini, Fernando Salmerón, Ernesto de la Torre, Luis Villoro, Ramón Xirau.

Y permítaseme también, para terminar, hacer memoria de otros grandes eméritos de las humanidades, fallecidos en los últimos años: Eduardo Nicol, Eli de Gortari, Wenceslao Roces, Juan Antonio Ortega y Medina, Jorge A. Vivó, Eduardo García Máynez y Carlos Bosch.

*Para la fecha de cierre de edición de este volumen, el emeritazgo de la doctora Margo Glantz se encuentra en proceso de ser aprobado por Consejo Universitario.



Ensayos históricos

Vida y obra de Alonso de la Veracruz*

Antonio Gómez Robledo

Vida y muerte

Alonso Gutiérrez (así se llamó en el siglo) nació en 1507 en Caspueñas, un villorrio ubicado en la actual provincia de Guadalajara. De condición económica desahogada, los padres de Alonso quisieron dar a su hijo la más esmerada educación, a cuyo efecto, no bien terminadas las primeras letras, le enviaron a estudiar humanidades a la Universidad de Alcalá de Henares, recién fundada entonces (1508) por el omnipotente cardenal Jiménez de Cisneros.

En Alcalá cursó Alonso el ciclo humanístico del *trivium* medieval: gramática, retórica y dialéctica, y aunque no tenemos mayores pormenores de su paso por aquellas escuelas, todo permite suponer que el joven estudiante habrá oído a los más famosos profesores del plantel, entre ellos Antonio de Nebrija, considerado como el padre del Renacimiento español.

Terminados sus estudios humanísticos en la Universidad complutense, marcha nuestro biografiado a Salamanca, para seguir en la Universidad del Tormes los cursos de Filosofía (artes) y Teología. Tuvo así el privilegio, envidiable por cierto, de haberse formado en las dos universidades más ilustres de España, y cuya emulación recíproca, además, redundaba en el mejor incremento de cada una.

Según nos dice García Icazbalceta *(Bibliografía mexicana del siglo* XVI) resumiendo la información de los viejos cronistas agustinos, "graduóse nuestro fray Alonso [aunque no era fraile aún en aquel momento] en teología y ordenóse de misa".

Después de haber tomado aquel grado y recibido las órdenes leyó Alonso Gutiérrez con general aplauso un curso de Artes en la misma universidad salmantina, y pronto calificó entre los jóvenes maestros más renombrados de aquella benemérita institución. El duque del In-

fantado le confió, a él personalmente, el cuidado y educación de sus hijos, con el deseo de llevar así a su mejor término la instrucción recibida en las aulas. Por este camino de catedrático eminente y preceptor de príncipes (o de grandes de España) pudo haber proseguido el padre Alonso Gutiérrez, de no haberse interpuesto otros factores que, en cierto momento, imprimieron un viraje intempestivo a su vocación.

Lo mejor, sin embargo, de la experiencia salmantina del nuevo sacerdote fue el magisterio vivo que recibió de Francisco de Vitoria, gloria de la teología escolástica y fundador del derecho internacional moderno. Más aún, y por lo que diremos después, es de creerse que la relación entre ambos de maestro y discípulo, pasó a ser una de estrecha amistad, por lo que el discípulo pudo penetrar en el mensaje más íntimo del magisterio vitoriano.

Todo esto, una vez más, hemos de documentarlo más tarde, y por lo pronto limitémonos a decir que el maestro Vitoria pudo estar detrás de Alonso Gutiérrez no sólo en su formación teológico-jurídica, sino en su futura vocación misionera, la que lo trajo a México para compartir con nosotros su destino hasta el día de su muerte. La conjetura fundaríase —así lo dice el padre Prometeo Cerezo de Diego—[1] en el hecho de que, con la mayor probabilidad, Alonso habría estado presente en el solemne acto académico en que el maestro Vitoria, mediando el año de 1535, pronunció su relección titulada "De aquello a que está obligado el que llega al uso de razón" *(De eo ad quod tenetur veniens ad usum rationis)*.

> El tema de la relección —continúa diciendo el padre Prometeo— planteaba el acuciante problema religioso, motivado por el descubrimiento de América, de la salvación de tantos infieles como se afirmaba que allí habitaban, de la responsabilidad de todos por tantas almas como se perdían y de la necesidad de estimular el celo misionero para que hubiera quienes generosamente se trasladaran a aquellas tierras a predicarles la fe cristiana.[2]

Sea, en fin, el que haya sido el germen de su vocación misionera, lo cierto es que el joven clérigo solicita ser admitido en la "tercera barcada" de agustinos que zarparon de Sevilla rumbo a México y desembarcaron en la Villa Rica de la Veracruz el 22 de junio de 1536.

Habiéndose enamorado, durante la travesía, de la orden agustiniana, Alonso Gutiérrez decidió, al llegar a aquel puerto, entrar en dicha orden, apellidándose desde entonces, por el lugar donde tomó el hábito, Alonso de la Veracruz. De allí pasó a México, a donde llegó el 2 de julio de 1536, y donde igualmente, terminado el año de noviciado, hizo su profesión solemne.

No estuvo fray Alonso mucho tiempo en México. Siguiendo lo que entonces era costumbre general, le enviaron sus superiores tierra

adentro, a Michoacán, "a deprender la lengua de los indios" y a doctrinarlos. En breve tiempo supo la lengua tarasca, y de su labor apostólica en tierras michoacanas no hay sino que decir que por su iniciativa y dirección, en el tiempo de su provincialato, fundáronse los monasterios de Cuitzeo, Yuriria, Guayangareo (luego Valladolid), Cupándaro, Charo y Jacona, enormes construcciones en que no sabe uno qué admirar más, si la ponderosa mole o la delicadeza de ornato.

De la experiencia michoacana de fray Alonso es de destacarse, en lugar de honor, su magisterio de Filosofía y Teología en el Colegio de Tiripitío. No habrá sido, como quieren ciertos michoacanos, la primera Universidad de América, pero sí la primera Casa de Estudios Mayores, con lo que basta y sobra para la gloria del Colegio y la de sus maestros. A él concurrían no sólo religiosos, sino también laicos, entre ellos Su Alteza don Antonio Huitziméngari Mendoza y Calzonzin, hijo del último e infortunado rey de los tarascos. Dicen que don Antonio fue quien le enseñó a fray Alonso el tarasco, por lo que ambos fueron, simultánea y recíprocamente, maestro y discípulo. A Nuño de Guzmán, verdugo del padre, sucedía, para la ventura del hijo, la luz y caridad de fray Alonso. En esta dicotomía, del mayor claroscuro, está toda la conquista española.

No sólo como intelectual, sino como hombre de gobierno, se acreditó pronto fray Alonso por aquellas regiones; y fue así como el obispo de Michoacán, don Vasco de Quiroga, al querer partir a Europa para asistir al Concilio de Trento (aunque de hecho nunca llegó a ir), dejó encomendado a fray Alonso el gobierno de su diócesis, por los nueve meses que duró su ausencia. Gran amistad debió de haber entre ambos, ya que sin el apoyo del gran obispo no hubiera podido fray Alonso fundar todos los conventos de que hemos hecho mención.

Como intelectual, como hombre de gobierno y, por último (aunque para él era lo primero) como religioso, sobresalió fray Alonso en sus años pasados en la región michoacana. "En breve tiempo —dice el cronista Grijalva— supo la lengua tarasca, en que fue gran ministro, predicándoles y enseñándoles con gran fervor y continuación, y fue el que primero los dispuso a recibir el santo sacramento de la eucaristía",[3] esto último, como es fácil entenderlo, superando tenaces resistencias de muchos teólogos que se negaban a dar plena apertura a los indígenas en los misterios del cristianismo. Para fray Alonso, por consiguiente, la población nativa no cedía a la población adventicia en ningún aspecto del ejercicio de la inteligencia, así en el orden natural como en el sobrenatural.

En opinión de Beristáin y Souza,[4] desde el principio, "luego que profesó [fray Alonso] comenzó a esparcir por todas partes los resplandores de su virtud y doctrina". Su hora cenital, sin embargo, la alcanza con su magisterio en la recién fundada Universidad de México, la que des-

de 1537 estaba procurando el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, quien en aquel año le pedía al emperador "establecer y fundar en esta gran ciudad de México una universidad en la que se lean todas las facultades que se suelen leer en las otras universidades y enseñar, y sobre todo, artes y teología". Lo que se reclamaba, en suma, cuando apenas si se estaba integrando, en población y traza, la ciudad capital, era la organización del saber y del saber más alto que era, en el orden natural, la filosofía (el curso de Artes como entonces se decía) y en el orden sobrenatural, la teología. Con tan alta estrella nacimos los mexicanos a la vida intelectual.

A Zumárraga no le alcanzó la vida para ver coronados sus deseos, pero en 1551, el 21 de septiembre, cuando había ya fallecido el gran obispo, el príncipe-regente don Felipe, con los poderes omnímodos que le había conferido su padre el emperador, firma en Toro tres documentos reales por los que autoriza la fundación de la Universidad, con los mismos privilegios y franquicias que la Universidad de Salamanca, con lo que era imposible encarecer más la dignidad —*prima inter pares*— de la Universidad de México.

Un bienio más o menos hubo de transcurrir aún para que pudiera echarse a andar la nueva universidad, hasta que finalmente, el 25 de enero de 1553, fiesta de la conversión de san Pablo, tuvo lugar la solemne inauguración en una ceremonia a la que asistieron el virrey y demás autoridades civiles y eclesiásticas, con lo mejor de la nueva *élite* cultural mexicana.

Pocos meses después, el 3 de julio, empezaron las clases, con la oración latina que pronunció el gran humanista Francisco Cervantes de Salazar.[5] Ese mismo mes inició sus lecciones el padre De la Veracruz, en la cátedra de Sagrada Escritura que se le había encomendado, con las epístolas de san Pablo. Con el tiempo leyó igualmente Artes y Teología.

Sobre el magisterio de fray Alonso en la naciente Universidad de México, donde fue uno de sus maestros fundadores, dejaremos la palabra al historiador de la Iglesia en México, padre Mariano Cuevas, quien se expresa en los términos siguientes:

> La mayor parte de los [primeros profesores] de la Universidad mexicana, fueron personajes decorativos. Las verdaderas columnas de ella por su mérito personal y por su eficaz trabajo, fueron, en primer término, el P. Veracruz, para quien Cervantes de Salazar tuvo estas bien merecidas frases: "el más eminente maestro en artes y en teología que haya en esta tierra, y catedrático de prima de esta divina y sagrada facultad; sujeto de mucha y varia erudición, en quien compite la más alta virtud con la más exquisita y admirable doctrina". No fue fray Alonso Rector de la Universidad, como alguien ha asentado, pero hizo por ella más que si lo fuera. Él dio la nota de sincera ciencia

> a los estudios, y no sólo en la Universidad, sino en toda la Iglesia y virreinato de Nueva España, él era el hombre de consulta en los casos arduos y que suponían ciencia y virtud.[6]

El mismo Cervantes de Salazar, fundador del humanismo mexicano y una de sus mayores lumbreras, completa el elogio de fray Alonso, en lo tocante a la parte moral, con estas palabras: "Según eso es un varón cabal, y he oído decir además que le adorna tan singular modestia, que estima a todos, a nadie desprecia, y siempre se tiene a sí mismo en poco".[7]

Con todas las virtudes que de él quieran predicarse, lo más sobresaliente en fray Alonso, a mi modo de ver, fue la pasión intelectual, el afán de saber. Con cuatro horas de sueño según el testimonio de sus primeros biógrafos, el resto de la jornada, con excepción del tiempo que le llevaban sus deberes religiosos, de gobierno y de la cátedra, lo dedicaba al estudio: "lo demás lo gastaba en leer libros", según dice Basalenque. Y su más antiguo biógrafo, fray Juan de Grijalva, dice por su parte lo siguiente: "No lo tenga a encarecimiento el que lo leyere, porque escribimos lo que todos hemos visto. Ningún libro hay en San Pablo ni en Tiripitío que no esté rayado y marginado, desde la primera hoja hasta la última, de su letra". Al regreso de un viaje que hizo a España, trajo consigo sesenta cajones de libros, con los cuales, más los que ya había, formó las primeras grandes bibliotecas que hubo en la Nueva España. En estado de *vigilia* todo el día, ávido de aprender más y más, gustaba de repetir lo que parece haber sido su divisa favorita: *Habete rationem temporis*: "Tened cuenta del tiempo".

La independencia de juicio, uno de los más ciertos distintivos de todo intelectual auténtico, rayó muy alto en la conducta de fray Alonso, como lo demuestra la anécdota que nos ha sido transmitida por el mismo Grijalva, y que reproducimos en el sabroso texto del cronista:

> Cuando el tribunal de la Santa Inquisición prendió al padre maestro fray Luis de León, por aquellas proposiciones que tan mal sonaron en España, llegó acá la nueva con toda aquella ponderación y sentimiento que el caso pedía. Escribieron que habían condenado las proposiciones todos los grandes hombres y todas las universidades, no sólo de España, sino de Italia y de Francia, y que el padre maestro fray Luis de León estaba tan pertinaz que todavía quería defenderlas, de que nuestra religión estaba cuidadosísima y muy lastimada. Y llegado a leer las proposiciones, dijo el padre maestro Veracruz sin alterarse: *Pues a la buena verdad, que me pueden quemar a mí, si a él lo queman, porque de la manera que él lo dice lo siento yo*.[8]

A fin de vacar a la vida intelectual con el mayor desembarazo posible, fray Alonso rehuyó sistemáticamente toda suerte de dignidades

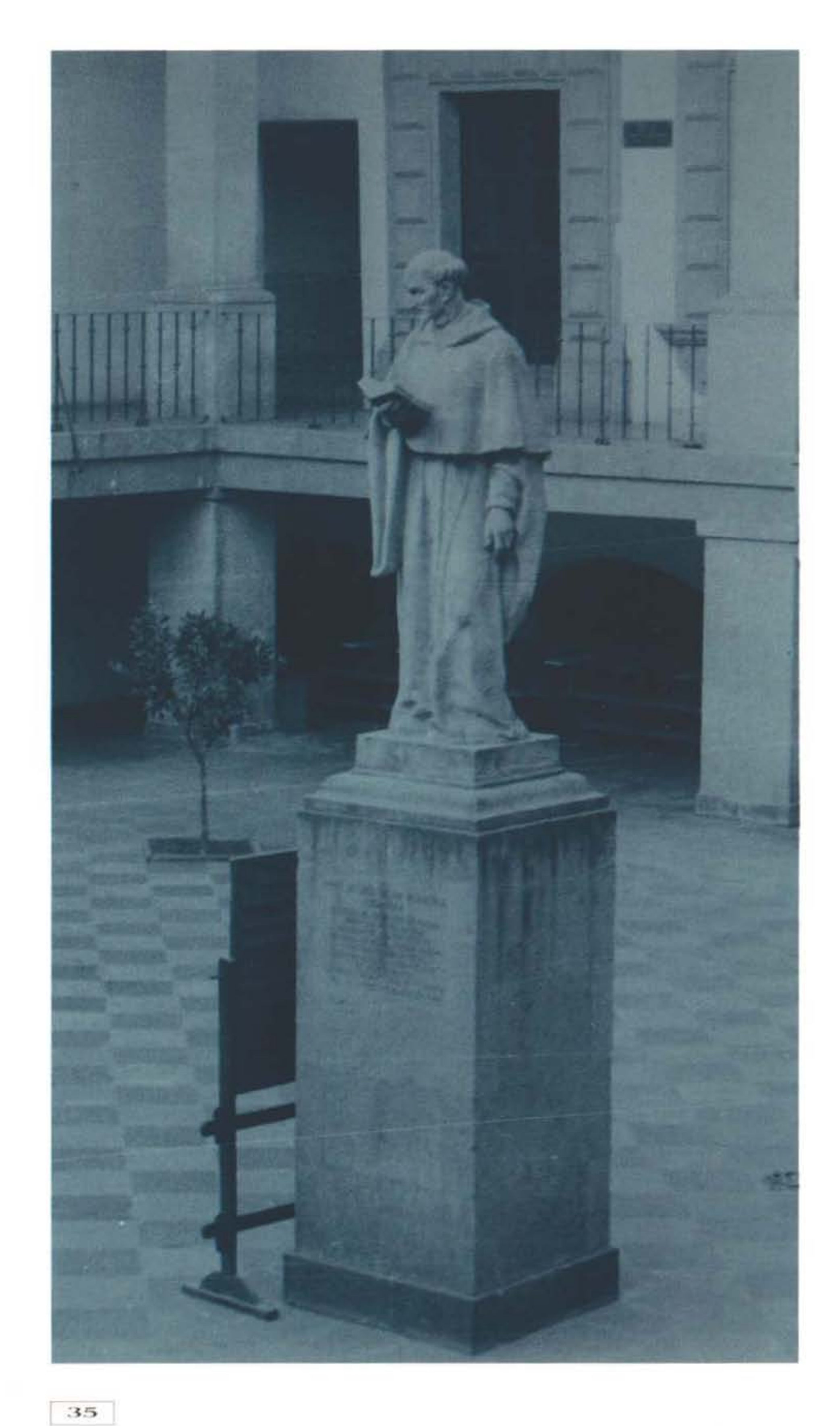
eclesiásticas, y cuanto más altas con mayor energía. En el tiempo de su rectorado en Tiripitío, recibió un buen día, directamente del emperador Carlos V y del papa Julio III, su nombramiento como obispo de León de Nicaragua. Abrió la carta en presencia de todos los religiosos, y al enterarse de su contenido, aunque guardándolo para sí mismo, se le escapó la imprecación del salmista: *"Ab ore leonis libera me, Domine"* (de las fauces del león, líbrame, Señor). Entróse luego en su celda y sin dudar un punto, envió al príncipe regente (el futuro Felipe II) esta alta y firme respuesta:

> Vuestra Alteza [...] yo no acepto la dignidad ni quiero el obispado, ni éste ni otro, ni agora ni en algún tiempo [...] no es menester alargar palabras de que Vuestra Alteza tenga creído y por muy persuadido que por ninguna cosa criada ni mando de ninguno bastará, mientras Dios fuere servido de me guardar el juicio, a aceptar el cargo de obispado, ni éste ni otro alguno. Por tanto, Su Majestad y Vuestra Alteza provean luego de pastor aquella Iglesia, y para lo de adelante, no se pierda tiempo en enviar a nombrar a quien no lo ha de aceptar.

No fue ésta la única mitra que rechazó fray Alonso, sino también, según lo dice el cronista Basalenque, las de Puebla (o Tlaxcala, según Grijalva) y Michoacán, para las cuales no hubo nombramiento formal, pero que le fueron ofrecidas por el presidente del Consejo de Indias, licenciado Juan de Ovando, quien seguramente tenía todo el poder para obtenerlas.

Los azares de aquellos tiempos no le depararon al maestro agustino toda la quietud y sosiego que hubiera deseado para dedicarse por completo a ese "diálogo interior y silencioso del alma consigo misma", en que consiste, según Platón, la vida intelectual. Aparte de sus quehaceres en su orden y en la Universidad, vióse envuelto, inevitablemente en la querella librada, por aquellos años, entre la jerarquía novohispana y el clero regular, y de la que don Joaquín García Icazbalceta, en su biografía de fray Alonso, da cuenta en los términos siguientes:

> Desde los primeros tiempos de la conquista, habían gozado en México las órdenes religiosas grandes privilegios concedidos por diversas disposiciones de los pontífices, y ejercían la administración espiritual de los indios con total independencia de los obispos. Aquellos privilegios habían sido necesarios en su época, no sólo por la falta de clero secular, sino también porque, mientras se entendía en la conversión de los indios, eran considerados éstos como neófitos, y no convenía mudarles gobierno y administración; pero andando el tiempo y afirmados muchos en la fe, los obispos llevaban pesadamente tan amplias exenciones, que, a la verdad, eran un gran estorbo para el buen regimiento de sus diócesis. De ahí nacían continuas competencias de jurisdicciones que agriaban los ánimos.



Escultura de fray Alonso de la Veracruz, al centro del patio de la Casa de Mascarones.

Una competencia de este género, al ventilarse, según comenta el padre Cuevas, entre españoles de sangre caliente, hubo de llegar a extremos tales, que Felipe II, bien enterado de todo, dijo en cierta ocasión: "Hoy día me certifican que hay desafíos entre ellos, llevando el negocio como si fuera entre soldados". Así era, en efecto, ya que a la pasión de los regulares por defender sus privilegios, correspondía en igual medida el impetuoso arzobispo de México, don fray Alonso de Montúfar, el cual se propasó hasta acusar de hereje a su tocayo el De la Veracruz; cargo que pretendió fundar con ochenta y cuatro proposiciones de este último, y que el primero transmitió, para su consideración, a la Inquisición de España.

Estas proposiciones, o buena parte de ellas en todo caso, las tomó el arzobispo del tratado *De decimis*, escrito por el padre De la Veracruz, y que su autor leyó y comentó, en su cátedra de la Universidad de México, en 1555. El punto más vivo de la controversia, en efecto, era la cuestión del pago de los diezmos eclesiásticos, que los indios debían pagar, en opinión de la jerarquía, al igual que los criollos y los peninsulares. A esto contestaban los religiosos que, toda vez que por otros muchos caminos sustentaban los indios a sus ministros, o sea con su trabajo y otras prestaciones en especie, no había por qué imponerles la carga adicional de los diezmos, y máxime teniendo en cuenta que los diezmos iban a dar a un clero, el secular, que no evangelizaba a los indígenas, ya que su doctrinación era asunto exclusivo de las órdenes religiosas.

Por más que en otros puntos de la disputa pudiera tener razón la jerarquía, en lo de los diezmos tiene que estar toda nuestra simpatía en favor de los indios, tan oprimidos ya por tantos otros conceptos, y de sus defensores, cuyo caudillo y abanderado fue, en aquella coyuntura histórica, el maestro Alonso de la Veracruz. Sobre él, más que sobre ningún otro, descargó sus iras el arzobispo Montúfar, cuyas intrigas en la Corte tuvieron por resultado el que, por real cédula de 4 de agosto de 1561, fuese fray Alonso llamado a España. En México se interpretó el llamamiento como censura, aunque, como anota García Icazbalceta, "la cédula no mostraba disfavor, pues sólo expresaba que el rey quería ser informado de cosas tocantes a su servicio".

En España estuvo fray Alonso once años, de 1562 a 1573: tanto tiempo llevaba entonces el arreglo de cualquier asunto de cierta magnitud, con todas las dilaciones y enredos de la Corte. Batallador y diplomático (se llevan muy bien ambas cosas) acreditóse en aquella ocasión fray Alonso. No era nada fácil, en aquel momento, el triunfo de su causa, ya que los decretos del Concilio de Trento, recientemente reunido, restringían en mucho los privilegios de los regulares, y señaladamente disponían que estuvieran sujetos al Ordinario en el ejercicio de la cura de almas. A pesar de todo esto, fray Alonso logró que, por Breve del

papa san Pío V, se derogasen para los indios los decretos del Concilio, restaurándose los privilegios de las órdenes religiosas. Fray Alonso se apresuró a hacer imprimir, en miles de ejemplares, el Breve pontificio, y a hacerlo circular en México y en las demás posesiones de España en América. Puesto a pelear, sabía pelear.

Con este triunfo volvió a México, donde aún tuvo vida y actividad por diez años más. Su muerte, acaecida por el mes de julio de 1584, fue de gran serenidad, como lo deja ver el relato de Grijalva: "Cuando el médico lo desahució, le dijo: 'Padre maestro, esta noche cenará con Dios en el cielo', y respondió él con las palabras del *Apocalipsis 'Et ibi non erit nox'* (y allí no habrá noche)". Ni en el último trance dejaba pasar un desliz cualquiera, por insignificante que fuese, el profesor de Sagrada Escritura.

Halláronse en su entierro el arzobispo-virrey don Pedro Moya de Contreras, la Audiencia Real, el claustro universitario y las órdenes religiosas, con gran concurso de gente de todas clases y condiciones.

Si algo me faltó decir, que lo diga con su reconocida autoridad don Joaquín García Icazbalceta:

> A tanta doctrina juntaba Fr. Alonso una sólida virtud, una profunda humildad, una extremada pobreza y lo que es más extraño en hombre tan sabio y versado en negocios arduos, un candor y una sencillez admirables en las cosas del trato común, indicio de ánimo limpio y corazón sano.

Éste fue el hombre, y ahora pasemos a su obra.

La obra filosófica

Fray Alonso de la Veracruz fue un escritor muy prolífico, y si hubiéramos de ocuparnos de todos sus escritos, nuestra tarea sería punto menos que interminable. Aquí y ahora, sin embargo, a los efectos de una presentación antológica de su pensamiento en lo que pueda ser de mayor interés para el lector laico de hoy en día, nos parece que podemos prescindir de su producción puramente teológica o eclesiástica, para concentrarnos exclusivamente en su obra filosófica y jurídica, primero la publicada en vida de su autor, y en seguida la exhumada hasta hace poco, y que es, por lo que después diremos, la de mayor influjo en la especulación actual sobre la problemática del primer contacto entre el mundo europeo y el mundo americano.

Así no fuera sino desde un punto de vista puramente histórico, tendría gran importancia la producción filosófica del maestro De la Vera-

cruz, quien fue el primer profesor de filosofía en México y en el continente americano. Los hechos por sí mismos abonan sobradamente esta apreciación, pero está, además, el irrefregable juicio de Menéndez Pelayo:

> El agustino Fr. Alonso de Veracruz, a quien tanto honra su adhesión a las doctrinas y a la persona de Fr. Luis de León, llevó al nuevo mundo la filosofía peripatética, imprimiendo en 1554 el primer tratado de dialéctica, y en 1557 el primer tratado de física, obras que le dan buen lugar entre los neoescolásticos del siglo XVI modificados en método y estilo por la influencia del Renacimiento.[9]

Con justicia, por tanto, y por el simple registro de los hechos históricos, se alza hasta hoy la estatua de Alonso de la Veracruz en el recinto de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La obra filosófica de nuestro biografiado, publicada toda ella en vida de su autor, se compone de los cuatro libros siguientes, todos ellos impresos en México, a saber: *Recognitio summularum, Dialectica resolutio, Physica speculatio y Speculum coniugiorum.*

La obra jurídica recientemente publicada por el padre Burrus, y de la que en su lugar hablaremos con toda amplitud, la *Relectio de dominio infidelium et de iusto bello,* aparece mencionada en el *Speculum coniugiorum* (part. I, art. 32, concl. 8) con el siguiente título: *Relectio de dominio in infideles et de iusto bello.* Obsérvese, dicho sea de paso, que el título de esta relección —en el *Speculum* o en el texto de Burrus— es notablemente diferente. En un caso se hablaría del dominio de los infieles (sobre sus cosas y señoríos) y en el otro del dominio que sobre los infieles (por cualquier título que fuese) habrían tenido el papa o el emperador. Sobre esto volveremos más tarde, y por lo pronto limitémonos a las obras de fray Alonso publicadas en vida de su autor.

De estas obras en particular y con el propósito de justificar su traslado parcial en esta antología, hemos de decir, aunque en resumen muy abreviado, lo siguiente.

Aunque sin proponérselo tal vez de modo expreso, el maestro disertó en realidad de la filosofía toda entera, *de universa philosophia*, como entonces se decía, en sus tres ramas principales: lógica, física y ética, nombres que ostentaban desde la antigüedad y que conservan aún hoy en día, salvo que a la física la llamamos hoy filosofía natural, para distinguirla de la física como ciencia experimental. A decir verdad, la lógica no era, hablando con rigor, una parte de la filosofía, sino apenas su preámbulo, el instrumento (*órganon*) [*sic*] del pensar en general, según la concepción de Aristóteles, pero con el tiempo había acabado por formar parte del curso filosófico.



Fray Alonso de la Veracruz, *Phisica, specvlatio*. Ioannes Paulus Brissensis, 1557. Desde la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México, fray Alonso se incorporó a su claustro profesoral y desarrolló un amplio y muy distinguido magisterio, habiéndose preocupado por redactar y publicar estos y otros libros, que son los primeros textos universitarios escritos en México.

A la lógica, pues, pertenecen, en las obras del padre De la Veracruz, la *Recognitio summularum* y la *Dialectica resolutio*, las cuales, como dice Amancio Bolaño e Isla, "constituyen en realidad un todo único".[10] En otros términos, aunque igualmente escolásticos, podríamos hablar de lógica menor y lógica mayor. A la primera llamaban "súmulas" los antiguos, sumillas o resúmenes de los principios elementales de la lógica.

¿Por qué trata de estas nimiedades fray Alonso?, ¿por qué no se coloca desde el principio —estaba más que dotado para hacerlo— en un terreno de mayor altura filosófica?

La razón la declara él mismo al decir que lo que persigue es clarificar para el estudiante lo que, a fuerza de sutilezas, había llegado a ser un verdadero galimatías en el escolasticismo decadente y corrupto.

Entre estos corruptores de la escolástica había por entonces un autor apellidado Enzinas, una encina sin bellotas, según dice fray Alonso, y a quien no se puede leer sin bilis, como a todos los demás de su especie, y de quienes no podrá jamás echarse mano en el arte dialéc-

tica. Escuchémosle: *"Quis poterit absque bili, Enzinam sine glandibus, ceterosque huius classis viros legere vel in arte dialectica his uti?"*.

En lo que sigue diciendo, y al deplorar los años consumidos en el estudio de tales autores sin el menor fruto, fray Alonso invoca el dicho de san Pedro, al oponer a Cristo la siguiente sentencia: *"Praeceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus"*, o sea que habiendo echado las redes no había caído un solo pez en ellas durante toda la noche. Después de agobiadores trabajos en que se consumió su juventud, no pudo encontrar el antiguo estudiante, al extender su mano para recoger el fruto, sino el tiempo irremediablemente perdido: *"Post exantlatos labores, post iuventutis conatus, extendens manum, nihil invenire potui, nisi tempus irremediabile deperditum"*.

Es realmente patética, en labios de un escolástico, esta descripción del descrédito en que había caído la escolástica, pero afortunadamente no son todo sombras en este cuadro ya de por sí tan sombrío. Con alborozo saluda nuestro filósofo al reino de Saturno, al siglo de oro que vuelve (*Saturnia regna, aureum saeculum revertitur*) con los filósofos y teólogos que van directamente al texto aristotélico, del cual extraen, como de un pozo, y para nuestro provecho, el agua de la doctrina: *"qui ex ipso proprio puteo aristotelico, ad profectum nostrum aquam coram posuerunt"*.

Entre estos renovadores de la escolástica menciona fray Alonso al teólogo belga Francisco Totellman, cuyas *Dialecticae considerationes libri sex* son, al parecer, un comentario muy ceñido de las seis partes del *Órganon* [*sic*] aristotélico. De los autores españoles que cita, y son muchos (aunque extrañamos que no mencione a Vitoria) retendremos apenas, por su extraordinaria importancia, el nombre de Pedro de Julián o Pedro Hispano (*Petrus Hispanus*) con el que generalmente se le conoce. Nacido en Lisboa a principios del siglo XII, siguió sus estudios en París y pasó luego a Siena a enseñar medicina. Pocos años después inicia una brillante carrera eclesiástica, en el curso de la cual fue nombrado cardenal obispo de Túsculo y, a la muerte de Adriano V, asciende al solio pontificio con el nombre de Juan XXI.

Fuera de algunos tratados de medicina, como los *De oculo* y *Thesaurus pauperum*, Pedro Hispano escribió la obra que por sí sola había de asegurar su fama, y que fue la titulada *Summulae logicales*, compendio de lógica formal (así lo aprecia Bolaño e Isla) y cuya enorme difusión —cincuenta reproducciones en el espacio de un siglo— fue debida simplemente al hecho de que su autor, muy lejos de reclamar ninguna originalidad, se limitaba a expresar por primera vez, en términos claros y precisos, la doctrina de Aristóteles, *ex ipso proprio puteo aristotelico*, como diría, a la vuelta de los siglos, el maestro De la Veracruz.

Es obvia, por tanto, la relación entre Pedro Hispano y Alonso de la Veracruz, cuya obra no es, en efecto, sino un repaso (*recognitio*) de las

Súmulas del primero, al que sigue sobre todo en el *Tractatus de oratione,* correspondiente al *De interpretatione* de Aristóteles, que trata de la oración o proposición y de sus partes constitutivas.

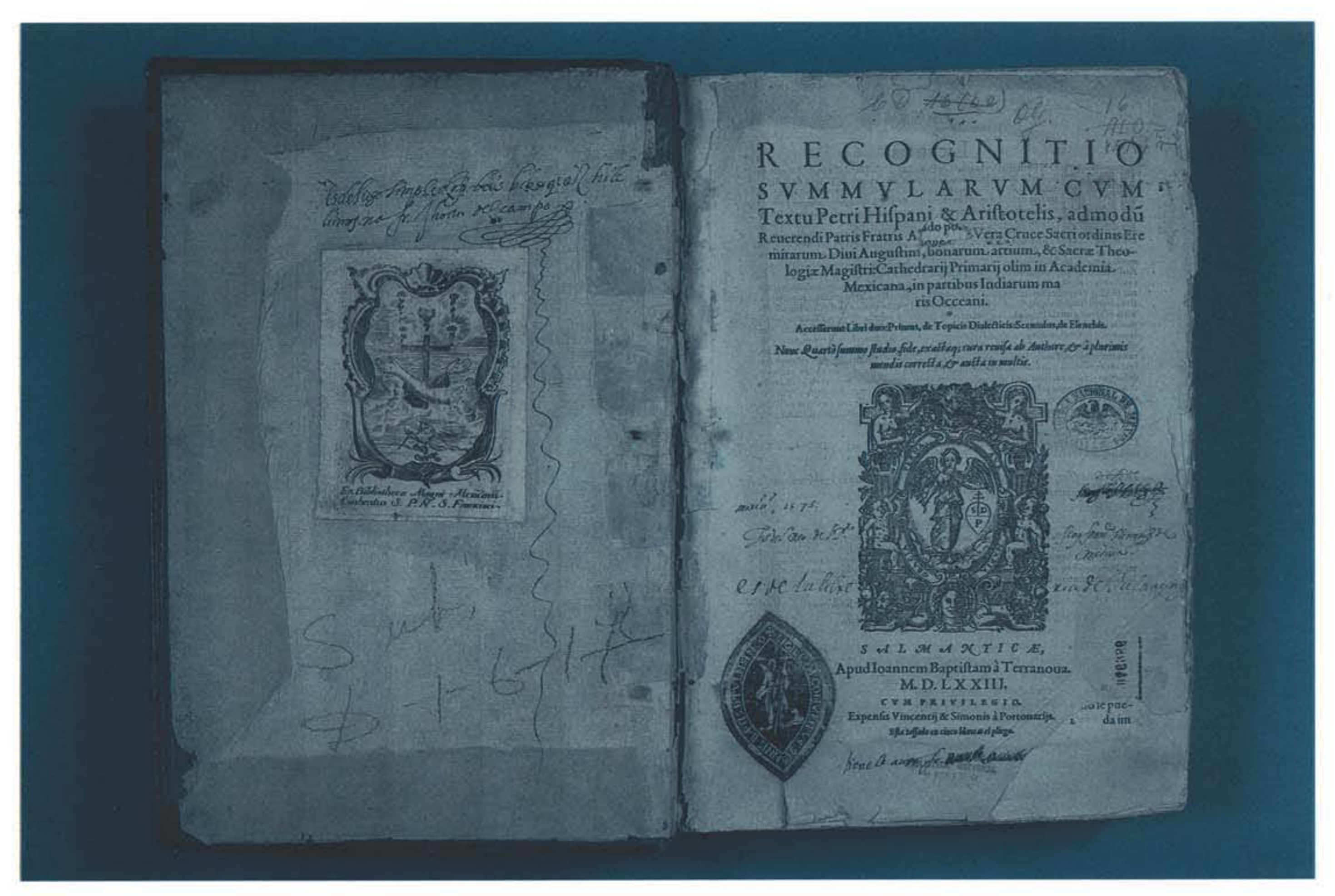
En la *Dialectica resolutio,* la obra complementaria de la *Recognitio summularum,* expone su autor análogos propósitos a los que le habían llevado a la composición de este último libro, a saber:

> A la ínclita Universidad Mexicana que florece en la Nueva España, ofrezco con la mejor voluntad esta obrilla sobre la dialéctica aristotélica que compusimos en otro tiempo, cuando la enseñábamos [...] No ignoro que ha habido quienes han escrito grandes cosas de esta Dialéctica, a la que también llaman magna, pero de una manera tan prolija que no puede aprenderse sin pérdida de tiempo, la mayor de todas. O porque tratan de muchas cosas superfluas o demasiado difíciles y por encima de la capacidad de los jóvenes. Nosotros, como al escribir las *Súmulas,* hemos seguido este propósito: reunir lo que es útil, lo que es necesario, sobre los predicables, los predicamentos y los Posteriores [...] Recoger, repetiré, este ardentísimo deseo mío de ayudar a los buenos estudios, cortando todo lo superfluo y atendiendo a la viril limpieza de la facultad. Y ciertamente no por la aportación de cosas nuevas, sino recogiendo los granos de entre las espinas y zarzas; el camino, de otro modo difícil, lo presentamos completamente accesible y abierto. El cual propósito, aunque lo intentaron y realizaron otros autores no de despreciar, echan algunos de menos en sus trabajos el ejercicio de los argumentos y la exposición de Aristóteles. Si este trabajo os agrada, tened entendido que abrís la vía para que escriba de Física y de Teología en forma compendiosa. México, en los idus de julio del año 1554 a partir del parto de la Virgen.

García Icazbalceta cree por su parte que las reformas del padre De la Veracruz en los antiguos textos sumularios no fueron lo suficientemente radicales como para producir el resultado apetecido, pero aún así, agrega, "sus libros son notables por su intento, y porque demuestran un espíritu menos servil que el de la generalidad de los profesores de su época, quienes miraban con supersticiosa reverencia el vetusto edificio y no permitían que se le tocase ni en un ápice".[11]

La dialéctica magna

La *Dialectica resolutio,* que constituye, según declaración expresa de su autor, la segunda parte de la *Recognitio summularum,* ha de retener un poco más nuestra atención, por tratarse, como dice nuestro autor, de la "dialéctica magna", y siempre, por supuesto, según la mente de Aristóteles. Con el propósito de hacer más fácil la intelección del lector medio de ciertos términos a primera vista herméticos o abstrusos, nos será per-



RECOGNITIO
SVMMVLARVM CVM
Textu Petri Hispani & Aristotelis, admodú
Vera Cruce Sacri ordinis Eremitarum Diui Augustini, bonarum artium, & Sacræ Theologiæ Magistri Cathedrarij Primarij olim in Academia Mexicana, in partibus Indiarum maris Occeani.
SALMANTICÆ,
Apud Ioannem Baptistam à Terranoua.
M.D.LXXIII.
CVM PRIVILEGIO.
Expensis Vincentij & Simonis à Portonariis.

Alonso de la Veracruz, *Recognitio, svmmularum*. México, Ioannes Paulus Brissensis, 1554. Uno de los primeros textos universitarios escritos en México.

mitido decir dos palabras sobre la dialéctica en general, antes de venir, como lo hace el maestro hispanomexicano, a la dialéctica aristotélica.

Desde Platón, que inventó el término, y hasta Hegel, que lo llevó a extremos apoteósicos y vertiginosos, la dialéctica es una marcha ascendente o superación gradual de conceptos, hasta llegar a lo supremo, a lo absoluto, en el orden del ser y en el del conocer. En Platón llega hasta la Idea del Bien, paradigma de toda existencia y esencia, y en Aristóteles, que rechaza expresamente la Idea del Bien, hasta una concepción del Ser explicitada en sus últimos predicamentos y en sus últimos predicables. Expliquémonos un poco sobre esto.

Por predicamentos o categorías entendió Aristóteles, y con él la tradición peripatética y escolástica, todo aquello que, como su nombre lo indica, se puede predicar de una cosa o entidad cualquiera, y que el filósofo dividió en diez géneros supremos (la primera división del ser, porque el ser no es género) y que son: sustancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, lugar, tiempo, situación y hábito (o estado). Un género, la sustancia, el ser en sí, y los otros nueve géneros, accidentes, el ser en otro.

Al paso que los predicamentos son, como se ve, determinaciones reales, físicas, del ente, los predicables, por el contrario, son determinaciones lógicas, las que en general pueden predicarse de cualquier ente, y que, para la escuela peripatética, son en número de cinco: género, especie, diferencia específica, propio y accidente.

Con estos prenotandos (declararlos más en pormenor sería interminable) podrá el lector común entender, por lo menos hasta cierto punto, el desarrollo de la *Dialectica resolutio,* de cuyas tres partes vamos a hacer el siguiente resumen.

En la primera parte comenta nuestro autor el texto latino, que reproduce, de Porfirio, cuya *Isagogé,* en su texto original, o en su traducción latina, *Introductio* o *Liber praedicabilium,* gozó de enorme prestigio en la Edad Media, y que hasta hoy encuentra su eco en cualquier manual de lógica, en el llamado Árbol de Porfirio, y que no es otra cosa que la ascensión, de la raíz a la copa, de los cinco predicables.

De este libro, pues, se sirve abundantemente el maestro de la primera Universidad de México, pero al propio tiempo da breve noticia de su autor, Porfirio de Tiro, cuya vida corrió entre el tercer y cuarto siglos de la era cristiana. Ahora bien, este Porfirio parece haberse inclinado en un principio al cristianismo, bajo la influencia de Orígenes, a quien, a lo que se dice, trató personalmente, mas luego, bajo la influencia contraria de Plotino, no sólo no perseveró en la fe cristiana, sino que llegó a escribir un libro intitulado *Contra Christianos.*

Bien enterado de esta evolución, el maestro De la Veracruz no escatima dicterios contra quien —así lo dice su impugnador— después de haber sido catecúmeno de la fe cristiana, posteriormente, habiéndose trocado en apóstata, blasfemó contra la religión cristiana y escribió quince libros, que debieron haberse quemado, contra la religión inmaculada de Cristo. Es apenas la traducción literal del texto original de fray Alonso: *"Hic Porphirius, primo fide candidatus, post apostata effectus... contra religionem christianam blasphemus effectus, quindecim libros igne dignos conscripsit adversus Christi legem immaculatam".*

La personalidad del profesor de la Universidad mexicana pónese de manifiesto en esto de que venimos tratando. Implacable en cuestiones de fe (en ello no hubo la menor concesión por parte de la Contrarreforma), en cuestiones filosóficas, por el contrario, puede colaborarse o, inclusive, recibir luz del enemigo, porque la última instancia dirimente no es el dogma, sino la razón, así que bien puede aceptarse lo que se quiera de Porfirio, con tal que se mantenga, como se mantiene, en el plano filosófico de comentador de Aristóteles. Ahora bien, entre los escritos filosóficos de Porfirio sobresale, como hemos dicho, la *Isagogé,* llamada por otro nombre *Quinque voces* (cinco voces) por tratarse de los cinco conceptos predicables, los cuales hemos declarado con antelación. Lo que fray Alonso y su escuela querían, en suma, era incor-

porar a su sistema, según dice Bolaño e Isla, los elementos más sólidos del peripatetismo, los cuales había que tomarlos de donde fuera, así pudieran encontrarse en un blasfemo y apóstata.

En la segunda parte de su tratado habla el maestro De la Veracruz de los predicamentos o categorías, de las cuales trata con mayor o menor extensión, según su importancia o su grado de certidumbre. Desde aquellos tiempos, por lo visto, existía la creencia de que, al paso que ciertas categorías (sustancia, cantidad, cualidad, relación) son bien notorias y han perdurado en la historia de la filosofía, hasta Kant inclusive, y en los propios términos, otras, por el contrario, son más que discutibles.

La tercera parte, en fin, la dedica nuestro autor a la silogística de Aristóteles, expuesta en los *Segundos analíticos,* en los cuales se trata de la distinción entre el silogismo dialéctico, que parte de principios probables y produce sólo una opinión, una *doxa,* y el silogismo apodíctico o demostrativo que procede de principios ciertos y universales, y engendra, por lo mismo, la ciencia. Con toda prolijidad trata el autor esta materia, porque entonces se creía que todo raciocinio debía expresarse, para ser correcto, en la silogística aristotélica. Hoy ha desaparecido del todo esta creencia, pero todavía no hace muchos años contendían en las páginas de *El Universal* Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, cada uno de los cuales estaba empeñado en demostrar a su contrincante que su razonamiento podía articularse en *Bárbara,* el modo silogístico más indiscutible.

Hemos de decir, por último, que en la repartición del material que hemos encontrado en la *Dialectica resolutio,* su autor ha adoptado exactamente el orden seguido por los grandes tratadistas de la época, entre ellos Tomás de Vío, cardenal Cayetano, y Domingo de Soto, uno de los más ilustres teólogos-juristas españoles del siglo de oro.[12]

La filosofía natural

Sobre las huellas siempre del *maestro di color che sanno,* compuso fray Alonso su *Physica speculatio* (Investigaciones de filosofía natural, diríamos hoy) una explicación y comentario de la física aristotélica, por el mismo orden que siguió el filósofo de Estagira, a saber: ocho libros de física, cuatro del cielo, dos sobre la generación y corrupción, cuatro relativos a la meteorología y tres, por último (y son, por cierto, los que habrán de interesarnos más) sobre el alma en general y sobre el alma humana.

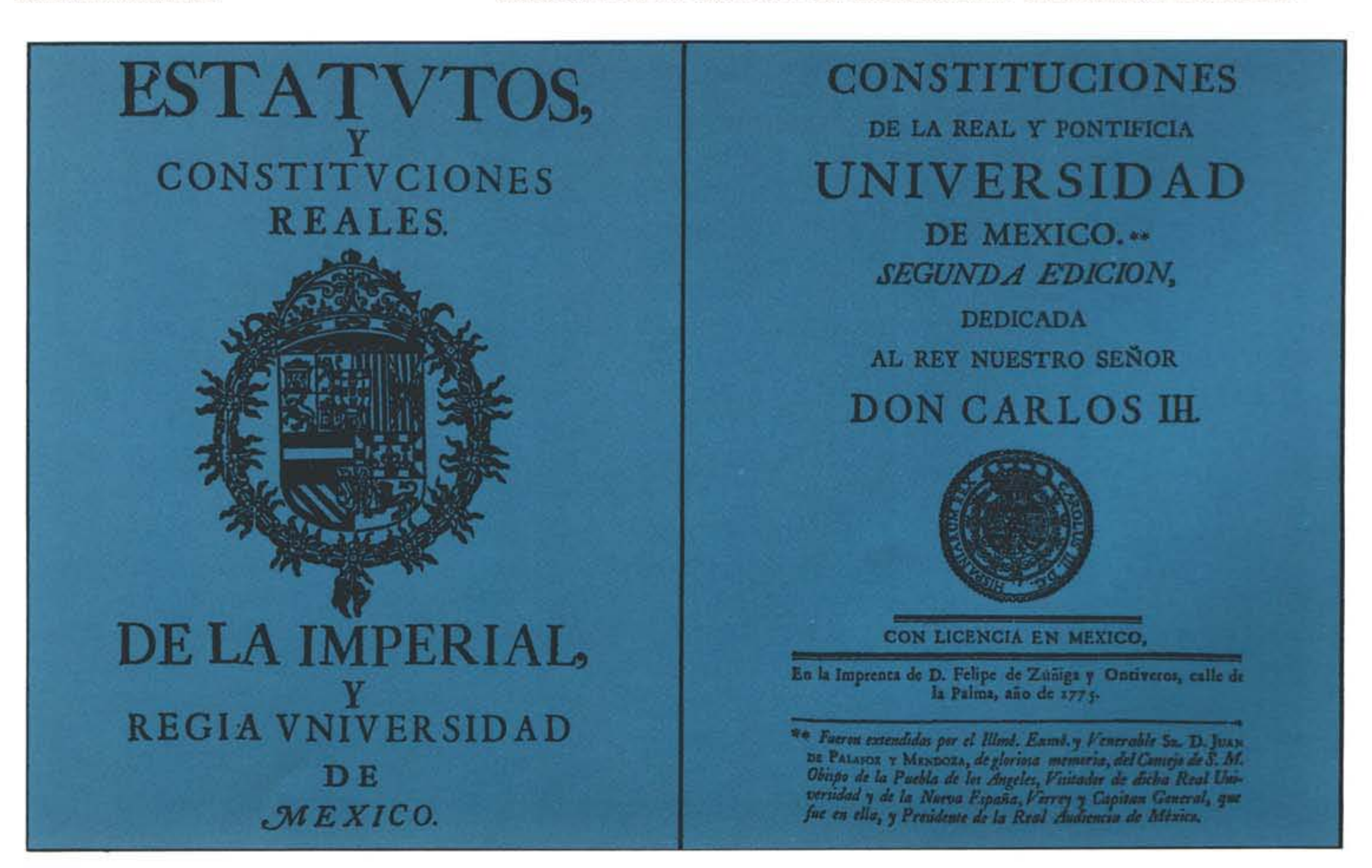
En la obra que estamos presentando, y según la pertinente observación de Bolaño e Isla, abundan las noticias que nos da su autor sobre la historia de la filosofía clásica, y que son bien demostrativas de su erudición en la materia. En ciertos puntos, además, no carece de origi-

nalidad el enfoque de fray Alonso, como cuando nos presenta un doble origen de la filosofía occidental: uno, el jónico, con Tales, y el otro itálico, con Pitágoras, quien habría llegado a Italia, en el reinado de Tarquinio el soberbio, para establecerse en la Magna Grecia, o sea la región situada entre Apulia y Calabria.[13]

En el desarrollo de esta breve historia habla el autor de las tres principales escuelas filosóficas que florecieron en la Antigüedad: académicos, peripatéticos y estoicos (a los epicúreos los pasa en silencio) y de estos últimos dice que su dogma fundamental fue el de que en el sabio no puede darse pasión alguna (*in sapientem nullam cadere passionem*) sino sólo la virtud en grado heroico.[14]

La mayor parte del material de los tratados o subtratados que componen la *Physica speculatio,* está hoy más que caduco, y sobre todo lo concerniente a la astronomía aristotélica. Aristóteles está vivo y actuante hasta hoy por la lógica, la metafísica, la ética y la política, pero no por la física, salvo quizá en ciertos principios muy generales sobre la materia, la evolución o el movimiento. Entre Galileo, Descartes y Newton barrieron con todo aquello, y no tenemos, por tanto, por qué considerarlo en esta obra del maestro de la Universidad mexicana.

Los Estatutos universitarios de Palafox y Mendoza fueron ratificados dentro de la reforma borbónica. Se muestra la reedición dedicada a Carlos III.



ESTATVTOS,
Y
CONSTITVCIONES
REALES.

DE LA IMPERIAL,
Y
REGIA VNIVERSIDAD
DE
MEXICO.

CONSTITUCIONES
DE LA REAL Y PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
DE MEXICO. **
SEGUNDA EDICION,
DEDICADA
AL REY NUESTRO SEÑOR
DON CARLOS III.

CON LICENCIA EN MEXICO,
En la Imprenta de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle de la Palma, año de 1775.

** *Fueron extendidas por el Illmo. Exmo. y Venerable Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, de gloriosa memoria, del Consejo de S. M. Obispo de la Puebla de los Angeles, Visitador de dicha Real Universidad y de la Nueva España, Virrey y Capitan General, que fue en ella, y Presidente de la Real Audiencia de México.*

Lo que, en cambio, está hasta hoy en pie y presenta un superlativo interés, son los tres libros *De anima* de Aristóteles, y que hasta hoy son válidos como psicología racional, al lado de la psicología empírica, como ciencia de la naturaleza, y de la psicología como ciencia del espíritu, en la dirección seguida a partir de Dilthey.

En aquellos tiempos, por lo demás, no se operaba aún el deslinde entre psicología empírica y psicología racional, y por esto empieza fray Alonso planteándose la cuestión de si el estudio del alma es de la incumbencia de la física (filosofía natural) o de la metafísica.

A primera vista, dice nuestro autor, parecería que no corresponde al filósofo natural disertar sobre el alma, el alma intelectual por lo menos, "tanto porque el entendimiento es incorruptible, cuanto porque no se obtiene por generación, sino tan sólo y exclusivamente por creación de Dios y, además, no depende del cuerpo". Parecería, pues, según esto, que el estudio del alma no debería reclamarlo la física, sino la metafísica.

Pensándolo mejor, sin embargo, impónese la conclusión de que "el conocimiento del alma o tratado de ella no corresponde propia y directamente al saber metafísico".[15] Pruébase este aserto en razón de que "a la metafísica sólo le corresponde tratar de las sustancias separadas, inmateriales, subsistentes por sí, y que no tienen formas corpóreas". Ahora bien, siendo el alma, inclusive el alma humana, la forma (en el sentido aristotélico, se entiende) del cuerpo físico orgánico, su estudio corresponderá directamente a la filosofía natural.

Esta afirmación, no obstante, debe entenderse con la restricción que casi a renglón seguido enuncia el autor en el siguiente párrafo:

> No hay ninguna dificultad, desde luego, en que propia y directamente los tratados del alma vegetativa y sensitiva pertenezcan a la filosofía natural. Esta afirmación es evidente, porque tal investigación no puede pertenecer, ni absoluta ni accidentalmente, a la metafísica (*simpliciter neque secundum quid*) siendo tanto el alma vegetativa como la sensitiva formas materiales, corruptibles, que por sí no pueden subsistir y provienen en cierto modo de la materia.[16]

De manera, pues, que el alma intelectual, ingenerable e incorruptible y que, según la doctrina cristiana, subsiste después de la muerte, bien pudiera caer, en cuanto a su estudio, bajo la consideración de la metafísica. Sólo que en tal hipótesis, el estudio del alma humana, en cuanto alma vegetativa y sensitiva, pertenecería a la física, y en cuanto alma intelectual, caería bajo el dominio de la metafísica.

Estas dudas o perplejidades no son, por lo demás, de mera colocación bibliográfica, de insertar tal cuestión en este o aquel tratado, sino que conciernen directamente (y de ahí el problema de su colocación) al



A partir de 1595 la Real Universidad de México agregó a su nombre el título de Pontificia mediante una bula papal de Clemente VIII. Debido a este título la Universidad gozó de privilegios y exenciones ante las autoridades tanto eclesiásticas como civiles.

enigma del alma humana, que nadie hasta ahora, por la pura razón, ha logrado esclarecer de manera completa. Las dudas o reticencias del padre De la Veracruz son las que tuvo el propio Aristóteles, sin acertar a resolverlas nunca. Ahora bien, y como estamos convencidos de que el tratamiento *De anima,* y concretamente el libro tercero, es lo más vivo hasta hoy en la obra filosófica de fray Alonso, nos será permitido explicarnos en esto con cierto pormenor, simplemente para hacer inteligible el texto en cuestión. Para esto, como es obvio, habrá que remontar a la fuente primera.

Aristóteles, como es bien sabido (al menos por los entendidos) pasó por una larga evolución en la elaboración de su teoría del alma, hasta desembocar en la teoría hilemórfica que hoy nos es, por la divulgación de los textos, fácilmente accesible.

En un principio, el Aristóteles mozo, fiel discípulo de su maestro Platón, hace suya la doctrina platónica del alma prisionera del cuerpo, al que ha descendido, como a una cárcel, de su radiosa preexistencia anterior (es el mito del *Fedro* y de otros diálogos platónicos) y del que se libera, en el momento de la muerte, para volver a su existencia autónoma en la cabalgata celeste "por la llanura de la verdad".

En una segunda etapa, Aristóteles supera la hostilidad entre el alma y cuerpo de la primera doctrina (el cuerpo como cárcel y tumba del alma) para adoptar la teoría instrumental, según la cual el cuerpo sería algo así como el instrumento del alma, como el navío lo es del piloto. Con esto se ha efectuado la reconciliación entre el alma y el cuerpo, que continúan sin embargo, siendo dos sustancias separadas (como lo serán después en Descartes) dentro del compuesto humano.

En una tercera etapa, por último, Aristóteles adopta, *aparentemente* sin reservas, el hilemorfismo, es decir la posición según la cual el alma es la forma del cuerpo, o dicho con mayor rigor conceptual, el acto primero del cuerpo físico orgánico que está en aptitud de recibir la vida. Y llámase acto primero o entelequia por ser el que constituye en su ser a alguna cosa, al paso que el acto segundo (de ordinario en pluralidad indefinida) es la operación o actividad de la cosa ya existente en acto primero. Por todo ello, en suma, el alma es la forma del cuerpo, ya que es por ella como el cuerpo se constituye en cuerpo viviente.

Trasladadas estas nociones al alma humana, es obvio que el gran mérito del hilemorfismo es el de dar cuenta cumplida de la unidad sustancial del hombre, con lo que queda radicalmente eliminada la ardua cuestión de la comunicación de las sustancias; cuestión que se plantea por fuerza cuando el alma y el cuerpo se conciben como dos sustancias completas.

Al lado de este precioso servicio, sin embargo, el hilemorfismo humano (porque de los animales irracionales no tenemos por qué preocuparnos) tiene consecuencias muy graves, siendo la primera la que



Los exámenes de graduación generalmente se efectuaban por la noche, duraban "dos horas de ampolleta" (por el reloj de arena que se usaba para medirlos), y se sustentaban en público y en privado. El examen se realizaba ante los doctores de la Facultad y se acostumbraba imprimir las tesis de grado en seda; las graduaciones revestían gran solemnidad y culminaban con una ceremonia en la Catedral.

enuncia Guthrie, con otros muchos, al decir que la teoría hilemórfica es un golpe mortal (*deathblow*) a la inmortalidad del alma. Si el alma y el cuerpo, en efecto, sólo existen como dos coprincipios, el uno en razón del otro, ¿cómo podrá sobrevivir el alma a la ruina del cuerpo? Porque ninguno de ellos tiene existencia por sí mismo, sino sólo en unión con el otro principio; ninguno es un *ens quod,* sino apenas un *ens quo,* un "ente por el cual" se constituye, en conjunción con el otro, la sustancia completa.

Ahora bien, y aunque sin postular en ningún momento la inmortalidad personal, como lo había hecho su maestro Platón, Aristóteles fue el primero en darse cuenta de que en la psique humana hay un elemento, el intelecto, el *nous,* que no puede haber sido educido de la materia, por ser su mundo no el de las necesidades vitales, sino el de lo eterno y lo absoluto (ideas, esencias, valores son sus correlatos) y el filósofo, por consiguiente, hubo de declarar sin la menor reticencia que este elemento, y más en concreto el intelecto activo, es eterno, incorruptible, inmortal y divino.[17]

Por otra parte, y en un texto que figura en el *De generatione animalium,* Aristóteles escribe lo siguiente: "No queda, pues, sino que el inte-

lecto, únicamente él, entra por de fuera (o por la puerta, θυραθεν) y que él solamente es divino. Su actividad propia, en efecto, es por entero independiente de la actividad del cuerpo".[18]

Sobre este texto, así como sobre el correspondiente del *De anima,* han corrido mares de tinta, y la contienda exegética está aún lejos de concluir. Según Paul Moraux, la expresión "por la puerta" se refiere *siempre* al espacio exterior al cuerpo del viviente, lo que quiere decir que el intelecto no entra en el feto por el esperma masculino, sino por de fuera o desde afuera, cómo o de dónde precisamente, no lo dice el filósofo.

Desde la Antigüedad y hasta nuestros días, los pareceres son de lo más variado. Mientras que Alejandro de Afrodisia identifica el intelecto activo con el Acto puro, Averroes, por su parte, lo concibe como una sustancia separada, pero inferior a Dios. En una y otra hipótesis, por consiguiente, trataríase de un intelecto trascendente al hombre, cuya inmortalidad personal, por lo mismo, quedaría totalmente excluida. Temistio y santo Tomás, por el contrario, colocan ambos intelectos, el agente y el posible, en el alma humana, y se empeñan en demostrar (lo cual es harto problemático) que no hacen sino trasladar la genuina doctrina aristotélica. Y como quiera que sea, santo Tomás no retrocede en ningún momento ante la doble conclusión (por contradictoria que pueda parecer) de que el alma intelectiva, con todo y ser inmortal, es también al propio tiempo forma del cuerpo natural.[19]

Es algo que, mientras estemos en este mundo, no hemos de ver nunca con la claridad suficiente, porque pertenece al misterio del hombre; y lo único que podemos hacer, como lo hacen Max Scheler y tantos otros, es tomar nota de esa extraña dicotomía de naturaleza y espíritu, radicada en nuestro yo más profundo, y que hace del hombre, como se ha dicho, un horizonte entre dos mundos.

Veamos ahora cómo trata nuestro autor estos problemas y otros conexos en el libro tercero *de anima* de la *Physica speculatio.*

Ante todo será bueno tener presente el orden expositivo que en este libro sigue nuestro autor, y que divide en *speculationes* ("investigaciones", podríamos traducir) de la manera siguiente:

1) Si en el hombre hay únicamente el alma intelectiva, o no también, junto con ésta, las otras dos almas, la vegetativa y la sensitiva;
2) Si las potencias del alma están en el alma como en su sujeto;
3) Si el intelecto es potencia pasiva;
4) Si hay que postular un intelecto agente;
5) Si la memoria es potencia distinta del intelecto, o si es lo mismo que el intelecto;
6) Si la razón es otra potencia perteneciente al intelecto, y si es distinta de éste;

7) Si la voluntad es una potencia del alma racional distinta del intelecto y más excelente que éste, y cuál es su naturaleza;
8) Si el alma es inmortal;
9) Del libre albedrío, si es una potencia apetitiva y distinta de la voluntad;
10) Si nuestro intelecto puede entender las cosas materiales y corpóreas por abstracción del fantasma, y
11) Si conoce el alma separada del cuerpo, y qué conoce.

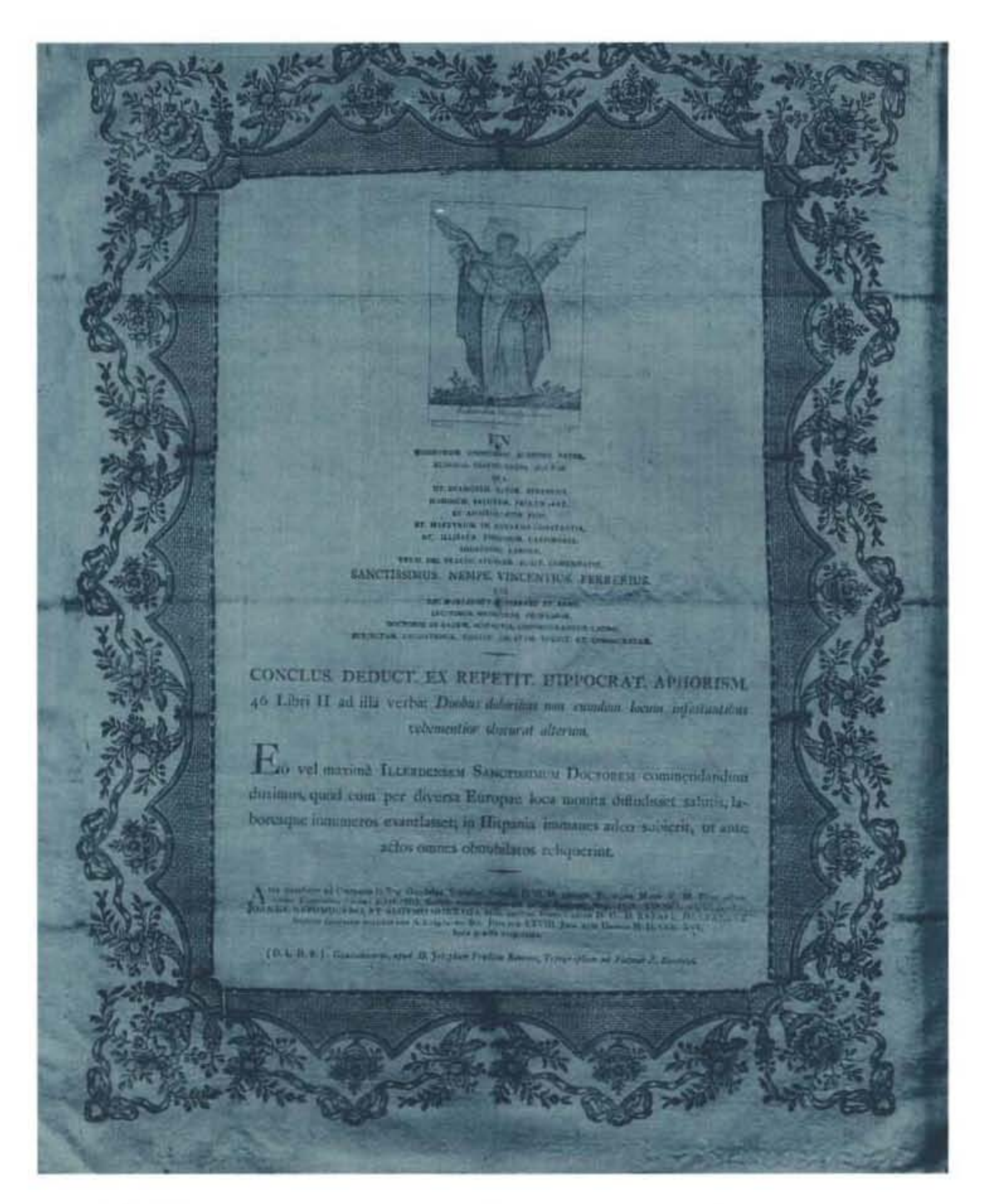
Pasemos en seguida una sumaria revista si no a todas estas cuestiones (algunas han perdido hoy gran parte de su interés), sí por lo menos a las principales y con cierto valor de actualidad.

La primera cuestión que se plantea (ya que lo único que nos concierne ahora es el alma humana) es la de si en el hombre hay únicamente el alma intelectiva, o no también, junto con ésta, las otras dos almas, la sensitiva y la vegetativa. Porque si estas dos últimas almas son realmente distintas según las vemos radicadas cada una en las plantas y en los animales, bien podrán encontrarse con este mismo carácter en el hombre, y además el alma intelectual. En favor de lo cual podría estar la conocida sentencia de san Pablo sobre la oposición que hay, en sus deseos, entre el espíritu y la carne (*caro enim concupiscit adversus spiritum, spiritus adversus carnem*), como también el otro pensamiento del apóstol, de que "no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero", con lo que parecería aludir a una oposición, dentro del hombre mismo, entre el alma sensitiva y el alma intelectual como dos principios autónomos.

Entre los que así sintieron, fray Alonso se refiere expresamente a Averroes, el Comentador, como se le llamaba entonces (el comentador por antonomasia de Aristóteles) y según el cual habría en cada hombre un alma vegetativa y un alma sensitiva realmente distintas, y sólo un alma intelectiva para *todos los* hombres, numéricamente una para todos: *unum esse intellectum numero omnium*.

A esta opinión le era imposible adherirse al maestro agustino, primero como católico, ya que había sido condenada por varios concilios, el último de los cuales había sido el Concilio lateranense (1512-1517) el cual, en su declaración *de anima humana contra neoaristotelicos,* condenó y reprobó la opinión de los que afirmaban que el alma intelectiva es mortal o única en todos los hombres.[20]

Si esto último, en efecto, fuera cierto (la proposición averroísta) resultaría que el alma humana, no teniendo en estricta propiedad sino el alma vegetativa y sensitiva, no tendría por qué sobrevivir a la ruina del cuerpo —al igual que el alma de los brutos— con lo que caerían del todo las proposiciones de Cristo, de que dan cuenta los evangelios, sobre la supervivencia del alma humana más allá de la muerte, con la



EN

SANCTISSIMUS NEMPE VINCENTIUS FERRERIUS

CONCLUS. DEDUCT. EX REPETIT. HIPPOCRAT. APHORISM. 46 Libri II ad illa verba: *Duobus doloribus non eumdem locum infestantibus vehementior obscurat alterum.*

Eo vel maximè Illerdensem Sanctissimum Doctorem commendandum duximus, quod cum per diversa Europae loca monita diffudisset salutis, laboresque innumeros exantlasset; in Hispania immanes adeo subierit, ut ante actos omnes obnubilatos reliquerint.

Las tesis de grado impresas recibían el nombre de "Conclusiones". Constaban de los siguientes elementos: la invocación a un santo, patrono del sustentante, el elogio del padrino, la conclusión o tesis que se defendería, la ubicación, la fecha del examen y las personas que en él intervendrían.

necesidad de comparecer ante su Juez para su premio o castigo. Pero ¿cómo aprobar o condenar a quien no ha tenido en su vida la responsabilidad estrictamente individual de sus actos, lo que supone la existencia de un alma igualmente individual y concreta?

Al pronunciarse el Concilio lateranense contra los averroístas, abraza, por otra parte, la interpretación tomista de la psicología aristotélica al declarar simultáneamente que el alma intelectiva es por sí y esencialmente la forma del cuerpo humano y que se multiplica singularmente en los cuerpos en que se infunde".[21] Y si se habla de infusión, es porque, para el pensamiento cristiano, el alma intelectual es de inmediata creación divina y es infundida en el feto en cierto momento de su desarrollo.

Las reflexiones de nuestro autor en este particular, al apelar a la autoridad de la Iglesia antes de ceñirse exclusivamente a su propia razón, son un buen ejemplo, dicho sea de paso, de la *fides quaerens intellectum* que ha guiado siempre a la filosofía cristiana. Un faro y nada más, por otra parte, en la procelosa travesía que la razón ha de efectuar de propia cuenta y con sus propias velas y remos.

Con argumentos estrictamente racionales, pues, hace ver el maestro agustino cómo precisamente la lucha interna que lleva cada uno de nosotros entre la carne y el espíritu —conforme al texto paulino— lejos de ser un argumento en favor de la pluralidad de almas dentro del compuesto humano, es, por el contrario, un alegato en favor de su unidad radical. Porque en la hipótesis de la pluralidad anímica, sentiríamos tendencias diversas, pero paralelas y no conflictivas, como es el caso, lo cual supone, como se decía entonces, la *reductio ad unum,* la reducción al yo, a uno solo y único yo.

Con toda naturalidad, como tenía que ser, recurre el fraile agustino a la autoridad de san Agustín, el cual, en un maravilloso pasaje de su comentario al *Génesis,* hizo ver la identidad fundamental del alma en sus distintas operaciones, de la manera siguiente:

> Lo mismo es el alma y el espíritu, y es el alma la que determina la concupiscencia en la carne, y aun esto procede del alma intelectiva, sólo que actuando por la parte brutal que hay en nosotros. Y así, bajo distinto respecto, es alma y espíritu [...] Es una y la misma el alma que entiende por el entendimiento, ve por el ojo, anda por los pies y obra por las manos.[22]

Siguiendo, pues, una tradición que remonta por lo menos a san Agustín y que alcanza su apogeo en santo Tomás,[23] el maestro De la Veracruz no teme sentar la firme conclusión de que en el hombre no hay sino un alma, la intelectiva, y que, por lo mismo, no hay un alma vegetativa o sensitiva distinta de la intelectiva: *In homine solum est aninta intellectiva, et non est vegetativa neque sensitiva distincta ab intellectiva.*

Si fuera cierto lo contrario, arguye el disertante, resultaría que el alma intelectiva, al advenir a un hombre ya completo en cuanto tal por el alma sensitiva, le daría tan sólo un ser (perfección podríamos decir) no sustancial sino accidental, toda vez que el alma sensitiva no sólo habría preexistido, sino que continuaría existiendo después de la introducción del alma intelectiva.

En consonancia con estas palabras, y con la interpretación que de los textos aristotélicos habían dado san Agustín y santo Tomás, fray Alonso habla de una evolución del feto en el claustro materno, y según la cual primero habría estado en el embrión el alma vegetativa, y en seguida, por la "corrupción" de ésta, el alma sensitiva, y en fin, por

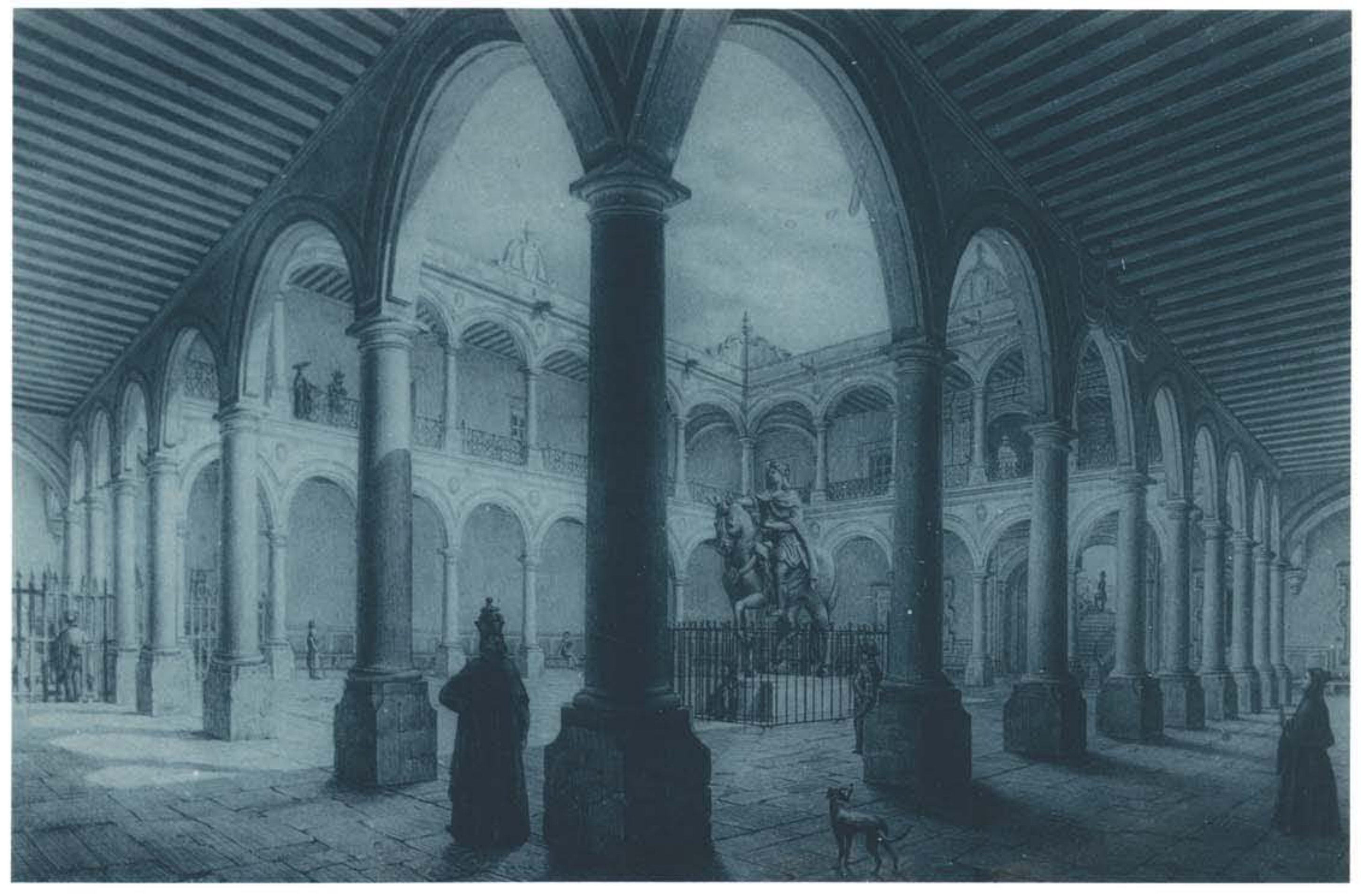
la corrupción de esta última, el alma intelectual, primera y única forma sustancial del hombre: *Anima vegetativa qua prius vivit embrio, in adventu sensitivae corrumpitur, sicut et ipsa sensitiva cum primum rationalis introducitur.*

Así lo explicaban aquellos hombres, toda vez que ni ellos ni nadie ha podido saber nunca en qué momento infunde Dios el alma racional en el embrión humano, y lo más que puede conjeturarse (apenas esto) es que la acción divina suele acomodarse a cierta madurez *ex parte materiae* para dejar sentir su influjo. Lo más que santo Tomás se atreve a decir es que el alma intelectual es creada por Dios *al final* de la generación humana (es decir, con un feto bien maduro) con la corrupción consiguiente de las formas preexistentes, la nutritiva y la sensitiva, en tanto que formas autónomas.[24]

Sea, en fin, lo que fuere con respecto a la primera manifestación del alma intelectual en la vida prenatal del hombre, lo decisivo es que en su vida postnatal, ciertamente, el hombre, por virtud de la unicidad en él del alma intelectiva, es un ente *simpliciter unum, lo* que no sería si hubiera en él una pluralidad de almas en acto, en cuyo caso, como observa pertinentemente el maestro, cada uno de nosotros llevaría consigo tres especies y podría ser llamado, con igual propiedad, hombre, bruto y planta: *Et sicut diceretur homo, diceretur brutum, et diceretur planta.*

Lo anterior no significa, por supuesto, desconocer la existencia en el hombre de potencias irracionales, vegetativas o sensitivas. Lo sensitivo, dice fray Alonso citando a Aristóteles, está en lo intelectivo como el trígono en el tetrágono: *sensitivum in intellectivo sicut trigonum in tetragono.* Nunca creyeron los peripatéticos —como sí, en cambio, los estoicos— que el hombre fuera pura razón. Hay en él, por tanto, buen número de operaciones que en las especies subordinadas al hombre están claramente adscritas al alma vegetativa o a la sensitiva, y todo el problema, como dice el maestro agustino, está en saber si el agente de estas operaciones es un alma sensitiva distinta de la intelectiva, o si por ésta únicamente se consuman aquellas operaciones: *"Utrum ibi sit sensitiva distincta ab intellectiva, an solum per intellectivam haec fiant. Ecce quod quaeritur"*.[25]

No hay ni que decir, después de lo hasta aquí expuesto, que el maestro De la Veracruz se decide sin vacilar por la segunda alternativa. Toda la diferencia está en que así como en la vida sensitiva el alma intelectiva se sirve del correspondiente órgano corpóreo (*sentire est animae per corpus*) en las operaciones intelectivas o volitivas, por el contrario, el alma, o mejor diríamos en este caso el espíritu, actúa por sí sola y sin que le sea necesario el concurso de ningún órgano corporal. Me doy bien cuenta de los tremendos problemas que esto plantea desde el punto de vista de la psicología experimental y la fisiología del cerebro humano, y por estar yo mismo del todo incapacitado para resolverlos,



Patio interior de la antigua Universidad de México.

me limito a dejar constancia del pensamiento de aquellos hombres. En un párrafo de gran precisión filosófica y no exento, además, de cierta belleza literaria, el maestro agustino ha descrito la dramaticidad del alma humana, la lucha de contrarios que en nuestro interior se libra cada día, de la siguiente manera:

> Del mismo modo que la carne desea lo deleitable, el espíritu odia. Y no por esto hay que postular diversas almas, sino que es una y la misma la que puede actuar, por medio de diversas potencias, en estos movimientos tan diversos y contrarios. Llevado del apetito natural puede uno querer conservar su vida, pero llevado del apetito racional exponerse por el bien de la virtud (*pro bono virtutis*), y más aún, puedo yo querer, con apetito deliberado, que mi padre viva y que muera. Con respecto al bien particular quiero que viva, y con respecto al bien común quiero que muera; y no hay contrariedad en estas voliciones, porque no son con respecto a lo mismo y por la misma razón. Pues así se comporta, en relación con la unidad del alma, la amplia diversidad que resulta de la diversidad de sus potencias [...] Y la inclinación al mal según nuestra parte brutal, no hay que predicarla del hombre en cuanto hombre, sino en cuanto bruto.[26]

Si fray Alonso insiste tanto en esta cuestión, es porque tiene que habérselas no con molinos de viento, con enemigos imaginarios o a lo más con filósofos de la Antigüedad, sino con la escuela franciscana representada en este punto por Occam, a quien nuestro autor cita expresamente en el pasaje que por nuestra cuenta evacuamos en la obra ocamista, y que es el siguiente:

> Si por alma intelectiva se entiende una forma inmaterial e incorruptible que esté toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes, no hay modo de saber con evidencia que un alma así entendida sea la forma del cuerpo humano. Todo esto lo sabemos sólo por la fe.[27]

En otra parte defiende Occam, según expresa declaración de fray Alonso, la existencia de varias almas distintas en el compuesto humano (*dari in homine plures animas distinctas*), y sobre el alma humana en general decía aún el "filósofo" británico lo que sigue: "Todas las demostraciones de la espiritualidad del alma dejan dudas e incertidumbres. El pensamiento y la voluntad podrían tal vez atribuirse a un alma diversa de la que es propia de los animales, pero no por esto del todo inmaterial y espiritual".[28]

En general Occam es enemigo del *ordo sapientiae y* de la razón natural, que en santo Tomás y su escuela habían tenido siempre el primado. La ley deja de ser una *ordinatio rationis* para no ser sino un mandato ciego, así la ley humana como la ley divina. La moral humana queda despojada de toda justificación intrínseca. Occam, en efecto, no teme afirmar que todas las acciones humanas son buenas o malas en tanto que ordenadas o prohibidas por Dios, el cual, por lo demás, las ordena o prohibe porque así le place y no porque ningún acto humano tenga bondad o maldad intrínseca. Dios, dice Occam, puede ordenar a sus criaturas que lo odien, y si así fuere, este odio sería bueno y meritorio como lo es ahora el amor de Dios.[29]

De éstas y otras aberraciones está llena la obra ocamista, al igual que la escotista, lo cual no es de extrañar por tener ambas por autores a franciscanos, y por si esto no bastara, ingleses, en el sentido lato del término. Por lo primero, cada orden tiene lo suyo, y nunca quiso el pobrecillo de Asís que sus hijos echaran por tan altos caminos y que fueran doctores y sabihondos. Cuando se empeñaron en serlo, así salieron, con una que otra excepción que confirma la regla. Y por lo que hace a la *gens britannica*, no hay sino recordar lo que Husserl decía con tanta gracia, que los ingleses tienen una idea muy poco clara de la idea. En filosofía segunda, como diría Aristóteles, notoriamente en economía y política, han tenido grandes figuras, pero metafísicos, ni uno solo en grande o que pueda ni de lejos compararse con los que han surgido en el continente europeo.



Fray Alonso de la Veracruz.

La aparición de filósofos ramplones no ha tenido nunca la menor importancia (con ignorarlos basta) y no la habría tenido en tiempos de fray Alonso si no fuera porque en todos los estudios generales de la época, el nuestro inclusive, había una cátedra de Escoto al lado de la de santo Tomás, por respeto sin duda hacia los franciscanos, con lo que las cosas se complicaban extraordinariamente. Todos los maestros, de cualquier tendencia que fuesen, tenían por fuerza que estar enterados de la posición contraria, la escotista para un tomista, y para esto malgastar su tiempo en el aprendizaje de inepcias y dislates. Y no era esto lo peor, sino que siempre había el peligro de dejarse capturar del enemigo, como le pasó al propio fray Alonso en la cuestión del bautismo de los infieles aunque en filosofía fue siempre fiel a la gloriosa tradición aristotélico-tomista.

El intelecto agente

De las demás cuestiones que en seguida trata nuestro autor, de la segunda a la undécima, una de las que aún hoy no han decaído en nada de su antiguo interés es la relativa al intelecto agente. Hasta hoy, en efecto, continúan proliferando los libros escritos sobre la poética aristotélica; y por otra parte, sea que nos confinemos a la hermenéutica de los textos del filósofo o que pensemos por cuenta propia (en realidad fue esto último lo que hicieron los escolásticos) será siempre un problema apasionante el de tratar de penetrar un poco por lo menos en lo más íntimo de nosotros mismos, allí donde interfieren entre sí el cuerpo y el alma, y ésta se apodera, quién sabe cómo, de los datos materiales que aquél le proporciona hasta elevarlos, transfigurados, al reino del espíritu.

Sobre la base de que en las cosas hay una esencia o núcleo inteligible (esto se da por sentado) y que de algún modo debe ser accesible al entendimiento humano, y después de haberle dado vueltas al problema por muchos años, yo no le veo sino dos soluciones, de las cuales es forzoso elegir una. La primera, la que resulta naturalmente de concebir el alma como una sustancia completa (Platón y Descartes entre otros) es la de suponer que nuestro patrimonio de especies inteligibles nos es dado por la infusión o con el concurso constante de una iluminación interior que no puede ser sino la luz divina, como con toda claridad y mejor que nadie lo dice Malebranche: *Que nous voyons toutes choses en Dieu*.

La segunda solución, la más difícil sin duda, pero la única posible dentro de una concepción hilemórfica del hombre, y de acuerdo con la cual todo nuestro conocimiento viene de la experiencia sensible, la

solución, una vez más, es imaginar algún dispositivo, artilugio o como quiera llamársele, y que permita al entendimiento hacer directamente presa en la especie sensible que recibimos de la sensación.

Conforme a esto, y ateniéndonos a la interpretación tomista de los textos aristotélicos *de anima*, tenemos que el entendimiento se desdobla, por decirlo así, en dos funciones que el maestro De la Veracruz, por su parte, configura de la siguiente manera: "En el alma hay algo por lo que podemos hacernos todas las cosas y algo por lo que pueden hacerse todas las cosas".[30]

Con esta ligera variante del texto aristotélico, y en el lenguaje seco y enjuto que era el de la escuela, da cuenta el maestro de la maravilla insondable que es el conocimiento humano, por el cual nos convertimos de hecho en nuestros objetos intencionales, en todos sin excepción. *Intellectus est quodammodo omnia*, como dijeron los escolásticos en una simple traducción de Aristóteles. El entendimiento es en cierto modo todas las cosas, o como se dirá en nuestros días, en la fenomenología del conocimiento, "entender es ser el otro en tanto que otro". El *esse naturale* de la realidad fáctica se transforma así en el *esse intentionale* del conocimiento, y por su asimilación en el intelecto posible, podemos, sin hipérbole alguna, hacernos todas las cosas, *omnia fieri*.

Al intelecto agente, por su parte, le corresponde hacer todas las cosas, *omnia facere;* hacerlas, ya se entiende, no en su ser natural sino en su ser intencional, es decir hacerlas inteligibles. Y esto lo hace el intelecto agente a la manera de la luz, según dice Aristóteles, al trasladar a la poética filosófica la teología platónica de la luz a propósito de la Idea del Bien.

La luz, que para los antiguos era algo inmaterial, por la sencilla razón de que no la vemos —pero gracias a ella lo vemos todo— era el mejor símil para la comprensión del intelecto agente. La luz, dice Aristóteles, hace ver en acto los colores que antes estaban sólo en potencia, y actúa en nosotros, además, para confortar nuestra visión. Por la luz podemos ver (el acto mismo) y ver, además, en una referencia directa al objeto, las cosas visibles. Y lo mismo con respecto al intelecto agente, que nos hace *entender*, en primer lugar, y que en seguida nos devela lo inteligible, como dice fray Alonso, al desnudar a la cosa concreta de sus condiciones materiales: *denudando rem a materialibus conditionibus*.

El intelecto agente es, en suma, como un foco de luz perenne que desnuda o penetra la imagen sensible, el *fantasma,* como decían los antiguos, para darnos la quididad inteligible, la idea, si queremos, pero la idea encarnada. Y aunque aquellos hombres no tuvieron el menor presentimiento de estas cosas, el hecho es que el intelecto agente opera como la luz roja que revela la película, o como los rayos equis que nos dejan ver el interior del cuerpo.

Lo último que debemos observar (lo hemos anticipado ya) es que, con todos los méritos que pueda tener la interpretación tomista del intelecto agente, tal cual la traslada el maestro agustino, no es la única ni siquiera la más obvia, a decir verdad, que emana del texto aristotélico. Y si la escuela la adopta y la mantiene, es porque quien decide en última instancia no es la hermenéutica textual, sino la fe teologal, la fe en la inmortalidad personal del alma intelectual, la cual, por fuerza, tiene que poseer, igualmente en propiedad personal, el espíritu. Es, una vez más la *fides quaerens intellectum,* una fe que busca su lazarillo pero que comanda soberanamente. Por muy filósofo que sea, el filósofo cristiano no podrá ser jamás un librepensador. Si pudiera serlo, y se mantuviera firme, por otra parte, en su fe sobrenatural, tendría que desembocar en la tesis, prohijada por el averroísmo latino, de la doble verdad, una ante la fe y la otra ante la razón.

La inmortalidad del alma

Otro ejemplo muy interesante de la posición dirigente de la fe en la especulación racional, es la cuestión de la inmortalidad del alma, que figura, como tenía que ser, en el tratado veracruciano.

Demostrar racionalmente la inmortalidad del alma (del alma intelectual, se entiende) es algo perfectamente posible si se está completamente seguro de que esta alma, por la alteza de sus operaciones, por su apertura al reino del espíritu y el comercio que con él mantiene, no pudo haber sido educida de la materia en el proceso de la generación humana, sino que tuvo que venir "de fuera", según el texto aristotélico, lo que, para un cristiano, no puede ser sino la creación divina. Consiguientemente, y manteniéndonos en el puro orden natural, el alma no tiene por qué ser solidaria de la muerte del cuerpo.

Todo esto, sin embargo, si podemos decirlo en términos kantianos, no induce sino una certeza asertórica sobre la supervivencia indefinida del alma, pero no una certeza apodíctica, ya que no puede excluirse la hipótesis de que Dios, así como crea el alma antes de nacer el hombre, así también no pueda aniquilarla en el momento de morir.

Como lo dijo muy bien Bergson cuando alcanzó en esto la certeza que es posible, el alma humana no pertenece al orden de la generación y corrupción, sino al de la creación y aniquilamiento; ahora bien, sólo por la fe sabemos que nuestra alma no será aniquilada en el momento de morir. "Entre los católicos —escribe el maestro De la Veracruz— no hay duda de que el alma racional es inmortal e incorruptible, porque así se lo ha enseñado la fe".[31]

Lo que, en cambio, sigue diciendo el maestro, es bien dudoso, aun entre los católicos (*apud fideles*) es lo que en este punto haya podido



Escultura de fray Alonso de la Veracruz en la Facultad de Filosofía y Letras, ubicada en la Casa de los Mascarones.

sentir Aristóteles, y como prueba al canto cita a Cayetano, a nadie menos, según el cual el alma personal, en los textos del estagirita, es irremediablemente mortal. Secuaz de santo Tomás en casi todo lo demás, Cayetano reserva, no obstante, su independencia de juicio, y en este punto preciso la registra fray Alonso, todo lo cual indica, una vez más, que la exegética del texto aristotélico es algo de lo más duro, y que la división exegética existía también dentro del campo católico.

La tesis del maestro De la Veracruz, con fundamento tanto en la fe como en la razón, por lo que anteriormente ha quedado explicitado, es la de que el alma racional, creada únicamente por Dios, es inmortal e incorruptible, y dura perpetuamente después de la muerte del hombre.[32]

Al terminar de tratar esta cuestión, nuestro autor no puede desconocer, antes por el contrario lo declara honradamente, que los textos aristotélicos no son nada claros en este punto. Aristóteles —dice su expositor— no se expresó en esto tan categóricamente como en otras cuestiones, sino veladamente y con cierta oscuridad: *involute et subobscure*. Y la razón de haberlo hecho así está en que Aristóteles, como bien avisado que era (*vir sagacissimus*), estaba por una parte firme en

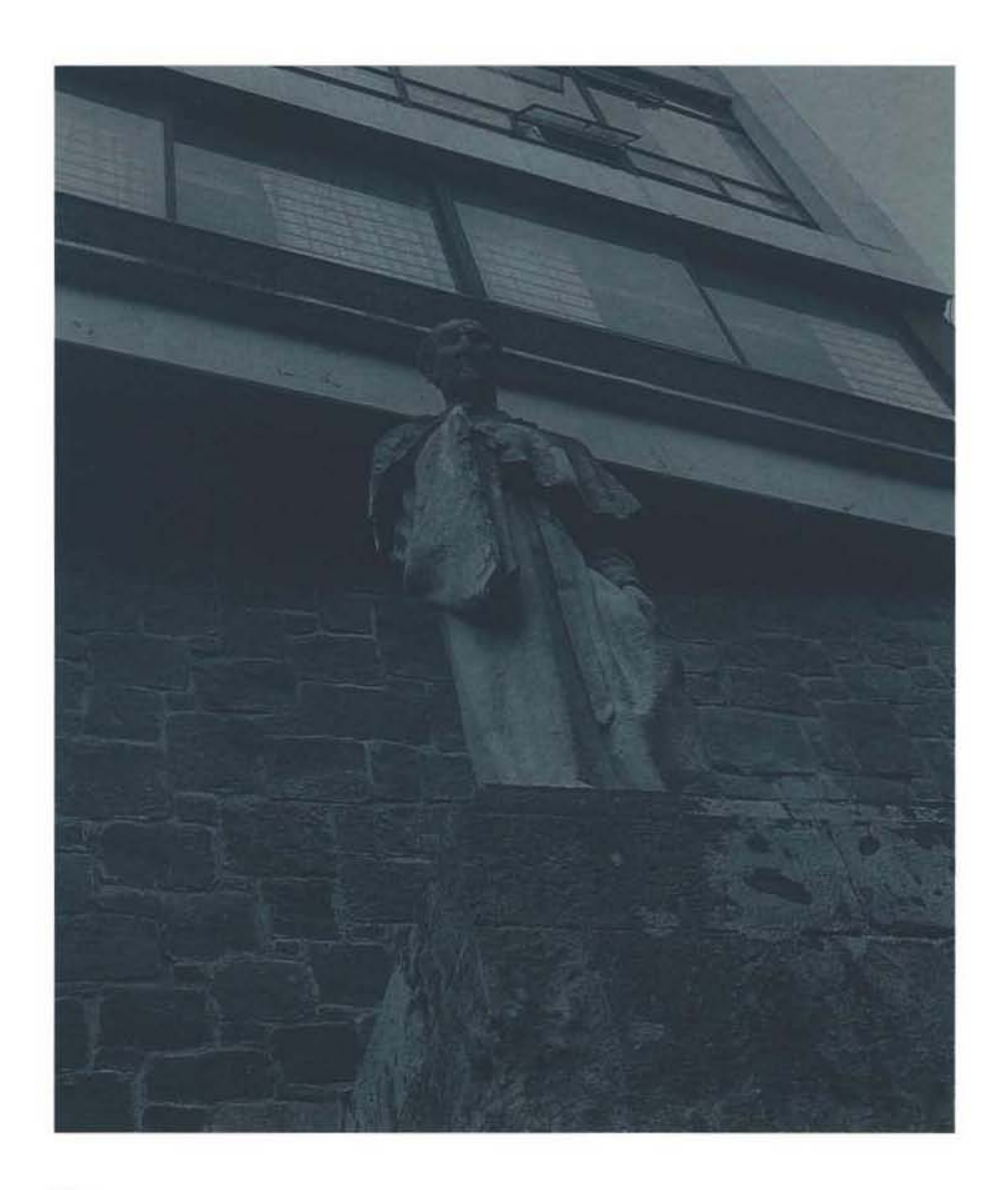
el principio que de la nada no puede salir nada (*ex nihilo nihil fit*) y de la otra no podía entender de quién había salido el alma, y por más que no podía negar que "de alguno" (*de aliquo*) había salido: *non intelligebat animam rationalem esse de aliquo, nec potuit negare eam esse.*[33]

Precioso comentario, dicho sea de paso, del texto aristotélico, y por esto, termina diciendo el maestro, hay que "interpretar" al filósofo y tener por cierto que su sentir no pudo ser otro fuera del que le atribuye la escuela tomista.

Cuestiones como éstas, cualquiera que pueda ser su solución, no han pasado ni pasarán. Ni del hombre en general ni de ninguno de los grandes pensadores en particular ha estado nunca ausente el apetito de inmortalidad. Ni siquiera de Augusto Comte, quien instituyó como el décimo sacramento de la religión positiva el de la incorporación a la humanidad. Y a los hispanoamericanos, si no a otros, nos lacera el grito de Unamuno: "¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!" Y si las pruebas racionales de nuestra inmortalidad han de ser siempre más o menos oscuras, como lo reconoce el propio fray Alonso, siempre podremos apelar al testimonio de la conciencia y decir, con Spinoza, que, en el fondo de nuestra experiencia íntima, sentimos que somos eternos: *Sentimus experimurque nos aeternos esse.*

Sea de ello lo que fuere, estos viejos estudios del alma humana han vuelto a cobrar actualidad en una época, la nuestra, en que la antropología filosófica ocupa el primer lugar entre las disciplinas filosóficas; y lo ocupa con tal plenitud, que en ella han encontrado ancha cabida el espíritu y en general aquello que Max Scheler llamó "de lo eterno en el hombre".

Con las tres obras magistrales impresas en México, y de que acabamos de dar sumaria noticia, nos dejó fray Alonso, según dice el historiador Gutiérrez Casillas, "un curso completo de filosofía especulativa, bien digerida y elegantemente expuesta según el progreso hasta entonces alcanzado".[34] Es un orgullo para México el haber podido cosechar estos frutos desde la primera eclosión del país a la vida intelectual.



Escultura de fray Alonso de la Veracruz en el jardín "Rosario Castellanos", bajo la Torre de Humanidades I, donde actualmente se encuentra.

Notas

[*] Fragmento tomado de Antonio Gómez Robledo, *El magisterio filosófico y jurídico de Alonso de la Veracruz. Con una antología de textos*. México, Porrúa, 1984. (Sepan cuantos..., 461)

[1] Prometeo Cerezo de Diego, *Alonso de Veracruz y el derecho de gentes*. Universidad Complutense de Madrid, 1982, p. 26. (tesis doctoral mecanografiada)

[2] *Ibid.*, p. 27.

[3] Juan de Grijalva, *Crónica de la orden de N. P. S. Agustín en las provincias de la Nueva España*. México, 1624, fol. 187r.

[4] José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional, ad verbum*.

[5] Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, trad. de Joaquín García Icazbalceta, México, 1875.

[6] Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México,* t. II. México, 1922, p. 292.

[7] Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*. México, UNAM, 1939, p. 29. (Biblioteca del Estudiante Universitario)

[8] *Apud* Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 85.

[9] Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, t. I. Madrid, 1911, p. 22.

[10] Amancio Bolaño e Isla, *Contribución al estudio bibliográfico de fray Alonso de la Veracruz*. México, Robredo, 1947, p. 82.

[11] García Icazbalceta, Joaquín, *op. cit.*, p. 144.

[12] Domingo de Soto, *In librum praedicabilium Porhyrii, in librum praedicamentorum et in libros posteriorum analyticorum Aristotelis commentarii*. Salmanca, 1574.

[13] Alonso de la Veracruz, *Physica speculatio*. Edic. de 1562, p. 9.

[14] *Idem*.

[15] Alonso de la Veracruz, *Investigación filosófico-natural, Los libros del alma, libros I y II*. Introducción, versión y notas de Oswaldo Robles. México, UNAM, 1942, p. 5.

[16] Alonso de la Veracruz, *Del alma*, p. 7.

[17] Aristóteles, *De anima*, III, 5.

[18] Aristóteles, *De generatione animalium*, B, 3, 736 b 27-29.

19 Tomás de Aquino, *Tractatus de unitate intellectus, contra averroistas*, I, 10: "*Fuit ergo sententia Aristotelis quod id quo intelligimus sit forma corporis physici*".

[20] Denziger, *Enchiridion symbolorum*, 738: "[...] *damnamus et reprobamus omnes asserentes, animam intellectivam mortalem esse, aut unicam in cunctis hominibus*".

[21] *Idem*, "[...] *vere per se et essentialiter humani corporis forma* [...] *et pro corporum, quibus infunditur, multitudine singulariter multiplicabilis* [...]"

[22] San Agustín, *De Cenesi ad litteram*, cap. 12: "*Et sic secundum diversam considerationem et anima est et spiritus* [...] *sicut ipsa eadem anima quae intellectu intelligit, oculo videt et pedibus ambulat et manibus operatur*".

[23] Tomás de Aquino, *Summa theologica*, I, q. 76 *et passim*.

[24] *Ibid.*, I, q. 118, art. 2.

[25] Alonso de la Veracruz, *Physica speculatio*. Salmanca, 1573, p. 393. Citamos uniformemente esta edición en esta parte de nuestro trabajo, por ser la última de las publicadas en vida del autor, con notables adiciones —en esta materia especialmente— con respecto a la primera edición.

[26] *Ibid.*, p. 396.

[27] Guillermo de Occam, *Quodlibetum* 1, 40.

[28] *Ibid.*, 1, 16.

[29] Guillermo de Occam, *IV Sentencias*., q. 9. E.

[30] Alonso de la Veracruz, *Physica speculatio*, p. 401: "*In anima est aliquid quo est omnia fieri, et aliquid quo est omnia facere*".

[31] *Ibid.*, p. 416: "*Apud catholicos non esse dubium animam rationalem esse immortalem et incorruptibilem, quia hoc habent de fide*".

[32] *Ibid.*, p. 417: "*Anima rationalis, quae a solo Deo creatur, est immortalis et incorruptibilis, perpetuo durans post mortem hominis*".

[33] *Ibid.*, p. 418.

[34] J. Gutiérrez Casillas, *Historia de la Iglesia en México. México*, Porrúa, 1974, p. 102.

La Facultad de Filosofía y Letras, antiguo linaje

Beatriz Ruiz Gaytán

Todo, o casi todo, lo que en la cultura de México
figura y fulgura ha pasado por Filosofía y Letras.
Anónimo

Debo aclarar que este escrito tiene un sentido apologético. Creo que celebrar setenta azarosos años de fecunda existencia precedidos por veinte de tambaleante infancia y muchos más, tal vez treinta, de difícil gestación, bien vale un modesto esfuerzo laudatorio para la generosa institución —la Facultad de Filosofía y Letras— que siempre acogió y acoge sin excepción a todos aquellos —jóvenes o no— que han "padecido" de una ilusión: la del saber, la de la cultura.

Uno de los mejores elogios que se puede hacer de algo o de alguien es recordar su prosapia ilustre y su respuesta a ella, rememorar lo precedente como un patrimonio precioso que se ha cuidado y se ha hecho grande porque se ha sabido cómo tomar la estafeta del milenario quehacer humanístico que, a veces, a través de los siglos, parece que se cae porque no hay quien pueda o quiera asirla y continuar la carrera; evocar cosas de cómo se formó y se heredó el magnífico compromiso de —con miras universales— saber leer, saber escribir, saber comprender el linaje del hombre en sus diferencias y en cada una de sus más humanas expresiones, y no sólo se heredó sino que se ha estado al tanto de cómo usarlo y cómo pasarlo a otros, siempre con largueza, casi con derroche.

Hacer, pues, un poco de historia acerca del añoso, pero no decrépito contenido humanístico de la cultura mexicana, es sin duda una alabanza bien ganada a nuestra Facultad que sigue cultivando y regalando el saber de las humanidades. Es, así, Filosofía y Letras una institución de poca antigüedad cronológica, pero de una hondura de raíces que sólo se logra con siglos.

El cultivo de la filosofía, de las letras clásicas, de la historia apareció en América desde el momento mismo en que ésta fue introducida a la

cultura occidental en todas sus manifestaciones, desde el uso de un cuchillo de metal hasta los principios de la filosofía aristotélica.

Hablar de nuestra cultura y no hacer referencia al antecedente indígena que ha dejado poso sería, a más de injusticia, ignorancia, porque no se puede negar que de ese lado hay también para nosotros una donación de sensibilidad y de talento.

> Si hoy nos interesan arte y ciencia, literatura y pensamiento al modo de Occidente, ¿se desconocerá por ello el auténtico valor de las creaciones alcanzadas por quienes han sido los más antiguos dueños y señores de esta tierra? Su legado es también de arte, de sabiduría y maravilla en su expresión de flor y canto.[1]

No es pues lícito dejar de lado, al considerar nuestra cultura, ninguna de las vertientes que en el principio la nutrieron, la europea y la aborigen, sin caer en la ingenuidad de pensar en todas éstas, que ciertamente fueron muchas, y de las cuales casi todas dejaron importantes huellas arqueológicas de su existencia. Por ahora nos interesan las menos, las que buscaban ser conocidas y entendidas no sólo por sus descendientes inmediatos sino por una posteridad más lejana, las que tenían especialistas para poner en sus "papeles" historias, preceptos morales, constancias contables o fechas.

Cada día sabemos más del pasado prehispánico y aún queda mucho por aprender, pero estemos ciertos de que en nuestro haber genético hay algo de ese pasado que también tiene que ver, y mucho, con la humanística cultura mexicana. Recordemos con Miguel León Portilla un ejemplo: desde la perspectiva de una historia universal, Nezahualcóyotl

> [...] se sitúa al lado de aquellos que, en el contexto de las culturas de la antigüedad clásica, dejaron un mensaje como escudriñadores de problemas en torno a la posibilidad de pronunciar palabras verdaderas, el destino del hombre, la temporalidad, la muerte y el enigma de las realidades divinas.[2]

El sabio rey de Texcoco meditaba, intuía sobre la vida y la muerte, dudaba y se hundía en los misterios de lo que no comprendía y que desesperaba por comprender:

> Yo, Nezahualcóyotl lo pregunto:
> ¿Acaso deveras se vive con raíz en la tierra?
> No para siempre en la tierra;
> sólo un poco aquí.
> Aunque sea de jade se quiebra,
> aunque sea de oro se rompe,

aunque sea plumaje de quetzal se desgarra.
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.[3]

La actitud del señor tezcocano era eminentemente intelectual, filosófica. Por cierto sabemos que esa postura no fue ajena a otras situaciones, y a otros momentos de la vida en nuestra planicie mexicana y en la región maya desde luego.

A esta estirpe de pueblos cultos pertenecían los poderosos dominadores de Anáhuac cuando llegaron los españoles.

Desde los primeros años en que el continente americano fue invadido, penetró la cultura occidental que se expresó en palabras, en utensilios, en oraciones e incluso en la forma de mirar y de reír. Para los europeos las cosas se complicaron más allá de lo supuesto, ya que la cultura transladada —a querer o no— se enriquecía al contacto con lo encontrado porque, lo decíamos antes, ya contaban con una previa civilización diferente e incomprensible. No había posibilidad de volver atrás, quedaba sólo un camino: hacer de todo y a todos parte de España, hispanizar.

Dudas, angustias, equívocos, crueldades, fantasías, desilusiones; toda la gama de sentimientos y pensamientos respecto de aquellas personas nuevas acosaron a los españoles que estaban de este lado y a los que permanecieron allá, en la Península.

Pero aquí surgía una historia por hacer y la historia no se detiene. ¿Cómo dejar estas tierras justo a la medida de lo que España necesitaba y deseaba? ¿Cómo dejar perder hombres y territorios en los que se podía realizar el desiderátum medieval-renacentista de ser ricos y de ser santos? ¿Qué hacer para educar indios educados, pero supuestamente salvajes para la mayoría?

En la Nueva España, los franciscanos fueron los primeros que sentaron precedente de su egregio modo de ver y de entender las cosas en cuanto a la culturización de los indios. Humanistas renombrados, y por excelencia humanos, se dieron primero a estudiar seriamente a aquéllos para lograrlo y "prestaron más atención a todos los estudios históricos, etnográficos y lingüísticos necesarios para la comprensión del indígena".[4]

Así que no solamente se implantó sin más lo que aquellos primeros frailes doctos ya sabían, sino que, en consonancia con los aires renacentistas en los que se habían formado, investigaron cosas diferentes y cimentaron en estos lares bases de futuras disciplinas humanísticas.

En un momento dado los educadores recién llegados y los habitantes autóctonos lograron constituir un conjunto de gente que se entendía, que se respetaba mutuamente, que se transmitía ideas, lo que no quiere decir "miel sobre hojuelas" ya que no eran personas idénticas y por

supuesto que discrepaban. Se logró una situación de mesura conveniente para cierta conjunción de objetivos con el fin de formar indios "leídos".

El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco —abierto en enero de 1536— fue el resultado de una serie de intereses coincidentes de la jerarquía eclesiástica, de instancias del poder político como la Audiencia y el virrey, del emperador Carlos, de la emperatriz y del Consejo de Indias, a más de otros menos relevantes, pero igualmente valiosos.

Enseñar primeras letras y unas cuantas oraciones litúrgicas era asunto casi aceptado, pero proporcionar una instrucción más alta a los nativos era otra cosa; aparecieron temores, prejuicios, ñoñerías y una muy seria oposición; un colegio para aborígenes empezaba a sonar como un hecho necesario y natural, pero un colegio de estudios superiores tal vez —se pensaba— posibilitaría la disminución de la distancia entre los de arriba y de abajo; era por defecto inútil, por exceso temerario.

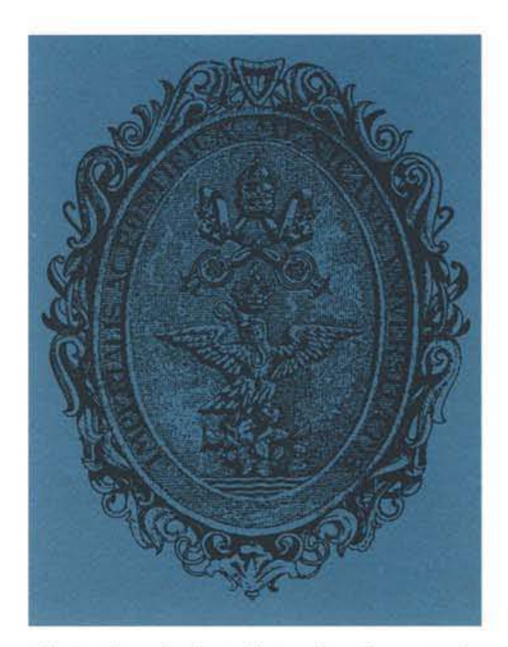
Sin embargo se hizo. Zumárraga, en 1553, solicitaba ante el Consejo de Indias preceptores de gramática para españoles e indios.[5] El asunto fue más lejos:

> Fray Juan de Zumárraga y el virrey don Antonio de Mendoza concibieron el ambicioso proyecto de abrir de par en par las puertas de la nueva cultura a los indios ofreciéndoles la posibilidad de alcanzar dentro de ella el rango y la responsabilidad a la que por su saber se hicieran acreedores.[6]

Acordes con su tiempo, frailes y autoridades pensaron en el colegio que proponían con audacia de intelectuales. ¿No era una audacia de verdaderos e inteligentes humanistas el plantear la enseñanza de "gramática romanzada en la lengua mexicana de los naturales [...]"?[7]

Fray Bernardino de Sahagún, el ilustre precursor de los estudios etnohistóricos, dejó nombres de notables egresados de Tlatelolco y noticia de sus grados y saberes. De allí salieron historiadores, latinistas, retóricos, amanuenses, lectores, maestros de niños, traductores, peritos en música, tipógrafos, poetas y alguno —Pablo Nazareo, por ejemplo— fue rector y preceptor del famoso Colegio.[8]

De Tlatelolco y en sus recintos quedaron constancias de una profunda conciencia histórica de parte de los frailes que se convirtieron en investigadores y guardianes de la sabiduría indígena, y de parte de los indios que pusieron su lengua, su rostro —esto es, su personalidad— y sus talentos para que se conociera de ellos y de sus antepasados, como en el caso de los *Huehuetlahtolli* (Testimonios de la antigua palabra),[9] que se imprimieron por primera vez en Santa Cruz de Tlatelolco; habían sido recogidos y escritos años antes, en 1533, por fray Andrés



Al término de la Independencia y con la instauración del Primer Imperio, la Universidad cambió su nombre por el de Imperial y Pontificia Universidad de México. En su escudo, los leones y castillos de la heráldica peninsular fueron suprimidos y sustituidos por el águila devorando a la serpiente.

de Olmos, quien emprendió la tarea después de haber "visto todas las pinturas [libros o códices] que los caciques y principales tenían de sus antiguallas y habiéndoles dado los más ancianos respuesta a todo lo que les quiso preguntar".[10]

El hombre humanista, indígena o español, no sólo sabía cosas del intelecto y del espíritu, sino que las discutió, cuando se dio el caso, en acciones propias de alto nivel intelectual: confrontación de opiniones, discusión de temas torales, expresión de las propias verdades de tú a tú, pero con dignidad y respeto de cada uno al "otro". Encuentro tan académico fue, sin duda, el famoso "Coloquio de los doce",[11] tempranamente realizado en Tlatelolco y en el que frailes hispanos y sacerdotes mexicas sentados a la misma altura ventilaron sus discrepancias espirituales. Esto fue, también sin duda, un precoz caso del uso de la libertad de pensar y de hablar.

Cosas como ésta no perduraron o no fueron comunes a través de los siglos coloniales; la economía, la política, la ambición así lo determinaron, pero siempre hubo un hilo conductor que llevó la cultura de la Nueva España a alturas que hasta hace poco empezaron a verse claras.

No pocos pensadores han "decretado" literalmente que no se puede hablar de filosofía en la Nueva España, y menos en sus primeros tiempos, porque no apareció ningún sistema original que lo justificara; también se ha evadido sistemáticamente la consideración y la validez precisa de un humanismo renacentista español, pero creo que lo hasta ahora evocado —muy por encima, es cierto— habla positivamente de ello. Ese humanismo renacentista se expresó muy legítima y originalmente en descubrimientos, creatividad, innovación, inventiva, entusiasmo, vitalidad, interés por el conocimiento de las lenguas aborígenes y ánimo difusor para extender el latín, el sentido de la libertad para encauzar instrucción y evangelización por los métodos que la realidad americana imponía, y a veces pisando los linderos de la ortodoxia, transmisión de ideas estéticas y aceptación de las que ya tenían los indígenas.

Es difícil negar el cultivo de un pensamiento filosófico cuando a unos cuantos años de la conquista los doctos frailes hispanos (Gante, Sahagún, Molina, Olmos, tantos más) no habían hecho más que vivir y trabajar acordes con su formación escolástica; misma que está presente en cronistas mestizos (Chimalpáin, Tezozómoc, Ixtlixóchitl) y en indios sobresalientes por su saber (Esteban Bravo, Diego Adriano, Hernando de Ribas, Agustín Fuente). De tal manera que los que se acercaron a Tlatelolco en los tiempos primeros fueron informados acerca de santo Tomás de Aquino, del latín, del hablar de Castilla y de otras disciplinas.

El humanismo renacentista español crecía y a veces tomaba tonalidades decididamente mexicanas; crecía y exigía.

Aún se escuchaba el martilleo de la demolición de Tenochtitlan y la construcción de la nueva ciudad cuando dos hechos trascendentales consolidaron la sistematización de los estudios superiores: la fundación de la Universidad y el arribo de los jesuitas. Apenas los primeros muchachos criollos y mestizos de más edad andaban entre los veinte y los veinticinco años, cuando la Nueva España tuvo un sitio donde podrían ya comentarse las doctas disertaciones de un claustro universitario (1553). La primera generación de mexicanos pudo acceder a una institución de enseñanza superior *non plus ultra* en el sistema educativo hispano: una Universidad de auténtico corte salmantino que, en razón de su peculiarísima ubicación física, sobre el corazón deshecho del gran señorío azteca sometido hacía no más de veinticinco años, pasaría momentos singulares, situaciones no previstas y novedosos vaivenes que le imprimía sin duda su entorno geohistórico y humano; aires tropicales, gente diferente nunca antes vista: indios mexicanos y mexicanos nuevos criollos y mestizos. (Interesante estudio por hacer es este de los cotidianos intríngulis —lo que no se asienta en actas de aquella hispánica y americana Universidad).

Su propia fundación no surgió de la voluntad real y/o eclesiástica, sino de una serie de instancias, como el obispo Zumárraga, quien presentó la primera petición a través de sus procuradores en el Concilio de Trento,[12] el virrey Antonio de Mendoza, la Audiencia, el Ayuntamiento, los frailes franciscanos y algunos súbditos ilustres. El rey acató la petición recogida a través del Consejo Real y Supremo de las Indias en ese libre ejercicio que el jurista mexicano Esquivel Obregón llamó "democracia tradicional española".[13]

La Universidad no fue puesta al cuidado de religiosos, de hecho fue seglar y pública, puesto que podían ingresar a ella todos los que estuvieran en condiciones de hacerlo:

> Don Luis de Velasco, visorrey de la Nueva España y presidente de la audiencia real que en ella reside: sabed que Don Antonio de Mendoza, visorrey que fue de esa tierra, escribió al emperador rey mi señor, que en esa ciudad de México, hacía instancia que se fundase en ella, universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles, fuesen instruidos en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades y que entendido lo que importaba, había señalado personas en todas las facultades, para que desde luego leyesen lecciones [...][14]

Fueron catedráticos ilustres Alonso de la Veracruz, discípulo de Francisco de Vitoria, fundador de la primera biblioteca en México y primer profesor de Filosofía e innovador de la didáctica de tal materia; Cervantes de Salazar, quien haría en tres diálogos memorables la primera biografía y descripción de la ciudad; uno de los rectores, don

Diego García de Palacios, quien escribió en el nuevo mundo el primer tratado de náutica y la relación de una visita que hizo a las ruinas de Copán. Siempre hubo lugar para cátedras nuevas: Medicina en 1578, de Sexto o Vísperas de Cánones en 1580, Vísperas de Medicina en 1597, Cirugía en 1622, Astrología en 1640, Método en el mismo año, Escoto en 1658, la de Suárez en 1723. Doctores egresados de la Universidad ocuparon cátedras también en España, por ejemplo en Salamanca, Alcalá, Valladolid, Sevilla y Granada.

No podemos abundar en el tema, pero vale la pena señalar que, a pesar de todas sus innegables bondades, la antigua casa de estudios, a cuenta de su "decadente escolasticismo", ha debido cargar con cierta leyenda negra, cosa por demás común a toda institución hispana de la época colonial; por otro lado, a partir de la ilustración y del liberalismo, llevar los denominativos de "real y pontificia" era tanto como una "cláusula de exclusión" de la historia de la cultura y de los modernos libros hechos por los más modernos cerebros. Es así como aquella venerable Universidad ha sido tratada por la historiografía mexicana y por las facciones políticas y educativas en turno, como un "mal recuerdo" que nada ha tenido que ver con la "progresista" época republicana o revolucionaria, y al que no hay que traer a cuento más que para demostrar que se poseen conocimientos históricos. Pero sí hay que traerla a cuento como el repositorio que durante tres siglos hizo acopio de una cultura humanística que, insisto, obra en la historia posterior del talento mexicano igual que obran en su biología y su idiosincrasia los factores hereditarios de un mestizaje persistente. La Real y Pontificia es parte de la estirpe cultural que no nos hemos atrevido a usufructuar como herederos legítimos que somos, sin menoscabo de nuestros avances, cientificismo y tecnología.

Es oportuno repetir unas líneas del profesor John Tate Lanning, el acucioso historiador norteamericano, recopilador y peleógrafo de más de doscientas cédulas que "tienen un valor informativo y comprobatorio que rebasa el objetivo particular de cada uno".[15] Luego agrega:

> [...] es muy pertinente advertir a muchos historiadores que deben leer los documentos originales antes de repetir a ciegas la tradicional información sobre la [falta absoluta] de espíritu científico y filosófico moderno en la vida intelectual de las Colonias.[16]

Otro historiador eminente redondea la idea:

> Desde el arribo de la ciencia europea a México en el siglo XVI, su desarrollo ha sido incesante y ha estado dotado de una vitalidad peculiar que le da suficiente crédito como para poderse incorporar a ese vasto movimiento ya que, si bien nunca tuvimos astros de magnitud mayor, eso no es óbice para descontar las aportaciones originales de nuestros científicos en campos como la botánica, la zoología o la farmacoterapia.[17]

El siglo XVII ha corrido hasta hace muy poco con la misma suerte que todo aquello que se sitúa enmedio de algo; el XVII es la intermedia en las tres centurias coloniales, lo que por mucho tiempo hizo suponer y hasta afirmar que aquellos cien años fueron estériles, oscuros, estáticos.

Las cosas han cambiado, pero su inmenso legado cultural aún no es conocido del todo, sin embargo allí está en varios miles de manuscritos o impresos, escritos en latín la mayoría, guardados, entre otros repositorios, en nuestra Biblioteca Nacional (Fondo de libros raros y antiguos), o en los archivos históricos del Instituto de Antropología e Historia; en ambos hace algunos años trabajan latinistas de esta Facultad y de otras instituciones. También es labor de las humanidades el rescate del pensamiento, no importa cuánto tiempo ha que éste se dio. Bien expresó alguna vez Luis Villoro: "Remitirnos a un pasado dota al presente de una razón de existir".

Aunque nacido en España en la segunda mitad del siglo XVII y avecindado en la Nueva España, en donde vivió la mayor parte de su vida, el padre Diego Basalenque, de la orden de San Agustín, merece ser citado como ilustre ejemplo del pensamiento y de la actividad humanística mexicana. Es irresistible incorporar aquí parte de una narración deliciosa de sus actividades y aficiones; su vastísima y generosa inquietud intelectual hizo de él profesor de cuanto pudo, estudioso contumaz, escritor permanente y difusor de lo que era necesario.

> Entre las mercedes que he recibido de Nuestro Señor y se las debo servir es una la inclinación que me ha dado a enseñar lo poco a poco más (que poco sé) a aquellos que este poco no alcanzan, y con esta inclinación he servido a mi religión más de cincuenta años [...] Cuando, luego que profesé a los diez y seis años de edad, me mandaron leer Gramática [a otros religiosos]; y después que dieron estudios mayores, asimismo me mandaron que juntamente leyese Gramática [...] relevándome de algunas horas de coro [...]
> Al dividirse las provincias, me trajeron [a la de Morelia] para que leyese estudios mayores; leí tres cursos de Artes seguidos, leyendo al fin de cada uno Teología [...] Después de esto fui a San Luis Potosí, donde súbdito y prelado estuve seis años e instituí estudios de Gramática [...] Como también me sucedió en la ciudad de Zacatecas, donde a petición de toda la clerecía y Vicario leí Teología moral a todos los clérigos [...] No me olvidaré tampoco de lo que enseñé en Valladolid, después de haber tenido oficios mayores, que a petición del Convento leí Teología moral, a lo cual acudían desde el Prior hasta el más recién profeso. Y si cabe por servicio el enseñar canto a los hermanos dos trienios lo enseñé [...] Llegando, pues, a la vejez cumplidos los setenta años, recogiéndome en el Convento de Charo para morir, hallé que había falta de ministros [...] me incliné a ayudarlos y aprendí la lengua y dentro de un año la prediqué y hice arte y vocabulario [...] teniendo asimismo (seis años ha) escuela de niños de



Porfirio Díaz y su gabinete marchan a la inauguración de la Universidad Nacional, el 22 de septiembre de 1910. Al extremo izquierdo, Ezequiel A. Chávez; al centro, Porfirio Díaz, y a su derecha, Justo Sierra.

> leer y escribir para el servicio del coro [...] Agora, pues, a los últimos tercios de mi viaje, traté de servir a mi provincia, historiando todo lo sucedido en ella, desde que comenzó a haber doctrina de nuestros religiosos en este territorio.[18]

Con la proporción guardada, personalmente este relato me trae a la memoria a varios profesores de nuestra Facultad, docencia aquí y allá, investigación a saltos mortales, difusión ante indiscriminadas demandas y oportunidades. ¡Loados sean!

Un lugar donde en el siglo XVII pudo realizarse a plenitud la fecunda vida de Basalenque; donde aparecieron talentos como el de Sigüenza y Góngora, y plumas de vuelo universal como las de sor Juana y Juan Ruiz es un lugar propicio a la cultura. Así que México no se vio aislado de la gran evolución del pensamiento, del adelanto de las ciencias ni de la innovación de las relaciones humanas que llenaron el siglo XVIII en Europa y que pasaron de allí al virreinato de la Nueva España.

Los conocimientos científicos avanzaban, pero las humanidades siguieron sentando tradición y arraigo; la llegada de los jesuitas a México fue definitiva al respecto. Hacia 1574 se abrió el Colegio de San Pedro y San Pablo que alcanzó el mismo éxito que habían tenido todos

los colegios de la Compañía desde que el mismo Ignacio de Loyola permitió el ingreso de estudiantes laicos en el Colegio de Gandía (1546).

La presencia jesuítica fue oportuna; como siempre, la ciudad de México crecía explosivamente, la Universidad no podía llenar todas las expectativas de las generaciones nuevas, y cuando decimos nuevas no nos referimos sólo a edad, sino a una condición real psicológica, intelectual y moral. A fines del siglo XVI, criollos, mestizos y hasta indios eran gente distinta a la de veinticinco años antes. Nueva en sentido estricto, eran la segunda o tercera generación después de la conquista militar; había algo común entre los tres grupos, los tres estaban en su tierra nativa, los tres asistían sin saberlo al nacimiento de un país diferente, los tres eran los más numerosos, y de uno u otro modo los tres sufrían exacciones de los españoles, puesto que todos eran gobernados por éstos.

Es obligado pensar que la vida de una institución de la envergadura de la Universidad —entonces y hoy— y de su Facultad de humanidades, no pudo, ni puede estar despegada jamás del total de inquietudes intelectuales de cualquier tipo que la rodean.

La llegada de los jesuitas (1572) fue, como ya habíamos apuntado, otro hito definitivo en el adelanto y fuerza de las humanidades en México. Sin embargo, entre ellos se habían hecho muy hondas las diferencias, los indios eran protegidos de *jure* pero no de *facto*; los criollos eran los privilegiados, pero sólo en el aspecto de condición social y posición económica a medias, porque ambas se les daban y las disfrutaban, pero ellos mismos no las manejaban; los mestizos eran sin duda los más desposeídos, incomprendidos y desdichados.

En verdad lo único que podía afirmar la personalidad de los "nuevos" era la educación.

Por supuesto que educar a población tan heterogénea representaba cada día problemas irresolubles. Hemos hecho mención de los proyectos de Tlatelolco, de la Universidad y de los alcances que, en la medida del tiempo y de las peculiarísimas circunstancias de la Nueva España, lograron dichas instituciones, pero al paso de los años la tumultuosa aparición de —sobre todo— criollos y mestizos complicaba las cosas.

El arribo de los seguidores de Ignacio fue puntual y remedió en gran medida el problema de la juvenil ociosidad criolla. El remedio fue la cultura que nunca se negó a persona alguna, pero que en razón del sistema resultaba excluyente, y fueron los menos los que accedieron a ella; además, los Zumárragas, los Mendozas, los Olmos no son flores de todos los tiempos y si bien es cierto que la educación para indios siguió siendo atendida, nunca más lo fue con el celo y la pasión de los primeros; los mestizos, por naturaleza rebeldes, y por numerosos, incontrolables, se escabullían por sí mismos de aulas y disciplina.

Los criollos tenían los medios, el tiempo y la posibilidad de distin-

guirse al hacer una carrera que en la vida política y económica estaba siempre limitada, pero la ocupación intelectual infinita y compensadora *per se* resolvió la cuestión.

Una política educativa progresista basada en el conocimiento y adaptación a cada una de las regiones y de las épocas, fue sin duda la clave de los logros alcanzados por los institutos educativos de la Compañía de Jesús.

Filosofía, teología y humanidades acaparaban sus intereses. "Las lenguas y literaturas clásicas eran indudablemente el meollo de los estudios de la orden. Con la excepción de la doctrina cristiana, gozaban de una atención preferente".[19]

Los que representaban entonces la avanzada de la educación modificaron objetivos y método, pero la proposición fundamental era educación humanística. "El objetivo de las Humanidades era reunir el conocimiento con la elocuencia o el uso correcto de la razón engarzada en una expresión culta".[20] Se daba esmerada atención a la lengua vernácula, en este caso el castellano; los estudiantes debían traducir a los autores griegos y latinos con elegancia y corrección, cosa que los obligaba a conocer a la perfección su propia lengua.

Por supuesto el cuadro de materias aumentó; matemáticas, arqueología, geografía, historia, física, quedaban unas como subordinadas o accesorias, y otras asignadas al estudio de la filosofía.

"El método partía de un principio pedagógico sano: recalcar unas cuantas ramas del conocimiento y tratar las demás como subordinadas y accesorias".[21]

Esto pareciera un estrechez del Plan de estudios, pero se basaba conscientemente en una convicción: la educación debía preservar y transmitir una herencia cultural.

Creo que si alguna vez somos capaces de despojarnos de vergonzantes sonrojos jacobinos que aún nos quedan, debería repensarse en serio esa convicción de la educación jesuítica que encierra (con poco que la analicemos) una de las llaves de oro para la conservación dinámica de una identidad nacional. Esto va a quedar, en parte, demostrado en la formación de los criollos insurgentes del siglo XIX, al fin y al cabo muchos de ellos nietos intelectuales de los jesuitas expulsos, quienes por cierto continuaron fuera de la Nueva España su exitosa carrera humanística. En el extranjero siguieron dando testimonio de alto nivel académico, modernismo de ideas... y acendrado mexicanismo.

No está de más recordar por ejemplo la actividad historiográfica de Clavijero. Personalmente creo que faltan análisis y comentarios del texto de la *Storia antica del Messico* a la luz de la opinión europea y a la luz del impacto que causó o de la indiferencia con que acaso fue contestada. La *Storia antica* es uno de los primeros trabajos de un humanista mexicano, puesto a la consideración de Europa. La forma suave,



Inauguración de la Universidad Nacional. En el balcón principal, Ezequiel A. Chávez, Carmen Romero Rubio, Porfirio Díaz y Justo Sierra.

y a veces como tratando de paliar lo negativo para no ofender, en que describe las sobresalientes capacidades de los habitantes del *Messico antico* nos lo muestran como un genuino producto de este país, nos lo presentan todo lo limado y claro que era capaz de lograr la cultura criolla y la educación humanística de un mexicano,[22] que en México había leído a Descartes, Newton o Leibniz, como lo hacían entre otros Guevara y Bazoazábal,[23] admirador de Galileo y Bacon.

Desde luego que todos los jesuitas expatriados habían sido lectores de la *Enciclopedia* y de otras obras característicamente ilustradas; de una u otra manera todos hablaron de filosofía moderna, de nuevos métodos de enseñanza, de gobernantes elegidos por el pueblo, de libertad, de la razón. Pero algo los hizo peculiares a más de su saber: su mexicanismo, cosa que da el tono moderno del nacionalismo, pero dentro de una formación humanística. Así, su mexicanismo, fruto de la cultura, lo fue también del ambiente colonial, del trato con los compatriotas, de su educación, sin duda.

La nostalgia se manifestó muy acusadamente a través de sus recordaciones y conocimientos de los indígenas, que eran lo más original en que podría pensarse y lo más originario que podría echarse de menos; su sabiduría científica y racional no mermó la remembranza de aquellos sufridos "paisanos" que eran punto clave en la fina preocupación de su cultura humanística.

Así también ahondaron en lo que significa la patria:

quisiéramos morir bajo aquel cielo
que incluyó tanto a nuestro ser humano
no hay tan cerca de México mal suelo,
no hay Purgatorio tan vecino al Cielo.[24]

Además, de modo impar les hizo captar lo hermoso que es lo feo cuando de la patria se trata:

Yo cedo por Tacuba pueblo inmundo
Roma famosa capital del mundo.[25]

Así pues, los primeros barruntos ilustrados llegaron a los jesuitas quienes absorbieron grandes enseñanzas pero que nunca fueron unos afrancesados más, ni negadores de valores tradicionales, sino que usaron sus talentos como humanistas ilustrados mexicanos.

La ilustración continuó su entrada a México con energía, y por más vías de acceso de las que habitualmente se conceden: libros, propaganda directa estadounidense, intercambio científico, economía vasca y por supuesto la misma administración española virreinal que, con sus medidas progresistas y modernos funcionarios, jugó un papel de importancia en la difusión y aceptación de las novedades del siglo XVIII.

Sin embargo, no hay que olvidar que la Península fue ilustremente ilustrada pero a su modo;[26] pensemos, por ejemplo, en Jovellanos, amante respetuoso de la religión de España y fiel a su Rey:

Jovellanos era un hombre muy del siglo XVIII, el hombre era muy español y el siglo era muy francés; la tradición y la época eran entonces como dos caminos trazados por las dos vertientes pirenaicas: una que conducía al Madrid de los últimos Austrias y otros al París de la Revolución y de los últimos Borbones.[27]

Había cosas que no encajaban en la mente hispana, no por incapacidad sino porque era otra.

De cualquier modo, el golpe del cambio fue avasallador, la Ilustración ponía en peligro el cultivo de las humanidades, de la teología y daba a la filosofía una vuelta de ciento ochenta grados. Desde el punto de vista de la academia surgió una cierta convivencia en la Universidad entre hombres de la Iglesia y laicos, lo que mantuvo un equilibrio pacífico por lo menos en apariencia y se dictaron cátedras "nuevas" y "viejas", pero sin llegar a resonantes cambios: medicina, matemáticas, cirugía y filosofía, Escoto, artes, por nombrar algunas.[28] Asimismo, las relaciones concretamente con la Compañía de Jesús, sin duda in-

fluyeron en la aparición de tesis universitarias en defensa de Descartes o Gassendi, y también en pronunciamientos de las autoridades frente a modernos pensadores:

> Nosotros, el Rector e infrascritos Doctores y Padres Profesores de Sgda. Teología y de Filosofía, certificamos y testificamos que estos [Elementos de Filosofía Moderna: *Elementa Recentiories Philosophiae,* publicado en 1774] escritos por el Dr. D. Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, Presbítero secular de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, para uso de nuestra juventud americana, no sólo contiene la doctrina más sana y la más oportuna para informar las costumbres, sino que también lo más selecto de las doctrinas de los filósofos modernos [...] hemos juzgado que en bien de las escuelas, este volumen impreso sirva a los concursantes de Filosofía para que aprendan lo que ahora no puede ignorarse ni controvertirse sin deshonor e ignominia [...][29]

Sabemos bien que éstos sólo fueron destellos y que la absoluta decadencia de los estudios humanísticos fue un hecho paralelo al declive del dominio español. Éste desapareció pero no así la cultura criollo-mestiza formada e informada en el pasado común de un pueblo escandalosamente nuevo (¿no hemos sido piedra de escándalo de cuantos nos miran?) en el que de allí en adelante todo tendría el tono de lo inusitado. La lucha por la independencia absorbió todas las inquietudes, culturalmente quedaron bastiones prestigiados como, por ejemplo, el Colegio de San Ildefonso, nunca tan elitista como en ese momento, y se entiende ya que muy pocos debieron haber sido los que escaparon social y económicamente a la lucha tan violenta, no tanto por lo armada, sino por los giros tan radicales que proponía; no es fácil anochecer virreinato y amanecer república, pero podría decirse que así fue: se necesitaron tan sólo catorce años. El pueblo estrenaba política propia y a la actividad política de partidos subordinó casi todo el siglo XIX.

El odio liberal perdía el tiempo tratando de borrar el pasado en vez de aprovechar lo que éste ofrecía, y la ceguera conservadora perdía el tiempo tratando de revivir muertos en vez de aprovechar nuevas oportunidades.

La instrucción pública no escapó al problema y cada partido se oponía al otro esgrimiendo, además de sus principios, la protección decidida a ciertas instituciones y aun a ciertas materias de enseñanza. Cada uno hizo de su bagaje de cultura una bandera de partido y se fue realizando en las mentes una identificación entre los conceptos opresores, conservadores y hasta centralistas, reaccionarios y universitarios, en contraposición a oprimidos, liberales y hasta federalistas,



Concurrencia al acto de inauguración de la Universidad Nacional, Anfiteatro "Simón Bolívar", 22 de septiembre de 1910.

revolucionarios y técnicos;[30] "La Universidad, la metafísica, la teología y la filosofía se fueron convirtiendo en santo y seña de la reacción".[31] Identificaciones gratuitas y absurdas porque la alta cultura, la que conlleva un agudo sentido humanista, no tiene bandería: su alcance sale del pueblo en el que nace y, enriquecida, llega otra vez a sí misma en su vuelta alrededor del mundo.

Pero esto no fue posible entonces; la Universidad era algo estorboso que se quitaba y se ponía según el partido triunfante.

En la gestión del general Victoria únicamente funcionó con cierta regularidad la Academia de San Carlos.

Hacia 1833, al amparo de Gómez Farías, se formuló un proyecto típico como medida de conciliación; se formaba de seis establecimientos: Preparatoria, Estudios ideológicos y humanidades, Ciencias físicas y matemáticas, Ciencias médicas, Jurisprudencia y Ciencias eclesiásticas. No llegó a funcionar. En 1834 se restableció la Universidad, no más Real sino Nacional, pero todavía pontificia; hacia 1843 se crearon escuelas de agricultura y la de Artes y Oficios; por allá de 1854 se fundó la Escuela de Comercio y se pensó en un plan de cuatro facultades: Medicina, Teología, Jurisprudencia y... Filosofía, sólo fue un

buen intento. En 1857 Ignacio Comonfort hace desaparecer la maltrecha Universidad, "en 58 Zuloaga la repone, en 61 Juárez la elimina, en 63 vuelve a aparecer, en 65 el príncipe austriaco la suprime, ahora sí definitivamente [...]"[32]

En medio de estos vaivenes culturales, siempre entretejidos con la militancia política, aparecerá (1867) el positivismo, lo único que faltaba para retardar más la participación del México independiente en la vida intelectual del mundo.

No nos interesa por ahora ni el análisis de la doctrina o el método de la corriente comtiana, "[...] se trata —dice Leopoldo Zea— de una doctrina importada a México para servir directamente a un determinado grupo político, o para servir de instrumento a un determinado grupo social, en pugna con otros grupos".[33] Es decir, se afina el mismo procedimiento de todo el siglo al usar las materias del conocimiento para fines políticos muy personales, tanto, que Gabino Barreda no duda en hacer ajustes al positivismo de Comte para ponerlo al servicio de la camarilla del poder, primero en tiempos de Juárez, y después, de Porfirio Díaz.

Orden basado en la uniformidad de conocimientos y de creencias, paz social lograda a través de una "planificación u ordenamiento completo de la conciencia del estudiante, en la cual no quedase nada para ser *interpretado por el individuo*".[34] Se buscaba formar hombres incapaces de crear, de interpretar, de disentir.

Progreso era otro de los términos clave, progreso material, no interior. Además, proponer progreso es tópico de batalla oratoria sin sentido, ya que la palabra —progreso— es escurridiza, es acomodaticia, es inasible; progreso ¿para qué, de qué clase, hasta cuándo?

El positivismo fue en verdad una necedad política; no llenaba los pavorosos huecos sociales y económicos del país, no abatía la ignorancia de las mayorías, no elevaba ni multiplicaba la cultura de la minoría. Se tenía un miedo cerval a la amenaza de la sajonización, pero se pretendió sin recato aplastar la "hispanización histórica", esto es, la que ya estaba inscrita irremediablemente en la historia. La legendaria tradición humanístico-filosófica se vio un tanto inmovilizada.

En este ambiente creció y maduró Justo Sierra, discípulo de Barreda, de quien había sido importante seguidor. Sierra fue el encargado de poner en su adecuado orden y en marcha la educación nacional, pero el Justo Sierra de las grandes realizaciones educativas no era un positivista. De sus primitivas posiciones filosóficas y políticas lo apartó el hecho de su responsabilidad como hombre de trabajo y su sensibilidad como mexicano.

Las necesidades de un pueblo en bancarrota cultural lo hicieron salirse de la pura especulación intelectual hacia la acción que respondiera a las necesidades nacionales. Amaba la ciencia, sentía el tremendo

atractivo de esa "magia" nueva y de que México fuera introducido por ella al mundo moderno. La gran cultura de Sierra, su conocimiento de la humanidad y de su país lo dotaron "de un sentido de lo universal que sobrepasaba, dejándolos muy atrás, los límites estrechos de la idea comtiana y le daba un agudo sello humanístico"[35] que le impedía ignorar las formas de conocimiento que no encajan dentro de la ciencia experimental.

Sierra orientó la organización de la educación nacional desde el párvulo hasta el doctor universitario, pasando por las artes, los oficios y la escuela rural:

> [...] sometí a la decisión de la Cámara la creación de la Universidad Nacional, pero se convino en aplazarla para cuando estuviera suficientemente organizada y desarrollada la educación primaria, cuando la educación secundaria hubiera comenzado a dar frutos [...] cuando la educación profesional estuviera desarrollándose [...] y después de la creación de una Escuela de Altos Estudios.[36]

> Establecer una Escuela de Altos Estudios no es obra de un día ni de un año, así se la limita de pronto a la enseñanza de algunas lenguas muertas, de una o dos de las indígenas y a conferencias sobre filología, ciencias físico-matemáticas, química sintética, biología, historia en sus diversas especies: religiones, literaturas, sistemas filosóficos, instituciones, análisis críticos de las fuentes de nuestra historia [...][37]

Las humanidades tenían ya otra vez un camino.

Pasaron muchos años. Altos Estudios se convirtió en la Facultad de Filosofía y Letras, y aquí está, haciendo lo suyo y pletórica de jóvenes de todas las condiciones sociales y económicas, lo que la hace increíblemente fuerte y vital.

Aquí está al cuidado del engrandecimiento, renovación y transmisión de los estudios de las cosas que dan sentido, profundidad y altura finita o infinita a la existencia del género humano.

Notas

[1] Miguel-León-Portilla, *Nezahualcóyotl. Poesía y pensamiento, 1402-1472*. México, Gobierno del Estado de México, 1972, p. 9.
[2] *Ibid.*, p. 10.
[3] *Apud* León-Portilla, *op. cit.*, p. 31.
[4] Antonio Rubial, "La Insulana, un ideal franciscano medieval en Nueva España", en *Estudios de historia novohispana*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. VI, 1978, pp. 39-46.
[5] *Vid.* Lino Gómez Canedo, *Pioneros de la Cruz en México*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1988, p. 168.
[6] José María Gallegos Rocaful, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México, UNAM, 1974, p. 33.
[7] Sebastián Ramírez de Fuenleal, *apud* Lino Gómez Canedo, *La educación de los marginados*. México, Porrúa, 1982, p. 136.
[8] *Cf.* Gallegos Rocaful, *op. cit.*, p. 35.
[9] *Huehuetlahtolli.* Estudio introductorio de Miguel León-Portilla; versión de los textos náhuas de Librado Silva Galeana. Edición facsimilar. México, Comisión Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, 1988, 500 pp.
[10] Fray Jerónimo de Mendieta, prólogo al libro II, *apud* Miguel León-Portilla, *Huehuetlahtolli*, pp. 14-15.
[11] "Coloquios y Doctrina cristiana...", en *Los Diálogos de 1524 según el texto de fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas*. Ed. facsimilar del manuscrito original, paleografía; versión del náhuatl, estudio y notas de Miguel León-Portilla. México, UNAM, Fundación de Investigaciones Sociales, 1986.
[12] David Mayagoitia, *Ambiente filosófico de la Nueva España*. México, Jus, 1945, p. 58.
[13] *Apud* Guadalupe Pérez San Vicente, "Las cédulas de fundación de las universidades de México y Lima", en *Estudios de historia novohispana*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. VIII, 1970, p. 59.
[14] Documento enviado por Carlos V a los oficiales reales, fechado en Toro el 21 de septiembre de 1551, en *ibid.*, p. 78.
[15] *Reales Cédulas de la Real y Pontificia Universidad de México de 1551 a 1816.* Estudio preliminar de Rafael Heliodoro Valle. México, Imprenta Universitaria, 1946, p. VIII.
[16] *Ibid.*, p. X.
[17] Elías Trabulse, *Historia de la ciencia en México (Estudios y textos) siglo XVI*. México, CONACYT/Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 16.
[18] Diego Basalenque, *Historia de la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán del Orden de N. P. S. Agustín*. México, "La Voz de México", 1886, pp. 29-33, *apud* Gallegos Rocaful, *op. cit.*, p. 316.
[19] Ernesto Meneses, *El código educativo de la Compañía de Jesús*. México, Universidad Iberoamericana, 1988, p. 38.
[20] *Loc. cit.*
[21] *Idem.*
[22] *Vid. Humanistas del siglo XVIII*. Introducción y prólogo de Gabriel Méndez Plancarte. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941, 199 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 24)
[23] *Cf. ibid.*, p. 119.
[24] Juan Luis Maneiro, en *ibid.*, p. XII.
[25] *Ibid.*, p. XIII.

[26] *Vid.* Beatriz Ruiz Gaytán, "Reflexiones sobre la Revolución francesa y América", en *Cuadernos americanos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 17, vol. 5, septiembre-octubre, 1989, pp. 87-106.

[27] Valentín A. Álvarez, *apud* Juan Antonio Cabezas, *Jovellanos, el fracaso de la Ilustración*. España, Silex, 1985, p. 11.

[28] *Cf.* Alberto María Carreño, *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, p. 391 y ss.

[29] *Apud* Mayagoitia, *op. cit.*, p. 112.

[30] *Cf.* Beatriz Ruiz Gaytán, *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1954, pp. 13-14.

[31] Edmundo O'Gorman, "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad", en *Filosofía y Letras*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 33, 1949, p. 40.

[32] Ruiz Gaytán, *Apuntes para la historia...*, p. 15.

[33] *Cf.* Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

[34] *Ibid.*, p. 125.

[35] Ruiz Gaytán, *Apuntes para la historia...*, p. 21.

[36] Justo Sierra, "Discurso en la Cámara", en *Boletín de Instrucción Pública*, V, XIV. México, 1908, p. 586.

[37] Justo Sierra, "La Universidad y las demás escuelas de instrucción pública", en *La libertad*. México, viernes 18 de marzo de 1881.

Los comienzos de la Facultad de Filosofía o Artes en la Real Universidad de México

Mauricio Beuchot

La filosofía y la universidad mexicana en sus orígenes

En el siglo XVI, la filosofía era estudiada en la Facultad de Artes y también —en algunos de sus aspectos— en la de Teología. La Universidad de México fue fundada en 1553, y por supuesto, los estudios de artes y de teología fueron los primeros que funcionaron. La Universidad tuvo su mayor esplendor en ese primer siglo, hasta que, a fines del mismo, se instauraron los primeros colegios jesuitas en México. Estos colegios cobraron una gran pujanza, y llegaron a superar a la Universidad en punto de sistema educativo. Eran los colegios instituciones muy bien atendidas y con exigencia y disciplina. Pero la Universidad conoció épocas muy buenas, como cuando fue fundada; después, en el siglo XVII, con personajes como Carlos de Sigüenza y Góngora (aunque más bien en la cátedra de Matemáticas); y, en el siglo XVIII, por ejemplo, con Juan José de Eguiara y Eguren.

Por otra parte, los colegios de los jesuitas (y los de las otras órdenes) estuvieron muy en contacto con la Universidad: los padres Hortigosa y Rubio, de la Compañía de Jesús, recibieron de la Universidad el doctorado en Filosofía y Teología; pero hemos de mirar a la Universidad, dejando aparte los colegios. Conocemos a los catedráticos de artes que ejercieron en el siglo XVI, algunos en la cátedra de propiedad, otros en alguna cátedra temporal: Juan García (junio de 1553), fray Pedro de Pravia (mayo de 1558, mayo de 1570 y mayo de 1571), fray José de Herrera (abril de 1561 y diciembre de 1564), fray Pedro Ruiz (julio de 1568), Hernando Ortiz de Hinojosa (septiembre de 1569, octubre de 1571), Juan de la Fuente (mayo de 1570), fray Juan de San Sebastián (junio de 1571), fray Juan de Contreras (septiembre de 1578), fray Francisco Jiménez (mayo de 1580, temporal), Alonso Muñoz (febrero de 1587, temporal, marzo de 1590, temporal, y febrero de 1590, de

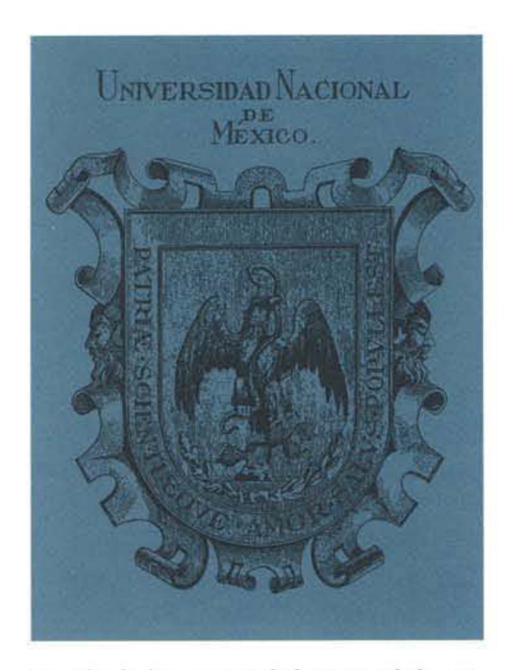
propiedad), Juan Larios (febrero de 1587, temporal, y marzo de 1590, temporal), Íñigo Carrillo Altamirano (abril de 1587, temporal, y mayo de 1590, temporal), Juan Núñez de Guzmán (noviembre de 1590, temporal), Pedro de Soto (febrero de 1593, temporal, febrero de 1597, temporal y abril de 1598, de propiedad), y Pedro Martínez (abril de 1598, temporal).[1]

El texto oficial que se usaba en la Facultad de Artes era el de fray Domingo de Soto, el gran dominico salmantino. Así, el primer catedrático, canónigo, Juan García, enseñaba con ese texto.[2] El dominico Pravia siguió gustoso ese texto de quien había sido su maestro en Salamanca; pero el agustino Herrera quiso cambiarlo, según se ve por el hecho de que los estudiantes protestaron y pidieron que se conservara el texto de Soto.

Por otra parte, aunque no en la cátedra de Artes, sino en las de Biblia y de Teología, sobresalió en filosofía fray Alonso de la Veracruz. Este agustino fue notable como profesor universitario, de un vigoroso talento especulativo, pero siempre atento a los problemas concretos. Así, desde su cátedra de Teología, inspirado por el pensamiento de santo Tomás, trató temas tan concretos como los problemas de la moralidad de la guerra hecha a los indios, de las encomiendas, de los tributos, de los diezmos, de los matrimonios indígenas; pero también de temas tan abstractos y elevados como los contenidos en sus libros de filosofía, producto de su docencia en colegios agustinos como el de Tiripetío, en Michoacán. Allí había llevado a cabo su docencia filosófica, y había redactado un curso de estas materias, que fue el primero en publicarse en América. De seguro la intención de fray Alonso era que sirviera como libro de texto o al menos de consulta en la recién fundada Universidad, en la que él mismo fungía como profesor de Biblia y de Teología tomista, pero siempre sumamente interesado en filosofía.

El *curso* de fray Alonso comprendía la filosofía natural o física en el sentido aristotélico, la lógica formal y la lógica material. Pero también en sus lecciones de teología se encuentra un gran caudal de contenidos filosóficos, por ejemplo, de ética, de filosofía social, de antropología filosófica. En cuanto a la filosofía social, veremos algo de lo que dice en su *De dominio infidelium et iusto bello (Del dominio de los infieles y de la guerra justa)*, donde aborda el problema de la conquista y los derechos humanos —o, como él los llama, naturales— que asisten tanto a los indios como a los españoles. También trata en las diversas dudas, o *Dubia,* problemas jurídicos de posesión de tierras, tributos, etcétera; pero su intervención en la polémica de la conquista es muy notable, como buen discípulo que fue, en Salamanca, de Vitoria y Soto.

Y es que en la Universidad —como dijimos— es la Facultad de Artes la que directamente corresponde a lo que ahora llamamos la de Filosofía, pero también le corresponden muchos temas tratados en la de Teología. La Facultad de Artes se llama así en atención a las artes libe-



Escudo de la Universidad Nacional de México, 1910.

rales, que, en contraposición con las artes serviles, constituían la educación que se daba entre los romanos y los medievales. Ya no se conservaban en el mismo orden, pero sí en cuanto a la inspiración y la mayoría de los contenidos. Tales artes liberales eran organizadas en dos grupos: el *trivium* y el *quadrivium*. El *trivium*, o vía triple, era el conjunto formado por la gramática, la lógica (o dialéctica) y la retórica, y ellas constituían las ciencias del lenguaje o del discurso (*scientiae sermocinales*); el *quadrivium* estaba formado por la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. De hecho, del *trivium* se conservaba la lógica (la gramática se aprendía en la escuela menor) y la retórica (con cierta influencia humanista). Del *quadrivium* se reunían las ciencias matemáticas y la astronomía en la física o filosofía natural (y llegó a haber cátedra de Matemáticas y Astronomía, muy mezclada con la astrología judiciaria, como la que tuvieron fray Diego Rodríguez y Sigüenza y Góngora en el siglo XVII). La metafísica y la ética se veían más bien en Teología, en el campo de la teología dogmática y la teología moral. Así, las materias principales de filosofía eran la lógica y la física. En la lógica se trataba la lógica menor o formal (lo correspondiente a las *Súmulas* o compendios de lógica de Pedro Hispano y *Peri hermeneias*, *Primeros Analíticos*, *Tópicos* y *Elencos* de Aristóteles) así como la lógica mayor o material (lo correspondiente a los *Predicables* de Porfirio, y a los *Predicamentos* y *Segundos Analíticos* de Aristóteles). En la física se trataba de la *Física* del Estagirita, algunos de sus tratados menores como *De generatione et corruptione*, *De caelo* y *De meteoris*, y también *De anima*. A veces se veía algún tratado apendicular, como la *Sphaera mundi* de Campano de Novara o de Juan de Sacrobosco.

La enseñanza estaba, pues, ceñida al comentario expositivo de Aristóteles, Porfirio y Pedro Hispano. Más que una intención innovadora, había una intención pedagógica de enseñar lo mejor posible esos materiales a los estudiantes. Pero muchas veces, en esos mismos comentarios, había despuntes de originalidad y aun destellos de ingenio; no todos los textos eran repetitivos. En la Universidad de México se seguían los comentarios de Domingo de Soto, como consta en los documentos. Comentarios a Aristóteles y a Pedro Hispano, los escritos de Soto constituían el texto más competente del momento. Fray Alonso publica su texto para suplir al de Soto, y ciertamente estuvo a la altura del mismo. Y aunque no conoció una fortuna como la de aquél, tuvo una buena acogida.

Sin embargo, restringiéndonos a la sola Facultad de Artes, vemos que los más notables entre sus catedráticos fueron el dominico fray Pedro de Pravia, quien dejó un escrito sobre la eucaristía; el clérigo secular Hernando Ortiz de Hinojosa, de quien se conservan unas advertencias que redactó para presentar al Tercer Concilio Mexicano

acerca de diversos problemas sociales; y, finalmente otro dominico, fray Francisco Jiménez, a quien el propio Hinojosa recomendó para que lo sucediese en su cátedra de Artes, lo cual se aceptó. Veremos algunos rasgos de sus vidas y sus obras.

Fray Pedro de Pravia

Fray Pedro de Pravia fue uno de los primeros frailes de la orden dominicana que enseñaron en la Real Universidad de México. Sus lecciones fueron muy reconocidas. Su obra como pensador y docente se ve principalmente en su comentario a la parte de la *Summa* de santo Tomás correspondiente al tratado de la eucaristía.

Según Beristáin, este dominico era originario del consejo de Pravia en el obispado de Oviedo.[3] En esa ciudad episcopal ingresó a la orden. Realizó sus estudios teológicos en el convento de San Esteban de Salamanca. Enseñó artes o filosofía en el colegio de Santo Tomás de Ávila, para lo que tenía muchas dotes: "Con ser los estudios de las artes tan secos, procedía con ellos con devoción".[4] Ya era profesor de teología en el colegio de Santo Tomás, cuando solicitó ser enviado a evangelizar a los indios en el Nuevo Mundo. Pasó a México en 1550, junto con fray Diego de Osorio y fray Pedro de la Peña.

Pravia es nombrado lector en Artes o filosofía para el convento de Santo Domingo de México en 1553.[5] En su desempeño como profesor se destacó por sus dotes para argumentar y discutir, cosas que hacía con una humildad digna de tan gran pensador. De esos aspectos suyos dice el cronista Dávila Padilla:

> Tenía vn ingenio curioso y muy inquisitiuo. No se satisfazia con la muestra de las dificultades, sino que desemuoluia todo el fardo, por ver si hallaua alguna raça en la verdad. Tuuo gracia particular en arguyr, muy en forma, muy al punto y con estraña modestia. Qualquiera cosa destas que falte, aunque sea vn hombre muy docto, no lo sera en arguyr.[6]

Fue alumno suyo el célebre Tomás de Mercado, y también el cronista Dávila Padilla, el cual le dedica una elogiosa biografía en su *Historia*.[7]

Además de ser profesor de Filosofía en el convento, lo fue de Teología, y al poco pasó a enseñar Filosofía en la Universidad, en la que después profesó la de Teología. De ello nos narra Dávila Padilla:

> Començo a leer Theologia desde el año de 1556, aunque el año de 58. le mandaron leer artes en la vniuersidad Real: y desde el año 60. se boluio [al convento] a leer Theologia, hasta que murio siendo actualmente Cathedratico propietario de prima en la vniuersidad de Mexico. Vaco esta Cathreda [*sic*] por ausencia del maestro F. Bartolome de

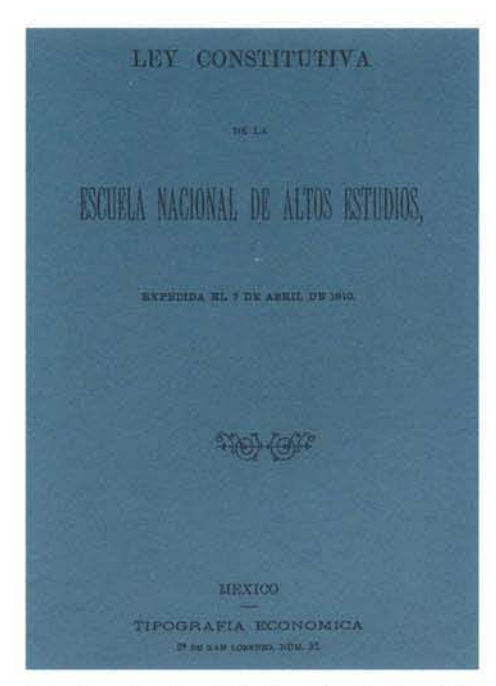


Descubrimiento de la placa que señala la primera casa que ocupó la Real y Pontificia Universidad, en la calle de Moneda. Entre los personajes, Antonio Caso y José Natividad Macías.

Ledesma, que oy es Obispo de Oaxaca: y conocida la eminencia del buen maestro fray Pedro de Pravia, se la dio sin opposicion todo el claustro de la vniuersidad de Mexico. En las disputas le reconocieron todos por maestro, y esperauan su resolucion.[8]

En sus clases de Artes, tanto en el convento como en la Universidad, seguía mucho a Domingo de Soto, y en la de Teología a santo Tomás y a su célebre comentarista, el cardenal Cayetano. Así pues, en esta agitada carrera docente que siguió, Pravia lee Artes en el convento de 1553 a 1556 y Teología de 1556 a 1558. Pasa, pues, a la Universidad a leer Artes en 1558, pero en las *Actas de Capítulos Provinciales* se menciona como leyendo también Artes ese año en el convento y Teología al año siguiente.[9] (También leerá Artes en 1570 y 1571 en la Universidad.)

Así como fray Pedro de la Peña fue el primer catedrático dominico de Teología en la Universidad, Pravia lo fue de Artes. Entró Pravia a enseñar filosofía en ella el 9 de mayo de 1558; seguía el texto de su amigo Soto. Al poco tiempo, el 19 de noviembre, el claustro de la Universidad pide que se gradúe.[10] En 1560 o 1561 deja la Universidad y vuelve al convento —como dijimos— para enseñar Artes nuevamente; en 1562 el


LEY CONSTITUTIVA

DE LA

ESCUELA NACIONAL DE ALTOS ESTUDIOS,

EXPEDIDA EL 7 DE ABRIL DE 1910.

MEXICO

TIPOGRAFIA ECONOMICA

Ley Constitutiva de la Escuela Nacional de Altos Estudios, 7 de abril de 1910.

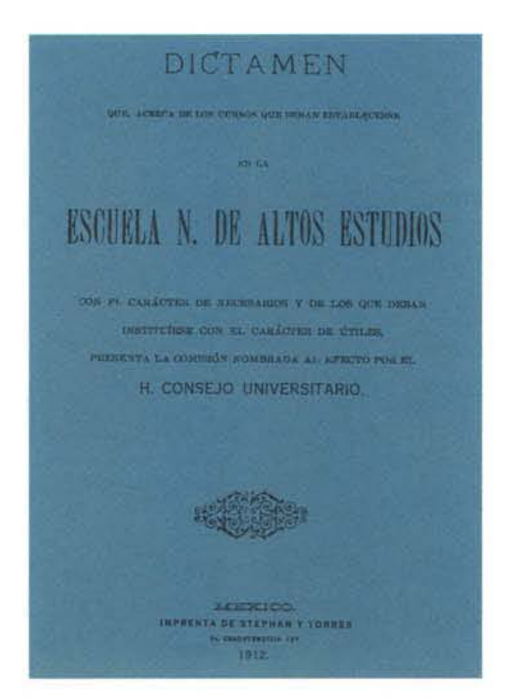
Capítulo Provincial lo señala en dicho convento como lector de Teología y maestro de estudiantes. Y vuelve a la Universidad a enseñar Artes en 1570, pero no queda muy claro en los documentos hasta qué año exactamente ejerce esta segunda docencia de Artes, ya que vuelve a nombrársele en 1571.[11] El 9 de mayo de 1570, en claustro pleno de la Universidad, se acordó dar la cátedra de Artes —que regía fray Pedro Ruiz, O. S. A.— a Pravia, "por ser persona docta y en quien concurren las cualidades que se requieren".[12] El acuerdo fue dársela en propiedad sin oposición. El cronista universitario Plaza y Jaén aclara que "se le restituyó la cátedra de Artes al P. Maestro Fr. Pedro de Pravia";[13] eso sugiere que ya la había tenido antes en propiedad y nos hace entender en todo caso el que se la dieran sin oposición. El año siguiente, el 22 de mayo, a Pravia se le otorga el permiso de poner como suplente a fray Jerónimo Soto, O. P., por las mañanas, para no perder —a causa de múltiples ocupaciones— "a persona tan útil y eminente". Pravia enseñaría Artes en la Universidad por las tardes mientras que, por las mañanas, fungiría como lector de Teología en el estudio del convento de Santo Domingo (aunque fray Jerónimo Soto sólo leyó durante dos meses).[14] Pravia es propuesto para Presentado en el Capítulo de 1568[15] y es propuesto para maestro en Sagrada teología por el de 1572.[16]

En ese mismo año, Pravia es nombrado por el Santo Oficio como calificador y examinador de libros. Y en 1574 sustituye a fray Bartolomé de Ledesma en la cátedra de Teología. Como narra Plaza y Jaén,

> [...] por el mes de enero de quinientos setenta y cuatro, por ser el Pe. Mro. Fr. Bartolomé de Ledesma Prior del Convento de Santo Domingo de esta ciudad y estar ocupado, se le dio licencia y se nombró al Pe. Fr. Pedro de Pravia de la dicha Orden, para que leyese la Cátedra de Prima de Teología por dos años, y pasados, pudiese volver a ella dicho Pe. Mro. Ledesma.[17]

Pravia, junto con Osorio y Ledesma, había recibido el doctorado en Teología por la Universidad.[18] En 1580, cuando Ledesma hizo un viaje a Perú, Pravia lo sustituye nuevamente en la cátedra universitaria de Prima de teología. Pero el 6 de febrero de 1582 se informó al pleno del claustro de la renuncia definitiva de Ledesma a dicha cátedra, y se le adjudica en propiedad a Pravia, quien toma posesión de ella el 12 de febrero, con mucho aplauso. De hecho, en las crónicas se ven elogios a los cursos de Pravia ya desde el 12 de febrero de 1575.

En 1578 Pravia es nombrado maestro en Sagrada teología dentro de la orden, máxima distinción académica para un dominico. En 1583 se le nombra regente de estudios. En efecto, en las Actas de ese año se habla de él como maestro en Sagrada teología y catedrático en la academia regia (esto es, en la Universidad) y como regente de la universidad



DICTAMEN

QUE ACERCA DE LOS CURSOS QUE DEBAN ESTABLECERSE

EN LA

ESCUELA N. DE ALTOS ESTUDIOS

CON EL CARÁCTER DE NECESARIOS Y DE LOS QUE DEBAN
INSTITUIRSE CON EL CARÁCTER DE ÚTILES,
PRESENTA LA COMISIÓN NOMBRADA AL EFECTO POR EL
H. CONSEJO UNIVERSITARIO.

MÉXICO.
IMPRENTA DE STEPHAN Y TORRES
1912.

Dictamen sobre los cursos que deberán establecerse en la Escuela Nacional de Altos Estudios, 1912.

de los dominicos en México (es decir, el colegio "universitario" del convento).[19] Un acontecimiento notable fue para él haber sido propuesto por Felipe II para un obispado. Por eso, en 1584, el 21 de febrero, en una solemnidad de graduación y en el pleno del claustro del 7 de abril, aparece fray Pedro de Pravia en las actas como "electo obispo de Panamá".[20] Pravia rehusó esa distinción, y siguió enseñando teología. En 1586, después de una visita del obispo Moya de Contreras a la Universidad, éste último quedó tan bien impresionado del desempeño de Pravia, que lo nombró gobernador del arzobispado cuando tuvo que ir a España. Por ello, el 16 de mayo de 1586 Pravia solicita permiso para ausentarse de su cátedra. Hubo oposición por parte del vicerrector y hasta se nombró una comisión de cuatro doctores para ver si la licencia que pedía era "de gracia o de justicia". Se le concedió al fin en el pleno del día 21, nombrándole como sustituto a fray Francisco Jiménez, propuesto por el mismo Pravia junto con el P. Presentado fray Juan Ramírez, por dos años, del 21 de junio de 1586 al 9 de febrero de 1588; y del 9 de febrero de 1588 al 10 de enero de 1590 lo sustituyó fray Hernando Bazán.[21]

De este desempeño como gobernador de la arquidiócesis se conserva una carta de Pravia a Felipe II; en ella defiende a los indios en contra de los encomenderos, y enaltece la labor que había realizado Bartolomé de las Casas. Transcribimos algunas partes importantes de la misma:

> D. Martín Enríquez, de buena memoria, Virrey desta Nueva España, por mi consejo hizo repartimiento de indios para las minas. Entendí entonces que así convenía para el bien deste reino; mas agora remuérdeme mucho la conciencia de haber dado aquel consejo, y no sé cómo repararlo si no con escrebirlo a V. M. Los indios se van acabando a más andar, con pestilencia que nunca los deja, y echarlos a las minas y repartirlos por las labranzas y edificios; y venderles vino en sus pueblos, poniendo allí estanco; y pedirles tributos adelantados, es la mayor parte de su aflicción, y que con ella se vayan consumiendo y acabando.[22]

Añade que:

> [...] el remedio más eficaz de todos, después del favor divino, es apartar los indios cuanto fuere posible de la comunicación de los españoles, por las muchas vejaciones que dellos reciben *y ponerles en corte una persona que los amparase, tal cual fué el Obispo de Chiapa que por mandado de V. M. lo hizo así muchos años.*[23]

Pide por último al rey que, en atención a su mucha edad y fatigas, se le dé la jubilación de la cátedra de Prima de teología.



El señor rector José Natividad Macías, Antonio Caso y Miguel Schulz, entre otros, en la solemnísima celebración del séptimo aniversario de la Universidad, 22 de septiembre de 1917.

Por último, el 10 de enero de 1590 se anuncia que definitivamente "vaco la cátedra de prima de Teología por muerte de fray Pedro de Pravia", a causa de una epidemia. "Es puesto en razón —comenta el cronista Plaza— queden memorias de los hombres insignes [...]; no se puede pasar en silencio la de varón tan esclarecido, como el Reverendísimo P. M. Fray Pedro de Pravia [...], uno de los primeros que florecieron en la primera edad [...], ejemplar varón en religión, virtud y letras [...]".[24]

Había sido maestro de pensadores prominentes, como Tomás de Mercado, gran moralista de la economía; de Melchor de la Cadena, obispo de Chiapas; de Hernando Ortiz de Hinojosa, que lo sucedió en la cátedra de teología en 1550 y después fue obispo de Guatemala; de Juan Cervantes, obispo de Oaxaca, y de Alonso de la Mota, que lo fue de Puebla.

Beristáin añade que Pravia dejó, entre otros escritos, un *Examen y censura de varios libros, que deben prohibirse*, impreso en 1583 por encargo del Tribunal de la Inquisición. Pero el que ha llegado hasta nosotros es un tratado manuscrito acerca de la teología de la eucaristía.

En él va siguiendo puntualmente el orden que observa santo Tomás en su *Summa Theologiae*, de la cuestión 73 a la 83. Lo trata en forma de conclusiones o tesis que va defendiendo como respuestas a las preguntas que se plantea en cada artículo, muy dentro de la escuela tomista. El *incipit* que lleva el manuscrito es *De sacrosanto sacramento eucharistiae quaestio septuagessima tertia tertiae partis D. Thomae, per reverendum admodum Patrem Doctorem Fr. Petrum de Pravia*. Al terminar, el tratado lleva esta fecha: "A 5 de septiembre, año de 1596".[25] No tiene indicación de lugar, pero trae como uno de los poseedores a fray José de Herrera (nombre del agustino que sucedió a Pravia en la cátedra de Artes en 1561), el otro es fray Antonio Suazo, que firma como colegial del colegio de San Luis de Puebla. El manuscrito, de doscientas sesenta y cinco fojas, se encuentra en la Biblioteca Nacional de México.[26]

Hernando Ortiz de Hinojosa

Fue el primer novohispano en regentar la cátedra de Artes. Criollo nacido en la ciudad de México hacia 1544, tenía ascendencia judía por la línea paterna, lo cual le trajo no pocas dificultades. Estudió gramática en el convento dominico de Amecameca. El año 1563 aparece cursando Artes en la Universidad de México, recibiéndose de bachiller el año siguiente. Fue secretario de la Universidad, y en 1567 se graduó de licenciado en Artes. Ese mismo año se presentó a una oposición en esa cátedra, pero no la ganó. En 1568 fue ordenado sacerdote secular y nombrado cura de Churubusco, curato que tuvo durante quince años, mientras ascendía en la Universidad. En 1569 se presentó a oposiciones a la cátedra temporal de Artes, la cual obtuvo. En los dos años en que la desempeñó, se graduó además de maestro en Artes, el grado más alto en esa Facultad, y de bachiller en Teología. Ganó la cátedra de propiedad de Artes en 1571, hasta 1587 (más de dieciséis años). Cabe notar que en 1573 Hinojosa pidió cambiar las *Súmulas* de Soto, por estar muy recargadas de argumentos inútiles y de cuestiones difíciles de filosofía y teología, y adoptar un autor más moderno; pero sólo se le concedió quitar lo que considerara inútil, no cambiar de texto. Tuvo otros cargos, como diputado y examinador de bachilleres en Artes. Se recibió de licenciado en Teología en 1575, y de doctor en 1577. También estudió Cánones, cuyo doctorado recibió en 1589. En 1587 pasó a la cátedra de Vísperas de teología, y en 1590 accedió a la de Prima, la más importante de todas, la cual regentó hasta su muerte, en 1598.[27]

Del trabajo de Ortiz de Hinojosa conocemos tres advertencias o memoriales presentados al Tercer Concilio Mexicano (1585). Al firmar, dice que es catedrático de Filosofía en la Universidad y consultor teólogo. Entre varias cosas propias de la religión, se encuentran cosas

sociales y políticas. Por ejemplo, en la primera, amonesta a que se enseñe español a los indios, porque,

> [...] sabiendo la dicha nuestra lengua se hazen más ábiles y desenbueltos para los comerçios y contrataçiones que tienen con los españoles, más capaçes y discretos para entender la doctrina cristiana y nuestra sancta fee, más políticos y cortesanos para enterarse en la virtud y buenas costumbres y para sentir qué cosa es honra que no es poco freno para yrse a la mano de los viçios y porque viéndose españolados traten mejor a sus personas, anden abrigados, edifiquen mejores edificios y se arreen de mejores alhajas de las que tienen y no se contenten con tanta miseria como la que tienen que es causa de abreviarles la vida.[28]

Se ve aquí su mentalidad de criollo español, y también el no atinar a la causa verdadera de la miseria de los indios. Añade que no se les impida recibir los sacramentos, con lo que muestra reconocimiento de sus capacidades intelectuales y morales. Pide una cosa parecida a lo que veía don Vasco de Quiroga, a saber, que se haga a los indios no construir casas tan alejadas unas de otras, sino juntas, de modo que crezcan en virtudes sociales, políticas y religiosas. Pero vuelve a mostrar cierto desprecio por los indios al pedir que no se les acepte como testigos contra los religiosos, pudiendo acudir a españoles, ya que los indios mienten mucho. Pide también que los alguaciles indios tengan autoridad suficiente, y no tengan que acudir a los corregidores, porque eso les impide actuar y los desprestigia. Pide asimismo que se pague lo justo a los indios por su trabajo. Suplica además que se les prohiba el vino de Castilla. En la segunda advertencia pide que se introduzca la palabra *"tlacatl"* para sustituir la de "persona" y los indios entiendan bien el misterio de la Santísima Trinidad. Igualmente pide que se les prohiba el pulque. Después añade:

> [...] los indios caziques y principales que por erençia de sus pasados son señores sienten mucho que les quiten sus caçicazgos y los den a otros especialmente a forasteros quitándoselos a ellos y a sus hijos pues es cosa cierta que no perdieron el dominio ni señorío por la conversión a la fee ni por averse sometido al de los reyes christianos de Castilla y León por conçessión apostólica, si no fuese quando el cazique fuese tan malo y tan vicioso y tan incorregible que no se tuviese esperança de enmienda y quando se le quitase a él no por eso sus hijos y erederos forçosos an de ser despojados *ratione peccati parentum quia filius non portabit iniquitatem patris*.[29]

En la tercera advertencia se extiende en cosas que le parecen injustas e inconvenientes que hacen con los indios de los repartimientos.

Por lo menos trata de mitigar un poco las ya numerosas desdichas de éstos. Pone además dos cosas relativas a la Universidad. Una de ellas es jocosa, y alude a los estudiantes:

> [...] que se mande en todo caso que los estudiantes que no son ordenados de orden sacro no traygan sotanas porque algunos dellos andan por los tiangues arrebatando a las yndias lo que tienen las quales piensan que son clérigos; e acompañam mugeres y andan vestidos no con la decençia que se requiere al hábito, el qual pierde mucho con esto.[30]

Y otra es muy piadosa, y tiene que ver con su devoción en filosofía y teología a santo Tomás de Aquino:

> [...] por aver sido y ser la lumbrera resplandeçiente de la Yglesia que con la esclareçida luz de su doctrina la a alumbrado y alumbra y se aprovechan della los sagrados conçilios el glorioso y bienaventurado doctor de la dicha Yglesia Santo Tomás de Aquino con quien todos los que saben algo tienen particular devoçión pido hincado de rodillas a este santíssimo y ilustrísimo conçilio tenga por bien que su fiesta se guarde a lo menos en esta ciudad de México donde los estudios de teolugía van tan adelante.[31]

Allí se ve el aprecio que tiene Ortiz de Hinojosa por la Universidad, que quiere para ella el pensamiento tomista, y pide que se hagan solemnemente los festejos de este santo en la capital novohispana.

Fray Francisco Jiménez

Tenemos muy pocos datos acerca de las actividades de fray Francisco Jiménez (o Ximénez). De él "no sabemos nada hasta el capítulo de 1578, en donde aparece asignado al convento de Santo Domingo de Oaxaca, como lector en teología. En 1580, la Universidad le concedió la cátedra de Artes, a juzgar por la mayoría de votos que obtuvo".[32] De hecho, consta que ese año se le dio una de las cátedras temporales de Artes en la Universidad. En 1585 las *Actas* de Capítulos Provinciales de la orden dominicana de la Provincia de Santiago de México lo llaman todavía lector en Teología y aceptan su presentatura para maestro en Sagrada teología. Y el año 1586 suple a Pravia en su cátedra de Prima de teología en la Universidad.

Beristáin habla de fray Francisco Ximénez, del que se conserva una carta al virrey marqués de Villamanrique, fechada en 9 de febrero de 1588, en el colegio de San Luis de la Puebla. En esa carta se presenta Jiménez como rector del dicho colegio:

> Rector soy —dice— de este colegio de S. Luis, en la ciudad de los Angeles; lector de Teulugía en él, la cual he leido muchos años en México, en el convento y en la Universidad; presentado por la Orden, querido de todos mis padres y hermanos, y puesto por la Provincia en uno de los mejores lugares que ella tiene, y con esperanza de ser más [...][33]

El cometido de la carta es clamar en contra de los españoles que oprimen a los indios, aduciendo para ello un gran caudal de lugares bíblicos. Se refiere además a los que maltratan a los sacerdotes y religiosos, sobre todo al propio marqués de Villamanrique, pues ha oido decir que es un gran soberbio y que exige que se arrodillen hasta los clérigos revestidos de los sagrados ornamentos, con lo cual no respeta la inmunidad de los eclesiásticos, a varios de los cuales ya había encarcelado. Sobre esto dice, con gran acopio de improperios y amagos de excomunión:

> Demás de la razón común que arriba propuse, la particular que me ha movido a escribir esta carta y tratar lo que tengo dicho es haber sabido que V. E. tiene preso en esa ciudad a un religioso sacerdote Vicerrector de este colegio y lector de Teulugía en él, por un sermón que predicó en esta ciudad el día de S. Sebastián, en el cual, como después supe por información que hice de lo mejor y más calificado, no habló él sino Jesucristo en él y por él, porque con extraordinario espíritu y fervor, y con gran sentimiento y lágrimas de todos los que le oían, predicó un sermón altísimo en que reprendió los vicios de la república y las injusticias que en ella hay [...][34]

Recordemos que su hermano de hábito, fray Andrés de Ubilla, alcanzó de Felipe II la destitución de ese virrey.

Conclusión

Hemos recorrido a algunos de los catedráticos más notables de la Facultad de Artes en sus comienzos, en el siglo XVI. Se ve la vitalidad de dicha Facultad en que llegó a haber tres cátedras, algunas temporales, junto con la de propiedad. Y lo más importante que hemos apreciado es la reflexión filosófica y teológica de estos maestros, tan centrada en la praxis concreta y los problemas acuciantes de ese momento. Nunca estuvo, pues, la Facultad desligada de los acontecimientos que requerían de su análisis y su juicio moral. Esta es una característica que debe hacernos pensar acerca del futuro mismo de esta Facultad.

Notas

[1] *Cf.* C. I. Ramírez González, *Las provisiones de cátedras en la Facultad de Artes durante el siglo XVI.* Tesina de licenciatura en Historia, UNAM, 1987, pp. 34-36.

[2] *Cf.* M. Beuchot, "Un libro de texto para la Nueva España: Domingo de Soto", en *Revista de filosofía,* México, Universidad Iberoamericana.

[3] J. M. Beristáin de Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional.* T. 3. México, Fuente Cultural, 1947, p. 163, núm. 2462. Ver también S. Méndez Arceo, *La Real y Pontificia Universidad de México. Antecedentes, tramitación y despacho de las Reales Cédulas de erección.* México, UNAM, 1952, p. 118.

[4] A. Dávila Padilla, *Historia de la fundamentación y discurso de la Provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores.* México, Academia Literaria, 1955, p. 585.

[5] Esto según las *Actas de Capítulos Provinciales de la Provincia de Santiago de México. Cf.* M. Beuchot, "Lectores conventuales en la Provincia de México durante el siglo XVI", en *Archivo dominicano,* núm. 8. Salamanca, 1987, p. 54.

[6] A. Dávila Padilla, *op. cit.*, p. 385a.

[7] *Ibid.*, pp. 584-599.

[8] *Ibid.*, p. 592ab.

[9] *Actas de Capítulos Provinciales*, Ms. 1, 1558, 6.1; Ms. 1, 1559, 8.1.

[10] *Cf.* M. Beuchot y A. Melcón, *Los dominicos en la Real y Pontificia Universidad de México.* México, Cuadernos Dominicanos, 1984, p. 8; "Presencia dominicana en la Universidad de México", en *Archivo dominicano*, núm. 10, Salamanca, 1989, p. 87.

[11] Quizá hasta 1574, en lo que suple a fray Bartolomé de Ledesma en su cátedra de Teología.

[12] A. M. Carreño, *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México, según sus libros de claustros.* México, UNAM, 1963, p. 33.

[13] C. B. de la Plaza y Jaén, *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México escrita en el siglo XVII por el Bachiller...* Vol. I. México, UNAM, 1931, p. 75.

[14] A. Melcón y M. Beuchot, Art. cit., p. 9.

[15] Ms. 1, 1568, 9.1.

[16] Ms. 1, 1572, 4.1-4.2.

[17] C. B. de la Plaza y Jaén, *op. cit.*

[18] El documento de incorporación de Pravia y Osorio como maestros de teología está en el AGN, Ramo Universidad, t. 5, f. 48-49, 29 de octubre, 1577. (Debemos esta información a la amabilidad del doctor Germán Viveros.) Por eso es que en una lista de 1583 se le cuenta entre los que han recibido en ella el doctorado.

[19] En las actas se asigna al "*fratrem Petrum de Pravia, magistrum cathedraticum regiae academiae, quem damus in regentem nostrae universitatis Mexicanae*" (Ms. 3, 1583, 12.1).

[20] A. M. Carreño, *op. cit.*, p. 59.

[21] *Cf.* C. I. Ramírez González, "Los dominicos en la Real Universidad de México. 1553-1617, antecedentes de la creación de la cátedra de Santo Tomás". En prensa. (Con datos tomados del Archivo General de la Nación)

[22] P. de Pravia, "Carta a Felipe II, México, 8 de dic. de 1588", en M. Cuevas, *Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México.* México, Porrúa, 1975, p. 421.

[23] *Ibid.*

[24] C. B. de la Plaza y Jaén, *op. cit.*, I, p. 149.

[25] Por la fecha que pone al finalizar el escrito se ve que es una copia, pues es posterior a la muerte de Pravia.

[26] Más datos sobre el manuscrito mismo se hallarán en J. Yhmoff Cabrera, *Catálogo de obras manuscritas en latín de la Biblioteca Nacional de México*, núm. 418. México, UNAM, 1975, p. 289. Sobre el contenido de ese tratado, *cf.* M. Beuchot, *La teología de los dominicos novohispanos de México en el siglo XVI.* México, Cuadernos Presencia Dominicana —500 años—, 1992, pp. 56-65.

[27] *Cf.* C. I. Ramírez González, *El clero regular y la universidad novohispana. Siglo XVI.* Tesis de maestría en Historia, UNAM, 1993, pp. 55-63.

[28] "Advertencias del Doctor Ortiz de Hinojosa", en J. A. Llaguno, *La personalidad jurídica del indio y el III Concilio Provincial Mexicano (1585). Ensayo histórico-jurídico de los documentos originales.* México, Porrúa, 1963, p. 200.

[29] *Ibid.*, pp. 210-211.

[30] *Ibid.*, p. 218.

[31] *Ibid.*, p. 220.

[32] J. M. Beristáin de Souza, *op. cit.*, t. 3, pp. 269-270. De hecho, su acta de toma de posesión como catedrático de filosofía se encuentra en el Archivo General de la Nación, Ramo Universidad, t. 5, f. 109, del 17 de junio de 1580 (dato debido a la gentileza del doctor Germán Viveros).

[33] Carta núm. XXII, en J. García Icazbalceta, *Cartas de religiosos de Nueva España (1538-1594).* México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, p. 154.

[34] *Ibid.*, p. 160.

La Facultad de Filosofía y Letras, breve síntesis de su trayectoria pedagógica*

Libertad Menéndez Menéndez

Antecedentes

México, 1923. Año en el que estalló la asonada delahuertista, año de crisis financiera, año en el que se iniciaron las Conferencias de Bucareli entre México y Estados Unidos, año del asesinato de Francisco Villa. En lo concerniente al ámbito de la política educativa, 1923 también sería testigo del decidido impulso otorgado a la enseñanza pública por el titular del ramo, licenciado José Vasconcelos, de la renuncia de don Antonio Caso como rector de la Universidad, de un "formidable motín en la Escuela Nacional Preparatoria" que, como consecuencia de la separación del licenciado Lombardo Toledano como director de la misma, alcanzó proporciones insospechadas y de la designación de don Ezequiel A. Chávez como rector de la Universidad, al tiempo que era director de la Escuela Nacional de Altos Estudios, hecho que quedó asentado en los siguientes términos:

> [...] el licenciado Vasconcelos declaró categóricamente a los representantes de los periódicos que habiendo enviado el señor licenciado Don Antonio Caso, su renuncia como Rector de la Universidad; le había sido aceptada, por la Secretaría, la cual designó al señor licenciado Ezequlel A. Chávez, para que interinamente se encargue de la Rectoría, sin perjuicio de su puesto como Director de la Facultad de Altos Estudios.[1]

Así, Ezequiel A. Chávez sería nombrado, por segunda ocasión, rector de nuestra Universidad, el 28 de agosto de 1923.

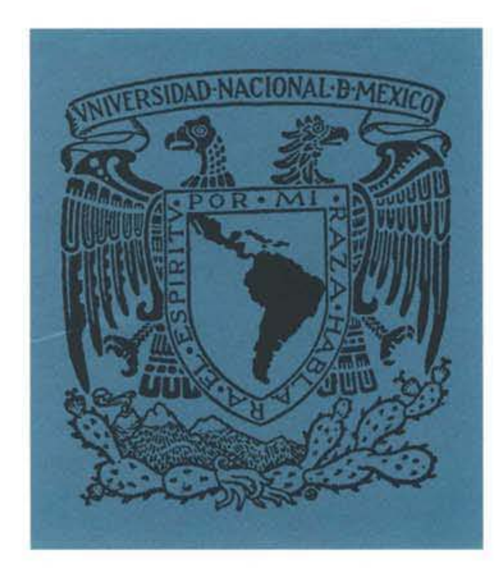
Como director de Altos Estudios, Chávez impulsó, durante el año 1923 y parte de 1924, los programas académicos tendientes a fortalecer la reorganización de dicha institución, misma que se inició en 1921, con el *Plan general de estudios e investigaciones científicas*,[2] propuesto por el propio Chávez, y que fue aprobado en 1922.[3]

Como rector de la Universidad, Chávez encaminaría sus esfuerzos para lograr la consolidación de sus ideales educativos a través de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Para ello, envió un documento con el título de *Memorándum* al secretario de Educación Pública,[4] fechado el 23 de enero de 1924, en el que, ingenua o sagazmente, puso de manifiesto sus preocupaciones en torno a aquélla institución y las posibilidades, según su criterio, de sacarla adelante dadas las condiciones económicas por las que atravesaba el país.

En dicho documento englobaba en seis grupos las enseñanzas que, a su juicio, era indispensable impartir en la Escuela; la exposición que presenta de cada uno de los grupos es tan transparente que permite su fácil enlace entre las que propusiera en 1913 y las que incluyera en el *Memorándum* al que hacemos alusión; es decir, no hay duda en cuanto a la línea de pensamiento pedagógico que sostuvo Chávez durante su permanencia al frente de Altos Estudios.

En el primer grupo hablaba de *"enseñanzas destinadas al propio tiempo a defender el carácter latino de la cultura en México y a formar profesores de lengua castellana y de literatura"*, y se advierte su preocupación por el destierro de los estudios clásicos casi en la totalidad del sistema educativo mexicano, argumentando la necesidad de conservar y exaltar los rasgos distintivos del latinismo a través del conocimiento de nuestra propia lengua; para ello, proponía los cursos de Lengua y literatura latinas, Lengua y literatura griegas, Lengua y literatura francesas, Lengua y literatura castellanas y uno más de Literatura comparada. Para que ésta última alcanzara los propósitos comparativos deberían agregarse los cursos de Lengua y literatura inglesas y Lengua y literatura alemanas. Para impartirlas proponía a don Francisco de P. Herrasti, a don Jesús González Moreno, a don Manuel G. Revilla, a don Eduardo Bourgeois, a don Ángel Groso y a don Pedro Henríquez Ureña para el primer sector de asignaturas mencionado, y a don Joaquín Palomo Rincón y al profesor Kurt Dohner para el segundo.

El siguiente grupo de enseñanzas lo formaban aquellas *"destinadas a perfeccionar el conocimiento de México y a formar profesores que por ese mismo conocimiento del país y de su historia, lograran defender igualmente en las nuevas generaciones la idiosincrasia de la nación mexicana y salvarla de todo peligro de absorción"*. Dichas enseñanzas deberían ser transmitidas a través de un núcleo inicial de cuatro asignaturas que permitieran el estudio básico de la arqueología, la etnología, la fonética y la antropología a cargo de eminentes y reconocidos investigadores de la talla de Hermann Beyer, Rodolfo Schuller, don Pablo González Casanova y don Nicolás León. Sumadas a las anteriores, deberían ofrecerse otras materias destinadas a abordar distintos aspectos del país, sin las cuales éste no sería nunca debidamente conocido y se seguiría retrasando la transformación de sus riquezas potenciales; así,



"Considerando que a la Universidad Nacional corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana, y teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de organización de los pueblos, sustituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las federaciones constituidas a base de sangre e idiomas comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana, y a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos; se resuelve que el Escudo de la Universidad Nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda *'POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU'*; se significa con este lema la convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima. Sostendrán el escudo, un águila y un cóndor apoyado todo en una alegoría de los volcanes y el nopal azteca".

México, D. F., 27 de abril de 1921

El rector,

José Vasconcelos.

habría que señalar la inclusión de Geografía práctica, a cargo de don Pedro C. Sánchez; Geografía y geología física, impartida por don José G. Aguilera; Meteorología y climatología, encomendada a don Basilio Romo y Botánica y Zoología, bajo la dirección de don Guillermo Gándara y don Alfonso L. Herrera, respectivamente. Asimismo, señalaba la conveniencia de que los estudiantes conocieran la historia de México, otorgando atención especial a la historia de España y a la historia del arte, con la colaboración de dos distinguidos profesores: don Luis Vázquez Torné y don Carlos Lazo.

En síntesis, Chávez puntualizaba que este conjunto de profesores coadyuvaría "a renovar las enseñanzas por medio de las cuales se [... conservaría] en el país todo lo peculiar del mismo [para defenderlo] contra la influencia disolvente de sus rasgos distintivos [...]".[5]

Agregaba a lo anterior la necesidad de mantener, siquiera en lo existente, las clases que sobre historia y geografía de México se ofrecían en Altos Estudios; fueron don José Luis Osorio Mondragón y don Jesús Galindo y Villa quienes, en un esfuerzo común, habían hecho posible que dichos estudios tuvieran presencia en la Universidad a través de Altos Estudios.

El tercer y cuarto grupos de enseñanzas que mencionaba Chávez en su *Memorándum* estaban destinados a la *"formación de profesores* y a *extender certificados de aptitud especial para directores e inspectores de escuelas*"; en ellos señalaba que la Escuela de Altos Estudios no llegaría a ser una Normal Superior si los cursos que en ella se impartían no se complementaban con cursos especiales de educación:

> Saber materias aisladas, pero no tener idea ninguna de su enseñanza, de los métodos adecuados en las escuelas secundarias, de la psicología especial de los educandos según sus diversas edades, del alcance social de la educación, de la relación de cada enseñanza con todas las otras, y con la organización general del país, y con el estado del mundo, y con lo futuro de la raza y de la humanidad, es tanto como sustituir a la verdadera ciencia [por] la simple erudición [...][6]

Por ello había que contar con un profesor de Filosofía de la educación que "la considerara en su aspecto sintético [y/o] en sus relaciones con la Sociología y con la Ética";[7] con otro de Psicología de la adolescencia y, asimismo, enfatizaba que deberían continuar figurando los cursos de Historia crítica de la educación, el de Higiene escolar y el de Estimación crítica del desarrollo y las condiciones mentales en que se encontraban los niños anormales y delincuentes, hasta entonces dirigidos por Juana Palacios, Rafael Santamarina y David Pablo Boder, respectivamente.

Las anteriores enseñanzas —concluía— deberían estar complementadas por cursos especiales de metodología, como el de Metodología de

la enseñanza de las matemáticas que había venido ofreciendo don José Arteaga.

Por lo que toca a las enseñanzas para formar directores e inspectores de escuelas, Chávez hacía hincapié en la necesidad de seguir contando con la valiosa colaboración de don Alfredo E. Uruchurtu, de don Manuel Barranco, de las profesoras Carmen Ramos, Emma Bernal y Ana María Gómez y, por último, de don Moisés Sáenz, quienes se habían encargado, hasta ese momento, de impartir e investigar lo relacionado con la psicología educativa, con la organización y administración escolares, con los estudios especiales para definir las aptitudes de los grupos escolares y su desarrollo mental, y con los problemas particulares de la educación secundaria.

El quinto grupo de enseñanzas que abordaba Chávez en el ya mencionado *Memorándum* lo constituían aquellas *"destinadas a formar especialistas en conocimientos impartidos por facultades universitarias"*; de su exposición se desprende que juzgó indispensable conservar en Altos Estudios los cursos de Dermatología, Oftalmología, Pediatría, Clínica interna, Ginecología y cirugía del vientre y Psiquiatría. Por último, el sexto grupo era el destinado a *"la enseñanza de la filosofía y de las ciencias filosóficas"*; aunque sobre este grupo Chávez fue bastante más parco en su exposición, alude a la necesidad de conservar las clases de Historia de las doctrinas filosóficas, Ética, Estética, Epistemología y Psicología, que habían estado a cargo, casi desde el primer Plan de estudios, de don Antonio Caso, Alfonso Caso y el mismo Chávez.

Ese 23 de enero, fecha en la que Chávez suscribió su *Memorándum,* el secretario de educación, José Vasconcelos, envió al rector de la Universidad un acuerdo en el que le ordenaba reorganizar la Facultad de Altos Estudios en los siguientes terminos:

> I. Establézcanse como especialidades aquellas disciplinas filosóficas que se consideren indispensables de acuerdo con nuestra cultura y medios materiales de que se dispone en este momento.
>
> II. Establézcanse especialidades de ciencias de aplicación formadas por cursos muy breves y rigurosamente prácticos, teniendo una extensión cuando más de 190 horas que puedan distribuirse en uno o dos años, debiendo darse por el momento, preferencia a esta clase de estudios sobre aquellos que sean meramente especulativos y que son a los que se refiere el artículo primero [...][8]

Este acuerdo, ¿es respuesta inmediata al *Memorándum* de Chávez?, ¿es un oficio que se cruza con el de Chávez?, ¿es un oficio que llega antes de que Chávez envíe su *Memorándum*?

Si es el primer caso, estamos hablando de la posibilidad de que Vasconcelos apurara el acuerdo para evitar que la reorganización de Altos Estudios apareciera como iniciativa de Chávez, y darle a la vez pie para

hacer sus sugerencias dentro de un marco preestablecido; si se trata de dar respuesta a la segunda interrogante, es obvio que Vasconcelos no daría por recibido el *Memorándum* y Chávez tendría que exponer nuevamente sus iniciativas y, por último, si la situación fue la que se señala en la tercera interrogante, Chávez aprovecharía el momento y vertería toda su iniciativa a partir de las disposiciones del secretario de Educación.

Sea como fuere, hay un proyecto de reorganización que hiciera Chávez como respuesta a las Disposiciones dictadas en Acuerdo del 23 de enero de 1924 por el secretario José Vasconcelos, en el que el rector vuelve a exponer dentro del contexto ordenado, aunque con algunos cambios, todos los contenidos académicos de su *Memorándum,* incluyendo los nombres de los profesores.

Un mes después, justo el 23 de febrero de 1924, el subsecretario B. Gastélum envió a Chávez un Plan de estudios aprobado por el secretario de Educación, conforme al cual quedaba la Escuela de Altos Estudios organizada en tres secciones:[9]

I. Filosofía y Letras que formaría especialistas en:	Disciplinas filosóficas, Disciplinas linguísticas y literarias.
II. Escuela Normal Superior que formaría especialistas para obtener un certificado de aptitud en:	Inspector de Escuela, Director de Escuela, Profesor de Escuela secundaria, preparatoria y normal.
III. Ciencias Aplicadas que formaría especialistas en:	Medicina, Ingeniería.

Dicho Plan de estudios estaba estructurado de la siguiente manera:

I. Especialidad de Disciplinas Filosóficas

Quienes traten de adquirirlas, deberán hacer cuatro diversos cursos, uno será de filosofía general y los otros tres de *historia de la filosofía*, de *psicología*, de *ética*, de *estética*, de teoría del conocimiento o de *lógica*. De entre estos últimos cursos, los estudiantes podrán elegir libremente tres.

La duración de estos cursos será de noventa horas distribuidas en un año.

Especialidad de Letras

Los que traten de hacer esta especialidad deberán hacer como cursos obligatorios los siguientes: un curso de 190 horas distribuidas en



Toma de posesión de Ezequiel A. Chávez como director de la Escuela Nacional Preparatoria, siendo rector de la Universidad Nacional de México José Vasconcelos.

dos años, de *lengua y literatura latinas*: otro de 190 horas distribuidas en dos años, de *lengua y literatura griegas*; uno de *perfeccionamiento de lengua castellana* en 90 horas; dos de *literatura castellana relativos a dos diversos periodos de su desenvolvimiento*, de 90 horas cada uno y, además, un curso a elección, de 90 horas de duración, entre las asignaturas siguientes:

Literatura francesa
Literatura inglesa
Literatura general comparada o *filología*

II. Escuela Normal Superior

1. Para expedir certificados de aptitud para Inspectores de Escuelas.

Los que pretendan un certificado de esta clase, deberán hacer un curso de *ciencia de la educación*; uno de organización y administración escolar, uno de higiene escolar, uno de psicología educativa y otro escogido libremente, de entre los siguientes:

I. *Material educativo para los jardines de niños.*
II. *Estimación crítica de aptitud y desarrollo mental de los educandos.*
III. *Técnica de enseñanza en relación a la escuela de la acción.*

2. Para expedir un certificado de aptitud para Directores de Escuelas.

Los que pretendan obtener un certificado de aptitud para Director de Escuelas, deberán hacer los siguientes cursos: uno de *ciencia de la educación que incluya psicología de la adolescencia*, uno de *psicología educativa*, uno de *organización y administración escolar*, uno de *estimación crítica y desarrollo mental de los educandos*, uno de *higiene escolar*, uno de *historia de la educación* y otro escogido libremente, de entre los que siguen:

I. *Orientación y organización de las escuelas normales.*
II. *Técnica de enseñanza en relación con la escuela de la acción.*
III. *La educación relacionada con nuestros problemas étnicos, económicos y sociales.*

3. Para expedir certificados de aptitud, para profesores de Escuelas Secundarias, Preparatorias y Normales.

Quienes traten de hacer esta especialidad y de obtener un certificado de aptitud docente, para profesor de escuela secundaria, preparatoria o normales, *en cualquiera de las materias que comprendan los planes de enseñanza de estas escuelas*, harán tres cursos, *uno de la materia en que quieran especializarse*, uno de *ciencia de la educación* que comprenda psicología de la adolescencia y otro escogido libremente, de entre los siguientes:

I. *Orientación y organización de las escuelas normales.*
II. *Orientación y organización de las escuelas secundarias y preparatorias.*

III. Especialidades en Ciencias Aplicadas

Medicina

I. *Otorrinolaringología*	Curso exclusivamente práctico de 190 horas distribuidas en dos años, con veinte trabajos ejecutados por el aspirante. Se dará en el Hospital General y Consultorio de la Beneficencia Pública.
II. *Cirugia del vientre*	Curso práctico de 90 horas distribuidas en un año, con diez trabajos ejecutados por el aspirante. Se dará en el Hospital General.
III. *Vías urinarias*	Curso práctico de 190 horas distribuidas en dos años, con veinte trabajos ejecutados por el aspirante. Se dará en el Hospital Juárez.
IV. *Radioterapia y radiumterapia*	Curso práctico de 90 horas distribuidas en un año, con diez trabajos ejecutados por el aspirante. Se dará en el Hospital Juárez.

Ingeniería

I. *Administración eficiente*	Curso práctico de 90 horas, con diez trabajos ejecutados por el aspirante.
II. *Ingeniería municipal*	Curso práctico de 90 horas distribuidas en un año, con diez trabajos ejecutados por el aspirante.[10]

En él se señalaban además los requisitos de inscripción para cada especialidad y aquellos que deberían cubrir los alumnos para presentar el examen correspondiente; en este renglón se especificaba la necesidad de haber asistido cuando menos a las tres cuartas partes del número de clases, contar con un promedio de *Muy Bien*, comprobar haber realizado los trabajos prácticos exigidos en los programas, elaborar una tesis sobre un tema escogido por el alumno y presentar un examen ante un jurado de tres miembros. A mi entender, este Plan de estudios, que habría de prevalecer en teoría durante 1924, estaba influido, sobre todo en sus dos primeras secciones, por los apuntamientos de Chávez; algunos aspectos son copia y calca de lo sugerido por el rector.

De acuerdo con el informe de Daniel Vélez, quien sustituyera a Chávez y tomara posesión como director interino de Altos Estudios el 7 de marzo de 1924, los cursos ordinarios de ese año dieron principio ese 28 de marzo con el concurso de 34 profesores y 4 ayudantes para atender a un total de 1070 alumnos inscritos, de los cuales 598 eran numerarios y 472 oyentes.[11]

De este informe cabe señalar el establecimiento de cursos por correspondencia, recayendo en don Pablo González Casanova[12] la responsabilidad y satisfacción de ser el primero en hacer llegar su curso de Lingüística a cincuenta alumnos de diferentes estados de la República a través de este mecanismo.

En lo referente a los cursos ordinarios, la mención es muy vaga en dicho informe; sin embargo, hay un documento intitulado "Anuncio preliminar sobre los cursos que se darán en 1924, las condiciones de admisión y los certificados, títulos y diplomas",[13] en el que se consignan datos que contradicen la información correspondiente a las especializaciones que se ofrecerían, en virtud de que no corresponden a las aprobadas en el Plan de estudios enviado por Gastélum. Veamos las diferencias:

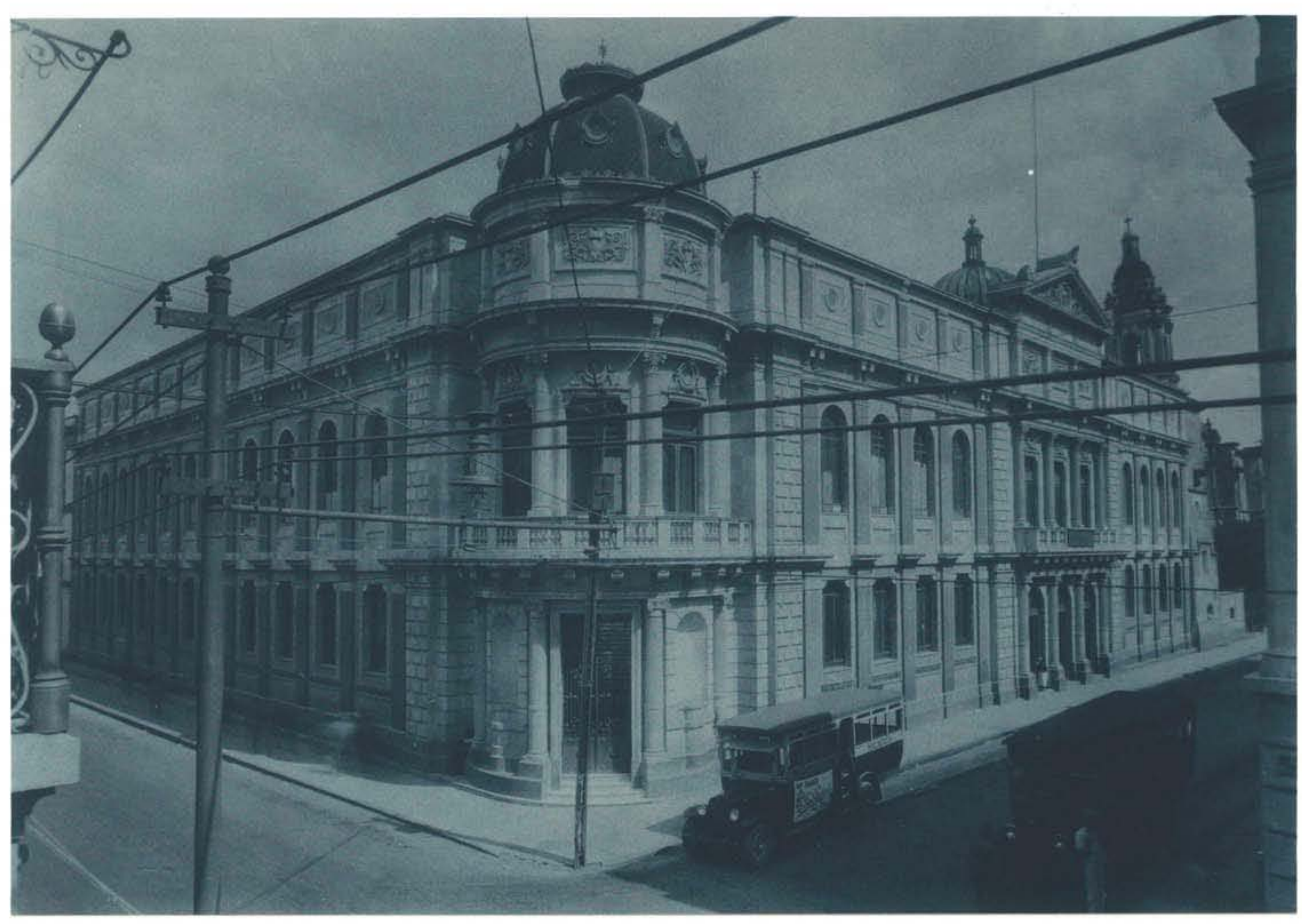
Especialidades aprobadas en el Plan de estudios de 1924 enviado por Gastélum	**Departamentos y Escuela que conforman la Facultad de Altos Estudios según documento aludido** *	**Secciones, Subsecciones, Departamentos y Escuela que aparecen en los horarios de los cursos según documento aludido** *
Especialidad de Disciplinas filosóficas Especialidad de Letras Escuela Normal Superior a) Inspectores de Escuela b) Directores de Escuela c) Profesores de Escuelas Secundarias, preparatorias y normales Especialidades en Ciencias aplicadas a) Medicina b) Ingeniería	Departamento de Especialización de Estudios Filosóficos Departamento de Especialización de Estudios de Letras Departamento de Especializaciones en Ciencias Médicas Departamento de Especializaciones en Ciencias relativas a la Ingeniería Escuela Normal Superior a) Inspectores de Escuelas b) Directores de Escuelas c) Profesores de materias especiales en Escuelas Normales, Secundarias o Preparatorias Departamento de Ciencias Sociales	Sección de Humanidades a) Subsección de Filosofía. Especialización de Estudios Filosóficos. b) Subsección de Letras. Especialización de Estudios de Letras. Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales Escuela Normal Superior a) Inspectores de Escuelas b) Directores de Escuelas c) Profesores de materias especiales en Escuelas Normales, Secundarias o Preparatorias Departamento de Especialidades en Ciencias Médicas Departamento de Especialidades en Ingeniería Departamento de Ciencias Sociales.

* *Vid. supra* nota 13.

Como puede observarse, las discrepancias entre el Plan de estudios aprobado y enviado por Gastélum y el Plan de estudios contenido en el documento aludido, son amplias. Y no sólo eso, sino también se contemplan ciertas incongruencias al interior del documento multicitado. Se resucitaron, como puede observarse en el cuadro anterior, los estudios en Ciencias Sociales, Física, Matemáticas y Ciencias Naturales que ya no estaban contemplados en la última reestructuración académica de la Escuela y se le dio a la organización académica administrativa de esas áreas carácter de Sección o Departamento, con la contribución de destacados profesores de la talla de José Arteaga, Joaquín Gallo, Juan Salvador Agraz, Pedro C. Sánchez, Manuel Puga y Acal, Carlos M. Lazo y Jesús Galindo y Villa, entre otros. La evidencia anterior bien podría conducirnos a afirmar que una vez más Chávez había impuesto su voluntad agregando al Plan de estudios todo aquello que, con base en su experiencia, había considerado adecuado; sin embargo, no lo sabemos a ciencia cierta. Busqué con ahínco algún documento que permitiera inferir que Chávez hubiera solicitado autorización para incorporar al Plan de estudios los cambios señalados, pero no lo he encontrado. Queda ahí, pues, esa incógnita.

Por último, todo parece indicar, aunque sin evidencia oficial, que los egresados de este Plan de estudios podían optar por el grado de maestría. Tres son los casos que tenemos registrados y que nos permiten hacer tal afirmación: Adam Francisco O., Russell Brown Esther y Lucile Davis, quienes, inscritos en la Escuela Nacional de Altos Estudios, aprobaron los cursos correspondientes a la especialidad en Letras entre 1924 y 1926 y obtuvieron el grado de maestría, conferido por la Facultad de Filosofía y Letras, entre 1927 y 1928. Es decir, estos alumnos, más Brito L. Horner, quien fuera egresado del Plan de 1922 y titulado en 1925, fueron a quienes se otorgaron los primeros grados conferidos por nuestra Facultad, en virtud de que se graduaron en fecha posterior a la creación de esta última.

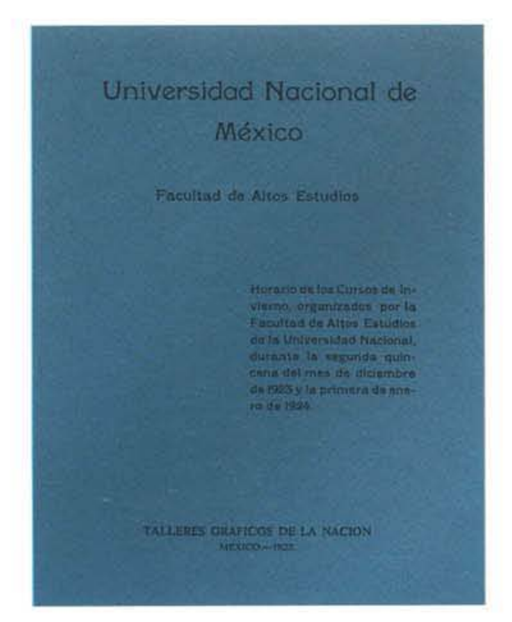
La Escuela Nacional de Altos Estudios, combatida desde su nacimiento, pero amorosamente alimentada por hombres como Ezequiel A. Chávez, Antonio Caso, Miguel Schulz, Henríquez Ureña, etcétera, fue conformando, vía Chávez, abierta y expresamente, una Normal Superior y, vía Caso, silenciosa y paulatinamente, una Facultad de Filosofía y Letras, misma que tardaría, a diferencia de la primera, más tiempo en apuntalarse. A mi entender, no fueron las pugnas políticas entre Chávez y Vasconcelos, ni los constantes apuntamientos de Caso en torno al nombre de la Escuela, ni aun las permanentes críticas sobre la naturaleza de la misma o sobre el nivel de los cursos que en ella se impartían o el bajo índice de titulación alcanzado a lo largo de sus catorce años, lo que produjo su desaparición en 1924; fue la suma de todo ello, aunado a la necesidad de satisfacer las exigencias educativas del



Edificio de Rectoría, *ca.* 1920.

momento, lo que originó el cambio y con ello la creación de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, misma que quedo constituida a partir del siguiente *Decreto*:

> Al margen: el escudo nacional. Estados Unidos Mexicanos,- Presidencia de la República.- 1,350.- Al centro: "Acuerdo de la Secretaría de Educación Pública:" ALVARO OBREGÓN, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed: CONSIDERANDO que en la Facultad de Ciencias Químicas no solamente se estudian conocimientos que puedan legalmente quedar comprendidos en la denominación susodicha, sino que de hecho, disciplinas científicas extrañas a las ciencias químicas, son materias de la enseñanza que se imparte en esta Facultad. Esta circunstancia, y la más interesante de poder dar mayor amplitud a los estudios de la mencionada Facultad, hace necesario se cambie el nombre que tiene, por el de Facultad de Ciencias, que dada la amplitud del concepto, supone una extensión mayor de la enseñanza en todo, conforme a las necesidades actuales. CONSIDERANDO, a la vez la que a la Escuela Nacio-



Universidad Nacional de México

Facultad de Altos Estudios

Horario de los Cursos de invierno, organizados por la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional, durante la segunda quincena del mes de diciembre de 1923 y la primera de enero de 1924.

TALLERES GRÁFICOS DE LA NACION
MEXICO—1923

Horario de los Cursos de invierno organizados por la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional, 1923.

nal de Altos Estudios, debe también cambiársele la denominación, porque el nombre de Altos Estudios que ahora tiene no está de acuerdo con la situación que guarda, ya que en esta Escuela se estudian materias que en ninguna otra se cursan, por lo que resulta que el nombre de Altos Estudios se funda en un supuesto falso, por no existir estudios previos que motiven racionalmente aquella denominación. Por esta circunstancia, y también para evitar que el nombre de Altos Estudios sugiera ideas de suficiencia científica, técnica o filosófica, conviene que con dicha Escuela se forme la Facultad de Graduados y Escuela Normal Superior, en las que se harán y se formarán los profesores de las escuelas secundarias, Preparatorias y Normales, y además la Facultad de Letras. Por esta circunstancia, y con fundamento en las facultades que me concede el artículo 3º de la Ley Constitutiva de la Universidad Nacional de México, he tenido a bien expedir el siguiente DECRETO: Artículo 1º. La Facultad de Ciencias Químicas se denominará en lo sucesivo Facultad de Ciencias. Artículo 2º. Se formará con la Facultad de Altos Estudios la Facultad de Graduados y la Escuela Normal Superior. Artículo 3º. Se constituye la Facultad de Filosofía y Letras. Artículo 4º. Queda facultada la Secretaría de Educación Pública y el Rector de la Universidad Nacional, para dictar las disposiciones necesarias, para que se organicen estas instituciones, en el concepto de que el Director de la Facultad de Graduados y Normal Superior, será el mismo que el de la de Filosofía y Letras. Artículo 5º. Este Decreto comenzará a surtir efectos desde la fecha de su publicación.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo Federal, en México, a los veintitres días del mes de septiembre de mil novecientos veinticuatro. A. Obregón. El Secretario de Estado y del Despacho de Educación Pública, Dr. B. J. Gastélum. Rúbrica. Al C. Lic. Enrique Colunga, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación. Presente. Lo que comunico a usted para su publicación y demás efectos. SUFRAGIO EFECTIVO NO REELECCION. México, 1° de octubre de 1924. El Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, Enrique Colunga. Rúbrica.[14]

Planes de estudio y disposiciones. Una visión general

Una vez expuesta sintéticamente la etapa de transición entre Altos Estudios y Facultad de Filosofía y Letras, intentaremos en el presente apartado dar una visión general de la Facultad, haciendo énfasis en aquellas cuestiones que resulten de utilidad para nuestro tema de estudio; esto es, no pretendemos hacer una historia de la Facultad sino tan sólo destacar algunos indicadores importantes que nos permitan subseguir los constantes cambios de orden académico que ha vivido nuestra dependencia. En tal sentido, aspiramos a ofrecer un panorama compendiado de los múltiples acuerdos y disposiciones expedidos en

relación con los planes de estudios y algunos comentarios en torno a los exámenes profesionales y de grado que han tenido lugar en la Facultad, como resultado de la constante preocupación por alcanzar y conservar el alto nivel académico que ha permitido que egresen de nuestras aulas los más sobresalientes especialistas en el ámbito de las humanidades.

El primer año de vida de la Facultad de Filosofía y Letras no fue fácil. A cuatro meses de haberse instituido, se le suspendió el subsidio económico por Decreto presidencial; su director, don Balbino Dávalos, y los profesores, la mantuvieron trabajando como "Facultad libre", sin percibir sueldo alguno. Tal actitud, por demás universitaria, fue reconocida por las autoridades competentes en los siguientes términos:

> Por un movimiento generoso y desinteresado, muy plausible, el profesorado y Director de las instituciones que forman la antigua Facultad de Altos Estudios, ofrecieron trabajar en el presente año sin retribución, ofrecimiento que fue aceptado con gratitud por la Rectoría, previa autorización del señor Presidente de la República y de la Secretaría de Educación. Los cursos quedaron organizados en las tres Facultades respectivas, siendo de notar especialmente la numerosa inscripción a los de la Escuela Normal Superior, en donde los maestros de la capital están siguiendo cursos de grande importancia para perfeccionar sus conocimientos pedagógicos.[15]

Todo parece indicar que durante ese tiempo, la vida académica de la Facultad se desarrolló conforme a los lineamientos operados en 1924, a los que se agregaron, tan sólo, algunas iniciativas de la Rectoría. Tal afirmación parece encontrar su fundamento en el siguiente escrito:

> En lo general puede decirse que el trabajo docente se ha seguido desarrollando, conforme a los programas aprobados por la Superioridad, con una numerosa asistencia de público escolar.
>
> Debido a la iniciativa de la Rectoría se resucitó, con excelente resultado, la vieja usanza de las universidades de antaño, que consistía en discutir en asambleas públicas tesis propuestas por algún profesor universitario y cuya discusión ilustraba a los concurrentes a dichos actos públicos. Esta práctica fue entusiastamente prohijada por la Facultad de Filosofía y Letras. El señor licenciado Francisco de P. Herrasti, profesor de lengua y literatura latinas en la referida Facultad, impugnó la obra maestra el "Fausto", de Goethe, en acto púlico a que asistieron numerosas personas. El señor Don Pablo González Casanova, profesor de métodos lingüísticos aplicados al estudio de los idiomas indígenas y de fonética española y de los principales idiomas europeos, en la propia Facultad de Filosofía y Letras, en acto igualmente solemne, rebatió las opiniones de su colega, el licenciado He-

> rrasti, y otros comentados de las opiniones vertidas por dichos señores profesores completaron el trabajo de enseñanza sobre la crítica de la obra alemana [...][16]

Al parecer, no fue sino hasta mediados de 1926 cuando se instituyó un nuevo ordenamiento académico en el que la Facultad, ya legitimada gubernamentalmente, quedaba constituida por las secciones de Filosofía y Ciencias, Letras e Historia, con el propósito de otorgar, en estas disciplinas, los grados de agregado, maestro y doctor.

De este nuevo ordenamiento académico no encontramos evidencia de aprobación, ni del seno de la Facultad ni de Consejo Universitario, pero por "Informes de labores" rendidos por quien dirigía la Facultad en esa época, sabemos que un nuevo Plan de estudios entró en vigor en 1926 y el único que concuerda en la fecha es éste, por lo que suponemos que sí se puso en práctica.[17]

Por otro lado, encontramos un nuevo documento en el que se señalan las materias que se impartieron durante ese año, y éstas concuerdan más con las indicadas en este último Plan que con las establecidas en el de 1924. Asimismo, dicho documento alude a la conformación del cuerpo docente y la inscripción que, para esas fechas, tenía nuestra dependencia. Al respecto, don Balbino Dávalos da cuenta de treinta y cinco profesores que impartían otro tanto de asignaturas a un total de doscientos treinta y tres alumnos,[18] mismos que estaban distribuidos de la siguiente manera, en las distintas asignaturas que se ofrecían:

Materias	*Número de alumnos inscritos*
Epistemología	32
Ética y estética	49
Historia de sistemas filosóficos	32
Psicología general y especial	64
Curso avanzado de lengua castellana	52
Literatura castellana posterior a los siglos de oro	25
Literatura hispano americana	10
Historia de América	20
Literatura inglesa (periodo Isabelino)	8
Curso avanzado de lengua inglesa	29
Perfeccionamiento de lengua francesa	25
Literatura de los siglos de oro	31
Literatura mexicana	40
Lengua y literatura latinas	14
Filología griega y latina	11
Literatura francesa	16
Fonética española	8
Metodología y Lingüística	5



Fachada de la Escuela de Altos Estudios.

Lengua alemana	8
Lengua y literatura griegas	11
Estudio histórico de la lengua castellana	14
Lengua Italiana	14
Historia de México	51
Geografía física	39
Geografía económica	43
Meteorología y fisiografía	41
Problemas de habitabilidad en México	6
Condiciones biológicas del Valle de México	8
Sociología	18
Petroleogía	2
Entomología	1
Botánica	28
Zoología	16
Historia del arte	11
Historia contemporánea	12 [19]

Bien podríamos consignar algunos de los programas que dieron vida académica a nuestra Facultad en 1926 y que corresponderían a algunos de los cursos que hemos enunciado con anterioridad; sin embargo, las condiciones de la síntesis que requiere este ensayo me lo impiden. Incluyamos, entonces, algunos apuntamientos que configuren, con algún detalle, la veracidad sobre las asignaturas impartidas ese año.

> El señor doctor Herbert Ingram Preistly, de la Universidad de California, atenta invitación que se sirvió hacerle el señor profesor don Genaro Estrada, que sirve la clase de Historia de México, en la Facultad, ocupó la cátedra el día 3 de junio en lugar del profesor de planta [...]
>
> Con destino [a la Universidad de Chicago, EUA] y por acuerdo [de la Superioridad], salió el señor licenciado Julio Jiménez Rueda, profesor de los cursos de literatura mexicana y de los siglos de oro, en la Facultad de Filosofía y Letras, haciendo sus veces mientras dure su ausencia, el señor profesor don Salvador Novo, en cuanto a la literatura mexicana se refiere.[20]
>
> Previamente anunciadas, dieron comienzo las conferencias del curso de "Condiciones biológicas de salud y bienestar. Su aplicación al Valle de México", que están a cargo del profesor ingeniero Miguel A. de Quevedo, habiendo tenido ya lugar las dos primeras en los días 18 y 31 del mes pasado con una asistencia de 11 personas, en la primera y de 36 en la segunda. Como se deja ver, el interés por ellas parece aumentar.
>
> Ha sido debidamente anunciado el curso que sobre ciencia social dará el profesor Víctor Lafosse que, con fecha 28 dió ya su primera clase con asistencia de nueve alumnos.
>
> El señor licenciado Francisco de P. Herrasti, profesor de filología griega y latina [...] prorrogará por dos meses o más, después del tiempo fijado para cerrar oficialmente los cursos en esta Escuela [...][21]

Al año siguiente, apareció un nuevo esquema de organización académica, también carente de evidencia de aprobación oficial, que exponía una composición de la Facultad muy similar a la que venía operando, que contemplaba los mismos grados de agregado, maestro y doctor.[22]

Tenemos la certeza, por condiciones que se dieron posteriormente, que dicho esquema no se llevó a la práctica. Estos dos últimos planes constituyen, quizá, el primer intento por establecer en la Facultad un nivel equivalente a la licenciatura.

A principios de 1928, el 20 de enero, se aprobó en Consejo Universitario un nuevo Plan de estudios;[23] es el primero, en la vida de la Facultad, del que tenemos constancia de aprobación oficial.

Sin embargo, es evidente por documentación localizada al respecto,

que esa nueva organización académica fue elaborada y puesta en marcha el año precedente, mientras fungía como director de la Facultad don Balbino Dávalos; en ella se especificaba que nuestra dependencia quedaría constituida por las secciones de Filosofía, Ciencias e Historia y Letras y que se otorgarían los grados de licenciado, maestro y doctor.[24]

Antes de adentrarme en algunos apuntamientos y circunstancias que rodearon al ordenamiento académico de 1928, quiero dejar asentado, por la importancia que pudiera tener, el nombre de quienes, al amparo de dicho ordenamiento, fueron los primeros en obtener el título de licenciados en nuestra Facultad.

Previo a ello, hay que poner de relieve que dicho precepto académico describe los planes de estudio que hacen alución a las licenciaturas en Filosofía, Ciencias, Historia y Letras; en consecuencia, retomaremos, para efectos de este trabajo, los datos relacionados con el área de humanidades.

En tal sentido podemos mencionar que parecen ser tres los estudiantes quienes, a pesar de la efímera vigencia del Plan de estudios correspondiente al nivel de licenciatura, alcanzaron a obtener el título en cuestión: uno en la licenciatura en Letras, otro en la de Historia y una más en la de Filosofía. Antonio Gutiérrez López, con la tesis intitulada *Estudios oracionales*, obtuvo, el 1 de junio de 1928, el título de licenciado en Letras; el jurado, integrado por los señores profesores Francisco de P. Herrasti, Francisco Monterde y Mariano Silva, le otorgó el privilegio de la aprobación. Un año después, el 19 de agosto de 1929, Rubén L. Escovar [*sic*] obtendría la licenciatura en Historia con un trabajo cuyo título desconocemos pero que sabemos fue aprobado por un jurado constituido por Pedro C. Sánchez y José Luis Osorio Mondragón, entre otros. Por último, pocos meses después, Luz Vera Córdoba, la misma que egresara de la Escuela Nacional de Altos Estudios en 1916, y fuera la primera en titularse en toda la Universidad Nacional como profesora universitaria especializada en el área de filosofía, obtuvo, el 12 de noviembre de 1929, el título de licenciada en Filosofía mediante un trabajo intitulado *La danza como arte*; el jurado, compuesto por Antonio Caso, Honorato Bolaños, Carlos Lazo, Enrique O. Aragón, Alfonso Caso y Adalberto García de Mendoza, la aprobó por unanimidad.

Entrando en materia, me es preciso hacer algunas aclaraciones importantes en torno al precepto académico de 1928. El documento que lo ampara oficialmente exhibe, como ya dejamos asentado en párrafos anteriores, los planes de estudio de las licenciaturas en Filosofía, Ciencias, Historia y Letras y, asimismo, subraya que "subsecuentemente se [darían] a conocer los planes de estudios correspondientes a los grados de Maestro y doctor". Todo hubiera pasado inadvertido, de no ser por el hecho de que al analizar el índice de titulación correspondiente a ese Plan de estudios nos enfrentamos con un buen número de gradua-



UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO

ESCUELA DE ALTOS ESTUDIOS

El día 13 de marzo, se celebrará la apertura de un Curso de Lengua y Literatura Italianas que, desde esa fecha, quedará establecido y a cargo de la Profesora

SRITA. JENNY BOZZANO

graduada de la Real Escuela Normal de Turín (Italia).

Para la Inscripción como alumno de este Curso libre, será menester acreditar algún conocimiento de la lengua italiana.

Los puntos que comprenderá la enseñanza serán los siguientes:

I. Lectura graduada.
II. Conversación y comentarios sobre lo leído.
III. Ejercicios de dictado y composición escrita.
IV. Ejercicios gramaticales. Explicaciones basadas sobre trozos selectos en prosa y verso.
V. Nociones sobre los primeros elementos de Estilo y Análisis.

Durante el año escolar se darán algunas Conferencias sobre la práctica de resúmenes y traducción.

HORARIO:

CLASES: Martes y Jueves de 7 a 8 P. M.

El Registro de Inscripciones queda abierto desde esta fecha hasta el 19 mismo mes, en la Secretaría de la Escuela, de 12 a 1 p. m.

México, 2 de marzo de 1914.

Honorato Bolaños.

Apertura del curso de lengua italiana que impartiría la señorita Jenny Bozzano, 1914.

dos tanto de maestría como de doctorado en las mismas áreas en las que se suponía que sólo existía el nivel de licenciatura.

Este fenómeno nos condujo a la búsqueda de informacón que permitiera aclarar tal circunstancia; la respuesta parece encontrarse, por un lado, en un documento aprobado por Consejo Universitario el 27 de noviembre de 1929, en el que se especificaban los "grados" que otorgaría la Universidad a partir de ese año[25] y, por el otro, en una autorización, en la misma sesión de Consejo Universitario, para que a los licenciados graduados en Filosofía y Letras se les revalidaran sus estudios y fueran considerados como maestros.[26]

En lo que se refiere al primer documento aludido, éste registra, en su artículo primero, que la Universidad concedería los grados, entre otros, de maestría y doctorado en Letras y Filosofía, es decir, los entonces recién creados títulos de licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras fueron invalidados y, para efectos de regularización de los egresados de esa época, se especificaba en los siguientes artículos el modo de proceder:

> Art. 15. El título profesional de licenciado corresponderá al grado académico de Maestro siempre que el titular se dedique a la docencia en Escuela o Facultad Universitaria.
>
> Art. 1° Transitorio. Las personas que actualmente tienen el título profesional de Licenciado en cualquiera de los ramos mencionados pueden obtener el de Doctor siempre que cumplan con los siguientes requisitos:
>
> a) Solicitarlo de la Universidad Nacional.
>
> b) Haber demostrado en el ejercicio de su profesión la capacidad necesaria para la investigación científica en la rama en la que se pretenda el doctorado, por medio de la publicación de libros, folletos o artículos, o efectuando trabajos que merezcan consideración;
>
> c) Traducir, por lo menos, dos lenguas vivas o una muerta;
>
> d) Presentar una tesis de investigación original sobre asunto que interese a la ciencia, a la filosofía o al arte;
>
> e) Someter esa tesis al estudio de una comisión que nombre la Facultad de Filosofía y Letras, que dictamine sobre la importancia de la misma y discuta la tesis públicamente ante un jurado que nombre la Facultad;
>
> f) Pagar los derechos que fije la Universidad.
>
> Art. 2° Transitorio. Los profesores de las Facultades y Escuelas Universitarias que hayan profesado durante cinco años sin interrupción en la Facultad correspondiente y tengan el título de Licenciado, pueden obtener el de Doctor si reúnen los siguientes requisitos:
>
> a) Haber demostrado capacidad en el ejercicio del profesorado;
>
> b) Haber publicado libros, folletos o artículos en revistas, que demuestren su competencia en la materia que enseñan y cultura suficiente para adquirir el grado que pretenden;



Aviso para los cursos de Educación, Psicología y Metodología general, 1914.

c) Presentar una tesis de investigación original sobre asunto que interese a la ciencia, a la filosofía o al arte;

d) Someter esa tesis al estudio y aprobación de la comisión de que habla el inciso e) del artículo 1° transitorio;

e) Pagar los derechos que fije la Universidad.

Para obtener el grado en la Facultad de Filosofía y Letras bastará la Licenciatura en cualquiera de las ramas de que habla esta reglamentación.

Art. 3° Transitorio. Los profesores de las Facultades y Escuelas Universitarias que hayan profesado durante cinco años sin interrupción y no tengan el título de Licenciado pero sí el de Bachiller, podrán obtener el de Maestro si reúnen los requisitos de que habla el artículo anterior.

Art. 4° Transitorio. Los profesores de la Facultad y Escuelas Universitarias que hayan profesado en los términos del artículo 2°, y no tengan el grado de Bachiller, podrán obtenerlo si reúnen las condiciones exigidas en el mismo artículo.

Art. 7° Se concede un año de plazo a partir de la expedición de este Reglamento a las personas comprendidas en los artículos anteriores para que opten por las franquicias concedidas en ellos [...]

Art. 8° A los graduados por la Facultad de Filosofía y Letras como Licenciados, de acuerdo con los planes en vigor, deberá expedírseles el título de Maestro de acuerdo con la nueva nomenclatura aprobada.

Art. 9° La Facultad de Filosofía y Letras presentará, a la mayor brevedad, los planes de estudios modificados de acuerdo con la presente reglamentación [...][27]

Como puede advertirse a la luz del Reglamento abreviado anteriormente, los alumnos detectados que obtuvieron el grado de maestría en esa época, lo adquirieron por encontrarse en cualquiera de las siguientes circunstancias:

a) Por el sólo hecho de poseer alguna licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras.

b) Por ser licenciado en alguna carrera que ofrecía la Universidad y dedicarse a la docencia universitaria.

c) Por poseer el grado de bachiller, ser profesor universitario durante cinco años ininterrumpidos y presentar una tesis de investigación original.

d) Por ser profesor universitario durante cinco años ininterrumpidos y presentar una tesis de investigación original.

Por otra parte, el grado de doctor lo obtuvieron:

a) Por poseer el título profesional de licenciado, tener publicaciones, traducir dos lenguas vivas o una muerta y presentar una tesis de investigación original.



Doctores *honoris causa* en la Escuela de Altos Estudios durante la inauguración de la Universidad Nacional de México, en 1910.

b) Por ser profesor universitario en ejercicio durante cinco años ininterrumpidos, poseer el título de licenciado, contar con publicaciones y presentar una tesis de investigación original.

Es posible mencionar a un buen número de personas, cerca de cincuenta, que se acogieron a las *Disposiciones* anteriormente descritas; algunos de ellos formaban parte de la planta docente y otros se incorporaron luego a ella como resultado de la obtención del grado. Ejemplos de una y otra circunstancias los constituyen, por un lado, don Enrique O. Aragón y don Vicente Lombardo Toledano, quienes se graduaron como doctores en Filosofía, en los últimos días de noviembre de 1929, con las tesis *El fondo emocional de la histeria. Las conexiones psicofísicas* y *Geografía de las lenguas de la Sierra de Puebla*, respectivamente. Por el otro, los profesores Miguel Ángel Cevallos, Adalberto García de Mendoza y Hernández, José Romano Muñoz, Ana Mass de Serrano, y doña Eulalia Guzmán se graduaron como maestros en Filosofía entre 1929 y 1932 con las tesis *El ideal y la teoría de los valores*; *Sistema de lógica*; *La ética de los valores*; *Estudio sobre la intuición* y *Caracteres esenciales del arte prehispánico de México. Su sentido fundamental*, respectivamente.

Ejemplos de graduados bajo las mismas circunstancias pero en otras disciplinas los encontramos en las personas de Mariano Silva y Aceves, Julio Jiménez Rueda y Julio Torri, quienes se graduaron del doctorado en Letras el 27 de noviembre de 1929 con trabajos intitulados *Virgilio y su poeta mexicano*; *Historia de la literatura mexicana* y *Romances viejos*, respectivamente.

Puede observarse que bajo los rubros de "doctor" o "maestro" en "Filosofía" o en "Letras" se graduaban especialistas sobre temas diversos; ello se debía a la estructura académica de la Facultad, misma que respondía al espíritu de la Comisión que elaborara, en 1928, el Plan de estudios que a la sazón regía la vida de nuestra dependencia. En el Reglamento de "grados" al que nos hemos referido en párrafos anteriores, se respetaron y preservaron los "grados", no así el título de "licenciado" que, con base en dicho precepto académico, debía otorgar nuestra Facultad.

Esta última disposición reglamentaria, y varias otras fueron, sin duda, una de las muchas ganancias que se obtuvieron con la entonces recién conquistada autonomía universitaria; pero en corto tiempo ellas condujeron, también, a una radical modificación de los planes de estudio en todas y cada una de las facultades universitarias con el propósito de regularizar su funcionamiento y garantizar, en lo posible, la eficiencia terminal.

En lo que concierne a nuestra Facultad, es preciso abrir un paréntesis para señalar, antes de proseguir con los preceptos académicos consecuentes que, en 1929, prácticamente en su inicio, por problemas académicos, técnicos y administrativos puestos en evidencia por don Pedro de Alba, a la sazón su director, se escindió administrativamente la Facultad y se suprimió, a la vez, la inadvertida Facultad para Graduados; a partir de entonces, quedaron desligadas la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela Normal Superior, manejándose cada una con presupuestos independientes.

Cerramos el paréntesis. Hacia mediados de 1929, ya con Antonio Caso al frente de la Facultad, profesores y funcionarios se abocaron, en largas discusiones, a analizar las condiciones académicas que prevalecían en la dependencia; como resultado de aquellas, se acordó reelaborar los planes de estudio por secciones, que los cursos fueran semestrales y aprobar un *Reglamento para estimar el aprovechamiento de los alumnos*.[28]

Tiempo después, el 10 de marzo de 1931, se aprobaban en Consejo Universitario los nuevos planes de estudio de la Facultad de Filosofía y Letras; en ellos se hacia oficial la desaparición del efimero título de "licenciado" y se restablecían, como grados únicos, los de maestro y doctor en las disciplinas de Filosofía, Letras, Ciencias Históricas (Historia y Antropología) y Ciencias (Ciencias Exactas, Ciencias Físicas y Ciencias Biológicas).

Esta estructura académica estuvo vigente ese año y el siguiente, ya que en Academia de Profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, celebrada el 26 de mayo de 1933, su director, don Enrique O. Aragón, presentó un proyecto en el que se contemplaba el establecimiento de dos nuevos grados que otorgaría nuestra dependencia: el de maestro en Ciencias Geográficas y el de maestro en Ciencias Políticas.[29] Nuestra Facultad se abría, finalmente, diríamos algunos, al reconocimiento de otros grados que no estuvieran circunscritos a los de Filosofía o de Letras.

Sobre el primer grado propuesto, el maestro Antonio Caso, en su papel de decano y consejero de la Facultad, opinó que no deberían abrirse más secciones de las establecidas en el Plan de estudios aprobado en 1931, y que, en cambio, sí podría abrirse una Subsección dependiente de la Sección de Ciencias Históricas para que otorgara el grado de maestría especializado en Ciencias Geográficas; dicha sugerencia fue aprobada en Sesión de Academia Mixta de Profesores y Alumnos el 4 de julio de 1933.[30]

Asimismo, en aquella ocasión fue aprobado el grado de maestría en Ciencias Políticas con el propósito de formar a los profesores de civismo que requería la Secretaría de Educación Pública;[31] sin embargo, de éste último, no detectamos, al menos en la Facultad de Filosofía y Letras, ningún indicio de que se hubiera llevado a la práctica.

Hacia esos años, en 1934, por circunstancias más bien políticas que no viene al caso comentar en este espacio, la Escuela Normal Superior que, como sabemos, había sido la heredera directa del espacio universitario que ocupara la Escuela Nacional de Altos Estudios, se desprendió de la Universidad y pasó a depender de la Secretaría de Educación Pública. Se creó entonces, en el seno de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes, el Departamento de Ciencias de la Educación, con la mira de que la Universidad de México "colaborara al más alto perfeccionamiento educativo del magisterio mexicano".[32]

A la sazón, nuestra dependencia cambió de denominación; en 1934, por acuerdo de Consejo Universitario se le denominó "Facultad de Filosofía y Bellas Artes"[33] y quedó conformada según aparece en la estructura general de la Universidad de esos años, por la Escuela Nacional de Arquitectura, la Escuela Nacional de Artes Plásticas, la Escuela de Filosofía y Letras y la Escuela Superior de Música.

Esta circunstancia convirtió a nuestra "Facultad", nominalmente, en Escuela de Filosofía y Letras, pero en la jerga diaria quedó reducida a "Sección de Filosofía y Letras". Los documentos de la época así lo dejan ver.

De hecho, la Facultad de Filosofía y Bellas Artes se regía, en lo académico, por cuatro Academias Parciales, correspondientes a cada "Sección": Arquitectura, Artes Plásticas, Filosofía y Letras y Música, y los acuerdos que en cada una de ellas se tomaban, se turnaban, para su



Maestros de la Escuela de Altos Estudios en 1913. Al centro, sentado, Ezequiel A. Chávez.

aprobación, a la "Academia General de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes".[34]

Todas estas circunstancias condujeron, sin duda, a que el 1 de marzo de 1935 se pusiera en marcha un nuevo Plan de estudios que contemplaba adiciones, modificaciones y suspensiones al Plan de 1931; de ellas podemos destacar la creación, como ya dejamos asentado, del Departamento de Ciencias de la Educación que otorgaba los grados de maestría y doctorado. Asimismo, como consecuencia de las nuevas "secciones" que conformaban la Facultad de Filosofía y Bellas Artes, se suprimió la Sección de Ciencias y con ella desaparecieron los grados de maestría y doctorado en Ciencias Exactas, Ciencias Físicas y Ciencias Biológicas que nuestra dependencia había venido otorgando desde 1926.[35] Tal reestructuración tuvo corta vida.

En 1936, con aprobacion del Consejo Universitario, nace la Facultad de Bellas Artes, misma que queda integrada por la Escuela Nacional de Artes Plásticas, la Escuela Nacional de Arquitectura y la Escuela Superior de Musica;[36] con ello, nuestra dependencia vuelve a cambiar de nombre por el de "Facultad de Filosofía y Estudios Superiores". Al modificar su denominación, reestructuró también su organización y sus preceptos académicos. Tales reestructuraciones cobraron vida oficial

algún tiempo después. A la sazón, nuestra dependencia se abocó, conforme a los artículos 29, 30, 31 y 32 del entonces recién aprobado Estatuto de la Universidad Nacional Autónoma de México, a conformar las distintas comisiones que habrían de hacerse cargo de las diversas actividades de la Facultad; así, quedó constituida, entre otras, la Comisión Permanente de Planes y Programas de Estudios. Sus integrantes, los señores profesores Samuel Ramos, Alberto I. Altamirano y José de Lille, y los alumnos María Teresa de Landa, René Barragán y Sara Enrique Castañeda, se dieron a la tarea de analizar y discutir los planes de estudio y, tiempo después, presentaron a la consideración de la Academia Mixta de Profesores y Alumnos un conjunto de sugerencias que conformaría un nuevo Plan de estudios, emitido el 1 de febrero de 1937. Éste contemplaba, merced a la salida de la Escuela Nacional de Arquitectura, la Escuela Nacional de Artes Plásticas y la Escuela Superior de Música, el retorno de la consabida "Sección de Ciencias Biológicas".

Ese mismo año, el 5 de julio, en Academia de Profesores, se aceptó la creación de una Subsección de Arqueología adherida a la Sección de Ciencias Históricas y Geográficas, cuyo propósito estaría encaminado a la formación de maestros y doctores en dicha disciplina. Este Plan, si bien sólo operó hasta finales de 1938, constituiría la base necesaria para conformar, en 1939, una Sección de Antropología Cultural que enriquecería, sin duda, los estudios en cuestión.

1938 también sería testigo de nuevos acuerdos. El 4 de noviembre, los señores catedráticos de la Subsección de Geografía, que hasta entonces había formado parte de la Sección de Ciencias Históricas y Geográficas de nuestra dependencia, llegaron a la conclusión de que dicha Subsección debería segregarse de la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores para pasar a formar parte, en caso de que se fundara, de la Facultad de Ciencias. Ese mismo mes, el 28 de noviembre, la Facultad de Ciencias quedaba constituida por acuerdo de Consejo Universitario, y el "Departamento de Geografía" y la multicitada Sección de Ciencias Biológicas se integraban a ella adquiriendo, finalmente, nuestra Facultad, su actual denominación.

Antes de retomar los planes de estudio que se sucedieron en la Facultad de Filosofía y Letras, es conveniente registrar que, en 1941, poco tiempo antes de que la Facultad de Ciencias inaugurara el Departamento de Geofísica, ésta inició los trámites para que el Departamento de Geografía retornara al seno de nuestra dependencia, sobre la base de que la geografía humana requería amplios conocimientos sobre sociología, antropología, etnografía e historia, y de que la preparación de profesores de geografía para escuelas secundarias y preparatorias precisaba de la ciencia de la educación, disciplinas, todas ellas, que se impartían en la Facultad de Filosofía y Letras. Dicho propósito se vería cumplido, en la práctica, en 1943.

Como resultado de la estructuración de la Facultad de Ciencias, nuestra dependencia rehizo su ordenamiento académico y logró que el 16 de enero de 1939 fueran aprobadas, por Consejo Universitario, nacientes *Disposiciones* que le darían renovados impulsos.

Este Plan de estudios contemplaba una Sección de Filosofía prácticamente reconstituida, que si bien mantenía el nombre igual, los contenidos habían sido transformados y ampliados a la luz de criterios pedagógicos acordes con la época; una Sección de Psicología en la que, para optar por el grado de maestro en Ciencias Psicológicas, había que cubrir, en primera instancia, dieciséis asignaturas de dos semestres cada una, repartidas en tres años; una Sección de Letras que incorporaba por vez primera y de manera sistemática cursos para obtener los grados de maestría en Lengua y Literatura Clásicas, en Lengua y Literatura Modernas y en Lengua y Literatura Castellanas; una Sección de Historia que difería con mucho de la de Ciencias Históricas que había imperado durante casi toda la década. Esta nueva sección otorgaba los grados de maestro y doctor en Historia Antigua y Medieval, en Historia Moderna y Contemporánea y en Historia de México; una Sección de Antropología Cultural que estaba dividida en Historia Antigua y Arqueología, Etnografía y Lingüística y una Sección de Ciencias de la Educación a la que se le eliminó el recién creado doctorado para dejarla, una vez más, con tan sólo la posibilidad de ofrecer el grado de maestría, y siempre y cuando los interesados poseyeran cualquiera de los otros grados que la Facultad concediera.

El año 1942, en el que proliferaron reformas, también sería testigo de un proyecto de ampliación al Plan de estudios de 1939; por una propuesta de los jefes de los distintos departamentos de la Facultad, señores profesores Oswaldo Robles, Julio Torri, Rafael García Granados, Eduardo Marquina, Fernando Ocaranza y Alfonso Pruneda, se revisó el Plan de estudios que se encontraba vigente y se procedió a elaborar un proyecto de reformulación que fue aprobado, casi en su totalidad, en sesión de Academia de Profesores y Alumnos, celebrada el 16 de noviembre de 1942. Dicho proyecto, enviado al señor rector licenciado Rodulfo Brito Foucher para que fuera elevado a la consideración del Consejo Universitario, fue puesto en marcha en 1943.[37]

En este último año, el 5 de noviembre, la Academia Mixta de Profesores y Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras aprobó nuevas ampliaciones al Plan de estudios, consistentes en la creación de una nueva especialidad denominada Historia de las Artes Plásticas, al amparo del Departamento de Historia y el doctorado en Letras con especialidad en Historia, Antropología y Geografía.

De 1943 a 1951, los planes de estudio de la Facultad funcionaron, en términos generales, con base en las ampliaciones operadas al Plan de 1939; sin embargo, a lo largo de ese periodo, se realizaron ajustes en la

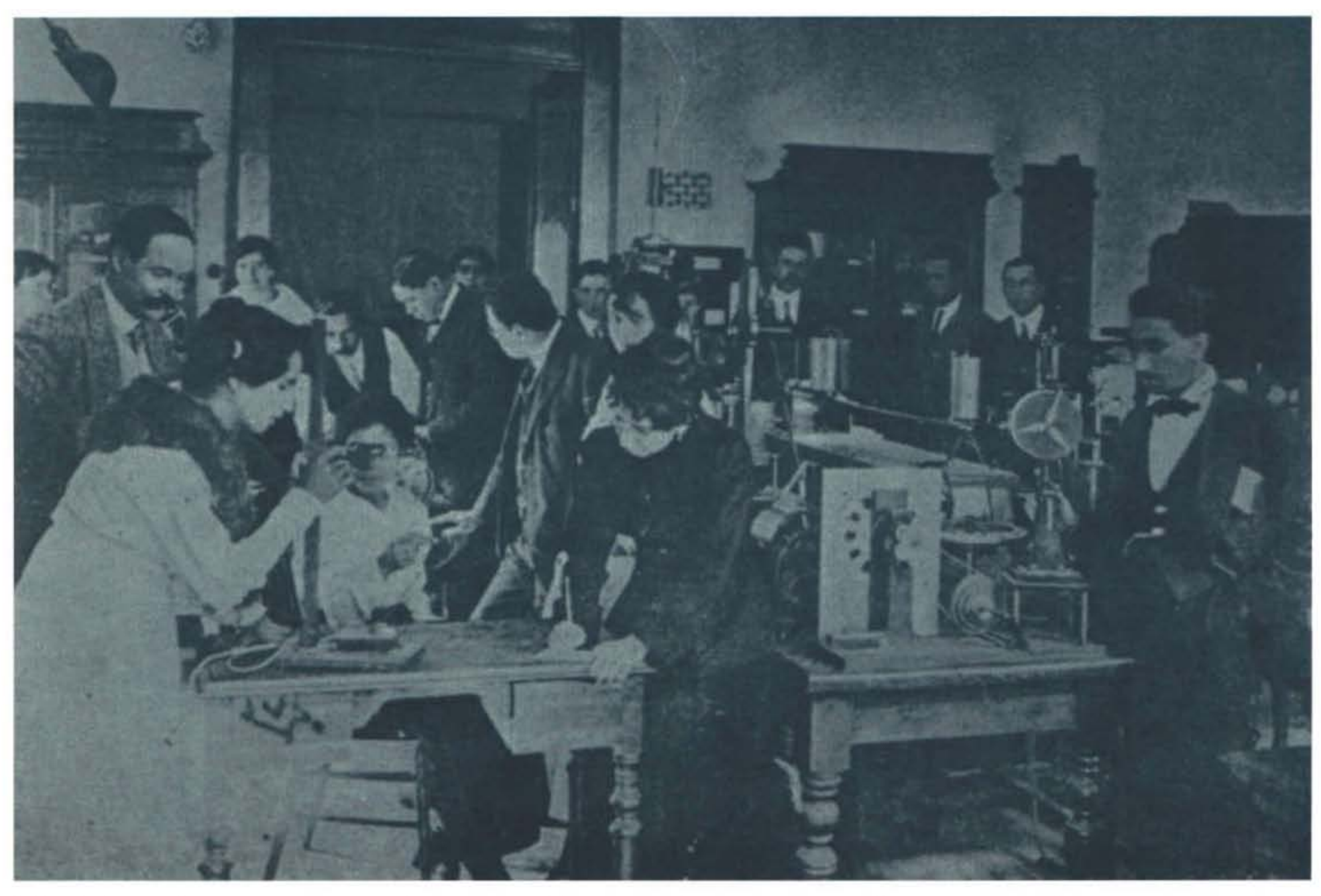
gran mayoría de los departamentos, modificando nombres de ciertas asignaturas, incorporando, desapareciendo, y reubicando otras, innovando la especialidad de Arte Dramático y el doctorado en Filosofía especializado en Psicología, etcétera.

En 1951, en sesión de Consejo Técnico de la Facultad celebrada el 29 de junio, se planteó la necesidad de revisar y armonizar los planes y programas de estudio de la Facultad; en otra sesión, en la del 26 de noviembre, se llegó a un conjunto de acuerdos de carácter general para normar la elaboración de los nuevos ordenamientos académicos. En ella se puntualizó la necesidad de generar planes de estudio más flexibles, en los que se señalara el número total de materias, que deberían ser alrededor de veintiuna por especialidad; que dichas materias deberían estar organizadas en obligatorias y optativas y no por número de años, con el propósito de resolver el problema de los alumnos irregulares; que el alumno quedara obligado a cursar dieciséis horas semanales de clases; que se establecieran, en cada especialidad, "seminarios obligatorios"; que se concedieran mayores facilidades para obtener el grado de maestría y se interpusieran mayores dificultades para obtener el de doctorado. Por último, se acordo que el grado de doctor que otorgaría la Facultad sería de dos categorías: doctor en Filosofía para los filósofos y para las diversas especialidades que se ofrecieran en la Facultad y doctor en Letras, para aquéllas que dependieran del departamento correspondiente.

Salvo en el caso de los departamentos de Psicología y de Historia, no encontramos en las actas de Consejo Técnico ninguna evidencia de aprobación a reformas de algún Plan de estudios en estas fechas; sin embargo, al analizar los ordenamientos académicos operados durante esos años, se observa, en todos los casos, que existen cambios coincidentes con las normas generales acordadas y que enumeramos en el párrafo anterior.

Supongo que, debido a que los cambios en la gran mayoría de las disciplinas no fueron significativos sino que se limitaron más bien a incorporar y reubicar ciertas asignaturas, organizándolas en una nueva estructura, no aparecen evidencias más detalladas al respecto.

En el caso concreto del área de Psicología sí encontramos una propuesta mucho más radical; ésta parece deberse, en gran medida, al proyecto de Plan de estudios que presentara el doctor Guillermo Dávila en su calidad de jefe del Departamento correspondiente.[38] Dicho proyecto pretendía que el alumno, al terminar los estudios para optar por el grado de maestría, estuviera lo suficientemente formado para ejercer en cualquier campo de la psicología e, inclusive, se le brindaban opciones pedagógicas que le permitieran dedicarse a la enseñanza de la disciplina en los diferentes grados y ciclos de las escuelas secundarias y universitarias; por lo que tocaba al doctorado se con-



Laboratorio de psicología en la Escuela de Altos Estudios, 1918.

templaba, en primera instancia, la especialización del estudiante en cuatro campos de acción de la psicología: el clínico, el forense, el psicotécnico y el psicopedagógico.

En diciembre de 1952, en el Departamento de Historia, se creó la carrera de Archivista Paleógrafo para aquellos alumnos que, habiendo obtenido el grado de maestría en Historia, desearan perfeccionarse.

El precepto académico correspondiente implicaba la aprobación de seis asignaturas, orientadas principalmente a la conservación, organización y catalogación de documentos, archivos históricos, libros y manuscritos.[39]

Al año siguiente se abrió un diplomado en la especialización de Biblioteconomía, destinado a aquellos alumnos que, habiendo obtenido el grado de maestría en cualquiera de las especialidades que confería la Facultad, desearan cursarlo. Éste comprendía siete asignaturas.

En 1955, siendo director de nuestra dependencia Salvador Azuela, se modificó radicalmente la estructura académica de la Facultad, y con ella los planes de estudio de todas y cada una de las disciplinas que allí

se estudiaban; se elaboró concomitantemente un reglamento que dio bases legales a la nueva organización. Todo ello, según documentos de la época, fue aplicado en forma provisional para conocer su efectividad, y elevado con posterioridad a la consideracion del Consejo Universitario, por el que fue aprobado el 25 de julio de 1956.

A partir de entonces, la Facultad de Filosofía y Letras quedó constituida por ocho colegios: Filosofía, Letras Clásicas y Modernas, Historia, Pedagogía, Psicología, Antropología, Geografía, y Biblioteconomía y Archivonomía; en ellos se otorgaban los grados de maestro y doctor. Las materias que conformaban los planes de estudio de cada especialidad no fueron organizadas en semestres lectivos, sino en series o grupos de asignaturas, con el propósito de que el alumno pudiera cursarlas conforme a sus posibilidades y evitar así a los alumnos irregulares.

Los planes de estudio correspondientes al nivel de maestría incluían la posibilidad de cursar como máximo seis materias por semestre, dentro del siguiente tipo de asignaturas:

I. Materias obligatorias generales
II. Materias obligatorias monográficas
III. Materias pedagógicas
IV. Materias optativas
V. Seminarios

Por lo que toca a los planes de estudio del doctorado, éstos abarcaban cuando menos doce créditos que deberían ser cubiertos en un mínimo de cuatro semestres; estaban esencialmente conformados por orientaciones de especialización en cada rama del saber, y el grupo de asignaturas a cursar era definido con el concurso de un asesor académico y sancionado por escrito por el director de la Facultad y por el Consejo Técnico de la misma.

Para efectos de ingreso a la maestría, todo alumno debería someterse a una prueba de traducción al castellano de una lengua y, para el caso del doctorado, el candidato debía aprobar la traducción de una lengua distinta a la que le había permitido el ingreso a la maestría.

La promoción de cada crédito semestral era obtenida mediante la elaboración de los trabajos teóricos y de aplicación elegidos por el catedrático; la asiduidad a los cursos por parte de los alumnos constituía un elemento de juicio para su promoción; al haber obtenido por lo menos treinta créditos de la maestría, esto es, el 80%, el alumno estaba en condiciones de demostrar su capacidad académica a través de un examen general de estudios; al ser aprobado, se obtenía a cambio el "certificado de capacitación", requisito indispensable, entre otros, para tener derecho a solicitar, ante la dirección de la Facultad, el examen de grado de la maestría correspondiente.

Cuando el alumno así lo hacía, era porque había concluido la elabc ración de una tesis que demostraba con claridad el manejo de una in formación amplia y suficiente sobre el tema tratado, hasta alcanza proporciones de un trabajo de investigación; cubierto ese requisito, e director de la Facultad proponía un tribunal de examen formado por cinco sinodales propietarios y tres suplentes, pudiendo el sustentante recusar, sin comprobación de causa, hasta dos miembros del jurado.

Los planes de estudio innovados en 1956 operaron hasta 1960; durante ese periodo aparecieron algunas propuestas, básicamente de los colegios de Historia y Biblioteconomía. En el primer caso, se pretendía esencialmente eliminar las materias optativas consignadas en el ordenamiento académico vigente en esa época e introducir algunos cambios orientados de modo fundamental hacia acciones más de forma que de fondo; solicitaba, por ejemplo, autorización para que el alumno pudiera ingresar de manera repetida en cursos monográficos y para que tuviera como obligatorio asistir y aprobar cierto número de seminarios. En lo concerniente al Colegio de Biblioteconomía, éste, a través de su consejera propietaria, la doctora Alicia Perales de Mercado, elevó al H. Consejo Técnico de la Facultad una propuesta fundamentada de creación del doctorado en esa especialidad que, infortunadamente, no encontraría respuesta positiva sino hasta varios años después.[40]

El doctor Francisco Larroyo, quien fuera director de la Facultad durante dos periodos, de 1958 a 1966, coprotagonizó, en 1959, el refrendo del Convenio de colaboración que existía entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la UNAM. En él se sentaban las bases para la coordinación de las actividades de la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el campo de las Ciencias Antropológicas e Históricas; la idea central del convenio era aprovechar al máximo los recursos humanos, técnicos y económicos en beneficio de la colectividad interesada. Dicho contrato fue suspendido en 1969, cuando el rector de la Universidad era el ingeniero Javier Barros Sierra.

Sería también el doctor Francisco Larroyo quien impulsaría, en 1960, la reapertura del nivel de licenciatura en todas las disciplinas que se impartían en la Facultad; de entonces a la fecha, nuestra dependencia otorga los títulos profesionales y los grados académicos de maestro y doctor en casi todas las especialidades que en ella se ofrecen.

Los planes de estudio que dieron vida académica a la Facultad en 1960 correspondían a catorce carreras comprendidas dentro de ocho colegios. Su estructura general consistía en un núcleo básico de asignaturas fundamentales denominadas materias obligatorias; como complemento, cada periodo lectivo el estudiante podía optar libremente por el conjunto de asignaturas que mejor se adaptaran a su particular inte-

rés académico y que mejor convinieran a las preferencias personales de su vocación.

Conforme con el Reglamento del plantel, todas las asignaturas, no sólo las optativas, sino también las obligatorias, podían cursarse indistintamente en cualquier orden, excepto cuando se tratara de materias seriadas entre sí, las cuales deberían ser acreditadas conforme a su correspondiente jerarquía lógica. Sin embargo, las carreras literarias se apartaban de tal sistema, pues en ellas las materias obligatorias se encontraban clasificadas de acuerdo con un orden fijo e inquebrantable, en secciones anuales, divididas, a su vez, en semestres.

En otro sentido, las disciplinas que se impartían en la Facultad podían clasificarse, según la índole de su propósito y método, en culturales y técnicas, por una parte, y en teóricas, prácticas y teórico-prácticas por la otra. Tanto unas como otras eran combinadas, con sus peculiares características, en el proceso de la actividad docente del plantel. No obstante, salta a la vista que la índole de cada carrera determinaba el grado en que uno u otro tipo de asignaturas prevalecía en cada especialidad. Así, Letras y Filosofía eran, sobre todo, propicias a las materias culturales y teóricas, en tanto que las técnicas y prácticas más bien predominaban en profesiones como las de Biblioteconomía y Antropología, mientras otras, como es el caso de Geografía, Historia y Pedagogía, vinculaban más o menos proporcionalmente todos los tipos de asignaturas ennumeradas.[41]

Los estudios que ofrecía la Facultad comprendían distinto número de años, según el nivel académico de que se tratara; el primer nivel, el de licenciatura, que habilitaba para el ejercicio de la profesión, se cursaba íntegramente, según la disciplina, en tres o cuatro años; el segundo nivel, el de maestría, capacitaba para la enseñanza de la especialidad, era opcional e implicaba un año más; por último, el tercer nivel o doctorado se cursaba en otros dos años que bien podían cubrirse inmediatamente después de concluir el nivel profesional y sin necesidad de haber cubierto los estudios de maestría.

La configuración académica que prevaleció en los planes de 1960 estuvo vigente hasta 1966, año en el que, ya siendo director de la Facultad el doctor Leopoldo Zea, se volvieron a reestructurar los planes de estudio de todas las carreras de nuestra dependencia; las "Normas Generales" que le dieron marco legal a la nueva estructura, señalaban lo siguiente:

> 1. Cada crédito significa un curso semestral.
> 2. Son requisitos para optar al título de licenciado:
> a) Haber cursado el número de créditos señalados en el plan de estudios de cada carrera en el orden y distribución que la Dirección de la Facultad determine, con la aprobación del Consejo Técnico.

b) Después de aprobados los créditos señalados en cada carrera, el alumno deberá presentar un examen profesional que cumpla con los requisitos requeridos por los respectivos Colegios, previa aprobación del Consejo Técnico.

c) Deberá asimismo demostrar durante sus estudios capacidad para traducir un lengua extranjera moderna, adecuada a su especialidad. Antes de optar al título de licenciado, deberá demostrar capacidad para traducir otra lengua moderna.

3. Para optar al grado de maestro, son necesarios los siguientes requisitos:

a) Poseer el título de licenciado.

b) Cursar un mínimo de dos créditos de seminario de preparación de tesis.

c) Presentar una tesis de grado por escrito y sustentar el examen correspondiente.

4. Para inscribirse en los cursos del Doctorado, será necesario poseer el título de licenciado, haber cursado los seminarios del inciso b) del artículo anterior y seguir las normas de cada Colegio en la ordenación de los cursos.

5. Para optar al grado de doctor será necesario:

a) Poseer el grado de maestro.

b) Cursar 12 créditos monográficos al nivel del doctorado.

c) Presentar un tesis de investigación que tenga un alto nivel académico.

d) Sustentar el examen de grado correspondiente.

6. La Dirección de la Facultad determinará, con la aprobación del Consejo Técnico, el orden en que deben ser cursadas las asignaturas de cada Colegio.

7. El cuadro de asignaturas optativas será abierto y lo establecerá el Director de la Facultad antes de cada semestre.

8. Se podrá obtener un número indeterminado de créditos en los seminarios y cursos monográficos optativos, siempre y cuando los temas respectivos sean diferentes en cada uno de ellos [...][42]

Como puede observarse, las reglas del juego eran nuevas; ya no podía obtenerse el doctorado sin poseer el grado de maestría y éste, a su vez, requería título de licenciatura. En lo concerniente a la traducción de una lengua moderna, ésta pasó de ser requisito de ingreso a la obligatoriedad de cubrirse durante los estudios, añadiendo la traducción de otra lengua distinta, como requisito de egreso. Esta decisión ha ocasionado, a lo largo de los años, que la traducción de una o dos lenguas modernas, según la disciplina de que se trate, sea, en el mejor de los casos, un requisito de egreso, y en el peor, un obstáculo para que el estudiante adquiera el título correspondiente; es decir, ha perdido paulatinamente la finalidad formativa que tenía dicho requisito cuando fue instaurado: la posibilidad de que el estudiante contara de entrada con una herramienta que le permitiera allegarse información más variada y novedosa en torno a la disciplina de su interés.

Para esa época, la Facultad de Filosofía y Letras estaba constituida por ocho colegios y tres centros de estudio; en lo que atañe a los colegios, éstos por vez primera estarían a cargo de un coordinador designado por el rector de la Universidad, con el propósito de cumplir con las funciones administrativas y técnicas propias de cada disciplina, tarea que hasta entonces habían realizado los consejeros técnicos correspondientes. Los profesores nombrados por primera ocasión para tal cargo, fueron: Luis Villoro, Santiago Ramírez, Rubén Bonifaz Nuño, Alfonso García Ruiz, Agustín Lemus Talavera, Genaro Correa Pérez y Gloria Escamilla González, quienes se encargarían de los colegios de Filosofía, Psicología, Literatura, Historia, Pedagogía, Geografía y Biblioteconomía, respectivamente.[43]

En lo que concierne a los centros de estudios, éstos correspondieron

> [...] a otras tantas regiones culturales: la América Latina, el mundo angloamericano y los países orientales. Tales órganos [estaban destinados a elaborar y publicar] trabajos de investigación, [a estimular] la preparación de expertos y [a organizar] cursos generales para que los estudiantes [tuvieran] acceso a la información mínima [requerida] sobre la vida contemporánea y sus raíces en el tiempo. Los centros [debían trabajar] profundamente en las disciplinas humanísticas, sin perjuicio de coordinarse con otras entidades universitarias en que se cultivaran capítulos del saber relativo a las tres zonas ya citadas.[44]

A lo largo de los años, dichos centros sufrieron modificaciones; del funcionamiento del Centro de Estudios Angloamericanos tenemos pocas evidencias, hasta que fue cerrado en 1973. El Centro de Estudios Orientales operó hasta 1973, ofreciendo los estudios de licenciatura y posgrado y, a partir de entonces, se convirtió en Centro de Estudios Afroasiáticos, mismo que fue suprimido en 1975, absorbiendo el Colegio de Historia los estudios correspondientes.

En cuanto al Centro de Estudios Latinoamericanos, éste coordinó desde 1966 los estudios de licenciatura, maestría y doctorado; en 1977 se creó, por acuerdo del Consejo Técnico, el Colegio de Estudios Latinoamericanos, destinandose el Centro, preponderantemente, a actividades de investigación y difusión, con la tarea adicional de coordinar los estudios de maestría y doctorado. En la actualidad, el Centro, incluso ya bajo el nombre de Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, ha ampliado sus programas y es promotor de innumerables actividades académicas.

En lo que concierne a los planes de estudio de la licenciatura, éstos no eran, en lo formal, del todo uniformes; sus créditos fluctuaban, en las distintas disciplinas, entre cuarenta y ocho y setenta. Su estructura interna se caracterizaba por la inclusión de dos tipos de asignaturas: las obligatorias y las optativas. En el grupo de las primeras fueron in-

cluidos los conocimientos básicos, es decir, aquellos considerados como indispensables para cada carrera; las segundas fueron agrupadas de manera tal que se lograra la orientación de la enseñanza por áreas determinadas. Asimismo, se incorporaron como obligatorias las asignaturas pedagógicas que anteriormente se ofrecían en el grado de maestría, originando en dicho nivel una disminución de créditos con la finalidad de que la orientación tomada en la licenciatura adquiriera una mayor concentración y especialización en el posgrado, a través de dos créditos de seminario en el caso de la maestría, y de doce créditos monográficos en el de doctorado.

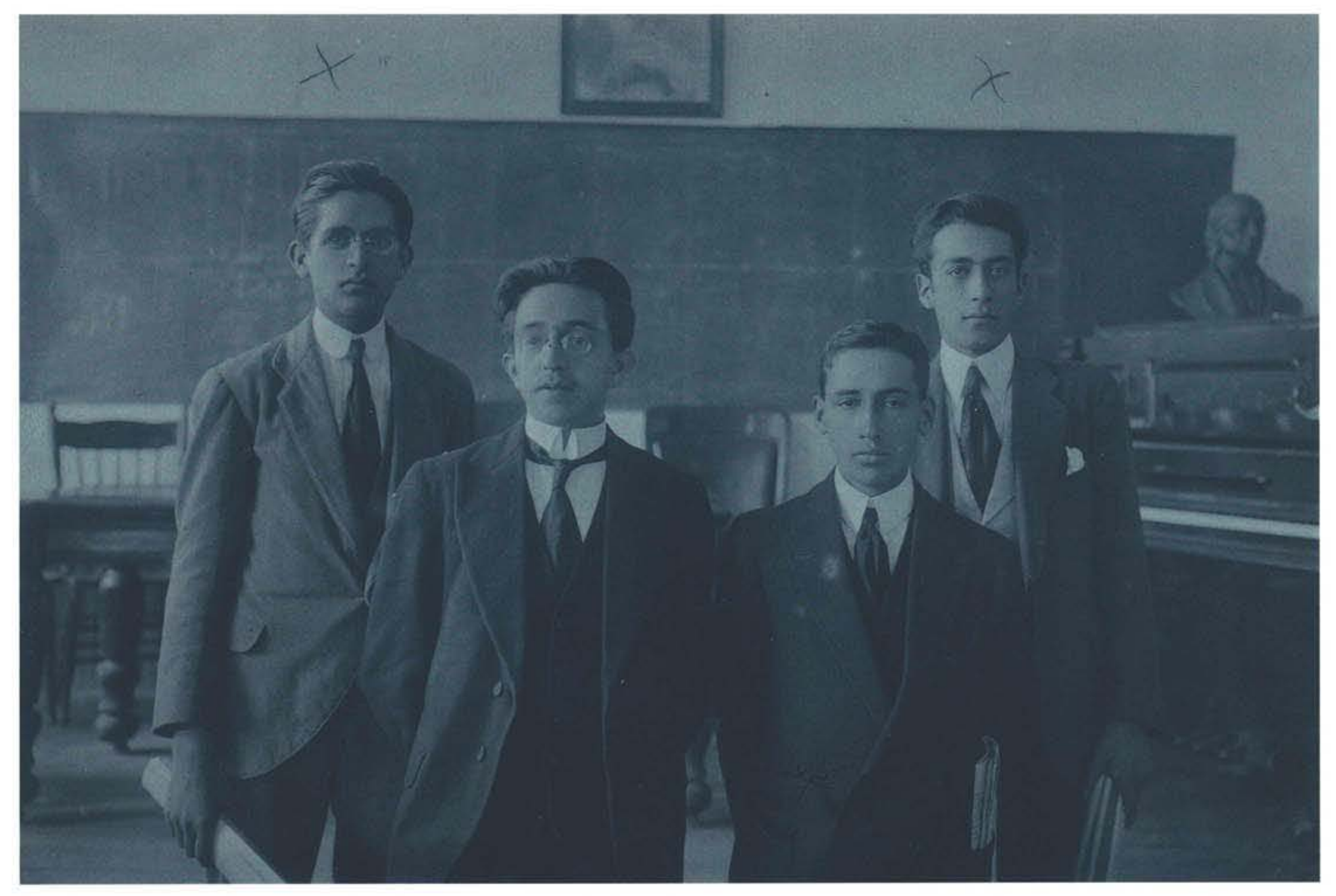
Podríamos afirmar que las innovaciones académicas emprendidas en 1966 operaron sin cambios hasta 1970, salvo por la aparición de dos reglamentos generales que propiciaron modificaciones que, para efectos del presente trabajo, cobran importancia.

El 30 de noviembre de 1966, el Consejo Universitario aprobó el Reglamento General de Exámenes para 1967, cuyo segundo capítulo está destinado a los "Exámenes Profesionales y de Grado"; de los quince artículos que norman, en lo general, la realización de estos exámenes, el veintidós abrió una posibilidad, hasta entonces no practicada:

> El trabajo escrito podrá ser una tesis o, previa autorización del Consejo Técnico para cada carrera, un trabajo elaborado en un seminario, laboratorio o taller que forme parte del plan de estudios de la carrera, o un informe satisfactorio sobre el servicio social, si éste se realiza después de que el alumno haya sido aprobado en todas las asignaturas de la carrera correspondiente y si implica la práctica profesional.[45]

Al respecto, el Consejo Técnico de nuestra dependencia, aprobaba, cinco meses después, el siguiente *Instructivo*:

> 1. Para optar al título de Licenciado, los alumnos de la Facultad sustentarán un examen profesional que consistirá en la presentación de dos pruebas, una oral y una escrita, practicadas ambas por un jurado compuesto por tres sinodales propietarios y dos sinodales suplentes designados por la Dirección del plantel.
>
> 2. La prueba escrita será un trabajo elaborado por el sustentante en un seminario o laboratorio, bajo la supervisión de un catedrático de la especialidad, con el visto bueno del Coordinador de su Colegio y sobre un tema que el examinado elija. El plazo para entregar dicho trabajo será no menor de quince días y no mayor de treinta, a partir de la fecha de su elección.
>
> 3. La prueba oral explorará los conocimientos generales del examinado sobre su carrera, así como su criterio y su capacidad para aplicarlos, con base en el desarrollo de un tema seleccionado por él de tres que sorteará en su presencia el jurado respectivo, dándole veinticuatro horas para su preparación. Cada Colegio, publicará con la anticipación debida el temario correspondiente.



Los alumnos universitarios Teófilo Olea, Alfonso Caso, Octavio Medellín Ostos y Vicente Lombardo Toledano, quienes conformaban la comisión encargada del *Boletín-Revista técnica universitaria*, 1917.

4. Verificadas ambas pruebas, y tomando en consideración los resultados de una y otra, el jurado emitirá su dictamen definitivo, enunciándolo de una de las tres maneras siguientes: Aprobado por unanimidad, Aprobado, Reprobado.

5. Para optar el grado de Maestro será necesario presentar una tesis por escrito y sustentar su réplica ante un jurado compuesto por tres sinodales propietarios y dos suplentes.

Transitorios

1. Todo alumno que haya realizado sus estudios conforme al plan anterior al vigente, tendrá derecho a optar al título de licenciado en los términos de las disposiciones 1, 2 y 3 de este Instructivo; en cuyo caso, deberá atenerse a la disposición 5 del mismo para obtener la maestría.

2. Es potestativo para quienes a la fecha hayan obtenido su licenciatura mediante examen profesional con tesis, el optar a la maestría conforme al mismo sistema o el hacerlo conforme a las disposiciones 1, 2 y 3 de este Instructivo.[46]

A partir de ese momento surge la concepción de "tesina", que veremos repetidamente en los titulados de las diferentes licenciaturas, así como en algunos graduados de maestría, sobre todo en años inmediatos posteriores a la fecha de aprobación del *Instructivo* anterior.

Un segundo reglamento modificaría después la estructura de nuestra dependencia; hablamos del Reglamento General de Estudios Superiores, aprobado en Sesión de Consejo Universitario el 18 de mayo de 1967, que propiciaría, un año después, la creación, en nuestra Facultad, de la División de Estudios Superiores con el objeto de coordinar académica y administrativamente las distintas áreas en los niveles de maestría y doctorado.

A partir de entonces se han organizado separadamente los estudios profesionales y de grado. Sin embargo, habrían de pasar cinco años para que se elaboraran y aprobaran en Consejo de Estudios Superiores, las Normas Complementarias de la Facultad al Reglamento General aprobado en 1967.

De entonces a la fecha se han expedido dos reglamentos más destinados a regular la vida académica de los posgrados, en 1979 y en 1986. En ellos se incluyen planteamientos de interés cuyo comentario dejaremos, sin embargo, para ocasión más específica.

En ambas circunstancias, nuestra dependencia aprobó, en su oportunidad, las Normas Complementarias que dieron vida a lo que hoy es la División de Estudios de Posgrado. Las últimas, las aprobadas por Consejo Técnico en sesión del día 27 de enero de 1989 señalan, entre otras cosas, que

> [...] los planes de estudios del doctorado se organizarán en forma individualizada, sin créditos, a partir de dos documentos denominados "proyecto de investigación y plan de trabajo", los cuales deberán ubicarse en las líneas de investigación aprobadas por el Consejo Interno y contarán asimismo con la aprobación del comité tutoral [...][47]

Esas nuevas disposiciones propiciaron un giro de ciento ochenta grados en la concepción de doctorado que había prevalecido en nuestra Facultad, desde su creación hasta los albores de la década de los años noventas. Ello traería como consecuencia la necesidad de una revisión y replanteamiento profundos de los estudios doctorales que en la actualidad se ofrecen en la Facultad. Dicha tarea se consolidó en la presente administración de la doctora Juliana González V., y culminó con la aprobación de los planes de estudio correspondientes a las distintas disciplinas, el 18 de septiembre de 1991.

Antes de proceder a presentar una apretada síntesis de los acuerdos tomados sobre el tema de nuestro interés durante las dos últimas décadas, es menester señalar tres acontecimientos que transformaron la

estructura y la vida académica de nuestra dependencia; todos ellos se dieron cita durante la gestión del doctor Ricardo Guerra Tejada al frente de la Facultad. Primero, la instauracion del Sistema Abierto de Enseñanza en la UNAM como un sistema de libre opción cuya finalidad principal es extender la educación media superior y superior a un mayor número de personas asegurando un alto nivel en la calidad de la enseñanza.[48] De su Estatuto se derivaría la creación de la División del Sistema Universidad Abierta en el Facultad, el 17 de marzo de 1972, dentro de la cual se han ofrecido las licenciaturas en Filosofía, Geografía, Historia, Lengua y Literaturas Hispánicas, Lengua y Literaturas Modernas (Inglesas) y Pedagogía.

Segundo, en septiembre de 1972, el Colegio de Psicología, con presencia en nuestra Facultad desde 1939 como Sección denominada Ciencias Psicológicas, iniciaba de manera formal los trámites correspondientes para separarse de quien la viera nacer, propósito que alcanzó finalmente en abril de 1973.

Por último, para cumplir con lo prometido en este apartado, es preciso recordar que el 11 de septiembre de 1973 se crearon, al amparo de la entonees División de Estudios Superiores, varios centros de investigación que propiciarían el desarrollo, por especialidad, de planes conjuntos e individuales de investigación; así surgieron los centros de investigaciones Afroasiáticas, de Bibliotecología y Archivología, Latinoamericanas, de Filosofía de la Ciencia y del Lenguaje, de Filosofía e Historia Sociales, Geográficas, Históricas, de Letras Hispánicas y Clásicas, de Letras Modernas y Arte Dramático y Pedagógicas. En ese mismo año fueron nombrados directores de dichos centros los profesores Thiago Cintra, Alicia Perales, Leopoldo Zea, Eli de Gortari, Ricardo Guerra, Jorge A. Vivó, Alfonso García Ruiz, Luis Rius, Óscar Zorrilla y Enrique Moreno y de los Arcos, respectivamente.

Al mismo tiempo se cerró el Centro de Estudios Orientales y el Centro de Estudios Angloamericanos se convirtió en sección interdisciplinaria de varios de los centros recién creados. Posteriormente, se reestructuraron los Centros de Investigación de Filosofía de la Ciencia y el Lenguaje y de Filosofía e Historia Sociales, fusionándose en un solo Centro de Investigaciones Filosóficas con diferentes secciones: Filosofía de la Ciencia y el Lenguaje, Filosofía e Historia Sociales, Ontología, Ética y Filosofía de la Educación, Filosofía y Literatura y Estética.[49] Los propósitos que dieron vida a estos centros habrían de truncarse cinco años después cuando el doctor Abelardo Villegas, al quedar al frente como director de la Facultad, acordó su cierre definitivo.

De ese año (1973) a la fecha, es posible afirmar que la estructura académica de la Facultad no ha vivido grandes transformaciones sino que se ha optado, según mi entender, por la búsqueda de la consolidación de un alto nivel de enseñanza de las humanidades, a la luz de las

investigaciones realizadas tanto en el seno de nuestra dependencia como en institutos especializados.

En tal sentido, es posible, para efectos de esta apretada síntesis, describir, a partir de ese momento y por periodos administrativos, las decisiones y acuerdos que en relación con el tema que nos ocupa se han tomado.

De 1970 a febrero de 1978, periodo durante el cual estuvo al frente de nuestra Facultad el doctor Ricardo Guerra Tejada, se aprobaron, adicionales a los acuerdos anteriormente señalados, los siguientes:

a) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Geografía.

b) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Psicología.

c) Reforma a los planes y programas de estudio de las licenciaturas en Lengua y Literatura Modernas y en Lengua y Literaturas Hispánicas.

d) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro.

e) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Letras Clásicas.

f) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Historia.

g) Creación del plan y programas de estudio de la maestria en Enseñanza Superior.

h) Creación de los planes y programas de estudio de la maestría en Archivología con especialidad en Archivos Históricos.

i) Reforma a los planes y programas de estudio de las licenciaturas en Letras Modernas.

j) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro.

k) Supresión del Centro de Estudios Afroasiáticos y del grado de maestría correspondiente.

l) Supresión de la licenciatura en Archivología que se ofrecía en el Coleglo de Bibliotecología y Archivología.

m) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos.

n) Suspensión de los planes de estudio correspondientes a la maestría y al doctorado en Antropología.

En febrero de 1978 tomó posesión como director de la Facultad el doctor Abelardo Villegas, quien permanecería en ese cargo hasta febrero de 1982. Dicha administración se preocupó, más que por propiciar el diseño de nuevos planes de estudio, por revisar y adecuar los ya

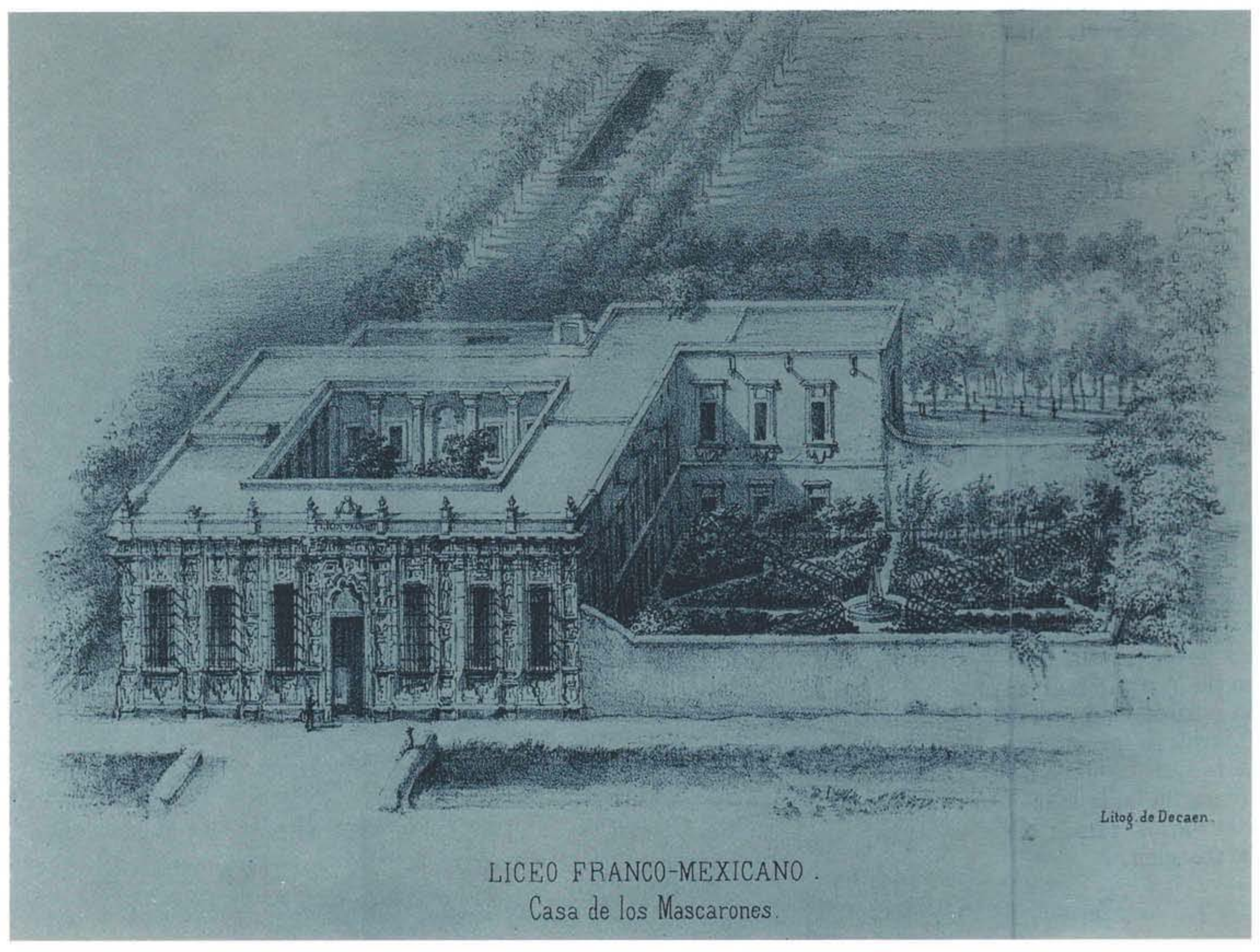
existentes. Durante su gestión se aprobaron en Consejo Técnico acuerdos que modificaron la vida académica de nuestra dependencia. Entre los principales destacan:

a) Dar el nombre de Departamento a las especialidades que se cursaban en la División de Estudios de Posgrado;
b) Gestionar la aprobación de los planes y programas de estudio de las carreras que se habían venido impartiendo en el SUA;
c) Rectificar la denominación de las licenciaturas en Letras Hispánicas y Letras Inglesas que se ofrecían bajo el SUA por las de Lengua y Literaturas Hispánicas y Lengua y Literatura Modernas (Inglesas);
d) Creación de los planes y programas de estudio de la especialización en Literaturas Maya y Náhuatl;
e) Reforma al área de Literatura Mexicana correspondiente al Plan de estudios de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas;
f) Suspensión del Plan de estudios correspondiente a la maestría en Archivología con especialidad en Archivos Históricos;
g) Reforma a los planes y programas de estudio de la licenciatura en Filosofía;
h) Creación del Departamento de comprensión de lectura en inglés y francés;
i) La apertura del turno matutino en los colegios de Bibliotecología, Estudios Latinoamericanos, Filosofía, y Literatura Dramática y Teatro.

En el periodo compendido entre marzo de 1982 y febrero de 1986, bajo la dirección del doctor José Guadalupe Moreno de Alba, se aprobaron en Consejo Universitario las reformas a los planes y programas de estudio de las licenciaturas en Lengua y Literaturas Hispánicas y en Literatura Dramática y Teatro.

Asimismo, al amparo de la División de Estudios de Posgrado se elaboraron los preceptos académicos correspondientes a la maestría y el doctorado en Literatura Comparada, mismos que fueron aprobados por Consejo Universitario hasta el 29 de mayo de 1989, todavía durante la gestión del maestro Arturo Azuela, quien fuera director de la Facultad entre marzo de 1986 y febrero de 1990. En esa administración, y en lo que a nuestro tema se refiere, hay poco que comentar. El 25 de julio de 1986, por acuerdo de Consejo Técnico, se abrió el doctorado en Antropología para dar opción de egreso a los estudiantes que habían quedado rezagados al momento de su suspensión, en 1978.

Por último, resta hacer alusión al conjunto de acuerdos tomados de 1990 a la fecha, periodo que corresponde a la gestión de la doctora



Casa de campo de los Condes de Santiago de Calimaya; notable obra barroca del siglo XVIII, conocida como "Mascarones" debido a los elementos ornamentales que aparecen en su fachada. Litografía de Decaén, 1873.

Juliana González Valenzuela. Muchos de tales acuerdos son conclusión natural de la amplia gama de programas universitarios creados en estos últimos años y que, para el caso de nuestra Facultad, se han afinado, las más de las veces, en el seno de nuestro Consejo Técnico. Asimismo, incorporo muy sintéticamente ciertas apreciaciones sobre algunas de las principales actividades de carácter académico, emprendidas por la actual administración y que, desde luego, no se desligan de nuestro tema central. Tales acuerdos son los siguientes:

I. 1) Elaboración, discusión y análisis del Proyecto de creación de la maestría y doctorado en Estudios Mesoamericanos, cuyos planes de estudio fueron aprobados en Consejo Universitario el 11 de marzo de 1993.[50]

I. 2) Elaboración, análisis y discusión del Proyecto de creación de la maestría y doctorado en Filosofía de la Ciencia, cuyos planes de estudio fueron aprobados en Consejo Universitario el 11 de marzo de 1993.

II. 1) Análisis y revisión del Proyecto de reforma a los planes de estudio de los siguientes doctorados, que finalmente se aprobaron en Consejo Universitario el 18 de septiembre de 1991: Antropología, Estudios Latinoamericanos, Filosofía, Geografía, Historia del Arte, Historia, Letras Clásicas, Lingüística Hispánica, Literatura (Española, Iberoamericana, Mexicana) y Pedagogía.

II. 2) Elaboración, análisis y discusión del Proyecto de Reglamento Interno de la Facultad de Filosofía y Letras para la presentación de Exámenes Profesionales, que finalmente fue aprobado por Consejo Técnico el 12 de febrero de 1993.

II. 3) Elaboración, análisis y discusión del Proyecto de creación de la maestría en Antropología, cuyo Plan de estudios fue aprobado en el seno del Consejo Interno de Estudios de Posgrado el 10 de diciembre de 1993.

Los puntos antes descritos corresponden a aquellos proyectos académicos básicamente referidos a los planes y programas de estudio que han culminado con el acuerdo de aprobación en Consejo Universitario. Sin embargo, hay muchas otras acciones que están en proceso y que sin duda han requerido de un gran esfuerzo colectivo; ejemplo de ello lo constituye el grupo de actividades emanadas del Encuentro de la Facultad de Filosofía y Letras, llevado a cabo entre el 13 y el 24 de enero de 1992, y que comprendió la realización de diez coloquios, uno por cada colegio, y que condujo, en todos los casos, a una reflexión crítica de las distintas disciplinas.[51] Ello sirvió, sin duda, como punto de partida para que el grueso de los profesores de cada Colegio se interesara en la revisión analítica de los planes y programas de estudio correspondientes tanto a las trece carreras de Estudios Profesionales como a las distintas maestrías de la División de Estudios de Posgrado y a las seis licenciaturas que se ofrecen a través del SUAFYL.

El grado de avance, en cada caso, ha dependido de la organización interna de los miembros de cada disciplina y va desde aquellos que se encuentran en el proceso de elaboración de una propuesta concreta de Plan de estudios, hasta los que han concluido la labor encomendada.

Sin embargo, la importancia del impacto de los coloquios no radica, en mi sentir, sólo en la concreción de nuevos planes de estudio que guíen una nueva etapa académica de nuestra Facultad, sino también en el hecho de que abrieron la brecha para una comunicación académica entre el profesorado de cada disciplina, que hace muchos años estaba dañada. Dicha comunicación no necesariamente significó "acuer-

do" sino exposición y discusión sobre temas y problemas que, en la gran mayoría de las ocasiones, abordamos los profesores de manera aislada y no precisamente en beneficio de la colectividad de la que formamos parte. El material que constituye las ponencias y las conferencias, así lo demuestra. Queda ahí, pues, un camino de terracería que hay que asfaltar de manera conjunta.

Para concluir con estos comentarios sólo añadiré que se encuentran en proceso de elaboración o revisión los planes y programas de estudio correspondientes a las maestrías en Antropología, Literatura Dramática y Bibliotecología. Por otro lado, y en relación con el Reglamento Interno de la Facultad de Filosofía y Letras para la presentación de Exámenes Profesionales, al que hemos hecho referencia en párrafos anteriores, es menester señalar que en él se contempla la elaboración de un Informe académico como tercera modalidad para optar por el título de licenciado en cualquiera de las carreras que ofrece nuestra Facultad. Ello condujo a la conformación de comisiones que habrían de abocarse a la propuesta de las características específicas que deben reunir las distintas opciones de titulación. Tales comisiones están por concluir la labor encomendada y, sin duda, el inicio de las repercusiones de los acuerdos que al respecto se tomen en el seno del Consejo Técnico, las presenciaremos a más tardar en un año.

Nuestra actual Facultad de Filosofía y Letras ofrece, hoy, un abanico aún más amplio de posibilidades académicas. Está conformada por las divisiones de Estudios Profesionales, de Posgrado y del Sistema Universidad Abierta; en ellas se ofrecen los siguientes estudios:

En la División de Estudios Profesionales se imparten las licenciaturas en:

Bibliotecología
Estudios Latinoamericanos
Filosofía
Geografía
Historia
Lengua y Literaturas Hispánicas
Lengua y Literatura Modernas
- Alemanas
- Francesas
- Inglesas
- Italianas

Letras Clásicas
Literatura Dramática y Teatro
Pedagogía

En la División de Estudios de Posgrado se imparten las siguientes maestrías y doctorados.

Maestrías en:	*Duración aproximada en semestres:*
Bibliotecología	3
Estudios Latinoamericanos	3
a) Filosofía	
b) Historia	
c) Literatura	
Filosofía	3
Historia	3
a) de México	
b) del Arte	
Letras	3
a) Clásicas	
b) Inglesas	
c) Linguística Hispánica	
d) Literatura Española	
e) Literatura Iberoamericana	
f) Literatura Mexicana	
Geografía	2
a) Evaluación y Conservación de Recursos Naturales	
b) Planeación	
Pedagogía	2
Enseñanza Superior	2
Literatura Comparada	4
Estudios Mesoamericanos	4
Filosofía de la Ciencia	5

Doctorados en:

Antropología
Estudios Latinoamericanos
Filosofía
Geografía
Historia del Arte
Historia
Letras Clásicas
Linguística Hispánica

Literatura
Española
Iberoamericana
Mexicana
Pedagogía
Literatura Comparada
Estudios Mesoamericanos
Filosofía de la Ciencia

En la División Sistema Universidad Abierta se imparten las licenciaturas en:

Filosofía
Geografía
Historia
Lengua y Literaturas Hispánicas
Lengua y Literatura Modernas: Inglesas
Pedagogía

En el devenir de la Facultad, y a lo largo de sus setenta años de vida, ha tenido veintidós directores, en el siguiente orden cronológico:

Daniel M. Vélez	1924
Balbino Dávalos	1925-1928
Pedro de Alba	1928-1929
Mariano Silva y Aceves	1929
Antonio Caso	1929-1933
Enrique O. Aragón	1933-1938
Julio Jiménez Rueda	1938
Antonio Caso	1938-1940
Eduardo García Máynez	1940-1942
Julio Jiménez Rueda	1942-1944
Pablo Martínez del Río	1944-1945
Samuel Ramos	1945-1953
Eduardo García Máynez	1953
Julio Jiménez Rueda	1953-1954
Salvador Azuela	1954-1958
Francisco Larroyo	1958-1966
Leopoldo Zea	1966-1970
Ricardo Guerra Tejada	1970-1978
Abelardo Villegas Maldonado	1978-1982
José G. Moreno de Alba	1982-1986
Arturo Azuela Arriaga	1986-1990
Juliana González Valenzuela	1990-1998

En ese mismo lapso, nuestra dependencia ha modificado su estructura y ha creado, enmendado, reformado o rectificado sus criterios académicos, lo que ha dado como resultado formas diversas de organización de los contenidos de las diferentes áreas, con el propósito de brindar las mejores opciones de estudios a aquellas personas interesadas en alguna de las variadas disciplinas que la Facultad ha ofrecido a lo largo de su existencia.

Esas formas diversas de organización de los contenidos han conformado lo que conocemos como "planes de estudio".

> Nuestra noción de plan de estudios tiene su origen en la locución latina *ratio studiorum*. El vocablo *ratio* (cálculo, cuenta, consideración) posee también el sentido de plan [...] *Studium*, por su parte, denotó originalmente empeño, afición, afán, hasta que adquirió, en el latín clásico tardío, el actual significado de estudio.[52]

En el presente, podemos entender por plan de estudios

> [...] al conjunto de contenidos mínimos, organizados sistemáticamente en asignaturas, áreas, módulos, núcleos o grandes temas que guardan entre sí una relación integradora, secuencial y continua que surgen del análisis e interpretación de los objetivos generales que se pretenden alcanzar en un proceso de formación, y que norman las actividades y el tipo de recursos humanos, técnicos y materiales requeridos.[53]

Podríamos afirmar, quizá, que la concepción de plan de estudios que se tenía en las primeras universidades, en los siglos XI y XII, no difiere significativamente de nuestra actual concepción. Hay quien afirma, y creo que con razón que, "[...] en rigor, un plan de estudios contiene tanto como prescribe la técnica empleada para elaborarlo o como establezca la institución educativa para su propio funcionamiento".[54]

Ejemplo de ello son las múltiples aplicaciones que del término se han hecho en nuestra propia dependencia, e incluso en la Universidad toda. Si nos remitimos, en el caso de la Facultad, a los planes de estudio desde 1924 hasta bien entrada la década de los años cincuentas, podemos percibir que el "Plan de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras" era un todo presentado con una visión integradora que guardaba coherencia y homogeneidad; incluía, por lo regular, Disposiciones generales, Disposiciones especiales para cada Sección, listado de asignaturas y un apartado de Artículos transitorios. Fue hacia 1955, en el *Reglamento de la Facultad de Filosofía y Letras*, cuando se empezó a hablar del Plan de estudios de cada especialidad, de "los planes de estudio de maestría" y de "los planes de estudio de doctorado". Sin embargo, se conservaba el apartado de Disposiciones generales, cuyos plantea-



Litografía de la fachada de la Casa de los Mascarones, 1880.

mientos se preservaban y eran asumidos en cada una de las distintas especialidades que se impartían en la Facultad.

Posteriormente, en la reforma académica de 1966, los planes de estudio de cada disciplina fueron elaborados por comisiones independientes que le dieron, en cada caso, características peculiares. En la década de los años ochentas, se agregó al listado tradicional de asignaturas un conjunto de aspectos didácticos (objetivos, contenidos mínimos, secuencia e integración de contenidos, etcétera), que fueron retomados oficialmente para la presentación de los planes de estudio ante Consejo Universitario, aplicables a todas las carreras universitarias.

Con base en lo anterior, bien se puede afirmar que las constantes y periódicas enmiendas a los planes de estudio que ha vivido nuestra Facultad a lo largo de sus setenta años de vida poco han tenido que ver con la concepción del término; han sido, en mi sentir, el reflejo de criterios deontológicos que cada administración de la Facultad ha tenido en relación con los requerimientos académicos del momento. Abundando, puedo señalar, desde mi perspectiva, que en la gran mayoría de las ocasiones nuestros planes de estudio han sido creados o modifica-

dos al margen de una labor heurística específica que, de haberse dado, hubiera permitido una toma de decisiones cuyo fundamento augurara una mayor probabilidad de solución de problemas.

Sea como fuere, han quedado mencionados algunos de los múltiples acuerdos tomados en nuestra Facultad sobre planes y programas de estudio. Su análisis cualitativo, con las limitaciones que el tema conlleva, y la reflexión cualitativa y cuantitativa sobre la titulación y la graduación en los setenta años de vida de nuestra Facultad son, sin duda, temas para comentar en otro espacio. Permítaseme, en esta ocasión, presentar tan sólo una síntesis cuantitativa de los datos globales sobre este último aspecto, que posibilitará, por el modo en que presento la información, satisfacer, si acaso, alguna mente curiosa o, en el peor de los casos, echar a volar la imaginación.

Saber, por ejemplo, con algunos datos aproximados, que la Facultad ha alcanzado a lo largo de sus setenta años de existencia una matrícula de primer ingreso de cincuenta y nueve mil noventa y cuatro estudiantes y que de ese total se han titulado cuatro mil quinientos veinte, no nos dice, en términos evaluativos, absolutamente nada; pero, sin duda servirá de base para demostrar, en otra oportunidad, que tales datos, en su relación con otras variables, pueden explicarnos fenómenos diversos que pongan en evidencia algunas tomas de decisiones en el orden académico.

Hecha esta salvedad, expongo a su consideración lo prometido con el compromiso de un análisis específico ulterior.

Facultad de Filosofía y Letras
Población de primer ingreso, 1924-1993

La matrícula se distribuye anualmente de la siguiente manera:

Año	Matrícula	Año	Matrícula
1924	373	1960	853
1925	232	1961	977
1926	233	1962	756
1927	165	1963	695
1928	198	1964	833
1929	125	1965	1,078
1930	76	1966	1,026
1931	75	1967	976
1932	150	1968	1,222
1933	144	1969	1,495
1934	144	1970	1,459
1935	90	1971	1,783
1936	115	1972	1,901
1937	133	1973	1,186
1938	119	1974	1,435
1939	80	1975	1,272
1940	123	1976	1,332
1941	142	1977	1,471
1942	163	1978	1,798
1943	192	1979	1,545
1944	237	1980	1,821
1945	240	1981	1,448
1946	213	1982	1,778
1947	209	1983	1,843
1948	197	1984	1,982
1949	244	1985	2,205
1950	236	1986	2,194
1951	247	1987	1,831
1952	240	1988	1,938
1953	226	1989	2,028
1954	108	1990	1,823
1955	247	1991	1,791
1956	260	1992	1,977
1957	355	1993	1,931
1958	412		
1959	568	**TOTAL**	**59,094** [55]

Facultad de Filosofía y Letras
Titulación y graduación
1924-1993

Disciplina	Licenciatura	Especialización	Maestría	Doctorado	Total	Periodo de vigencia de los estudios
Antropología[a]	–	–	11	29	40	1931-
Bibliotecología[b]	150	–	21	–	171	1956-
Estudios del Este de Asia	–	–	1	–	1	1972-1974
Estudios Latinoamericanos	73	–	84	17	174	1966-
Estudios Orientales	4	–	1	–	5	1966-1972
Enseñanza Superior	–	–	18	–	18	1974-
Filosofía	375	–	191	73	639	1926-
Geografía	596	–	177	50	823	1933-
Historia	704	–	311	84	1,099	1926-
Lengua y Literatura Clásica	112	–	45	2	159	1939-
Lengua y Literaturas Hispánicas[c]	659	–	338	177	1,174	1926-
Literaturas Maya y Náhuatl[d]	–	1	–	–	1	1981-1993
Lengua y Literatura Modernas	347	–	75	1	423	1939-
Literatura Dramática y Teatro	80	–	8	2	90	1945-
Pedagogía[e]	842	–	90	29	961	1935
Psicología[f]	578	–	152	41	771	1939-1973
TOTALES	**4,520**	1	**1,523**	**505**	**6,549**	

[a] Abarca la época del convenio INAH-UNAM (1941-1969) y durante ese periodo se incluye sólo a quienes presentaron el examen correspondiente dentro de las instalaciones de la UNAM. En 1972 se aprobaron nuevos planes de estudio para la maestría y el doctorado, que fueron cancelados en 1977. Posteriormente, en 1986, se reabrió el doctorado en Antropología, mismo que se ofrece hasta el momento actual (y está en proceso de aprobación la maestría). Se incluyen, en consecuencia, los graduados de esos preceptos académicos.

[b] Incluye a titulados y graduados de Archivonomía, Archivología y Biblioteconomía.

[c] El número de graduados del nivel de doctorado incluye sólo a quienes obtuvieron el grado específico del doctorado en Letras Clásicas. El resto de los graduados de esta área están contemplados en el doctorado en Letras.

[d] Los egresados de esta especialización optaron por revalidar sus créditos para obtener la maestría en Historia de México.

[e] El número de graduados del nivel de maestría incluye también a los graduados en Ciencias de la Educación.

[f] Las cifras incluyen titulados y graduados hasta 1973, año de su separación de la Facultad.

Facultad de Filosofía y Letras
Titulación y graduación por sexo
1924-1993 *

Disciplina	Titulados y Graduados [Totales]	Sexo Masculino [%]	Sexo Femenino [%]
Antropología	40	57	43
Bibliotecología	171	31	69
Estudios del Este de Asia	1	-	100
Estudios Latinoamericanos	174	56	44
Estudios Orientales	5	80	20
Enseñanza Superior	18	50	50
Filosofía	639	63	37
Geografía	823	62	48
Historia	1,099	35	65
Lengua y literaturas Clásicas	159	48	52
Lengua y literaturas Hispanicas	1,174	36	64
Literaturas Maya y Náhuatl	1	-	100
Lengua y Literatura Modernas	423	20	80
Literatura Dramática y Teatro	90	61	39
Pedagogía	961	18	82
Psicología	71	32	68
TOTALES	**6,549**	**37.6**	**62.4**

* Tómense en consideración las características particulares especificadas para el cuadro anterior.

Facultad de Filosofía y Letras
Títulos y grados
Menciones honoríficas
1924-1993 *

Disciplina	Títulados y Graduados	Menciones Honoríficas
Antropología	40	6
Bibliotecología	171	41
Estudios del Este de Asia	1	1
Estudios Latinoamericanos	74	117
Estudios Orientales	5	0
Enseñanza Superior	18	12
Filosofía	639	320
Geografía	823	304
Historia	1,099	480
Lengua y Literaturas Clásicas	159	76
Lengua y Literaturas Hispánicas	1,174	492
Literaturas Maya y Náhuatl	1	0
Lengua y Literaturas Modernas	423	118
Literatura Dramática y Teatro	90	45
Pedagogía	961	311
Psicología	771	258
TOTALES	6,549	2,601 [56]

* Tómense en consideración las características particulares especificadas en el primer cuadro. Se excluyeron los casos de *cum laude, magna cum laude, summa cum laude* y *magna summa cum laude.*

Notas

* El presente ensayo es una síntesis del segundo capítulo de la tesis *La Escuela Nacional de Altos Estudios y la Facultad de Filosofía y Letras. Planes de estudios, títulos y grados. 1910-1990,* para optar por el grado de doctora en Pedagogía, y que actualmente se encuentra en trámite de revisión.

[1] *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, vol. II, núms. 5 y 6, segundo semestre de 1923-primer semestre de 1924, p. 249.

[2] "Proyecto del Plan de Estudios e Investigaciones de la Escuela Nacional de Altos Estudios creada por Decreto del 7 de abril de 1910". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 20, exp. 445, fs. 12206-12219, 1921.

[3] "Se aprueba con urgencia el Plan Unificado de la Facultad de Altos Estudios". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 20, exp. 446, fs. 12382, 1922.

[4] "Memorándum relativo a grupos de enseñanzas indispensables en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional y a profesores que las desempeñen". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 454, fs. 12609-12624, 1924.

[5] *Ibid.*, p. 9.

[6] *Ibid.*, p. 10.

[7] *Idem.*

[8] UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 6, exp. núm. 110, fs. 3298, 1924.

[9] UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 457, fs. 12641-12645, 1924.

[10] "Plan de estudios". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 454, fs. 12604-12608, 1924.

[11] "Oficio al C. Rector de la Universidad Nacional". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 16, exp. núm. 336, fs. 9928-9939, 1924.

[12] Padre de los reconocidos universitarios Pablo, Enrique y Manuel González Casanova.

[13] UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 213-30, oficio núm. VIII-26-201.31-1, fs. s/n., 1924.

[14] *Diario oficial*, octubre 13, 1924.

[15] "Informe de la Universidad Nacional", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, vol. IV, núm. 5, agosto de 1925, p. 94.

[16] "Facultad de Filosofía y Letras, para Graduados y Escuela Normal Superior", en *Boletín de la Universidad Nacional de México*, vol. II, núms. 18, 19 y 20, junio-agosto de 1926, p. 35.

[17] "Informe de las labores desarrolladas en esta Facultad". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 16, exp. núm. 337, fs. 10011-10014, 1926.

[18] "Datos estadísticos correspondientes a la Facultad de Filosofía y Letras para Graduados y Escuela Normal Superior". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 16, exp. núm. 337, fs. 10029, 1926.

[19] *Ibid.*, fs.10031-10032.

[20] "Facultad de Filosofía y Letras, para Graduados y Escuela Nomal Superior", en *Boletín de la Universidad Nacional de México*, vol. II, núms. 18, 19 y 20, junio-agosto de 1926, pp. 35-36.

[21] "Facultad de Filosofía y Letras, para Graduados y Escuela Normal Superior", *Boletín de la Universidad Nacional de México*, vol. II, núms. 21, 22 y 23, septiembre-noviembre de 1926, pp. 16-17.

22 "Plan de Estudios Formado por la Comisión. Facultad de Filosofía y Letras". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 464, fs. 12730-12740, 1927.

23 Alarcón Alicia, "Resumen de la sesión de Consejo Universitario del 20 de enero de 1928", en *El Consejo Universitario. Sesiones de 1924-1977*, p. 49.

24 "Facultad de Filosofía y Letras, para Graduados y Escuela Normal Superior". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 464, fs. 12777-12781, 1928.

25 "Grados que otorgará la Universidad Nacional de México". Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Archivo interno, exp. núm. 230.4/232, of. s/n., fs. s/n., 1929.

26 Alarcón, Alicia, "Resumen de la sesión de Consejo Universitario del 27 de noviembre de 1929", en *El Consejo Universitario. Sesiones de 1924- 1977*, p. 63.

27 "Grados que otorgará la Universidad Nacional de México". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 230.4/232, of. s/n., fs. s/n., 1929, pp. 1-4.

28 "Reglamento aprobado por la Academia Mixta de Profesores y Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, para estimar el aprovechamiento de los Alumnos". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. 477, fs. 12891-12891 bis, 1930.

29 "Acta de la Sesión de la Academia Mixta de Profesores y Alumnos de la Facultad de Fllosofía y Letras, celebrada el 26 de mayo de 1933". Facultad de Fllosofía y Letras, UNAM, Archivo interno, exp. s/n., of. s/n., fs. s/n., 1933.

30 "Acta de la Sesión de la Academia Mixta de Profesores y Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, celebrada el 4 de julio de 1933". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. s/n., oficio s/n., fs. s/n., 1933.

31 *Idem.*

32 "Se comunica sobre la creación de un Departamento de Ciencias de la Educación dependiente de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes, Sección Filosofía y Letras". UNAM, DGAE, DCD, Archivo muerto, exp. s/n., fs. s/n., 1934.

33 Alarcón, Alicia, "Resumen de la Sesión de Consejo Universitario del 2 de enero de 1934, en *El Consejo Universitario. Sesiones de 1924-1977*, p. 121.

34 "Asuntos que son de su competencia y que se pusieron a la consideración de la Academia General de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes, en la sesión efectuada el día 7 de noviembre de 1934". UNAM, DGAE, DCD, Archivo muerto, exp. s/n., of. s/n., fs. s/n., 1934.

35 "Plan de Estudios de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes. Filosofía y Letras". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 480, fs. 12900-12910, 1935.

36 *Estatuto de la Universidad Nacional Autónoma de México. 1936,* Título II, Artículo 6º.

37 "Plan de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 213-30/201.31/1, of. núm. 8, fs. s/n., 1943.

38 "Proyecto de plan de estudios para la carrera de Psicología que presenta el Jefe del mismo Departamento con la aprobación del Colegio de Profesores". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 70/130.2/-10, of. s/n., fs. s/n., 1951.

39 "Oficio Samuel Ramos - Juan González A. Alpuche". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 70/130.2/-7, of. núm. 68, fs. s/n., 1953.

40 "Propuesta de creación del doctorado en Biblioteconomía". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 70/130.2/-11/210.5, of. s/n., fs. s/n., 1959.

41 *Anuario general.* México, UNAM, 1963, p. 30.

[42] *Organización Académica 1967*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 12-13.

[43] "Circular a los profesores". UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Archivo interno, exp. núm. 30/102/1, of. s/n., fs. s/n., 1966.

[44] Discurso del rector, ingeniero Javier Barros Sierra, en la inauguración de los Centros de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, el 21 de julio de 1966.

[45] "Reglamento General de Exámenes para 1967", en *Compilación de Legislación Universitaria de 1910 a 1976*, t. II, México, UNAM, 1977, pp. 248-253.

[46] "Acta de la Sesión Ordinaria de Consejo Técnico celebrada el día 4 de mayo de 1967", en *Actas de Consejo Técnico 1967*. UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Secretaría General.

[47] *Normas Complementarias aprobadas por Consejo Técnico en sesión ordinaria del día 27 de enero de 1989*. UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, p. 16.

[48] "Estatuto del Sistema Universidad Abierta de la Universidad Nacional Autónoma de México", en *Compilación de Legislación Universitaria de 1910 a 1976*, t. II, p. 368.

[49] *Informe de la administración de su director el Dr. Ricardo Guerra. 1970-1978*. UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 32 pp.

[50] Estos nuevos planes de estudio propiciaron la suspensión de la inscripción de nuevo ingreso a la Especialización en Literaturas Maya y Náhuatl, autorizándose sólo la reinscripción a los alumnos activos en dicho Plan de estudios.

[51] Tales reflexiones han quedado plasmadas en un conjunto de memorias que están siendo publicadas por la Facultad. Hasta el momento se han editado: *Memoria del Coloquio la Filosofía hoy; Memoria del Coloquio las Letras Clásicas hoy; Memoria del Coloquio las Letras Hispánicas hoy; Memoria del Coloquio los Estudios Latinoamericanos hoy; Memoria del Coloquio la Geografía hoy; Memoria del Coloquio la Historia hoy y Memoria del Coloquio la Pedagogía hoy.*

[52] Moreno y de los Arcos, Enrique, *Plan de estudios y "Curriculum"*. México, Colegio de Pedagogos de México, 1990, p. 11.

[53] Menéndez M. Libertad y Laura E. Rojo Ch. "Planeación Didáctica", en Introducción a la programación didáctica. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1979, p. 4. (Mimeografiado)

[54] Moreno y de los Arcos, Enrique, *op. cit.*, p. 13.

[55] Datos obtenidos del Departamento de Estadística de la UNAM, de los Anuarios Estadísticos de la ANUIES y del Archivo interno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

[56] Los datos de las tres últimas tablas fueron obtenidos directamente de las actas de exámenes profesionales y de grado gracias a la colaboración del personal directivo y administrativo del Departamento de Control Documental de la Dirección General de la Administración Escolar y, muy especialmente, de la licenciada Clara Angélica Treviño. Los datos correspondientes al área de Pedagogía me fueron proporcionados por la licenciada Ana María del Pilar Martínez Hernández y están contenidos en el trabajo intitulado "Análisis de los estudios pedagógicos. Planes de estudios, títulos y grados", que constituye su tesis para optar por el grado de maestra en Pedagogía y que actualmente se encuentra en trámite de revisión.

Fuentes

Archivos

UNAM. Centro de Estudios sobre la Universidad. Archivo Histórico. Fondo de la Escuela Nacional de Altos Estudios. *

UNAM. Centro de Estudios sobre la Universidad. Archivo Histórico. Fondo Ezequiel A. Chávez.

UNAM. Centro de Estudios sobre la Universidad [en custodia]. Fondo del Personal Académico y Administrativo.

UNAM. Dirección General de la Administración Escolar. Departamento de Control Documental. Archivo Muerto.

UNAM. Facultad de Filosofía y Letras. Archivo Interno.

* La numeración de las fojas ha sido actualmente modificada, por lo que ya no coincide con la que aquí se asienta. El número de expediente, en cambio, permanece igual.

Colecciones periódicas

Boletín de Educación. México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Boletín de Instrucción Pública. México, Secretaría de Instrucción Pública.

Boletín de la Secretaría de Educación Pública. México, Secretaría de Educación Pública.

Boletín de la Universidad de México. México, Departamento Universitario y de Bellas Artes.

Boletín de la Universidad Nacional de México. México, Secretaría de Educación Pública.

Bajo el signo de Atenea[1]

Gloria Villegas Moreno

Las conmemoraciones son rituales colectivos que expresan los caracteres de las comunidades que las celebran. Por ello, la de los setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras induce a la búsqueda y a la reflexión.

Cualquier aproximación al pasado de nuestra Facultad hace evidente su innata complejidad, al mismo tiempo que genera una atracción singular por la riqueza de su vida académica. En Filosofía y Letras se ha fraguado una obra de relevancia nacional e internacional, siempre unida a su tradición ejemplar en el ejercicio de la docencia. Su transcurrir, muchas veces azaroso y las limitaciones e insuficiencias que superó en distintas épocas, o han quedado como tareas para el futuro o son notas dignas de análisis para la vida cultural del México de este siglo.

Filosofía y Letras, por historia y vocación, ha sido portadora de las mejores tradiciones intelectuales, atenta siempre, al mismo tiempo, a los indicios del porvenir. Por ello, aquí han florecido la creación, el pensamiento crítico y la controversia. Su génesis y desarrollo explican la reciedumbre de los rasgos que la han hecho vocera y defensora del pensamiento crítico.[2]

Como ámbito universitario cuya misión es el cultivo, la creación, la recreación y transmisión del saber humanístico, la Facultad de Filosofía y Letras es heredera de una venerable tradición que se remonta a los tiempos de la fundación de la Universidad Real y Pontificia de México, en los albores de la Colonia. El espíritu que alentó los estudios humanísticos en aquellos tiempos y que perduró en el trance de los agitados episodios de la vida mexicana decimonónica fue reavivado en 1910, con la creación de la Escuela Nacional de Altos Estudios, antecesora de nuestra Facultad y parte sustantiva de la vida universitaria.

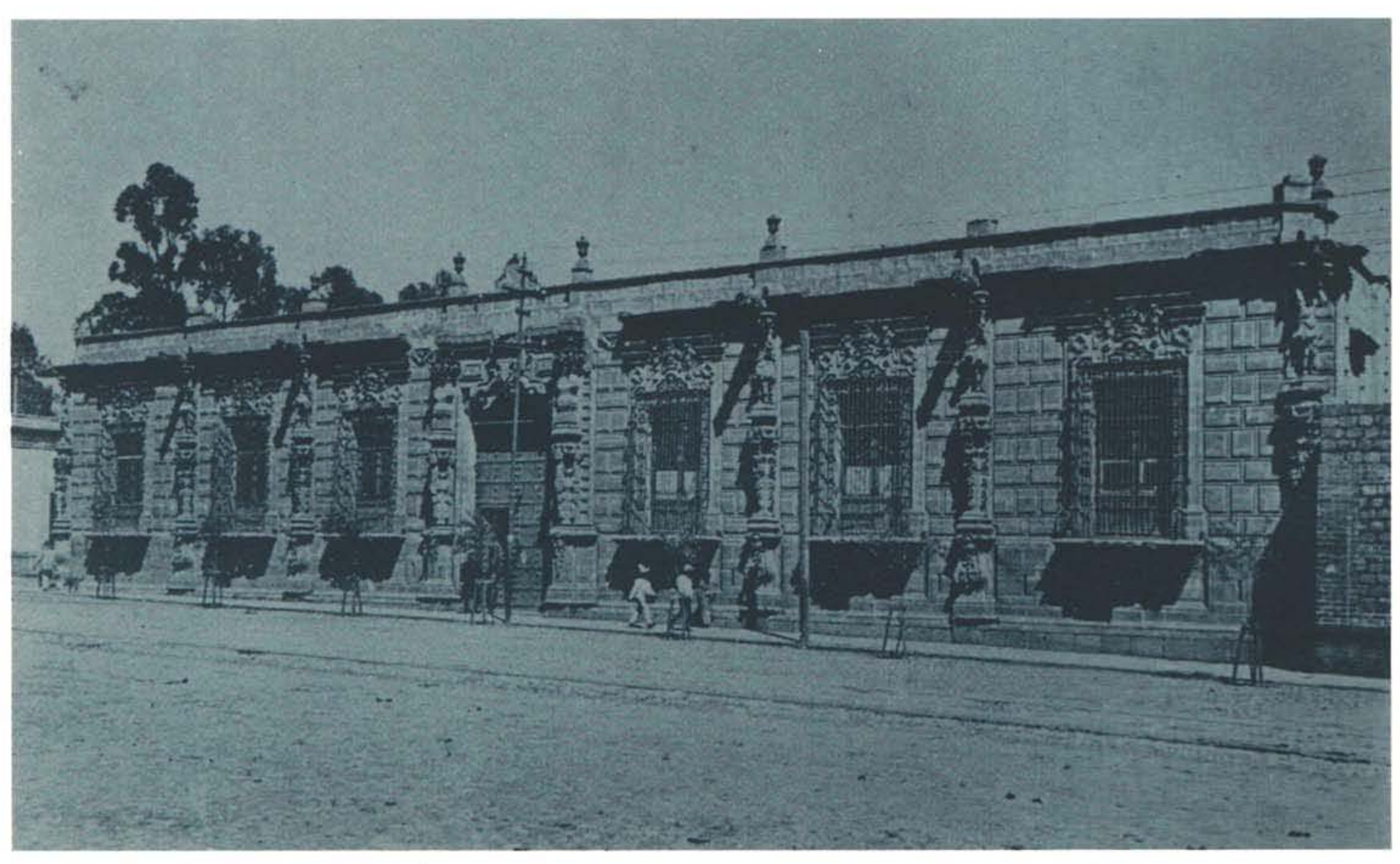
El proyecto educativo de Justo Sierra —concretado con la creación de la Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios— y la Revolución de 1910, son acontecimientos coetáneos y coinciden en su razón de ser y sus propósitos; responden a los cambios que experimentó México en la época de tránsito entre dos siglos. No obstante sus diversos orígenes —el primero, nacido de una propuesta innovadora de origen gubernamental y, la otra, de un genuino reclamo social convalidado popularmente— colocaron en el centro de sus aspiraciones la búsqueda de la democracia.

El diseño de la vida universitaria, tal como lo concibió Justo Sierra, se proponía combinar armoniosamente una organización educativa jerárquica o con la participación comunitaria. Así lo expresó Ezequiel A. Chávez al prefigurar las funciones del Consejo Universitario. Este órgano de gobierno debía nutrirse, según el gran educador, del trabajo generado por quienes participaban en el proceso mismo de la enseñanza. Las juntas de maestros tendrían el deber de opinar "en cada punto vital" para el adelanto de las escuelas universitarias (nombramientos de profesores, modificaciones de planes de estudio, definición de un método o estimación del aprovechamiento de los alumnos).[3]

Así, y sólo así, a juicio de Chávez, la Universidad se iniciaría "en la vida autonómica", transformando lo que "pudiera llamarse gobierno monárquico" de las escuelas profesionales y de la Preparatoria, en "un gobierno cada vez más y más democrático. Serán el pueblo de los profesores y, aun aquí, la representación de los alumnos, quienes guíen el acuerdo final del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y del Presidente de la República".[4]

La Escuela Nacional de Altos Estudios, concebida como el "peldaño más alto del edificio universitario"[5], era pieza clave del gran programa educativo de Justo Sierra porque estaba destinada a contribuir sustancialmente a la preparación del pueblo mexicano para el ejercicio pleno de la libertad. En efecto, Sierra ambicionaba que en esa Escuela se "enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando", con la esperanza de que "la substancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizase en ideas dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos perennemente traducibles en enseñanzas y en acción [pues sólo así] las ideas pueden llamarse fuerza". Por ello, para el secretario de Instrucción Pública, Altos Estudios era un "templo". En él, sin embargo, no se adoraría "una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo", sino "a la Atenea *Promakos*, a la ciencia que defiende a la Patria".[6]

La Escuela Nacional de Altos Estudios nació con la impronta del cambio que la Universidad consagró en su propio origen, al habérsele asignado la misión de "emancipadora de ignorancia y generadora de autonomía".[7]

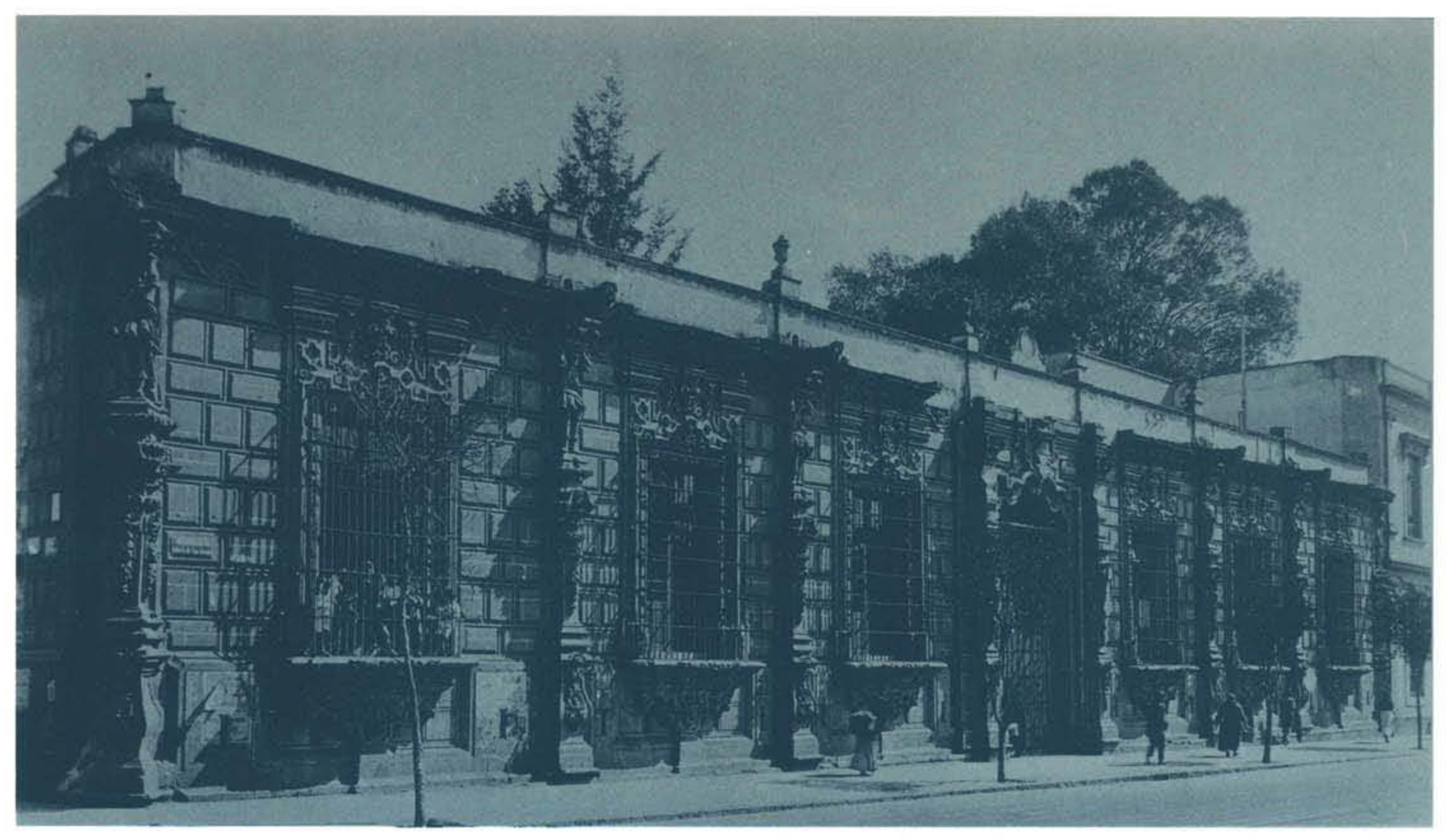


Fotografía de principios de siglo de la fachada del edificio de Mascarones.

Con la divisa "Por la Patria, por la Humanidad", Altos Estudios emprendió la tarea de coordinar los Institutos de Investigación ya existentes y agruparlos en torno de un organismo nuevo, en el que los estudios especiales permitiesen elevar a un nivel más alto las enseñanzas de las escuelas Preparatoria y Profesionales; formar a los profesores futuros de esas escuelas y abrir siempre campos de mayor vastedad a los trabajos de investigación científica.[8]

La Universidad y la Escuela Nacional de Altos Estudios implicaron una innovación fundamental, en tanto que entrañaban una cesión de facultades del Ejecutivo en materia de instrucción pública y colocaban al pueblo, a la sociedad, como destinatarios de su labor. Surgieron, en muchos sentidos, a contracorriente de una tradición que, si bien atribuía a la tarea educativa una calidad protagónica, asumía las nociones positivistas de la "selección natural" y de la prevalencia de los "más aptos", en boga durante la segunda mitad del siglo pasado.

Las características de la estructura y los propósitos que animaron la creación de la Escuela Nacional de Altos Estudios, al igual que los de la Universidad, la hicieron un campo propicio para el cambio que exigían los tiempos que se anunciaban y que habrían de culminar en la formulación de un "nuevo pacto social", nutrido de las aspiraciones re-



Edificio de los Mascarones hacia 1925, aproximadamente.

volucionarias. Altos Estudios fue entonces un espacio que acogió naturalmente el pensamiento moderno, cuando —como parte del gran sacudimiento social que se produjo en los inicios del siglo XX— el esquema ideológico político positivista se derrumbaba.

Así se entiende que las críticas y los embates de que fueron objeto ambas procediesen de los simpatizantes del gobierno derrocado y de los seguidores del positivismo ortodoxo, y que se censurara la creación de la Universidad como muestra de "impaciencia revolucionaria". Ello permite comprender también, por qué pervivió el proyecto educativo de Sierra, a pesar del estado de guerra civil que imperó en el país durante esa época, así como también la significación que ambas tuvieron en aquéllos, sus primeros años de existencia, y el interés que suscitaron entre los grupos que detentaban, en muchos casos fugazmente, la dirección de la vida política mexicana.[9]

La Universidad y la Escuela Nacional de Altos Estudios afrontaron las turbulencias revolucionarias, cuando aún no definían internamente los procedimientos concretos para cumplir con su ambiciosa misión educativa. La inestabilidad política hizo imposible que se contase con un mínimo de certidumbre, en el orden material, para programar sus actividades.[10]

México se encontraba entonces en una fase crítica de su vida como nación. Las grandes transformaciones que se produjeron en el últi-

mo tercio del siglo XIX, como resultado de su propia dinámica interna y de la apertura del país al ámbito internacional, habían configurado una sociedad nueva en muchos sentidos, pero en la que, al mismo tiempo, pervivían añejas formas de organización, de propiedad y de relaciones económicas.

Asimismo, en los primeros años del nuevo siglo, se produjeron los grandes avances científicos y tecnológicos a nivel mundial, perfilándose entonces el predominio de la especialización en los campos del estudio y la enseñanza, por encima de la tendencia vigente en el pasado reciente, que puso el acento en el sentido universal de la formación académica.

La Escuela de Altos Estudios refleja este ambiente de cambio, patente en la fluctuación entre las tendencias a la integración o a la diversificación del conocimiento, por una parte y, por otra, en la disyuntiva que se presenta para optar por el cultivo del conocimiento en sus expresiones más elevadas o atender el compromiso social de la tarea educativa.

En sus inicios, la vida de la Escuela Nacional de Altos Estudios fue precaria. No era fácil cumplir con los elevados propósitos que se le habían asignado, en un clima de inestabilidad y desazón. Ella misma, como la Universidad, estaba inserta en el gran debate político social de aquellos tiempos; el que implicó la conformación del Estado mexicano moderno. Así, durante los catorce años que funcionó Altos Estudios (primero como Escuela Nacional y desde 1915 como Facultad) y los iniciales de la Facultad de Filosofía y Letras, instituida en 1924, tuvieron que definir su sentido y legitimar su razón de ser, frecuentemente cuestionados.

Las divergencias de opiniones acerca de los planes y programas, la movilidad de los cursos que se impartían, la presencia de profesores de las más diversas especialidades, dieron a la Escuela Nacional de Altos Estudios un perfil difuso en cuanto a sus objetivos y funciones, aunque la mostraron como un escenario con enormes potencialidades para la vida intelectual. Por otra parte, nació en una época particularmente crítica para las instituciones educativas, cuyo funcionamiento no se deslindaba, con facilidad, de los acontecimientos políticos. Prueba elocuente de esta situación fue el establecimiento de la Escuela Libre de Derecho en el año 1912, promovida por un grupo de eminentes abogados que se identificaban con el pasado porfiriano —como Emilio Rabasa, Francisco León de la Barra y Pablo Macedo— y que surgió de la escisión de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, dirigida entonces por Luis Cabrera, uno de los hombres más destacados del grupo revolucionario.

También en 1912 se produjo un significativo debate parlamentario que expresa la magnitud de la controversia en torno a la vida educa-

tiva mexicana. A propósito del presupuesto gubernamental, se puso en entredicho la creación misma de la Universidad. El diputado José María Lozano afirmó que ésta no era sino una aspiración y que la Escuela de Altos Estudios no había podido implantarse "por carencia de un profesorado competente". Se tuvo que acudir —agregó, para reforzar el argumento de su inoperancia— a profesores extranjeros, que dieron conferencias "que nadie entendió". Por ello, infería, resultaba improcedente otorgar una partida para una obra "que no es de ninguna manera urgente e indispensable". Sin embargo, a pesar de los ataques de la fracción porfirista de la Cámara de Diputados, se conservó el exiguo presupuesto universitario. Así, se impuso el razonamiento de que, a pesar de la situación que vivía México, la Universidad y Altos Estudios garantizaban el futuro progreso de la nación, por encima de las críticas de quienes opinaron que resultaba absurdo mantener una obra "suntuaria" en un país desgarrado por la guerra y la pobreza y que no se debía conservar una "vestimenta de finísima tela" cuando en casa no había más que "el pan negro de la miseria".[11]

La discusión acerca de la pertinencia de la Universidad y, en particular, de la Escuela Nacional de Altos Estudios, no fue sino la evidencia de las condiciones paradójicas en las que ambas habían surgido. El prestigio y la presencia de una figura connotada en el ámbito gubernamental como la de Justo Sierra fue la condición de posibilidad para que prosperara la innovadora iniciativa en el seno de un gobierno de corte autocrático; al mismo tiempo, su retiro de la Secretaría de Instrucción Pública y el inicio de la Revolución dejaron temporalmente inconcluso este programa educativo.

El "peldaño más alto del edificio Universitario", para ser tal, hubiese requerido del apoyo gubernamental, de tal manera que adquiriera paulatinamente aquella autonomía que siempre se previó debía ser un atributo en la etapa de su madurez. Altos Estudios había pasado —en un tiempo muy corto— de ser concebida como piedra clave de la vida educativa, a una situación desventajosa primero, y después francamente crítica. Si permaneció fue, en buena medida, porque la Revolución no llegó a definir cabalmente un proyecto educativo nuevo y porque el Ateneo de la Juventud —vanguardia intelectual en aquella época— se identificó con el pensamiento de Justo Sierra, quien durante sus últimos años se alejó del positivismo y se adscribió al pensamiento "intuicionista".

En estas condiciones, Altos Estudios constituyó una gran esperanza para quienes creyeron que la educación era el único y verdadero camino del progreso que anhelaba la sociedad mexicana. Así lo expresó Porfirio Parra, su primer director. Para él, la naciente Escuela permitiría superar el "estado de atraso" que vivía la ciencia mexicana. A ella estaba reservada la misión de proporcionar "un teatro en qué desen-

volverse" a las "vocaciones", ofreciendo a los investigadores el campo para ejercer su actividad, pese a las difíciles circunstancias por las que atravesaba México. Parra tenía la certeza de que, no obstante lo "rudimentario" de la propia institución, era preciso atender y ampliar en ella el estudio de las ciencias y las letras, con la convicción de que cuando el gobierno proporcionase los recursos y materiales necesarios, la Escuela Nacional de Altos Estudios podría elevar el nivel "de la intelectualidad mexicana", dotando a los estudiosos de un lugar en que adquiriesen conocimientos científicos o fuera viable perfeccionarlos. Entonces, aseguraba el propio Parra, estaría en condiciones de crear "una ciencia nacional de la que hoy carecemos, permitiendo hacer investigaciones científicas que acaso den lugar a importantes descubrimientos y proporcionará a las escuelas preparatorias y profesionales de la República un grupo de profesores convenientemente preparados para desempeñar con todo acierto la grande y noble misión de enseñar la ciencia".[12]

Edificio de los Mascarones hacia 1945.





Fachada del edificio de Mascarones entre 1945 y 1950.

La magnitud de la tarea encomendada entrañaba grandes dificultades, al tiempo que fue una de sus mayores virtudes. De esa manera lo consideró la Comisión encargada por el H. Consejo Universitario de contestar la consulta del secretario de Instrucción Pública, acerca de cuáles cursos habían de establecerse en la Escuela Nacional de Altos Estudios "con carácter de necesarios, y cuáles con el de útiles". Dicha Comisión razonó su dictamen expresando que una escuela de tal índole abarcaría necesariamente todo los conocimientos humanos, todo lo que la inteligencia del hombre "ha podido elaborar y constituir, ya sea en el fecundo y difícil campo de la ciencia, como en el ameno y fértil de la bella literatura". Es decir, comprende en

> [...] su área vastísima todos los ramos del saber, todas las flores y frutos de ese árbol maravilloso que se llama la inteligencia. En su programa caben, sin disonancia, lo mismo las especulaciones más abstractas y generales, que los estudios más concretos y detallados; lo mismo los métodos y doctrinas de las matemáticas superiores, que los hechos referentes a la vida microbiana, que los detalles de la textura de la pulpa nerviosa, que los productos del entendimiento humano en la esfera de las bellas letras.[13]

Con enormes dificultades para discernir lo útil y lo necesario de lo que no lo era, la Comisión hizo una propuesta a fin de que se determinasen los contenidos específicos de las tres secciones previstas en la Ley constitutiva de Altos Estudios: Humanidades, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Ciencias Sociales, Políticas y Jurídicas.[14]

No obstante que, en muchos sentidos, la nueva Escuela era vista como una genuina posibilidad de progreso, la situación del país era un valladar para estas esperanzas. En 1912, como resultado de los trastornos políticos, la naciente escuela quedó reducida a un cuerpo docente compuesto por cinco profesores y doscientos cuarenta y seis alumnos, la mayoría de éstos últimos perteneciente a lo que se llamaba "clase docente de esta capital".[15]

El estado de agitación social que vivía México auguraba un futuro incierto. En aquel año, a pesar de las profundas convicciones democráticas de Francisco I. Madero y la certeza que tenía de que un cambio en el orden político haría variar sustancialmente el panorama nacional, la verdadera revolución social apenas se iniciaba: el país vio surgir un vigoroso levantamiento agrario, y otros de diversos orígenes, que impidieron al naciente régimen emprender de manera paulatina las transformaciones ofrecidas al triunfo de la lucha.

La Universidad no se pudo sustraer de los avatares políticos del momento. Cuando aún no cumplía el primer bienio de su fundación, se hacían patentes ya algunos problemas que ponían en riesgo su joven existencia. Los análisis y las propuestas que se formularon para tratar de remontar esta situación resultan muy sugerentes porque, ya desde entonces, se identifican con claridad algunas de las insuficiencias que la aquejaban.

Se destacó, por ejemplo, que la unidad de las escuelas universitarias, fundamento mismo de la nueva institución, era un "mito", por la dispersión de sus recintos, la escasez de sus fondos y la inexistencia de "una verdadera carrera del profesorado", entre otras razones.

Ante éstas y otras muchas dificultades, se ofrecían soluciones tales como adquirir en las afueras de la ciudad un terreno en el que pudiesen quedar ubicadas todas las escuelas universitarias; mejorar los sueldos de los profesores, pues para ser un buen maestro —se aseguraba entonces—, era preciso "dedicar todo el tiempo y energías a ese fin". Se proponía, además, que los alumnos pagaran cuotas anuales si los recursos no eran suficientes y "ministrar plazas" gratuitas para los estudiantes pobres.[16]

La precariedad económica, sin embargo, era un problema menor comparado con los que generaba la guerra civil de aquellos años y ante los cuales la Escuela, ubicada en el centro de la capital, no podía permanecer ajena ni adoptar el camino de la pasividad. En 1913, por ejemplo, Altos Estudios respondió a la iniciativa gubernamental para

implantar la instrucción militar en las escuelas superiores, con el rechazo unánime de la junta de profesores, argumentando sus características de organización y funcionamiento.[17]

Altos Estudios tuvo que afrontar, desde entonces, la crítica que se le hacía por la supuesta inutilidad de lo que en ella se enseñaba. Sin embargo, muy pronto encontró destacados defensores. Ezequiel A. Chávez, en varias ocasiones, esgrimió abundantes argumentos en favor de la pertinencia de la institución. A mediados de 1913 razonaba lo siguiente: en efecto, no era esencial para que una Universidad existiese, incluir departamentos de investigación científica y establecimientos de educación intermediaria entre la primaria y la profesional o superior, pero, de tenerlos, adquirirá importancia internacional en el primer caso y, en el segundo, ensanchará la tendencia a emancipar los centros educativos de los vaivenes políticos, además de vigorizar la "sistematización y coherencia de los estudios propiamente universitarios". El sentido que se le atribuía a la educación "intermediaria" era el de operar como "elemento integral de las universidades", pues tendía a dar "una base sintética y uniforme, por ende socializante, a las indispensables y sin esto funestas especializaciones de los institutos profesionales". La República mexicana no puede ser el único país culto de la tierra en el que se supriman "centros unificadores y emancipadores de la labor educativa y escuelas como la de Altos Estudios, cuyo fin capital sea formar profesores idóneos", concluyó Ezequiel A. Chávez, para quien era imposible entender que alguien se ostentara como defensor de las libertades y ahogase "sus propios gérmenes".[18]

Otros más esgimireron la necesidad de una escuela como la de Altos Estudios, considerando que era la expresión de una ley biológica, pues "ha aparecido en nuestro medio social en el momento preciso en que nuestra evolución demopédica y cultural reclamaba su existencia".[19]

Si, a pesar de las situaciones adversas, Altos Estudios siempre apareció asociada con la esperanza del progreso fue no solamente porque se le columbraba como un verdadero foco de investigación científica, sino porque superó los momentos más difíciles, "merced al esfuerzo colectivo de los hombres amantes de la cultura".[20]

Frente al estigma de la inutilidad de la nueva institución se levantaron voces que defendieron "con calor y entusiasmo" sus ideales. Su fuerza provino de un profesorado con características muy peculiares, que dio continuidad a la enseñanza en medio de los vendavales revolucionarios. La convicción que asumieron con singular firmeza tanto las autoridades de la Escuela, como los profesores que laboraban en ella, de que en Altos Estudios se fraguaría la verdadera ciencia mexicana, permitieron que unas y otros se esforzaran en dar cumplimiento a tan elevada misión, por encima de las dificultades materiales. Así, aunque mucho faltaba para que, como institución, tomase su "orienta-



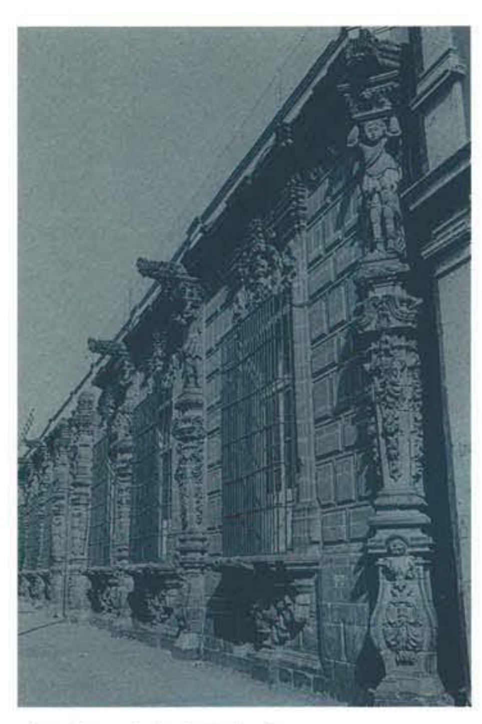
Vista frontal de la Casa de Mascarones.

ción definitiva",[21] un núcleo de profesores libres comenzó a prestigiarla y a darle vida.[22]

Sin duda, una porción considerable de este prestigio se debió a la "cultura intensiva", una de las vertientes más ricas de la actividad de la Escuela de Altos Estudios. Durante mayo de 1915, asistieron mil novecientos cincuenta y un alumnos a las clases que en ella se impartían.[23] En esa época, contaba ya con profesores tan destacados como Jesús Díaz de León, Carlos Lazo, Federico Mariscal, Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez, Miguel Schulz, Erasmo Castellanos Quinto, Julio Torri, Adolfo P. Castañares, Ricardo Caturegli, Carlos Reiche, Valentín Campa, Joaquín Gallo y Salvador Altamirano, entre otros.[24]

El profesorado de Altos Estudios "servía cátedra" por amor al saber. Dotado de un sentido altruista y comprometido de las tareas docentes —propiciado por las circunstancias del país y por la escasez de recursos económicos de la institución— representaba, por otra parte, diversas corrientes de pensamiento, a partir de las cuales se trataban los muy distintos temas que incluían sus estudios.

Además, Altos Estudios fue un terreno fértil para que germinara un sentimiento comunitario. La necesidad de definirse internamente y



Vista lateral de la fachada.

de afrontar los embates externos, generaron la certeza de que era menester unirse para defender aquella frágil institución que estaba destinada a desarrollar labores tan importantes para el país.

Así, la pluralidad, el compromiso profundo con la enseñanza y el sentido comunitario, fueron características muy propias de Altos Estudios, que permanecieron cuando ésta se transformó en la Facultad de Filosofía y Letras.

En varios momentos, y durante sus primeros años de existencia, la comunidad tuvo que asumir posiciones enérgicas. En junio de 1916 Altos Estudios hizo oir su voz al expresar la voluntad del cuerpo docente y administrativo que la formaba, dispuesto a asumir el deber "indeclinable" de ofrecer su adhesión moral y material, así como sus servicios y cooperación, a las autoridades del Gobierno constituido ante la actitud adoptada por Estados Unidos. El acta levantada en aquella memorable ocasión recogía las firmas de un número considerable de los maestros destacados que le daban un prestigio singular a la controvertida Escuela.[25]

Entonces también los estudiantes exhortaron a sus compañeros con el objeto de que constituyesen comités para allegarse toda clase de artículos indispensables, distribuirlos rápidamente y a precios económicos entre las clases más necesitadas.

En efecto, como había imaginado Sierra, la vida universitaria no podía ser ajena a las preocupaciones de la sociedad, su nutriente y la destinataria de su labor.

Hacia 1917, con la nueva Constitución y el predominio del grupo constitucionalista por encima de las demás facciones, la situación del país empezó a adquirir cierta estabilidad, a pesar de que México siguió viviendo durante mucho tiempo los efectos de la revolución que había conmovido las bases más profundas de la sociedad.

El recuento que en aquel año hizo Miguel Schulz, director de la Facultad de Altos Estudios, revela los cambios operados en ella. Se encontraba entonces en el antiguo edificio del convento de Santa Teresa, espacio que compartía con las oficinas de la Rectoría, la Secretaría General y el Consejo Universitario. Tras haberse concebido en principio como una institución destinada "esencialmente a cursos superiores de investigación y perfeccionamiento de conocimientos facultativos" impartidos por profesores extranjeros, esta modalidad fue abandonada al no producir los resultados previstos, sobre todo, por el desconocimiento que tenían dichos maestros "de las condiciones verdaderas del medio intelectual mexicano". Ante esta experiencia —señalaba Schulz— se crearon cursos de especialización encomendados a profesores "nacionales experimentados, y de mayor renombre", pero sin precisarse realmente la finalidad a la que tenderían los estudios que se harían en ella. Posteriormente fue menester precisar dichas finalidades, creando



Atlante de la fachada de Mascarones.

grados académicos y universitarios, con lo que la Escuela se transformó en Facultad.

Otra de las observaciones que hizo Schulz fue que las mejoras logradas en Altos Estudios habían permitido satisfacer "una necesidad que se venía dejando sentir para el desarrollo de la intelectualidad, y para la ilustración de las masas populares", al obtener un provechoso desenvolvimiento "concordante con la índole de la institución universitaria"; mejora "redundante en beneficio de las masas populares", al establecerse "una verdadera extensión universitaria", a través de "conferencias sistemadas" o "pequeños cursos sintéticos". Todo esto ponía al alcance de auditorios que no tenían una preparación especial "la vulgarización de conocimientos para difundirlos en provecho del mayor número". La Escuela respondía entonces a los siguientes propósitos: el cultivo de los trabajos y métodos de investigación que era su objetivo primigenio; la popularización de los conocimientos de grado menos elevado, puestos al alcance de auditorios menos doctos; el otorgamiento de grados y la preparación docente para el profesorado de las escuelas secundarias.[26]

Altos Estudios, ya convertida en Facultad, había diversificado sus funciones. La propia dinámica de los tiempos y las características de la sociedad mexicana de aquella época hicieron que cierto tipo de necesidades intelectuales y educativas encontraran en Altos Estudios su espacio natural. Fue así un escenario propicio para el debate y la reflexión que imponía el replanteamiento de la vida mexicana en sus diversos aspectos.

En forma paradójica, la Revolución había truncado la incipiente organización de la Universidad y de Altos Estudios y, al mismo tiempo, había corroborado su significación. En efecto, la permanencia de la Universidad y de Altos Estudios, en circunstancias tan difíciles, era una prueba más de que su creación no había sido resultado del arbitrio individual, sino que su existencia respondía a una genuina necesidad social, aunque no se hubiesen alcanzado a precisar los procedimientos y las formas de afrontarla.

Ciertamente, como lo expresó Vicente Lombardo Toledano en el discurso que pronunció durante el acto conmemorativo de la creación de la Universidad en 1917, la nueva institución había vivido tiempos difíciles. Nació "sin arraigo en el pasado, por una necesidad urgente de organizar las múltiples manifestaciones de la mentalidad nacional" y fue formada bajo la influencia de las tendencias alemana y francesa: la primera se expresó en la creación de Altos Estudios y la segunda en la incorporación, después mutilada, de los planteles de investigación (institutos Médico, Patológico, Bacteriológico, Geológico; Observatorio Meteorológico y Astronómico; Museo de Historia Natural; Museo de Arqueología e Historia y Etnología).



Patio interior de la Casa de Mascarones.

Lombardo Toledano —sensible, como buena parte de los hombres de su generación, a las limitaciones que impuso el predominio del positivismo— expresó que la mayor de las restituciones que hizo Sierra a nuestra Universidad al crearla fue la de inaugurar la cátedra de filosofía, remontando los prejuicios comtianos que afirmaban "el inútil discurrir de la metafísica". A ella, dijo, se le unió el estudio de las literaturas clásicas y el culto de las las antiguas letras castellanas, a cuyo cultivo se sumaron los de las literaturas europeas. Con todo esto, afirmó, había renacido "el espíritu de las humanidades clásicas en México".

Las humanidades, viejo timbre de honor en nuestra Patria, dijo el joven orador, "han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera", porque la universidad que las cultiva es un "centro de liberación del espíritu, de cristalización de la personalidad humana. Enseña a dar valores a las cosas y ese es su gran fruto", pues la filosofía, antes que un sistema de doctrinas cristalizadas, es "una disciplina de liberación íntima que enseña a sacar triunfante el pensar propio y vivo de todas las ligaduras dogmáticas".[27]

La Facultad de Altos Estudios se mostraba cada vez con mayor claridad como una esperanza para el progreso del país, pues no obstante las condiciones precarias en las que debía desempeñar sus funciones, a ella concurrían destacados maestros y era significativo el permanente empeño de los alumnos por colaborar activamente en la vida de la joven institución.

Las circunstancias mismas del país y los momentos difíciles que vivió Altos Estudios consolidaron su sentido comunitario, su noción de pertenencia y una voluntad participativa de profesores y estudiantes.



Arco del patio.

El *Ciclo de conferencias científicas* que impartió un grupo de alumnas en 1917 es un ejemplo sugerente de esto último: Palma Guillén, "Crítica de las doctrinas optimista y pesimista del alma infantil"; Alicia Allende, "Semejanzas y diferencias entre cuatro de las familias monocotiledóneas"; Luz Vera, "Exposición de la doctrina estética de Croce"; Consuelo Olguín, "La función de la onomatopeya en la evolución del lenguaje"; Rosa Filatti, "La deducción de la forma total de las dimensiones del planeta Tierra"; Amelia Ruiz, "Concepto de la historia. La historia como ciencia y como obra de arte" y Margarita Larios, "Las leyendas, los mitos y las fábulas; su valor en la historia".[28]

Además, las grandes figuras magisteriales fueron un catalizador de la vida comunitaria y del sentimiento de pertenencia. Así, empezaron a formar parte de la vida de la Facultad las recordaciones y los homenajes, que iban desde iniciativas tales como la erección de monumentos a Gabino Barreda y Justo Sierra,[29] hasta expresiones más sencillas de luto por la muerte de un profesor: cerrar media hoja de la puerta de entrada sin suspender las labores. Algunos de los más distinguidos académicos de la Facultad fueron particularmente celosos en la preservación de este sentido de pertenencia.

En 1919, Antonio Caso, en su calidad de director exhortó a los catedráticos a que asistieran a las ceremonias de aniversario de la Facultad, pues "la falta de concurrencia a las fiestas universitarias no es meramente accesorio, sino que puede llegar a implicar el despego hacia la misma Universidad, que hoy más que nunca reclama el afecto y la abnegación de sus hijos".[30]

La amplitud de miras de la Facultad de Altos Estudios, si bien produjo una institución con una gran riqueza y variedad de posibilidades educativas, implicó problemas severos en lo que se refiere a su estructura y funcionamiento. La vastedad y, en cierta forma, la indefinición de sus tareas, la convertían en un espacio susceptible para ciertas modalidades de enseñanza que se estimaban urgentes, en función de los requerimientos del país.

Hacia 1919 se propuso establecer en ella estudios "periciales" en los distintos ramos profesionales, con el propósito de aglutinar la experiencia práctica con el conocimiento científico para formar ensayadores, geólogos prácticos, maestros de fábricas de hilados y tejidos, peritos de granjas y agentes de bolsa, entre otros, con la argumentación de que quienes ejercían estas tareas solían improvisarse sin esperanza de poder hacer grandes progresos por carecer de conocimientos. La propuesta se fundaba en la apreciación de que las deserciones de los estudiantes ocurrían principalmente en los primeros años, por lo cual era deseable establecer una modalidad de enseñanza que ofreciera "un conocimiento práctico del que se puede inmediatamente vivir porque hay demanda de él".[31]

De la Universidad se esperaba una labor de gran envergadura: "La Revolución ya no quiere como en sus días de extravío cerrar las escuelas y perseguir a los sabios. La Revolución anda ahora en busca de los sabios. Mas tengamos presente que el pueblo sólo estima a los sabios de verdad, no a los egoístas que usan la inteligencia[...]", expresó José Vasconcelos al asumir el cargo de rector de la Universidad, en 1920, como preámbulo de la solicitud que hizo a la comunidad universitaria para que participase en la elaboración de una nueva Ley de Instrucción Pública.[32]

La potencialidad que se vio en la institución estaba profundamente asociada con la calidad transformadora atribuida, desde entonces, a la docencia, cuyo libre ejercicio se estimó una tarea de enorme dignidad.

El tono de la "restitución" de la cátedra de Literatura francesa a Enrique González Martínez, en 1920, corroboró tal idea. El escritor mexicano había sido privado de esta clase por el gobierno anterior a causa de que expresó libremente sus ideas en la prensa independiente, y se le volvió a otorgar confiando en que ello "servirá de estímulo para que en todo tiempo se manifiesten entre los mexicanos los sentimientos de altivez y de independencia de criterio, que tan necesarios son para el proceso de las sociedades".[33]

Al cumplir su primera década de vida, aún cuando Altos Estudios no había definido cabalmente el ámbito de sus tareas, existían evidencias claras de la significación de las funciones que en ella se desarrollaban o debían desarrollarse: la investigación especializada, la formación y actualización de profesores y la difusión de la cultura. Ya para entonces, otras instituciones nacionales y extranjeras se interesaban en las labores de la Facultad. En los inicios de la década de los años veintes, las autoridades universitarias pidieron a los profesores de la Facultad que revisaran los planes y reglamentos para satisfacer la demanda de información procedente de los estados de la República y del extranjero, que la solicitaban continuamente.[34]

En el curso de diez años, Altos Estudios se había convertido en Facultad y tanto sus cursos como su planta académica se enriquecieron, aun cuando para entonces todavía estaba en entredicho su pertinencia. Por otra parte, internamente no se definía de manera cabal el ámbito educativo que le correspondía ni la naturaleza de sus funciones.

Durante ese periodo, los lemas de sus documentos son un testimonio más de lo azaroso de su vida como institución. El que originalmente le había asignado Chávez en 1910, "Por la Patria, por la Humanidad", se diluyó. Las comunicaciones oficiales de Altos Estudios fueron signadas sucesivamente con fórmulas que son un reflejo de los cambios políticos del país: "Libertad y Constitución", entre los años 1910 y 1914; "Reforma, Libertad, Justicia y Ley", cuando la Convención imperaba en la capital, y después "Constitución y Reforma", durante los

años constitucionalistas. No fue sino hacia 1920, cuando la Facultad acuñó un lema propio, distinto de los que se utilizaban en la documentación gubernamental: "Por la Investigación y la Ciencia al Amor y al Servicio Universales". Éste era el indicio de una nueva etapa de su vida académica, en la que, sin embargo, y como antaño, tendría que vencer muchas dificultades.

La disminución de su exiguo presupuesto y la pérdida de una parte de sus espacios coincidió con la tendencia gubernamental que dio mayor importancia a la enseñanza elemental y trató de orientar primordialmente las funciones de la Facultad de Altos Estudios hacia la preparación de profesores de enseñanza primaria, que era solamente uno de sus objetivos. Nuevamente la Facultad de Altos Estudios tendría que legitimar su razón de ser en un país en el que imperaba el analfabetismo y donde la mayor parte de la población no tenía acceso a la enseñanza elemental.

Fue preciso, así, enfrentar nuevamente a quienes argumentaban la "inutilidad" de sus funciones, refrendando sus propósitos más genuinos, en tanto parte fundamental de un "sistema educativo" que garantizaba que los maestros no cayesen "en rutinas por lo que se refiere a sus métodos de enseñanza", ni permanecieran alejados de los avances de las ciencias y las artes y de la educación propiamente dicha.[35]

En esa época, Altos Estudios contaba con poco más de medio centenar de profesores y existían en ella once clases de ciencias sociales, que incluían las de historia, antropología, arqueología, geografía y economía política, veintiséis de lenguas y de literatura; nueve de ciencias exactas físicas y naturales, cinco de especialidades superiores de las ciencias médica y cinco de filosofía, ciencias de la educación y otras ciencias filosóficas y metodologías especiales y concurrían a estos cursos alrededor de setecientos alumnos.[36]

Algunos catedráticos de Altos Estudios fueron particularmente visionarios acerca del riesgo que implicaba simplificar las tareas de la Facultad si se dedicaba exclusivamente a la preparación de profesores. Ezequiel A. Chávez sostuvo que la actualización del magisterio sería imposible sin un sólido cuerpo abocado a la investigación que generara conocimientos nuevos en los campos científico y humanístico.

Se aseguró también que era "gravemente perjudicial" y "totalmente inexacto" afirmar que la Facultad de Altos Estudios sólo trataba de formar "sabios inútiles", pues su misión era servir al pueblo "perfeccionando a sus maestros o formando a sus profesores y, por otra parte, organizando investigaciones científicas que eviten la repetición de falsos conceptos, aquilaten los que de veras valgan y ensanchen los dominios de la ciencia, para el bien del mismo pueblo".[37]

No era pues un saber elitista el que se proponía la Facultad, ni pretendía que su trabajo en el campo educativo fuese en detrimento de la

enseñanza elemental, particularmente significativa para el futuro de la nación. Se emprendió así una verdadera cruzada para que las autoridades gubernamentales aceptaran que la investigación, el cultivo de la ciencia, con la amplitud que se le concebía en Altos Estudios, era un trabajo sin cuyo desarrollo se ponía en riesgo el progreso de la sociedad mexicana.

En efecto, como lo expresó Ezequiel A. Chávez, era menester que se entendiese la obra que estaba destinada a realizar la Escuela de Altos Estudios. A este propósito obedeció uno de los más significativos y ambiciosos programas que emprendió la Facultad en 1922, al solicitar a sus profesores la preparación de "cursos sintéticos", a fin de ofrecerlos durante las vacaciones a maestros y profesores, y aun a directores y a inspectores que prestaran servicios en los estados y en los territorios de la República. Era este un primer ensayo de ensanchamiento de la labor de la Facultad a todo el país.

Nacieron así los Cursos de invierno —los cuales constituyeron una de las grandes tradiciones de la vida universitaria—, sustentados en la noción de que, a través de ellos, Altos Estudios coronaría "los trabajos de todas las escuelas, perfeccionando su personal y haciéndolo cada vez más digno de su cometido", de tal suerte que las demás instituciones educativas podrían solicitar "lo que para perfeccionamiento de su personal necesiten".[38]

Al año siguiente de haberse iniciado dichos cursos, la Facultad ofreció un programa para profesores del Distrito Federal y de los estados de la República que incluía temas de carácter científico y humanístico, entre los que destaca el impartido por las profesoras Montana Hastings, Carmen Ramos, Emma Bernal y Ana María Gómez, como resultado de las "primeras investigaciones de los rasgos psíquicos característicos de los niños mexicanos", basadas en el estudio de más de veinte escuelas. Esta investigación se realizó en colaboración con la Universidad de California, a fin de "espigar" nuevos conocimientos en un campo inexplorado en México.

En una proporción considerable, los Cursos de invierno fueron impartidos sin retribución, exclusivamente por la buena disposición y "el amor a la cultura de los profesores".

Así, pese a las restricciones económicas y a las limitaciones de espacio, la Facultad continuó extendiendo "progresivamente su acción" y, hacia 1923, llevó a cabo, entre otros, trabajos de colaboración con la Secretaría de Fomento para explorar poblaciones "que no figuran en nuestras Cartas Geográficas"; suscribió un acuerdo para que algunos puestos técnicos como geodestas y astrónomos fueran ocupados por quienes habían estudiado en la Facultad. Asimismo, la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos publicó cartas geográficas de los estados preparadas en Altos Estudios.



Patio antes de la restauración.

Para entonces se registraba en la Facultad la "conquista por primera vez realizada del grado de maestro universitario", obtenido por Carlos A. Thomson, antiguo graduado del Colegio de Witemberg, mediante un importante trabajo de investigación sobre las condiciones sociales de los obreros en el Distrito Federal.[39]

La Facultad de Altos Estudios afrontó con entereza los problemas que surgieron y éstos no implicaron la disminución de sus labores. Por el contrario, los profesores siempre estuvieron bien dispuestos a impartir sus cursos de manera gratuita y a explorar nuevas modalidades de enseñanza, como el curso de Lingüística, impartido por correspondencia a los estados de la República por Pablo González Casanova.[40]

Al mismo tiempo, la colaboración de los alumnos permitió que se mantuviese una intensa actividad académica, tanto de manera individual, como la promovida por grupos de estudiantes. En esa época se constituyó la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Altos Estudios, que se proponía "velar por los intereses y el prestigio de los propios alumnos" y una de cuyas primeras actividades fue la ceremonia en honor

de Manuel G. Revilla, ameritado profesor de la misma, recientemente fallecido. También entonces se formó la agrupación de Universitarias Mexicanas en la Facultad de Altos Estudios,[41] como respuesta a la invitación de la señora Gen Lavin Swigget, presidenta del Subcomité encargado de América Latina, para que México tuviera una representación en la Conferencia Internacional de Universitarias de Londres.

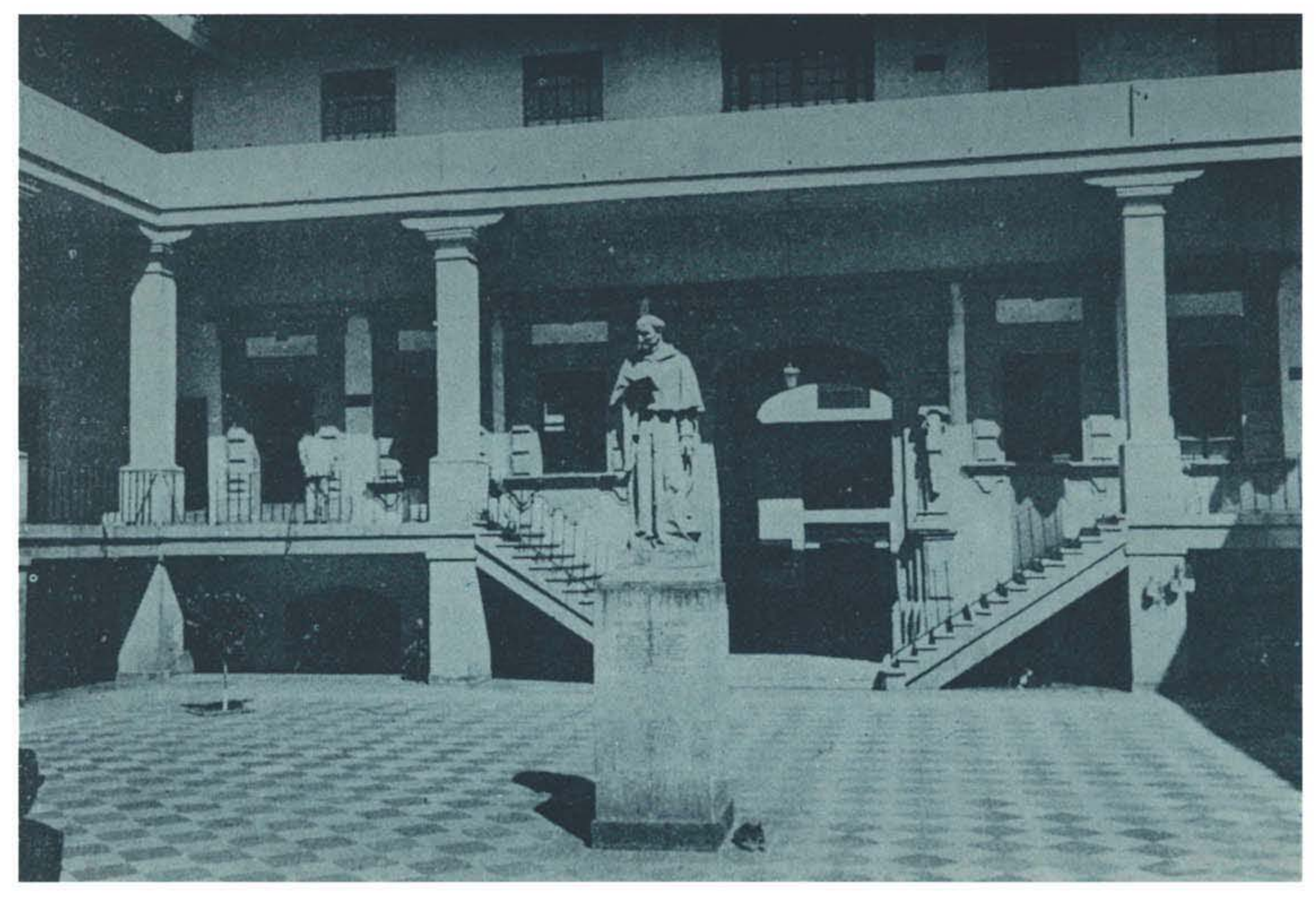
Aun cuando la comunidad de la Escuela de Altos Estudios contribuyó sustancialmente a la permanencia de esta institución, el saldo que dejaban poco menos de tres lustros de existencia, primero como Escuela Nacional y después como Facultad fue que, en las circunstancias en las que vivía entonces México, había resultado prácticamente imposible llevar a su cabal aplicación el importantísimo proyecto educativo de Sierra. Sin embargo también fue patente entonces que este gran intelectual mexicano había tenido una formidable intuición y una gran fe en el futuro de su país, surgidas del profundo conocimiento histórico y sociológico que de él había logrado, a través del estudio y de su ejercicio como maestro y funcionario público.

La puesta en marcha del proyecto educativo de Sierra demostró que, como él, otros mexicanos, sobre todo los miembros de las nuevas generaciones, compartían sus convicciones de que el cultivo del conocimiento y la transmisión del saber eran los medios idóneos para para lograr el progreso de la nación.

Sierra había propiciado la creación de un espacio para que se generaran los estudios y las investigaciones del más alto nivel en todos los campos del conocimiento, en bien de la sociedad; la comunidad académica de Altos Estudios, bajo el signo de *Atenea Promakos*, la ciencia que defiende a la patria, en medio de incontables dificultades había logrado su permanencia, para que en el futuro y en condiciones menos adversas pudiera desarrollarse.

En agosto de 1924 se promulgó el decreto presidencial mediante el que se establecieron la Facultad de Filosofía y Letras, la Escuela Normal y la Escuela de Graduados (las tres dependientes de una misma Dirección), como resultado de la transformación de la de Altos Estudios. Con este decreto culminó una fase de diferenciación de los objetivos originalmente asignados a la Escuela Nacional de Altos Estudios. Las experiencias acumuladas —muchas de ellas amargas— en los catorce años transcurridos desde que ésta fue instituida, dejaron en claro que, en las circunstancias que vivía el país, dificilmente podía llevarse a cabo la formación de profesores y la especialización del más alto nivel en forma integral y por una sola institución.

No obstante que la creación de la Facultad de Filosofía y Letras como una entidad diferenciada parecía salvaguardar el ejercicio de la actividad científica y reflexiva, sus funciones no se encontraban del todo definidas y era preciso mejorar su trabajo.



Patio después de la restauración. Al centro, la escultura de fray Alonso de la Veracruz.

El director de la Facultad recurrió a los profesores para solicitarles propuestas destinadas a estos fines. El documento con el que respondió el profesor Pedro Sánchez a esta petición es por demás sugerente. Expresó su convencimiento de la "verdadera trascendencia" que dicha Facultad tenía para el país, pues dado el carácter esencialmente práctico de nuestras escuelas profesionales, ella debía servir para perfeccionar sus estudios; debía también ser un centro de experimentación e investigación, particularmente en el estudio de asuntos que constituyen "problemas mundiales", y a los que se dedican con asiduidad casi todas las universidades del mundo, "llevando su contingente para lograr el conocimiento de lo que es la materia, de lo que es la vida; y en una esfera más modesta, el conocimiento de progresos industriales que hacen a las naciones ricas y prósperas".[42]

La Facultad era concebida como un espacio en el que la verdadera ciencia debía quedar a cubierto de los afanes esencialmente utilitarios que prevalecían en la educación mexicana, además de ser la institución verdaderamente capaz de llenar vacíos inexcusables para el pro-



Alumnos y maestros afuera de la Facultad de Filosofía y Letras, ubicada en la Casa de los Mascarones.

greso de la nación. Por ello, le correspondería crear laboratorios donde cualquier hombre de ciencia, dotado de un "espíritu investigador", pudiese experimentar para lograr la comprobación de sus teorías o la modificación de las teorías actualmente aceptadas; ofrecer una "biblioteca moderna donde existan las obras que pongan al que lo desee al tanto de los progresos que actualmente se han realizado, en las altas esferas del saber humano, como en los progresos industriales, y producir textos de las especialidades, a fin de facilitar su estudio".[43]

Las medidas para lograr su mejoría no pudieron ponerse en práctica. Las nuevas dependencias, al igual que la Escuela Nacional de Altos Estudios en otro tiempo, tuvieron que afrontar, recién creadas, una situación adversa. A los tres meses de haber sido establecidas, se les retiró el exiguo subsidio gubernamental, por decreto del 23 de diciembre de 1924. La Facultad de Filosofía y Letras permaneció durante un año como institución libre de enseñanza. Sobrevivió gracias a que los profesores que laboraban en ella siguieron prestando sus servicios sin retribución alguna, a la flexibilidad estructural que le era inherente, así como al carácter autonómico que tuvo desde sus orígenes.

Nuevamente aquella indefinición de funciones, resultado de una singular amplitud de miras, aparecía como uno de los motivos que habían causado su cierre. Por otra parte sería justamente su calidad de receptáculo generoso, casi ilimitado de la creación intelectual, lo que le permitiría remontar uno de sus momentos más difíciles.

Ante el retiro del subsidio gubernamental, profesores de la Facultad de Altos Estudios pidieron al director de dicho centro, Daniel M. Vélez, que hiciera llegar al rector de la Universidad Nacional la solicitud de apoyo para continuar las labores. Expresamente se ofrecieron a prestar sus servicios sin retribución alguna Julio Riquelme Inda, Alfonso Caso, Jesús González Moreno, Enrique O. Aragón, José Luis Osorio Mondragón, Carmen Ramos, Ricardo Varela, José G. Aguilera, Nicolás León, Balbino Dávalos, Federico Gamboa, Luis Rivero Borrell, Guillermo Gándara, Francisco de P. Herrasti, Miguel Martell, Pablo González Casanova, Ida Appendini, Pedro C. Sánchez, Hermann Beyer, Julio Jiménez Rueda, Eduardo Colín, Victorio del Oro, Jesús Galindo y Villa, David Pablo Boder, Julio Torri, E. A. Bouchout, Ezequiel A. Chávez, Carlos Lazo, Manuel Puga y Acal, Enrique Beltrán, Alberto María Carreño, entre otros.[44]

Por su parte, los alumnos presentaron un memorial a las autoridades universitarias indicando que el decreto que suspendía el funcionamiento de la Facultad de Graduados, Normal Superior y Filosofía y Letras, durante el año de 1925, si bien era comprensible desde el punto de vista gubernamental, los ponía en "la penosa condición" de cortar el curso de su carrera, ya comenzada. Así, aun cuando reconocían la "justificación" de la medida presidencial y "aplaudían calurosamente" su propósito de reorganizar la hacienda pública, paso "avanzado y muy firme para la reconstrucción del país" y para el logro de de su independencia económica y política, argumentaban que, aun en el caso más extremo, el presupuesto no sería un impedimento para continuar laborando, ya que autoridades y profesores, estaban animados "del mayor desinterés para colaborar gratuitamente, haciendo que por este rasgo patriótico la juventud pueda seguir reforzando sus energías para el bien propio y de la colectividad".

De interrumpirse estas funciones —continuaban los estudiantes— se perderían los frutos de una labor lenta pero eficaz, "que va logrando destruir prejuicios y atraer voluntades"; las oportunidades de que se prosiguiesen las investigaciones científicas que benefician a nuestro pueblo y nuestra raza; el cultivo de la extensión universitaria que establece vínculos entre nacionales y nacionales, y nacionales y extranjeros. En fin, dejaría de subsistir el medio más eficaz con que se cuenta en México, para que el maestro y el profesional puedan mejorar sus conocimientos y hacer una labor de preparación técnica que redunda en beneficio de las diversas facultades.

Los alumnos firmantes expresaron que deseaban "ardientemente la vida de esta institución" y, por ello, pidieron al rector que fuese intérprete de sus "más caros anhelos", interponiendo su valiosa influencia cerca del C. presidente de la República y del C. secretario del Estado y del Despacho de Educación Pública, a fin de "interesarlos en una forma favorable, que los lleve a disponer la continuación de las labores de la Facultad de Graduados, Normal Superior y Filosofía y Letras, desde el 1° del entrante enero".[45]

Además de esta petición general que comprendía a las tres escuelas se creó, en lo particular, una Comisión encargada de "favorecer" la permanencia de la "Escuela de Altos Estudios". Dicha comisión convocó a una asamblea que acordó reiterar la súplica de que subsistiese la institución. La manera como se presentó el asunto denotó que no se trataba simplemente de restituirla, sino que, de paso, se hizo expresa la necesidad de algunas reformas al Plan de estudios "del establecimiento", para hacer más fructífera su labor. Solicitaron, además, que al entrar al estudio detenido de dicho Plan, fuesen admitidos, con voz y voto, los señores profesores y cierto número de alumnos, y se acordó solicitar a las autoridades que su Plan de estudios no fuese modificado con frecuencia, pues debía estar vigente "el tiempo necesario para demostrar su eficacia". Al mismo tiempo sugerían que las cátedras no fuesen meramente expositivas a manera de conferencias, sino que en ellas se realizasen "trabajos de investigación, a guisa de seminario". Pedían también que la extensión universitaria —cuya significación ponían de manifiesto como el medio de establecer "vínculos entre nacionales y extranjeros y entre las diversas clases sociales del país"— fuese un hecho, y que se crearan "nuevas cátedras de acuerdo con la marcha evolutiva de nuestro país".[46]

Si bien las gestiones realizadas por maestros y alumnos no bastaron para detener la aplicación del decreto presidencial, al parecer, por lo menos impidieron que el retiro del subsidio se convirtiese en una medida permanente, lo cual, por otra parte, era un peligro real.

El arribo del general Plutarco Elías Calles a la presidencia de la República significó la reorientación del proyecto político de la Revolución en muchos sentidos; colocó en primer plano los problemas económicos y emprendió una serie de medidas tendientes a la modernización del país, en todos los ámbitos de la vida nacional.

El nuevo impulso modernizador en el campo educativo estaba inspirado en el modelo norteamericano. Así, se buscó el fortalecimiento de la enseñanza técnica y se tomaron medidas como el establecimiento de la escuela secundaria —siguiendo expresamente los lineamientos del *highschool* de Estados Unidos— cuya creación fue ampliamente justificada por el doctor Manuel Puig Casauranc, entonces secretario de Educación, en razón de las necesidades sociales del país.



Alumnos extranjeros que participan en el festival de fin de Cursos de verano.

En esas circunstancias, la perspectiva que se ofrecía para la Facultad de Filosofía y Letras no era particularmente promisoria. Sin embargo, su profesorado siguió laborando con empeño, y la suspensión del subsidio, lejos de paralizar la vida de la institución, la condujo a refrendar el significado y valor de sus objetivos: "elevar a un grado más alto el conocimiento de las distintas materias que son objeto de estudio en otros planteles y poder de esta suerte, ofrecer siempre un campo de investigación y de trabajo al estudiante" y "armonizar los distintos esfuerzos de las otras Facultades superiores con objeto de unificar, organizándolos, estudios previos que con distintos objetos se hayan hecho". Asimismo, se hacía mérito de la doble vertiente en sus "métodos de enseñanza": la vía de la cultura intensiva y la de la extensiva. La primera correspondiente al "desarrollo de los planes, en sus respectivas clases"; la segunda, que comprendía una amplia gama de actividades: conferencias y mesas redondas organizadas "de manera muy original", "resucitando" la antigua y noble usanza de las viejas univer-



Los doctores *honoris causa* Julio Jiménez Rueda, Julio Torri, Eduardo García Máynez, Emilio Rosenblueth Deutsch, Lucio Mendieta y Núñez, Juan González Jáuregui, Jaime Torres Bodet, Manuel Gual Vidal y Nabor Carrillo, entre otros, en la celebración del IV centenario de la Universidad de México en el edificio de Mascarones, 1953.

sidades de discutir en actos públicos temas que por su importancia "pongan en juego la erudición de los disertantes en aprovechamiento de sus oyentes". Asimismo se incluían en el ámbito de la cultura extensiva los actos que se celebraban para la opción del grado de doctor, ya que, aun cuando su fin principal era "investigar la ciencia del examinando, siempre es a la vez enseñanza extensiva e intensiva para los asistentes a dichas ceremonias".[47]

Hacia 1928 la Facultad dio pasos firmes para la organización de sus carreras: las licenciaturas en filosofía, historia, letras y ciencias; en la Escuela Normal Superior, los ciclos para aspirantes a títulos de profesor universitario (de materias especiales) en "Escuelas Secundaria, Preparatoria y Normales, de Director y de Inspector de Escuelas Primarias [...]", y se estableció la organización para que los estudios de las "disciplinas filosóficas y científicas, históricas y literarias" quedaran "sistematizados [...] de manera que puedan otorgarse los grados de licenciado, maestro y doctor en cada una de esas ramas del saber".[48]

El carácter de esta dependencia universitaria se había ido formando y templando a lo largo de los años: primero como Escuela, después como Facultad de Altos Estudios y, posteriormente, como Facultad de Filosofía y Letras. Su existencia nunca fue fácil, a pesar de que, como decían quienes la objetaron en sus primeros años de vida, había nacido cubierta con ricas vestimentas en un país en el que imperaba la pobreza. A decir verdad, en sentido estricto, fue muy poco el tiempo que disfrutó de cierto desahogo para el desempeño de sus tareas y una buena parte de este lapso tuvo que probar una y otra vez que sus actividades tenían un sentido y una razón de ser, lo cual no resultó sencillo, en tanto que no acababa de definir cabalmente su campo de acción.

De manera singular para lograr ser entendida —como lo quería Chávez años atrás— la Facultad tuvo que asumir un continuo ejercicio de definición y autognosis que favoreció el sentimiento comunitario de sus miembros. Sin embargo, la definición interna no era todo. El escaso apoyo gubernamental con el que contó para desempeñar sus funciones generó problemas severos aunque, por otra parte, fue uno de los factores que dieron significativas libertades a la naciente Facultad de Filosofía y Letras, permitiendo el arraigo de uno de los elementos que la han caracterizado con mayor firmeza: la independencia ideológica.

Altos Estudios fue uno de los escenarios del gran debate educativo de aquellos años y que parecía colocar al país ante una dramática disyuntiva: *educar a la niñez y preparar a los futuros profesores o investigar y crear conocimientos del más alto nivel.* Las circunstancias del país en esos momentos sugerían que era imposible satisfacer ambas, simultáneamente y con la misma intensidad; sin embargo, la reciedumbre de la tradición intelectual mexicana, aparejada al compromiso social de la Revolución, hacía inimaginable prescindir de alguna de ellas.

Así, después de una prolongada lucha interna por jerarquizar las funciones educativas,[49] se promulgó, a principios de 1929, el decreto en el que se establecía el funcionamiento, por separado, de Filosofía y Letras y la Normal Superior. Ello permitiría al gobierno —se razonó entonces— atender con éxito "tanto al desenvolvimiento de la investigación científica y filosófica que tiene a su cargo la Facultad de Filosofía y Letras cuanto a la formación de maestros dotados de una preparación técnica superior". Además, se suprimió de la Facultad de Filosofía y Letras la expresión de ser "para graduados", pues aparte de que este último título no se requiere para precisar la naturaleza de la Facultad, es bastante para sobrentender que en ella harán los graduados sus cursos especiales.[50]

La diferenciación disciplinaria, sin embargo, no significó que Filosofía y Letras remontase los problemas que había vivido su predecesora. Durante las décadas de los treintas y cuarentas, en buena medida como resultado de la tendencia universal hacia la especialización del conoci-

miento, se desprendieron de la Facultad de Filosofía y Letras tanto la Facultad de Ciencias, como los institutos y centros de investigación.

Filosofía y Letras tuvo que validar su sentido y su razón de ser en repetidas ocasiones dentro del marco de la vida educativa nacional y enfrentar, como en otro tiempo, los reclamos de la "inutilidad" de las disciplinas que en ella se cultivaban. También recorrió un arduo camino para definir, internamente y en la práctica, el ámbito de las humanidades. Sin embargo, como puede advertirse por algunos datos precedentes y que solamente tienen un carácter indicativo, entre 1910 y 1924 quedaron prefigurados los elementos característicos y propios de la Facultad, esenciales para el cultivo, la enseñanza y la difusión de las disciplinas humanísticas. Después —y aunque, como es natural, cambien nombres y circunstancias—, la vida de la Facultad denota una continuidad dinámica en su transcurrir, a lo largo de siete décadas. Muchos de los alumnos, activos y presentes en los primeros tiempos, serán los profesores y los investigadores del futuro, formándose, aprendiendo de esta infinitud de ideas que expresan formas distintas de practicar la reflexión.

Con el tiempo, la Facultad de Filosofía y Letras consolidó sus perfiles humanísticos, presentes desde los primeros tiempos de Altos Estudios, y se enriqueció con la pluralidad de ideas que permitió la amplitud de sus potenciales espacios de conocimiento. La presencia del exilio español en los años cuarentas fue un nutriente muy rico y obró como un catalizador de aquellas ideas a las que aludiera Lombardo Toledano en 1917.

Filosofía y Letras fue así el gran laboratorio de una porción muy considerable del mundo intelectual del México de este siglo; fue una república sin fronteras. Ahí se fraguaron los grandes maestros, los investigadores de renombre, los defensores más connotados de las humanidades. En Filosofía y Letras la conferencia o el curso se fecundaron para convertirse en artículos, en ensayos, en una obra, muchas veces de alcance internacional. Al mismo tiempo, ella fue receptora y destinataria de las primicias académicas de intelectuales de grandes vuelos.

Por todo esto, los homenajes, los reconocimientos al maestro y a la obra han sido en ella algo cotidiano, pero no sólo al profesor con el que se compartía el aula, sino aquél distante por tiempo y espacio, pero que a través de sus exégetas hacía discípulos rompiendo el cerco, de otro modo inexorable, de la temporalidad y el espacio.

Muy pronto, los profesores y estudiantes asumieron a la Facultad como algo propio: se agruparon en diversas formas para emprender trabajos académicos, organizar conferencias, mesas redondas, homenajes y publicaciones. La propia movilidad de los cursos, las varias disciplinas que en ella se enseñaban y las continuas modificaciones de planes de estudio permitieron a miembros de una misma generación estudiantil conocer una gama muy rica del ejercicio intelectual.



Público asistente a la solemnísima celebración del IV centenario de la Universidad de México. Al fondo, los doctores *honoris causa*.

La Facultad heredó la certeza de que estaba destinada a realizar estudios del más alto nivel, de la mayor profundidad y excelencia, y adquirió, en el curso de su proceso de gestación, temples propios en la medida que en ella coexistieron la tradición y el cambio.

Conmemorar hoy los setenta años del establecimiento de la Facultad de Filosofía y Letras, haciendo mérito de su difícil gestación, los avatares de su transcurrir y la misión social que siempre le estuvo reservada, permite concluir que su institución formal fue un hito para la vida intelectual de México.

En efecto, con el decreto de 1924 se abrió un espacio propio para las tareas de reflexión e investigación en el campo de las humanidades y de las ciencias. Desde entonces, como ámbito plural y crítico, Filosofía y Letras ha vivido bajo el signo de Atenea. Fiel a la advocación bajo la cual colocó Justo Sierra a la Escuela de Altos Estudios —su antecesora— nuestra Facultad ha sido un terreno fértil y natural para el ejercicio de la inteligencia.

Notas

[1] Agradezco a Carmen de Luna su valiosa ayuda en la investigación que sirvió de base a este trabajo. También deseo dejar constancia de la colaboración de Carla Zurián de la Fuente, de Consuelo Valdés, así como del inapreciable apoyo del personal del Centro de Estudios Sobre la Universidad: Celia Ramírez López, coordinadora del Archivo Histórico, Gustavo Villanueva Bazán, jefe del Área de Acervo Documental, Carmen Martínez Chávez, Eduardo Aguirre García e Irma Muciño Ávila, quienes nos dieron todas las facilidades para la consulta de los fondos documentales que tan celosa y eficazmente resguardan, al igual que el personal de la Biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras, especialmente a Elsa Barberena, coordinadora de la Biblioteca, así como a Cecilia Tercero, Filiberto García Solís y Roberto García Moreno.

[2] Para esta aproximación a la historia de la Facultad de Filosofía y Letras se ha utilizado, principalmente, el material contenido en el Centro de Estudios Sobre la Universidad (Ramo Escuela de Altos Estudios-Filosofía y Letras y Ramo Rectoría), y el que se localizó en los boletines de la Universidad Nacional. Asimismo, aun cuando no se citan expresamente en el texto, se revisaron las *Actas de las Sesiones del Consejo Técnico* de 1954 a la fecha, varios informes y boletines de distintas administraciones de la Facultad y la sección de noticias de la revista *Filosofía y Letras* (1941-1957).

El trabajo de Beatriz Ruiz Gaytán, pionero en el estudio del tema, ha servido de punto de referencia para penetrar en un tema enormemente complejo. (Beatriz Ruiz Gaytán, *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras, con un apéndice sobre la Casa de Mascarones por el Dr. Francisco de la Maza*. México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, UNAM, 1954.

Asimismo, fuente importante fue la investigación que realizó la maestra Libertad Menéndez para su tesis doctoral, intitulada *La Escuela Nacional de Altos Estudios y la Facultad de Filosofía y Letras. Planes de estudios, títulos y grados. 1910-1990*, trabajo que en breve presentará ante el sínodo para optar por el grado de doctora en Pedagogía.

[3] "Alocución pronunciada por el Lic. Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la primera sesión del Consejo Universitario", en *Cuadernos* del Archivo Histórico. México, UNAM, CESU, núm. 1, enero-abril, 1982, p. 100.

[4] *Idem*.

[5] "Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la Inauguración de la Universidad Nacional", en *ibid.*, 22 de septiembre de 1910, p. 75.

[6] *Ibid.*, p. 77.

[7] "Alocución pronunciada por el Lic. Ezequiel A. Chávez", *loc. cit.*, p. 101.

[8] "Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Ezequiel A. Chávez , Subsecretario de Educación Pública y Bellas Artes, en la Inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios",en *ibid.*, 18 de septiembre de 1910, p. 51.

[9] Recuérdense, a este propósito, algunas disposiciones legislativas: la Ley de la Universidad Nacional, promulgada en abril de 1914 por el gobierno de Victoriano Huerta, cuando Nemesio García Naranjo era secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; la iniciativa convencionista para establecer la autonomía de la Universidad y las disposiciones constitucionalistas en este misma materia.

[10] En este sentido, resulta contrastante con la penuria que sufrió Altos Estudios durante los años de la lucha revolucionaria la holgura económica con la que se previó la estadía de James Mark Baldwin, preparada cuando todavía Justo Sierra estaba al frente de la Secretaría de Instrucción Pública. *Cf.* "Acuerdo Presidencial que crea

la clase de Psicosociología en la Escuela Nacional de Altos Estudios". UNAM, CESU, Archivo histórico, Fondo de la ENAE, caja núm. 4, exp. núm. 52, fs. 1514-1516. 21 de septiembre de 1910.

[11] Los detalles de este debate, así como algunas de las críticas del positivismo ortodoxo a la Universidad, se pueden consultar en Gloria Villegas Moreno, "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", en *Memorias del primer encuentro sobre historia de la Universidad*. México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1984. pp. 76-106.

[12] "Informe rendido por el Director [Porfirio Parra] de la Escuela Nacional de Altos Estudios acerca de la marcha del mismo establecimiento en el año escolar de 1910-1911", UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 7, exp. núm. 136, fs. 3535-3550; "Informe complementario", presentado por Porfirio Parra. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 7, exp. núm. 136, fs. 3556-3563, 14 de junio de 1912.

[13] "Dictamen que acerca de los cursos que deban establecerse en la Escuela Nacional de Altos Estudios con el carácter de necesarios y de los que deban instituirse con el carácter de útiles, presenta la Comisión nombrada al efecto por el H. Consejo universitario". México, Imprenta de Stephan y Torres, 1912, 10 pp. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja 72, exp. 1042, p. 4.

[14] *Vid. supra*. Libertad Menéndez, "La Facultad de Filosofía y Letras, breve síntesis de su trayectoria pedagógica", contenido en este mismo volumen, en el que da cuenta de los cambios operados en los planes de estudio, desde 1910 hasta 1990.

[15] "Informe que presenta Honorato Bolaños, Secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios". UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 8, exp. núm 150, f. 4194, 1914.

[16] Iniciativa del profesor Salvador E. Altamirano dirigida al Consejo Universitario sobre reformas a la organización de la Universidad. UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 5, exp. núm. 73, fs. 02064-02069, 24 de julio de 1912.

17 "Oficio del director de la Escuela de Altos Estudios al rector de la Universidad". UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 39, exp. núm. 762, fs. s/n, 30 de junio de 1913.

[18] Ezequiel A. Chávez, "Acotaciones a propósito de iniciativas o mociones que puedan tener por fin destruir la Universidad Nacional o la Escuela de Altos Estudios". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 5, exp. núm. 64, f. 01642, 9 de mayo de 1913.

[19] "La Escuela Nacional de Altos Estudios. Su Origen y Necesidad Social", s/firma. UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 2, exp. núm. 17, f. 346, 25 de septiembre de 1914.

[20] UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 8, exp. núm. 150, f. 4197.

[21] Jesús Díaz de León, "Informe de los trabajos realizados en esta Escuela en el año académico de 1914 (precedido de una 'Breve reseña de la Historia de la Facultad Nacional de Altos Estudios, hasta 1913'". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, exp. núm. 154, f. 4375, 15 de mayo de 1915.

[22] *Idem*.

[23] Jesús Díaz de León, Informe sobre los trabajos que en la Escuela de Altos Estudios, se han realizado durante el mes de mayo del presente año académico (1915). UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 4, exp. núm. 76, fs. 1840-1841, 2 de junio de 1915.

[24] "Lista nominal de los profesores que prestan sus servicios en este Establecimiento [Escuela de Altos Estudios] de mi cargo [Jesús Días de León] y que desempeñan dos o más empleos de carácter docente o administrativo". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, fs. 1833-1834, 26 de junio de 1915.

[25] "Acta firmada por los profesores de esa Facultad [Altos Estudios] en que manifiestan prestar sus servicios a la Patria". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 17, exp. núm. 353, fs. 10806-10807, 27 de junio de 1916.

[26] Enrique Schulz, "Altos Estudios. Historia", en *Boletín de la Universidad*. Órgano del Departamento Universitario y de Bellas Artes. T. I, núm. 1, diciembre de 1917, p. 105.

[27] Vicente Lombardo Toledano, "La Universidad Nacional". Discurso pronunciado en ocasión del 7° aniversario de la Universidad, en *ibíd.*, pp. 248-264.

[28] "Lista de las Sritas. Alumnas de la Facultad de Altos Estudios, que tuvieron a su cargo el desempeño de las Conferencias Científicas efectuadas en el presente año académico, con expresión de los cursos a que correspondieron...". UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 4, exp. núm. 80, fs. 2143-2144.

[29] UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 5, exp. núm. 83, f. 2217.

[30] Antonio Caso, "Circular a los C.C. Profesores de los Cursos Ordinarios y de los Libres Preparatorios establecidos en esta Facultad". UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 5, exp. núm. 88, f. 2286, 19 de septiembre de 1919.

[31] Memorándum dirigido al director de la Escuela de Altos Estudios, por Felipe Sierra. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 20, exp. núm. 438, fs. 12588-12590, 3 de febrero de 1919.

[32] "Declaraciones del Señor Licenciado Don José Vasconcelos con motivo de la toma de posesión del cargo de Rector de la Universidad Nacional de México", en *Boletín de la Universidad*, T. I, núm. 1, agosto de 1920, p. 813.

[33] "Noticias Universitarias", en *ibid.*, p. 89.

[34] Solicitud del rector de la Universidad Nacional al director de la Facultad de Altos Estudios. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 5, exp. núm. 93, f. 2477.

[35] Ezequiel A. Chávez, "Informe en cuanto a una solicitud firmada por una comisión del Centro de Profesores Normalistas de México, que pide se mutile la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional". UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 20, exp. núm. 446, fs. 12732-12739, 11 de septiembre de 1922.

[36] Ezequiel A. Chávez, *Lo que es la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional en el Sistema Educativo de la República y porque es insustituible*. México, Secretaría de Educación Pública, 1922, p. 5. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 72, exp. núm. 1047.

[37] *Ibid.*, p. 9.

[38] "Facultad de Altos Estudios. Informe Referente al año de 1922", presentado por el director de la misma el 19 de enero de 1923. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 8, exp. núm. 158, fs. 4452-4454.

[39] "Informe presentado por Ezequiel A. Chávez". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 14, exp. núm. 239, fs. 5760-5775, 28 de junio de 1923.

[40] Informe presentado para la *Memoria* de la SEP. UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 16, exp. núm. 336, fs. 10307-10315, 31 de julio de 1924.

[41] *Ibid.*, f. 10318.

[42] Contestación de Pedro Sánchez al director de la Facultad de Altos Estudios. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 21, exp. núm. 453, fs. 12914-12915, 15 de diciembre de 1924.

[43] *Idem.*

[44] "Profesores que han manifestado el deseo de prestar sus servicios a la Facultad de Altos Estudios sin retribución alguna". UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, caja núm. 39, exp. núm. 779, fs. s/n, diciembre de 1924.

[45] Memorial presentado por los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras al rector de la Universidad. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, fs. s/n, 30 de diciembre de 1924.

[46] Acuerdo de la asamblea de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, CESU, Fondo de la ENAE, f. s/n, 5 de enero de 1925.

[47] "Remitiendo datos por el Informe Presidencial", del director de la Facultad de Filosofía y Letras al secretario general de la Universidad Nacional. UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 16, exp. núm. 337, fs. 10403-10409, 19 de julio de 1926.

[48] "Informe que rinde el Secretario General de la Universidad Nacional, sobre las labores desarrolladas en la misma, durante el mes de febrero de 1917", en *Boletín de la Universidad Nacional de México*. México, UNAM, núms. 2, 3, y 4, p. 19, febrero-marzo-abril de 1927.

[49] Pedro de Alba, "Acuerdo para el señor Rector de la Universidad y el C. Secretario de Educación Pública para que se permita el funcionamiento independientes de las Direcciones de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela Normal Superior". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría.

[50] Emilio Portes Gil, "Decreto Presidencial que establece la separación de la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela Normal Superior". UNAM, CESU, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja núm. 6, exp. núm. 125, f. 3473, 1º de febrero de 1929.

La filosofía: su itinerario de la Real y Pontificia Universidad de México a la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México

Margarita Vera Cuspinera

Los orígenes iluminan el presente y el porvenir. El retorno a los inicios, a la génesis de un hecho, proceso, persona o institución nos permite una comprensión más cabal. Nada como volver a los principios para conocer el fondo de los sucesos, el qué y el cómo de lo que es u ocurre en el presente, e incluso para barruntar el porvenir, para contar con una explicación más precisa. Y recordemos que explicar, en su sentido etimológico, remite a "desplegar", a desdoblar lo que se halla plegado.

En estas páginas me propongo exponer, desde sus orígenes, el despliegue de la filosofía en sus grandes momentos, su desenvolvimiento, asociado siempre y casi exclusivamente con la Universidad, en un intento de dar cuenta del por qué y cómo la filosofía es lo que es, aquí y hoy, es decir, en la Facultad de Filosofía y Letras, en el septuagésimo aniversario de su constitución.

Justo Sierra, en su conceptuoso discurso de la fundación de la Universidad Nacional, señaló que ésta tenía raíces mas no historia. Su afirmación obedece a razones políticas, ya que no se atiene rigurosamente a los hechos. La Facultad de Filosofía y Letras posee raíces e historia. Es el resultado de un largo proceso, tan dilatado como el de la institución universitaria que nació en la Edad Media. Por su parte, la filosofía se halla entreverada con la historia misma del hombre, con su vida. La filosofía que hoy se cultiva en esta Facultad es resultado del milenario devenir de aquélla, anudado fuertemente con la historia de nuestro país y de la institución que la ha albergado.

En efecto, la filosofía, así como las letras, forma parte de la vida de nuestra Universidad desde el momento mismo en que se reconoció la

necesidad de crear una institución que en la Nueva España se dedicase a los "estudios generales". Su existencia, las modalidades que ha adoptado, están enraizadas en la Universidad y, en el caso de la primera, ha seguido de cerca, cuando no ha orientado la vida nacional. La filosofía ha estado presente en los debates políticos; se ha visto asociada lo mismo a los deseos de "ganar el cielo" que de conseguir el poder terrenal. Ha presidido la gestación de la Real y Pontificia Universidad de México al igual que combatido en favor de los principios más caros de la Universidad contemporánea.

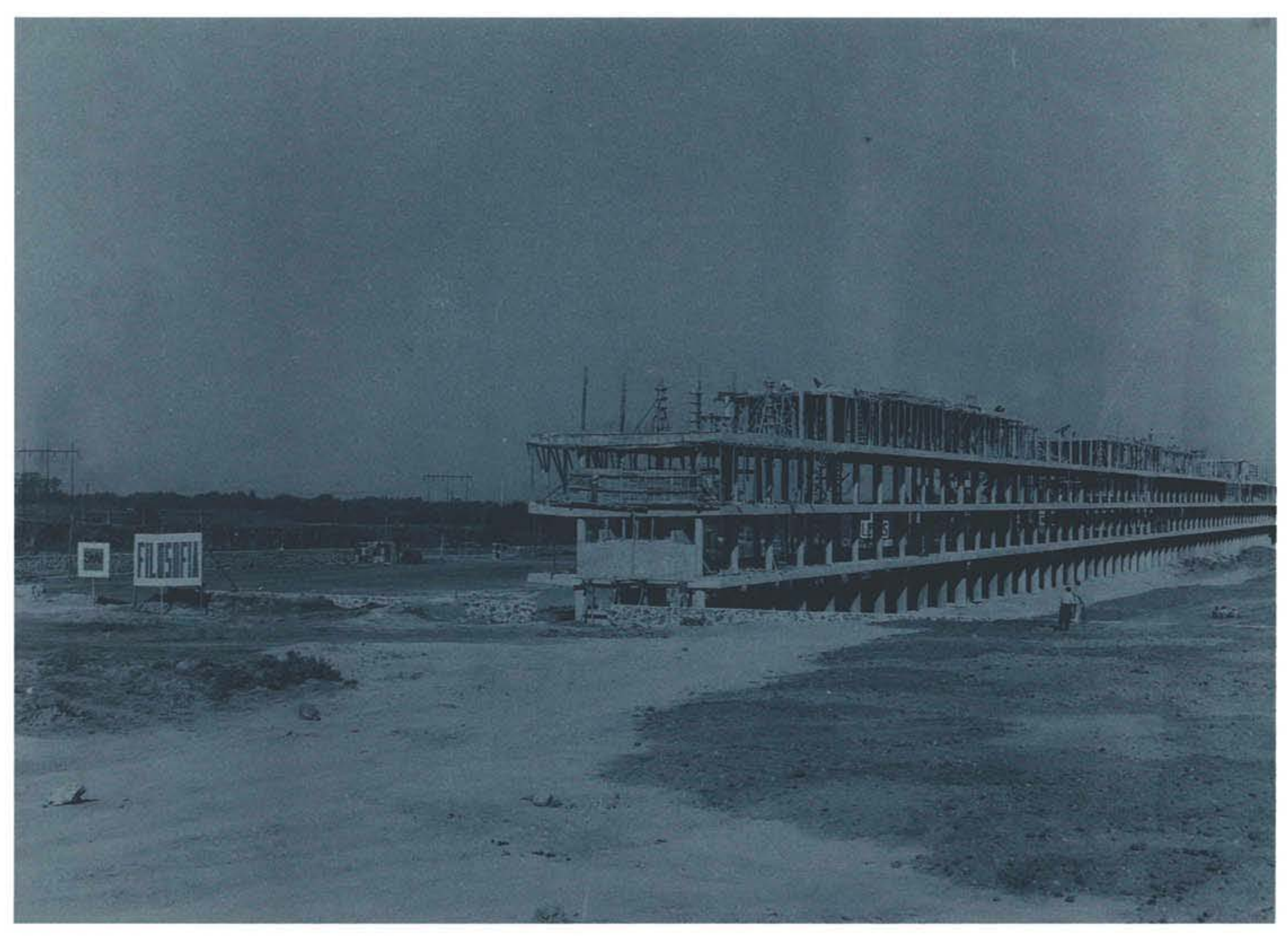
El proyecto religioso

Época colonial

Aun antes de la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México, en las casas conventuales y colegios de las diversas órdenes religiosas, y como parte de los estudios generales, asociados tradicionalmente en la Europa medieval a las universidades, se leía teología, filosofía, moral, lógica, retórica, gramática. No hay que olvidar la meritoria labor que desempeñaba el agustino fray Alonso de la Veracruz (Alonso Gutiérrez), estudioso y comentador de Aristóteles y de santo Tomás, quien, por decisión del Capítulo provincial de noviembre de 1540 y hasta 1542, leyó Artes (que así se denominaba entonces a la filosofía) y Teología, en Tiripitío, al igual que en Tacámbaro y Atotonilco. Ya provincial de su orden y por encargo del virrey, diez años después tuvo parte decisiva en los preparativos para crear la Universidad. Asimismo, cabe señalar que en 1540, en el convento de los dominicos en la ciudad de México, se designa profesor de Filosofía a fray Bernardo Gómez, y que, entre los franciscanos, fray Juan de Gaona enseña la misma disciplina.

Así pues, la destacada labor precedente de las diferentes órdenes religiosas creó un ambiente propicio para apoyar las peticiones de fundar una universidad en la capital del Virreinato de la Nueva España. Las casas conventuales se habían convertido en centros de irradiación de la cultura española, pues albergaban tanto cátedras dedicadas a leer a santo Tomás y a Escoto, como selectas bibliotecas y, en su momento, proveyeron a la Universidad de profesores y alumnos.

Habiendo solicitado antes la creación de una imprenta, de una biblioteca y del estudio episcopal con un lector de Gramática, en 1536 el erasmista franciscano y primer obispo y arzobispo de la Nueva España, fray Juan de Zumárraga, da a sus procuradores ante el Concilio de Trento, a celebrarse en Mantua en mayo del año siguiente, la instrucción de hacer presente al emperador su solicitud de que se cree una universidad. La nueva cristiandad se encuentra con muchos errores y



Inicios de la cimentación de la Facultad de Filosofía y Letras en el terreno designado para su construcción. Ciudad Universitaria, 10 de febrero de 1951.

dudas y, se señala en el capítulo séptimo de la instrucción, "no hay universidad de letras a donde recurrir y las desas partes están tan distantes; parece que no hay parte alguna de cristianos, donde haya tanta necesidad de una universidad a donde se lean todas las facultades y ciencias y sacra theología". Por ello, abundaban los procuradores de Zumárraga, "suplica a S. M. el Obispo, mande en todo caso establecer y fundar en esta gran ciudad de México, una universidad, en la que se lean todas las facultades que se suelen leer en las otras universidades y enseñar, y sobre todo artes y teología, pues de ello hay más necesidad".

La solicitud del obispo revela el *status* de la filosofía colonial: la filosofía se vincula con la teología y opera como un elemento fundamental del proyecto evangelizador. Aquélla, en este momento, no vale por sí, sino en tanto que forma parte de un *corpus* teórico, en el cual ocupa el lugar preeminente el saber teológico y en la medida en que, aunadas, sirven a un fin trascendente: la salvación de los naturales de las nuevas tierras.



Parte del equipo de arquitectos encargados de Ciudad Universitaria. De izquierda a derecha, Domingo García Ramos, Vladimir Kaspé, Enrique de la Mora (de espaldas), Homero Martínez de Hoyos, Manuel de la Colina, Alonso Mariscal, Mario Pani, Manuel Pizarro, Enrique Landa, Enrique del Moral y Ernesto Gómez Gallardo.

Lo mismo vale para la Universidad, ya que se pensaba que en ella debía formarse el clero y así fortalecer a la naciente Iglesia americana y, en consecuencia, apoyar la viabilidad de la evangelización. Así pues, universidad y filosofía tienen esencialmente un sentido apostólico. La Cédula Real del 21 de septiembre de 1551, manifiesta, sin lugar a dudas, esta finalidad religiosa de la institución, pues se trata de "un estudio y Universidad de todas ciencias donde los naturales y los hijos de españoles, *fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica*".

La filosofía que se enseñó en esa Universidad no podía ser otra que la escolástica, la aristotélico-tomista, reformada y enriquecida por los filósofos españoles como Francisco Vitoria (1489-1546), Melchor Cano (1509-1560), Domingo de Soto (1494-1560) y el "doctor eximio" Francisco Súarez (1548-1687).

Dentro del humanismo y la Reforma se habían formulado severas críticas a la escolástica tradicional, pues se había petrificado en fórmulas y repeticiones; trataba infinitas cuestiones inútiles, postergando los nuevos problemas urgidos de soluciones, y había cancelado el principio de indagación en favor del *magister dixit*. Como frutos del ímpetu renovador de los maestros españoles, especialmente de Salamanca y Alcalá, se conoce mejor a Platón, Aristóteles y Porfirio; se estudian las lenguas clásicas; se enriquece la temática tradicional con los problemas que plantea el Nuevo Mundo. De esta transformación da cuenta la expresión de Vitoria: "no hay cuestión humana que no interese a un teólogo".

El estudioso del pensamiento mexicano de los siglos XVI y XVII, José María Gallegos Rocafull, define en estos términos la orientación filosófico-teológica de la Universidad:

> Los temas que principalmente se estudian son los que expone Aristóteles en todo el *Organon*, en los libros *De anima*, en los *Físicos* y *Meteorológicos* y en los *De generatione et corruptione*. Sobre estas materias versan las clases universitarias y de estos libros se sacan los puntos o cuestiones que se discuten en los grados académicos y en las oposiciones a las cátedras de filosofía o artes, como entonces se decía. A los que las cursan se les dan unas cuantas nociones físicas, astronómicas, biológicas y psicológicas, y entreverados con ellas puntos fundamentales de la metafísica, pero sobre todo se les pertrecha de una afilada preparación dialéctica, que aun estando muy podada en esos tiempos, a muchos les parecía desmesurada.

Además de los libros de Aristóteles mencionados, se incluían como materia de examen los de algunos comentaristas, como es el caso de Porfirio.

La nueva institución se nutrió con esas ideas, y sus estatutos y procedimientos siguieron las pautas de las universidades españolas, señaladamente la de Salamanca. Esta relación tuvo un cauce vivo, pues algunos de los profesores más notables de la novohispana se habían formado en los grandes centros europeos de renovación filosófica y teológica.

Entre los maestros fundadores de la Real y Pontificia Universidad estaban Juan Negrete, maestro en Artes de la Universidad de París, y el primero que contó con nombramiento y estipendio asignados. De él dice su colega de retórica Francisco Cervantes de Salazar: "Asombra su saber en filosofía y matemáticas, y porque nada le falte para abrazar todas las ciencias, tampoco ignora la medicina". El célebre latinista Cervantes de Salazar, amigo y quizá también discípulo de Luis Vives, tuvo el encargo de inaugurar los cursos de la Universidad con una oración en latín, y posteriormente fue rector de la institución.

El canónigo Juan García impartió la primera clase de Artes (filosofía), "comenzando su lectura el 5 de junio de 1533 [*sic*], de 8 a 9 de la mañana [...]; la lección que nuestro catedrático comenzó a leer se dice haber sido la Lógica del P. Maestro Fray Domingo de Soto". Al respecto de este profesor señala lo siguiente Gallegos Rocafull: "Del Doctor Juan García, primer catedrático de artes, no se sabe que dejara escrito alguno filosófico, ni aun que fuera aficionado a estos estudios". Su sucesor, fray Pedro de Pravia, ocupó la cátedra en 1558.

Asimismo aparece en la nómina de los primeros profesores de la Real y Pontificia Universidad fray Alonso de la Veracruz, al decir de Cervantes de Salazar,

> [...] el más eminente maestro en artes y en teología que haya en esta tierra, y catedrático de prima en esta divina y sagrada facultad: sujeto de mucha y varia erudición, en quien compite la más alta virtud con la más exquisita y admirable doctrina.

Fray Alonso había estudiado gramática y retórica en la Universidad de Alcalá de Henares, y artes y teología en la de Salamanca, donde escuchó las lecciones de Francisco de Vitoria y de la cual, posteriormente, fue catedrático de Artes, al igual que en las casas de estudios de su orden. En la recién fundada institución, fray Alonso instituye la cátedra de santo Tomás, "con las mismas calidades y preeminencias que la de Prima de Teología", y en la cual habrán de formarse muchos maestros de la Universidad y de los colegios; enseña, además, Artes y Teología. Sus tres obras filosóficas configuran el curso de Artes: *Recognitio summularum*, *Dialectica resolutio* y *Phisica speculatio*.

En la primera de ellas, publicada en Alcalá de Henares y elaborada según el modelo de Pedro Hispano, destaca su preocupación didáctica:

> [...] consideraba yo y con frecuencia le daba vueltas en mi ánimo, cuánto aceite, sueño y tiempo había en otro tiempo consumido, o más bien perdido, aprendiendo aquellos caudatos silogismos, aquellas oposiciones completamente inútiles y otras cosas por el estilo, que más bien ocupan y abruman al entendimiento que no lo pulen, aguzan y adornan, que dañan más que ayudan [...]

La segunda está dedicada a "la ínclita Universidad Mexicana que florece en la Nueva España". La tercera, la da a la estampa en la ciudad de México, por lo que, al decir de Oswaldo Robles "es el primer curso filosófico publicado en el Nuevo Continente".

Fray Alonso se ocupa también de asuntos que plantea la evangelización. En su *Relectio de decimis* sostiene que los indios no están obligados a pagar diezmos y que hacerlo dañaría su conversión; y en su principal trabajo teológico, *Speculum coniugiorum*, aborda el grave y candente problema de la validez del matrimonio que habían contraido los indios antes de convertirse.

En relación con la obra del maestro salmantino escribe Robles:

> Estamos bien seguros de que quien recorra los tratados alonsinos no podrá dudar un instante, ni de la importancia docente que entrañaron para las juventudes novohispanas, ni tampoco de la calidad misma de las reflexiones del fundador de la enseñanza filosófica en América [...]

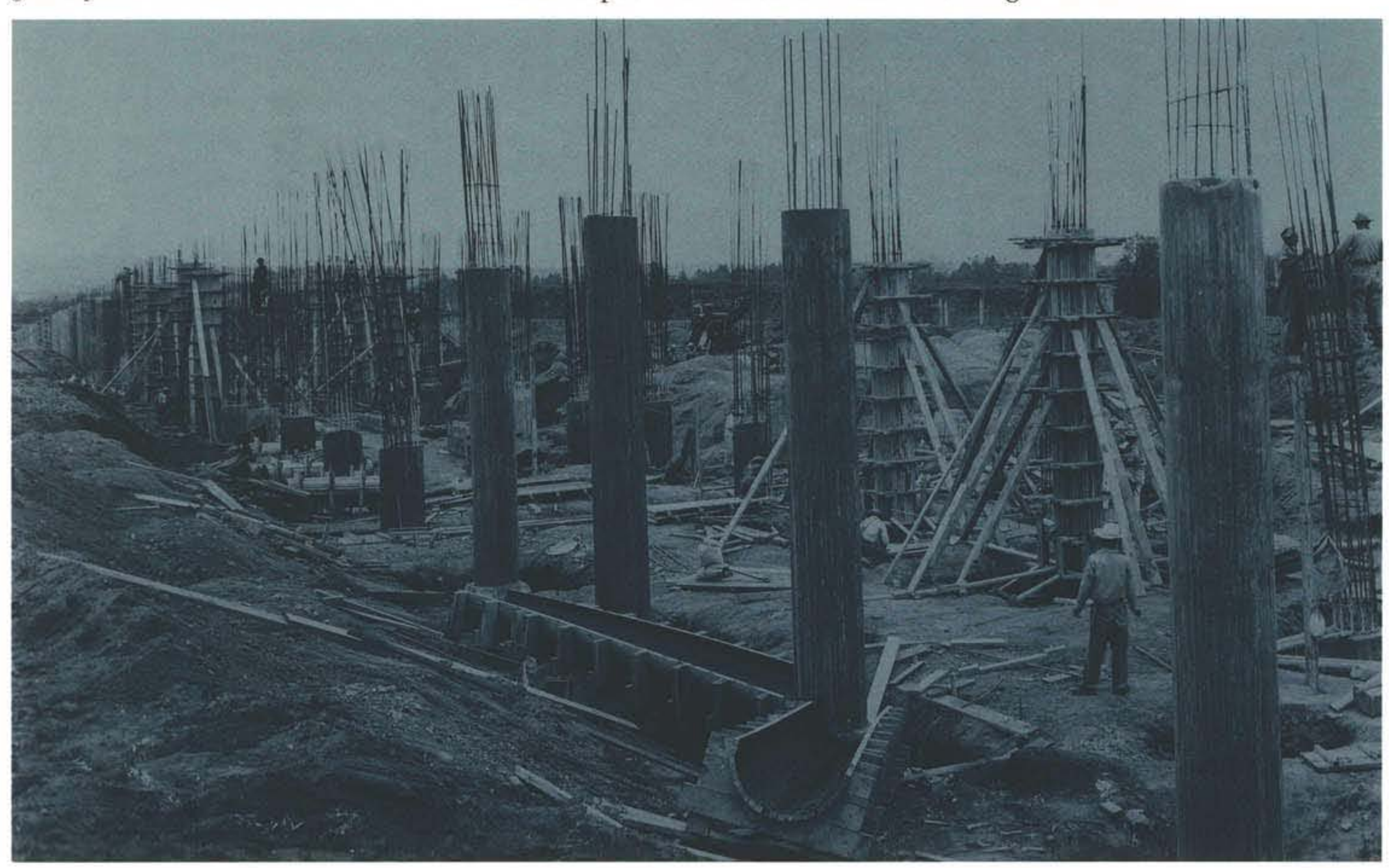
Los estudios de artes se hacían en tres años y comprendían la lectura de las *Súmulas* de Gaspar Cardillo de Villalpando, comentador de

Aristóteles y, de fray Domingo de Soto, la *Lógica* y la *Física*. El 13 de junio de 1553 se matricularon los primeros alumnos de filosofía en la Universidad, que fueron siete, según la nómina que proporciona Gallegos Rocafull. Para obtener el grado en filosofía se tenía como base la *Física* de Aristóteles, según un curioso procedimiento: con un cuchillo, al azar, se señalaban tres puntos acerca de los cuales el candidato debía escoger "el texto de las seis planas que se abran del libro" y en una hora enviar "conclusiones a todos los doctores que han de asistir al examen".

En los Estatutos de don Pedro Farfán, oidor de la Real Audiencia de México, uno de los juristas más notables de la Colonia y dos veces rector de la Universidad, se dispone, en el título octavo, "De las cátedras de Artes", que se lea "Metafísica y Philosofía moral", además de las *Súmulas* y la *Lógica*, y en el siguiente título añade: "ordeno y mando que en leer de las cátedras de Gramática y Retórica se guarde el Estatuto de Salamanca [...]".

Según las Constituciones o estatutos del virrey don Rodrigo Pacheco Ossorio, Marqués de Cerralvo, de 1625, en su título trigésimo noveno, se da especial énfasis a la cátedra de Lengua mexicana.

Mientras que los arquitectos proyectistas del conjunto de Ciudad Universitaria fueron Mario Pani y Enrique del Moral, el equipo integrado por Enrique de la Mora, Enrique Landa y Manuel de la Colina fueron los encargados de la solución arquitectónica para la Facultad de Filosofía y Letras. En la fotografía aparecen los cimientos de la misma.



Como en todos los casos, el candidato a enseñarla debía someterse a oposición, previa convocatoria, y dada la importancia de esta cátedra, se ordenaba difundirla no sólo en la capital sino también en las principales ciudades del reino. En 1580, por Cédula Real, se había dispuesto la creación de una cátedra "de lengua de indios", lo que no ocurrió, probablemente debido a las penurias económicas de la Universidad.

Los cursos de Artes tenían un carácter propedéutico: "son los principios que los estudiantes deben tener para sus estudios". Es decir, eran antecedente obligado para pasar a las facultades mayores: Derecho, Medicina, Teología y Sagrada Escritura. En el caso de los estudios previos para quienes quisiesen ser téologos o médicos, dichos cursos tenían una duración de cuatro años.

La Universidad colonial, a lo largo de su historia, acogió o produjo maestros de calidad dispar. Los hubo magníficos como el dominico Bartolomé de Ledesma, profesor de Teología en la Universidad y obispo de Oaxaca; fue una autoridad reconocida en esa materia. Su hermano en la orden, fray Pedro de la Peña, fue el primer catedrático de Prima teología y discípulo de fray Domingo de Soto. Fray Pedro de Pravia había descollado en Salamanca; en la Real y Pontificia leyó Artes; profundo conocedor de santo Tomás, fue su discípulo Tomás Mercado. Éste, a su vez, si bien se formó en el convento de Santo Domingo de la ciudad de México, fue profesor de Teología en la Universidad; traductor de Aristóteles y comentador de Pedro Hispano. Fray Francisco Naranjo, de la orden de los Predicadores, tomó posesión de la cátedra de santo Tomás en 1638, después de estar vacante muchos años. "Mención especial —asegura Gallegos Rocafull— merece don Juan Díaz de Arce, primero profesor de Filosofía en la Universidad y más tarde de Sagrada Escritura, canciller de la Universidad, canónico lectoral de la Catedral [...]".

La cátedra de Artes en la Universidad no estuvo, por lo general, a cargo de los más eminentes profesores, pues éstos se ocupaban de la de Teología y sólo temporalmente leían Artes, es decir, filosofía. Gallegos Rocafull da cuenta así del hecho:

> La escasa consideración que tenía la cátedra de artes explica que sólo excepcionalmente los que la regentearon se entregaran por completo a los estudios filosóficos; la desempeñaban de ordinario para hacer méritos y darse a conocer en los círculos universitarios, con lo que tenían mayores probabilidades de alcanzar las cátedras importantes, las primeras de las cuales eran las de teología, aunque también hubo profesores de artes que pasaron a Sagrada Escritura, a leyes y hasta a medicina.

En el siglo XVII sigue prevaleciendo la filosofía escolástica que se enseña tanto en los colegios religiosos como en la Universidad. Sin

embargo, poco a poco se va infiltrando el pensamiento moderno, principalmente el de Descartes. En la Universidad, don Carlos de Sigüenza y Góngora es uno de los paladines de las nuevas ideas, apasionado por la investigación científica, matemático, astrónomo, historiador, poeta, conocedor de las lenguas indígenas y seguidor de "*Monsieur Des-Cartes*". Los trabajos que nos permiten conocer mejor su pensamiento científico-filosófico son el *Manifiesto filosófico* y la *Libra astronómica y filosófica*, en los cuales examina, a la luz de las ideas de la modernidad, el supuesto efecto de los cometas sobre la vida de los hombres, asunto que preocupaba a la sociedad novohispana a raíz de la aparición del cometa de 1680-1681. La *Libra*, en particular, es una respuesta a las afirmaciones del jesuita alemán Eusebio Kino. En el apartado "Motivos que hubo para escribirla", Sigüenza declara que le compele a la controversia el hecho de que

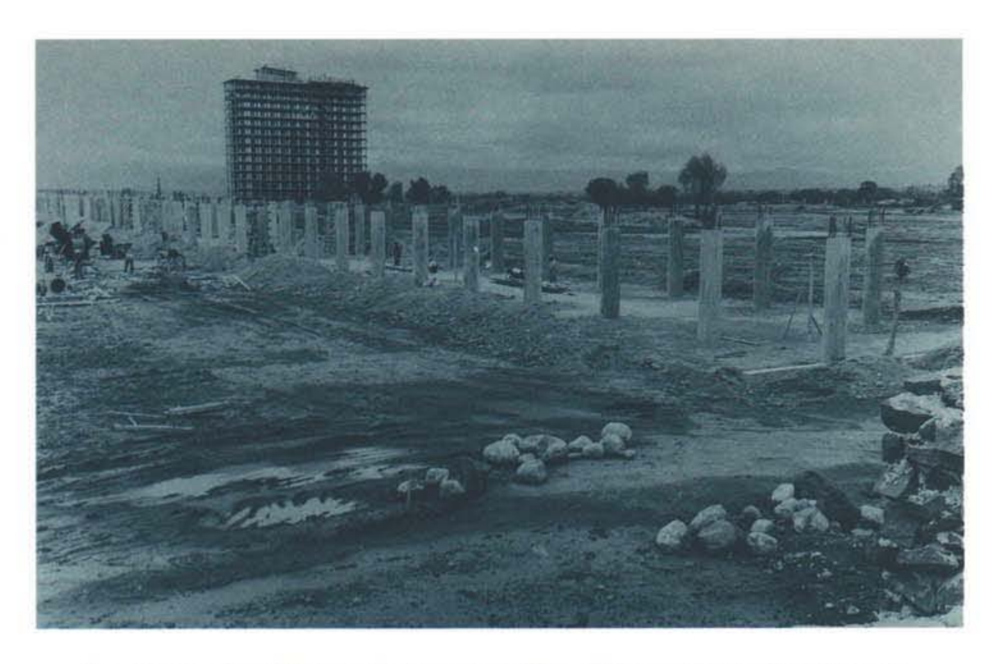
> [...] hallándome yo en mi patria con los créditos tales cuales, que me ha granjeado mi estudio con salario del rey nuestro señor, por ser su catedrático de matemáticas en la Universidad mexicana, no quiero que en algún tiempo se piense que el reverendo padre vino desde su provincia de Baviera a corregirme la plana [...]

Por cuanto a la actitud de Sigüenza en esta polémica, expresa Gallegos Rocafull que en todo momento se revela el polígrafo novohispano "como un hombre de ciencia moderno, ajeno al prestigio de la autoridad, atenido a datos racionales y guiado siempre por el afán de comprobar experimentalmente sus hipótesis [...]".

En la *Libra*, Sigüenza manifiesta el carácter moderno de su pensamiento al contraponer la razón a la autoridad, pues considera que la búsqueda científica es incompatible con el *magister dixit* del pensamiento tradicional, ya que "quien tiene entendimiento y discurso jamás se gobierna por autoridades [...]". Sobre la razón —manifiesta Sigüenza— no priva la palabra de ningún autor, así sea la del mismo Estagirita:

> [...] siendo Aristóteles principe de los filósofos, que ha tantos siglos lo siguen con estimable aprecio y veneración, no merece ascenso [...] cuando se opusieren sus dictámenes a la verdad y razón, que es a lo que deben atender los que pretendieren corran sus dichos con aplauso entre los eruditos.

Frente a las autoridades y a las actitudes dogmáticas, coloca Sigüenza a la razón, al método que recurre a la observación, al cálculo matemático para desechar el error y construir el verdadero conocimiento. Así pues, concluye Laura Benítez en su libro *La idea de la historia en Carlos de Sigüenza y Góngora*, que el análisis de la obra del erudito novohispano nos proporciona la imagen



Cimientos para el "tren" de Humanidades.

> [...] de un científico moderno que aplica el instrumental teórico-empírico al campo de los fenómenos celestes, que lucha críticamente contra el error y que se propone deslindar entre la ciencia, por un lado, y la retórica, la opinión, la autoridad y su propio agnosticismo, por otro [...]

A pesar de la relevancia de profesores como Sigüenza, la Universidad va perdiendo presencia frente a los colegios de las ódenes religiosas. Éstos son más numerosos y tienen cada vez más alumnos, mientras que en aquélla ocurre lo contrario. En 1680, se hace saber a Carlos II que asistían a la cátedra de Prima teología once alumnos y cuatro a la de Vísperas, quince a la matutina de Filosofía y no más de doce a la vespertina. La falta de cursantes era tanta, se señala en la carta, "que muchos días se volvían los catedráticos sin leer, por no tener a quien. Y que donde estudiaban la filosofía era en el Colegio de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús". Aquí se enseñaba Gramática, Humanidades, Retórica, Artes, Matemáticas, Astronomía, Física, Teología, Derecho y Sagrada Escritura.

Los jesuitas, desde su llegada a la Nueva España, en 1571, habían impulsado con gran vigor los estudios filosóficos, al igual que dominicos y agustinos. Los franciscanos, antes consagrados a la evangelización, a partir de la creación, en 1658, de la cátedra de Escoto en la Universidad, y una vez resueltos los más urgentes problemas pastorales, expresan un mayor interés por la filosofía. La cátedra de Suárez se instituyó tardíamente, pues esto no ocurrió sino hasta 1723.

Así como en la Universidad no todo era tradición, lo mismo ocurría en los colegios. En aquélla, Sigüenza, y en éstos, autores como Benito



Avance de la obra de construcción del conjunto arquitectónico de Humanidades.

Díaz de Gamarra y Dávalos o los llamados jesuitas expulsos, se abren gradualmente a la filosofía moderna, sin que ello implique, necesariamente una actitud antirreligiosa.

En efecto, no es sino muy poco a poco, y no sin sospecha, que se fueron infiltrando las ideas modernas, particularmente las cartesianas. El texto de Benito Díaz de Gamarra, publicado en 1774, *Elementos de filosofía moderna*, pasa por la censura de una comisión formada a solicitud del virrey José María de Bucareli, integrada por los doctores de la Universidad y por los profesores de filosofía y teología. Dicha comisión concluye que el mencionado texto

> [...] no sólo contiene la doctrina más sana y la más oportuna para informar las costumbres, sino que también lo más selecto de las doctrinas de los filósofos modernos: así es que después de maduro examen, hemos juzgado que en bien de las escuelas, este volumen impreso sirva a los cursantes de Filosofía [...]

De conformidad con este dictamen, y una vez obtenidas las licencias correspondientes, el libro de Gamarra se adoptó como texto en la Universidad y en otros colegios, ya que tenía un objetivo eminentemente didáctico.

Se trata de un trabajo dedicado a la "juventud americana" y no a "los doctos varones que creen haber alcanzado la filosofía" ni "a aquellos que todos los días sentencian desde el escaño escolar, como desde un trípode, sobre temas mucho muy difíciles, no igualmente mucho muy conocidos para ellos". Gamarra se propone exponer a sus jóvenes alumnos los conocimientos fundamentales respecto de la historia de la filosofía, la lógica, la metafísica (dividida en ontología, psicología y

teología natural) y la ética, pero no puramente en el marco de la filosofía escolástica.

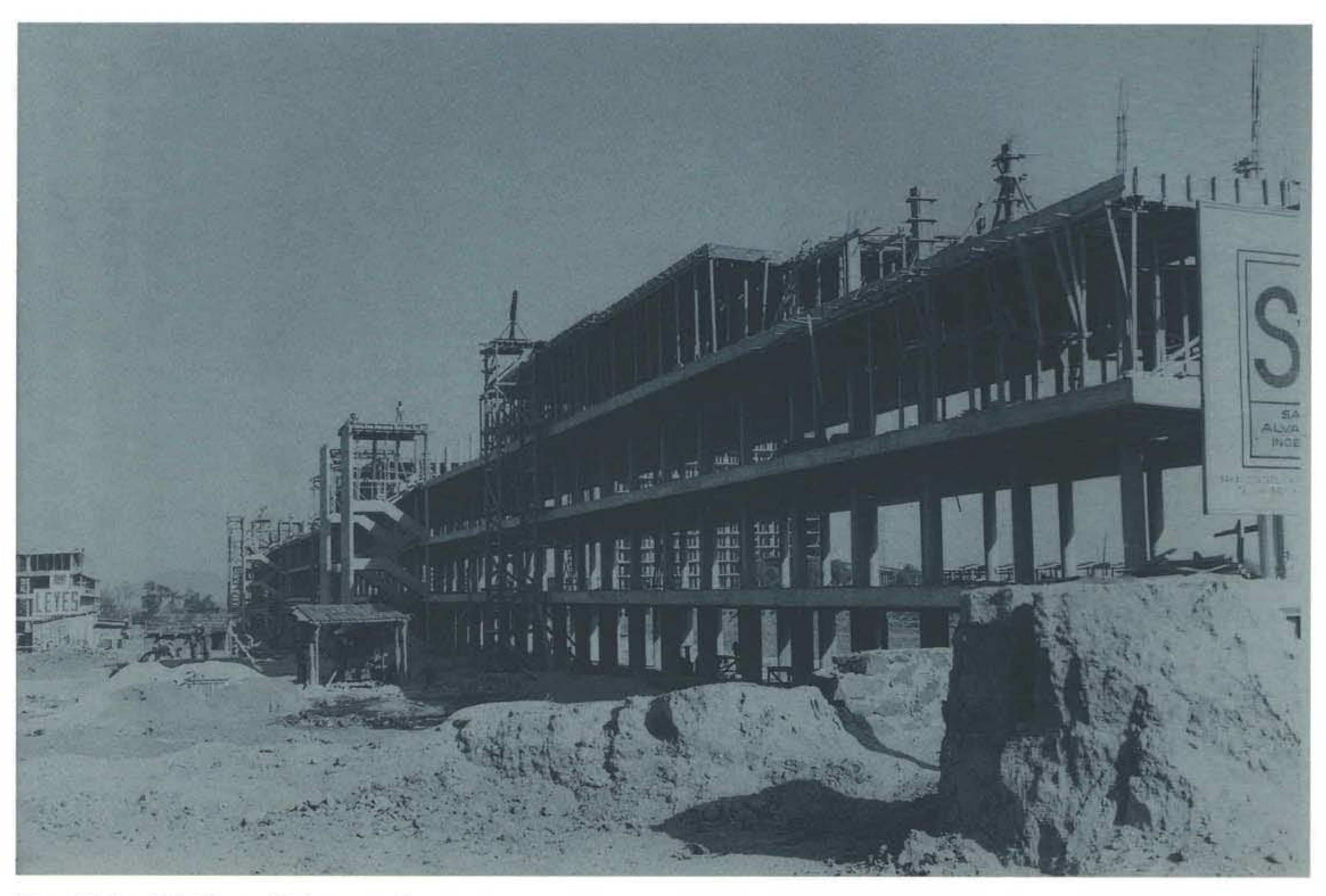
La filosofía que se abordará en estos *Elementos* es la moderna. Al respecto, pregunta Gamarra ¿Y por qué no la había de traer? No se trata de una filosofía herética, y señala con fina ironía a quienes suponen que este tipo de filosofía destruye los cimientos de la Iglesia de Cristo, corrompe y arruina la fe y "las costumbres veneradas por tantos siglos": "¡Oh preclaros vigilantes, egregios custodios de la Iglesia! Quiere decir que aquél a quien vosotros veneráis como dios de la filosofía, Aristóteles, él en suma era ortodoxo, él era insigne por su piedad y religión".

La filosofía que propone Gamarra se distingue tanto de la tradicional como de la sectaria. La primera "se funda toda en la autoridad de los mayores; la segunda, en cambio en la autoridad de un solo hombre, que para sus secuaces es como un oráculo". Frente a ellas, el autor coloca a la filosofía ecléctica o selectiva que

> [...] es aquella en la que buscamos la sabiduría sólo con la razón y dirigimos la razón con los experimentos y observaciones de los sentidos, la conciencia íntima, el raciocinio, y con la autoridad acerca de aquellas cosas que no pueden saberse por otro camino. En esta manera de filosofar no se pregunta quién ha dicho algo, sino cuán rectamente, esto es, cuán conforme a la razón.

En los últimos años del siglo XVII, y como se puede desprender del análisis de las tesis de grado, en la Universidad se seguía a Descartes en algunos puntos y se discrepaba de él en otros. En cuanto al problema de la verdad, el criterio cartesiano de la evidencia se enfrentaba con éxito al *magister dixit* de la escolástica. Sus ideas acerca del alma y de las relaciones de ésta con el cuerpo eran seguidas con interés, si bien se rechazaba de manera más o menos generalizada la existencia de la glándula pineal, de modo que Descartes nunca se convirtió en una autoridad a la manera de Aristóteles.

Así como el cultivo de la filosofía se inicia en la Nueva España primero en las casas conventuales y en los colegios de las ódenes religiosas, una vez instaurada la Universidad prosigue su camino fuera de sus cauces. En particular, los jesuitas se mantuvieron apartados de la institución, consagrados a la enseñanza en sus propios colegios. Tal es el caso del padre Antonio Rubio, natural de Rueda, quien fue profesor, durante doce años en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, de gran abolengo, pues desde 1575 se había implantado ahí la enseñanza de la filosofía. Enseñó Rubio la lógica de Aristóteles en México y en recuerdo de ello tituló a su trabajo *Lógica mexicana*, que fue texto en Alcalá. Es de mencionar también a Pedro de (H)Ortigosa, quien a pesar



Vista del "tren" de Humanidades, captada desde la parte posterior. Avance de la obra, 10 de febrero de 1951.

de la solicitud del virrey, se negó a enseñar en la Universidad, si bien aceptó el grado de doctor que ésta le confirió junto con su hermano en la orden, el mencionado Antonio Rubio.

Excepcional a todos respectos es sor Juana Inés de la Cruz, quien, de manera autodidacta por no haber sido admitida en la Universidad, en virtud de su condición de mujer, se dedicó apasionadamente a la filosofía tras los muros del convento de las jerónimas, pese a las prohibiciones y condenas que sobre ella pesaron. Conoció tanto la filosofía escolástica como el pensamiento moderno, particularmente el cartesiano. Su *Primero sueño* ha sido considerado como uno de los más grandes poemas filosóficos de todos los tiempos.

Rivalizaron con la Universidad en materia de enseñanza de la filosofía el convento de Santo Domingo de México, el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo a cargo de los jesuitas, y el de San Luis de los Predicadores en Puebla. Ya en 1562, los alumnos de la Universidad se quejan pues "era preciso irse a los Monasterios a acabar de oír Artes" y piden se reconozcan los estudios que allá efectúan, aunque su gestión

no tiene éxito, pues la Universidad exige a quien desee obtener el bachillerato en Artes probar que ha seguido los cursos en esa institución durante dos años consecutivos.

En particular, se dio una fuerte tensión entre el Colegio de la Compañía de Jesús y la Universidad, pues los jesuitas tenían autorización papal para conferir grados, pero no del rey, al punto de existir una prohibición expresa en este sentido de Felipe II, según Cédula del 2 de noviembre de 1576. Las dos instituciones llegaron a un acuerdo, por influencia del rey, en estos puntos: no enseñar a las mismas horas; no cobrar los cursos de Latinidad, Retórica, Artes y Teología que impartiera el Colegio y matricular a sus alumnos en la Universidad, de modo que ésta les otorgara el grado. A pesar de que aun los alumnos de los jesuitas tenían que concurrir en la mañana a la Universidad y después escuchar a los profesores del Colegio Máximo, la enseñanza de la filosofía en aquélla padeció grandemente, pues los más famosos profesores pertenecían a las diversas órdenes religiosas, siempre en contacto con las expresiones más avanzadas de la filosofía europea.

En el siglo XVIII, la Universidad procura mantener su orientación humanista e incorpora las cátedras de griego y de hebreo, e incluso se da, en 1762, un intento frustráneo de crear las de griego y lenguas orientales pues se argumentó que eran más útiles las matemáticas, el náhuatl y el otomí. Este propósito de transformación, sin embargo, no vigorizó realmente a la institución. Los centros de irradiación de la cultura, de modernización, eran los grandes colegios. En particular, la renovación filosófica no se dio en la Real y Pontificia Universidad de México, sino que fue impulsada por la Compañía de Jesús.

En la segunda mitad del siglo XVIII, para los jesuitas, Aristóteles y santo Tomás seguían siendo autores de merecido y gran respeto, pero al mismo tiempo se abrían a otras corrientes modernas. Los representantes más destacados de ese ímpetu renovador constituyen el núcleo de lo que se conoce como los "jesuitas expulsos", en virtud de haber salido de la Nueva España, en 1767, por orden de Carlos II. José Rafael Campoy fue el primero de su grupo en desentenderse de los comentaristas y de autores de segunda categoría, para exigir el manejo de las fuentes; Andrés de Guevara y Basoazábal reconoce el mérito transformador de Descartes; Diego Abad emprende la reforma de los estudios del Colegio de San Ildefonso, conocedor de las teorías de Descartes y Gassendi; Francisco Javier Alegre es profesor de filosofía en San Ildefonso, infatigable lector en hebreo, griego, latín, italiano, portugués, inglés y alemán; y Francisco Javier Clavijero, profesor de filosofía en Valladolid, se propuso la reforma de los estudios en términos no de una filosofía que para nada sirviese a los jóvenes sino, de una parte, la vuelta los griegos, y de otra, la difusión de la filosofía moderna que se enseñaba en Europa.

Característico de la actitud del grupo hacia la filosofía moderna y, en particular, hacia Descartes, es este texto de Andrés de Guevara:

> Fue él [Descartes] quien primero cambió toda la faz de la filosofía; quien con generoso impulso, quebrantó las antiquísimas cadenas de la servidumbre y con su ingenio libre y robusto sacudió los viejos prejuicios; quien se atrevió a luchar, él solo, contra el formidable ímpetu de todas las escuelas, puso en tela de juicio todas las opiniones filosóficas hasta someterlas a la prueba de un severo examen y altamente proclamó que la razón debía anteponerse a la autoridad humana y la verdad reciente al encanecido prejuicio.

Los jesuitas expulsos se preocuparon, desde Italia, por la reforma de la educación filosófica en México. La mayoría escribió un curso de filosofía, si bien sus nuevas ideas no llegaron a la Nueva España por la vigilancia que sobre ellos ejercía el gobierno español. Consideraban que el estudio de esta disciplina "no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida". Todo hombre, con independencia del sitio en que haya nacido, en principio, es apto para la filosofía; de aquí que el mismo Guevara aconseje vivamente a los jóvenes mexicanos, que no ya novohispanos, estudien filosofía, pues en cualquier lugar y condición, ricos o pobres, dedicados a la vida pública o privada, "siempre y en todas partes la filosofía será para vosotros noble y erudito reposo, consuelo en las tribulaciones, útil y suavísimo solaz en todas las circunstancias y vicisitudes de la vida".

Además de describir las ventajas que lleva aparejado el estudio de la filosofía, Guevara sale también al paso a otras ideas erróneas que se difunden entre los jóvenes respecto de los males que acarrea el estudio de esta materia; así, les suplica

> [...] desde lo más hondo de mi alma y cuyo bien principalmente me importa, abandonéis el prejuicio que por desgracia se ha apoderado de muchos, de que los estudios filosóficos dañan la salud, abrevian la vida y hacen al hombre indeciso, difícil en el trato y conversación humana, pertinaz y despreciado de los demás y vanamente orgulloso.

Mas la filosofia que propone el autor de las *Instituciones elementales de filosofía* a los jóvenes mexicanos no es ya la tradicional, sino la moderna. A su respecto —expresa Guevara— existe el prejuicio de que

> [...] insensiblemente conduce a la licencia irreligiosa, y que sus cultivadores, por consiguiente, se exponen de voluntad al riesgo de volver las espaldas a la religión católica. He sabido, en verdad, con sumo placer que tal error de algunos cada día es más combatido y derrotado entre mis conciudadanos.



A la izquierda observamos la futura Facultad de Filosofía y Letras; a la derecha, lo que sería la Biblioteca Central; al fondo, la actual Torre de Humanidades II. Octubre 26 de 1951.

Las palabras de Guevara resultan particularmente significativas en boca de un hombre de la Iglesia. A la filosofía moderna, que desecha el principio de autoridad y afirma el valor de la crítica, que incorpora las explicaciones netamente científicas, no se le debe ver como fermento de actitudes irreligiosas, pues "no hay por qué atribuir a doctrinas que versan sobre asuntos de física los errores o crímenes que nacen de un corrompido corazón". Se puede profesar la religión católica y, en filosofía, asumir las tesis modernas. Así, Guevara, desde Italia, abre un nuevo cauce a la filosofía: ni la única ni la mejor filosofía es la tradicional, ni la filosofía depende de la religión.

Muchos otros méritos tuvo el grupo de los jesuitas expulsos. Entre ellos cabe destacar su orientación nacionalista, su amor a lo indígena y a las cosas y costumbres de los antiguos mexicanos, sus afirmaciones respecto de la igualdad de derechos de los hombres y de la legitimidad de un gobierno sólo en tanto que provenga del consentimiento popular. Este último punto se ha juzgado expresión de una naciente conciencia nacional que desembocará en los reclamos de independencia

frente a la metrópoli española. No hay que olvidar que Hidalgo aún no terminaba su carrera cuando fueron expulsados su maestros. Por todo ello, considera Gabriel Méndez Plancarte que, sin "mengua de su granítica fidelidad a la ortodoxia católica, nuestros humanistas saben acoger y fecundar las semillas renovadoras que flotan en el ambiente de su época [...]".

La enseñanza de la filosofía en la Real y Ponficia Universidad de México es fiel a la intención que se tuvo al crear, en la Nueva España, una institución que se ocupara de los "estudios generales": es preciso leer artes, como se decía en el lenguaje de la época, para salir al paso a los errores y dudas que presenta la nueva cristiandad.

En la época colonial la filosofía obedece, fundamentalmente, a un proyecto evangelizador, el cual, a su vez, forma parte del de la Conquista, con sus dos grandes vertientes: material y espiritual, militar y cultural. Es una filosofía que se inserta en el todo de las circunstancias que presentaban las tierras recién descubiertas y que, asimismo, se halla en consonancia con los vínculos que, en Europa, tenía con la teología. La realidad americana exigía dar solución a cuestiones que no tenían cabida en el Viejo Mundo, de aquí que fuera necesario añadir respuestas propias y reflexiones nuevas al marco general que proporcionaba la filosofía europea. Ésta fue la faceta más rica de la filosofía colonial.

También tuvo la de mera repetición de la escolástica europea, si bien con un énfasis netamente didáctico. El régimen virreinal exigía reproducir, aunque menguados, los usos de las instituciones metropolitanas y, en esta medida, se siguieron las pautas de las universidades españolas y del tipo de enseñanza que ahí se dispensaba. Pero en la Nueva España se buscó, con especial dedicación, aligerar la farragosa enseñanza de corte medieval. En este interés y práctica didácticos encontramos fermentos de actitudes valiosas para el desarrollo ulterior de la filosofía. Tal es el caso de la relativa y muy gradual separación entre filosofía y teología, por lo menos en lo que respecta al conocimiento de la naturaleza. Sigüenza, Gamarra y los jesuitas expulsos son ejemplos de esta posición. También son ellos exponentes distinguidos de la exigencia de ir a las fuentes, lo cual lleva aparejado el conocimiento de diversos idiomas, en lugar de interpretar los textos únicamente gracias a la mediación de comentadores y traductores. Pero sobre todo, ésta es una manifestación del rechazo al principio de autoridad como lo es también el ejercico de la crítica, el imperativo de aducir pruebas y razones. La obra escrita y las actitudes de autores como los recién mencionados preludian elementos que serán esenciales para la filosofía que se desarrolla de conformidad con lo que hemos llamado el proyecto académico.

El proyecto político

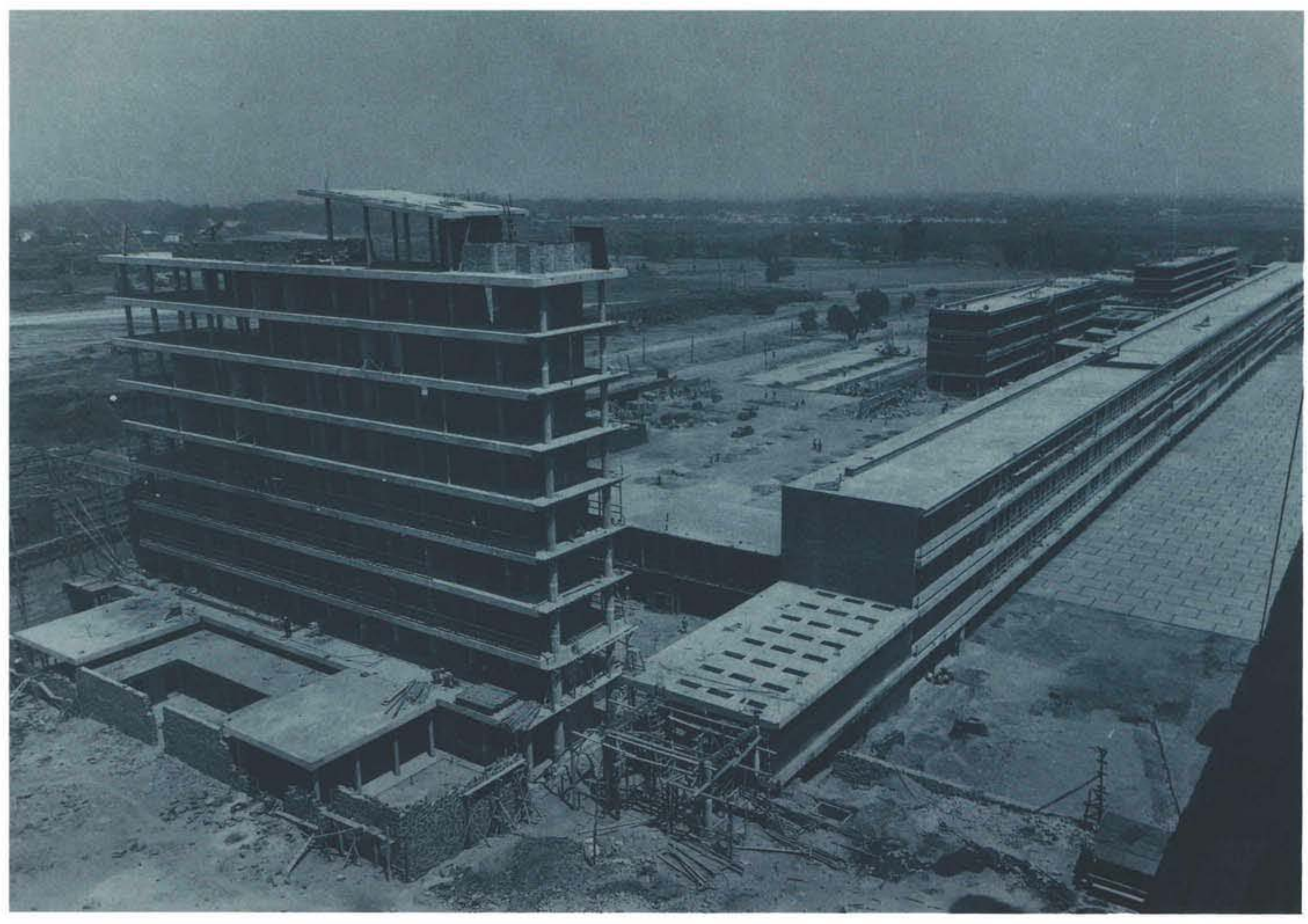
La Reforma

La Universidad y con ella la filosofía sufrieron graves quebrantos al consumarse la Independencia, periodo en que desapareció buena parte de las instituciones virreinales. Aquélla había sido parte importante del andamiaje colonial, del proyecto dominador, de modo que, a los problemas que venía arrastrando, se añadieron los propios de las convulsiones de la época. Éste era un típico establecimiento colonial, una institución no del presente y menos del porvenir, sino del pasado, considerado ahora como oscurantista, medieval, profundamente injusto. Además, en esta hora turbulenta, se hacía notar la fidelidad que había mostrado la Universidad hacia el régimen realista. El 5 de octubre de 1810, desde la sala de claustros de la Real y Pontificia Universidad de México, el rector y el claustro en pleno dirigían estas palabras a todos los habitantes de América:

> Fidelísimos conciudadanos: Ha llegado el tiempo en que los Alumnos de la Academia Mexicana, que como Doctores, están destinados por la providencia del Altísimo para instruir a los pueblos, fortalecer a los débiles, enseñar a los ignorantes, y alimentar a todos con la voz para preveniros contra la seducción y el engaño, y para recordaros el cumplimiento de los deberes que os impone la religión santa que profesais, y el juramento de fidelidad que habeis prestado a nuestro deseado Monarca y a las autoridades que nos gobiernan representantes de su Soberanía, y de la Suprema que el Rey de los Reyes ha depositado en sus manos.

La nación que emergía como fruto aún no maduro de la Independencia, exigía un nuevo tipo de hombre que la construyera más allá de una declaración libertaria o de una guerra más o menos prolongada; había que organizar no sólo el gobierno sino el Estado mexicano y, por supuesto, esto no podía hacerse sobre la base de las ideas tradicionales, propias del régimen político recién destruido, ni en una institución que las había difundido, como es el caso de la Real y Pontificia Universidad.

Así, apenas apagado el fragor de las luchas independentistas e iniciado el proceso de configuración de la nueva sociedad, la Real y Pontificia Universidad de México es sometida a juicio, como parte del ajuste de cuentas a las instituciones virreinales y al papel que jugó y jugaba el clero. Uno de sus fiscales más severos fue José María Luis Mora (1794-1850), quien conocía bien la situación de la Universidad y de los colegios. Había sido alumno distinguido en el de San Pedro y San Pablo y después en el de San Ildefonso. Había obtenido en este úl-



Avance de la construcción de la Facultad de Filosofía y Letras, 12 de marzo de 1952.

timo los grados de bachiller y doctor en Teología y, posteriormente, había vivido ahí, en razón de su nombramiento de catedrático de esta misma disciplina y de Economía política, asignatura que él había introducido. Ya clérigo, se dedicó a estudiar, en ocasiones subrepticiamente, el pensamiento político y social de vanguardia. Difundía las ideas liberales en publicaciones tales como el *Semanario político y literario*, *El Sol* y *La Libertad*, y, desde la tribuna del Primer Congreso Constituyente, asumió una actitud valiente frente al emperador Iturbide, lo cual le valió ser enviado a prisión. En el Partido Liberal, Mora se ocupó de afinar y llevar a cabo el programa de aquél, asociado al vicepresidente Gómez Farías.

Dicho programa se definía en términos de progreso e incluía la ocupación de los bienes del clero; la abolición de los privilegios de éste y de la milicia; la difusión de la educación pública entre las clases populares, al margen de la intervención del clero; la libertad de opiniones, la igualdad en materia de derechos civiles entre extranjeros y mexicanos. Parte fundamental de la gestión de Mora y, al mismo tiem-

po, del ideario del liberalismo, lo ocupa el problema de la educación, ya que sólo sobre la base de la preparación del pueblo se podría construir la prosperidad de una nación. Resultaba imprescindible destruir el monopolio que, en materia de educación, había ejercido el clero, el cual no podía formar hombres para el progreso. Ignacio Ramírez plantearía este asunto en términos de "*Syllabus* o Reforma".

"En el sistema republicano —escribe Mora— más que en los otros, es de necesidad absoluta proteger y fomentar la educación [...]", sin que esto signifique que el gobierno asuma o prohije alguna doctrina. La naciente sociedad, ya liberada políticamente, requiere de un hombre nuevo, emancipado, a su vez, en su conciencia, en el orden del pensamiento. El progreso, la libertad, el cumplimiento de las leyes, las buenas costumbres, en suma, la construcción de un país progresista y de ciudadanos que conozcan sus derechos y obligaciones, exigen una educación distinta a la que se ofrecía en la Real y Pontificia Universidad y en los colegios. Se trata de una educación laica, fundada en las ciencias:

> Las ciencias solas son las que nos sirven en todas las épocas de la vida, en todas las situaciones en que podemos encontrarnos. La cultura del espíritu suaviza el carácter, reforma las costumbres. La razón ilustrada es la que sirve de freno a las pasiones, y hace amar la virtud.

Las ciencias a las que se refiere Mora son particularmente las sociales. No hay que olvidar que, ya en San Ildefonso, había creado la cátedra de Economía política.

Pronto, el gobierno reclamó el derecho de asumir la rectoría en materia de educación, y parte de su estrategia fue la crítica a la Universidad. José María de Bustamante, en mayo de 1822, declaraba que aquélla vivía de la gloria de sus egresados, quienes, en verdad, habían estudiado en los colegios. Esa institución tenía la patente para expedir los grados, por lo que los alumnos formados en los colegios debían pasar por ella para obtener el reconocimiento, el cual significaba cuantiosos gastos; sin embargo, la Universidad carecía de fondos propios.

En ese mismo año, Mora había formado parte de una comisión que tenía el encargo de examinar el estado en que se encontraba la educación nacional, pero dados los vaivenes políticos, poco pudo hacer. Dos años más tarde, en el Congreso Constituyente del Estado de México, Mora declara lo siguiente:

> Todos tenemos las distintas ideas, hábitos y sentimientos que constituyen el diverso carácter de las naciones, debidas todas a la varia y diversa educación que reciben los miembros que la componen. Así, pues, es inconcuso que el sistema de Gobierno debe estar en absoluta conformidad con los principios de educación.

A un gobierno liberal debe corresponder una educación de la misma índole, de modo que forme ciudadanos útiles, laboriosos, "positivos".

La propia *Constitución Federal* de 1894 señalaba, entre las facultades del Congreso General, la de promover "la ilustración", mediante "establecimientos en que se enseñen las ciencias naturales y exactas, políticas y morales, nobles artes y lenguas".

A pesar de esta disposición, nada se hizo hasta 1833, año en que, por acuerdo de Gómez Farías, se integra, una vez más, una comisión —a la cual también pertenece Mora—, con el propósito de examinar el estado de la educación en el país. Dicha comisión, que después habría de convertirse en la Dirección General de Instrucción, declaró a la Universidad

> [...] inútil, irreformable y perniciosa; *inútil* porque en ella nada se enseñaba, nada se *aprendía*; porque los exámenes para los grados menores eran de *pura forma*, y los de los grados mayores muy costosos y difíciles, capaces de matar a un hombre y no de calificarlo; *irreformable* porque toda reforma supone las bases del antiguo establecimiento, y siendo las de la Universidad inútiles e inconducentes a su objeto, era indispensable hacerlas desaparecer sustituyéndolas por otras, supuesto lo cual no se trataba ya de mantener sino el nombre de *Universidad* lo que tampoco podía hacerse, porque representando esta palabra en su acepción recibida, el conjunto de estatutos de esta antigua institución serviría de antecedente para reclamarlos en detalle, y uno a uno como vigentes; la Universidad fue también considerada perniciosa porque daría, como da lugar, a la pérdida de tiempo y a la disipación de los estudiantes de los Colegios que so pretexto de hacer sus cursos, se hallan la mayor parte del día fuera de estos establecimientos únicos en que se enseña y se aprende; se concluyó, pues, que *era necesario suprimir la Universidad.*

En efecto, así ocurrió. Por decreto, en octubre de 1833, quedó abolida la Universidad, junto con los colegios de la ciudad de México, éstos últimos, al decir de Mora, en virtud de que la educación que ofrecen es más bien monacal que civil; porque a los alumnos se les habla mucho de los deberes religiosos, pero nada de los civiles, "de los principios de la justicia y del honor; no se le instruye en la historia [...]" ni en derecho patrio, economía política o agricultura. La educación tradicional, en lugar de suscitar en los jóvenes "el *espíritu de investigación y de duda* que conduce siempre y aproxima más o menos al entendimiento humano a la verdad, les inspira el hábito de *dogmatismo y disputa* [...]".

La educación clerical es dogmática pues se funda en autoridades, promueve las polémicas inútiles, mata la duda y cancela el espíritu crítico indispensable para la búsqueda de la verdad. En suma: la educación que imparte el clero "no sólo no conduce a formar los hombres que han de servir en el mundo, sino que falsea y destruye de raíz todas

las convicciones que constituyen *a un hombre positivo*". La creación de dicho hombre no será una empresa que dé frutos en el término de una generación. Así, veremos que, años más tarde, éste será todavía el gran desiderátum de una rama que se desgaja del árbol del liberalismo: el positivismo.

Universidad y colegios fueron sustituidos por seis "establecimientos": Estudios preparatorios, Ciencias físicas y matemáticas, Humanidades y estudios ideológicos, Medicina, Leyes y Ciencias eclesiásticas. El de Estudios preparatorios incluía enseñanzas de teología natural, fundamentos de religión y un curso de principios de lógica. Mora se ocupó personalmente del de Humanidades y estudios ideológicos, radicado por ley en el Convento de San Camilo, y en el que, en 1834, estudiaban cuarenta y cinco alumnos. En este establecimiento



Vista de la Torre de Humanidades I, 12 de marzo 1952.

> [...] se procuró reunir la enseñanza de cuanto, de una manera o de otra, contribuye al buen uso y ejercicio de la razón natural o al desarrollo de las facultades mentales del hombre, y es conocido hoy en el mundo filosófico bajo el nombre de *Ideología*; así es que se reunieron en él los estudios metafísicos, morales, económicos, literarios e históricos.

La ideología remite, en este contexto, a Antoine-Louis-Claude Destutt de Tracy, quien, bajo la influencia de Locke, Condillac y Cabanis, en 1802 publica su *Ideologie*. Según ese autor, la ideología es una ciencia fundamental cuyo objeto son los conocimientos, y se halla íntimamente vinculada con la metodología y con la lógica. Ella exige un examen de facultades tales como voluntad, juicio, sentimiento y recuerdo, a fin de determinar el origen y función de las ideas y su expresión y aplicación. Se trata, pues, en definitiva, de analizar cómo se generan y operan las facultades cognoscitivas, desde una nueva perspectiva en relación con la lógica que se enseñaba en los colegios. La importancia de esta asignatura se revela al considerar lo que había manifestado Mora diez años antes en el Congreso del Estado de México: las ideas que se fijan en la juventud por medio de la educación "hacen una impresión profunda y son absolutamente invariables" y de aquí el carácter diverso de las naciones. Examinar la temática de los ideólogos franceses tenía implicaciones prácticas para México, pues a los pronunciamientos políticos debía seguir ahora la configuración de una nueva mentalidad, de una ideología de progreso, fundamentalmente por medio de la educación.

A pesar de la inclusión de la metafísica y de la moral en las disciplinas que se enseñaban en el establecimiento de Humanidades y estudios ideológicos, sin duda no se abordan con criterios de la filosofía tradicional, ya que Mora posee un concepto de filosofía totalmente distinto. Es "el conocimiento de todas las cosas comprendidas dentro de la esfera del entendimiento humano". Caben en ella tanto la lógica que enseña el buen uso del raciocinio, como "las leyes de la naturaleza material" que han hecho posibles los viajes de Colón y Vasco de Gama. Así pues, a la filosofía se debe una

> [...] multitud inumerable de máquinas que facilitando las operaciones de la industria y cargando a la naturaleza el trabajo que el hombre debía llevar, ha multiplicado aquellos productos que sirven para satisfacer sus necesidades proporcionándole toda clase de comodidades y los ha llevado a un grado de perfección tal, que sólo un hombre irreflexivo podrá dejar de admirar. Por medio de la Filosofía el hombre penetra las entrañas de la tierra y señala el punto fijo que debe equilibrar la pesantez de los cuerpos que la componen [...]

Los autores de Mora no son, por supuesto, los tradicionales, sino el citado Destutt de Tracy, Adam Smith, "el sabio" Bentham, B. Condorcet, Turgot, Montesquieu, Rousseau, Humboldt, Franklin.

La inestabilidad política que vivía el país no permitió que esta reforma diese frutos. Antonio López de Santa Anna, en atención al "clamor general levantado por los padres de familia y por la propia juventud", en julio de 1834 dispuso la vuelta a la situación previa al decreto de octubre del año anterior. Así fueron derrotados por la soldadesca, Gomez Farías y José María Luis Mora, el reformador social y acerbo crítico del militarismo.

Santa Anna ordenó que se reuniera el claustro para proponer modificaciones a la Universidad.

En noviembre de 1834 se dispuso la reorganización de la Universidad, así como los colegios de San Ildefonso, San Juan de Letrán, San Gregorio y el Seminario de Minería. En todos ellos se enseñaba filosofía; en el de San Ildefonso, además, Teología dogmática y en San Gregorio Teología moral. En la Universidad se establecieron las facultades de Jurisprudencia, Filosofía, Teología y Medicina. Conforme al Plan de estudios provisional de aquella institución, que constaba de ciento seis incisos, las cátedras existentes se refundieron en otras o se adicionaron. En el número 79 se estipula que en filosofía, "en lugar de la cátedra de prima, se establece una de zoología".

El 18 de agosto de 1843, Santa Anna expidió un nuevo decreto "con el fin de dar impulso a la Instrucción Pública". Se establecen los estudios preparatorios para las únicas cuatro carreras que admite dicho ordenamiento: la de foro, la eclesiástica, la de medicina y la de ciencias naturales. La filosofía se hace presente sólo en las cátedras preparatorianas de Ideología, Lógica, Metafísica y Moral y, por supuesto, en la carrera eclesiástica, si bien en un contexto eminentemente teológico.

A finales de 1854 se reformó de nuevo la educación aún bajo el gobierno de Santa Anna. La preparatoria, que constaba de seis años, se dividió en dos periodos. El primero, llamado de humanidades, incluía Gramática latina y castellana, Historia sagrada, universal y de México, y Literatura. El segundo periodo se dedicaba a estudios elementales de filosofía y comprendía clases de Psicología, Lógica y Metafísica, Religión, Filosofía moral e idiomas, entre otras. A estas asignaturas se añadía el estudio de las ciencias exactas. Asimismo, en el reglamento de cátedras universitarias que complementaba la ley, se incluyen materias históricas con un enfoque de este tipo y no de mera narración cronológica. Tal es el caso de la Historia general y particular de México, antigua y moderna, de la Historia de la filosofía y de Filosofías comparadas.

Según esta reforma de 1854, la enseñanza superior se impartiría en las mismas facultades que definía el ordenamiento de 1834: Filosofía, Medicina, Jurisprudencia y Teología. Asimismo, los seminarios se in-

corporaban a la Universidad de la diócesis correspondiente y, en caso de no haberla, a la de la ciudad de México. La de Filosofía, al decir de Julio Jiménez Rueda, incluiría

> [...] los estudios de lenguas y literaturas griega y latina y literatura general, historia general y particular de México, historia de la filosofía y un curso comparativo de filosofía antigua y moderna. Así quedaba integrada la sección de Filosofía de la Facultad. Los estudios de esta sección se hacían en dos años para la licenciatura y uno para el doctorado. La facultad comprendía otras dos secciones, la de ciencias fisicomatemáticas y la de ciencias naturales.

Este plan no se puso en marcha pues se lo impidió el triunfo de la Revolución de Ayutla que fue un llamado del ejército a rebelarse contra la República, y que puso el gobierno en manos de un hombre fuerte, en este caso Ignacio Comonfort, para reformar la administración pública y promover la prosperidad y el progreso.

Éste declaró a las instituciones liberales como las únicas convenientes al país y calificó de "ridículo" al régimen monárquico. En materia de educación, nombró una comisión para que estudiara la situación de la Universidad. Este organismo concluyó que la Universidad debía reformarse para estar acorde con un siglo ilustrado que caminaba hacia el progreso. Sin embargo, el presidente optó por cancelarla y emitió el decreto del 17 de septiembre de 1857 en este sentido, a pesar también del plan de reforma que le había presentado el rector José María Díez de Sollano. Pero, no obstante la disposición del gobernante, la institución no desapareció.

Una vez más, los cambios políticos se dejaron sentir sobre el país y la Universidad fue restaurarada. A la caída del régimen liberal, se instala el presidente conservador Félix Zuloaga, y el 5 de marzo de 1858 se deroga el decreto de septiembre de 1857 y ocupa la Rectoría nuevamente Díez de Sollano. En lo tocante a la filosofía, la reforma disponía la creación de dos cátedras: una de Metafísica y otra en que se comparara la filosofía antigua con la moderna.

De conformidad con esta última disposición, se establecen, entre otras, las cátedras de estudio comparativo entre la filosofía antigua y la moderna (Balmes, *El discurso del método*, la *Monadología*, la *Crítica de la razón pura*, la *Ética* de Spinoza); de Historia general y particular de México, de Literatura antigua y moderna, dotadas con quinientos pesos cada una, y con cuatrocientos las de lengua griega y estudio de los clásicos griegos y latinos, y de idioma mexicano y otomí.

Al poco tiempo, y a raíz de la invasión de Napoleón, la Universidad desaparece de nuevo, esta vez por decreto de Maximiliano del 30 de noviembre de 1865. Unos meses antes, en carta dirigida a Manuel Siliceo, su ministro de Instrucción Pública y Cultos, fechada el 11 de junio

de 1865, había expresado lo siguiente: "lo que en la Edad Media se llamó Universidad, ha llegado a ser hoy una palabra sin sentido". Los estudios superiores y profesionales han de darse en escuelas especiales. Y añade:

> Quiero que la atención de usted sea dirigida hacia el cultivo de una ciencia muy poco conocida en nuestra patria, es decir, la filosofía, porque ésta ejercita la inteligencia, enseña al hombre a conocerse a sí, y a reconocer el orden moral de la sociedad como una consecuencia emanada del estudio de sí mismo.

Como se ha podido advertir, la Universidad, y con ella la filosofía, padecieron los vaivenes de la política. Fueron reos, a su turno, del partido conservador o del liberal. Cada vez que llegaba al poder el partido liberal consideraba una prioridad nacional cancelar la Universidad y, por su parte, el conservador restaurarla. Si aquéllos triunfaban en lo político, en lo ideológico juzgaban que los enemigos a vencer eran la Universidad y la filosofía. Si los conservadores gobernaban, parte importante de su gestión radicaba en orientar la Institución de conformidad con sus principios. El sucesivo movimiento que iba de la cancelación a la restauración de la Universidad y viceversa, se convirtió poco menos que en un ritual de profundo significado político. Pero, en cualquier caso, la Universidad y la filosofía siempre estuvieron en la escena nacional, no como quien simplemente se coloca en una posición de espectador. Liberales y conservadores las usaron a favor o contra de su proyecto de nación. La Universidad se constituyó en eje de múltiples disputas, y en esa época de continuas luchas facciosas, la reflexión filosófica anduvo a salto de mata, sin conocer sosiego.

La Preparatoria de Gabino Barreda (1867-1878)

Al triunfo de la República, la Universidad estaba suprimida y, por ende, los estudios filosóficos. Sin embargo, éstos formaban parte de las escuelas en las que se enseñaban las profesiones liberales, es decir, Jurisprudencia, Medicina e Ingeniería. Juárez había llegado a la ciudad de México el 15 de julio de 1867 y de inmediato emprendió la reorganización de la administración pública.

Por lo que hace a la educación, se nombró una comisión, en la cual Gabino Barreda ocupó un lugar destacado. Unos meses después de haber iniciado sus trabajos, y en atención a sus lineamientos, el presidente Benito Juárez promulgó, el 2 de diciembre de 1867, la Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal, para reorganizarla de acuerdo con los principios liberales, "considerando que difundir la



Vista del conjunto de Humanidades, 15 de abril de 1952.

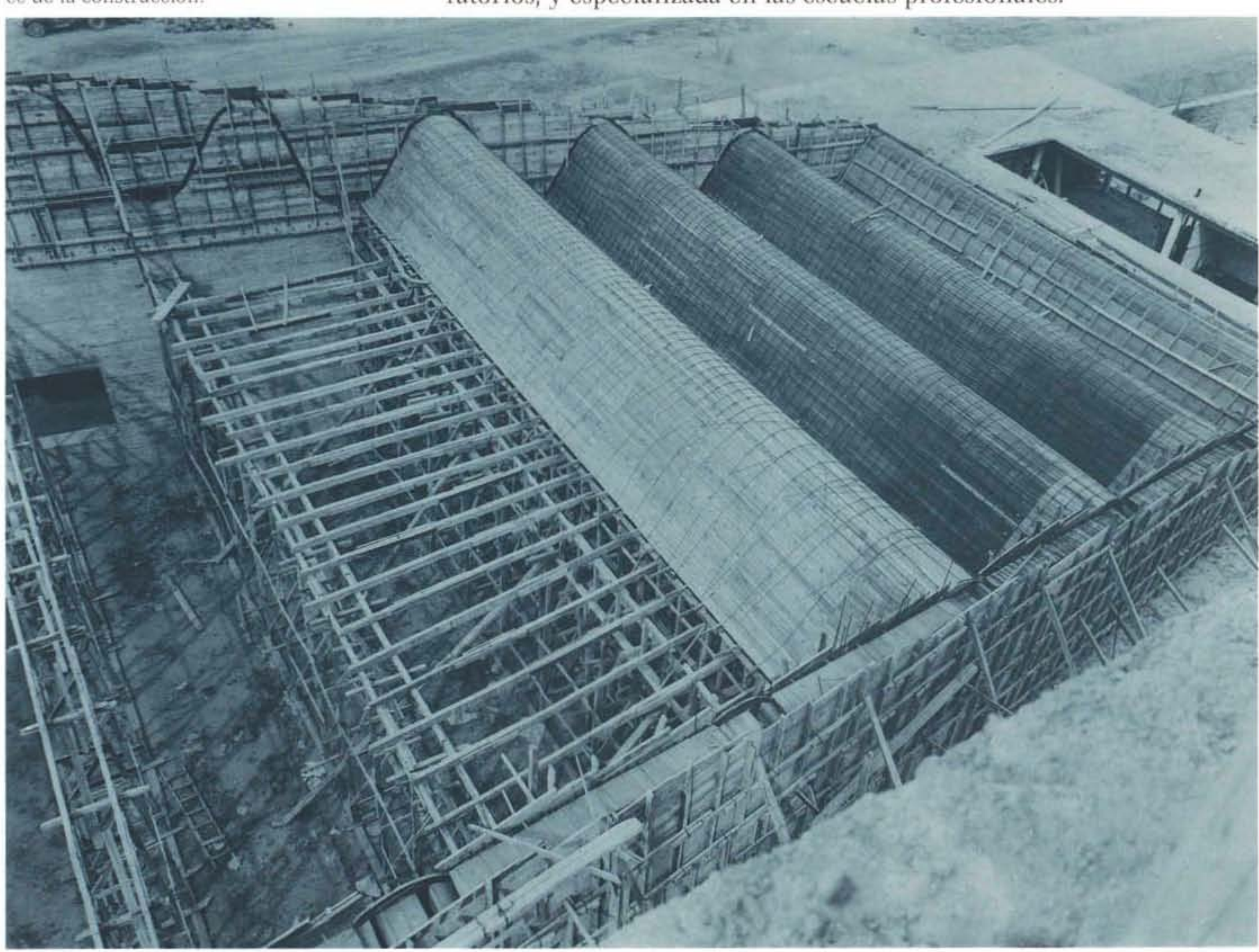
ilustración en el pueblo es el medio más seguro y eficaz de moralizarlo y de establecer de una manera sólida la libertad y el respeto a la Constitución y a las leyes [...]".

Dicha Ley incluía, en su capítulo II relativo a la instrucción secundaria, la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, la cual ocupó el edificio del muy renombrado Colegio de San Ildefonso, antiguo asiento de la Compañía de Jesús, desde finales del siglo XVI y hasta el viernes 31 de enero de 1868, en que se vio obligado a dar paso a los cursos de la nueva Escuela.

Si en el pasado —escribe Barreda—, ahí se estudiaba conforme con los procedimientos escolásticos, es decir, se ponía atención en las argucias silogísticas, se trataban "cuestiones tan insolubles como estériles", se enseñaban pobres nociones fisico-matemáticas "en que las concepciones *a priori* y a veces los textos de la Biblia, venían a tomar el lugar de la observación y de la experiencia", ahora se formaría a los jóvenes mexicanos con un criterio científico que va de las matemáticas a la lógica, pasando por la física, la química, la zoología. Además, se estudiarían, con nuevos propósitos y enfoques, asignaturas tales como Gramática española y general, Literatura, Poética y declamación, Latín y griego, Lenguas modernas, Ideología, Lógica, Metafísica, Moral. En la mencionada ley de 1867, en la Escuela de Música y declamación, se establecía el estudio de la filosofía estética de la música.

Asimismo, se señalaba que, para obtener el título de abogado, se necesitaba aprobar estudios preparatorios que incluían, en este caso, Gramática española y general, Latín, Griego, Francés, Inglés, Historia general y nacional, Lógica, Metafísica, Ideología, Moral, Literatura, Elocuencia y Declamación. Para hacerse acreedor al título de notario era condición haber aprobado también en la Escuela Nacional Preparatoria Español, Francés, Latín, Ideología, Gramática general, Lógica, Metafísica, Moral. Los médicos requerían acreditar un bachillerato que incluyera el mismo núcleo humanístico que los abogados y, en términos generales, esto vale también para los veterinarios, farmacéuticos y las diversas carreras de ingeniería. En algunos casos, como el de profesor de agricultura, se incorporaba el alemán como idioma obligatorio. Con ello se buscaba que los futuros profesionales tuvieran una formación enciclopédica, a partir de los cinco años de estudios preparatorios, y especializada en las escuelas profesionales.

Techo del Auditorio de Humanidades, avance de la construcción.



En el Reglamento de la mencionada Ley, de fecha 24 de enero de 1868, se dieron algunas trasformaciones al ordenamiento precedente. La metafísica se convirtió en historia de la misma; se modificó, en algunos casos, el contenido de los estudios preparatorios requeridos para cada profesión y se dispuso que el núcleo filosófico se impartiera en los últimos años.

La Ley de 1867 no dejaba otro espacio a la filosofía y, en general a las materias de corte humanista, que el muy reducido de la Preparatoria y una sola asignatura de este tipo en la Escuela de Música y declamación, la cual bien pronto desapareció. Además, no se consideraba en dicho ordenamiento estudios profesionales en el área de filosofía, historia y letras. Éstas, ciertamente, se cultivaban en los seminarios de religiosos, pero se trataba de una única filosofía, no por cierto la contemporánea ni alejada de los criterios teológicos. No será hasta la creación de la Escuela de Altos Estudios, en 1910, que la filosofía tendrá un espacio propio, más allá del nivel propedéutico, en el cual podrá manifestarse en toda su amplitud y diversidad.

Así pues, a partir de 1867, y hasta 1910, la filosofía o se cultivaba en los seminarios o en la Escuela Nacional Preparatoria; en aquéllos, la filosofia escolástica, en ésta, la fundada en el *Cours de philosophie positive* de Augusto Comte. De esta suerte, examinar el devenir de la filosofía en la época exige hacer referencia a los estudios religiosos y a la Escuela Nacional Preparatoria. Nos circunscribiremos a ésta ya que los seminarios siguen las pautas tradicionales, sin modificaciones relevantes.

Tres textos resultan clave para conocer las ideas de Barreda en relación a la educación en general y, en particular, respecto de algunas asignaturas filosóficas que configuraban el currículo de la Preparatoria. Se trata del Dictamen sobre la Ley Orgánica de Instrucción Pública del Distrito Federal del 2 de diciembre de 1867; de la carta al Gobernador del Estado de México, don Mariano Riva Palacio, y de un largo artículo de Barreda, dirigido a la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, en respuesta a las objeciones que habían formulado al Plan de estudios de esa escuela los diputados liberales Manuel Dublán, Napoleón Naranjo y Guillermo Prieto.

En el mencionado dictamen, leído en la Cámara de Diputados el 12 de marzo de 1868, Barreda define el gran propósito de la Escuela Nacional Preparatoria: en ella

> [...] deben todas las personas que deseen dedicarse al estudio de cualquiera profesión, adquirir una serie de conocimientos, que a la vez que eduquen su razón y su moral, le proporcionen una masa de nociones reales y aplicables sobre todos y cada uno de los ramos que constituyen el conjunto de la ciencia positiva, verdadero fundamento de todo progreso y de todo orden.

Interesa en esta cita destacar varios puntos: el carácter propedéutico de los estudios; la extensión de éstos, ya que no sólo se trata de proporcionar conocimientos, sino además dar una formación denominada integral; la orientación científica de dichos estudios y su fin último: el orden y el progreso.

El Plan de estudios definido por la Ley del 2 de diciembre incluía treinta y cuatro asignaturas que variaban, según el caso, y que eran obligatorias para poder inscribirse en las escuelas profesionales: Jurisprudencia, Medicina, Agricultura y Veterinaria, Ingeniería, Escuela de Naturalistas (geólogos, zoólogos y botánicos) y Escuela de Bellas Artes.

Barreda pone especial énfasis en cuanto a la formación de los alumnos, tanto en lo que respecta a la razón como a la moral. El fortalecimiento de la primera se logra en el curso de lógica. El desarrollo de los sentimientos altruistas, es el propósito del de moral.

En su carta al gobernador Riva Palacio, Barreda señala que "los estudios preparatorios más importantes se han arreglado de manera que, se comience por el de las matemáticas y se concluya por el de la lógica, interponiendo entre ambos el estudio de las ciencias naturales [...]". La justificación de las matemáticas la encuentra Barreda en la lógica de John Stuart Mill. En cuanto a la ubicación de la lógica, introduce un cambio importante en relación con los estudios tradicionales, en los cuales aquélla constituía una introducción a los estudios filosóficos y científicos.

El curso de Lógica de la Preparatoria "vendrá a ser un verdadero resumen de los principales procedimientos de investigación de la verdad" que ya han aprendido los alumnos al estudiar las diversas ciencias. Así, pues, argumenta Barreda ante la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, si era explicable en la enseñanza tradicional que los estudios se iniciaran con la lógica, pues ésta se reducía a los silogismos, a reglas, ahora ya no es legítimo. Desde esa perspectiva, dicha preeminencia

> [...] era justificada, era racional y era indispensable; pero ese punto de vista ha cambiado y lo que era justificable en aquella época no lo es ya en la nuestra: hoy sería un verdadero anacronismo y la negación del espíritu positivo del siglo, dar esa prelación y esa preferencia exclusiva al arte del silogismo como se la daban nuestros padres.

La modificación que defiende Barreda obedece al hecho de que se trata de dos tipos de lógica radicalmente distintos. La lógica escolástica se funda en el conocimiento de las reglas para construir silogismos y acostumbra a los alumnos "a gastar su tiempo en cuestiones impertinentes". La lógica que se enseña en la Preparatoria incluye tanto la inducción como la deducción, las cuales los alumnos han tenido oca-

sión de conocer de manera directa en sus cursos de materias científicas. Su paso por dichas asignaturas ha constituido un curso práctico de lógica, de modo que así podrán aprovechar mejor el teórico.

> Haciendo ver en los alumnos que todo el curso de matemáticas que han seguido, y la geometría muy particularmente, no es otra cosa que una serie de silogismos perfectamente ilados, y en virtud de los cuales se ha llegado a verdades realmente nuevas e inesperadas, desde luego se persuadirán de la importancia y de la utilidad de ese poderoso medio de deducción, y de las condiciones a que debe satisfacer.

Además, a diferencia de la enseñanza tradicional, la lógica que se enseña en la Preparatoria, de acuerdo con las ideas de Mill, incluye también la inducción, "que es la verdadera fuente de nuestros conocimientos reales, y de la cual tienen que partir hasta nuestras inferencias deductivas [...]". La deducción silogística, al carecer de la base inductiva, sólo podía apelar a la autoridad. "Sólo una autoridad, divina o humana, pero en todo caso incontrovertible, podía servir de base a la lógica deductiva [...]". El espíritu moderno, expresa Barreda en su carta a Riva Palacio, es "naturalmente propenso a desechar toda autoridad que no sea la de los hechos".

Para Barreda, la enseñanza de la lógica reducida a los silogismos y desvinculada de las ciencias no sólo tiene efectos negativos desde el punto de vista didáctico, sino también, y lo que es más grave, en la vida política. Así, se dirige al gobernador Riva Palacio:

> Diariamente encuentra usted en política y sobre todo en materia de administración, ejemplos deplorables de estas aberraciones, que no dependen de otra cosa sino de que tales personas no conocen más lógica que la del silogismo, y quieren inflexiblemente aplicarla a todo asunto, aun a aquellos en que menos cabida puede tener.

Formados en puras abstracciones y reglas inflexibles, señala Barreda, no sorprende que nuestros diplomáticos hayan firmado tratados, "leoninos en el fondo, pero que estaban hechos conforme a las reglas [...] ¿Qué extraño es que los más groseros sofismas hayan servido de fundamento a nuestras más trascendentales medidas políticas o financieras?".

La enseñanza de uno u otro tipo de lógica no es, pues, un asunto meramente académico, sino que tiene consecuencias para la vida de la nación. Por ello, explica Barreda a la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, en rigor, todo el Plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria es expresión de la nueva lógica:

> [...] el plan vigente que para un observador superficial podía haber parecido hacer poco caso de la lógica y de sus métodos, es por el contrario el que los ha tenido en más, hasta el grado de haber hecho de todo el conjunto de los estudios preparatorios, un curso continuo de lógica y de método, primero práctico, y luego teórico; parcial, sucesivo y concreto en un principio, y después general, en conjunto y abstracto.

Por otra parte, Barreda concibe a la Preparatoria como un espacio privilegiado para la formación moral del futuro ciudadano, pues éste, además "de sus deberes políticos [...] tiene otros más importantes que llenar, los deberes del orden moral [...]". Desde luego, la moral a la que se refiere el fundador de esa escuela no es la tradicional, la que procuraban los colegios religiosos: se trata de una moral cívica que encuentra en los grandes hombres de la historia universal los modelos para formar a las nuevas generaciones de mexicanos. Mientras la moral religiosa cambia, expresa Barreda en un artículo fechado en 1863, "[...] las bases de la moral quedan las mismas, aunque sus consecuencias prácticas, van perfeccionándose de día en día y más y más con los progresos de la civilización. Esta marcha desigual y aun independiente de la moral y de las religiones, prueba que ellas no son una misma cosa [...]". La diferencia entre ambas la encuentra Barreda en Condorcet, y señala que el deseo de éste de "buscar en el hombre mismo y no en los dogmas religiosos la causa y el fundamento de la moral, o mejor diré, esta previsión de su profundo genio, se ha realizado ya".

La formación moral de los preparatorianos, señala Barreda, debe seguir las pautas de la biología, según las cuales los órganos se fortalecen mediante el ejercicio y se atrofian por la inacción. Así pues, el desarrollo de los "actos simpáticos o altruistas, como les llama Augusto Comte" exige que se repitan con frecuencia y "los egoístas se eviten en lo posible". Esta "gimnástica moral" permitirá que se robustezcan los instintos benévolos, y se logre lo que no han alcanzado las prédicas religiosas o la amenazas del infierno. De modo que, concluye Barreda, se procurará presentar a los educandos ejemplos de

> [...] moralidad y de verdadera virtud [...] excitando en ellos el deseo de imitarlos, no a fuerza de aconsejárselos ni menos de prescribírselos, sino haciendo que este deseo nazca espontánea e insensiblemente en ellos, en virtud de la veneración irresistible de que se vean poseídos hacia los hombres cuyos hechos se les hayan referido [...]

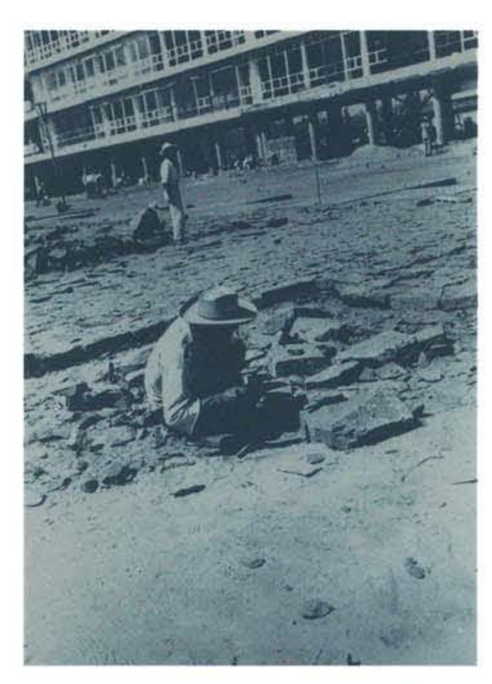
Por lo que hace al fin último de la educación positivista, la *Oración cívica* arroja luz y nos permite ubicar a la Preparatoria en el contexto de la política nacional. Se trata de un discurso pronunciado por Barreda en 1867, en ocasión de los festejos patrios que tuvieron lugar en



Acabados del piso en Ciudad Universitaria, 1952.

Guanajuato. En esta pieza oratoria, el médico poblano pasa revista a la historia reciente del país y hace notar un nexo fatal entre las ideas y los hechos: "la anarquía que reina en los espíritus y las ideas", provoca acontecimientos como las recientes luchas de Reforma. Por lo tanto, este estado caótico no cesará "hasta que una doctrina verdaderamente universal, reúna todas las inteligencias en una síntesis común". Ni más ni menos ésta es la misión de la Preparatoria, que enseña sólo lo que puede comprobarse mediante el método científico, gracias a la observación y la experimentación.

Las guerras y la anarquía son fruto de la educación colonial, vinculada con la teología, en la cual no caben ni pruebas ni demostraciones. Por el contrario, la "verdadera ciencia filosófica [...] tiene que hacer a un lado toda influencia sobrenatural [...]". La sociedad mexicana había combatido por la libertad política; ahora era el tiempo de luchar por la emancipación mental. Las doctrinas sostenidas por el clero católico eran las responsables del desorden, de las guerras, del atraso. Pero el clero ya había sido derrotado por los reformadores; pertenecía al pasa-



Empedrado del suelo en Ciudad Universitaria, 1952.

do, no al porvenir. Las Leyes de Reforma, expresaba Barreda al término de su discurso, nos han puesto en el camino de la civilización:

> Que en lo sucesivo una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición, y de discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las inspiraciones, deje esparcir la luz por todas partes, y haga innecesaria e imposible toda conmoción que no sea puramente espiritual, toda revolución que no sea meramente intelectual. Que el orden material, conservado a todo trance por los gobernantes, y respetado por los gobernados, sea garante cierto y el modo seguro de caminar por el sendero florido del progreso y de la civilización.

A juicio de Barreda, la educación positivista, fundada en la ciencia, llevaría a cabo esa profunda transformación en la sociedad, al tiempo que haría imposible una nueva revolución política, pues en la ciencia no caben las disputas, en la medida en que cualquier diferencia la resuelve el método científico, fuente única de verdad. "Para que la conducta práctica sea, en cuanto cabe, suficientemente armónica con las necesidades de la sociedad, es preciso que haya un fondo común de verdades, de que todos partamos, más o menos deliberadamente, pero de una manera constante". Esto sólo podría lograrlo una educación basada en la ciencia y no en la teología o en la metafísica. El conocimiento científico no ataca las ideas de los individuos; en virtud de un método, muestra qué es verdadero y qué falso.

Este empeño de lograr uniformar la educación, reconoce Barreda, no es nuevo; en general toda la educación colonial fue una manifestación de él y, de manera muy particular, la formación que ofrecían los jesuitas en sus colegios.

> La Compañía de Jesús a quien nadie ha negado nunca una profunda y nunca desmentida sagacidad para escogitar los medios más adecuados a los fines que se proponía, comprendió desde sus primeros pasos, las inmensas ventajas que una educación perfectamente homogénea y dirigida por ella en todas las clases influyentes de la sociedad, debía darle para uniformar las conductas conforme a sus deseos; y, en efecto, su principal empeño fue el de apoderarse de la educación y el de hacerla idéntica para todos.

La gran diferencia entre el proyecto de los jesuitas y el de los positivistas, expresa Barreda, es que aquéllos pretendieron mantener en la ignorancia al pueblo y, además, no proporcionaron una educación enciclopédica. Por ello no pudieron apoderarse del todo de las conciencias, pues siempre dejaron fuera una "multitud de conocimientos de la más alta importancia práctica". Tal es es caso de la química, la historia natural, la astronomía verdaderamente científica y hechos que se ofrecían a la simple observación. Al no proporcionar la educación tradicio-

nal una concepción objetiva acerca de un buen número de hechos, permitió que cada cual les diese las explicaciones que creyera más conveniente "por más irracionales que pudiesen ser". La Preparatoria, por el contrario, garantizaba un conocimiento integrado y enciclopédico de las ciencias; todos los fenómenos de la naturaleza, desde los más simples hasta los más complejos, ahí se estudian y analizan teórica y prácticamente, sin mantener a la fuerza opinión o dogma alguno, y sólo movidos por el deseo de hallar la verdad, de conformidad con un método. Por eso, expresaba Barreda con viva convicción, la Preparatoria logrará crear ese fondo común de verdades que no pudo proporcionar la educación que impartieron los jesuitas; por eso, gracias a la nueva escuela, se iría abonando el terreno para la paz y el progreso. Ciertamente los frutos no serían inmediatos. La educación no produce cambios de manera súbita; es un medio

> [...] lento pero —pregunta Barreda—, ¿qué importa si estamos seguros de su eficacia? ¿Qué son diez, quince o veinte años en la vida de una nación, cuando se trata de cimentar el único medio de conciliar la libertad con la concordia, el progreso con el orden? El orden intelectual que esta educación tiende a establecer, es la llave del orden social y moral que tanto habemos menester.

Si la moral tenía cabida en el plan barrediano era porque la concebía como un arte, o como una suerte de gimnasia que tenía por objeto propiciar el desarrollo de los sentimientos altruistas e inhibir los egoístas. La metafísica, convertida en historia de esta disciplina, podría aparecer como una concesión al pasado, a la educación tradicional. Sin embargo, Barreda, en el ya referido dictamen a la Ley de 1868, anota que las críticas tendrían razón de ser si la

> [...] materia de que se trata hubiera de estudiarse y exponerse con el mismo espíritu y con el propio objeto que se hacía en otro tiempo [...] pero al exponer la historia de la metafísica (que es lo que manda la ley) es cuando se podrá combatir mejor ese espíritu metafísico, tan contrario al verdadero progreso de las ciencias positivas, y que con razón había alarmado [...]

Pero el caso es que no hay indicios de que la metafísica o su historia se hayan impartido. Y resulta explicable: la metafísica que se conocía era la de corte aristotélico-tomista y había sido uno de los pilares de la educación tradicional, de modo que ofrecerla en la Preparatoria, de algún modo, constituía una vuelta al pasado, es decir, se consideraba que era abrirle de nuevo la puerta al clero, a la reacción.

Por otra parte, la historia aparece mencionada, mas Barreda no creyó necesario justificar su pertinencia, como en el caso de otras asigna-

turas. En el mencionado dictamen únicamente se señala: "La utilidad real del estudio y conocimiento de la historia, es tan evidente bajo todos aspectos [...]". Es hasta 1886, y por intervención de Justo Sierra, que esta asignatura adquiere su especificidad, al destacarla del rubro en que la habían incluido: Cronología, historia general y del país, todo en un solo curso.

A pesar de las limitaciones de la Escuela Nacional Preparatoria, que desde su fundación señalaron su críticos provenientes tanto del ala liberal como de la conservadora, ella constituyó una reforma radical en la enseñanza y sirvió de ejemplo para organizar en el país otros colegios análogos, incluso alguno de corte religioso. Su prestigio no sólo radicaba en la novedad de su orientación, sino, además, en la calidad excepcional de su profesorado, en cuya selección puso Barreda especial cuidado, sin reparar en cuestiones de índole ideológica. Entre 1867 y 1889, fueron maestros de la Escuela hombres eminentes o que lo serían pronto: José María Bustamante, Francisco Bulnes, Manuel Fernández Leal, Francisco Díaz Covarrubias, Rafael Ángel de la Peña (conocido por su posición antipositivista), Leopoldo Río de la Loza, José María Marroquí, Manuel Payno, el presbítero Ladislao Pascua, Ignacio Altamirano, Manuel Orozco y Berra.

Asimismo, durante un periodo muy prolongado, fue el único centro laico para el cultivo de la filosofía y, en general, de las humanidades. Como prueba de que para quien no estuviese en un seminario, la Preparatoria era el único espacio propicio para el trabajo en el área de humanidades, baste mencionar el caso del profesor de griego y alemán, Oloardo Hassey, quien, pese a ser el primer germanista en México y conocer catorce lenguas, entre ellas francés, inglés, hebreo, tuvo que conformarse con enseñar a los muy jóvenes e inquietos alumnos de dicha escuela.

La calidad de los profesores de filosofía fue muy disímbola. El primero que se ocupó del curso de Historia de la filosofía (asignatura que se introdujo en una posterior reforma al Plan originario) fue Adrián Segura, en calidad de interino, en 1875; después estuvo a cargo de dicha asignatura el ingeniero Eduardo Garay (1877), quien también impartió las clases de Matemáticas y de Física. Más tarde, aquélla estuvo en manos de Ignacio Altamirano (1878). Gabino Barreda fue profesor de Lógica durante doce años (lo sustituyeron en distintos momentos Alfonso Herrera y José María Vigil) y de Moral (al renunciar ocupó la cátedra Porfirio Parra). Por supuesto, ninguno había recibido una formación especializada en filosofía, pues ésta, en su versión tradicional, sólo se obtenía en los seminarios, y la Preparatoria fue concebida como uno de los medios de que disponía el gobierno liberal para oponerse a los conservadores y formar a la juventud de acuerdo con sus principios.

El número de alumnos inscritos en asignaturas filosóficas era muy reducido. En el segundo informe de Barreda como director de la Escuela (agosto de 1873) se indica que en el año precedente han asistido a la clase de Lógica veinte alumnos, y treinta y tres en el año en que se presenta el informe. El desempeño de los alumnos puede calificarse de excelente, pues de once internos todos aprobaron Lógica, al igual que los ocho becarios; de los díez externos sólo uno reprobó. En el informe de 1877 se hace notar que asistían a clase de Lógica sesenta alumnos.

Por otra parte, el Plan de estudios de la Preparatoria, tal como lo concibió Barreda, duró muy poco. Ya en 1872 éste se ve obligado a defenderlo en la Cámara de Diputados, ante las objeciones de Guillermo Prieto y otros diputados liberales. En enero de 1877, Ignacio Ramírez, en su calidad de ministro de Justicia e Instrucción Pública, dispuso que la historia de la filosofía

> [...] se limitara a la historia de la metafísica, dedicando el profesor sus últimas lecciones a exponer la influencia que las escuelas escépticas han tenido en la formación de los métodos experimentales y positivos que forman la base de las ciencias modernas.

Las críticas que recibió el Plan y, en general, la Preparatoria, provinieron de diversos frentes: los antiguos liberales o puros, los católicos y los mismos positivistas. Aquéllos, en la medida en que consideran que se ha puesto más énfasis en el orden que en la libertad; los creyentes, porque les parece que el positivismo, si bien originariamente había puesto cuidado en no intervenir en materia de creencias, poco a poco fue apoderándose de las conciencias en nombre de un nuevo dogma: el de la ciencia. Los positivistas disputaban entre sí en la Preparatoria, ya que los había seguidores de uno u otro autor: el fundador o bien Mill, Spencer, Littré.

Una vez que Barreda abandonó la dirección de la Preparatoria, su obra recibió todavía más severos ataques. Las polémicas se daban por igual en las juntas de profesores de la Escuela que en la Cámara de Diputados, así como en diarios y revistas. Ignacio M. Altamirano, desde *La República*, manifestaba su opinión en favor de un texto de lógica y en contra de otro, y el mismo presidente de la República disponía conforme a cuál debía enseñarse la asignatura.

En efecto, en 1880, durante la gestión de Ezequiel Montes en el Ministerio de Instrucción Pública, se ordena que los textos de lógica de Alexander Bain y de J. Stuart Mill se sustituyan por la *Lógica* de G. Tiberghien, un krausista belga "liberal y espiritualista" que plantea que el objeto último del conocimiento es la divinidad o Absoluto. Se señalaba en el decreto correspondiente que el positivismo no proporcio-



Pasillo en construcción del tercer piso de la Facultad de Filosofía y Letras.

naba respuestas acerca de asuntos de orden moral o respecto de la existencia de Dios, el alma y el destino del hombre. En cambio, las ideas de Tiberghien "son combinables" con las creencias en Dios, en la inmortalidad del alma, así como con la moral y la religión. Es decir, en el nuevo texto se abordan estas graves e inquietantes cuestiones que el positivismo pone de lado. En el decreto se menciona que el positivismo que se enseña en la Preparatoria ataca los derechos de los ciudadanos, su libertad de creencias. Se argumenta así en el referido do-

cumento: "En vano se dirá que la lógica positivista nada contradice en punto de religión, porque nada afirma ni niega. Esto no es exacto, pues afirma que no puede saberse nada, que es imposible llegar a una certidumbre". Al despreciar el núcleo de problemas que tradicionalmente ha tratado la metafísica, el positivismo ha sumido a los jóvenes mexicanos en un gran vacío, los ha dejado sin una guía moral. Señala también el ministro Montes que el texto del krausista no contradice la educación religiosa que reciben los alumnos por parte de su familia; se trata, entonces, de un libro menos hostil a la religión que los proscritos y que respeta la libertad de conciencia que el gobierno debe garantizar.

En diversos círculos, y por boca de distintos autores, en particular una vez que Barreda abandonó la dirección de la Preparatoria, y hasta bien entrado el siglo XX, se repite, con matices, la misma idea: el positivismo atenta contra la libertad de conciencia; contra la libertad reclamada por los liberales puros, herederos de los principios de la Reforma o contra la libertad de los católicos de seguir profesando sus creencias. Y es que, en el fondo, hay que recordar que Barreda surge a la vida pública en el contexo del triunfo liberal, de aquí que se haya visto obligado a sustituir el lema del positivismo comtiano de "amor, orden y progreso" por el de "libertad, orden y progreso". La inclusión del término libertad era una concesión a las circunstancias. Pero lo que estaba detrás con mayor fuerza era el proyecto político que se expresa en las dos últimas palabras y que pertenece a la médula del pensamiento de Comte. En esta adecuación barrediana residió el éxito de su positivismo. Pero, con el correr de los años, y aún en vida de Barreda, se fue revelando que la libertad en el sentido de los herederos de Juárez y de otros próceres liberales, no tenía cabida en el esquema positivista. Unos justificaban la imposición de un texto en nombre de un proyecto nacional que tenía sus fundamentos en una educación científica; otros, los jacobinos, y con ellos los clericales, en una alianza que se supondría imposible, en nombre de la libertad del tipo *laissez faire, laissez passer*, exigían la validez plena de la libertad de conciencia, la libertad individual, sin importar las necesidades sociales. Ningún grupo tenía derecho a imponer sus ideas a los demás, pero esto se hacía cotidianamente en la Preparatoria; la enseñanza positivista invadía el sacrosanto recinto de la conciencia individual. Y lo hacía con la impunidad que le daba el pretender tener la verdad última. En rigor, no existía ese fondo común de verdades con el que pretendía Gabino Barreda dotar a todos los mexicanos y, con él, garantizar la paz y el progreso. La enseñanza preparatoria, expresan los críticos de uno y otro bandos, no es objetiva sino sectaria; es, además, contraria a los preceptos constitucionales que deben garantizar la invocada libertad de creencia.

Así pues, la decisión acerca de la pertinencia de uno u otro libro de lógica en la Preparatoria es el detonador de una discusión que, con mucho, rebasa los muros del antiguo colegio de San Ildefonso. En ella intervienen, en diversos momentos, personajes distinguidos e ilustres polemistas: Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez; Ezequiel Montes *versus* Justo Sierra, Porfirio Parra *versus* José María Vigil, por mencionar a unos cuantos autores que participaron en favor o en contra de la ideología positivista. Algunos no sólo formaron parte del debate, apoyando o rechazando un determinado texto de lógica, sino elaboraron el propio, como es el caso del positivista Porfirio Parra, quien escribió su *Sistema de lógica*. Por su parte, Vigil llegó a fundar una publicación, con el propósito de disponer de un medio para difundir sus ataques al positivismo. En las páginas de su *Revista filosófica*, enjuicia a esta corriente en sus diversas versiones europeas y, en particular, a sus expresiones mexicanas, con especial énfasis en la obra de Parra.

¿Por qué tal revuelo por un texto de lógica?; ¿por qué desde el titular del poder ejecutivo y sus ministros, el legislativo y, por supuesto la Iglesia católica, los profesores, pasando por los padres de familia y periodistas intervenían en un debate que hoy se nos antoja desmesurado? ¿Por qué la polémica adquiría el tono de un asunto de importancia nacional? Por la sencilla razón de que lo era. En el fondo se encontraba en el tapete de la discusión uno de los principios más caros al liberalismo, por el cual el país había combatido apenas hacía unos años en contra de poderosos enemigos como el clero y aun el emperador Napoleón III: la libertad, en sus diversas modalidades de conciencia, de enseñanza, de expresión. Porque los derrotados en las guerras de Reforma no se daban por vencidos y buscaban un resquicio por donde penetrar de nuevo y ocupar un lugar influyente, al menos e inicialmente, en el campo de la educación. Porque el clero que había dirigido la conciencia del país, aun antes de proclamarse nación, no se resignaba a pasar al desván de la historia, como lo pretendía la ideología positivista. Porque los creyentes pensaban que en la Preparatoria sus dogmas eran sustituidos por uno más, aunque de menor rango: el dogma de la ciencia. En suma: en la Preparatoria estaban en juego los principios más arraigados del liberalismo y del conservadurismo; se trataba de una pugna por el poder espiritual. Los positivistas reclamaban definir los cauces de la educación, pues ellos y sólo ellos poseían una visión científica e integral del universo; únicamente ellos tenían el criterio de verdad: el método científico. Los clericales propugnaban asumir nuevamente la dirección en materia educativa, porque eran los únicos que poseían el conocimiento por excelencia: el que viene de Dios, la autoridad suprema.

Para el positivismo, como antes lo fue para el liberalismo, la filoso-

fía es un instrumento para construir al hombre y a la nación nuevos, positivos, como decía Mora. Por ende, seleccionar uno u otro tipo de filosofía no es un asunto que pueda desvincularse de ese proyecto de transformación social. Liberales y positivistas comprendieron bien que si había que reconstruir a la nación desde sus bases, era indispensable modificar la mentalidad de los mexicanos. Por ello su énfasis en la educación, por esto también los feroces debates acerca de la ideología que debía configurar esa educación, pues en el pasado se había educado para el retroceso y ahora había que hacerlo para el progreso.

Para los viejos liberales y para los de nuevo cuño que fueron los positivistas, el régimen colonial se había fundado en una educación que enseñaba a discutir acerca de cuestiones vanas, que atendía a la forma y no al contenido; que, en nombre de la autoridad, ya fuera divina o de Aristóteles o santo Tomás, cancelaba la duda, la posibilidad de formular cuestiones que rebasaran la simple intelección de los textos sagrados o reputados y venerados como tales. La educación tradicional, a partir de la filosofía que se enseñaba en los colegios y aun en la Real y Pontificia Universidad, era contraria a la ciencia, a la búsqueda libre del conocimiento, pues había de antemano el compromiso de ser fiel a las autoridades. Formaba hombres dogmáticos, dispuestos a imponer sus ideas a cualquier precio, por cualquier medio, incluido el de las armas.

La filosofía positivista, por el contrario, en nombre de la ciencia, entendida a la manera de Comte, pretendía formar hombres enemigos de las disputas y más bien interesados en la búsqueda de la verdad y en aplicar sus conocimientos científicos, es decir, "positivos", a todos los asuntos de la vida pública, lo mismo a la economía que la diplomacia y, en general, a la suprema tarea de gobernar. Si la filosofía tradicional había preparado hombres deseosos de intervenir en controversias sin término, la filosofía positiva, en virtud de ese fondo común de verdades producto de la ciencia al que se refería Barreda, forjaría hombres amantes de la paz y del progreso.

La metafísica y la teología tradicionales, la lógica reducida a la enseñanza de los silogismos, resultaban opuestas al proyecto de construir una nación moderna; ésta sólo podría ser fruto de la filosofía positiva, que incorporaba una lógica entendida como metodología de la ciencias, que afirmaba a la inducción como un procedimiento de capital importancia para la búsqueda del conocimiento; de una moral fundada en el ejemplo de los grandes científicos, de los descubridores, de los artistas que a lo largo de los siglos habían colaborado al progreso de la humanidad. Por eso no resultaba irrelevante que se introdujera o no un curso de metafísica en el currículo de la Escuela Nacional Preparatoria, o que el libro de texto de lógica fuera de un positivista o de un espiritualista. La filosofía, como fundamento de la educación, constituía un asunto de política nacional.

El proyecto académico

Rumbo a la Universidad Nacional

En las batallas que sostuvieron positivistas y antipositivistas, tanto en las reuniones de profesores de la Preparatoria, en los diarios y revistas, así como en la tribuna de la Cámara de Diputados, aquéllos contaron con la palabra apasionada y la pluma incisiva de Justo Sierra.

Éste era un buen conocedor del positivismo y admirador de la Preparatoria, de esa institución que, decía en 1874, "está produciendo resultados de alta trascendencia" por su "adopción de un método fundado en los hechos, es decir, en la verdad, en vez de los rancios sistemas arbitrarios del pasado".

Sin embargo, Sierra aclara —en ese mismo año— en qué términos se considera positivista:

> Partidarios ardientes del método positivista en la enseñanza, no lo somos de la filosofía de la escuela. Creemos en la existencia del espíritu, y hemos dicho y sostendremos toda la vida, que en este sentido falta algo de muy interesante en el vasto plan de la educación secundaria en México.

Dos distingos importantes introduce aquí el autor: no hay que confundir el método con la doctrina positivista, ni aquél entraña una posición contraria a la religión. A esta postura la denomina Sierra "liberalismo positivista". Esto último en tanto que para indagar la naturaleza no es legítimo proceder "metafísicamente", sino de conformidad con el método experimental; liberal en la medida en que la conciencia es un dominio sagrado, en el cual nadie tiene derecho a penetrar, ni aun el gobierno con el propósito de crear el fondo común de verdades al que se refería Barreda.

Como hemos expuesto páginas atrás, los liberales consideraban a la Universidad el nido del oscurantismo en materia de conocimiento, y de la reacción en lo tocante a la política. El positivismo comtiano requería escuelas en que se enseñara la ciencia, politécnicos en todo caso, pero no universidades. Sin embargo, apenas iniciado 1881, Sierra expresa su interés por crear una universidad nacional.

En enero y febrero de ese año, publicó en *El centinela español* y en *La Libertad* algunos artículos en los cuales dio a conocer un proyecto de creación de la Universidad Nacional. Posteriormente sometió el documento a la consideración de algunos expertos, antes de presentarlo en la Cámara de Diputados. Pronto aparecieron en la prensa algunas objeciones que, desde diversas posiciones, se formulaban al proyecto.

¿Por qué si ni los liberales "metafísicos" ni los positivistas tenían interés en crear una institución asociada al pasado oscurantista, Sierra se empeña en discutir en la Cámara de Diputados un proyecto de esa



Acabados del exterior del Auditorio de Humanidades, noviembre 3 de 1953.

naturaleza? ¿Por qué arriesgarse a presentar una iniciativa con escasas probabilidades de éxito? En contra de los liberales puros o "metafísicos" y en un medio en que la enseñanza superior se había dado en los colegios religiosos y en los seminarios, o bien en la Universidad de corte tradicionalista, Sierra somete a la consideración de los diputados, el 7 de abril de 1881, la creación de una Universidad como parte de un movimiento para garantizar la vigencia del positivismo frente a decisiones de un gobierno que intentara, como había ocurrido recientemente, desecharlo y volver a implantar una educación "metafísica". Fundamentalmente, en ese momento, la Universidad es un medio para preservar la amenazada integridad del positivismo. Pero, como veremos más adelante, no sólo eso.

En la presentación del proyecto, Sierra explica por qué éste exige la intervención del Estado, el cual debe participar en

> [...] todas aquellas manifestaciones de la vida social que aún no responden sino trabajosamente a nuestras necesidades de organización rápida y segura; pero pertenecemos a la escuela liberal positiva, que tiene como señal de progreso todo aquello que se dirige a reemplazar



Vista posterior de la Facultad de Filosofía y Letras, noviembre 9 de 1953.

normalmente y de hecho, no con simples fantaseos literarios, la acción del gobierno por la acción individual. Creemos que en algunas materias nuestro país puede entrar en esa fase de la evolución casi simultánea con lo que llama Spencer la *integración* y que el mismo sabio apellida *diferenciación*. Para facilitar por medio de la ley la formación de un nuevo grupo social dentro de la sociedad, con vida propia, es preciso que la nueva creación asuma dos caracteres: que coadyuve mejor en su nueva forma a la evolución total; que la continuación de la absoluta sumisión del grupo social al Estado no sea un obstáculo al progreso. Para una buena parte de la enseñanza pública esas condiciones están realizadas.

De acuerdo con la idea de Spencer acerca de la evolución, la sociedad mexicana estaba madura para crear un nuevo grupo social y, dada la trascendencia de la empresa, el gobierno debía aportar los medios para su realización: la creación de un cuerpo de científicos que dirigiera la educación nacional.

Sierra alude en su proyecto a las intervenciones de los ministros Montes y Mariscal en la Preparatoria pues, en particular este último, se había inmiscuido indebidamente en un dominio que no le correspondía, al disponer la sustitución del libro de lógica de Bain por el de Tiberghein. Desde la tribuna de la Cámara de Diputados, el 30 de septiembre de 1880, Sierra le había hecho notar al ministro de Justi-

cia, Ignacio Mariscal, que, por ley, "estaba en su derecho para no aceptar el texto, pero no para designar otro; esto daría un carácter docente a un representante del Estado, que pugna ciertamente contra nuestras instituciones". Así pues, expresa Sierra en el mencionado proyecto:

> [...] después de los acontecimientos que han agitado el mundo escolar en los últimos meses y que han marcado una tendencia en el Estado de dominar por prevenciones el desarrollo de la instrucción pública y de combatir una corriente incontenible ya, puede asegurarse *a posteriori* que el tiempo de crear la autonomía de la enseñanza pública ha llegado.

El proyecto contiene ocho artículos, algunos con diversos apartados. Según el primer artículo, "Se instituye en la capital de la República la *Universidad Nacional*". En el siguiente, se listan las escuelas que la integrarán: Preparatoria y Secundaria de Mujeres, y las escuelas de Bellas Artes, Comercio y Ciencias políticas, Jurisprudencia, Ingenieros, Medicina y Escuela Normal y de Altos Estudios.

En el artículo sexto, apartado primero, se establece la reforma al Plan de estudios de la Preparatoria en estos términos:

> En este establecimiento la enseñanza será enciclopédica y rigurosamente elemental, basada, lo mismo que la que se dé en las escuelas profesionales, en el método científico. Los estudios fundamentales que allí se hagan comenzarán por la matemática y ascenderán a la cosmografía y geografía, la física, la química, la biología, la psicología, y terminarán con la sociología y la historia general.

En dicho proyecto, la lógica y la moral han desaparecido del Plan originario que concibiera Barreda para la Preparatoria, al igual que la metafísica, aun en su versión de historia; por otra parte, emergen la sociología (piedra de toque del comtismo ortodoxo), la psicología y la historia, ésta última, la gran pasión de Sierra.

En el apartado segundo de ese mismo artículo, se define el propósito de una escuela de nueva creación:

> La Escuela Normal y de Altos Estudios tendrá por objeto formar profesores y sabios especialistas, proporcionando conocimientos científicos y literarios de un orden eminentemente práctico y superior a los que puedan obtenerse en las escuelas profesionales. Se establecerán desde luego clases completas de pedagogía, y en la medida en que los recursos de la Universidad lo permitan, se irán abriendo cátedras correspondientes a todos los ramos del saber humano, comenzando por los estudios biológicos, sociológicos e históricos.

De acuerdo con el proyecto, en la Preparatoria no ha quedado lugar para la filosofía, en ninguna de sus áreas; ni siquiera para la lógica, fundamental en el Plan barrediano y que había sido considerada como uno de los pilares de la formación positivista. Pero tampoco tenía un sitio definido en la nueva escuela, pues no se le menciona explícitamente ni se le incluye entre las cátedras que más adelante podrán crearse. ¿Acaso Sierra, a pesar de su sólida formación, de su amor por los clásicos, de su pasión por la historia, desestima un saber que, si no tuviera otros méritos, podría aducirse en su favor su dilatada historia y su valor en la formación de los hombres de todos los tiempos? Para un historiador y educador como Justo Sierra, ¿la filosofía debía quedarse al margen de esa escuela que se ocuparía de "todos los ramos del saber humano"?

En el curso de las diversas intervenciones que tuvo en la Cámara de Diputados para explicitar su proyecto, Sierra arroja algunas luces acerca de esta cuestión y respecto de la Escuela de Altos Estudios en general.

En primer lugar, y como de paso, define el propósito de la Universidad, punto de capital importancia que no había quedado establecido en el cuerpo del proyecto: "el objeto supremo de la Universidad es formar hombres instruidos [...]". Más adelante, especifica Sierra que la nueva escuela tendrá dos secciones: la Normal, o departamento docente, cuyo objetivo será formar profesores para los diversos niveles de enseñanza, incluido el profesional; su fin último será vivificar "los cuerpos docentes", a la manera como se hace en Alemania. A continuación explica por qué le añade el área de Altos Estudios: "como allí se prepararán también profesores para la enseñanza secundaria y profesional, era necesario perfeccionar estos estudios haciendo llegar a las más encumbradas regiones de la ciencia a los que aspiren a los altos puestos de la enseñanza científica".

Sin embargo, con todo y ser fundamental la preparación de profesores, éste no es, en realidad, el desiderátum último de la institución: "La Escuela de Altos Estudios, lo indica mi proyecto, no está destinada solamente a preparar profesores; su objeto supremo es hacer sabios". Se trata de formar no sólo alumnos con un mínimo de conocimientos especializados que les permita obtener un título, sino ante todo construir

> [...] un territorio elevado y libre en donde pudiera cultivarse la ciencia por la ciencia, en donde algunos escogidos pudieran ser iniciados en las lucubraciones más altas y menos accesibles, en donde los cursos se hicieran no con el objeto de preparar alumnos para los exámenes, sino de revelar a hombres de estudio y de buscar para ellos y con ellos los secretos del saber humano. Este pensamiento me ha guiado al proyectar la creación de una Escuela de Altos Estudios. Esta palabra *creación* aclara más aún mi idea.

> Puesto que al lado de la ciencia ya hecha existe la ciencia que se hace, puesto que al lado de los datos definitivamente adquiridos hay otros que se buscan por el camino de las hipótesis, de la comprobación metódica de las teorías, de su discusión, era preciso consagrar un lugar en nuestra enseñanza a esta parte de *creación* en el ilimitado dominio de lo posible y un competente instrumental de trabajo que permita dar a esta clase de estudios su carácter eminentemente experimental y práctico.

Si bien pareciera desprenderse del cuerpo del proyecto y, en particular, de la última línea citada, que la filosofía no tiene cabida en la Escuela de Altos Estudios, sin embargo, cuando se refiere Sierra a la formación que requerirá un profesor de psicología, señala que "necesita conocer la historia crítica de los sistemas filosóficos [...]". Asimismo, al abordar el tema del programa general de los cursos de la Normal, considera que se incluirá Filosofía de la educación. ¿Ése es el estrecho ámbito de la filosofía en el diseño de una Universidad no particular sino nacional?; ¿no es necesario formar profesores para un intelectual de primera línea que defiende vivamente el valor transformador de la educación, y que ha emprendido múltiples campañas en favor de la lógica?; ¿el país no requiere de especialistas en esta disciplina? O quizá sea más preciso formular la cuestión de otra manera: ¿por qué tanta cautela cuando, en 1874, Sierra se había expresado en otros términos a propósito de la filosofía?

En efecto, al examinar Sierra el Plan de estudios de la Preparatoria a la luz de los ataques de los liberales herederos de la Constitución de 1857, reconocía en éste una grave carencia: "Pero el grande, el verdadero vacío del plan de estudios, es la falta de una cátedra de filosofía".

Ciertamente se enseñaba lógica, de acuerdo con el texto de Mill,

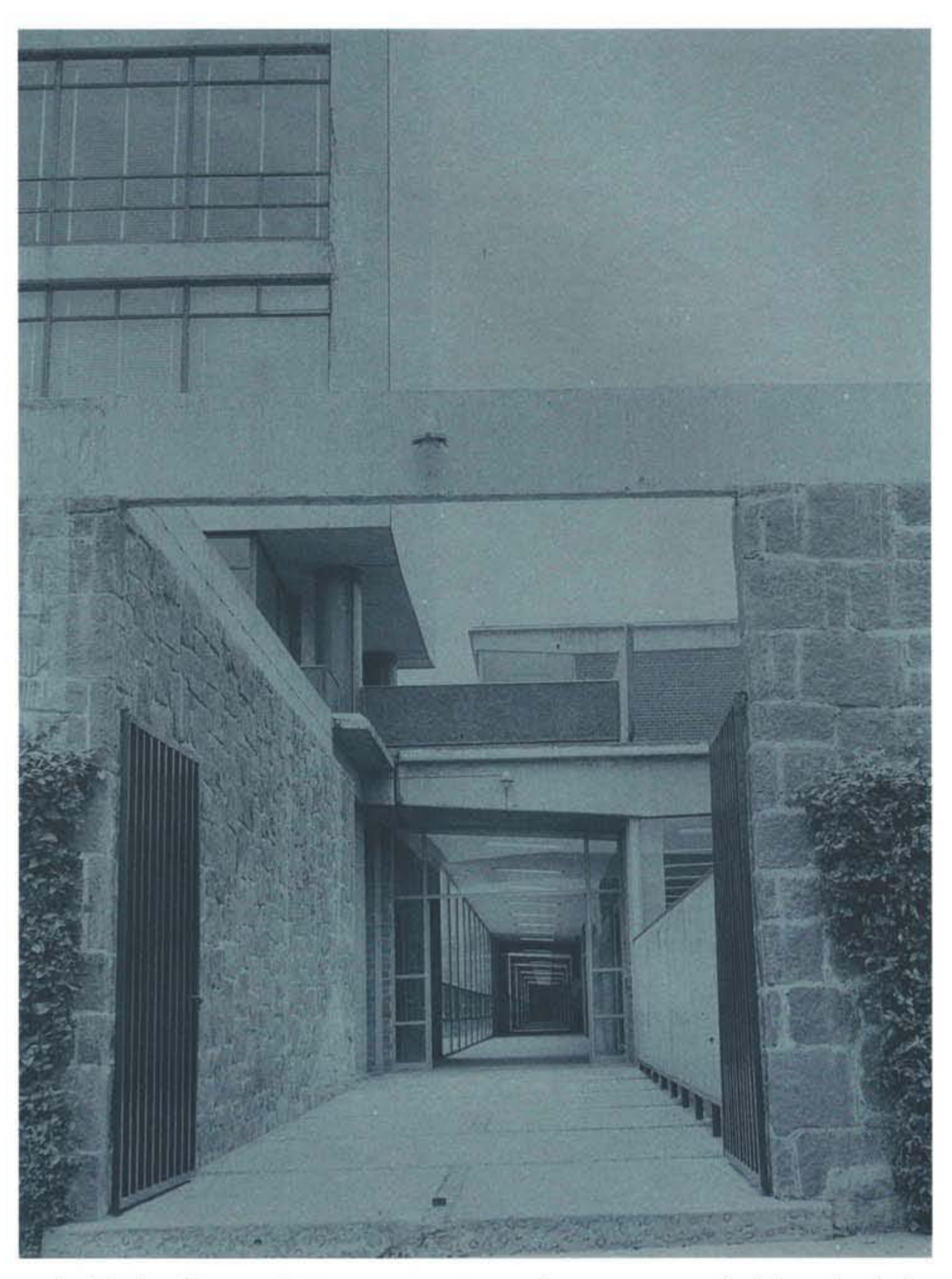
> [...] mas si hay materia en que la libertad debe ser escrupulosamente respetada, es en ésta de los primeros principios. Crear en derredor del alumno una atmósfera especial, decirle magistralmente que la *metafísica* no sirve para nada, es, en último análisis, ejercer una presión despótica sobre los cerebros, contra la que se subleva todo lo que hay de independencia y de dignidad en el alma.
>
> Es este un monopolio que no se aviene ni con la conciencia humana, ni con el espíritu de nuestras instituciones. Bien se podría demostrar que la lógica de estas instituciones nos llevaría a la obligación para el Estado de fundar una cátedra de filosofía antidogmática y espiritualista, pero no queremos tanto, nos basta con que se enseñe a los que van a ser hombres, cómo han pensado los otros hombres y qué influencia han tenido estos pensamientos en el destino de las sociedades, nos basta con una cátedra de Historia de la Filosofía.

También en 1874, y en una ocasión por demás significativa, pues se trataba de una reunión organizada con motivo del cumpleaños de Gabino Barreda, Sierra había hecho un encomio de la filosofía, no únicamente de la derivada del *Cours de philosophie positive* ni por cierto en los términos en que lo harían los conservadores. En este caso, es en nombre de biólogos y químicos notables que Sierra, en presencia del fundador de la Escuela, descalifica la proscripción que ha sufrido la filosofía de los recintos preparatorianos.

> Porque, en resumidas cuentas, hay en el hombre algo de espontáneo y de original, hay ese *quid propium* de que habla el eminente Claudio Bernard, esa idea directriz de la evolución vital, y eso no pertenece ni a la química, ni a la física, ni a ninguna ciencia experimental, eso entra en la zona de las ideas, esos son los derechos del espíritu, esa es la filosofía. Otro sabio, Marcelin Barthelot, el gran químico francés, ha reconocido en elocuentes páginas los fueros de esta ciencia, que llama la ciencia ideal. No es justa esta proscripción, mucho menos cuando los jóvenes están preparados por el estudio de las ciencias y del libro admirable de Mill, a separar el buen grano de la cizaña, al emprender el conocimiento de esa soberbia historia del pensamiento humano; porque en último análisis no se nos podrá negar que si la libertad es un sueño del hombre, es un sublime sueño; que si el hombre ha concebido más allá de lo relativo lo absoluto, más allá de los fenómenos y de las leyes una suprema ley, más allá del Universo a Dios, al concebir esta idea en el cerebro humano era más grande que el mundo.

Es cierto que Sierra reproduce acto seguido las palabras de Littré, quien afirma que lo inaccesible no es lo inexistente, y que para navegar por ese océano de lo incognoscible no tenemos ni barca ni velas. Mas también es verdad que Sierra deja abierta la posibilidad de que los jóvenes estudiantes se acerquen al menos a sus playas: "Tal vez muchos de ellos encontrarían, como nosotros, que cuando esas olas han ido a estrellarse en el promontorio de Sunium, el alma de Platón ha sido una vela que ha surcado el océano de la inmensidad". El filósofo griego puede ser un buen guía para adentrarse en lo insondable, en un dominio al que no tienen acceso las ciencias; éstas no están capacitadas para franquear sus propios límites, mas el límite de los ideales, de los sueños de los hombres no puede quedar confinado al estrecho campo que acotan las ciencias. Por ello exhorta Sierra al fundador de la Preparatoria ahí presente a abrir una cátedra de historia de la filosofía, en la cual "muchos solicitaríamos la honra de sentarnos en sus bancos".

¿Por qué entonces en la escuela de enseñanza superior que era resultado de un diseño del propio Sierra y en la cual se cultivarían la historia, la literatura, la pedagogía, quedaba excluida la filosofía? ¿Por



Estado original de la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras en su inauguración, 1954.

qué si defendía en 1874, con tono tan vehemente, que la historia de la filosofía formara parte del Plan de estudios de la Preparatoria, en 1881 no tenía ya cabida en su proyecto? No podemos creer que fuera ciertamente por desestima. Más bien Sierra se ve forzado a cerrarle a la filosofía la puerta de la Universidad, para no abrírsela a la reacción. En el contexto de la lucha con los católicos, éstos aprovecharían la oportunidad para apoderarse de una nueva tribuna, a partir de la cual combatir al positivismo. Además, los liberales "metafísicos" también intentarían destruir los logros de esa doctrina del orden y del progreso, si no ya tanto de la libertad. ¡Que se salve la Preparatoria, el "germen de

una gran renovación política, social y religiosa", aunque se pierda la filosofía! ¡Ya vendrán tiempos mejores en que Platón y otros con él, puedan conducir a los jóvenes mexicanos hasta las playas de lo absoluto!

Por ahora se halla en juego la existencia misma de la Preparatoria, pues mientras se discutía el proyecto de creación de la Universidad, escribe Sierra,

> [...] se han consumado algunas atrocidades; el plan racional de la Escuela Preparatoria ha sido escandalosamente decapitado, introduciendo por la violencia la enseñanza metafísica en vez de la del método científico; se ha desbaratado la unidad de estudios, injertando estudios especiales en un establecimiento de estudios generales; se ha decretado que para ciertas carreras profesionales no se necesitan conocimientos históricos, ni literarios [...]

La introducción de un nuevo Plan de estudios para la Preparatoria por parte del ministro Ezequiel Montes, expresa Sierra en abril de 1881, "no es más que un pretexto para asestar este golpe de muerte al progreso intelectual de nuestro país. En lo demás no ha habido guía ni plan como no sea éste: resucitar el pasado, galvanizar un cadáver, retroceder cerca de medio siglo". Se trata, en suma, de una "negación audaz del progreso humano [...]", de volver a lo viejo, a lo muerto, a la Edad Media. Y con ironía comenta Sierra: "¿Cómo no resucitó el señor ministro el gremio y el claustro de la nacional y pontificia Universidad? Si se buscaban muertos, he ahí una momia".

Como hemos señalado, en 1881 Sierra concibió el proyecto de la Universidad Nacional en medio de los más nutridos ataques contra el positivismo. Y lo que resultaba más preocupante aún: éstos no provenían, como era habitual, sólo ni fundamentalmente de los derrotados en las guerras de Reforma, sino de los vencedores, de cuyo tronco se había desgajado el positivismo, el liberalismo positivo al que decía Sierra pertenecer. Se trataba de un embate de los liberales de viejo cuño que ocupaban puestos destacados en el gobierno, por eso el autor se ve obligado a definir a la Universidad, a la manera de las alemanas, como "una corporación independiente", con "exclusiva propiedad" de sus bienes, emancipada "de la tutela del Estado en todo lo que atañe directamente a la propagación de la ciencia, que debe estar sometida a la dirección de un cuerpo técnicamente competente". La órbita de la Universidad, expresa Sierra en el curso de una de las varias aclaraciones a su proyecto, "es distinta a la administrativa, pero no excéntrica a ella, sino que Estado y Universidad graviten hacia un mismo ideal. Esto explicaría suficientemente la intervención que doy al gobierno en la Universidad proyectada, intervención bien inofensiva por cierto". Nos encontramos frente a una institución relativamente autónoma, pues el Estado tiene funciones de inspección, pero no de gobierno, pues éste,

se señala en el artículo cuarto del proyecto, reside en un director general, en un consejo formado por los directores de las escuelas y en un cuerpo de profesores, al cual se incorporarán dos alumnos por cada escuela.

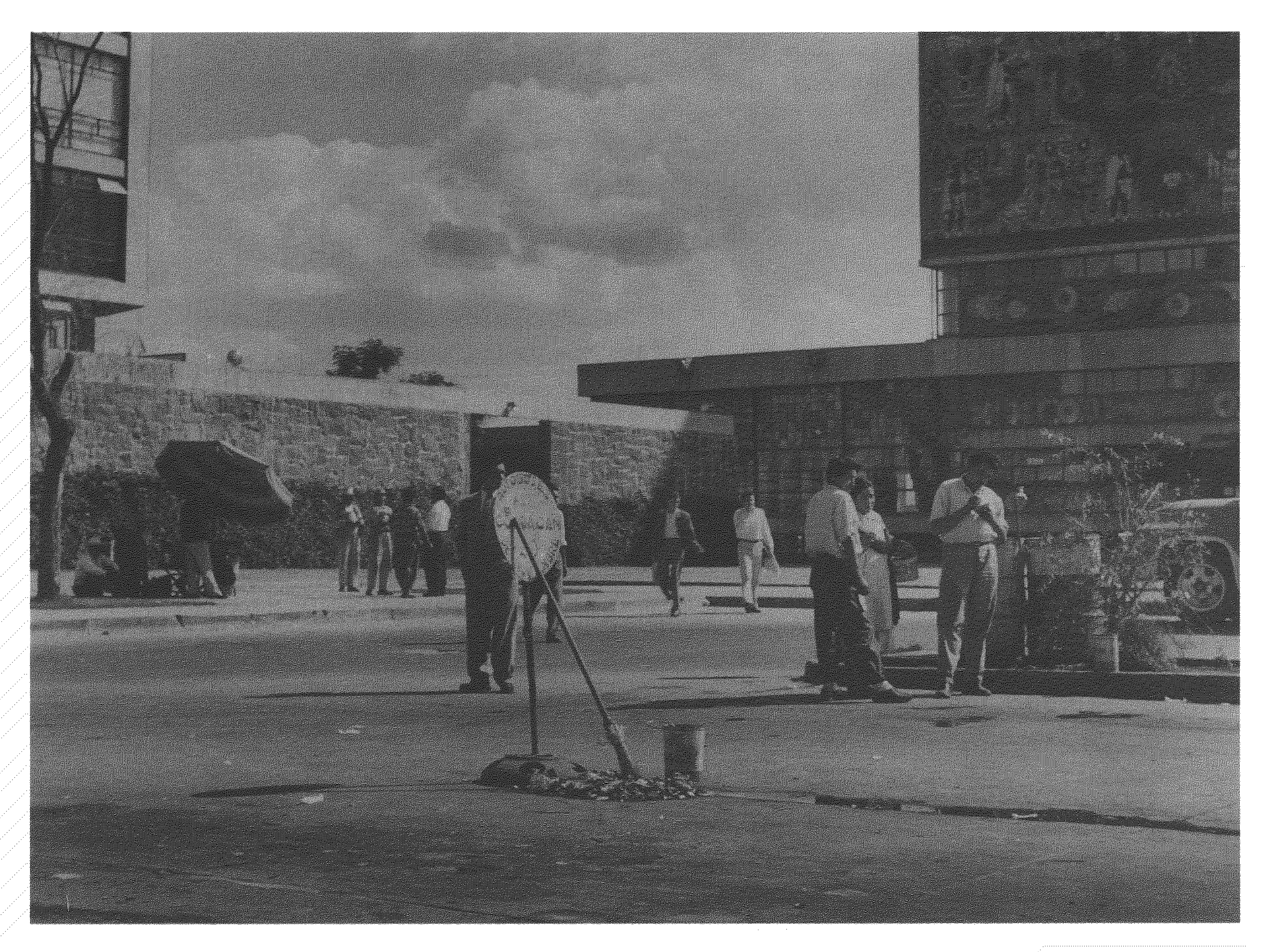
Así pues, en 1881, con la creación de tal universidad, Sierra buscaba poner a cobijo de las intervenciones gubernamentales la ideología que había hecho posible el orden y el progreso. Al respecto señala Edmundo O'Gorman:

> Si Sierra quería Universidad, la querría positivista; si en ella quería salvar a esa doctrina, querría a la nueva institución independiente desde el punto de vista académico; si, en fin, quería que el positivismo continuara gozando del favor oficial, querría que la Universidad formara parte del gobierno.

Sin embargo, es preciso considerar también que Sierra no sólo trata de salvaguardar al positivismo de los embates de los "liberales metafísicos", pues acota que ha tomado en cuenta esa situación generada por la intervención gubernamental en la Preparatoria, "e inspirándome en los sistemas alemanes, he concebido el proyecto de Ley que va al calce [...]".

No debemos dejar de valorar, en este contexto, la referencia que hace Sierra a Alemania y a sus universidades. Wilhelm von Humboldt (1767-1835) había hecho suyo el ideal humanista de su época y sostenía vivamente la creencia en el progresivo perfeccionamiento del género humano. Para Humboldt, la educación ha de procurar la realización de ese ideal, más allá de la formación para el ejercicio de una profesión determinada. Por ello, la universidad ha de ofrecer una formación filosófica, como la expresión más decantada del humanismo. En consonancia con esta idea, Humboldt invitó a trabajar en la Universidad de Berlín a Fichte, Schleiermacher, Savigny, Niebhur, a fin de formar a la juventud en "el espíritu de la idea filosófica de una totalidad de las ciencias".

Ya en 1875, Sierra había hecho notar que la independencia de las universidades alemanas en su régimen interior "ha sido tan favorable al progreso intelectual, en su sentido más elevado, que la institución se ha hecho sagrada en Alemania [...]". Así pues, Sierra conocía la organización de universidades no sólo autónomas por motivos políticos, sino en razón del cultivo libre del conocimiento y en las cuales participaban los más eminentes filósofos. En su proyecto de universidad, Sierra concibe un espacio para el cultivo de "la ciencia por la ciencia", ya no el *savoir pour prevoir* del comtismo. No era éste, pues, un proyecto encuadrado plenamente en los marcos del positivismo. En la Preparatoria se habían introducido asinaturas que no se incluían en el



Entrada de la Facultad de Filosofía y Letras en el año de la inauguración de Ciudad Universitaria, 1954.

marco positivista, como la historia y la psicología. Asimismo, en la Escuela de Altos Estudios, junto con las ciencias aparecían la literatura y la historia. Como lo había dicho Sierra: era indispensable abrir un espacio para la creación, y ésta se aviene mal con ideologías oficiales, con posiciones dogmáticas, con consignas de la índole que se quiera.

Pero independientemente del tipo de universidad que Sierra tenía en mente al diseñar su proyecto, éste no convenció a nadie, ni a positivistas ni a sus impugnadores, así como tampoco a algunos diputados, para quienes había que atender exclusivamente la instrucción elemental. Estos últimos le objetaban:

> ¿Cómo fabricáis una alta institución, un vasto edificio de enseñanza superior y no le daís la base suficiente? Esto equivale a erigir una pirámide invertida, en equilibrio inestable, que no podrá sostenerse. Si no hay una educación primaria suficientemente sólida ¿para qué

queréis esta corona, para qué llegar hasta la instrucción superior, hasta la que sirve para crear la ciencia, si los elementos de donde toda ella habrá de nutrirse no están preparados?

En 1883, Sierra explica los hechos en estos términos:

> Unos se opusieron porque no era demasiado independiente del Estado el cuerpo universitario; otros, el señor Presidente de la República, fue uno de ellos, con mayor razón quizá, porque no dependía bastante del gobierno; otros porque se llamaba *Universidad* y aquí la Universidad creaba doctores, y los doctores, al ser borlados, juraban defender el hoy dogma de la Inmaculada Concepción; los ministros, ¡oh! los ministros, esto ya es otra cosa; los ministros no han dicho nada y, en suma, nadie le hizo caso.

Habrá que esperar hasta 1910 para que un nuevo proyecto cristalice, con la anuencia del Presidente de la República, y exangües ya los dos grandes contendientes que, con distintos nombres, habían combatido desde los orígenes de la nación: liberales *versus* conservadores, en los más diversos matices y gradaciones.

Pero, mientras tanto, Sierra no ceja en su intento. En los congresos nacionales de Educación Pública, en las sesiones anuales del Consejo Superior de Educación Pública, retoma el tema y se vale, según el caso, de su condición de diputado, de subsecretario de Instrucción Pública o de ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Claude Dumas, en su acucioso trabajo *Justo Sierra y el México de su tiempo. 1848-1912*, narra cómo, en enero de 1906, Sierra se vio obligado a hacer oficial el anuncio de creación de la Universidad Nacional, a raíz de un comentario indiscreto que hizo, en la inauguración de cursos de la Preparatoria, el profesor norteamericano Mark Baldwin, invitado, como Sierra, a la ceremonia. Después de elogiar la obra del presidente Díaz y del propio Sierra, anunció, en inglés, la próxima fundación en México de una gran universidad nacional, que sería un centro intelectual como no había otro ni en Latinoamérica ni en los Estados Unidos. Sierra confirmó la noticia y señaló una fecha para el magno acontecimiento: el centenario de la Independencia nacional.

Así pues, a partir del intento frustráneo de 1881 por construir la Universidad Nacional, y hasta 1910, ésta y la Preparatoria son las constantes del pensamiento educativo de Sierra.

En la reunión del Consejo Superior de Educación Pública efectuada el 9 de julio de 1908, y en relación con la Escuela de Altos Estudios, Sierra expresa que "es urgente organizar esta Escuela que servirá de coronamiento a la organización total de la educación pública y que es el escalón que nos falta para ascender a la creación definitiva de la Universidad Nacional". En la sesión del 8 de octubre se toca el mismo tema.

Se señala la necesidad de proseguir los estudios que, de modo elemental, se hacen en la Preparatoria "y no hay en el campo de la enseñanza mexicana un órgano, una institución en donde puedan estos estudios llevarse a un grado más alto". En efecto, no hay un lugar donde se estudie "la ciencia abstracta en sus grados superiores". Además, dicha escuela tendrá "como complemento una especie de centro de investigación científica, en donde estos conocimientos ya adquiridos pueden aplicarse, para hacer entrar a México entre los pueblos que trabajan constantemente por la elaboración del progreso intelectual". Para que el país forme parte de los pueblos cultos, se funda la Escuela de Altos Estudios; para que colabore "en la magna obra de elaboración de la ciencia, de la que es bien sabido depende todo progreso".

Apenas iniciado 1910, en la reunión del Consejo del 10 de enero, Sierra hace expreso

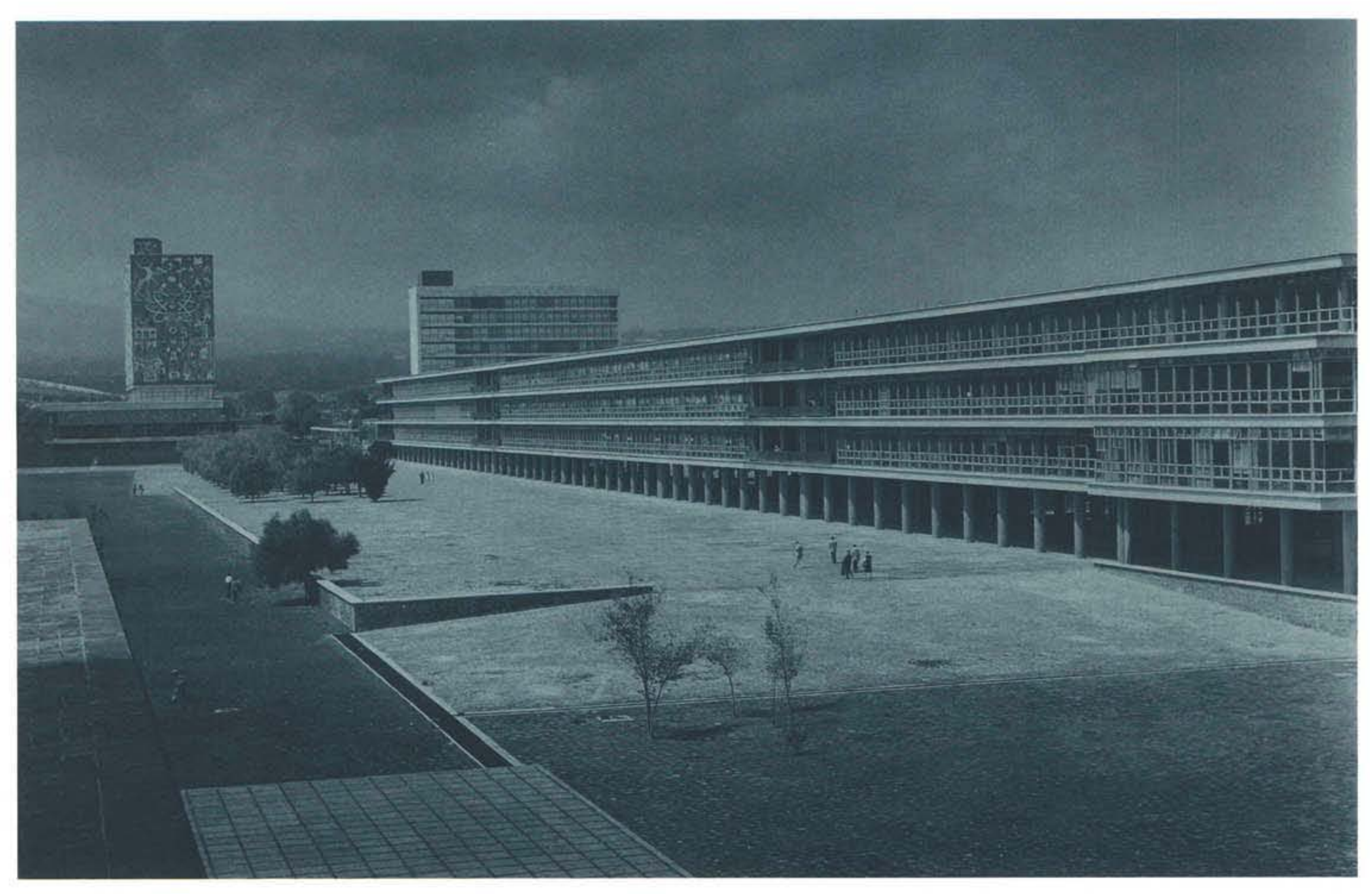
> [...] el placer de anunciar a los señores consejeros que probablemente en la próxima sesión se someterá al Consejo el proyecto de creación de la Universidad. Ésta es el coronamiento, el remate de una obra a que todos vosotros habéis contribuído con vuestro trabajo, con vuestra inteligencia y con el calor de vuestros sentimientos.

Y, en efecto, el 17 de enero se presenta la concepción global de la Universidad, pues el articulado se discutirá el 4 de abril, fecha en que fue aprobado en lo general.

Aquí aparecen conceptos que vertirá Sierra después en su memorable discurso de creación de la Universidad, el 22 de septiembre de 1910. En primer término, el pasado inmediato y mediato hacían indispensable deslindar la nueva institución de la Real y Pontificia Universidad de México. Ahí, precisa Sierra, se hacía "imposible todo lo que pudiera interpretarse como libertad de pensamiento o como verdadero progreso en adquisiciones científicas. Dominaba en nuestra antigua Universidad el espíritu teológico". No resultaba casual o arbitrario este señalamiento. Todo el liberalismo había formulado la misma crítica, una y otra vez, por boca de sus más diversos intérpretes, incluido el archiduque Maximilano.

A diferencia del discurso de 1910, en que señalará que la nueva institución no tiene historia, aquí Sierra declara que

> [...] tratamos de reconstruirla para que sea un centro de alta cultura científica, en consonancia con los progresos modernos, y para que difunda el saber entre los que están encargados de transmitirlo, es decir, entre los maestros. Se ha dicho frecuentemente que la ciencia, como la luz, viene de lo alto, que sus verdades se elaboran, como la lluvia, en las regiones superiores. La Universidad desempeñará análoga misión, y distribuirá la ciencia como una Eucaristía a todas las almas.



Humanidades y Biblioteca Central, 1954.

La nueva Universidad, expresa el positivista Sierra, se ocupará de la "alta cultura científica", y en el apartado correspondiente a la Escuela de Altos Estudios, se menciona a la literatura, a la pedagogía y a la historia. Expresa el ministro la urgencia de crear la Universidad,

> [...] a fin de dar mayor cohesión y mayor altura a las labores de la educación nacional, y construir un centro de trabajo que tenga los mismos caracteres que presentan los más distinguidos del mundo con el propósito de poner en relación con éstos las fuerzas docentes y de educación científica que hay en el país, hacer su acción más fecunda para el progreso de la República y aun contribuir si fuere posible a la elaboración de la ciencia y del arte en el mundo [...]

En los documentos oficiales, al fin se nombraban disciplinas no científicas. Pero parecería que, como en el primer proyecto, después de un largo peregrinar, la filosofía no había merecido un techo donde guarecerse; que de nuevo sería proscrita de las aulas universitarias; que para los universitarios mexicanos que se negaran a aceptar que la experiencia sensible fuera la única vía de conocimiento, el alma de Platón no podía ser aún la "vela que ha surcado el océano de la inmensidad."

Pero no. Sierra le ha asignado un lugar y no por cierto de segundo rango. Su sitio propio y permanente será la Escuela que es corona de la Universidad. Según el artículo tercero de su Ley constitutiva, firmada en el Palacio del Poder Ejecutivo de la Unión, por Porfirio Díaz, el 7 de abril de 1910,

> La Escuela Nacional de Altos Estudios tendrá tres secciones: La primera, de Humanidades, comprenderá: las lenguas clásicas y las lenguas vivas, las literaturas, la filología, la pedagogía, la lógica, la psicología, la ética, la estética, la filosofía y la historia de las doctrinas filosóficas.
>
> La segunda sección, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, abrazará la matemática en sus formas superiores y las ciencias físicas, químicas y biológicas.
>
> La tercera sección será la de Ciencias Sociales, Políticas y Jurídicas, y comprenderá todas las que tienen por base o por objeto fenómenos sociales.

En los proyectos y en las muy diversas intervenciones de Sierra se abundaba en el tema de la ciencia, pero nunca se refería a la filosofía. Podríamos pensar que incluía en ese concepto a la filosofía, pero ahora nos damos cuenta que no era así. En esa Ley se confirma que, cuando Sierra hablaba de ciencias, se refería a las exactas, físicas, naturales, sociales y políticas y no a lo que ahora forma parte de la primera sección de la Escuela de Altos Estudios. Al fin, las humanidades y, por ende, la filosofía, no serán parias de la cultura, de la educación nacionales. Ahora la filosofía ya puede cruzar con plena libertad, y no furtivamente, el dintel de la Universidad. Así lo expresa Sierra en su espléndido discurso en la inauguración de la Universidad Nacional:

> Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abran las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo a las puertas de la Universidad de París, el *alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

La filosofía ha seguido un largo itinerario, antes de ocupar su sitio en la nueva institución: Oriente, Grecia, París, son etapas señeras de su largo peregrinar. La filosofía que, como Edipo, sólo puede ver lo

eterno a condición de su ceguera a lo mundano; la filosofía que ilumina lo absoluto, que ha guiado a los hombres a lo largo de su historia, al fin llega a la Universidad por la vía de una de sus madrinas: la Universidad de París, "la más antigua de todas y que más influencia ha ejercido en el mundo civilizado durante mayor número de siglos [...], la que enseñó a la Edad Media su lenguaje intelectual, la que inició la vida del pensamiento puro [...], la maestra universal el *alma mater* de cuatro siglos de teología y filosofía [...]".

En el contexto magnífico del discurso de Sierra, suenan a fácil disculpa estas palabras: "¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona! La verdad es que en el plan de la enseñanza positiva la serie científica constituye una filosofía fundamental [...]". Ésta, argumenta Sierra, "es una enseñanza filosófica, es una explicación del universo [...]", pero se trata de una explicación laica que se limita al cómo y no puede dar razón del porqué. Las circunstancias históricas no permitían al Estado sostener credo alguno; por eso se atuvo a la ciencia, dejando en absoluta libertad a los individuos para creer en lo que mejor les pareciera. "Las lucubraciones metafísicas que responden a un invencible anhelo del espíritu y que constituyen una suerte de religión, no pueden ser materia de ciencia; son supremas síntesis que se ciernen sobre ella y que frecuentemente pierden con ella el contacto".

Pero la Universidad naciente no se limitará a la doctrina positivista, por más significativa que haya sido en el pasado para la educación nacional. El antiguo profesor de historia de la Preparatoria, el autor de *La evolución política del pueblo mexicano*, el sociólogo, declara que las circunstancias históricas son otras, por lo que en la Escuela de Altos Estudios, se abrirán

> [...] cursos de historia de la filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos y renovados desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y William James. Y dejaremos libre, completamente libre el campo de la metafísica negativa o afirmativa, al monismo por manera igual que al pluralismo, para que nos hagan pensar y sentir, mientras perseguimos la visión pura de esas ideas eternas que aparecen y reaparecen sin cesar en la corriente de la vida mental: un Dios distinto del universo, un Dios inmanente en el Universo, un universo sin Dios.

El general Porfirio Díaz ha hecho posible la paz y el progreso. La reacción ha quedado definitivamente vencida y muchos de los liberales puros han desaparecido por obra del tiempo; los liberales positivos colaboran con el "supremo artífice de la paz", contribuyen con sus conocimientos y su esfuerzo a la modernización del país. El fin político que estaba en la base del positivismo había quedado cumplido. La Uni-



Vista general de Ciudad Universitaria, 8 de octubre de 1955.

versidad y la metafísica habían dejado se ser un peligro, pues el Presidente no había dejado resquicio alguno por el que penetraran las fuerzas de la involución.

> Sin violar, pues, una sola fórmula legal, el presidente Díaz ha sido investido, por la voluntad de sus conciudadanos y por el aplauso de los extraños, de una magistratura vitalicia de hecho [...] Es un gobierno personal que amplía, defiende y robustece al gobierno legal; no se trata de un poder que se ve alto por la creciente depresión del país, como parecen afirmar los fantaseadores de la sociología hispanoamericana, sino de un poder que se ha elevado en un país que se ha elevado proporcionalmente también, y elevado, no sólo en el orden material, sino en el moral, porque ese fenómeno es hijo de la voluntad nacional de salir definitivamente de la anarquía [...]

Si el liberalismo puro, primero, y más tarde el positivista, habían combatido contra los reaccionarios, contra sus prácticas e instituciones, los logros del presidente Díaz le permitían desprenderse de una

parte de su "omnímoda autoridad" y crear una universidad que deposita el gobierno de sí misma en manos de un grupo de científicos; la República, gracias al general Díaz, ha complementado el triunfo obtenido mediante las armas, con el de la economía. Los despojos de la reacción bien pueden expresarse libremente en cuanto a sus concepciones metafísicas; la historia de la Preparatoria es de larga data y sus contribuciones indiscutibles. Ahí están sus más distinguidos alumnos: encabezándolos, el poderoso ministro de Hacienda, José Ives Limantour, constructor de la moderna economía mexicana; Miguel S. Macedo, Porfirio Parra, Joaquín Casasús, el propio ministro Sierra. En efecto, los herederos de Barreda se encuentran en los ministerios, en las subsecretarías de Estado, en las gubernaturas, en las finanzas, en la educación, en el comercio, en el periodismo. La derrota de los reaccionarios ha quedado consumada en todos los ámbitos; la exigencia de unanimidad ideológica es ya innecesaria.

Sólo ahora, después de haber logrado el orden y el progreso, era posible fundar la Universidad Nacional: con un acervo de autoridad política que ha desterrado la anarquía; con innegables conquistas "no sólo en el orden material, sino en el moral", obra del artífice de la paz. Por eso las últimas palabras del discurso de Sierra van dirigidas al presidente de la República:

> La Universidad Nacional es vuestra obra; el Estado espontáneamente se ha desprendido, para constituirla, de una suma de poder que nadie le disputaba, y vos no habéis vacilado en hacerlo así, convencido de que el gobierno de la ciencia en acción debe pertenecer a la ciencia misma. ¿Sabrá el nuevo organismo realizar su fin? Lo esperamos y lo veremos.

La aurora de la filosofía académica

Al nacer la Universidad Nacional y su Escuela de Altos Estudios, podría pensarse que la filosofía que ahí se iba a cultivar sería la positivista o la escolástica, y que la apertura a otras expresiones no dejaba de ser sino un proyecto, a la vez que un compromiso de Sierra. Esta suposición parecía confirmarse con la designación del ferviente positivista Porfirio Parra como el primer director de la Escuela. Pero no era así.

Apenas traspuesto el siglo, una nueva generación, apoyada por el más eminente intelectual del régimen, el ministro de Instrucción Pública, hacía tiempo que venía desbrozando el camino para que esas filosofías a las que se refirió aquél en su discurso del 22 de septiembre de 1910, fueran más que un simple conjuro. Al invocarlas, Sierra no

las introducía, en sentido estricto, más que a los recién creados recintos universitarios. Ellas ya formaban parte del alimento espiritual de la llamada Generación del Centenario o del Ateneo de la Juventud, a la que pertenecen, entre otros, Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Julio Torri, Jesús Acevedo, Erasmo Castellanos Quinto, Luis Castillo Ledón, Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, José María Lozano, Mariano Silva y Aceves, Genaro Fernández Mac Gregor, José Escofet, Alfonso Pruneda, Enrique González Martínez, Antonio Médiz Bolio, Martín Luis Guzmán y Diego Rivera.

Hacía tiempo que, por su cuenta, lo mismo en el taller del arquitecto Jesús Acevedo que en la biblioteca de Caso, algunos de ellos leían a Platón, a Kant, a Schopenhauer, a Bergson y Boutroux. La ideología positivista en que se habían formado ya no satisfacía sus intereses intelectuales ni daba pábulo a sus ideales.

Al iniciarse el año 1908, la interminable polémica contra el positivismo se expresaba con renovado vigor. Los grupos católicos atribuían a esa ideología los males morales en que había caído la juventud. De modo que el renombrado maestro que había librado mil batallas en favor del positivismo, Justo Sierra, interviene una vez más para limpiar el buen nombre de Barreda y ponderar la deuda que con él tiene la educación nacional. El fundador de la Preparatoria se ha hecho merecedor de una estatua espléndida; "las generaciones nuevas, las que vienen sanas de inteligencia y de corazón, con la vista fija en el divino ideal de Barreda —la libertad y la paz social, por la verdad y por la ciencia— esas generaciones erigen hoy esa estatua, sobre un pedestal de almas".

Sin embargo, "los espíritus jóvenes", como los llamará el dominicano Pedro Henríquez Ureña, se hallan lejos de la apreciación de Sierra. Ellos también, como los liberales "metafísicos" y los católicos, llamarán a cuentas a Barreda y al positivismo, pero lo harán en nombre de la nueva ciencia y de la filosofía: de Poincaré, de los espiritualistas franceses, de los grandes filósofos de todos los tiempos.

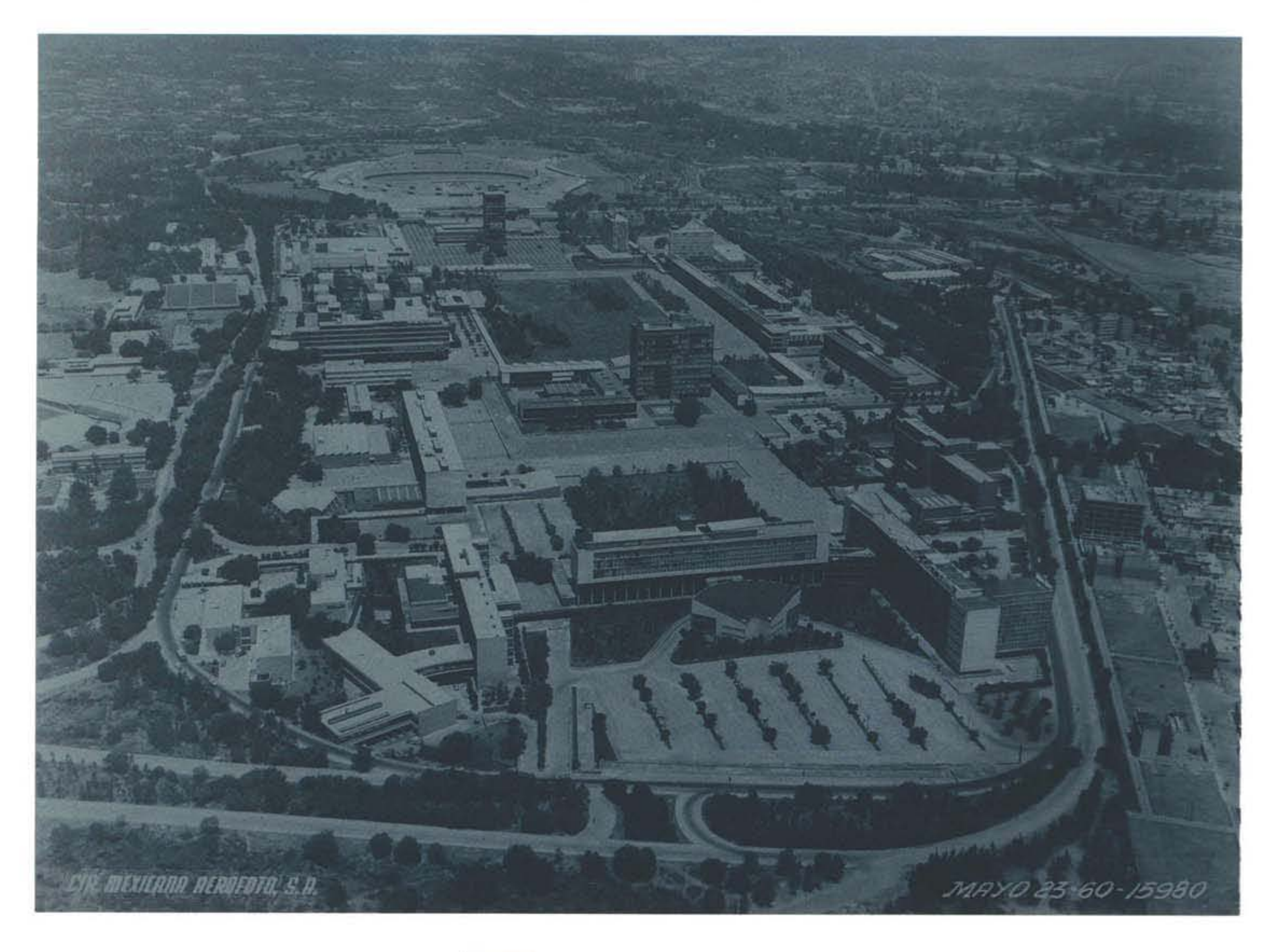
Mas la actitud crítica hacia el positivismo no sólo les viene de fuera ni únicamente de los católicos. Sierra, también a este respecto, significó un ejemplo. Fue, como dice Reyes, "el capitán de las cruzadas juveniles en busca de la filosofía, haciendo suyo y aliviándolo al paso, el descontento que entonces había comenzado a perturbarnos".

En su discurso de la noche del 22 de marzo de 1908, frente al presidente Díaz y en el homenaje a Barreda, el ministro Sierra pone en tela de juicio que en el dominio de las ciencias no haya discusión, que todo ahí sea luz. ¡Dudemos!, expresa Sierra, dudemos que la ciencia sea lo indiscutible. "¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico, o no se discute en estos momentos?".

La ciencia, advertía Sierra, no garantiza la paz como pensaba Barreda, pues en ella todo está sujeto a cambio, a revisión; ella no se halla conformada por verdades eternas. Pero además, formula inquietantes preguntas:

> [...] ¿por qué os afanáis por el triunfo de la ciencia? ¿no ha hecho la ciencia bancarrota? ¿todas sus conquistas sumadas han mejorado la especie bajo el aspecto físico o moral? [...] ¿De qué nos sirve el progreso intelectual sin el progreso moral? ¿de qué nos sirven nuestros portentos de mecánica, si no habéis aumentado en el cáliz de la vida humana ni una sola gota de concordia y de justicia?

El "dudemos", pronunciado por el paladín del positivismo, conmovió hasta sus cimientos el edificio positivista, construido durante varios decenios y, al mismo tiempo, encaminó los anhelos de renovación de la



Ciudad Universitaria, mayo 23 de 1960.

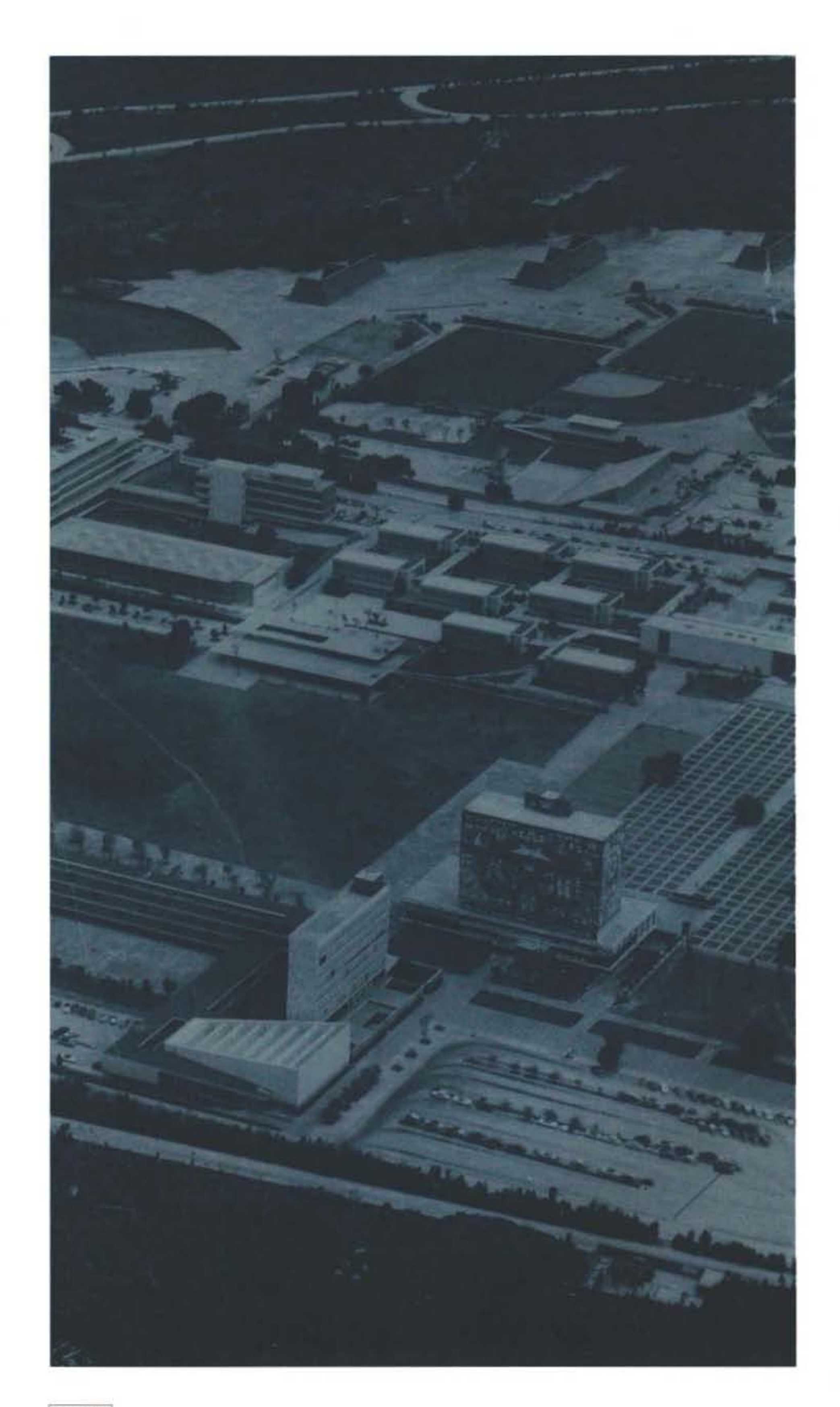
joven generación. Cuánta desilusión traslucen estas cuestiones formuladas por Sierra y también cuánta verdad. La ciencia positivista no había bastado para hacer la felicidad de los hombres; el progreso material no entrañaba de suyo el bien del género humano. ¿Había valido la pena entonces el empeño; había sido legítimo cerrar la puerta a la religión "haciendo del antiguo *hasta la vista* pronunciado frente a la muerte, *un adiós para siempre*"? La respuesta de Justo Sierra es afirmativa: "el positivismo dejó a la razón un fanal clarísimo: el método; y el espiritualismo dejó a la humanidad una lámpara inextinguible: la esperanza".

Ésta es la síntesis de decenios de combates entre la ideología positivista y la católica; éste el fruto también que cosecharán "los espíritus jóvenes". La nueva generación recogerá este doble legado: la exigencia de rigor metodológico y la esperanza que proporciona la religión.

Ciertamente la Generación del Centenario reconoce el mérito de Barreda. No se le puede reprochar, expresa Henríquez Ureña "el haber abrazado como única filosofía el positivismo". Pues, si "la poderosa construcción de Comte, si la fecundísima labor de los pensadores ingleses pertenecen hoy al pasado, en tiempos de Barreda eran movimientos de vida y de acción [...]". Por su parte, Vasconcelos hace notar que su magisterio, fundado en la ciencia, "anuló la influencia del literatismo ignorante, de la clase charlatana, que se nutre con los lugares comunes de todas las lenguas y escribe y diserta sin jamás haberse puesto a pensar".

Mas la nueva generación concluye que el concepto de ciencia que asumió Barreda no era científico, sino dogmático. Para aquél las únicas fuentes de conocimiento eran la observación y la experimentación, de suerte que, según Vasconcelos, la poesía, la metafísica y la religión quedaban fuera del ámbito del conocimiento. En cambio, la nueva ciencia, la que cultiva Poincaré —expresa el ateneísta— revalora la explicación poética que recurre a la analogía como proceder utilísimo en la investigación científica. En contra de lo que supuso Comte, señala Caso, la humanidad siempre ha sido, a la vez, religiosa, metafísica e inclinada a la búsqueda científica.

Pero si la educación barrediana tuvo limitaciones en el orden del conocimiento, éstas fueron más graves y de más severas consecuencias en el dominio de la formación moral. Así, advierte Caso: "El pueblo que se educa no más en la ciencia, es un pueblo sin entusiasmo, sin ideal. La ciencia es puro egoísmo, interés de conocimiento, propósito siempre reiterado de pensar, con el menor número de nociones, el mayor número de fenómenos diversos". El grupo que se había apoderado del país denominado "los científicos", y al cual pertenecía Limantour, era muestra de los estragos que hacía en la vida moral la enseñanza cientificista de la Preparatoria.



Vista aérea de la Facultad de Filosofía y Letras en Ciudad Universitaria.

Ésta eliminó las humanidades y los efectos fueron funestos. Barreda no respetó la cultura clásica, de suerte que, expresa Reyes, "Quien quisiera alcanzar algo de humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela".

Las humanidades habían quedado confinadas a los seminarios, en manos de los derrotados, de los vencidos por el liberalismo. Años después de haber pasado por el antiguo claustro de San Ildefonso, Reyes reclamará "el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono. Lo autóctono —de que también nos alejaba, y también sin darse cuenta, la escuela de mi tiempo [...]".

El reclamo de humanidades por parte de la nueva generación no entrañaba simplemente una posición elitista o un deseo romántico de volver al pasado: ellas debían formar al hombre integral, al ciudadano de la República y del mundo. Cómo formar hombres sin humanidades, se pregunta Caso, "¿Cómo integrar espíritus cabales sin cultura de salvación, sin filosofía, sin religiosidad? [...] Estas graves interrogaciones no pueden eludirse. Una pura investigación 'científica' [...] es un puro absurdo".

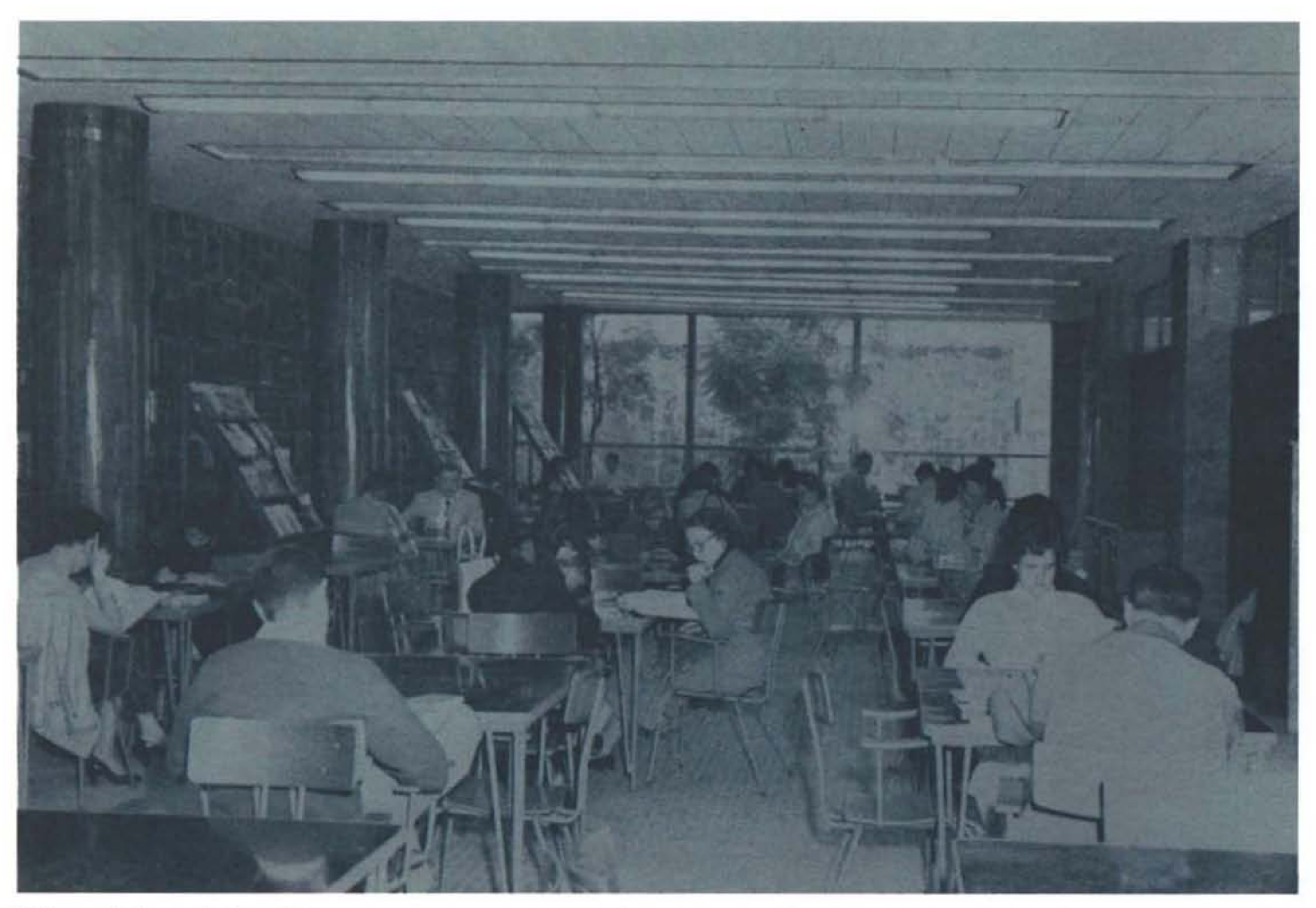
Así como la educación positivista creaba hombres sin ideales, calculadores, y aun egoístas y dominadores, la presencia de las humanidades tendría consecuencias muy favorables en el ámbito moral.

Los jóvenes que lean los ejemplos de César y Mario, los actos viriles que consigna la cultura antigua, imitarán sus hazañas, se volverán heroicos. De modo que esa cultura, expresa Caso,

> [...] no es un mero adorno estético como lo creyeron nuestros ingenuos positivistas mexicanos, sino un gran impulso pedagógico hacia el desinterés y el heroismo. La escuela preparatoria tuvo por misión nutrir en la ciencia; formar el criterio de los jóvenes por obra y gracia de la ciencia; en una palabra "hacer discretos". Y hay que "hacer heroicos" también.

Junto con la cultura clásica, expresa Vasconcelos, la "filosofía en su totalidad fue arrojada de las aulas como antigualla [...]". Ni Platón ni Kant ni Schopenhauer y menos aún Nietzsche, merecían la atención de los sabios epígonos mexicanos de Comte y de Spencer, ya que todos los filósofos, con excepción de los seguidores del *Cours de philosophie positive*, en palabras de Reyes, llevaban "en la frente el estigma oscuro del sofisma [...]"

En los albores del siglo, la juventud no se satisfacía con los planteamientos positivistas, como expresará Caso más tarde, con "esa filosofía seudocientífica, tímida y contradictoria, que se contenta con resumir y ordenar, sin superarlos, el saber de laboratorio y de anfiteatro, el *co-*

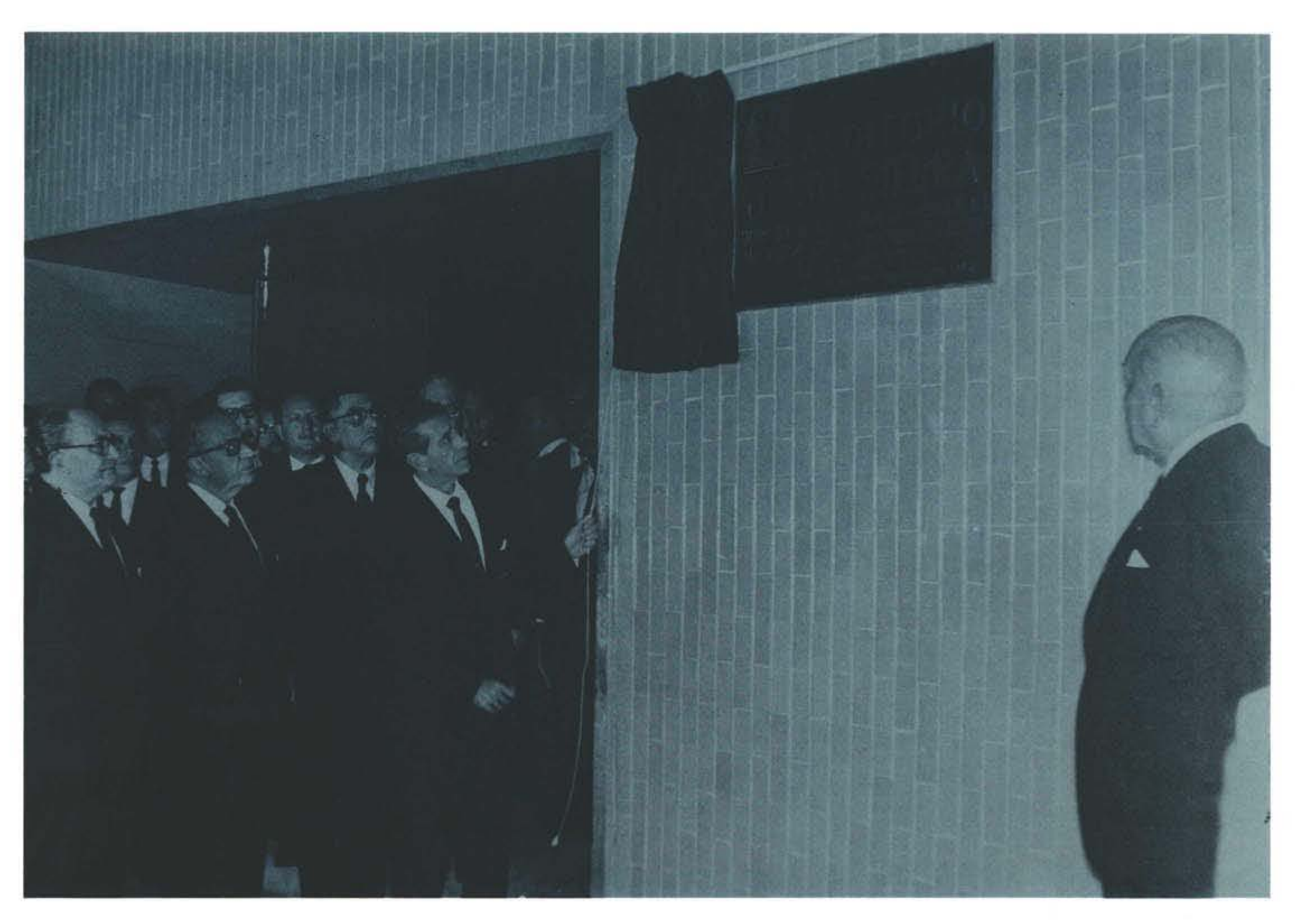


Biblioteca de la Facultad, *ca.* 1955.

nocimiento de vitrina, la paleontología, el dato estadístico y el recetario de farmacia". Dicha doctrina no podía resolver las graves cuestiones que laten en el fondo de la conciencia, los problemas eternos del ser y del conocer, del bien y del mal. El hombre, señala Caso, es capaz de vivir sin conocer la ciencia, mas no sin acercarse a los arcanos de la existencia. "El corazón no puede saciarse con la ciencia porque urge, antes de morir, tener la solución de los problemas fundamentales, y la ciencia no la puede proporcionar".

Las letras, aun sin padecer la mácula del sofisma que atribuían los positivistas a la filosofía, no fueron cultivadas en la Preparatoria mejor que aquélla. Cuenta Reyes que allá "en mis días, la enseñanza de las letras en la escuela preparatoria se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar la literatura, y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria".

En sus inicios, la Preparatoria había sido una institución excepcional, aun si se toma en cuenta el positivismo que la permeaba, pues ahí enseñaban las grandes figuras de la cultura nacional. Pero cuando



Inauguración del Auditorio "Justo Sierra" de la Facultad de Filosofía y Letras, encabezada por el presidente Adolfo López Mateos; lo acompañan el rector Ignacio Chávez, Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez, entre otros. 22 de octubre de 1962.

los "espíritus jóvenes" pasaron por las aulas de San Ildefonso, no quedaban sino seniles, fatigados y un poco automáticos profesores, como los describirá Reyes. Estos graves señores, guardianes de la ciencia,

> [...] pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos.

En suma: a juicio de la Generación del Centenario, la alta cultura se hallaba constreñida dentro de los estrechos márgenes del positivismo. Sus integrantes fueron tomando conciencia de que este modelo resultaba, como dice Reyes, "pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o de la filosofía, mas del espíritu mismo. Era como una falsa, angosta perspectiva del mundo que no podía bastarnos ya".

Ésta eliminó las humanidades y los efectos fueron funestos. Barreda no respetó la cultura clásica, de suerte que, expresa Reyes, "Quien quisiera alcanzar algo de humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela".

Las humanidades habían quedado confinadas a los seminarios, en manos de los derrotados, de los vencidos por el liberalismo. Años después de haber pasado por el antiguo claustro de San Ildefonso, Reyes reclamará "el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono. Lo autóctono —de que también nos alejaba, y también sin darse cuenta, la escuela de mi tiempo [...]".

El reclamo de humanidades por parte de la nueva generación no entrañaba simplemente una posición elitista o un deseo romántico de volver al pasado: ellas debían formar al hombre integral, al ciudadano de la República y del mundo. Cómo formar hombres sin humanidades, se pregunta Caso, "¿Cómo integrar espíritus cabales sin cultura de salvación, sin filosofía, sin religiosidad? [...] Estas graves interrogaciones no pueden eludirse. Una pura investigación 'científica' [...] es un puro absurdo".

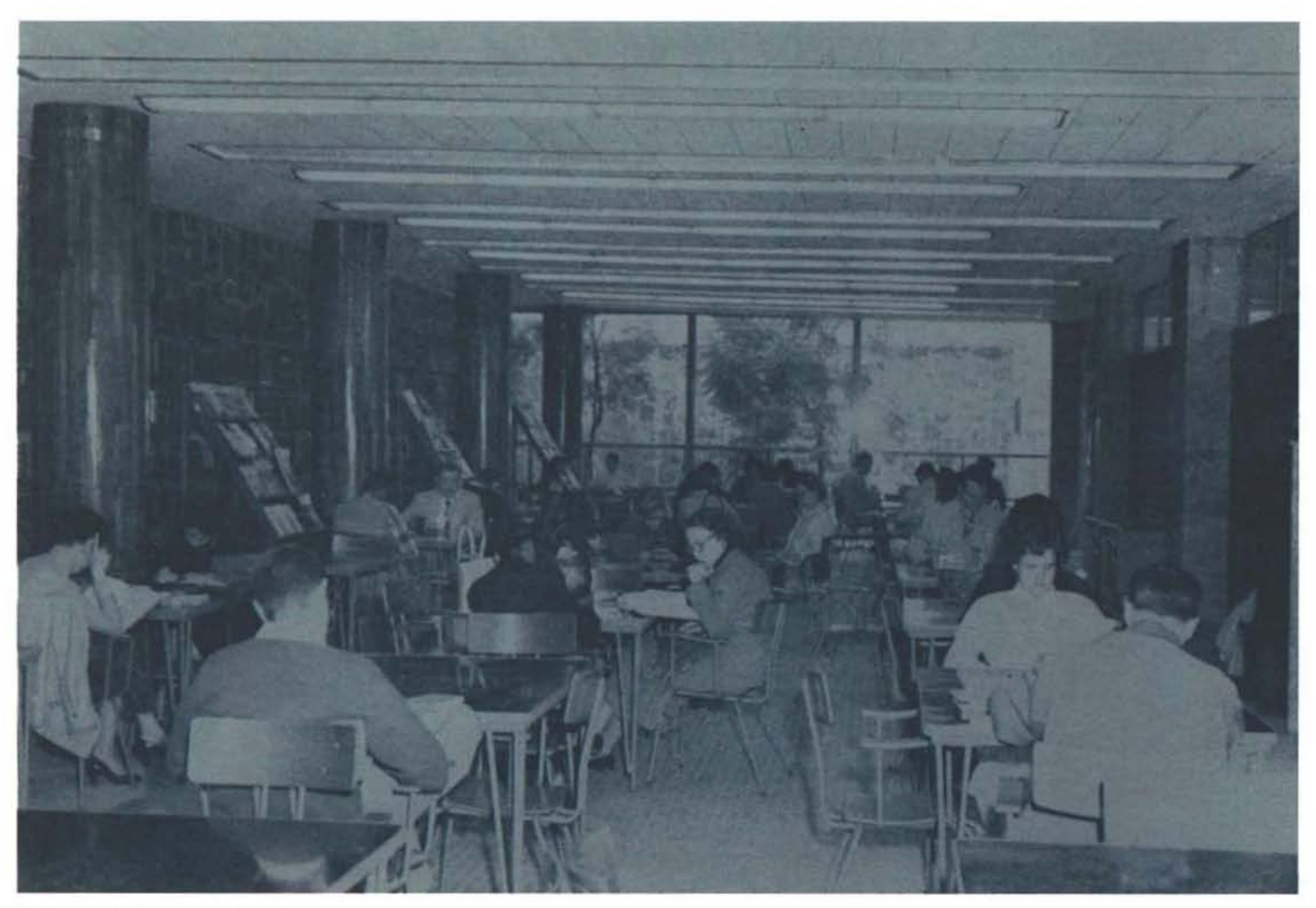
Así como la educación positivista creaba hombres sin ideales, calculadores, y aun egoístas y dominadores, la presencia de las humanidades tendría consecuencias muy favorables en el ámbito moral.

Los jóvenes que lean los ejemplos de César y Mario, los actos viriles que consigna la cultura antigua, imitarán sus hazañas, se volverán heroicos. De modo que esa cultura, expresa Caso,

> [...] no es un mero adorno estético como lo creyeron nuestros ingenuos positivistas mexicanos, sino un gran impulso pedagógico hacia el desinterés y el heroismo. La escuela preparatoria tuvo por misión nutrir en la ciencia; formar el criterio de los jóvenes por obra y gracia de la ciencia; en una palabra "hacer discretos". Y hay que "hacer heroicos" también.

Junto con la cultura clásica, expresa Vasconcelos, la "filosofía en su totalidad fue arrojada de las aulas como antigualla [...]". Ni Platón ni Kant ni Schopenhauer y menos aún Nietzsche, merecían la atención de los sabios epígonos mexicanos de Comte y de Spencer, ya que todos los filósofos, con excepción de los seguidores del *Cours de philosophie positive*, en palabras de Reyes, llevaban "en la frente el estigma oscuro del sofisma [...]"

En los albores del siglo, la juventud no se satisfacía con los planteamientos positivistas, como expresará Caso más tarde, con "esa filosofía seudocientífica, tímida y contradictoria, que se contenta con resumir y ordenar, sin superarlos, el saber de laboratorio y de anfiteatro, el *co-*

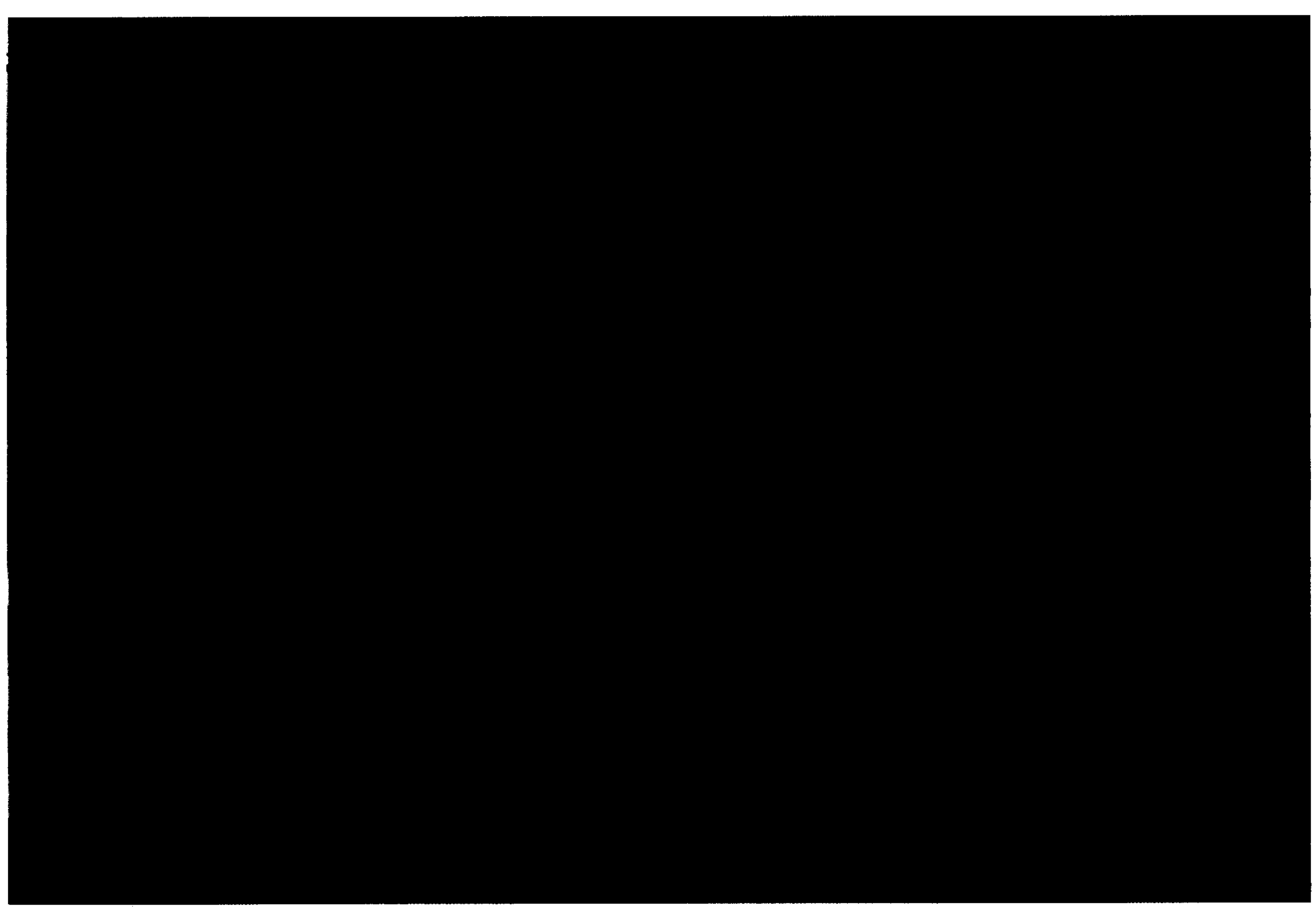


Biblioteca de la Facultad, *ca.* 1955.

nocimiento de vitrina, la paleontología, el dato estadístico y el recetario de farmacia". Dicha doctrina no podía resolver las graves cuestiones que laten en el fondo de la conciencia, los problemas eternos del ser y del conocer, del bien y del mal. El hombre, señala Caso, es capaz de vivir sin conocer la ciencia, mas no sin acercarse a los arcanos de la existencia. "El corazón no puede saciarse con la ciencia porque urge, antes de morir, tener la solución de los problemas fundamentales, y la ciencia no la puede proporcionar".

Las letras, aun sin padecer la mácula del sofisma que atribuían los positivistas a la filosofía, no fueron cultivadas en la Preparatoria mejor que aquélla. Cuenta Reyes que allá "en mis días, la enseñanza de las letras en la escuela preparatoria se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar la literatura, y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria".

En sus inicios, la Preparatoria había sido una institución excepcional, aun si se toma en cuenta el positivismo que la permeaba, pues ahí enseñaban las grandes figuras de la cultura nacional. Pero cuando

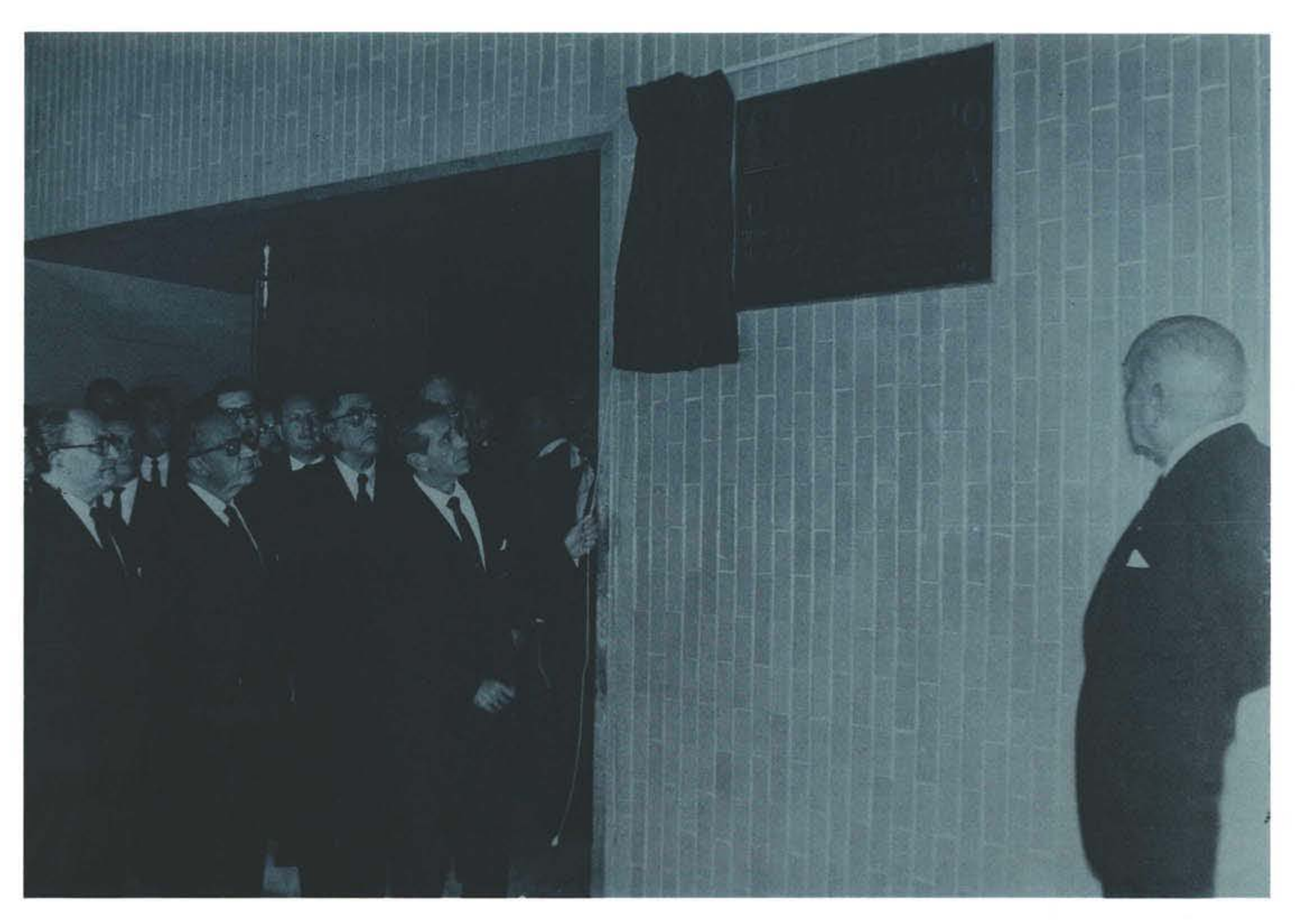


Biblioteca de la Facultad, *ca.* 1955.

nocimiento de vitrina, la paleontología, el dato estadístico y el recetario de farmacia". Dicha doctrina no podía resolver las graves cuestiones que laten en el fondo de la conciencia, los problemas eternos del ser y del conocer, del bien y del mal. El hombre, señala Caso, es capaz de vivir sin conocer la ciencia, mas no sin acercarse a los arcanos de la existencia. "El corazón no puede saciarse con la ciencia porque urge, antes de morir, tener la solución de los problemas fundamentales, y la ciencia no la puede proporcionar".

Las letras, aun sin padecer la mácula del sofisma que atribuían los positivistas a la filosofía, no fueron cultivadas en la Preparatoria mejor que aquélla. Cuenta Reyes que allá "en mis días, la enseñanza de las letras en la escuela preparatoria se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar la literatura, y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria".

En sus inicios, la Preparatoria había sido una institución excepcional, aun si se toma en cuenta el positivismo que la permeaba, pues ahí enseñaban las grandes figuras de la cultura nacional. Pero cuando

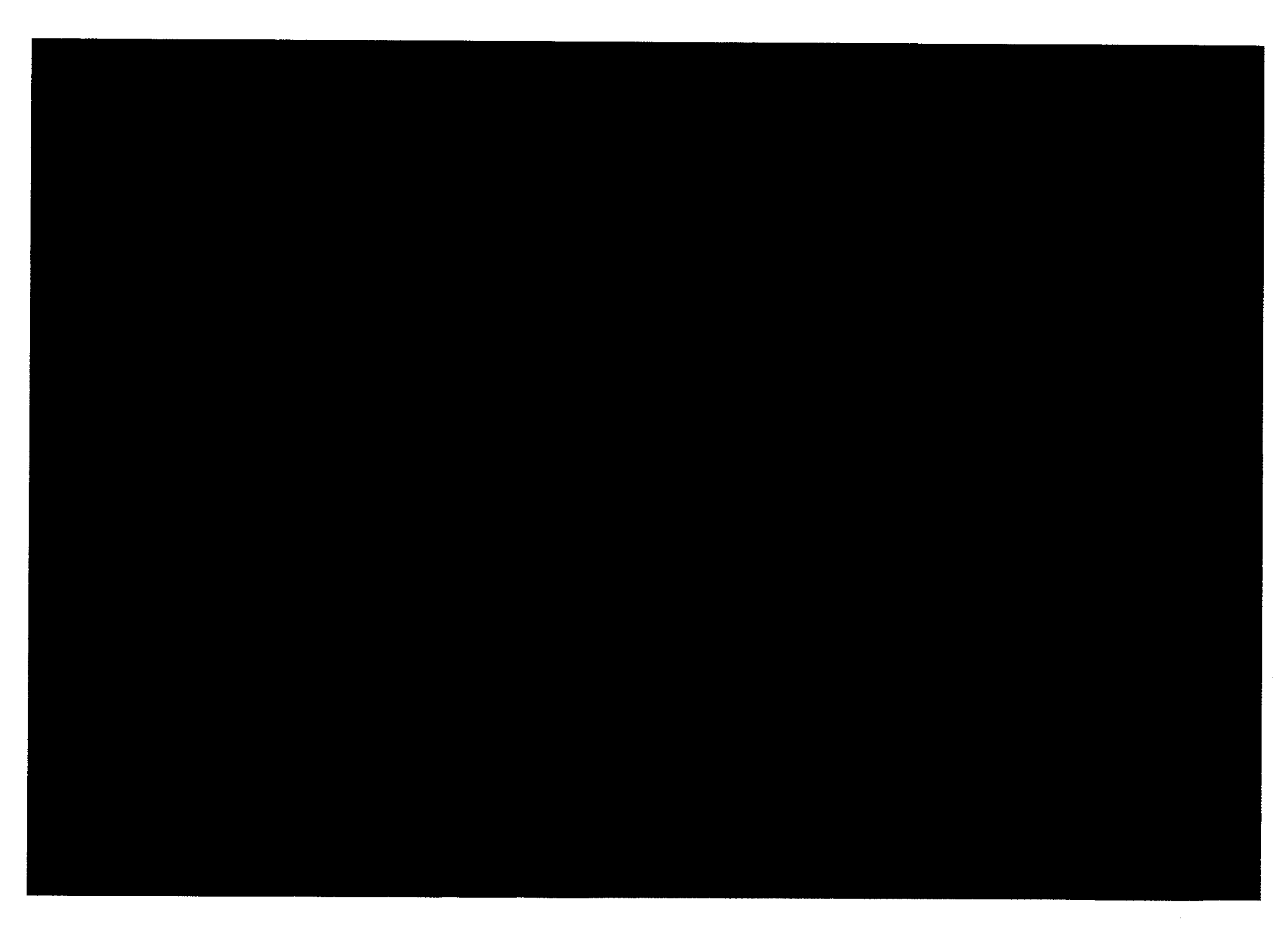


Inauguración del Auditorio "Justo Sierra" de la Facultad de Filosofía y Letras, encabezada por el presidente Adolfo López Mateos; lo acompañan el rector Ignacio Chávez, Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez, entre otros. 22 de octubre de 1962.

los "espíritus jóvenes" pasaron por las aulas de San Ildefonso, no quedaban sino seniles, fatigados y un poco automáticos profesores, como los describirá Reyes. Estos graves señores, guardianes de la ciencia,

> [...] pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos.

En suma: a juicio de la Generación del Centenario, la alta cultura se hallaba constreñida dentro de los estrechos márgenes del positivismo. Sus integrantes fueron tomando conciencia de que este modelo resultaba, como dice Reyes, "pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o de la filosofía, mas del espíritu mismo. Era como una falsa, angosta perspectiva del mundo que no podía bastarnos ya".



Inauguración del Auditorio "Justo Sierra" de la Facultad de Filosofía y Letras, encabezada por el presidente Adolfo López Mateos; lo acompañan el rector Ignacio Chávez, Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez, entre otros. 22 de octubre de 1962.

los "espíritus jóvenes" pasaron por las aulas de San Ildefonso, no quedaban sino seniles, fatigados y un poco automáticos profesores, como los describirá Reyes. Estos graves señores, guardianes de la ciencia,

> [...] pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos.

En suma: a juicio de la Generación del Centenario, la alta cultura se hallaba constreñida dentro de los estrechos márgenes del positivismo. Sus integrantes fueron tomando conciencia de que este modelo resultaba, como dice Reyes, "pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o de la filosofía, mas del espíritu mismo. Era como una falsa, angosta perspectiva del mundo que no podía bastarnos ya".

En nombre de ese espíritu a que se refiere Reyes, de las humanidades, de la filosofía, de la moral que forja hombres heroicos, la nueva generación buscó más dilatados horizontes para sus afanes, para sus ideales. Su primera publicación tuvo el revelador título de *Savia moderna*: "savia nueva y crepitante nos da derecho a vivir ideales sinceros e intensos, nos da derecho al arte. He aquí explicado por qué somos y a qué venimos".

El contenido de la revista era fundamentalmente literario, y en sus cinco números sólo se publicaron dos artículos filosóficos de Antonio Caso, uno acerca del silencio y el otro titulado "La tesis admirable de Plotino".

De *Savia moderna* surgió en 1907 la Sociedad de Conferencias, con el propósito de difundir, entre un público amplio, los ideales culturales de la nueva generación. En el primer ciclo, Caso abordó el tema de "Nietzsche, su espíritu y su obra", significativo en tanto que formula "una protesta inquietante contra la civilización contemporánea, como reacción formidable contra los valores morales admitidos, y las ideas directrices consagradas, como negación de las afirmaciones más rotundas, como afirmación de las más categóricas negaciones [...]". Los otros ponentes fueron Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, Rubén Valenti, Jesús Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, quienes se refirieron a la literatura española e inglesa y a nuestra arquitectura. En el segundo ciclo, efectuado en 1908, Antonio Caso tocó el tema de "Max Stirner y el individualismo exclusivo". También participaron Max Henríquez Ureña, Genaro Fernández Mac Gregor, Isidro Fabela y Rubén Valenti, y abordaron cuestiones de corte artístico: Chopin, D'Annunzio, José María Pereda.

Pedro Henríquez Ureña resume así las actividades de la Sociedad de Conferencias: "las disertaciones de los jóvenes han ofrecido interés de novedad: han renovado en México la conferencia, desligada del propósito inmediatamente didáctico y de carácter oficial; y han tratado temas de actualidad o de interés inagotable [...]".

Dicha Sociedad se convertirá, el 28 de octubre de 1909, en el Ateneo de la Juventud, cuyo propósito capital define Vasconcelos:

> [... sus] organizadores se propusieron crear una institución para el cultivo del saber nuevo que habían encontrado, y para el cual no hallaban asilo ni en las arcaicas agrupaciones donde se recuerda la ideología superficial de la época de la Reforma, ni en las que se discute el rancio saber escolástico del catolicismo, ni en aquéllas donde se ostentaban ruidosamente las pueriles argumentaciones del sentido común con que al amparo del despotismo oficial, los positivistas dominaban en las escuelas y en las academias.

En el proyecto de estatutos del Ateneo, se señala que la asociación tendrá como fin "trabajar en pro de la cultura intelectual y artística de México, celebrando reuniones públicas en las cuales se daría lectura a trabajos literarios, científicos y filosóficos [...]". De conformidad con este precepto, y como colaboración de los "espíritus jóvenes" a las fiestas del Centenario de la Independencia, el Ateneo de la Juventud organizó un memorable ciclo de conferencias. Éstas se llevaron a cabo en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, entre agosto y septiembre de 1910. Antonio Caso habló acerca de la filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos; "Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón", fue el tema de Alfonso Reyes; Pedro Henríquez Ureña se refirió a José Enrique Rodó y Carlos González Peña a Lizardi; José Escofet valoró la obra de sor Juana Inés de la Cruz y Vasconcelos cerró el ciclo con "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas".

Además de los actos públicos, como las mencionadas conferencias, los ateneístas se reunían por su cuenta, en casa de alguno de ellos, para leer obras fundamentales. En el curso de esas reuniones privadas, dice Pedro Henríquez Ureña,

> [...] nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia.

Estas lecturas permitieron formular un juicio más sólido y actualizado respecto del positivismo. La lectura de la *Crítica de la razón pura*, expresa Caso, fue de "incalculabe significación y trascendencia [...] La revelación de Kant produjo su efecto indudable: la liberación perenne de todo empirismo". Nuestra generación, dice Reyes, consideró "a Bergson como uno de sus padrinos". Sin negar el valor de la ciencia, abrió las puertas a una metafísica nueva, inspirada en la intuición creadora. Los problemas de la libertad, de las relaciones entre el espíritu y el cuerpo, los fundamentos de la moral y de la religión, eran asuntos que se iban resolviendo en el marco de la filosofía bergsoniana, de clara estirpe científica. Boutroux había descubierto que las uniformidades de la naturaleza no son más que construcciones del hombre para adaptar las cosas a su inteligencia; que la naturaleza es "infinitamente más compleja y variada de lo que pensó el panteísmo lógico [...]".

La filosofía no entraba en contradición con la ciencia, siempre que ésta no fuese la caricatura que de ella había hecho la ideología posi-

tivista; el determinismo que aquélla creyó ver en la naturaleza no es sino una construcción; las leyes naturales son convenciones; "el universo no es el monstruoso ser geométrico que se desarrolla en la paz de su esencia inefable desplegando infinitamente sus modos y sus atributos infinitos". En él cabe la libertad y, por ende, la vida moral.

Así pues, concluyen los ateneístas, es la propia ciencia la que ha dado muerte al sistema que crearon Comte y sus epígonos. La ciencia contemporánea muestra que el mundo no se ajusta a las leyes que aquéllos creyeron descubrir; la vida no se reduce a los moldes de la lógica ni la moral se agota en la "gimnástica" de que hablaba Barreda. Así lo expresa Vasconcelos al término de la conferencia en que examina la obra del fundador de la Preparatoria:

> El positivismo de Comte y de Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos libertamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. El anhelo renovador que nos llena ha comenzado ya a vaciar su inde-

La sección de antropología del Instituto de Investigaciones Históricas inauguró sus oficinas con la asistencia del rector Ignacio Chávez. Aparecen, además, Mario de la Cueva, Juan Comas, Alfonso Caso, Miguel León-Portilla, Ignacio Bernal, Paul Kirchhoff, Mauricio Swadesh y Santiago Genovés. 31 de octubre de 1963.





Javier Barros Sierra inaugura el Centro de Estudios Latinoamericanos. Aparecen de izquierda a derecha, Abelardo Villegas, Lothar Knauth, Leopoldo Zea, Javier Barros Sierra, Juan Ortega y Medina y Jorge Gurría Lacroix. 21 de julio de 1966.

> terminada potencia en los espacios sin confín, donde todo aparece como posible. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores! Dispuestos estamos a acoger toda grande novedad; mas habituémonos a ser severos, en nombre de la seriedad del ideal.

Las campañas de la Generación del Centenario, como las llama Reyes, mostraban que el esquema de la Escuela de Altos Estudios tenía cuerpo; no era sólo una construcción en el papel, ni se trataba de un artificio para que el régimen de Díaz apareciera ante las naciones extranjeras como el promotor de la educación nacional. Si bien era verdad que la gran mayoría del pueblo mexicano era analfabeta, también lo era que existía alta cultura y no a partir de ayer; que no tenían razón esos diputados iletrados, producto de la Revolución que, como señala Reyes,

> [...] decían que hablar de Altos Estudios en México (¡como si nunca antes los hubiera, sólo porque ellos los ignoraban!) era vestir de frac a un pueblo descalzo. Los fanáticos del antiguo positivismo, para quienes la sola palabra "universidad" parecía una ofensa, explotaron esta irritabilidad demagógica y comenzaron a clamar contra la institución destinada a otorgar doctorados, porque esto crearía una casta de mandarines.

Las humanides resultaban más necesarias para la nueva sociedad que se buscaba crear a partir de la Revolución de 1910, que para la porfiriana. Pues aquéllas, expresa Henríquez Ureña,



LA Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, invita a usted a la ceremonia para inaugurar:

El Centro de Estudios Latinoamericanos,
El Centro de Estudios Angloamericanos y
El Centro de Estudios Orientales.

que tendrá lugar en el Auditorio, "Justo Sierra" de la Ciudad Universitaria, el jueves 21 de los corrientes, a las 19 horas.

C. U. de México, D. F., julio de 1966

Invitación a la ceremonia de inauguración.

> [...] han de ejercer sutil influjo individual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior, *fors clavigera* para los secretos de la perfección humana.

El conocimiento de Grecia para un pueblo que salía de la guerra civil no constituía, como pudiera parecerlo a primera vista, una tarea secundaria o ajena a sus necesidades más apremiantes. Nada más esencial que el contacto con los ideales del mundo antiguo para orientar a la nueva sociedad, pues Grecia creyó "en la perfección del hombre como ideal humano, por humano esfuerzo asequible, y preconizó como conducta encaminada al perfeccionamiento, como *prefiguración* de la perfecta, la que es dirigida por la templanza, guiada por la razón y el amor".

Los humanistas también, y de manera sobresaliente, trabajaban por la Revolución. No sólo atendían cátedras de manera gratuita, sino también definían y enseñaban los ideales que habrían de servir de fundamento a la reconstrucción nacional. La nueva sociedad no consentía los cánones antiguos. Era impostergable formar hombres de acuerdo con los principios de generosidad, desinterés y perfección humana. Por ello, concluye Henríquez Ureña en 1914, con motivo de la inauguración de cursos:

> [...] la Escuela de Altos Estudios podrá decir más tarde que, en esos tiempos agitados supo dar ejemplo de concordia y de reposo, porque el esfuerzo que aquí se realiza es todo de desinterés y devoción por la cultura. Y podrá decir también que fue símbolo de este momento singular en la historia de la educación mexicana, en la que, después de largas vacilaciones y discordias, y entre otras y graves intranquilidades, unos cuantos hombres de buena voluntad se han puesto de acuerdo, sacrificando cada cual egoísmos, escrúpulos y recelos, personales y de grupo, para colaborar sinceramente en la necesaria renovación de la cultura nacional, convencidos de que la educación —entendida en el amplio sentido humano que le atribuyó el griego— es la única salvadora de los pueblos.

Con la distancia de los años podemos concluir que la apreciación de Henríquez Ureña fue plenamente cierta. Los ateneístas, sin retribución alguna, dadas las penurias económicas de la Universidad, aportarán sus conocimientos a la Escuela. "Corresponde a Caso la honra de haber conducido otra vez a la filosofía hasta la cátedra". Después se le unieron en la misma sección de Humanidades, por un corto tiempo, Alfonso Reyes, y luego el propio Henríquez Ureña, Jesús Acevedo, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo y los "hermanos mayores del Ateneo", Luis G. Urbina y Enrique González Martínez.

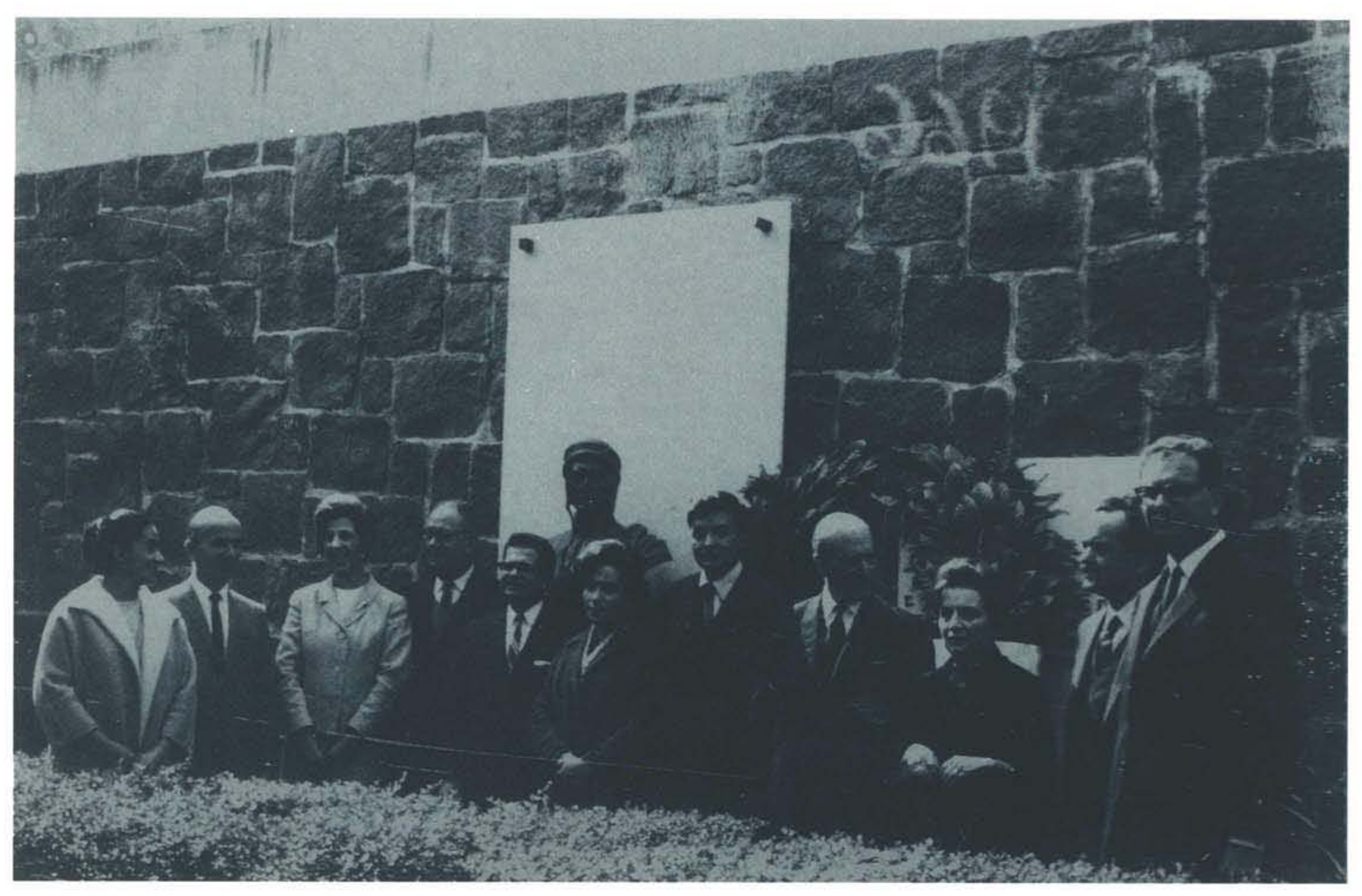
De ese grupo nacieron también los conductores de dicha escuela y de la Universidad en general. Caso fue el segundo director de la Escuela de Altos Estudios y rector de aquélla. Este cargo lo ocuparon también Vasconcelos y Alfonso Pruneda, quien, a su vez, fue rector de la Universidad Popular Mexicana, filial del Ateneo, creada y alimentada por éste. Particularmente relevante para la cultura nacional y, en especial para la educación, fue la obra de Vasoncelos quien, a partir de la rectoría de la Universidad Nacional, suscitó un movimiento de renovación cultural que incluyó la fundación de la actual Secretaría de Educación Pública.

Así como, en 1914, Henriquez Ureña se había visto obligado a justificar la importancia de las humanidades y la relevancia de la Escuela de Altos Estudios, en un contexto político adverso, ya que, al discutir el presupuesto de egresos de 1913, se había planteado incluso su supresión, la Universidad en su conjunto también había menester de una enérgica defensa, así como la filosofía a la cual hacía poco se le había franqueado el paso a los nuevos recintos.

El gobierno le había dado acceso a "esa figura de implorante" a la que se había referido Sierra, mas no sin críticas y objeciones provenientes de diversos bandos. El positivista, por medio del ingeniero Agustín Aragón, otra vez, cuestionaba la creación de esa institución y rechazaba el compromiso del ministro Sierra de que ahí se enseñarían todas las expresiones filosóficas. Ahora Caso será el adalid de los ideales del fundador de la Universidad Nacional; él será quien libre la batalla, no la última por cierto, en favor de la Universidad y de la pluralidad filosófica.

> No, la Universidad Nacional no puede ser sectaria, ni pregonar en sus aulas el escamoteo de la filosofía, de la única filosofía, de la metafísica. Es menester proclamar muy alto lo que ha dicho el educador a quien se ha combatido con encarnizamiento; es fundamentalmente preciso abrir de par en par las puertas de la escuela a todas las escuelas y a los sistemas todos, enseñados rigurosamente conforme a criterios científicos. Sólo así se cumplirá con el deber de educadores y de contemporáneos; sólo así, sin definir dogmas, sin cohibir espíritus, sin imponer tiranías. Queden para las capillas desprestigiadas las religiones intolerantes, los escrúpulos sombríos y los anatemas. La escuela ha de ir con la razón, con la ciencia, con la historia, con la humanidad, con las realidades eternas y eternamente evolutivas, que han negado ya todas las escolásticas y deshauciado para siempre todos los ídolos.

La escuela, escribe Caso en marzo de 1911, no debe ser dogmática, pues el verdadero conocimiento no lo es. La filosofía, en su naturaleza más íntima y propia, es contraria a todo dogma, a toda tiranía, así



Instalación del busto de Dante Alighieri en la Facultad de Filosofía y Letras. Aparecen, entre otros, Elisa Vargas Lugo, Marta Foncerrada, Justino Fernández, Miguel León-Portilla, Marianna Montalto, María del Carmen Millán y Rubén Bonifaz Nuño.

sea la de la ciencia, lo cual no significa que se desentienda de la ciencia. La escuela ha de exigir el rigor metodológico, mas no es legítimo que, a partir de un particular y estrecho criterio científico, descalifique las expresiones del quehacer filosófico que no se adecuen a sus pautas, a sus cánones. En la escuela, no es válido dejar fuera, en nombre de la ciencia o de actitudes de capilla de cualquier signo, a la metafísica, a una metafísica que combine "los métodos y los resultados científicos con las verdades de la intuición". La filosofía no prospera en el aire enrarecido de las capillas; las actitudes sectarias la asfixian, la aniquilan.

Ella requiere del horizonte infinito del saber y del vivir, de la experiencia científica y también de la metafísica. "Esta combinación es el método privativo de la filosofía".

En 1906, en su artículo de *Savia moderna* referido a Plotino, Caso había escrito:

> Nosotros, los que dentro del grupo optimista de los hombres ejercitamos como un culto el pensamiento, debemos penetrarnos de que nuestro pensar es uno de los ritmos más cercanos a Dios y por lo

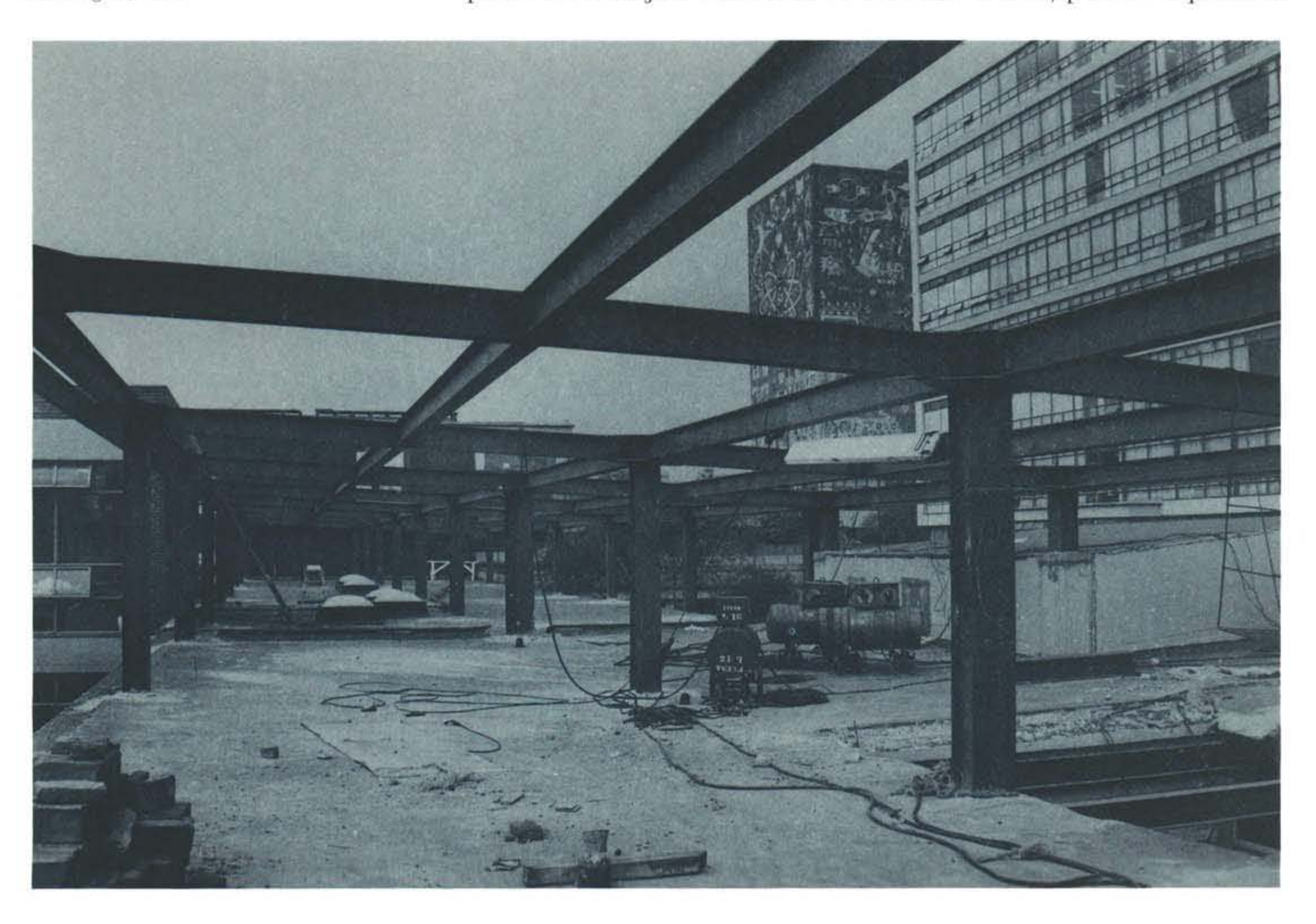
mismo nuestra norma inflexible debe ser sacrificar nuestro yo físico y moral al nobilísimo ensueño: la meditación, el ascetismo filosófico.

Caso retoma, así, la idea clásica de la filosofía: nada hay más excelente, ningún fin es más valioso que la reflexión filosófica, la cual coloca a los hombres en los linderos de lo divino, los asemeja y acerca a Dios; para él, al Dios cristiano.

El ejercicio filosófico exige una suerte de heroísmo, una vida de excepción. Al lado de otro tipo de héroes, escribe Caso en 1917, "del guerrero, el rey, el vidente, el poeta y el dios, debe estar el filósofo con su heroísmo *sui generis*, actitud no por silenciosa menguada, que expresa con rara perfección el bello nombre que, al decir de Jámblico, inventó Pitágoras: 'amante de la sabiduría'".

La aventura filosófica tiene mucho de excepcional, pues no busca simplemente el éxito, como la mayoría de las actividades humanas; ella vale "por el esfuerzo desplegado al meditar". Para Caso, la recompensa del trabajo filosófico es la reflexión misma, pues ni siquiera lo

Construcción del ala de la Facultad que alberga actualmente las coordinaciones de los colegios, 1985.



es el reposo, la quietud. "Quien ambicione el quietismo interior de la mente, la sólida estabilidad, el descanso muelle y fácil —corruptor del pensamiento como de la actividad psíquica en general—, no ha de preocuparse con el estudio de las cuestiones filosóficas".

Con esta concepción de la filosofía llega Caso a la Escuela de Altos Estudios. Éstas son las ideas que enseña en sus cursos de Estética, precedida de Nociones de filosofía, y de Introducción a los estudios filosóficos. Se trata del único profesor del área de Humanidades y del único mexicano, pues durante algún tiempo sólo trabajaron en dicha Escuela Caso y los profesores Baldwin, Boas y Reiche, quienes colaboraban en otras secciones.

A él se debe, escribe Samuel Ramos "el resurgimiento de la filosofía en México, realizado desde sus cátedras en la Escuela de Altos Estudios [...]". Asimismo, considera que él "representa en la historia intelectual de México el primer hombre que consagra íntegramente su vida a la filosofía, arrastrado por auténtica vocación".

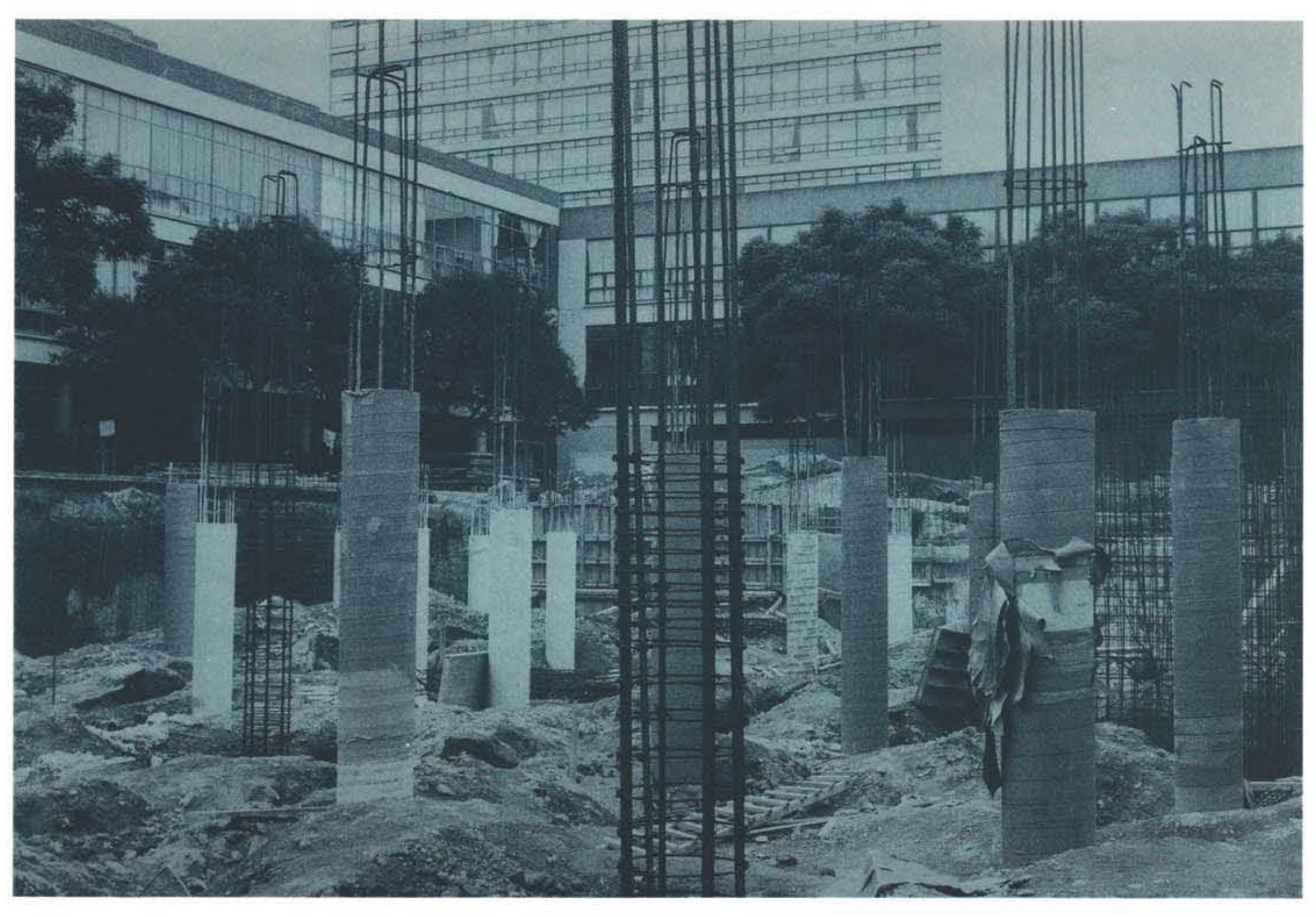
En efecto, la dedicación a la filosofía, por primera vez en la historia del país, no persigue nada ajeno al "esfuerzo desplegado al meditar". Los héroes ya no son únicamente los evangelizadores ni tampoco los caudillos emanados de la reciente Revolución de 1910; los filósofos también son heroicos en el silencio de su reflexión. No es preciso incursionar en la filosofía como medio para lograr un fin ulterior: la aventura filosófica justifica, sin adiciones, sin atenuantes, aun el sacrificio, porque ella, escribe Caso,

> [...] enseña a todos a ser heroicos como los héroes, santos como los santos, sabios como los sabios, artistas como los artistas, industriosos como los industriosos, puros y limpios de corazón. Acaso nunca sepamos qué es la vida. Pero, desde ahora, sabemos que la debemos exaltar, hasta hacer de cada uno de nosotros un hombre absoluto. Cuando cada quien reproduzca la grandeza divina de Cristo, la filosofía será inútil [...] Mientras tanto, parece discreto seguirla practicando.

Fin de viaje

Mucho tuvo que peregrinar la filosofía para llegar a su recinto propio, para tener el reposo que exige la reflexión; diversas y muy arduas tareas debió cumplir antes de retornar a su concepción originaria de teoría, en sentido estricto, que sin embargo, orienta la vida individual y colectiva.

Recién llegada a la Nueva España y aún no aclimatada, tuvo que salir al paso, apresurada pero también creativamente, a los problemas que planteaba la magna empresa de transplantar una cultura a "tierras de infieles". La filosofía formó parte importante de la conquista cultural. Asociada con la teología, impugnó otra sabiduría y otra teología, en



Construcción de la nueva biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras.

nombre del dios vencedor. La filosofía que arribaba a las nuevas tierras, en forma paradójica, coincidía con la sabiduría de los "naturales" en su indisoluble vínculo con el pensamiento religioso, sólo que de este lado se encontraba un panteón derrotado. Desde que salió de la metrópoli hasta el momento en que se da la independencia política de la Nueva España, la filosofía sigue, fundamentalmente, un proyecto pastoral, que no por ello, en el fondo y en sentido amplio, deja de ser político. Sin embargo, ya en el quehacer cotidiano de la filosofía, de manera particular en la docencia, se van gestando actitudes que caracterizarán al proyecto académico.

Otro gran momento del despliegue de la filosofía lo hemos englobado bajo el rubro de "el proyecto político". A raíz de la Independencia, resulta impostergable sentar las bases de la nueva nación propiamente dicha, y ello exige una nueva filosofía. El imperativo ya no es la evangelización sino la fundación de la nueva sociedad, que ha cortado sus amarras con la de ultramar. Ya no hay ejemplo que seguir, modelo que imitar, de suerte que es menester construir uno propio. Se requiere de



Cimientos para la nueva biblioteca de la Facultad, 23 de julio de 1994.

una filosofía ya no de corte religioso sino político, pues las exigencias de la hora se orientan en esa dirección. Más que salvar las conciencias es preciso forjar una nueva forma de convivencia social. Por ello es indispensable modificar la mentalidad tradicional de los ciudadanos e imbuirles ideas de progreso. Esta es la función que cumplirán el liberalismo y el positivismo.

Si bien en ambos estadios el acento estuvo, a su turno, en la evangelización y en la política, no puede decirse, en rigor, que en ellos no hubiese anticipos de lo que será la filosofía en el último tramo que nos hemos propuesto recorrer. En la cultura, como en la naturaleza, ni hay saltos ni se da la generación espontánea. Tampoco puede afirmarse con verdad que el proyecto académico no contenga elementos políticos, sin que esto signifique una ruptura con la expresión más clásica de la filosofía, pues ésta nació como política, es decir, en medio de la ciudad. Es cuestión de énfasis.

Con la creación de la Escuela de Altos Estudios se dio el primer paso, con todas las limitaciones que imponía una guerra civil, para el cultivo de una filosofía que, si bien se asoma e incluso padece los acontecimientos políticos de la Revolución y que, en ciertos aspectos, también los expresa, puede pasar sobre ellos y seguir sus propios cauces. Es cierto que la obra de Caso *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, entraña una propuesta que se gesta como antítesis de la sociedad en que vive, pero también cabe decir, sin mentir, que rebasa su circunstancia, que está pensada en términos atemporales y es válida para el hombre en general. Hay una reflexión ajena al acontecer diario en *Los problemas filosóficos*, *La filosofía francesa contemporánea*, *Filósofos y doctrinas morales*. Vasconcelos, por su parte, militó activamente en favor de la causa maderista, pero su actividad política no se trasluce sin más en *Pitágoras, una teoría del ritmo*, *Prometeo vencedor*, *Monismo estético*, o sus *Estudios indostánicos*, por mencionar sólo algunos de sus primeros escritos.

Particularmente Caso consagró su vida al trabajo en las aulas, a la enseñanza de la filosofía, y procuró, no siempre con éxito, como se lo reclamaron algunos de sus discípulos, estar al tanto del desarrollo de esta disciplina en otros países, sobre todo en Francia. Publica un buen número de libros y artículos acerca de las diversas áreas de la filosofía. Su interés por una u otra corriente no obedece a razones políticas; más bien se vale de alguna para resolver problemas teóricos, netamente filosóficos. Si bien es un polemista como, en su momento, lo fueron Parra o Vigil, buena parte de su obra logra rebasar esta modalidad. Además, al igual que participa en candentes debates acerca de la fundación de la Universidad Nacional y, más tarde, respecto de su orientación ideológica, también entabla una discusión acerca del neokantismo y fundamenta por qué no se adhiere a la Escuela de Marburgo.

En 1951, Samuel Ramos, en su artículo "La filosofía en la Universidad de México", evaluó así la trayectoria académica de su maestro:

> La acción universitaria de Caso como profesor, la propagación de su doctrina era lo de menos. Lo más importante era que despertaba el interés por la reflexión y el pensamiento, mostrando a sus discípulos el amplísimo horizonte de la historia de la filosofía. Desde 1911 varias generaciones pasaron por sus cátedras, aprendiendo no solamente una serie de doctrinas, sino lo que vale más para la formación del espíritu, ejercitándose en la severa disciplina del pensamiento riguroso, que es lo propio de todo método filosófico. Sería inexplicable sin Caso el resurgimiento filosófico que se observa actualmente en México y que constituye el fruto de una labor de más de veinticinco años realizada por los hombres que se formaron en la escuela de aquel maestro.

La posibilidad de un quehacer de este tipo, en su expresión contemporánea, la inauguró el Ateneo de la Juventud, cuyos integrantes buscaron el trato con los filósofos, sin intermediarios, y no necesariamente con fines partidistas, que más allá de las pugnas entre positivistas y antipositivistas se abrió al pensamiento universal, a partir, ellos también, del retorno a los orígenes. En efecto, la inspiración para llevar a cabo esta empresa la encontraron los ateneístas en Grecia, que como dice uno de ellos, fue su pasión. Ahí descubrieron la crítica, el antidogmatismo, la exigencia de argumentación y examen. La filosofía griega les proporcionó, en buena medida, su modelo de filosofar. El pueblo griego, escribe Henríquez Ureña

> [...] juzga y compara, busca y experimenta sin tregua; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás, y crea la historia; mira al furturo, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. Como no tiene la aquiescencia fácil de los orientales, no sustituye el dogma de ayer con el dogma predicado hoy: todas las doctrinas se someten a examen, y de su perpetua sucesión brota, no la filosofía ni la ciencia, que ciertamente existieron antes, pero sí la evolución filosófica y científica, no suspendida desde entonces en la civilización europea.

En la Escuela de Altos Estudios, primero, y después en la Facultad de Filosofía y Letras, de manera más libre e inequívoca, la filosofía, por primera vez en su larga historia en tierras americanas, atiende a sus propios fines y dispone de un espacio para darles cumplimiento. Ya no está al servicio de un proyecto salvífico o de constitución de un

país progresista, a partir de la homogeneización de la conciencia de sus ciudadanos; ya no es una pieza más en el juego siempre inestable de las fuerzas de la reacción o del pretendido progreso. La filosofía ahora, sin negar sus vínculos con su realidad, sin desarraigarse del suelo que la nutre ni desentenderse de su tiempo, está en condiciones de seguir su propio proyecto. Puede asomarse libremente, sin coacciones externas, al mundo cotidiano y al orbe del conocimiento; está en condiciones, y de hecho lo hace, de intervenir en los asuntos de la ciudad, mas también le cabe la posibilidad de seguir sus propios derroteros: tiene la libertad para lo uno o lo otro, lo cual no había ocurrido en el pasado.

En su largo peregrinar hasta encontrar un sitio propio, la filosofía se ha construido el cauce para, si así lo quiere, simple y llanamente consagrarse a la búsqueda del conocimiento. En su camino ha tenido que librar numerosas batallas: contra el dogmatismo, contra el *magister dixit* que entorpece —cuando no paraliza— su desarrollo, contra las actitudes de capilla. Hoy forman parte de nuestro entorno más familiar el derecho a la discrepancia, la pluralidad de enfoques, la diversidad de posiciones, la libertad de cátedra. Sin embargo, son resultado del esfuerzo de múltiples generaciones; las de los últimos tiempos y las del porvenir son deudoras de los hombres del pasado. Cada una podrá encontrar en el largo transitar de la filosofía por estas tierras sus héroes y sus heraldos; legítimamente ninguna podrá aducir en su descargo carecer de arquetipos para proseguir en el empeño.

Bibliografía

BARREDA, Gabino, *La educación positivista en México*. México, Porrúa, 1978.

BENÍTEZ GROBET, Laura, *La idea de la historia en Carlos de Sigüenza y Góngora*. México, UNAM, 1982.

CASO, Antonio, "Polémicas", "La existencia como economía, como desinterés y como caridad", "Ensayos, doctrinas, discursos", "Historia y antología del pensamiento filosófico", "Problemas filosóficos", en *Obras completas*, tt. I, II, IV, VI. México, UNAM.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *México en 1554*. México, UNAM, 1964. (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 3)

DUMAS, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo. 1848-1912*. México, UNAM, 1986.

GALLEGOS ROCAFULL, José María, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México, UNAM, 1974.

DÍAZ DE GAMARRA Y DÁVALOS J. B., *Elementos de filosofía moderna*. México, UNAM, 1963.

GARCÍA CANTÚ, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana*. México, UNAM, 1986.

HALE, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*. México, Siglo XXI, 1972.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, *Obra crítica*. México, FCE, 1960.

JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Historia jurídica de la Universidad de México*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1955.

JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Las constituciones de la antigua Universidad*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1951.

MAYAGOITIA, David, *Ambiente filosófico de la Nueva España*. México, Jus, 1945.

MÉNDEZ ARCEO, Sergio, *La Real y Pontificia Universidad de México*. México, UNAM, 1990.

MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel, *Humanistas del siglo XVIII*. 2a. ed. México, UNAM, 1962.

MORA, José María Luis, *Obras sueltas*. México, Porrúa, 1963.

NAVARRO, Bernabé, *Cultura mexicana moderna en el siglo XVIII*. México, UNAM, 1964.

O'GORMAN, Edmundo, *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960.

QUIRARTE, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*. México, UNAM, 1970.

RAMOS, Samuel, "Veinte años de educación en México" e "Historia de la filosofía en México", en *Obras completas*, t. II. México, UNAM, 1976.

REYES, Alfonso, "Pasado inmediato" y "Discurso por Virgilio", en *Obras completas*, tt. XI y XII. México, FCE.

ROBLES, Oswaldo, *Filósofos mexicanos del siglo XVI*. México, Librería de Manuel Porrúa, 1950.

SIERRA, Justo, "La educación nacional", "Discursos", "Juárez, su obra y su tiempo", en *Obras completas*, tt. V, VIII, XIII. México, UNAM.

SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Libra astronómica y filosófica*. México, UNAM, 1959.

Síntesis histórica de la Universidad de México. Investigación, síntesis y redacción de Consuelo García Stahl. México, UNAM, 1975.

La Universidad Nacional de México. 1910. México, UNAM, 1990.

Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal. 1867-1967. México, UNAM, 1967.

VV. AA., *Ensayos sobre la Universidad de México*. México, UNAM, 1951.

VV. AA., *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM, 1962.

VASCONCELOS, José, "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas" y "El movimiento intelectual contemporáneo de México", en *Obras completas*, t. I. México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*. México, El Colegio de México, 1970.

VERA Y CUSPINERA Margarita, *El pensamiento filosófico de Vasconcelos*. México, Extemporáneos, 1979.

VILLEGAS, Abelardo, *La filosofía en la historia política de México*. México, Pormaca, 1966.

VILLEGAS, Abelardo, *Positivismo y porfirismo*. México, SepSetentas, 1972.

YÁÑEZ, Agustín, *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra*. México, UNAM, 1962.

ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México*. México, FCE, 1968.



I

Planta de profesores en la Escuela de Altos Estudios, *ca.* 1913.

II

Grupo de maestros y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras en el edificio de Mascarones, *ca.* 1938.

I



III

Alfonso García Ruiz con su grupo en el edificio de Mascarones.

II



IV

Carlos Bosch García impartiendo cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras.



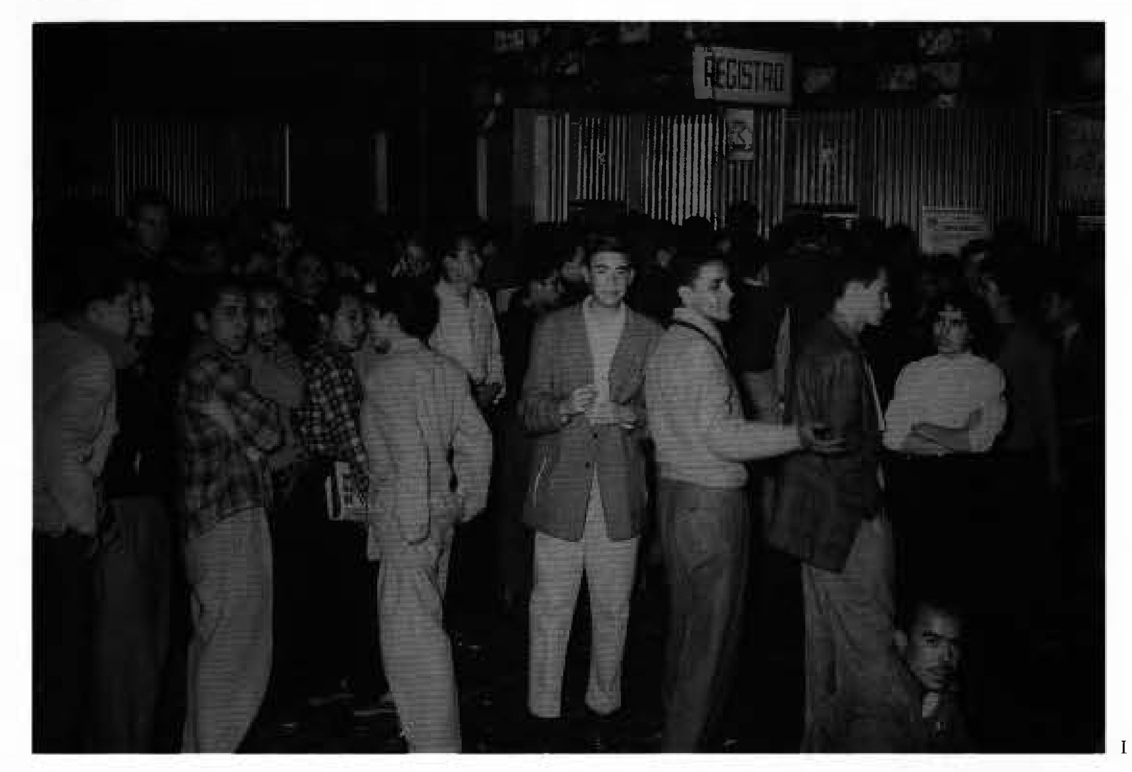
V

Julio Jiménez Rueda, María del Carmen Millán y otras alumnas, afuera del edificio de Mascarones.



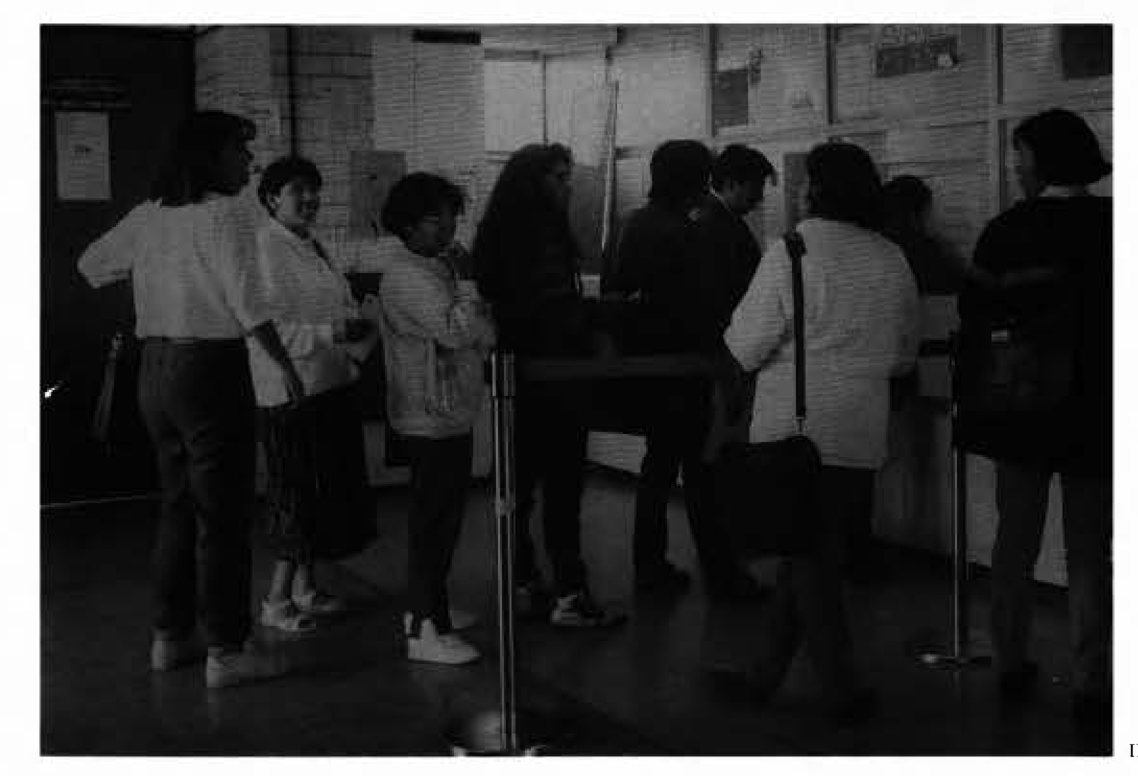
VI

Alumnas frente a la Facultad de Filosofía y Letras en Ciudad Universitaria, *ca.* 1960.



I

Inscripciones en el mezzanine de Rectoría, *ca.* 1960.



II

Inscripciones en la Facultad de Filosofía y Letras, 1994.



III

Consejo Técnico, 1983.



IV

Consejo Técnico, 1993.

III

V

Aula Magna, 1982.

IV

VI

Aula Magna, 1992.



I

Antonio Arriaga, maestra Zamora, Julián Carrillo, Francisco de la Maza, Federico del Real, Salvador Azuela, Francisco García y Wigberto Jiménez Moreno en el Seminario de Cultura Mexicana, noviembre de 1955.



II

Pablo González Casanova, Horacio Labastida, Nabor Carrillo, Alberto Barajas, Carlos Graef, Efrén C. del Pozo y Eduardo Nicol, en una discusión sobre filosofía presentada por Samuel Ramos.



III

Umberto Eco impartiendo una conferencia en el Auditorio "Justo Sierra" de la Facultad, julio de 1985.



IV

Octavio Paz en la Facultad de Filosofía y Letras, febrero de 1988.



V

José Emilio Pacheco en la inauguración del XXVII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras, agosto de 1988.



I

Elena Poniatowska en la conferencia de Carlos Monsiváis, "Persistencia de la memoria", durante la celebración de los veinte años de *La noche de Tlatelolco*. Aula Magna, agosto de 1991.



II

Mario Benedetti en la Facultad de Filosofía y Letras, mayo de 1982.



III

Julio Cortázar en el Auditorio "Justo Sierra" de la Facultad de Filosofía y Letras, 1983.

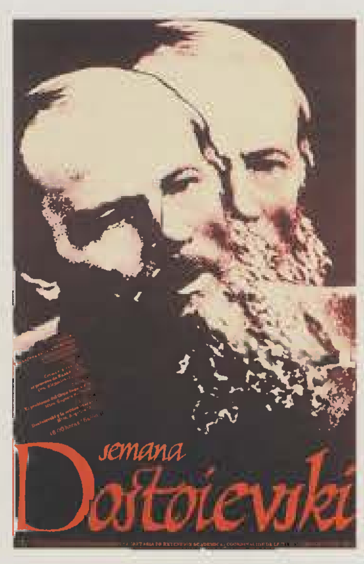


José Luis González, Abelardo Villegas y Leopoldo Zea en el Aula Magna.



Carlos Bosch, Alberto Asa Arias, embajador de España en México, Adolfo Sánchez Vázquez, José Sarukhán, Juliana González, Fernando Salmerón, Miguel de la Madrid, José Antonio Matesanz y Ramón Xirau en la Cátedra Extraordinaria Maestros del Exilio Español, octubre de 1992.


GRIEGO Y LATÍN


semana
Dostoievski

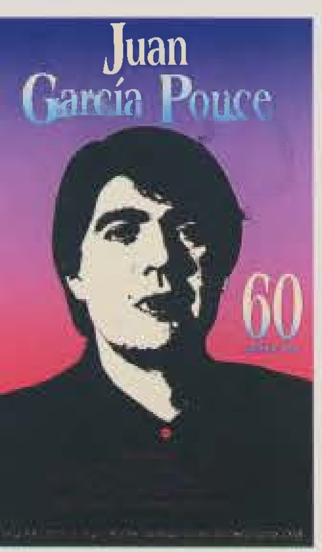

UTOPIA


Fray Luis de León
y Garcilaso
Sor Juana


LA
VIOLENCIA
ESPAÑOLAS


Quevedo


ASPECTOS ACTUALES DE LA
GEOGRAFÍA
CICLO
DE
CONFERENCIAS


Juan
García Ponce
60


PRIMER
TEATRO Y
T

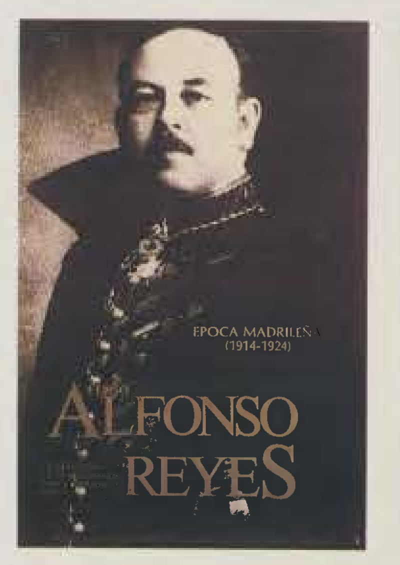

APROXIMACIONES A
ALEJANDRO
ROSSI


LA MALINCHE
DEL 1 AL 4 DE DICIEMBRE DE 1992
LA MAGNA, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM


UTOPIA


Fray Luis de León
y Garcilaso
Sor Juana


ELEMENTOS
DEL
METODO
CIENTIFICO

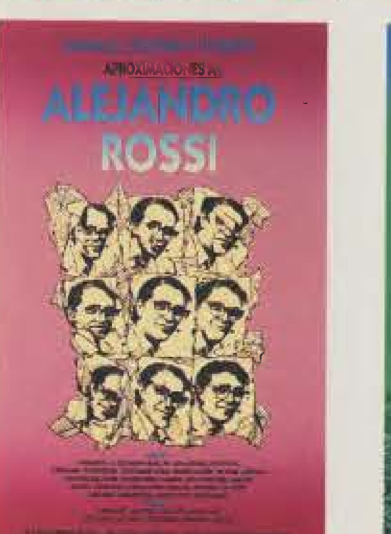

EPOCA MADRILEÑA
(1914-1924)
ALFONSO
REYES

Quevedo


ASPECTOS ACTUALES DE LA
GEOGRAFIA


ENTRE LA RETAMA
Y EL LAUREL
JOSÉ REVUELTAS

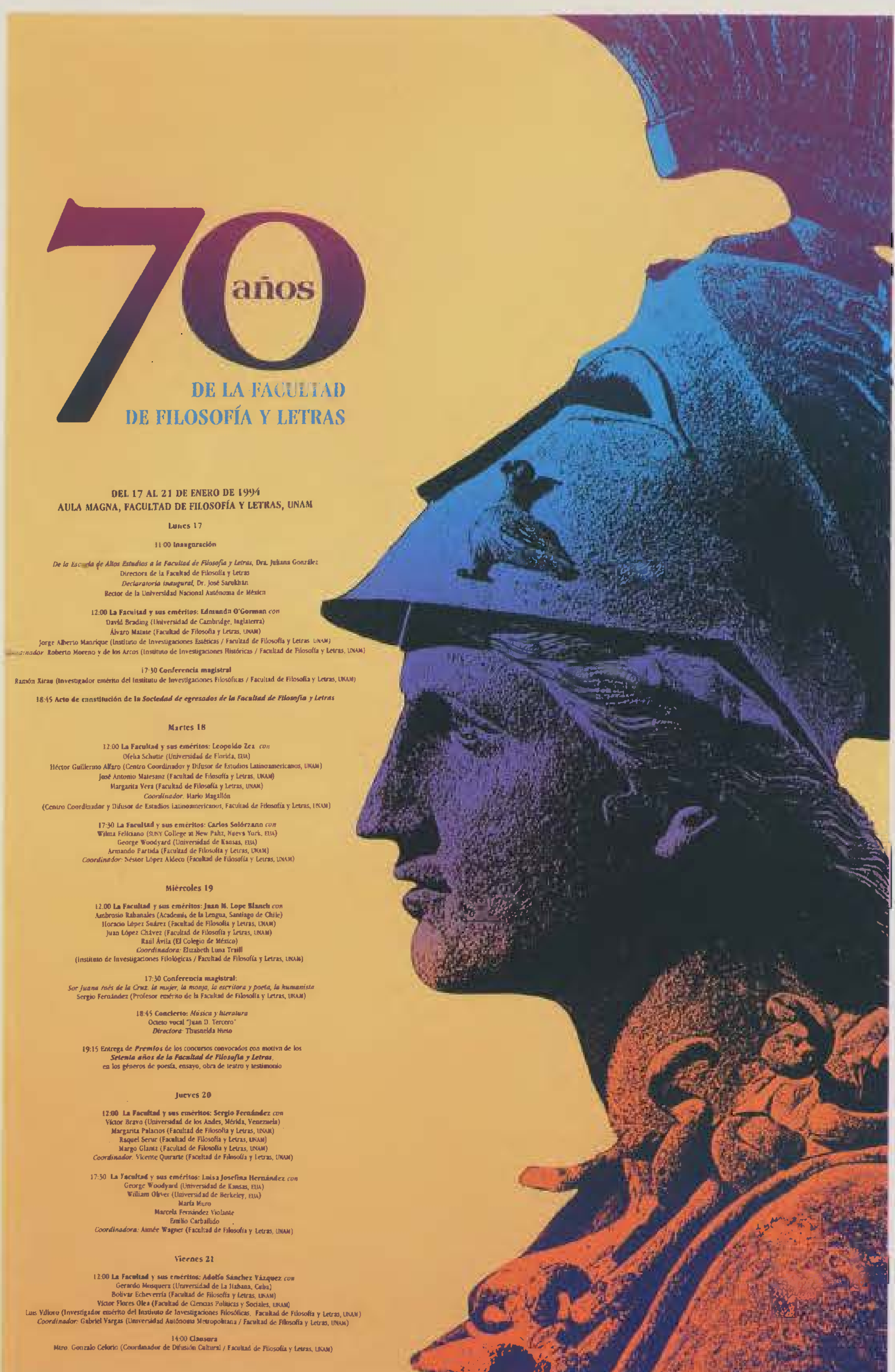

PABLO
NERUDA

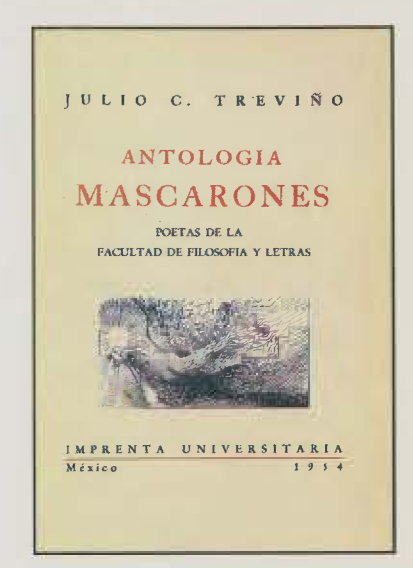

APROXIMACIONES A
ALEJANDRO
ROSSI


COLOQUIO
LA MALINCHE
DEL 1 AL 4 DE DICIEMBRE DE 1992
SALA MAGNA, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM


el 68:
testimonios y reflexiones


EL LABERINTO
JEAN CLARENCE LAMBERT


70 años
DE LA FACULTAD
DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEL 17 AL 21 DE ENERO DE 1994
AULA MAGNA, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM
Lunes 17
11:00 Inauguración
De la Escuela de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras, Dra. Juliana González
Directora de la Facultad de Filosofía y Letras
Declaratoria inaugural, Dr. José Sarukhán
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México
12:00 La Facultad y sus eméritos: Edmundo O'Gorman con
David Brading (Universidad de Cambridge, Inglaterra)
Álvaro Matute (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Jorge Alberto Manrique (Instituto de Investigaciones Estéticas / Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
…dinador Roberto Moreno y de los Arcos (Instituto de Investigaciones Históricas / Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
17:30 Conferencia magistral
Ramón Xirau (Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas / Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
18:45 Acto de constitución de la Sociedad de egresados de la Facultad de Filosofía y Letras
Martes 18
12:00 La Facultad y sus eméritos: Leopoldo Zea con
Ofelia Schutte (Universidad de Florida, EUA)
Héctor Guillermo Alfaro (Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM)
José Antonio Matesanz (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Margarita Vera (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Coordinador: Mario Magallón
(Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
17:30 La Facultad y sus eméritos: Carlos Solórzano con
Wilma Feliciano (SUNY College at New Paltz, Nueva York, EUA)
George Woodyard (Universidad de Kansas, EUA)
Armando Partida (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Coordinador: Néstor López Aldeco (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Miércoles 19
12:00 La Facultad y sus eméritos: Juan M. Lope Blanch con
Ambrosio Rabanales (Academia de la Lengua, Santiago de Chile)
Horacio López Suárez (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Juan López Chávez (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Raúl Ávila (El Colegio de México)
Coordinadora: Elizabeth Luna Traill
(Instituto de Investigaciones Filológicas / Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
17:30 Conferencia magistral:
Sor Juana Inés de la Cruz, la mujer, la monja, la escritora y poeta, la humanista
Sergio Fernández (Profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
18:45 Concierto: Música y literatura
Octeto vocal "Juan D. Tercero"
Directora: Thusnelda Nieto
19:15 Entrega de Premios de los concursos convocados con motivo de los
Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras,
en los géneros de poesía, ensayo, obra de teatro y testimonio
Jueves 20
12:00 La Facultad y sus eméritos: Sergio Fernández con
Víctor Bravo (Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela)
Margarita Palacios (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Raquel Serur (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Margo Glantz (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Coordinador: Vicente Quirarte (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
17:30 La Facultad y sus eméritos: Luisa Josefina Hernández con
George Woodyard (Universidad de Kansas, EUA)
William Oliver (Universidad de Berkeley, EUA)
María Muro
Marcela Fernández Violante
Emilio Carballido
Coordinadora: Aimée Wagner (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Viernes 21
12:00 La Facultad y sus eméritos: Adolfo Sánchez Vázquez con
Gerardo Mosquera (Universidad de La Habana, Cuba)
Bolívar Echeverría (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Víctor Flores Olea (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM)
Luis Villoro (Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Coordinador: Gabriel Vargas (Universidad Autónoma Metropolitana / Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
14:00 Clausura
Mtro. Gonzalo Celorio (Coordinador de Difusión Cultural / Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)

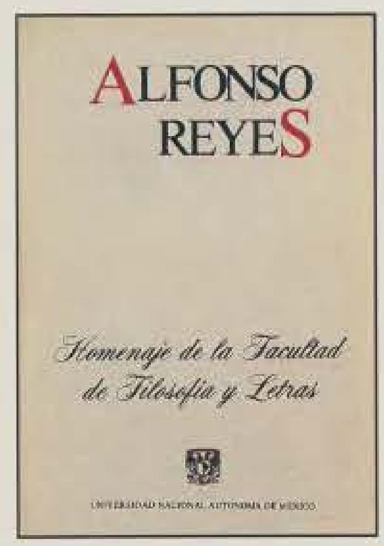

JULIO C. TREVIÑO
ANTOLOGIA
MASCARONES
POETAS DE LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
IMPRENTA UNIVERSITARIA
México 1954


MITO
Y POESIA
ENSAYOS SOBRE LITERATURA CONTEMPORANEA
DE LENGUA ESPAÑOLA
RAMON XIRAU
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

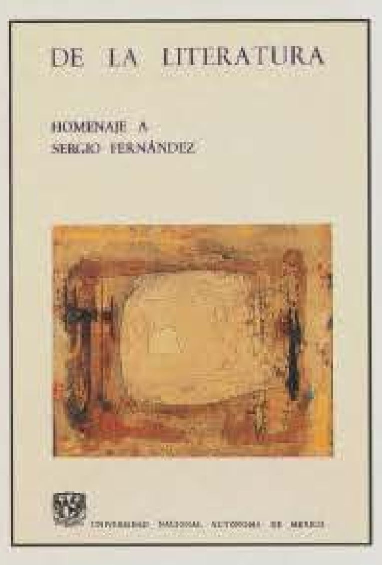

FERNANDO SALMERON
Las mocedades
de Ortega y Gasset
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

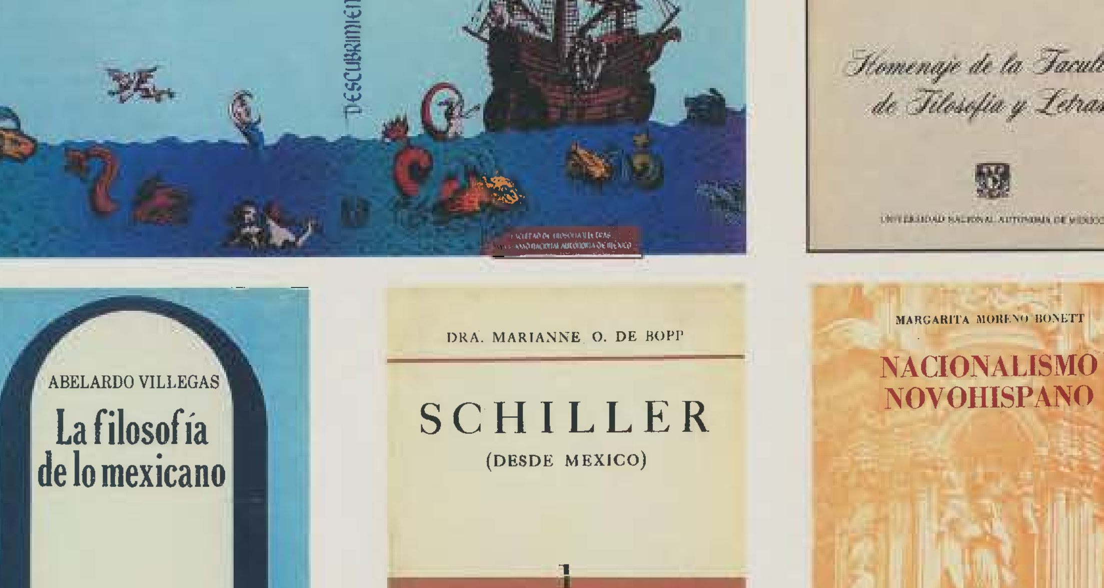

LA MUERTE
EN EL PENSAMIENTO
DE ALBERT CAMUS
Ana Rosa Pérez
y Antonio Zirión

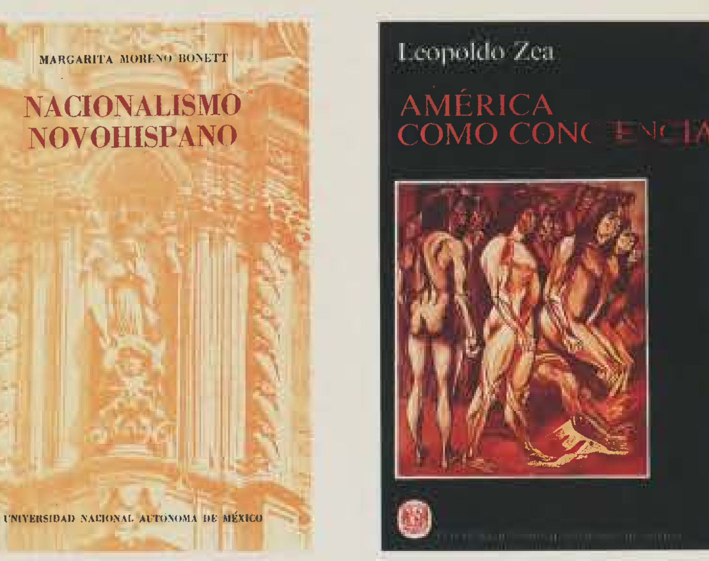

MARGARITA PEÑA
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA
DE AMÉRICA
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA


ALFONSO
REYES
Homenaje de la Facultad
de Filosofía y Letras
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

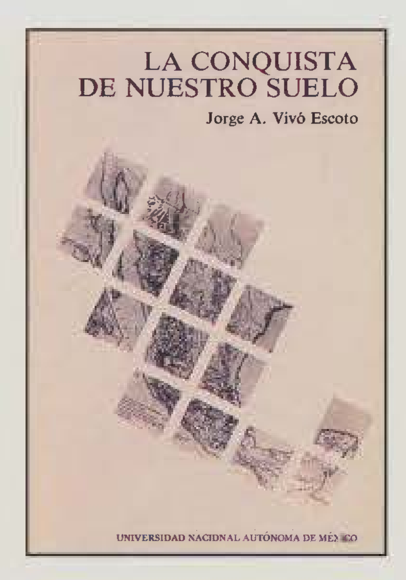

Juliana González
DE
NICOL

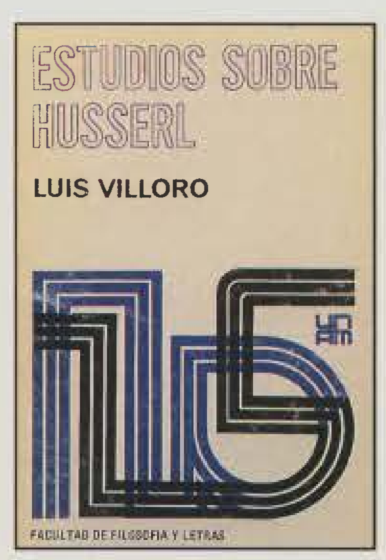

DE LA LITERATURA
HOMENAJE A
SERGIO FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

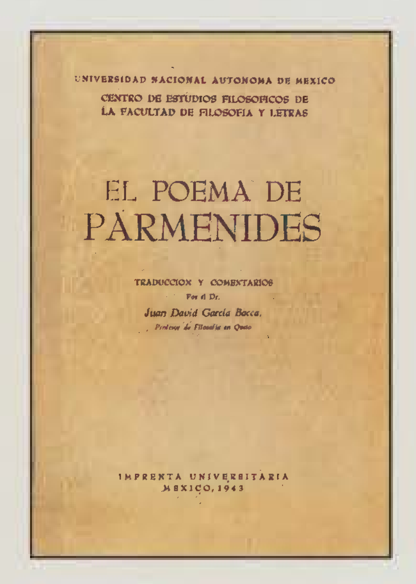

ABELARDO VILLEGAS
La filosofía
de lo mexicano
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
DRA. MARIANNE O. DE BOPP
SCHILLER
(DESDE MEXICO)
1
FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES


MARGARITA MORENO BONETT
NACIONALISMO
NOVOHISPANO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO
Leopoldo Zea
AMÉRICA

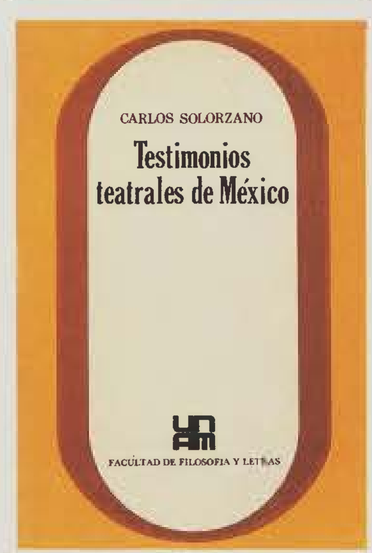

PENSAMIENTO
POETICO EN LA LIRICA
INGLESA SIGLO XIX
LUIS CERNUDA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS


LA CONQUISTA
DE NUESTRO SUELO
Jorge A. Vivó Escoto
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO


ESTUDIOS SOBRE
HUSSERL
LUIS VILLORO
UNAM
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS


UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS DE
LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
EL POEMA DE
PARMENIDES
TRADUCCION Y COMENTARIOS
Por el Dr.
Juan David García Bacca.
IMPRENTA UNIVERSITARIA
MEXICO, 1943


en torno al nuevo mundo
mercedes de la garza
editora
facultad de filosofía y letras
universidad nacional autónoma de méxico


CARLOS SOLORZANO
Testimonios
teatrales de México
UNAM
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS


ÓSCAR LIERA
La Piña y la Manzana
viejos juegos en la dramática
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNDMA DE MÉXICO


MAESTROS
DEL EXILIO
ESPAÑOL
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COLECCIÓN CUADERNOS DE JORNADAS 4


MÁS ALLÁ DE LITORAL

Semblanzas de profesores

Ermilo Abreu Gómez, 1964.

Ermilo Abreu Gómez

Jorge Ruedas de la Serna

En 1964, Ermilo Abreu Gómez impartía la clase de Literatura española moderna en la Facultad. Siempre de pie, atrincherado en el escritorio, que le llegaba casi al pecho, parecía una lechuza —de ojos azules— detrás de sus grandes gafas, por las que se traslucía una mirada fija e inteligente. Hablaba con escrupulosa corrección, castizamente. Más que un maestro, parecía un predicador. Predicaba por la literatura, por el placer del texto, por la causa de recuperar el sentido de lo que la literatura es, fundamentalmente, para el ser humano: útil para su desarrollo espiritual, por el puro goce estético. Sus discursos eran una corriente clara y fresca.

Un apasionado de los clásicos españoles, especialmente de santa Teresa de Ávila; sus clases eran vibrantes, casi eléctricas, por la vehemencia con que aspiraba a fortalecer nuestra vocación por las letras. Era un erudito; había leído verdaderos océanos literarios, pero nunca nos abrumó con su sabiduría, antes sus clases eran de una sencillez y claridad ejemplares, como su estilo literario, porque hablaba de lo que conocía con profundidad y sobre lo cual había reflexionado mucho, y en todo campeaba no lo que opinaban las autoridades, sino sus propios juicios críticos, finos y equilibrados. Estaba en contra de los esquematismos. Recuerdo que le disgustaba en especial aquella tesis sobre el "tono menor o crepuscular de la literatura mexicana".

Cuando lo visitábamos en su casa de la calle de Frontera, en San Ángel, nos recibía muy bondadosamente y en confianza. La clase era el espacio público y, como tal, le demandaba gran esfuerzo y dedicación, su claridad y sencillez no se debía a que fuese un maestro improvisa-

do; por el contrario, su trabajo docente era el resultado de una demorada preparación, sobre todo para ese curso, como lo prueban sus *Tablas históricas de la literatura española* (1937) y sus *Lecciones históricas de literatura española* (1944), de las cuales, sin embargo, nunca nos habló. En su casa, en cambio, estaba distendido. Conversaba tranquilo y pausado, en la intimidad, pero sin dejar de ser maestro. Nos pasaba a una salita, su lugar de trabajo, frente a un largo jardín, añoso y sombreado. Ahí, separados de su abundante biblioteca, tenía no más de cien volúmenes en un pequeño estante. "Son mis libros dilectos -comentaba-, ya puedo prescindir de todos los demás. El tiempo que me resta será para releer estas obras".

Ahí estaban el *Quijote*, santa Teresa, san Juan de la Cruz, Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Martín Luis Guzmán, entre sus preferidos. Me hace recordar a don Diego de Miranda, aquel caballero de la capa verde, que decía poseer no más de un centenar de volúmenes, síntesis de la sabiduría clásica, y a quien Sancho Panza le besa los pies, porque lo considera el "primer santo a caballo" que había conocido en su vida.

Ermilo Abreu Gómez nació el 18 de septiembre de 1894, en Mérida, Yucatán, donde realizó sus primeros estudios y los continuó en Puebla. Posteriormente regresó a su ciudad natal e inició su carrera literaria en la *Revista de Mérida*. Ahí participó en el movimiento de creación de un teatro regional que renovó la cultura de esa provincia mexicana. Años más tarde se trasladó a la ciudad de México y colaboró en la revista *Contemporáneos*, con notables ensayos críticos. Su producción literaria abarca obras dramáticas, relatos, cuentos, crítica, estudios filológicos, prólogos, antologías, artículos periodísticos, biografía y bibliografía. Fue uno de nuestros mayores sorjuanistas, reconocido internacionalmente, y pionero en los trabajos de revaloración crítica de la Décima musa.

Relatos como *Canek* (1944) y *Héroes mayas (Zamnó, Cocom, Canek)* (1942) le aseguraron un sitio destacado en la historia de la literatura mexicana del siglo XX, así como sus *Cuentos de Juan Pirulero* y *Pirrimplín en la luna* (1942). Pero su obra, en los diversos géneros antes mencionados, es extensa. Como estudioso de la literatura mexicana están por recogerse, y valorarse debidamente, sus ensayos críticos sobre Peón Contreras, Sierra O'Reilly, Sigüenza y Góngora, Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, entre muchos otros. De su trabajo periodístico en las columnas de *El Nacional* sobresale una extensa galería de personalidades marcantes de la cultura mexicana de este siglo.

Como maestro y como escritor, Ermilo Abreu Gómez fue un hombre comprometido con los pobres, con los marginados, con los desheredados. Fue un luchador socialista. Él mismo vivió la mayor parte de su vida pobremente; tenía que dar clases y escribir artículos en el periódico para ganar el sustento diario. Pero ni sus ideas sociales ni su

pobreza, que había asumido con la sabiduría de los clásicos, le hicieron rebajar su idea de la literatura como arte, para la cual exigía el requisito irrenunciable de una real categoría estética.


Jesús Aguirre Cárdenas, Agustín Lemus Talavera y Roberto Betancourt Arce, alumnos fundadores del Colegio de Pedagogía, 1955.

Jesús Aguirre Cárdenas

Agustín G. Lemus Talavera

La apertura de la Ciudad Universitaria, en 1954, marcó la creación del Colegio de Pedagogía y de la maestría en Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ello abrió las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras a la generación fundadora, en 1955. Así, llegaron los primeros diecisiete alumnos de pedagogía, todos ellos ya profesionales de diferentes áreas y con variada experiencia docente en su haber; no eran, pues, novatos en la tarea de la enseñanza, pero a todos les animaba el mismo entusiasmo: participar en la aventura de la pedagogía universitaria como profesión.

De esta forma se inició un nuevo capítulo en el *curriculum vitae* del arquitecto e ingeniero civil Jesús Aguirre Cárdenas, uno de aquellos diecisiete pioneros. Los nuevos estudios llegaron a sistematizar su ya larga experiencia dicente y docente, hasta convertirse en un eficiente motor de la acción y la difusión de la pedagogía universitaria, lo mismo en el ámbito de la UNAM, que en el nacional y en el internacional; en la conjunción extraordinaria de la didáctica general —como fundamentación— con la docencia de la arquitectura, el diseño y la enseñanza superior —como aplicación.

Arquitecto en 1944, ingeniero civil en 1958, y maestro en Pedagogía en 1964, se inició en la docencia desde 1940 en niveles no universitarios, y en 1948 en el nivel universitario; desde las licenciaturas en arquitectura, ingeniería y pedagogía, sucesivamente, hasta los posgrados respectivos. Alcanza, al presente, cincuenta y tres años ininterrumpidos de docencia, desde la modesta y paciente enseñanza del dibujo a los niños, hasta las altas cátedras de Didáctica de la enseñanza superior y Didáctica aplicada al diseño arquitectónico.

El maestro Jesús Aguirre Cárdenas ha sido profesor en los tres niveles académicos de la pedagogía; consejero técnico por el Colegio en dos periodos; miembro del Consejo Interno del Posgrado en tres ocasiones; consejero universitario alumno por la Facultad de Filosofía y Letras, y consejero profesor por la de Arquitectura durante seis pe-

riodos. Director de la Facultad de Arquitectura durante ocho años y fundador de sus especialidades, maestría y doctorados; miembro de las comisiones dictaminadoras del profesorado en varios centros y facultades, y de los comités de becas de la UNAM. Ha dirigido más de un centenar de tesis de licenciatura y de posgrado en arquitectura y pedagogía y ha sido hábil expositor en más de doscientas conferencias en universidades y congresos en México y América Latina. Fue miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM siete años y es, honrosamente, profesor emérito desde 1985.

Siempre dijo ser "maestro improvisado" y, quizá por rutina, lo repite aún. Cuando el maestro sabe que nunca termina la formación del alumno, sabe también que nunca termina la suya propia. Frente al alumno, cada día, en cada lección, se improvisa, así la carga docente sea, ya, superior al medio siglo. Aguirre Cárdenas encontró su vocación docente por accidente y ni la vida profesional intensa ni las responsabilidades públicas engorrosas ni los altos y exigentes puestos universitarios han podido hacer que la abandone.

El lunes 11 de abril de 1955, sin mucho proponérselo, se encontró con la pedagogía. Al iniciarse la primera lección del Colegio de Pedagogía, el doctor Roberto Solís Quiroga, en su cátedra de Conocimiento de la infancia, cuando esperaba encontrarse con jóvenes preparatorianos, preguntó, azorado, a cada uno de los intrusos: "[...] siendo, ustedes, ya maestros ¿por qué están aquí? [...]". En su turno, Jesús Aguirre Cárdenas contestó: "[...] porque quiero ordenar mi experiencia como maestro improvisado [...]". Hoy, tendría que organizar su experiencia como encaminador de otros despistados hacia el quehacer de la enseñanza. Su tesis de maestría, *La formación del maestro universitario*, marcó de modo indeleble su vereda por la pedagogía. Su valor humano como servidor de la Universidad y como guía de sus alumnos es indudable. La pedagogía en la Universidad no nació huérfana, tuvo buenos maestros; ni huera, tuvo buenos discípulos.

Antonio Alatorre

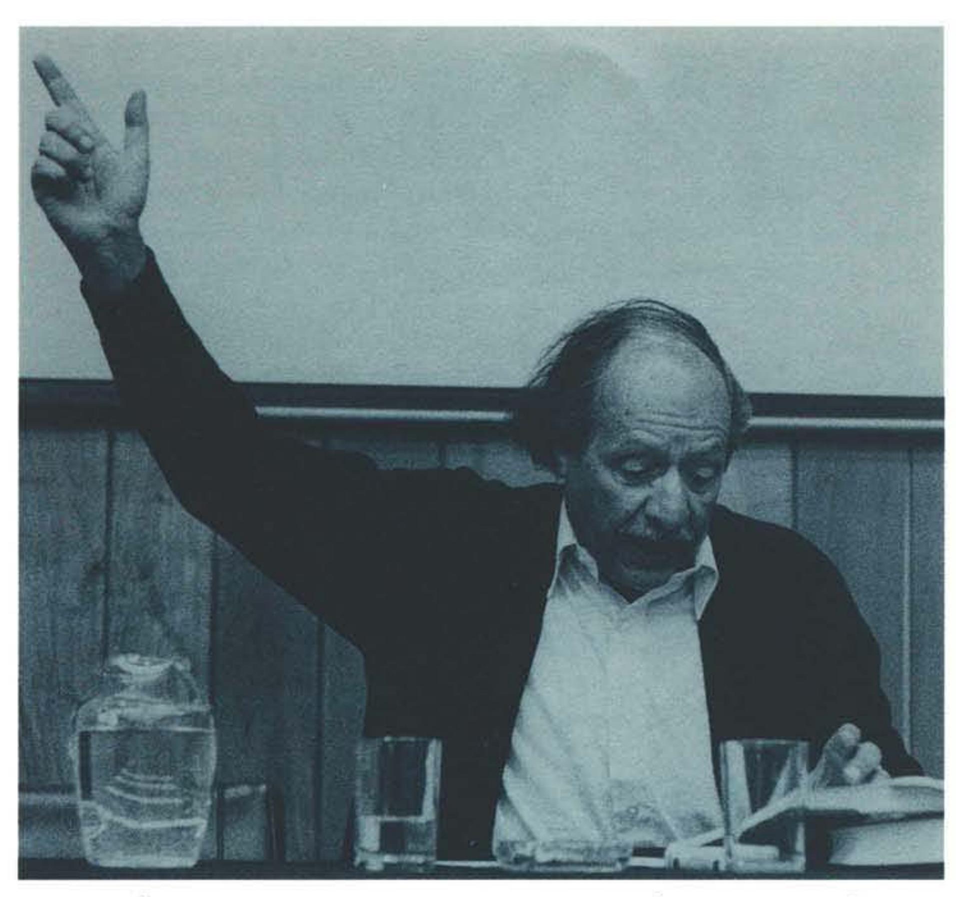
Hernán Lara Zavala

Antonio Alatorre tuvo fama, durante años, de ser un profesor enérgico, duro y riguroso. Por entonces impartía en la Facultad de Filosofía y Letras el curso de teoría literaria, que teníamos que tomar todos los

estudiantes de letras, tanto los de hispánicas como los de modernas. En sus clases había muchos alumnos y él los hacía temblar con sus preguntas sobre cultura general y sobre filología, pero más que nada por su reacción, siempre irónica, cuando no iracunda, ante las respuestas totalmente desatinadas de los estudiantes. Me parece recordar vagamente en esa época al maestro Alatorre caminando por los pasillos de la Facultad: siempre de traje oscuro, bien afeitado, con el cabello corto, de lentes, tan serio como el seminarista que una vez fue. Era también director de la *Nueva revista de filología hispánica* y del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México. Discípulo de Alfonso Reyes, reconocido traductor del Fondo de Cultura Económica, conocedor del griego, el latín, el francés, el inglés y el italiano y, sobre todo, especialista en la literatura del Siglo de oro español, incluyendo, por supuesto, a sor Juana y a los autores mexicanos de la Colonia. En ese entonces no tomé clase con él, pero su prestigio y su rigor eran ya proverbiales entre los estudiantes.

Tuve la oportunidad de ser alumno de Antonio Alatorre hasta que entré al Colegio de México en 1975. Y al tomar clase con él recibí una gran sorpresa pues su curso desdecía todo lo que yo había oído: entre los rigores de la lingüística, la morfología, la sintaxis y las investigaciones literarias con las que se adornaba el COLMEX, Antonio Alatorre impartía el curso de análisis de textos con toda la holgura de un lector "virgen" que se hubiera propuesto desechar adrede toda teoría prefijada. Su nueva postura correspondía a todo un cambio en su visión del mundo. Había dejado de usar traje y corbata salvo cuando el caso lo ameritaba, se había dejado el bigote un poco a lo Zapata y una melena einsteniana que le iba muy bien con su fama de hombre sabio. A su ironía previa había añadido un constante sentido del humor que se reflejaba en sus ojillos maliciosos y en una sonrisa a flor de labios que nos hacía dudar si lo que los estudiantes decíamos le parecía simpático o simplemente demasiado elemental. Sin embargo, escuchaba con atención a todo lo que teníamos que opinar. Ante los comentarios de los alumnos daba una respuesta invariablemente escéptica pero con el anhelo de orientar al estudiante, aunque fuera de manera oblicua: "Bueno, lo que usted dice es como si [...]", era la manera de iniciar su comentario. Su nueva actitud solía causar desconcierto entre los estudiantes, de quienes llegué a escuchar que se quejaban de su falta de método y rigor. Varios alumnos del Colegio no parecieron darse cuenta, al menos durante ese primer semestre, de que Alatorre venía totalmente de regreso.

Por razones personales abandoné El Colegio de México e ingresé en la maestría de Letras Hispánicas. Fue ahí realmente donde me benefició de las enseñanzas de Antonio Alatorre. En el primer curso estudiamos las canciones primera y segunda de Garcilaso de la Vega y los



Antonio Alatorre, 1985.

sonetos de sor Juana. Durante ese semestre, Alatorre nos guió para leer a esos dos autores que conocía más que bien. Nunca hizo gala del aparato académico pero era muy quisquilloso con las alusiones mitológicas, con el paso de cada una de las palabras utilizadas por los poetas, con las diversas acepciones que la palabra ha tenido en el tiempo, y sobre todo con el sentido general que los poemas tenían en su época; a veces citaba a alguna autoridad, pero más por una empatía personal con algún estudioso que por el anhelo de justificar su comentario.

El segundo semestre del curso lo impartió en su casa. Creo que a propuesta de él mismo, el Seminario de literatura, que me parece que así se llamaba la materia, se hizo más libre y abierto y empezamos a leer un libro por semana, de acuerdo con el consenso del seminario. Leímos a fray Luis de León y a Quevedo y luego a Machado de Assís, a Quenau, a Bianco y quién sabe a cuántos escritores más, mexicanos contemporáneos incluidos. Alatorre nos dejaba hablar primero y luego hacía sus comentarios siempre balanceados y muchas veces subjetivos. De entonces había empezado a fraguar una lucha en contra del "lado científico de la literatura", léase sociología de la literatura, estructuralismo, formalismo, narratología o deconstrucción. En esencia, Alatorre se declaraba abiertamente enemigo de la "metodología", como lo externó por escrito en su discurso de ingreso a la Academia y

luego en varios artículos más en los que ha desafiado a los "científicos" a que rebatan su postura.

Cuando terminé la maestría recurrí a él para que dirigiera mi tesis sobre *Las novelas en el Quijote*. Por ese entonces él se encontraba muy ocupado escribiendo su libro *Los 1,001 años de la lengua española*. Ante mi insistencia aceptó echarle un vistazo condicionado a lo que yo había escrito, robándole tiempo a su tiempo. Le llevé el manuscrito. Una semana después me citó en su casa. "¿Me pediste ayuda para que fuera tu asesor o para corregirte la ortografía y las erratas?", me dijo. El maestro riguroso y duro de aquellos años de la Facultad había revivido. Apenado, le contesté que para que fuera mi asesor. Me devolvió el manuscrito con sus observaciones en rojo. Había efectivamente una falta de ortografía, la palabra "vicisitudes", que ya nunca olvidaré, además de algunas erratas. Lo demás eran comentarios y sugerencias. Me pidió que ampliara la bibliografía y sobre todo que incluyera a su maestro Marcel Bataillon. Así lo hice. Ya no quiso ver la tesis sino hasta el examen de grado. Cuando le pregunté si tenía inconveniente en estar con algún colega de la Facultad en el jurado sólo me contestó: "Hay algunos que me impacientan un poco pero no tengo objeción alguna".

De Alatorre aprendí varias cosas además de la información y la recreación específica de las obras que estudié con él. La primera, la gran riqueza, maleabilidad y variedad de la lengua española vista a través de sus grandes autores. La segunda, que para escribir o traducir, Alatorre siempre ha definido el giro más natural en contra del rebuscamiento, lo seudoculto y lo afectado. Hay palabras, como "relevante", que no utilizo jamás por la influencia de Alatorre, para dar uno de los tantos ejemplos a los que él alude cada vez que puede. En clase muchas veces nos ponía *toritos* de cómo traducir tal o cual frase o expresión al español. Alatorre siempre elegía la más sencilla, la más directa y la más cercana al habla cotidiana, pues su concepto de corrección gramatical es uno de las más tolerantes que conozco. Alatorre ha desechado de su persona y de su trabajo, tanto de crítico como de maestro, la pomposidad. Hay una tercera enseñanza que sin duda forma parte de su preceptiva. Aquella de que al leer uno no puede engañarse a sí mismo pues, según lo he oído afirmar, aquello que uno siente a través de una lectura nunca puede ser del todo falso. No es que Alatorre defienda el "arte sincero", ni le pide a sus alumnos que se queden en esa etapa de la primera impresión. Alatorre se da cuenta obviamente que todo arte es artificio, pero ha elegido acercarse a los libros desde esa aparente sencillez y naturalidad luego de haber recorrido los textos más intrincados de la literatura.

Ramón Alcorta

Teresa Allyón Torres

Recordamos a Ramón Alcorta como un destacado geógrafo en el campo de la docencia y la investigación, que dejó profunda huella en los que tuvimos la oportunidad de ser sus alumnos.

Su formación profesional fue principalmente autodidácta, y tal vez por ello fue más comprometida, más profunda y más amplia que la que exigen los estudios formales.

Realizó los primeros estudios en su entidad natal, donde alcanzó el grado de bachiller en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Años más tarde, como un reconocimiento a su nivel académico, fue nombrado director de la Facultad de Humanidades de dicha Institución (1954-1959).

En la ciudad de México se inicia como profesor en la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM, donde sus elocuentes exposiciones provocaron que varios de sus alumnos decidiéramos estudiar la carrera de geografía.

Como profesor a nivel profesional, impartió diversas cátedras en el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras (1943-1961), entre ellas: Geografía humana, Geografía regional, Geografía política, Geografía del Viejo Mundo y Planeación. En esta época fue nombrado consejero del Departamento de Geografía, puesto que desempeñó desde abril de 1951 hasta julio de 1957.

Asimismo, realizó una importante labor docente en la Escuela Normal Superior de México, en la que impartió la materia de Geografía regional durante varios años. Además de su labor como maestro, fue investigador en el Instituto de Geografía (1940-1942). Su interés por la difusión del conocimiento geográfico lo llevó a fundar en dicho Instituto la *Revista mexicana de geografía*, y en ella fungió como secretario de redacción.

Es autor de varios trabajos de investigación, entre ellos: *Límites, litorales, mares e islas de Yucatán* (1944); *Antropogeografía y Estado* (1948); *Isla Margarita* (1948); *Cuatro siglos de cartografía tabasqueña* (1951); además colaboró en la *Guía Goodrich Euzkadi* (1954-1960).

El mayor reconocimiento a su desempeño profesional fue el ser electo presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Su vasto saber en el campo de la geografía —que se reflejó en sus estimulantes cátedras y obra escrita— lo colocan entre el selecto grupo de maestros distinguidos del Colegio de Geografía.

Vito Alessio Robles, 1941.

Vito Alessio Robles

Roberto Moreno de los Arcos

Hombre de espada y de pluma, el ingeniero militar don Vito Alessio Robles es un caso ejemplar de hombre que logró aunar la vocación de lucha, tanto la de las armas como de la política, con los menesteres del intelecto. Fue de tan firmes ideales y convicciones en la política como apasionado cultor de la historia patria, sobre todo en su vertiente regional.

Nacido en Saltillo, Coahuila, en 1879, realizó ahí sus estudios en el Ateneo Fuente antes de trasladarse a la ciudad de México. En ésta se inscribió en el Colegio Militar de Chapultepec hasta recibirse de ingeniero militar. Como otros estudios registra él mismo en su currículo los de la Escuela Superior de Guerra de Turín, Italia, en 1912 y los de historia en la Universidad de Texas en 1929 y 1930. La Universidad Nacional de México le revalidó todas las materias de la escuela militar con la equivalencia de ingeniero civil.

Su vida militar y política fue muy accidentada, como no podía ser menos en el caso de un militar en plena Revolución mexicana. Durante veinte años (1911-1930) tuvo Alessio Robles una vida inmersa en el torbellino revolucionario. En un primer momento, como teniente coronel del Ejército federal, combate a los maderistas. A la salida de Porfirio Díaz se incorpora a colaborar con Madero: fue jefe del estado mayor del general González Salas; inspector general de policía y director de obras públicas del Distrito Federal. Nombrado por el mismo régimen agregado militar en Roma, pudo conocer los centros de cultura europeos. A su retorno, por no colaborar con Victoriano Huerta fue hecho preso y después combatió al lado de Felipe Ángeles en la División del Norte. Fue secretario de la Convención de Aguascalientes y gobernador del Distrito Federal. Dirigió los periódicos *El Heraldo de México* y *El Demócrata*. Fue diputado por el Distrito Federal y senador por su estado. Entre 1924 y 1926 fungió —un poco a la fuerza— como ministro plenipotenciario de México en Suecia, lo que le permitió, de paso por Europa, estudiar en el Archivo de Indias y otras bibliotecas españolas. A su vuelta a México asume la presidencia del Partido Antireeleccionista y en 1929 se incorpora a las filas del sueño vasconcelista. Desterrado, se ocupó en Texas del estudio de los temas de la historia de México que le eran más afines.

A partir de 1930, de regreso a México, abandonó la política para recluirse en la vida intelectual en la que ciertamente descolló. Si se deja aparte su enorme tarea periodística, fue autor de muchos trabajos historiogáficos ya recogidos en su porción principal en cinco gruesos vo-

lúmenes en fechas recientes. Su primer libro fue una *Bibliografía de Coahuila* (1927), editada en la meritísima colección de Monografías Bibliográficas Mexicanas, a cargo de don Genaro Estrada. En 1931 publicó su monografía *Francisco de Urdiñola y el Norte de la Nueva España* a la que siguió, en 1932, una defensa de sus opiniones en el texto *Cómo se ha escrito la historia de Coahuila*.

Entre 1932 y 1936 saca a la luz tres libros sobre Acapulco, Saltillo y Monterrey *en la historia y en la leyenda*, preciosos textos de divulgación que se leen hoy día todavía con harto provecho. Quizá su obra más apreciable es la que publicó en dos partes: *Coahuila y Texas en la época colonial* (1938) y *Coahuila y Texas desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Paz de Guadalupe Hidalgo*. Muchas más obras siguieron a éstas. Artículos, ensayos, ediciones de fuentes, dan cuenta de la vocación de historiador de don Vito. Sus experiencias revolucionarias se registran en tres obras: *Desfile sangriento* (1936), *Los tratados de Bucareli* (1937) y *Mis andanzas con nuestro Ulises* (1938).

La obra de Alessio Robles no podía pasar desapercibida. Invitaciones a conferencias en México y el extranjero, nombramiento en diversas sociedades y academias lo muestran. Quizá la que le dio más gozo fue la de miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia en el mismo sillón que ocupó por primera vez Estrada.

De su labor docente mucho se podría decir. Baste saber que en el año 1947 el doctor Samuel Ramos, director de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, propuso al rector Salvador Subirán, con aprobación del Consejo Técnico, el nombramiento del ingeniero Alessio Robles como profesor provisional de la materia de Historia de México; las provincias internas. En esa cátedra sirvió durante diez años, hasta su muerte el 11 de junio de 1957.

Por testimonio de su discípulo y sucesor en la Academia de la Historia, don Jorge Gurría Lacroix, se puede decir que se desempeñó con la providad de su rango militar, con la precisión de su carácter de ingeniero y con la bonhomía de su profunda vocación de humanista.



Ida Appendini Gagasso.

Ida Appendini Gagasso

Helena Beristáin

Ida Appendini nació en Galtz, Rumania, en 1898, de padres italianos. Él era ingeniero y con su familia viajó por Asia cumpliendo contratos como constructor de obras públicas. Llegaron a México cuando ella tenía sólo once años y aquí permanecieron. En 1919, Ida se recibió de maestra en la Escuela de Maestros, donde también comenzó a enseñar. En 1926 viajó a Estados Unidos para representar a la Universidad Nacional al inaugurar, en Pomona College, el intercambio de estudiantes entre ambos países, durante los cursos de verano que aún funcionan en la dependencia que hoy se llama Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM. En ese mismo año se fundó la enseñanza secundaria en México y en sus escuelas comenzó a enseñar Literatura española e Historia universal.

De 1928 a 1932 fue directora de la Escuela Dante Alighieri, y luego presidente de la misma, en 1946 y 1947. También desde 1928 enseñó en la Universidad italiano y Literatura italiana, sobre todo en la Facultad de Filosofía y Letras, donde todavía quedan muchos que la recuerdan; pero también en la Escuela de Ciencias Políticas, en la Escuela de Música y en el Conservatorio Nacional. En 1933 presentó en la Universidad su examen de maestría en Letras españolas con una tesis sobre *Boccaccio y la literatura castellana*. Entre 1947 y 1953 trabajó como orientadora en escuelas secundarias. Vivía por ese tiempo en la calle de Tlacoquemécatl.

De 1948 a 1956 impartió en el Mexico City College tres asignaturas: Literatura iberoamericana, Influencias renacentistas en Cervantes, e Influjos europeos en la literatura. Desde 1953 y hasta su muerte, en 1956, fue catedrática y presidenta honoraria del Instituto Italiano de Cultura. Realizó también los estudios de doctorado y la tesis respectiva: *La literatura italiana en los primeros cincuenta años del siglo XX*, texto, éste, que la UNAM editó de manera póstuma.

Trabajaba intensamente atendiendo a sus padres y a sus discípulos. Su vocación y su formación hicieron de ella una maestra inolvidable. En sólo un año enseñaba su lengua materna lo suficiente como para impartir sus cursos de Literatura italiana en italiano. Se llevaba a casa los cuadernos de apuntes de sus alumnos durante el fin de semana, y los regresaba, corregidas sintaxis y ortografía. Hacía sentir a cada estudiante una atención especial, individual. Conversaba con todos, como una amiga. Legó dos becas a estudiantes de su Facultad y, además, legó su biblioteca a la Universidad, en el acervo de la Biblioteca Central, en 1958, y tuve la suerte de que me tocara atender todo el proceso conducente a ponerla en servicio. Escribió junto con su hermana María

Appendini de Bigola una *Gramática italiana*; junto con el doctor Silvio Zavala, una *Historia universal* que sigue siendo reeditada; y tradujo y publicó un libro de De Angeli, *Nei Meandri del Linguaggio*. Ganó en nuestra memoria el sitio de la gratitud, el amor y el respeto.

Ida Appendini

Mariapia Lamberti

"La *signorina*", como se le conoció siempre, nació en Rumania en 1898. Llegó a México cuando tenía apenas once años, y había asistido a la escuela primaria en Turín. El italiano de su infancia siguió siendo siempre lengua entrañable y materna y, a través de su ininterrumpido camino curricular y de trabajo docente —de Veracruz a México, de la secundaria al doctorado, de los salones de las primarias a las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras— se fue afirmando por sobre sus múltiples estudios como la especialización vocacional, como un destino de excelencia.

En 1928 se le nombró profesora honoraria de lengua italiana en la Facultad de Filosofía y Letras. Aunque su labor más intensa se había desarrollado siempre en el ámbito de las escuelas secundarias, con una preocupación atenta a las necesidades formativas y culturales de los preuniversitarios, su proyección docente en la Facultad alcanzó los niveles de la más elevada perfección. Con el paso de los años, terminó dedicando todo su tiempo a la enseñanza universitaria. Cuando le sobrevino la muerte, en 1956, había dejado detrás de sí una huella imperecedera: su presencia definitiva de el Departamento de Letras italianas de la Facultad de Filosofía y Letras, numerosas tesis dirigidas en el campo de la italianística, textos de cultura italiana y universal, un recuerdo imborrable en sus alumnos y, lo que más cuenta, una apertura en ellos hacia el conocimiento y la integración, en su propio panorama cultural novohispano e iberoamericano, de la cultura humana y literaria que en muchos aspectos está en la base de la cultura americana de ascendencia hispánica.

Sergio Fernández, uno de sus alumnos más destacados, quien recuerda con ternura y añoranza la figura a un tiempo frágil y majestuosa de "la *signorina*", ha elaborado bajo su guía el más importante ensayo dantesco que se ha escrito en México después del de Alfonso Reyes.



Arturo Arnáiz y Freg.

Arturo Arnáiz y Freg

Álvaro Matute

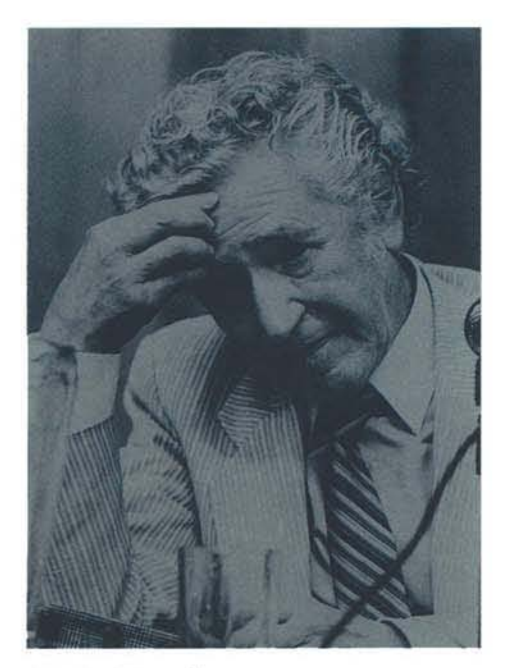
Dos características surgen a la memoria cuando se evoca la figura de Arnáiz: su brillantez y su enorme sabiduría empírica en materia de historia de México. La forma y el contenido se reunían en sus exposiciones de clase o de conferencia. Su prodigiosa memoria era el elemento que le permitía unir a la perfección el acervo de datos que tenía en la mente con la manera como los transmitía. Fue por ello un gran profesor. Hombre de cátedra y de tertulia más que gabinete, no obstante era un gran lector que conocía muy bien la herencia historiográfica mexicana y estaba al tanto de las novedades que aparecían. Interlocutor de los grandes historiadores anteriores, contemporáneos y posteriores a él, no desmerecía ante ninguno. Lamentablemente, la parquedad de su obra escrita no permite a las generaciones que no convivieron con él, atisbar su grandeza, que quedó en los salones de clase y de conferencia. Pese a ello, como historiador, si bien su obra es aparentemente breve, contiene suficientes elementos para ser valorada como valiosa y rica.

Este profesor, que en su tiempo fue el historiador más conocido de México ante el público ajeno al medio, nació en la capital de la República el último día de abril de 1915, coincidiendo con los días de la batalla de Celaya. Hijo de un destacado profesor de gimnasia, Rosendo Arnáiz, se formó en instituciones públicas, incluyendo desde luego a la Escuela Nacional Preparatoria, donde cursó el bachillerato en ciencias biológicas, para intentar después estudiar medicina, carrera que abandonó con el objeto de hacer los estudios completos de la maestría y el doctorado en lo que se llamaba Ciencias Históricas, del año 1936 a 1942, en la Facultad de Filosofía y Letras. Muchos años más tarde haría la licenciatura en Economía en la UNAM. Dentro de nuestra institución fue a la vez alumno y maestro. Muy joven ganó un certamen biográfico con un trabajo sobre el doctor Mora. Tenía diecinueve años cuando eso ocurrió, y con ello ingresó al mundillo de los historiadores. En alguna conferencia expresó que don Luis González Obregón le contaba que Guillermo Prieto le decía que cuando visitó a don Lucas Alamán... Con esa cadena de relaciones nos enviaba al pasado uniéndonos a ella. González Obregón murió cuando Arnáiz tenía veintitrés años.

Completó sus estudios en la Universidad de Texas, a la que acudió en numerosas ocasiones como conferenciante. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, enseñó en ella la materia México Independiente, de 1821 a 1854, denominada también Federalismo y Centralismo, en sustitución de don José de Jesús Núñez y Domínguez, y más tarde,

relevando a don José C. Valadés, Ideas políticas en México en el siglo XIX. Esta materia también la impartió en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Fue investigador de los institutos universitarios de Investigaciones Estéticas e Históricas, así como del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Entre los alumnos en quienes dejó huella se cuenta a Pablo González Casanova, a Moisés González Navarro y a Luis González, quienes llegaron a ser sus sustitutos en los tiempos en que viajaba por todo el mundo. Otro maestro que lo evocaba con cariño y admiración era Eduardo Blanquel, así como Jorge Alberto Manrique y Josefina Zoraida Vázquez.

Profesor de secundarias, preparatorias y universidades, nacionales y extranjeras, fue escuchado por muchas generaciones a las que transmitió su gusto e interés por la historia de México. Poseedor de una rica biblioteca de treinta y cinco mil volúmenes, la donó al morir a la Biblioteca Lerdo de Tejada. Lamentablemente, ese hombre de figura robusta, de voz estentórea y derrochadora energía pasó sus últimos años sumido en una penosa enfermedad que lo alejó del ejercicio de su profesión. En la Facultad, tras haberse jubilado, fue recontratado en el año 1966 y sirvió hasta 1972, cuando la salud comenzó a mermar. Murió el 13 de junio de 1980.



Juan José Arreola.

Juan José Arreola

Manuel de Ezcurdia y Vértiz

Resumir en contadas líneas la persona y la obra de Juan José Arreola es tarea imposible e injusta. A Juan José hay que verlo y leerlo para creerlo. Es el duende lorquiano encarnado. Es por esto inútil el intentar ordenar sus talentos, continentalmente reconocidos y premiados: ha merecido el "Villaurrutia", el Nacional de Lingüística y Literatura, el Nacional de Periodismo, el Nacional de Programas Culturales de Televisión, entre otros. Alumno en París de Jouvet, de Renoir, de Jean-Louis Barrault, ha logrado parecerse a este último.

Si en la segunda década de nuestro siglo Julio Torri descubre la magia negra de la palabra, treinta años después Juan José Arreola surge como el mago blanco de la prosa mexicana, practicando esos encantamientos verbales que componen *Varia invención*, y que continúan y se refinan en *Confabulario*. Arreola inicia un nuevo periodo en la letras mexicanas; inaugura el relato de la segunda mitad de este siglo ya por

acabar. Discreto, a fuerza de sabio, su obra se caracteriza por su economía, producto de un meditado balance entre su memoriosa y memorable erudición y la elegancia de su sensibilidad creativa, y cuya sencillez y ligereza ocultan los desvelos y las angustias de una desesperada búsqueda de la perfección que sólo da la palabra justa.

Su pasión por el teatro y su profundo conocimiento de la escena le hacen ganar, con *La hora de todos*, el primer premio en un concurso de teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes. Ha sido también actor y animador de aquellos inolvidables espectáculos teatrales que fueron *Poesía en voz alta*.

En los años cincuentas Arreola funda y dirige la serie "Los presentes", así como la colección de Cuadernos y libros del unicornio. Estas empresas son también la hora de todos: de toda la joven narrativa mexicana que, gracias a la bondad característica de Arreola y a sus ojos de larga y agorera visión, publica por vez primera las balbucientes primicias de brillantes futuros literarios. Con igual intención, de su taller literario surge la revista *Mester*.

Si en *La feria* Arreola ha vaciado algo, nunca demasiado, de su personal y vital evocación provinciana, en sus cursos, como en su diálogo, está el Arreola que se da por completo. Los que imparte y ha impartido en esta Facultad, además de ser tratados de varia lección y exquisitos *happenings*, dejan en el espectador-participante la huella inolvidable de haber conocido a un verdadero maestro: el que se hace amar enseñando a amar lo que él ama.

Antonio Ballesteros Usano

José Luis Becerra López

Entre aquello que se hace acreedor a nuestro reconocimiento en esta Facultad de Filosofía y Letras está la fecunda labor del maestro Antonio Ballesteros Usano, quien nace en la ciudad de Córdoba, España, el 11 de abril de 1897 y muere en la ciudad de México en 1974.

El maestro Ballesteros inicia sus estudios en la Escuela Primaria Anexa a la Normal de su ciudad natal. Al término de éstos, a temprana edad, se traslada a Málaga para estudiar secundaria y bachillerato en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza. Atraído por los estudios del magisterio, ingresa, allí mismo, a la Escuela Normal, para proseguir después en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Aquí conoce a la maestra Emilia Elías, con quien después contrajo matri-

monio en Segovia, lugar donde nacen sus tres hijos. En Madrid asiste a la cátedra de Manuel Cossío.

Una vez roto el arraigo de Andalucía, traspasa las fronteras de la patria ávido de los conocimientos que por entonces aportaban, en la Universidad de París, a la psicología y a la pedagogía los doctores Wallon y Simon. También asiste a la Universidad de Bruselas en pos de las lecciones de los doctores Decroly y Demoor sobre las técnicas de la enseñanza en la escuela activa, terminando su etapa formativa en Suiza.

Integrado a la actividad pedagógica nacional, colabora con el cuerpo de redactores de la *Revista de pedagogía*, escribe acerca de la escuela nueva en *Características de la enseñanza primaria en Francia, Bélgica y Suiza* (1923), *La cooperación en la escuela primaria* (1928), *El método del Dr. Decroly* (1931), *Las escuelas nuevas francesas y belgas* (1933) y completa su enfoque sobre organización escolar con *La distribución del tiempo y del trabajo* (1934), *La escuela graduada* (1935) y *Organización escolar* (1935), además de los aspectos didácticos con una antología sobre Condorcet (1933) y *La preparación del trabajo escolar* (1935).

Al lado de su desempeño académico, ejerció el cargo de inspector de primera enseñanza, el de inspector general de educación y el de representante de España ante la Conferencia Internacional de Educación en Ginebra, mereciendo pertenecer a la Liga Internacional de Educación Nueva.

Su generosidad y sus ideales políticos lo colocaron al lado del pueblo y de la República; de ahí su participación como profesor y secretario de la Universidad Popular de Segovia, como miembro del Consejo Nacional de Cultura de la República Española y como promotor de la escuela laica de la educación integral del educando.

La fidelidad a sus convicciones y la derrota de las fuerzas republicanas le hicieron abandonar la patria juntamente con su familia, y buscar albergue en México, llegando a Veracruz en 1939 a bordo del Sinaia. Dado su historial pedagógico, de inmediato encuentra ubicación en la Escuela Normal Superior el 1 de septiembre de 1939, ambientándose de tal manera que se naturaliza mexicano en 1940.

Imparte Organización escolar e Historia de la educacíon en la Normal Nacional; en la Normal de Pachuca, Hidalgo, además de éstas, Psicología; en la Normal Superior, Conocimiento de los adolescentes, Educación de adultos y Problemas actuales de la adolescencia, y en el Colegio de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, desde 1959, Historia de los sistemas de la segunda enseñanza y, desde 1962, Organización escolar, hasta su retiro en 1965.

A los temas usuales de organización escolar, tales como *La cooperación en la escuela primaria* (1940), *Cómo organizar la cooperación de la escuela primaria* (1940), "Clasificación de los escolares" y "Los problemas de la inspección escolar" (caps. 15 y 34 de la *Organización escolar*

de S. Hernández Ruiz, 1954), añadió, aquí en México, los nuevos de *La adolescencia* (1952), "Concepto actual de la adolescencia" (cap. 9 de *Paidología* de J. Peinado Altable, 1958) y el de *Civismo* (1957) en colaboración con su esposa doña Emilia. Otros varios temas más son tratados en la revista *Educación y cultura* y *Educación* de la SEP. En 1959, el maestro Ballesteros se refería a los temas en preparación: problemas actuales de la adolescencia, la educación de los adultos y los grandes pedagogos.

Completan la carrera del maestro Ballesteros su participación en congresos y juntas nacionales sobre educación normal y su dedicación como traductor de los siguientes títulos: *Pedagogía vivida* de Charriere, *El problema de la inspección y la educación nueva* de Dottrens y *La autoeducación por el método Decroly* de A. Deschamps, afirmándose que Decroly "[...] dispuso que sólo Ballesteros Usano tradujera sus obras al español".

Desgraciadamente para la Facultad de Filosofía y Letras, esta labor fecunda hubo de suspenderse en 1965 por discutibles reglamentos que regulan la edad del profesorado, aunque su director en turno, el doctor Francisco Larroyo, rindió "[...] un vivo testimonio de reconocimiento por los inestimables y eminentes servicios" prestados a la Facultad en bien de los estudiantes y de las futuras generaciones de pedagogos.

Alfredo Barrera Vásquez

Laura Caso Barrera

Alfredo Barrera Vásquez nació en Maxcanú, el 26 de noviembre de 1900. Siendo aún muy joven comenzó a interesarse por la cultura y la lengua maya, lo que lo llevó a recopilar libros, documentos y diccionarios en relación con estos temas. Su conocimiento sobre la lengua maya, al ser desde niño bilingüe español-maya, facilitaría su tarea. Asimismo, debemos señalar que su fina sensibilidad artística, tanto literaria como plástica, le permitiría imprimir a su obra académica un carácter creativo e imaginativo.

Su interés por la historia y la antropología lo llevaron a emigrar a la ciudad de México donde, en 1928, ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma. En su formación académica contribuyeron destacados profesores como Antonio y Alfonso Caso, Porfirio Aguirre y Pablo González Casanova. En 1931 instauró en la misma Facultad una cátedra sobre lengua maya.

de S. Hernández Ruiz, 1954), añadió, aquí en México, los nuevos de *La adolescencia* (1952), "Concepto actual de la adolescencia" (cap. 9 de *Paidología* de J. Peinado Altable, 1958) y el de *Civismo* (1957) en colaboración con su esposa doña Emilia. Otros varios temas más son tratados en la revista *Educación y cultura* y *Educación* de la SEP. En 1959, el maestro Ballesteros se refería a los temas en preparación: problemas actuales de la adolescencia, la educación de los adultos y los grandes pedagogos.

Completan la carrera del maestro Ballesteros su participación en congresos y juntas nacionales sobre educación normal y su dedicación como traductor de los siguientes títulos: *Pedagogía vivida* de Charriere, *El problema de la inspección y la educación nueva* de Dottrens y *La autoeducación por el método Decroly* de A. Deschamps, afirmándose que Decroly "[...] dispuso que sólo Ballesteros Usano tradujera sus obras al español".

Desgraciadamente para la Facultad de Filosofía y Letras, esta labor fecunda hubo de suspenderse en 1965 por discutibles reglamentos que regulan la edad del profesorado, aunque su director en turno, el doctor Francisco Larroyo, rindió "[...] un vivo testimonio de reconocimiento por los inestimables y eminentes servicios" prestados a la Facultad en bien de los estudiantes y de las futuras generaciones de pedagogos.

Alfredo Barrera Vásquez

Laura Caso Barrera

Alfredo Barrera Vásquez nació en Maxcanú, el 26 de noviembre de 1900. Siendo aún muy joven comenzó a interesarse por la cultura y la lengua maya, lo que lo llevó a recopilar libros, documentos y diccionarios en relación con estos temas. Su conocimiento sobre la lengua maya, al ser desde niño bilingüe español-maya, facilitaría su tarea. Asimismo, debemos señalar que su fina sensibilidad artística, tanto literaria como plástica, le permitiría imprimir a su obra académica un carácter creativo e imaginativo.

Su interés por la historia y la antropología lo llevaron a emigrar a la ciudad de México donde, en 1928, ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma. En su formación académica contribuyeron destacados profesores como Antonio y Alfonso Caso, Porfirio Aguirre y Pablo González Casanova. En 1931 instauró en la misma Facultad una cátedra sobre lengua maya.

En 1933 inició estudios de lingüística y tradiciones populares en la Universidad de Chicago con el doctor Manuel J. Andrade, así como de métodos en investigación filológica en el Instituto de Estudios Orientales. Barrera Vásquez obtuvo, entre 1933 y 1946, becas de la Fundación Simon Guggenheim Memorial, Fundación Rockefeller, de la Institución Carnegie y de El Colegio de México para tomar cursos de perfeccionamiento y para realizar investigación documental en instituciones de Estados Unidos de Norteamérica.

Dos serían sus preocupaciones académicas fundamentales: los estudios lingüísticos, principalmente sobre la lengua maya yucateca, sus variaciones en el tiempo, su influencia en el español y viceversa. Por otra parte, su interés filológico, que lo llevó a analizar documentos tales como crónicas, todo tipo de literatura, diccionarios y obras gramaticales. Gracias a este interés contamos con la reproducción y traducción de importantes documentos como la *Crónica de Yaxkukul*, *El códice de Calkiní* y *El libro de los cantares de Dzitbalché*. También reconstruyó textos originales a través de cotejar varias versiones de documentos similares, como en el caso de *The Maya Chronicles* (1940), publicada por la Institución Carnegie y *El libro de los libros de Chilam Balam* (1948), publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Una de sus obras principales y uno de sus proyectos más ambiciosos sería la elaboración del *Diccionario maya Cordemex*, aunque el celo académico y sobrada modestia llevaron a Barrera Vásquez a considerar que, debido a la premura con que fue realizada esta obra, adolecía de muchas imperfecciones. Sin embargo el *Diccionario maya Cordemex* sigue siendo el único en su género y se ha convertido en una herramienta indispensable para los estudiosos de la lengua y cultura maya.

Otra de las grandes inquietudes de Barrera Vásquez fue el crear instituciones, principalmente en Yucatán, que fomentaran la formación de investigadores locales y donde se desarrollaran estudios sobre esta área en particular. Así, funda en 1937 la Academia de la Lengua Maya con el apoyo moral del Instituto de Investigaciones Lingüísticas de la UNAM. En 1939 fundó la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona, especializada en historia de Yucatán, y en 1959 el Centro de Estudios Mayas, donde estableció el primer y único curso sobre filología maya con una sola generación. Fundó también el Centro de Estudios Antropológicos, que llegaría a convertirse en la actual Facultad de Antropología de la Universidad de Yucatán.

El Gobierno del Estado de Yucatán le confirió uno de los máximos galardones que otorga dicha entidad, que fue la medalla "Eligio Ancona", y también fue acreedor a la medalla por treinta años de servicio otorgada por la Secretaría de Educación Pública. Por último, queremos resaltar una de las facetas que más distinguió al profesor Barrera y que fue su disposición para compartir en una forma desinteresada sus

profundos conocimientos y su valiosa biblioteca con estudiantes e investigadores nacionales y extranjeros. Nunca esperó ningún tipo de reconocimiento de todos aquellos que lo consultaron, su única motivación fue la satisfacción de difundir sus ideas, experiencias y el compartir con los demás su riquísimo bagaje cultural y humano.



De pie, al fondo, Ángel Bassols Batalla, 1964.

Ángel Bassols Batalla

Silvana Levi

El doctor Bassols es uno de los pilares de la geografía socioeconómica mexicana, con su obra de más de treinta y nueve libros y ciento treinta artículos, entre los que destacan por su contribución los trabajos relacionados con la división económica regional de México. En este campo no sólo ha sido pionero sino que ha sido autor de la única división que toma en cuenta los aspectos geográficos, ya que en ella consideró, además de los factores socioeconómicos, su relación con el medio físico, los recursos naturales y la ecología. Pocos geógrafos mexicanos conocen los rincones de México tan bien como Ángel Bassols; se puede decir, sin temor a equivocarse, que ningún geógrafo humano de la época actual ha recorrido con tanto detalle las diferentes regiones del territorio mexicano.

Sus obras principales en este campo son: *La división económica regional de México*, *Geografía, subdesarrollo y regionalización* y *Formación de regiones socioeconómicas*, esta última basada en su tesis de doctorado sustentada en la Universidad de Alta Bretaña en Rennes, Francia. Es también autor de numerosas obras, muchas de ellas colectivas, que contienen estudios sobre regiones específicas como lo es el estudio de las huastecas, la zona metropolitana de la ciudad de México, la zona fronteriza y textos generales como el libro: *Geografía para el México de hoy y mañana*.

Ha publicado libros sobre tres grandes regiones de México así como obras sobre dieciséis estados, nueve zonas, alrededor de cuarenta regiones medias y áreas urbanas, llegando en diversos casos a los estudios de subregiones y microregiones. Su obra regional comprende más de nueve mil páginas, incluidas en veinte libros y casi ciento treinta artículos, de las cuales más de la mitad son obras colectivas en las que tomaron parte más de veinte economistas, geógrafos económicos y sociólogos, no sólo al servicio de la UNAM sino del IPN.

Ángel Bassols considera también su obra personal como colectiva, con los residentes de las diferentes regiones; además de ser producto de la lectura y consultas de fuentes bibliográficas, lo es de viajes a las zonas urbanas y rurales. Estas investigaciones fueron realizadas no nada más utilizando distintos vehículos, sino muchas veces a pie, viviendo con la gente y palpando la realidad natural y socioeconómica.

Viajador incansable, se ha preocupado por conocer bien el territorio mexicano y el resto del mundo. Sus viajes de estudio por gran parte del mundo le permitieron conocer las condiciones geográficas, así como la obra geográfica producida en ellos. Da a conocer sus conclusiones en los seis libros y numerosos artículos, referentes principalmente a América Latina, pero también a zonas de Europa, Asia, África y Australia. Pone un especial énfasis en el Tercer Mundo pues esta región presenta problemas semejantes a los de México. Concibe al planeta Tierra como un lugar en el que todas las partes se interelacionan.

Su labor docente se inició hace más de treinta años en la Escuela Nacional de Economía y, posteriormente, en la Facultad de Filosofía y Letras donde impartió clases tanto en la División de Estudios de Posgrado como en el Colegio de Geografía. Ésta representa sólo una parte de la labor de formación de las nuevas generaciones de geógrafos; ha realizado su investigación siempre rodeado de alumnos y colegas, y son muchos los que han recibido su enseñanza y apoyo.

Gran parte de su obra colectiva ha contribuido a la formación y el estímulo de los jóvenes profesionales, pues para él no existe la separación entre la investigación y la docencia: son elementos de un todo. Puede enorgullecerlo el que, entre los integrantes de su equipo de trabajo, se encuentran geógrafos que han recibido, a su vez, distinciones por su actividad profesional.

El doctor Ángel Bassols ha mantenido un contacto estrecho con la comunidad internacional participando en numerosos congresos y eventos científicos, tanto nacionales como internacionales, entre los que se encuentran todos los congresos que organiza la Unión Geográfica Internacional.

Su actividad académica lo ha hecho acreedor de distinciones importantes, entre las que destacan las siguientes: investigador emérito de la UNAM; premio Universidad Nacional Autónoma de México en el área de Docencia en Ciencias económico-administrativas; es miembro del sistema nacional de investigadores, nivel 3; es profesor emérito de la Universidad "Simón Bolívar", Barranquilla, Colombia, y ha recibido el premio de *Conference of Latin Americanist Geographers* (CLAG), por su obra geográfica.

Se puede concluir que Ángel Bassols Batalla ha estado siempre profundamente comprometido con su trabajo, por lo que ha dejado una honda huella como investigador y como formador de jóvenes. Es un

gran conocedor de los problemas mundiales y nacionales, y sus estudios en el campo de la geografía regional han abierto una puerta metodológica para el estudio de las regiones que le ha traído reconocimiento tanto a nivel nacional como internacional.



Eduardo Blanquel.

Eduardo Blanquel, maestro por vocación

Josefina Mac Gregor y Juan Puig

Para el maestro Eduardo Blanquel (México, 13 de octubre de 1931-Houston, 24 de mayo de 1987), crecer en la ciudad que lo vio nacer y realizar sus estudios en escuelas públicas dejó profunda impronta: el maestro Blanquel fue un hombre citadino, y siempre estuvo vinculado con la enseñanza, particularmente la que imparte nuestra máxima Casa de Estudios.

Cursó la preparatoria entre 1950 y 1951; al año siguiente ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras –todavía en Mascarones– y concluyó sus estudios de historia en 1955, ya en la Ciudad Universitaria. Ponemos este hecho de relieve, su contacto con estas dos sedes de la Facultad, porque nos permite ilustrar algunas de sus cualidades: sus enfoques modernos, actualizados, rigurosos, pero siempre arraigados en las tradiciones universitarias.

Pronto halló un cauce para sus dones: la docencia. Empezó a dar clases en secundaria y bachillerato; en 1956 ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria, para impartir clases en San Ildefonso, primero, y después en Coapa. Más tarde, en 1968, se incorporó a la Facultad de Filosofía y Letras como secretario de Asuntos del Profesorado, durante la gestión del doctor Leopoldo Zea, y en 1973, cambió su adscripción a esa dependencia.

Plenamente identificado con la Universidad Nacional y profundo conocedor de ella, pues también fue como estudiante consejero técnico y consejero universitario, no se limitó a ese espacio: prodigó sus enseñanzas en la Universidad Iberoamericana, la Escuela Nacional de Antropología, la Universidad de los Andes, en Venezuela, y la Universidad de Texas, en Austin.

En 1963, el maestro Eduardo Blanquel obtuvo el grado con la tesis titulada *El pensamiento político de Ricardo Flores Magón, precursor de la Revolución mexicana*. Perteneció al Seminario de historia contemporánea de México, en El Colegio de México, bajo la dirección de don

Daniel Cosío Villegas y produjo, al lado de Jorge Alberto Manrique, el libro ganador del concurso de 1960 para el texto gratuito de historia universal de sexto año; dirigió y escribió en el suplemento *Tiempo de México* (importante trabajo de divulgación), y se desempeñó como editorialista de *La Jornada*.

Sumaron varios cientos las conferencias que, como orador excepcional, ofreció sobre los temas más variados y a los públicos más diversos.

El maestro Blanquel reconoció con gratitud la formación que debía a sus maestros, y siempre señaló como los más influyentes en él a don Arturo Arnáiz y Freg, a don Daniel Cosío Villegas y, particularmente, a don Edmundo O'Gorman. De éste siguió la ruta historicista, de don Daniel, la preocupación por lo social.

La presencia del maestro Blanquel en la Facultad de Filosofía y Letras fue muy intensa: por su entrega apasionada a la tarea de formar historiadores, y por la claridad con que veía los caminos que debían seguirse. Fue un gran especialista en la Revolución mexicana, no obstante, sus inquietudes y las líneas sobre las que trabajó de manera magistral se extendieron sobre muchos campos más: la historiografía de Méxsico y la universal, la geografía histórica general y de América, el sistema político mexicano —decimonónico y contemporáneo— y el análisis de textos históricos, además de que siempre apoyó la formación de profesores.

Fue maestro antes que nada, y con un trabajo que reivindica y exalta la tarea docente, porque se basó en la investigación y actualización constantes, el cuestionamiento crítico y la reflexión sobre el acontecer histórico y el propio oficio, y sobre todo porque su trabajo partió de un profundo interés y respeto por los estudiantes.

La huella que dejó en sus alumnos es imborrable; muchos de ellos son ahora historiadores, y algunos se desempeñan como profesores de esta misma Facultad.

Como dijo Lorenzo Luna, uno de sus discípulos más brillantes, prematuramente desaparecido:

> Blanquel nos mostró lo que era tener fe en la Universidad. No la fe del creyente religioso, sino la fe escéptica, paradójica del sabio. No creyó en la universidad mítica de los discursos oficialistas, sino en esta universidad real que suscita nuestra indignación cada día. En esta universidad cuyas carencias conoció con profundidad. Fe en ella porque a pesar de todo, ¿qué lugar hay mejor ni más promisorio que éste en el que concurren y se asocian con tanta libertad los sabios y los jóvenes?

Amancio Bolaño e Isla.

Amancio Bolaño e Isla

Angelina Muñiz-Huberman

La clase empezaba a las cuatro en punto de la tarde. El sol de invierno entraba a raudales tras del amplio ventanal del salón.

Era mi primer año en la Facultad de Filosofía y Letras e inauguraba el nuevo edificio de la Ciudad Universitaria. La materia se llamaba Fonética del español; el maestro, Amancio Bolaño.

Nos hablaba de un libro que yo había leído en mi infancia, *Platero y yo*, pero todo lo que decía era nuevo para mí. Tenía que aprender un alfabeto especial y transcribir el texto de Juan Ramón Jiménez, según los signos fonéticos convencionales. El profesor Bolaño leía y entonaba cadenciosamente cada palabra y cada palabra era un descubierto fluir poético-sonoro. Mi incipiente deseo de rebelarme ante la fonética se convirtió en el amor por el sonido, por la poesía escuchada en voz alta.

De Juan Ramón Jiménez pasamos a Garcilaso de la Vega y, para siempre, se me grabó la voz de mi profesor recitando:

> [...] el agua baña el prado con sonido
> alegrando la vista y el oído.

O bien:

> [...] en el silencio sólo se escuchaba
> un susurro de abejas que sonaba.

Debo confesar que para mí y mi futuro desarrollo como escritora, fue más importante la cualidad del sonido, el tono, el timbre, la intensidad, el acento, que la parte analítica o explicativa de la fonética. No sé si mi profesor estaría de acuerdo conmigo, aunque creo que sí, porque cuando empezaba a publicar en *Cuadernos del viento*, supe, después, que había elegido un relato mío para estudiarlo en su clase.

Mi recuerdo de Amancio Bolaño, luego de que ha pasado tanto tiempo, es el de una persona de regular estatura, de rostro de rasgos definidos y con un recortado pero espeso bigote. De complexión fuerte, de traje sobrio, caminaba pausado por el corredor central de la Facultad con un desgastado maletín de cuero café oscuro. Cuando llegaba a la clase, lo primero era mirarnos detenidamente, sin hablar, y el silencio se hacía de inmediato. Entonces, se sentaba, acomodaba su maletín sobre el escritorio e iba sacando, poco a poco, los libros que utilizaría en la clase.

Severo, mas con sentido del humor. Disciplinado, pero afectuoso. En ocasiones, brusco, pero siempre sincero y honesto. Sabía encontrar

el punto flaco de cada alumno y no vacilaba en decírselo. Por lo que muchos le temían y se esforzaban por corregirse.

Me cautivó su temperamento de gallego indomable y tomé con él todas las materias que enseñaba además de la fonética: Latín clásico, Gramática histórica, el *Quijote*.

A veces, olvidaba su papel de profesor severo y nos contaba anécdotas divertidas de su infancia en Orense: de cómo los niños le habían puesto el mote de *la Vaca* a un profesor que pronunciaba la uve como si fuera labiodental. Para, de inmediato, recuperar su carácter pedagógico y explicarnos que ese ejemplo probaba que, en castellano, be y uve son ambos sonidos bilabiales y que cualquier otra forma de pronunciarlos era signo de afectación o de ignorancia.

Otras veces se volvía nostálgico y era presa de la morriña. Nos describía el paisaje gallego y nos recomendaba que leyéramos a Rosalía de Castro o a Emilia Pardo Bazán. No sé por qué siempre he recordado el nombre de un monasterio que, para él, era el lugar más bello del mundo: Santa Tecla. Recuerdo haberlo apuntado en el cuaderno de clase y haberme prometido que el día que fuera a España visitaría ese monasterio. Promesa que aún no he cumplido.

De cada maestro se aprende algo que queda para siempre en la memoria. De él heredé, ahora me doy cuenta —pues nunca antes había pensado en ello—, no sólo el gusto por el sonido de la palabra, sino la manía de llevar un desgastado maletín de cuero a toda clase o conferencia donde voy.

Para mí, el profesor Amancio Bolaño significó el amor por la enseñanza, la firmeza de los principios, la dignidad profesional y la satisfacción de saber que la lección cotidiana había sido trasmitida. Aún veo, por el corredor central de la Facultad, su figura de caminar pausado.

Guillermo Bonfil Batalla

Valquiria Wey

Cuando falleció, en 1992, a los cincuenta y seis años de edad, Guillermo Bonfil Batalla había logrado reunir una de las más importantes obras de la antropología social mexicana de este siglo.

Entre muchos otros libros, había publicado en 1987 *México profundo*, un gran ensayo sobre la escisión cultural y civilizatoria de México, un libro llamado a formar parte del conjunto de obras fundamentales que un siglo hereda a otro como testimonio de sus grandes desafíos in-

el punto flaco de cada alumno y no vacilaba en decírselo. Por lo que muchos le temían y se esforzaban por corregirse.

Me cautivó su temperamento de gallego indomable y tomé con él todas las materias que enseñaba además de la fonética: Latín clásico, Gramática histórica, el *Quijote*.

A veces, olvidaba su papel de profesor severo y nos contaba anécdotas divertidas de su infancia en Orense: de cómo los niños le habían puesto el mote de *la Vaca* a un profesor que pronunciaba la uve como si fuera labiodental. Para, de inmediato, recuperar su carácter pedagógico y explicarnos que ese ejemplo probaba que, en castellano, be y uve son ambos sonidos bilabiales y que cualquier otra forma de pronunciarlos era signo de afectación o de ignorancia.

Otras veces se volvía nostálgico y era presa de la morriña. Nos describía el paisaje gallego y nos recomendaba que leyéramos a Rosalía de Castro o a Emilia Pardo Bazán. No sé por qué siempre he recordado el nombre de un monasterio que, para él, era el lugar más bello del mundo: Santa Tecla. Recuerdo haberlo apuntado en el cuaderno de clase y haberme prometido que el día que fuera a España visitaría ese monasterio. Promesa que aún no he cumplido.

De cada maestro se aprende algo que queda para siempre en la memoria. De él heredé, ahora me doy cuenta —pues nunca antes había pensado en ello—, no sólo el gusto por el sonido de la palabra, sino la manía de llevar un desgastado maletín de cuero a toda clase o conferencia donde voy.

Para mí, el profesor Amancio Bolaño significó el amor por la enseñanza, la firmeza de los principios, la dignidad profesional y la satisfacción de saber que la lección cotidiana había sido trasmitida. Aún veo, por el corredor central de la Facultad, su figura de caminar pausado.

Guillermo Bonfil Batalla

Valquiria Wey

Cuando falleció, en 1992, a los cincuenta y seis años de edad, Guillermo Bonfil Batalla había logrado reunir una de las más importantes obras de la antropología social mexicana de este siglo.

Entre muchos otros libros, había publicado en 1987 *México profundo*, un gran ensayo sobre la escisión cultural y civilizatoria de México, un libro llamado a formar parte del conjunto de obras fundamentales que un siglo hereda a otro como testimonio de sus grandes desafíos in-

telectuales. Insensible a la retórica indigenista oficial, riguroso en sus observaciones de campo, con una sensibilidad cercana a lo poético para localizar las regiones dolientes de la marginación de los pueblos indios frente a los dominadores, Bonfil se atrevió a plantear en esa obra, y en ensayos posteriores, la existencia de formas no verbales de transmisión cultural, una verdadera historia no escrita de la negación y el silencio. Frente al México "profundo", un México "imaginario", que convierte la imposición de una civilización ajena en un proceso natural e inevitable de avance histórico. La riqueza potencial de la pluralidad cultural mexicana, afirma, se neutraliza en razón de la forma asimétrica de esa estructura dual que subyace a la diversidad.

Dentro de las políticas gubernamentales para la cultura, Bonfil fue un funcionario de excepcional importancia. Modificó sustancialmente, como director, los objetivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, dándole su proyección actual. Ideó y realizó el Museo Nacional de Culturas Populares, consolidó la investigación en la dirección del CIESAS y creó algunos de los proyectos más sólidos en la Dirección General de Culturas Populares y en el Seminario de Estudios de la Cultura, mismo que fundó.

Fue profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, de la Universidad Iberoamericana y colaboró con Darcy Ribeiro en la creación del posgrado en Antropología en la Universidad Federal de Río de Janeiro. Se enorgullecía de haber sido investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y profesor de nuestra Facultad, donde obtuvo su doctorado en 1970 con un trabajo original y polémico, hoy publicado en el libro *Cholula, la ciudad sagrada en la era industrial*, bajo la orientación de Paul Kirchhoff.

Bonfil ejerció una enorme influencia sobre varias generaciones de antropólogos e historiadores, sobre todo los más jóvenes. Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo podemos dejar constancia de que ese gran ascendiente rebasaba los límites de su obra y que se debía en gran medida a su forma admirable de relacionarse con los demás y con la vida misma: su sintonía con lo humano en todas sus manifestaciones y representaciones, su constante actividad, su autenticidad y humor, que hicieron de él una de las personalidades más apreciadas y respetadas de nuestra época.

Rubén Bonifaz Nuño



Rubén Bonifaz Nuño y Vicente Quirarte, 1985.

Vicente Quirarte

Si, como quería Alfonso Reyes, la forma de ser genuinamente mexicano se logra mediante la posesión de una perspectiva universal, en Rubén Bonifaz Nuño confluyen las herencias de nuestra cultura indígena y del conocimiento occidental. Su fervor filológico y la defensa de nuestra dignidad lo convierten en un humanista de la estirpe de los sabios renacentistas.

Su trabajo de traductor no se ha limitado a verter a nuestro idioma los trabajos y los días de la cultura grecolatina. Poeta sobre todas las cosas, ha querido mantenerse fiel al ritmo y la música originales que animan las composiciones de Virgilio, Lucrecio, Propercio, Catulo o Píndaro. Desde 1960, Bonifaz Nuño impartió en la Facultad de Filosofía y Letras el Seminario de traducción latina, y con el paso de los años ha continuado un doble trabajo de estudio personal y de formación de estudiosos y traductores, cuyos frutos concretos pueden apreciarse en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, animada y dirigida por él. El amplio espectro que cubren, la copiosidad de las notas y la solidez de los estudios que acompañan a estas obras, hacen que la aventura intelectual de Rubén Bonifaz Nuño no tenga paralelo en nuestra lengua.

Consciente de la trascendencia de nuestro sustrato indígena, Bonifaz Nuño se ha constituido en defensor de nuestros antepasados y en detractor de argumentos tradicionalmente impuestos como definitivos. Sus trabajos sobre el arte autóctono lo han llevado a ser uno de los estudiosos más finos y originales. En libros como *El arte del templo mayor* y *Escultura azteca* ha rendido homenaje, como poeta y erudito, a la lapidaria de los antiguos mexicanos, en textos donde el objeto verbal es paralelo a la pieza acumuladora de energía que llega hasta nosotros a través del tiempo. Más polémico aún, en *Imagen de Tláloc* y *Hombres y serpientes* ha obligado a reconsiderar los juicios existentes sobre representaciones náhuas y olmecas, respectivamente. A través de su Seminario de estudios para la descolonización de México, Bonifaz Nuño y sus discípulos libran un combate permanente para mirar nuestro pasado indígena con ojos libres de prejuicios.

Desde sus primeros libros de poesía, *Imágenes* y *La muerte del ángel*, el poeta evidenciaba su sólida formación clásica. A partir de *Los demonios y los días* (1956) —clara alusión a *Los trabajos y los días* de Hesíodo— halla su propia voz: la denuncia del hombre que desea compartir su desamparo particular, que es desamparo de todos. Este equilibrio entre el amor y la cólera alcanza su cima en *Fuego de pobres* (1961), donde la ciudad es escenario del diario combate, pero también territorio para

el encuentro y la alianza. *Siete de espadas* (1966) y *El ala del tigre* (1969) conjuntan símbolos del universo náhuatl. En *As de oros* (1980), mediante el manejo de voces reales e imaginarias, Bonifaz insiste en sus temas esenciales: la fundación de la ciudad, el heroísmo del amor, la permanencia del hombre.

Poeta del amor, Bonifaz Nuño logra un íntimo tono conversacional en *El manto y la corona* (1958), y explora el hermético mundo femenino en *La flama en el espejo* (1971). La mujer como generadora de vida es patente en *El corazón de la espiral* (1983), *Pulsera para Lucía Méndez* (1988) y *Del templo de su cuerpo* (1991). Resumen de la concepción occidental del amor, en *Albur de amor* (1987) Bonifaz Nuño alcanza su tono mayor: clasicismo y popularismo, conversación cotidiana e idealización culterana, los poemas de este libro lo revelan como un maestro de la forma y un conocedor de los pliegues del corazón humano.

Como estudiante, primero de la Facultad de Derecho y más tarde de la Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo el grado de doctor en Letras Clásicas en 1971, Rubén Bonifaz Nuño supo que pensar para sí es una tarea que exige pensar para los otros. Sus compañeros de escuela recuerdan su prodigiosa capacidad retentiva que lo llevaba a memorizar, minutos antes de la clases, tanto los artículos de un código como las declinaciones latinas. Desde entonces hasta las lecciones que brinda en el seminario o en la diaria conversación, Bonifaz enseña que el conocimiento prodigado hacia los otros, sin alardes ni superioridad, con la convicción de que la humildad es la forma suprema y única del orgullo. Para Rubén Bonifaz Nuño, la ironía es una forma del heroísmo; merced a ella, el hombre aprende a reírse de sí y, por tanto, a reírse con el mundo y ser digno de la vida.

Carlos Bosch García

Marcela Terrazas y Basante

Catalán por nacimiento, mexicano por naturalización, y por decisión, Carlos Bosch García inició sus estudios en España, Francia e Inglaterra, los que prosiguió y concluyó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y El Colegio de México. Formó parte de la primera generación de becados de éste último y fue, poco más tarde, becario de las fundaciones John Simon Guggenheim y Rockefeller. Muy pronto se convirtió en profesor de Historia y Geogra-



Carlos Bosch y Elisa Vargas Lugo, 1964.

fía del Colegio Americano de México, del Mexico City College, de la Facultad de Ciencias Políticas y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde ha desarrollado una incansable labor docente durante más de treinta y cinco años. Su destacada tarea en la investigación lo hizo merecedor del Premio Universidad Nacional en Investigación en el área de Ciencias sociales.

La Guerra civil española dejó en Carlos Bosch la angustia por la libertad, ansiedad que encontramos en la búsqueda y elección de sus temas de estudio. El primer esfuerzo en este sentido fue el ensayo comparativo entre la esclavitud prehispánica y las formas de trabajo explotadas en la Colonia novohispana.

Su inquietud por la libertad se reflejó asimismo en el interés por Texas, que lo adentró en el problema del centralismo mexicano y del expansionismo norteamericano, lo cual explica el curso de sus investigaciones subsiguientes, así como la especialización en la historia de las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos. Sobre estos asuntos ha escrito más de diez obras, las más de ellas indispensables para los estudiosos del tema.

Las experiencias terribles de la Guerra civil en España, y su convicción profunda en la libertad humana derivaron también en la preocupación por la historia de grandes lineamientos; Carlos Bosch, como historiador, se inquieta por las grandes visiones de la historia mundial; por la historia de larga duración; historiador concienzudo y analítico, traspasa los límites de los estudios locales y va en busca de la explicación que permita interpretar las transformaciones mundiales recientes. Esto se plasma en sus libros sobre navegación marítima, centralismo y conquistadores.

Su intención en la enseñanza se dirige a la formación de estudiantes, y no hacia la información; le interesan, sobre todo, aquéllos que cursan estudios superiores y emprenden la ardua tarea de la investigación y la tesis, porque cree que de alguna manera puede darles las visiones históricas amplias y las herramientas de método que considera fundamentales en la comprensión de nuestro mundo. Parte de su obra fue concebida con el propósito de facilitar a los futuros investigadores el instrumental útil para su labor; pero es en el aula donde particularmente realiza su tarea como formador de nuevas generaciones de historiadores.

El doctor Bosch es un maestro extraordinariamente exigente y selectivo. Exigente porque reclama de sus alumnos una entrega auténtica y absoluta al trabajo, a la que corresponde con creces. Selectivo, porque conoce el valor del tiempo, del propio y del ajeno, y no gusta de perderlo ni hacerlo perder. Sus discípulos sabemos bien que quienquiera que desee ingresar en su seminario deberá antes responder al reto del maestro. Desafía a los aspirantes a demostrarle sin reserva el

interés verdadero e inquebrantable por la investigación y el trabajo; quien así lo compruebe formará parte de esos círculos de trabajo; quien no lo haga quedará fuera. Su imagen hosca, su lenguaje absolutamente directo y sin rodeos, su voz recia y su temperamento impetuoso, sin duda han ahuyentado a quienes no están habituados a su vigorosa personalidad y difícilmente sospechan la magnanimidad del maestro.

Pedro Bosch Gimpera

Noemí Castillo Tejero

Pedro Bosch Gimpera nació en la ciudad de Barcelona, España, el 22 de marzo de 1892; hijo de don Pedro Bosch Padró y doña Dolores Gimpera Juncá, casó con Josefina García Díaz y tuvo tres hijos: Pedro, Carlos y María Trinidad; murió en la ciudad de México el 9 de octubre de 1974.

Sus estudios de licenciatura en Filosofía y Letras, así como los de Derecho los realizó en la Universidad de Barcelona (1910), y los de Historia en la Universidad de Madrid (1912); se doctoró en la especialidad de Letras en 1911 y en Historia en 1913, y cursó estudios de doctorado en Derecho en Madrid entre 1910 y 1911.

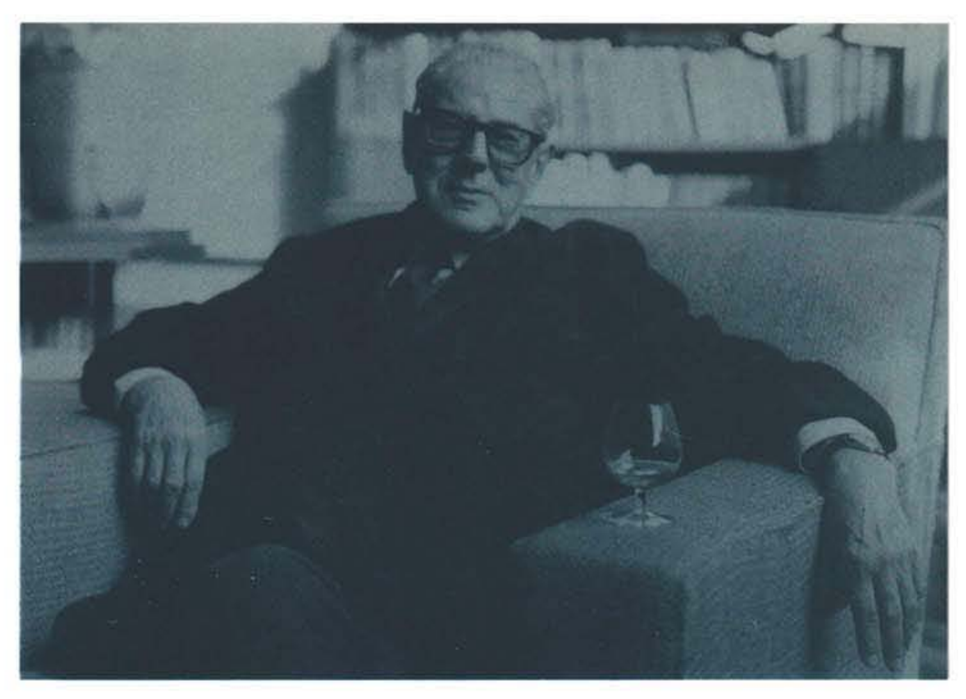
Fue becado para especializarse en Arqueología clásica, Historia antigua y Prehistoria en Alemania durante los años 1911 a 1914.

De regreso a España, en 1915, trabajó en la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (1915-1917). En 1916 ganó por oposición la cátedra de Historia universal, antigua y media en la Universidad de Barcelona; en 1917 organizó el Seminario de prehistoria, en el que formó escuela, y sus discípulos fueron con el tiempo reconocidos prehistoriadores españoles como Pericot, A. del Castillo, Maluquet, Martínez Santo Olalla, entre otros.

Fruto de este seminario fue una de sus primeras obras cumbres, la *Etnología de la península ibérica*; así como una serie de publicaciones sobre iberos, celtas y vascos.

En 1919 inicia la reforma universitaria en Cataluña; aunque la consumación de la misma no se logró hasta la época de la República española, en 1931, ésta fue llevada a cabo por el propio Bosch Gimpera en su decanato en la Facultad.

Fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona de 1931 a 1933 y rector de la misma de 1933 a 1939.


Pedro Bosch Gimpera.

Desde su entrada a la Universidad, en 1914, inició trabajos de campo, creándose bajo su gestión el Servicio de Excavaciones. Participó en multitud de actividades científicas, publicó numerosos artículos sobre sus investigaciones y se preocupó por la protección del patrimonio arqueológico y los museos; junto con otros prehistoriadores, creó el Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, cuya primera reunión se realizó en Berna, en 1931, y aún se sigue realizando.

Ya para ese momento, pertenecía a diversas instituciones científicas; algunas de ellas son el Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland (1933), el Institut d'Estudies Catalans (Barcelona, 1935), el Berliner Gesellschft Für Anthropologie, el Ethnologie and Urgeschichte (1923) y la Societá Romana di Antropología, entre otros.

En 1936 recibió el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Heidelberg, Alemania.

A raíz de la Guerra civil española emigró a Inglaterra, y de 1939 a 1940 fue profesor huésped en la Universidad de Oxford.

En 1940 viajó a América, visitando Panamá y Colombia; se estableció en México a partir de 1941, nacionalizándose mexicano en 1942.

Desde su llegada a México comenzó a impartir clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, así como en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en el Mexico City College.

De 1945 a 1947 estudió en la Universidad de San Carlos, en Guatemala, de la cual fue fundador honorario. Durante ese periodo participó activamente en reuniones de carácter científico, tanto en México como en el extranjero.

Como mexicano, de 1948 a 1952 fue jefe de la División de Filosofía y Humanidades de la UNESCO (París) y de 1953 a 1966 desempeñó el cargo de secretario general de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas.

Como funcionario de la UNESCO cooperó con la fundación del Consejo Internacional de Filosofía y de las Ciencias Humanas (CIPSH).

Reintegrado a México, continuó impartiendo sus cátedras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así como en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y, en 1954, fue nombrado investigador de tiempo completo del Instituto de Historia de la UNAM, sección antropología, la cual, en 1973, se convirtió en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la propia UNAM.

En el año 1967 fue declarado investigador emérito de la UNAM por el Consejo Universitario.

Desde su llegada a México, y hasta su muerte, fue un hombre muy activo, que no dejó de participar en reuniones científicas nacionales e internacionales. Su trabajo científico se enfoca principalmente a la prehistoria europea y mediterránea, haciendo énfasis sobre la península ibérica, aunque al final de su vida también produjo estudios sobre la prehistoria americana.

En 1971, el Instituto Nacional de Antropología le otorgó la presea "Fray Bernardino de Sahagún" por su obra *Las raíces de Europa*.

Los casi quinientos cincuenta títulos que dejó a la posteridad han sido clasificados por el doctor Juan Comas de la siguiente manera: publicaciones de carácter general; prehistoria y arqueología de Europa Centro occidental y Mediterráneo y sus relaciones; ensayos sobre cuestiones históricas, especialmente en España; problemas universitarios; notas necrológicas; prehistoria y protohistoria americanas; traducciones, recesiones, y varios.

Manuel Cabrera Maciá

Luis Villoro

Manuel Cabrera nació en Veracruz en 1913; estudió derecho en la UNAM, hasta 1938, y se graduó de doctor en Filosofía en la Sorbona, París, en 1952.

Pertenece a una generación marcada por la fenomenología, pero Cabrera mantiene frente a ella una posición crítica. La expuso en dos estudios concisos, publicados por la UNAM: *Bases para una funda-*



Manuel Cabrera, 1954.

mentación de la sociología y *Los supuestos del idealismo fenomenológico*. Cabrera adelanta una interpretación original del neocartesianismo fenomenológico de Husserl. Ve en él una expresión de la crisis de la filosofía moderna. Crisis, ante todo, del individualismo, frente al cual Cabrera propone las bases teóricas de una filosofía de la solidaridad. Crisis más profunda de la concepción metafísica implícita en esa filosofía. Cabrera saca a la luz los supuestos metafísicos de la conciencia moderna al hacer una crítica radical del cartesianismo, cuya expresión siempre se encuentra en el idealismo fenomenológico. Sugiere de esta forma una vuelta a los orígenes anteriores a ese sesgo del pensamiento moderno.

Cabrera sirvió al país en una larga carrera como embajador ante varios países europeos (de 1959 a 1983), lo cual no le impidió impartir, en distintas ocasiones, algunos cursos en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que ha sido un profesor riguroso y sugerente. Se recuerdan especialmente sus cursos sobre filosofía contemporánea y sobre el estoicismo.

Emilio Carballido

Manuel González Casanova

Al intentar pergeñar esta semblanza de Emilio Carballido no he podido menos que recordar que nuestra añorada Rosario Castellanos decía de él que su cualidad esencial es la simpatía, y tenía toda la razón, pues en Emilio parecen haberse reunido, además de la generosidad, toda la simpatía de los habitantes de la parte alta de Veracruz, de donde es natural; nació en la señorial Córdoba un día de mayo de 1925.

Como escritor, Carballido ha explorado muy diversos campos, desde el cuento y la novela hasta los guiones de la ópera, el ballet, el cine, y la televisión; pero en donde más ha destacado ha sido en su labor como dramaturgo, habiendo escrito cerca de un centenar de piezas, casi todas ellas llevadas a la escena con éxito.

Como dramaturgo se inició a fines de los años cuarentas con obras como *La triple porfía* y *El triángulo sutil*, a las que habría de seguir su primer gran éxito, *Rosalba y los llaveros*, cuya acción se desarrolla durante las fiestas del Santuario, en Otatitlán, Veracruz, en el año de 1949, y que fuera estrenada casi de inmediato, el 11 de marzo de 1950, en el Palacio de Bellas Artes, bajo la dirección de Salvador Novo, con una memorable escenografía de Antonio López Mancera.

El éxito de *Rosalba y los llaveros*, vívido paisaje del ambiente opresivo que se vive en las familias de la clase media provinciana, atadas y asfixiadas por sus traiciones, puso el nombre de Emilio Carballido al frente de los jóvenes dramaturgos mexicanos del momento, Salvador Novo lo recordaría más tarde:

> Y ahí estuvo el resultado: un teatro pletórico y vibrante de entusiasmo; feliz, atrapado por la historia, metido en aquella casa de provincia, viviendo, respirando su atmósfera y sus problemas; aplaudiendo a rabiar, provocando telones, asistiendo al nacimiento del teatro mexicano más mexicano, más mexicano y más teatro, y más de nuestro tiempo.

Ese mismo año fue distinguido con una beca del Instituto Rockefeller, la que le permitió pasar una temporada en Nueva York. Y, al año siguiente, fue becario del Centro Mexicano de Escritores. También en el año 1950 estrenó Carballido su "auto sacramental moderno", *La zona intermedia*, con la que obtuvo el segundo lugar en el Festival de la Primavera de ese año. Puestos a hablar de los premios que ha obtenido, y sin pretender ser exhaustivos, diremos que en 1954 ganó el primer premio de un concurso convocado por el diario *El Nacional*, con su comedia *La danza que sueña la tortuga* (estrenada como *Palabras cruzadas*); y al año siguiente, con *La hebra de oro*, gana el premio único del concurso convocado por la UNAM.

Ese mismo año, 1955, obtendrá el primer premio del Festival dramático del Distrito Federal por su comedia *Felicidad*, misma que al ser presentada, en 1957 en el teatro Ródano, lo hará acreedor al premio "Juan Ruiz de Alarcón", en tanto que, en 1962, ganará el premio "Casa de las Américas" con su obra *Un pequeño día de ira*.

Independientemente de los premios, la obra de Emilio Carballido ocupa, sin duda, un lugar distinguido dentro de la dramaturgia mexicana; obras como *El relojero de Córdoba*, *El día que se soltaron los leones* o *Las estatuas de marfil*, son de imprescindible conocimiento para cualquiera que se precie de amar nuestro teatro; sin olvidar sus deliciosas farsas, *Te juro Juana que tengo ganas...*, despiadada crítica a la moral sexual preponderante, o *Silencio pollos pelones, ya les van a echar su maíz!*, en la que se burla de la política tradicional mexicana. No siendo el objeto de estas líneas el enumerar toda la extensa obra de Carballido, solamente nos queda mencionar entre las más recientes a *Orinoco* y *Fotografía en la playa*, sin pasar por alto, desde luego, el éxito que tuvo en el teatro Coyoacán su *Rosa de dos aromas*.

Si bien Emilio Carballido es ampliamente conocido por sus obras largas, no podemos dejar de señalar la gran calidad lograda por él en sus piezas en un acto, agrupadas bajo el título *D. F.*, en una colección

que ha ido creciendo con los años, pues si en 1957 el volumen editado en la Colección de Teatro Mexicano incluía solamente nueve obras, para 1962, al publicarlo la Universidad Veracruzana, contaba ya con catorce; y para la edición de Grijalbo, hecha en 1979, eran ya veintiséis las piezas en un acto.

Finalmente, y en lo que a teatro se refiere, debemos destacar la interesante labor realizada por él cerca del Laboratorio de Teatro Campesino de Tabasco, grupo para el que escribió las obras *Nahui Ollin*, *Ceremonia en el templo del tigre* y *Las flores del recuerdo*.

En cuanto a su obra literaria en prosa, queremos mencionar solamente su colección de cuentos agrupados en *La caja vacía* (1962), y su magnífica novela *Las visitaciones del diablo* (1965).

Emilio Carballido es egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Facultad en la cual ha sido maestro, como la ha sido también en la Universidad Veracruzana, y en la Escuela de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes; recintos, todos, en donde ha dejado siempre gratos recuerdos de su generosidad y talento.

Nancy Cárdenas

José Luis Ibáñez

Una sonrisa generosa anticipaba la seguridad de su saludo cordial. ¿Podría separarse el nombre de Nancy Cárdenas de la imagen de esa sonrisa, la que en los periódicos acompañó a la noticia de su muerte?

Fue mi compañera en las clases de María del Carmen Millán, en las de Enrique Ruelas y en las de Alan Lewis. Se había inscrito en Letras Españolas. Aquel año (1954), la Ciudad Universitaria nos estaba recibiendo nuevecita.

Pronto había optado la muy joven norteña por pedir su cambio a lo que entonces se llamaba Arte Dramático: una "especialidad" de Letras Españolas que contaba sólo con media docena de alumnos. Su energía nos contagió. En un dos por tres me hizo su compañero en sus ejercicios de actuación: en un dos por tres logró que todos sus compañeros prolongáramos las horas de estudio ensayando fuera de la Facultad: en un dos por tres se ganó el cariño y la confianza de todos sus maestros. Y con ese mismo empeño, y con su típico buen modo, en otro dos por tres supo abrir el campo de acción hasta el área profesional y fue muy bienvenida en los elencos de la XEW, en las puestas en escena de Álvaro

Custodio, y en las listas de invitados a toda clase de eventos teatrales de aquel entonces.

Hacia el otoño de ese año inicial en la historia de la Cuidad Universitaria, debutó como actriz en *El Gran Dios Brown,* de O'Neill. Era un festival de Teatro Universitario, patrocinado por la Dirección de Difusión Cultural, y coordinado por Héctor Mendoza. Alan Lewis, nuestro maestro y director de aquel montaje, le había dado a Nancy uno de los papeles principales. Y estaba tan contento con ella que no tardó en llamarla para uno de los brillantes papeles femeninos de una obra de Irwin Shaw que Carlos Solórzano había seleccionado para la rama profesional del Teatro Universitario. Su carrera de actriz había empezado con buenos vientos. ¿Por qué la interrumpiría? Si dio alguna explicación, yo no la sé.

De 1970 en adelante, Nancy prefiere escribir, traducir, producir y dirigir una serie de obras en las que podríamos leer su declaración de principios. Integran una visión crítica del mundo y el tiempo en que le tocó vivir.

En 1958, Xavier Rojas la llamó para su *Viaje de un largo día hacia la noche*. Otra vez O'Neill, ya no con principiantes: ahora con el prestigio y la experiencia de Isabela Corona y de Augusto Benedico. También con un público abundante y conmovido. Y hacia fines de 1959 se fue con sus ambiciones a Yale mediante una beca de la OEA; tuvo cerca de allí un accidente en carretera, fue indemnizada, viajó a Europa; regresó a México con una ventaja económica. Tenía poco menos de treinta años y sus viajes la devolvieron a nosotros con aumentos notables de energía y unas metas menos difusas. Los célebres programas de Carlos Monsiváis en Radio Universidad fueron una de sus ocupaciones favoritas, entre las innumerables que emprendió hasta que, por sus sueños de cineasta, hizo el duro compromiso de estudiar en Polonia. Bastaron unos meses para que renunciara a la formación polaca: su cuerpo simplemente se negó a soportar el cambio de clima y de alimentación.

La década nos iba conduciendo ciegamente a la hora final de los Kennedy, a los meses de las protestas estudiantiles, al destino de los mártires de 1968, y al ciclo de nuestra inevitable madurez. ¿Alguno de nosotros no pasó por su propia crisis individual?

Me llamó por teléfono. Ya era 1969 y nos veíamos pocas veces. Me pidió que le prestara mi ejemplar del *New York Times*; anotó los datos sobre una obra (*The Effect of Gamma Rays on Marigolds*) que le llamaba la atención, y pidió los derechos para traducirla y dirigirla. Los críticos y el público le dieron la bienvenida en su nueva tarea, una entre las tantas otras que mantuvo desde su primera juventud. Con la sola excepción de *Las lágrimas de Petra von Kant*, no sé de otra obra en que haya figurado una vez más como actriz.

"No es exagerado decir que murió una personalidad de nuestra cultura", escribió Humberto Musacchio en *Reforma*. Tampoco es exagerado decir que en nuestra Facultad Nancy fue una de sus mejores estudiantes. Y conviene subrayar que ella sí hizo su tesis y se tituló, y que los frutos de su estudio y aprendizaje están a la vista en tantos diversos textos suyos y en la integridad de sus puestas en escena.

¿Su participación en *Poesía en voz alta*? En el primer programa, sigo oyéndola como la Casilda de la escena inicial en *Peribáñez* y la Susana de Sánchez de Badajoz. Durante uno de los ensayos de esta farsa, Juan Soriano la dibujó amenazada por la lujuria de dos viejos a punto de violarla (Juan José Arreola y Carlos Fernández). También amparada por la defensa angelical de Tara Parra y la sentenciosa gravedad de Rosenda Monteros. Es un dibujo que Juan me regaló. A Nancy, mis ojos la ven allí y así todos los días. En *Asesinato en la catedral* fue una de las principales voces del Coro. En 1959 fue ayudante del director para *Las criadas,* de Genet. Como ese director fui yo, doy testimonio de cuánto nos ayudó en todo y a todos.

Antes, y vuelvo a 1955, me encontré un día dirigiendo *Tartufo*. Alan Lewis me había inducido a encargarme del reparto increíble: Nancy, como Elmira; Luis Reyes de la Maza, como Orgón; Manuel González Casanova, como Tartufo; Lilia Osorio, como Mariana; Juan García Ponce, el Excento. Meses y meses de ensayo, sólo cinco representaciones con la escenografía de ¡Fernando García Ponce! y en un subterráneo del Paseo de la Reforma. El bautizo teatral de un grupo en el que Nancy ésta vez sería la experta y nosotros los debutantes.

Entre aquella ingenuidad de nuestro *Tartufo* y de nuestro *Gran Dios Brown*, el título de la obra de Irwin Shaw que dirigió Alan Lewis en 1955 se me aparece como una horrorosa, aunque involuntaria profecía: "Enterrar a los muertos".

Pero como el mío es un recuerdo profundamente cariñoso y no una oración fúnebre, lo escribo con mi mejor deseo de que el nombre de Nancy Cárdenas siga sonando para todos como suena en mis oídos: "con ventanas y puertas de alegría".

Pedro Carrasco Garrorena

María Teresa Gutiérrez de MacGregor

Revivir la memoria del doctor Pedro Carrasco Garrorena me ha producido gran emoción, ya que sus enseñanzas dejaron en mí una profunda huella.

Su vida intelectual se desarrolló en Madrid, en donde llegó a ser una figura importante que destacó notablemente en un medio académico tan selecto como era el Madrid de los años treintas.

Su inteligencia y dedicación le permitieron llegar, entre otras cosas, a ser director del Observatorio Astronómico de Madrid.

Don Pedro, a los cincuenta y seis años de edad, se encontraba perfectamente identificado con los valores de su patria, que fueron destruidos por las fuerzas más negativas de nuestra época, desenmascaradas, por primera vez, en la Guerra civil española. Esta tormenta, que trastocó la vida de tantos intelectuales españoles, arrastró a don Pedro Carrasco a nuestro país, en donde encontró la aceptación y comprensión que le permitieron vivir sin amargura ni rencores. En respuesta a esta hospitalidad se prodigó generosamente, acentuando su vocación, innata en el maestro, transmitiéndonos sus conocimientos, experiencias y, en particular, su entusiasmo, tan genuino, que hasta hoy perdura en los que tuvimos el privilegio de tratarlo.

Por su prestigio tan notable, fue llamado para colaborar en las más importantes instituciones de educación superior tales como la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional.

Gran parte de su labor se desarrolló en la Facultad de Filosofía y Letras, donde gocé el privilegio de tratarlo como maestro de Meteorología, cátedra en la que tuve el honor de ser su ayudante.

El doctor Carrasco no fue geógrafo de profesión; él decía que el descubrimiento de esta ciencia, por la que llegó a sentir gran interés, no tuvo lugar sino después de su llegada a nuestro país, en edad avanzada, lo que no le impidió llegar a conocerla profundamente. A todos los que fuimos sus alumnos nos hizo sentir la importancia de tener una base matemática, para mejor comprensión de la geografía. Nuestras preguntas lo estimulaban a que nos hablara de los múltiples países que había conocido, creando en nosotros, con sus descripciones, un afán de conocer la Tierra, su naturaleza, sus países, sus hombres y sus costumbres, haciéndonos ver la importancia de la geografía.

El doctor Carrasco publicó muchos libros, entre otros uno que leí con gran deleite, llamado *El cielo abierto*, que el maestro tuvo la gentileza de obsequiarme con una dedicatoria tan emotiva que, hasta hoy, cuando la leo, me sirve de gran estímulo para enfrentar el porvenir.

Este hombre notable fue un gran ejemplo para nuestras generacio-

nes, ya que, a pesar de haber sufrido la ruptura del esfuerzo de tantos años, a edad muy avanzada inició una segunda etapa y volvió a luchar con ánimo y fortaleza, consiguiendo que su labor en México fuera tan fructífera como en España, dejando un profundo surco en el Colegio de Geografía, en el que señaló a sus alumnos el camino para enriquecerse, moral e intelectualmente, con su presencia.

La maestra Rosario Castellanos

Aurora M. Ocampo

Revelación

Lo supe de repente
hay otro
y desde entonces duermo
solo a medias
y ya casi no como.

No es posible vivir
con este rostro
que es el mío verdadero
y que aún no conozco.

Rosario Castellanos, *Lívida luz*, 1960

Rosario Castellanos, como todos los seres humanos, tuvo muchas facetas. Una fue la poeta, muy buena de cierto; otra, la narradora; una más la ensayista, interesada muy especialmente en nuestra literatura, y al hablar de "nuestra" me refiero a la iberoamericana. Y es esta faceta de la que se desprende la de Rosario maestra, la que ahora más me interesa recordar, así como su paso por nuestra Facultad.

Hace unos años, en una charla a raíz de su deceso, algunos de sus ex alumnos comentábamos que quien no había tenido a Rosario como maestra, no la había conocido realmente. ¿Por qué? Porque tal vez, en esos momentos, frente a sus alumnos, dando su clase, era como Rosario se expresaba mejor. Se daba toda entera, lo que hacía que esperáramos siempre con gran ilusión el día y la hora en que nos tocaba alguna de sus cátedras. Cada experiencia por la que pasaba en su diario vivir la sabía convertir en enseñanza. Para ella, el análisis de cada libro que leía, especialmente de narrativa contemporánea, era una expe-



Rosario Castellanos e Ignacio Chávez.

riencia vital; experiencia que sabía transmitir a sus alumnos, involucrándose e involucrándonos con lo expresado en el texto, aprovechando además los retos con que nos enfrenta día con día la vida para profundizar aún más en la comprensión de la obra tratada. A ella le debemos haber amado y aprendido a analizar la narrativa contemporánea, especialmente la de nuestra América. Nos enseñó a leer, a ver realmente tras las líneas escritas lo que quería decirnos el texto. Nunca se quedó en la superficie, en ella se cumplió con creces lo que algunos afirman de la literatura: que es un arte que nos permite conocernos mejor y ser más comprensivos y tolerantes con los demás. La literatura estaba viva en Rosario. En alguna ocasión comentó que sólo había vivido lo redactado; las letras le representaron la posibilidad de transformar el mundo y, sin duda, transformó con sus lecciones a sus alumnos. En mi caso, una fui antes de seguirla durante varios años en sus cursos sobre la Novela hispanoamericana contemporánea (me llegó a decir su alumna de tiempo completo), y otra después que se fue como embajadora a Israel, heredándome sus clases. Sus últimos años de maestra —en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM— fueron tal vez los mejores; su obra había sido ya reconocida internacionalmente y gozaba de una hermosa madurez, comprometida por completo con el tiempo que estaba viviendo. Sus libros y artículos en publicaciones periódicas, su cátedra y su actuación como mujer tendieron siempre, con un gran humor, a liquidar aquellas estructuras humanas que, por injustas, deberían desaparecer.

No obstante haber sido una solitaria, Rosario fue en sus clases todo lo contrario: solícita, interesada, amena, chispeante, servicial y de gran solidaridad con sus alumnos. Hacer y enseñar literatura fue para ella una forma de ubicarse en la realidad, de entablar relación con los seres humanos en un espléndido intento de comprensión mutua, la cual logró a cabalidad dentro del magisterio. Supo enseñarnos, especialmente a nosotros, sus alumnos, que sólo abriéndonos a lo más esencial dentro de nosotros mismos alcanzaríamos la libertad y lograríamos la plenitud. ¿Qué otra cosa mejor puede enseñar un maestro?

Antonio Castro Leal

Margarita Palacios Sierra

Antonio Castro Leal nació en la ciudad de San Luis Potosí el 2 de marzo de 1896 y murió en Coyoacán el 7 de enero de 1981, después de haber fomentado los nuevos rumbos de la cultura de nuestro país. En 1907 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en la que adquirió el conocimiento humanístico que lo acompañaría toda su vida. Formó parte del grupo de los "siete sabios", los estudiantes que fundaron la "Sociedad de Conferencias y Conciertos" creada por Vicente Lombardo Toledano en 1916. Ellos continuarían la acción renovadora del Ateneo de la Juventud. En 1912, aún adolescente, asistía a los cursos de la Facultad de Humanidades que fundó Ezequiel Chávez, y en 1914 se había iniciado ya como crítico literario al publicar una antología titulada *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas* en la que colaboró con Henríquez Ureña, cuya influencia fue decisiva.

Antonio Castro Leal obtuvo los grados de licenciado y doctor en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, y doctor en Filosofía por la Universidad de Georgetown en Washington. Durante largo tiempo se dedicó a la docencia como actividad principal. Comenzó impartiendo literatura en la Escuela de Altos Estudios, en la Escuela Nacional Preparatoria y después en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1929 fue nombrado rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. A pesar del corto periodo de su rectoría, Castro Leal dejó una huella profunda de su paso, pues promovió un nuevo Plan de estudios para la Escuela Nacional Preparatoria y fundó la Escuela Nacional de Economía.

Después de los históricos acontecimientos de 1929, Castro Leal vuelve a su carrera diplomática para regresar, cinco años después, como director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Durante su gestión organiza la inauguración del Palacio de Bellas Artes con un memorable programa: Carlos Chávez estrenó *Llamaradas*, sinfonía proletaria para coro y orquesta, y se representó *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón. A partir de 1945 fue jefe de supervisión cinematográfica de la Secretaría de Gobernación y presidente de la Comisión Nacional Cinematográfica. En 1945 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente. En 1946 fue director de la Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa y en 1948 fue electo miembro del Colegio Nacional. En 1949 fue nombrado representante de México en la UNESCO, donde fundó el Centro de Educación Fundamental de Adultos para la América Latina y logró que el español fuera aceptado como la tercera lengua internacional, ante el asombro de don Jaime Torres Bodet y la resistencia de Aldoux Huxley, con un brillante ensayo titulado *El español, instrumento de una cultura*. Posteriormente, de 1952 a 1955, fue presidente de la Sociedad de Críticos de Arte, correspondiente de la de París.

En la Universidad Nacional Autónoma de México fue coordinador de Humanidades de 1952 a 1954, director de Cursos Temporales y de los Cursos de Extensión Universitaria que fundó en San Antonio, Texas (1955-1963). En la Facultad de Filosofía y Letras impartió la cátedra de Literatura mexicana desde el 6 de marzo de 1941, y al año siguiente la Academia de profesores y alumnos de esta Facultad acordó solicitarle que dictara un curso sobre literatura norteamericana "ya que se hace necesaria esta enseñanza en nuestra Facultad". Su ingreso fue definitivo y sólo se interrumpió en aquellas ocasiones cuando salía del país para sustentar conferencias en el extranjero. En estas ausencias tuvo distinguidos suplentes como Agustín Yáñez (en junio de 1942) y José Rojas Garcidueñas (en julio de 1943). Vestía con elegancia y pulcritud. Su voz era grave y modulada, su hablar lento, midiendo las palabras, y su discurso, justo e inteligente, estaba salpicado con gotas de fino humor.

Toda su obra (ensayos, cuentos, poemas), está dedicada al estudio de las características fundamentales de la cultura mexicana. Se ocupó con especial esmero de la literatura mexicana, de su evolución, de sus frutos y de sus jóvenes valores. Sus múltiples ensayos, prólogos y antologías son testimonio de estas inquietudes que también supo sembrar en la cátedra. Revela —como escribe Ermilo Abreu Gómez— que "[...] el hombre es coherente consigo mismo y con su obra, que actúa no al azar, sino acomodándose a un plan que explica y sitúa, junto a los valores literarios, los valores humanos en que éstos se apoyan".

Agustín Cebado Moncayo, 1954.

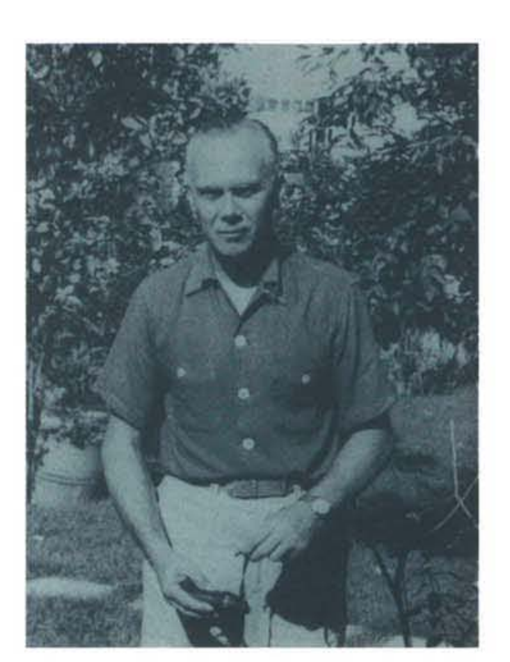
Agustín Cebado Moncayo

Luz Aurora Pimentel

Agustín Cebado fue, quizá, el mejor maestro de inglés que haya tenido nunca el Departamento de Letras Inglesas, del que fue profesor de 1969 a 1978. Egresado de la licenciatura de Letras Inglesas de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, con una tesis sobre la poesía de Keats (1968), Agustín Cebado hizo luego estudios de posgrado en Inglaterra, obteniendo un diploma en la enseñanza del inglés por la Universidad de Londres (1972), y una maestría en Literatura inglesa por la Universidad de Leeds (1973).

Durante varios años se encargó de la coordinación de la especialización de didáctica en la carrera de Letras Inglesas e impartió cursos de inglés, en distintos niveles, así como el curso de Literatura inglesa romántica (Historia literaria II). Era un maestro extraordinario, lleno de recursos para enseñar la lengua y de una creatividad tal que lograba su cometido en mucho menos tiempo que otros maestros. Pero, además, su labor de promoción de la carrera fue notable; como maestro supo despertar vocaciones por la literatura inglesa entre sus alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria. Muchos de ellos son hoy distinguidos maestros e investigadores en el CELE.

La capacidad de socialización y de promoción, de despertar el entusiasmo entre quienes lo rodeaban era ya evidente desde que éramos estudiantes de Letras Inglesas, a mediados de los años sesentas. Agustín formó una "Sociedad inglesa" en la que reunió a un gran número de los estudiantes de la carrera: hizo un directorio de maestros y alumnos, promovía reuniones para que todos nos conociéramos, organizaba y dirigía recitales de poesía en inglés y breves piezas teatrales, eventos que no sólo nos divertían y nos permitían reforzar el idioma de manera tan placentera, sino que nos acercaban y creaban una clara conciencia de pertenencia al Departamento de Letras Inglesas. Algo del fuerte espíritu colegiado que reina en Letras Modernas se remite a aquella sociedad de estudiantes de literatura inglesa. Nunca antes de Agustín la hubo; nunca después. Agustín Cebado murió en la ciudad de Los Ángeles en septiembre de 1985.



Luis Cernuda.

Luis Cernuda

Manuel Ulacia

En febrero de 1938, Luis Cernuda se exilió en la Gran Bretaña, en donde permaneció hasta 1947. En los nueve años que vivió en el Reino Unido se dedicó a la escritura de su obra y a dar clases de poesía española, primero en Cranleigh, más tarde en Glasgow, después en Cambridge y finalmente en Londres. En un texto titulado "Historial de un libro", escrito en 1958, el poeta cuenta lo que significó para él enfrentarse a la cultura y poesía inglesas. Es imposible entender su obra poética y ensayística sin la vivencia literaria y humana que tendría en esa larga temporada. Incluso se puede afirmar que los "intertextos" más importantes de su obra, después de dejar España, fueron los poetas y críticos de lengua inglesa que leyó en esos años. Distintos estudiosos de su obra, después de su muerte, se han ocupado del asunto.

En 1947 Cernuda abandonó Europa para dar clases en *Mount Hoyoke College*, en los Estados Unidos. Allí continuó con su labor de profesor de literatura de lengua española. En el texto citado, el poeta diría que esa Universidad le agradó, no sólo por la cordialidad de la gente y la abundancia de todo. Sin embargo, en 1949 visitó México por primera vez. El reencuentro con la cultura de lengua española lo llevó a escribir *Variaciones sobre un tema mexicano*, libro en donde celebra una realidad mítica hispánica, resaltando valores que, según él, se habían perdido en la península ibérica y conservado en México. Después de varias visitas a nuestro país en los veranos anteriores a esa fecha, en 1951, el poeta se establece en Coyoacán, en la casa de Concha Méndez, mi abuela materna. Según cuenta en "Historial de un libro", esa decisión fue tomada ante el hecho de haberse enamorado de X, experiencia a la que alude en su libro *Poemas para un cuerpo*.

En México, durante una temporada en la década de los cincuentas, imparte clases sobre poesía inglesa y francesa, como profesor de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus poetas preferidos de la tradición francesa menciono a Nerval, Baudelaire, Mallarmé, Reverdy y algunos de los surrealistas, es decir, aquella tradición que nace con el romanticismo y desemboca en la vanguardia. Hay que recordar que estos poetas habían incidido en su obra poética anterior a la Guerra civil española. Su curso sobre poesía inglesa debe de haber incluido a aquellos poetas —Blake, Wordsworth, Coleridge, Shelley, Keats, Tennyson, Browning, etcétera— a los cuales dedicó los distintos ensayos recogidos en su libro *Pensamiento poético en la lírica inglesa*, publicado en 1957, que es uno de los estudios más profundos e iluminadores que sobre ese tema se han escrito en castellano.

Si bien, en "Historial de un libro" no se refiere a sus años como profesor en México, en ese texto, al meditar sobre lo que significó para él la enseñanza, nos comenta: "[...] el trabajo de las clases me hizo comprender como necesario que mis explicaciones llevaran a los estudiantes a ver por sí mismos aquello de que yo iba a hablarles; que mi tarea consistía en encaminarles y situarles ante la realidad de una obra literaria [...]"

Yo era todavía pequeño en aquellos años. Sin embargo, lo veía salir de la casa, después de comer, con su chaqueta de *tweed* y un paraguas en el brazo y un par de libros en la mano, rumbo a la Ciudad Universitaria, que en aquellos años acababa de construirse. Tomaba un trolebús en la esquina y al caer la tarde lo veía volver caminando.

Ezequiel A. Chávez

María del Carmen Rovira Gaspar

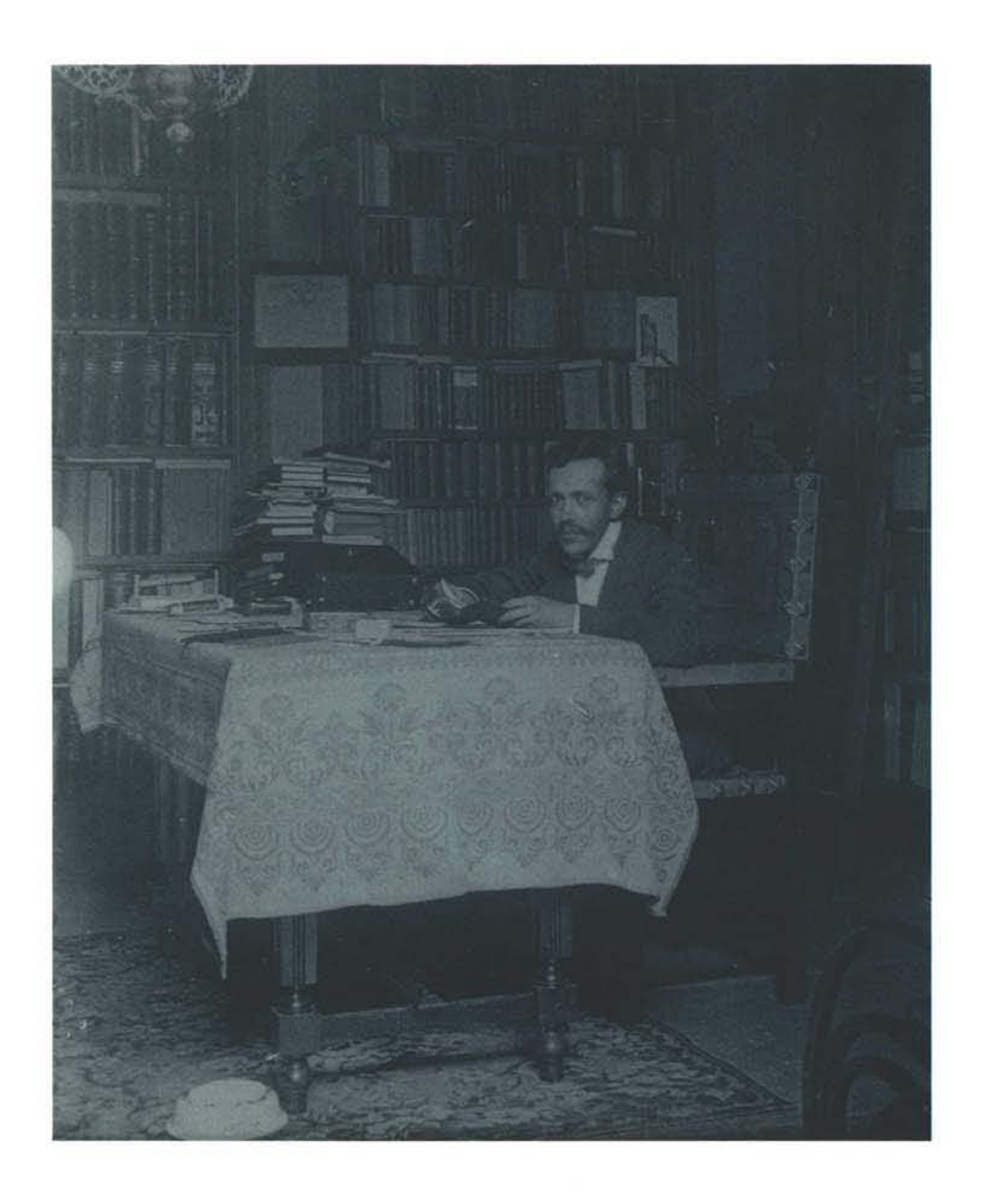
Nació Ezequiel A. Chávez Lavista en la ciudad de Aguascalientes el 9 de septiembre de 1865 y murió en México, Distrito Federal, el 2 de diciembre de 1946.

Chávez ha sido uno de los principales académicos e intelectuales mexicanos dedicado, principalmente, a los problemas educativos y a la investigación filosófica.

Realizó sus estudios de preparatoria en la Escuela Nacional Preparatoria de la ciudad de México. En esa época comienzan ya —por cierto muy tempranamente— sus inquietudes filosóficas. Él mismo nos dice que leyó la *Filosofía elemental* de P. Janet, *El discurso del método* de Descartes, *Los primeros principios* de Spencer, a Comte y a Stuart Mill.[1]

Se recibió de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de México en el año de 1891, es decir a los veintitrés años.

Si reflexionamos sobre su pensamiento filosófico, pueden distinguirse en Ezequiel A. Chávez dos épocas que aparecen en sus obras claramente delineadas: la primera en la que se dedica al estudio del positivismo y en la que ya aparecen dudas sobre dicha doctrina. En esta primera época lee a Augusto Comte y a Herbert Spencer primordialmente. La segunda época en la que, alejándose de toda concepción positivista, se nos presenta como un pensador y filósofo espiritualista cuyos rasgos místicos ofrecen una gran belleza en sus concepciones sobre Dios, el hombre y el mundo. Nos parece necesario recordar sus propias palabras:



Ezequiel A. Chávez.

> Dirigíame al propio tiempo al riguroso y, dentro del estrecho sistema de sus postulados, [el] implacablemente crítico talento de A. Comte; y no obstante mis esfuerzos me fue, por supuesto, imposible conciliarlo, ni con el genio universalmente comprensivo y constructivo de H. Spencer, ni con la clarividente, honda y serena visión del genio psicológico de Descartes. En medio de los tres encontraba yo satisfacción en la honrada y noble compañía de J. Stuart Mill, aunque mis creencias religiosas parecíanme, con frecuencia, a punto de desvanecerse.[2]

Años más tarde el maestro Chávez afirmará en su obra *Mi credo* (1930): "La creación no es un caos [... todo obedece a un plan único] a un divino propósito". En vez de hablar de la ley de la causalidad uni-

versal, señala: "[...] sería mejor hablar de la conexión universal de cuanto existe" y afirma que esta conexión universal "[...] obedece a un Plan Divino".

Hasta aquí el brevísimo bosquejo sobre su pensar filosófico. El maestro Chávez dedicó su vida al estudio y a la educación; sobre esta última formuló importantes señalamientos en relación al sistema educativo mexicano.

Brevemente señalo algunos de sus servicios dentro del espacio de la educación nacional: fue secretario de Justicia e Instrucción Pública de 1893 a 1905; subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes de 1905 a 1911; director de la Escuela Nacional Preparatoria del 6 de junio de 1920 al 30 de junio de 1921 y del 23 de noviembre al 20 de diciembre de 1921; director de la Facultad de Altos Estudios (hoy Facultad de Filosofía y Letras), en relación con la cual tuvo Chávez una posición decisiva, del 1 de marzo al 30 de noviembre de 1913 y del 1 de julio al 22 de noviembre de 1921. También ocupó ese cargo del 19 de diciembre de 1921 al 27 de agosto de 1923.

En el año 1910 el Consejo de la Universidad Nacional de México le confirió el grado de doctor *honoris causa*. Fue rector de la Universidad Nacional de México en 1914 y en 1924; de 1933 a 1936 fue director honorario del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional; fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, de la Normal Superior, de la Facultad de Jurisprudencia, de la Escuela de Altos Estudios y, más tarde, de la Facultad de Filosofía y Letras; a él se debió la idea de crear los cursos de verano (1918). Impartió también cursos en la Universidad de California (en Los Ángeles) y en la de Cincinnati.

Ante la imposibilidad de mencionar, por lo amplia, toda su tarea académica y las distinciones recibidas, señalaremos solamente algunas de ellas: fundador y presidente de la Sociedad Mexicana de Estudios de Historia de México y de la Sociedad Mexicana de Filosofía así como de la Sociedad Mexicana de Estudios de Psicología; miembro de la Pacific Geographie Society; miembro de número de la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Academia Española; miembro honorario de la Academia Nacional de Ciencia Antonio Alzate; miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; miembro honorario de la Asociación Nacional de Abogados de México; miembro honorario del Instituto Británico de Filosofía; miembro honorario de la Internacional Phenomenological Society de la Mind Association de Londres; miembro honorario del Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México; caballero de la Legión de Honor, y Medalla de Oro de la Universidad de Viena. Fue proclamado "Maestro de la Juventud Mexicana" el 27 de septiembre de 1925.

Su obra escrita en relación con temas de carácter histórico, literario

y psicológico es muy extensa; por ello mismo citamos las principales en el campo filosófico: *Síntesis de los principios de moral de Spencer*. México 1894; *Resumen sintético del sistema de lógica de Suart Mill*. París, 1897; *Mi Credo*. México, 1931; *Dios, el universo y la libertad. Siete ensayos filosóficos*. Barcelona, 1935; *Estética y psicología*, 1939, que se publicó también con el título de *Anhelo de infinito y ansia de eternidad*. México, 1942; *De dónde venimos y a dónde vamos*. México, Edición de El Colegio Nacional, 1948.

Queda por mencionar su colección de interesantes discursos en relación con los problemas político educativos en el México de su tiempo. Citamos, debido a su importancia, solamente: discurso pronunciado con motivo de la muerte de Spencer, México, 1904; discurso inaugural de la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional, 1910; discurso pronunciado en la sesión inaugural del Consejo Universitario, 1910; discurso pronunciado en las sesiones del 9 y el 10 de marzo de 1912 en la Cámara de Diputados en defensa de la Universidad Nacional y de la Facultad de Altos Estudios, México 1912.

[1] Ezequiel A. Chávez, *De dónde venimos y a dónde vamos*.
[2] *Ibid.*

María Teresa Chávez Campomanes

Judith Licea

María Teresa Chávez Campomanes nació en la ciudad de Puebla, Puebla, el 1 de agosto de 1890 y murió en la ciudad de México el 24 de febrero de 1981. Estudió bibliotecología en el Pratt Institute de Brooklyn, Nueva York, donde obtuvo el *Bachelor of Library Science*. Posteriormente alcanzó el doctorado en letras en nuestra Facultad.

Chávez campomanes, la administradora: la doctora Chávez inició sus actividades profesionales el año 1924 en la Biblioteca Ibero-Americana, en la que fue ayudante del director. Tuvo a su cargo diferentes puestos, sin embargo, el quehacer bibliotecario de la doctora Chávez que más destacó fue el que realizó en la Biblioteca de México, al lado del licenciado José Vasconcelos, al cual le sucedió en la dirección de la Biblioteca. Ahí sentó las bases para que la Biblioteca de México fuera una institución accesible a todos sin privilegios ni favores. Logró que la Biblioteca gozara de gran prestigio y que sus aportaciones en el campo de la sistematización bibliográfica fueran evidentes.

Chávez Campomanes, la educadora: en la Facultad de Filosofía y Letras, la doctora Chávez fue maestra fundadora del hoy Colegio de Bibliotecología. Participó primero como profesora de los siguientes cursos: Catalogación I y II y Problemas especiales de Catalogación. Cuando se incorporó como maestra de medio tiempo tomó a su cargo, además, las asignaturas de Técnica de encabezamientos de materia y Bibliografías especiales.

Con el trabajo de la señorita Chávez el quehacer bibliotecológico que se desarrollaba en la capital del país comenzó a tener una proyección nacional al iniciar relaciones con las bibliotecas del interior del país a través de sus textos, los cuales llegaron a todas las bibliotecas mexicanas; asimiló y buscó hacer útil la bibliotecología extranjera, para adaptarla de acuerdo con nuestras necesidades.

De sus textos sobresalen las *Reglas de catalogación* y el *Manual para catalogadores y clasificadores*, que si bien estuvieron basados en las normas de la American Library Association, estuvieron orientados hacia la satisfacción de las necesidades y realidades de las bibliotecas mexicanas.

La *Tabla numérica de autor* o *Cutter* criollo, como ella le llamaba, fue la lista para asignar números de autor utilizada por la mayoría de las bibliotecas mexicanas.

Dada la carencia de textos en idioma español en la década de los sesentas, emprendió la traducción del inglés al español, o bien, la revisión de la traducción de un número importante de obras. El profesionalismo de la doctora Chávez, en una época en que la profesión de bibliotecóloga era menos reconocida que hoy en día, la hizo merecedora de distinciones y de respeto académico.

Juan Comas Camps, *in memoriam*

Carlos Serrano Sánchez

Recordamos en estas líneas a un insigne maestro de la antropología mexicana, el doctor Juan Comas, destacando la fecunda labor que llevó a cabo en nuestra Universidad. En el marco de una obra extensa y multifacética, resaltaremos dos tareas a las que dedicó singular esfuerzo: la amplia difusión de las contribuciones científicas de la antropología y la formación de especialistas en esta disciplina. Ambas tareas, esencialmente vinculadas, fueron sin duda expresión de la coherencia de su propia vida académica y de sus preocupaciones personales.



Juan Comas.

Comas encarnó, en efecto, el mensaje humanístico de la antropología y lo proyectó en su práctica profesional. Quizá el mejor ejemplo en este aspecto lo constituye su intenso activismo antirracista, que desplegó como investigador y como docente y en sus numerosos escritos de divulgación científica. En nuestra época, azotada por brotes renovados de xenofobia y racismo, es particularmente pertinente recordar esta empresa del insigne maestro. Abordó estos problemas basado en un profundo conocimiento científico, impulsando sus planteamientos con gran vigor y entereza. *Los mitos raciales* (UNESCO, 1953), uno de sus trabajos que fue traducido a varios idiomas y que ha llegado a ser un clásico en el tema, sigue vigente a cuatro décadas de su publicación, en su objetivo de denuncia y desafuero de los prejuicios raciales. En la misma perspectiva, Comas se interesó en la antropología de la población nativa de América, y defendió de manera comprometida el derecho inalienable de los pueblos indios a ser tratados en planos de igualdad, animado por un profundo sentido de honestidad y responsabilidad científicas, que tiempo atrás le había costado aun el exilio.

Juan Comas propugnó, como una estrategia de lucha antirracista, la incorporación de los fundamentos de la antropología a los planes de estudio de las profesiones universitarias y argumentó aun la necesidad de incluir la enseñanza antropológica en la educación básica. Planteaba como objetivo la comprensión de "lo diferente", tarea central de la antropología, como elemento coadyuvante para el respeto a pueblos y culturas de tradición no occidental y el aporte que ello significa para la convivencia pacífica entre las naciones.

Insistía Comas en la magnitud de las tareas que competen a las disciplinas antropológicas en México y, con ello, en la necesidad de formar especialistas que sustentaran dichas tareas. A instancias suyas se formó, en 1973, el Instituto de Investigaciones Antropológicas a partir de la sección de antropología —que él había dirigido durante varios años— del Instituto de Investigaciones Históricas. Sus empeños en la docencia, sin embargo, venían de muchos años atrás.

La labor docente de Comas ha sido de gran trascendencia para la antropología mexicana y de ello han dado testimonio sus numerosos alumnos. Participó en la puesta en marcha de la carrera profesional de antropólogo e insistió en la visión unitaria, integradora de las disciplinas antropológicas y en la formación sólida que debe obtenerse, acorde con la ingente proyección social que se requiere de esta disciplina en nuestro país.

El doctor Comas se involucró intensamente en esta tarea desde que inició su ejercicio profesional en México, hacia los años cuarentas. Como docente de la carrera de antropología, dejó profunda huella en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, donde laboró hasta 1959.

La UNAM tenía entonces un convenio con ese plantel escolar que reconocía el nivel de maestría de los estudios allí realizados.

Comas vio la necesidad de que México contara con un posgrado en antropología completo y sólido e impulsó el doctorado de esa disciplina en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios, el cual se inició en 1959.

Hasta su fallecimiento, en 1979, el doctor Comas participó activamente en el programa de doctorado. Este posgrado universitario abrió nuevas perspectivas y consolidó la formación científica del pie veterano de la antropología mexicana, y se ha alimentado y enriquecido con el aporte de las nuevas generaciones para cimentar su proyección actual.

No en balde Juan Comas fue distinguido en 1975 como investigador emérito de nuestra Universidad. La comunidad antropológica, en particular, le había reconocido tiempo atrás sus grandes méritos científicos y humanos, y continúa hoy profesando su apego al maestro que nos señalara rumbos y legara ejemplo de acendrado espíritu universitario.

Daniel Cosío Villegas

Josefina Zoraida Vázquez

Economista, politólogo, historiador, diplomático, editor, editorialista y empresario cultural, podríamos decir que don Daniel Cosío Villegas llenó toda una época en México. Nacido en pleno centro de la ciudad de México el 23 de julio de 1898, haría sus primeros estudios en Colima, en Toluca y en la Escuela Nacional Preparatoria, donde obtuvo su grado de bachiller en 1916. Después de pasar un año por la Escuela Nacional de Ingenieros, en 1918 ingresaba a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde colaboraría con las actividades del grupo de los "siete sabios".

El ambiente revolucionario había abierto espacio para actuar y, animado por don Antonio Caso, en 1920 don Daniel empezaba a impartir la cátedra de Sociología en su propia escuela y a colaborar con la Federación de Estudiantes, al tiempo que colaboraba con el secretario José Vasconcelos en la edición de los Clásicos universales, tarea que le heredaría el gusto por la labor editorial y la difusión de la cultura.

Recibido de licenciado en Derecho en 1924, de 1925 hasta 1928 realizó estudios de economía en las Universidades de Harvard, Wisconsin



Daniel Cosío Villegas durante los Cursos de invierno en la Facultad, 1969.

y Cornell. Después de obtener su *Master* en esta última, tuvo la oportunidad de tomar otros cursos en la London School of Economics y en la École Libre de Sciences Politiques.

A su vuelta, en 1929, desempeñó el cargo de secretario general de la Universidad Nacional hasta la triste huelga que tendría lugar ese año. Sus estudios lo llevaron a fundar, con otros cuatro universitarios destacados, la sección de economía en la Facultad de Derecho, que en 1933 se convertiría en Escuela de Economía, de la cual sería su primer director (1933-1936) y profesor hasta 1942.Para apuntalar los estudios emprendidos, en 1934 fundó *El trimestre económico* y el Fondo de Cultura Económica, cuyas direcciones mantuvo hasta 1948. Estas tareas no impidieron que desempeñara otros trabajos diplomáticos en Washington y en Lisboa, donde concibió la idea de proponer al presidente Cárdenas que el país invitara a un selecto grupo de intelectuales españoles a México, fundando con Alfonso Reyes, en 1938, la Casa de España en México que, en 1940 se iba a convertir en El Colegio de México, del cual sería su secretario hasta 1957 y su presidente hasta 1963. En esta institución promovió la idea de profesorado y alumnado de tiempo completo, la preparación de ramas del conocimiento no cultivadas en México o no con la suficiente profundidad, como sería la demografía, los estudios internacionales, los estudios de Asia y África, etcétera.

Su gran capacidad le permitió desempeñar la dirección del Depar-

tamento de Estudios Económicos del Banco de México, asesorar a los representantes mexicanos en conferencias económicas internacionales, representar al país en diversos órganos de Naciones Unidas, en especial en el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, ante el que fue embajador de 1957 a 1968, y dictar conferencias en el país y en el extranjero.

A partir de 1950, en que estableció un seminario interdisciplinario de historia de México, su interés empezó a centrarse en la historia, fundando en 1951 *Historia mexicana*. Entre 1955 y 1973 iban a aparecer los diez grandes tomos de la *Historia moderna de México*, sin duda una aportación historiográfica y taller donde se formaron muchos historiadores. Todavía en los años setentas, organizaría a los grupos que elaborarían la *Historia de la Revolución mexicana*, la *Historia general de México* y la *Historia mínima de México*.

Su presencia en la Universidad fue constante y multifacética. Con motivo de iniciarse en el ejercicio de la historia se acercó a dictar un curso de historia moderna de México en 1954, pero tal vez su presencia más tangible fue la que tuvo durante los años sesentas y setentas como conferenciante en ciclos y cursos de invierno. Su palabra clara, su compromiso con el país que tan entrañablemente amó y su aguda, aunque acerba crítica, hacían la delicia de los inquietos estudiantes de aquellos años, sobre todo después de que con motivo del movimiento estudiantil de 1968, como editorialista de *Excélsior*, se atrevió a hacer crítica decidida, sin importarle quién estuviera en desacuerdo.

Pero su presencia tuvo también otra dimensión en una tarea callada: animar a los profesores que volvían del extranjero especializados o a los que invitaba la institución, a impartir cursos en la UNAM o en las universidades de provincia, pues su austeridad natural le llevaba a desear que, como país pobre, México se beneficiara de cualquier inversión hecha en recursos humanos y materiales. Como académico de alto rango, no aprobaba los gastos suntuarios, promovía en cambio la compra de libros, revistas, microfilmes, laboratorios de lenguas y becas para estudiar de tiempo completo en el país o en el extranjero.

El gobierno supo aquilatar su labor y le concedió dos altas distinciones: en 1951 fue electo al Colegio Nacional y en 1972 recibió el Premio Nacional. Murió el 10 de marzo de 1975. Maestro nato, enseñó no sólo en la cátedra, sino en todo momento y en cualquier lugar, con comentarios, preguntas o respuestas o con su actitud siempre impaciente ante la ineficiencia. Buen ejemplo para los universitarios que deben mejorar nuestras instituciones.

Clementina Díaz y de Ovando

Elisa García Barragán

"Devoción a la Universidad y a la cultura", frase que define la trayectoria, la biografía de la doctora Clementina Díaz y de Ovando. Más de cincuenta años de vida académica compartidos entre la docencia y la investigación. Esta universitaria ejemplifica en su quehacer y existir, la sabia ponderación y la justeza.

Consagrada a las letras y a la historia, en los últimos años su tarea primordial se inscribe en la vehemente y detenida investigación de la cultura del primer siglo del México independiente, ya que en esa centuria, en los caracteres que le dieron vida y lustre, Clementina Díaz y de Ovando ha encontrado, ha afincado su clara conciencia nacionalista, siempre dispuesta a dar la batalla por México, por lo mejor de su esencia. Su obra misma así lo atestigua. Diviersas publicaciones reflejan su constante y rigurosa entrega a otras amorosas devociones: historia de las instituciones, historia de la ciencia, historia político-económica, historia y crítica literarias. Siguiendo esa ordenación que no necesariamente establece una jerarquía de intereses en la producción de la doctora Clementina Díaz y de Ovando, de sus muchos libros cabe destacar como esenciales: *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días; La Ciudad Universitaria. Reseña histórica. 1929-1955; La historia de la odontología en México; Crónica de una quimera. Una inversión norteamericana en México 1879; Obras completas de Juan Díaz Covarrubias; Antología de Vicente Riva Palacio; Memoria de un debate 1880. La postura frente al patrimonio arqueológico nacional,* por sólo citar algunas, que son muestra de la multiplicidad de sus campos de interés.

La acuciosidad en la investigación documental, su claro y ameno estilo, están igualmente presentes en más de un centenar de artículos, desde aquéllos iniciados bajo la deslumbrada admiración por el romancero español y sus afinidades con el corrido mexicano, su interés por la litografía decimonónica, hasta esas vívidas reseñas sobre la bondad de los trabajos del doctor Manuel Carmona y Valle sobre la fiebre amarilla.

Ella no ha sido profeta en tierra ajena; la Universidad, su casa de toda la vida, es la primera en atender a sus méritos y —aunque no sin esfuerzo, ya que sus inicios se dieron en un ámbito de predominio masculino—, su pasión por esta Máxima Casa de Estudios ha sido retribuida: primero, directora del Instituto de Investigaciones Estéticas; a continuación, investigadora emérita del mismo Instituto; Premio Universidad Nacional y, luego, la mayor recompensa a la que puede aspirar un universitario, Clementina Díaz y de Ovando fue la primera mujer miembro de la Junta de Gobierno de nuestra Universidad y, ac-



Eduardo Báez, Manuel González Galván, Marta Foncerrada, Elisa Vargas Lugo, Elisa García Barragán, Xavier Moyssén, Clementina Díaz y de Ovando, Ida Rodríguez Prampolini, Beatriz Ramírez de la Fuente, Jorge Alberto Manrique, Luis Reyes de la Maza y Marco Díaz.

tualmente, en su empeño por servir en esta noble institución, es consejera de la Fundación UNAM.

Pero los desvelos de la investigación han conseguido, de igual manera, el reconocimiento a su madurez intelectual en otras instituciones de gran prosapia: electa en 1975 miembro de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente a la Real Española, y en 1983, de la Academia Mexicana. Mientras que su silenciosa y efectiva lucha por el mejoramiento de la situación de la mujer en nuestro país ha sido el convincente hilo conductor que llevó al licenciado Carlos Salinas de Gortari, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, a nombrarla consejera de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, señalamiento que fuera ratificado por el Senado de la República.

Imposible dar cabal relación en estas apretadas líneas de quien en su personalidad engloba paradigmáticas cualidades, mismas que se sintetizan en una gran calidad humana. Clementina Díaz y de Ovando, como lo afirmara con afecto —pero con total razón— nuestro actual rector, doctor José Sarukhán, es "la mujer más universitaria".

María Douglas

Héctor Gómez

María Douglas cierra el hermético círculo de las cuatro enormes —insuperadas, hasta lo que va de este siglo— presencias femeninas del teatro de México, que iniciara doña Virginia Fábregas y que continuaran María Teresa Montoya e Isabela Corona.

María Douglas, después de una corta experiencia con "grupos experimentales", deslumbra con *Salomé* de Oscar Wilde, dirigida por la olvidada Luz Alba en el Palacio de las Bellas Artes.

María Douglas realiza, entre los años 1948 y 1955, uno de los momentos mayores del teatro en cuanto a la "excelsitud", como se dijo entonces, de sus interpretaciones de: *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams, dirigida por Seki Sano; *Las coéforas*, de Darius Milhaud, con la Orquesta Sinfónica de México, dirigida por Carlos Chávez; *Medea*, de Jean Anhouil, traducida por Luisa Josefina Hernández y dirigida por Salvador Novo; *Juana de Arco en la hoguera*, oratorio de Arthur Honneger, basado en un texto de Paul Claudel, con la Orquesta Sinfónica de México dirigida por Thomas Mayer. La dirección de escena fue de Celestino Gorostiza y se presentó en el Palacio de las Bellas Artes. Un cuarteto inigualable, contundente. No existió espacio para un adjetivo más de elogio para María.

Es a partir de este momento en que, gracias a la tradicional ceguera e indiferencia de las autoridades gubernamentales encargadas de la cultura, así como de los empresarios comerciales, para apoyar el talento —el "ninguneo" mexicano tan subrayado por Rodolfo Usigli, basamento sólido de las letras dramáticas de esta Facultad— la trayectoria de María se desequilibra entre vacíos de tiempo y vacíos teatrales.

Esta ceguera e indiferencia para el talento se hará más evidente en el vacío del cine y la televisión.

María Douglas, en 1959, exhausta, sacará fuerzas de su inagotable riqueza artística, para hacer con su interpretación de un melodrama menor de Alejandro Casona, *La casa de los siete balcones*, dirigida por Fernando Wagner, un deslumbrante espectáculo inolvidable por su delicadísima interpretación.

María Douglas, exhausta nuevamente ante el "ninguneo", se retira de toda actividad artística. Seis años de ausencia.

Logro, gracias a la amistad que me unió a ella desde que nos conocimos (1952), dirigirla en su retorno en un espectáculo que reunía tres escenas de sus grandes éxitos: *Un tranvía llamado deseo*, *Medea* y *La casa de los siete balcones* y, posteriormente, ese mismo año, *Cartas de Nueva Orleáns*, para celebrar el centenario del Degollado de Guadalajara, en 1966.



María Douglas en *Un tranvía llamado deseo*, de Tennesssee Williams, 1948.

Invitada por Fernando Wagner, estará entonces en esta Facultad, como catedrática, con todo su talento y su generosidad.

María Douglas repetirá magistralmente en 1968 otro de los momentos "cumbre" del teatro en México con su incorporación de *Las tentaciones de María Egipciaca*... ¡Genial!... por enésima vez...

Nuevamente el vacío del "ninguneo".

En 1970, a raíz del suceso en la ONU, un grupo de amigos erigidos en empresa teatral le rinden homenaje con otra puesta en escena de *Medea*, de Anhouil, y pide ser dirigida por mí. Breve temporada.

Nuevamente el vacío del "ninguneo".

En 1973 intentará el reestreno de *La hiedra*, de Xavier Villaurrutia, una vez más dirigida por mí, pero el infinito cansancio que procura el "ninguneo" la hará desistir de éste último propósito, abandonando el proyecto que asumirá Beatriz Aguirre, alumna dilecta de Xavier Villaurrutia.

María Douglas, en diciembre de ese año, hará su mutis final.

Mi marido: Salvador Elizondo

Paulina Lavista

Me atrevo aquí a hacer una breve semblanza de Salvador Elizondo, mi marido ya durante un cuarto de siglo. Me parece un riesgo, pues no soy escritora sino fotógrafa. Este oficio me obliga a concretar la idea en un instante; el desarrollo de la escritura es complejo y requiere de una disciplina y de un rigor que no son mi caso, pero sí el de haber compartido toda una vida. Es por ello que acepto con gusto esta tarea que no es de mi especialidad.

El primer rasgo de su carácter que yo consignaría, dando por sentada su condición de artista que siempre es misteriosa, es su actitud crítica ante *todas* las cosas. Creo que esta agudeza y atención ejercida constantemente lo hace singular entre los escritores mexicanos, entre otras cosas porque a lo primero que la aplica es a sí mismo. Pero más que crítica es analítica y se diría que nada escapa a su análisis. Aun su escritura refleja ese afán por disecar y desmenuzar todo; pero no tiene problemas con la escritura. Nunca lo he visto sufrir porque no le salgan las cosas. Da muchas vueltas alrededor de su mesa. Luego se sienta y, en su cuaderno, a mano, escribe su idea así no más, a la primera. Todo en él está dirigido a lo general. Lo particular no le interesa más que como parte de una generalidad ideal.

Salvador es un lector (o relector) voraz —pero sistemático— en cuatro lenguas y conoce los principios de la escritura china. Comparto sus lecturas porque aunque el tiempo y mi capacidad no me han permitido hacerlas, obtengo de él un digesto o resumen. Algunas de ellas siempre están presentes en nuestra vida. Recuerdo que hace muchos años su entusiasmo por *Monsieur Teste* lo hizo traducirlo para que yo lo pudiera leer. Salvador también pintó al óleo una acuarela de Valèry: "la velada en casa del señor Teste". Desde entonces nuestro lema doméstico es *Transiit classificando...*, aunque no lo sigamos siempre. En la cocina es muy útil.

Entre las figuras del arte que dominan su vida ocupa el lugar más importante James Joyce. Como profesor de literatura yo diría que es la figura más importante para él. Salvador cree que *Finnegans wake* es el fin de la literatura y que faltan dos siglos para llegar, en cualquier lengua, a ese nivel de escritura literaria.

A lo largo de estos veinticinco años, Salvador me ha contagiado su predilección por autores que proponen una reflexión acerca de la naturaleza de las cosas o de artistas que, mediante la aplicación de una técnica, obtienen armonía y belleza en la obra de arte. Para él la poesía, la arquitectura, la pintura y la música son lo mismo, el resultado de la apli-



Salvador Elizondo.

cación del mismo principio ...o del mismo azar. Leonardo, Poe, Baudelaire, Mallarmé, Valèry y Joyce son sus ídolos tutelares inamovibles, además de un sinnúmero de transitorios, generalmente beisbolistas, toreros, cantantes de ópera.

Es conversador autócrata pero ameno, como si deseara todo el tiempo que el arte de la conversación todavía existiera. Aunque tiene aplomo en el estrado y en la cátedra, es absolutamente impráctico en las cosas de la vida cotidiana. Incapaz de cambiar o depositar un cheque, se hace bolas en el banco automático. Aunque es muy perezoso, es enfermizamente puntual y muy cumplido.

Esta no es sino una forma de entender a Salvador. Hay muchas. Su personalidad cambia según desde donde se le vea. En términos generales, yo diría que estar con él es enfrentarse a un crítico riguroso y severo, que exige ante todo pensamiento e ideas; en todo es así. No es fácil ser su mujer; es sumamente difícil, pero es una aventura fascinante que yo no cambiaría por nada.

Teresa Escobar Rohde

Rosa del Carmen Martínez A.

A finales de 1992 murió la doctora Teresa E. Rohde, eminente especialista en historia antigua e historia de las religiones, cuyo deceso dejó un vacío difícil de colmar, ya que los profesores como ella no llegan todos los días a las aulas.

Dueña de una inteligencia privilegiada, desde muy temprano puesta al servicio de la historia, la doctora Rohde realizó sus estudios de licenciatura y maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y recibió los títulos correspondientes con la distinción *cum laude*.

Don Wenceslao Roces y don Pedro Bosch-Gimpera, sabios maestros y amigos por los que siempre guardaría profundo respeto y admiración, resultaron definitivos para su orientación metodológica y su interés por la Antigüedad, en esos primeros tiempos de su formación como historiadora.

A partir de 1959, gracias a una beca de la OEA, se trasladó a los Estados Unidos de Norteamérica donde inició el doctorado en Estudios semitas en la Divinity School de la Universidad de Harvard. Al regresar a México, la doctora Rohde empezó su labor docente en la Facultad de Filosofía de Xalapa. A dicha institución se sumarían otras más como



Teresa Escobar Rohde.

El Colegio de México, la Facultad de Altos Estudios de la Universidad de Michoacán, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional de Bellas Artes, y la propia Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, a partir de 1963.

Ya en esta última, que sería el escenario principal de su desempeño académico por cerca de treinta años, la doctora Rohde impartió los cursos de Mito y religión grecorromanos, Protohistoria y Antiguo Oriente, así como el Curso monográfico de historia comparada de las religiones, creado por ella.

Sin abandonar nunca su interés por la investigación, Teresa E. Rohde plasmó algunos de sus trabajos como prologuista en la colección "Sepan cuantos..." de la editorial Porrúa, para títulos como *Las mil y una noches*, el *Ramayana* y *La India literaria*. Destacan también sus libros *Tiempo sagrado*, que ya va en su segunda impresión, y *Palabras de papiro y piedra*, de próxima aparición.

En el momento de su deceso, la doctora Rohde se encontraba preparando una obra de conjunto sobre las religiones preliterarias, y dos más que servirían como libros de texto para los cursos de religiones comparadas y de Mito y religión de Grecia y Roma.

Dentro del terreno de la difusión, escribió innumerables artículos tanto en revistas especializadas como en publicaciones de divulgación general, entre otras: *Casa del tiempo*, revista de la Universidad Autónoma Metropolitana; los *Cuadernos de estudios orientales*, de El Colegio de México; el *Anuario* del Colegio de Historia de nuestra propia Facultad; *Siete*, revista publicada por la colección SepSetentas; una columna semanal llamada "Arqueonoticias" en el periódico *El Día*, etcétera.

Las conferencias que dictó se cuentan también en varias decenas, así como su participación en congresos, mesas redondas, coloquios, etcétera, y mencionar siquiera las más importantes sería demasiado largo para este reducido espacio.

La doctora Teresa E. Rohde también formó parte de diferentes comisiones académicas para elaborar planes de estudio en el Colegio de Letras Clásicas y en el Sistema de Universidad Abierta, así como en una comisión para la creación de la maestría en Historia de la Antigüedad, uno de los proyectos más ambiciosos de la doctora Rohde, que desafortunadamente no pudo ver realizado.

Sería injusto omitir que su actividad rebasó el ámbito académico pues, como heredera que fue de una sólida vena artística, durante muchos años hizo el doblaje de algunas películas infantiles de Walt Disney, prestando su espléndida voz para los roles estelares de *Alicia en el país de las maravillas*, *Peter Pan*, *La dama y el vagabundo*, entre otras, y grabó también dieciocho discos con cuentos del famoso productor. Y más todavía: con el nombre artístico de "Coralito", cantó durante muchos años tanto música virreinal mexicana como romances y baladas

del medioevo, ofreciendo recitales en diferentes escenarios de México y del extranjero.

Mas, por encima de todo este impresionante despliegue de actividades, hay que exaltar sus dotes excepcionales para la docencia, gracias a las cuales resultó ser una maestra fuera de serie.

Quien asistía a sus clases quedaba como hechizado por esa magia que ella sabía crear con sus ademanes, sus gestos, las modulaciones de su voz —producto todo de su bagaje artístico— y, por otra parte, por el contenido erudito de su exposición, siempre precisa, siempre pronta a la anécdota chusca, a la composición esclarecedora, resultado, esto último, de su sólida formación académica.

Teresa E. Rohde, como verdadera artista de la cátedra, contará por siempre con el aplauso agradecido de sus alumnos.



Javier Esquivel

Álvaro Rodríguez Tirado

Ofrecer una semblanza de Javier Esquivel, aunque sólo sea en unas cuantas líneas, me obliga a hacerlo desde la perspectiva múltiple en la que, por fortuna, tuve el enorme privilegio de interactuar con él: puedo, así, referirme a Javier el amigo, el maestro, el alumno y, sobre todas las cosas, el "colega" Esquivel.

Conocí a Javier Esquivel en el año 1973. Regresaba él de su viaje de estudios en Inglaterra y Alemania, y se incorporaba al Seminario de filosofía del derecho, que a la sazón dirigía el maestro Rafael Preciado Hernández. Bajo la batuta de Agustín Pérez Carrillo y del propio Esquivel, un grupo de desconcertados alumnos nos proponíamos desentrañar los misterios de la teoría pura del derecho.

Mi primera impresión de Esquivel fue inolvidable: noté que su texto de Kelsen, a diferencia del nuestro, era la versión original del alemán. Con el delicioso timbre de su voz que lo acompañó toda su vida, nos dijo: "A ver, colegas, vamos a repartirnos el material de trabajo. ¿Quién quiere exponer el prólogo del libro?". Me ofrecí a hacerlo para nuestra próxima reunión, sin tener la más mínima idea del terreno que estaba pisando.

Cuando yo expuse, es decir, cuando repetí lo dicho por Kelsen en el primer párrafo de su prólogo a la *Teoría general del Estado*, Javier Esqui-

vel me detuvo: —"Éso es lo que dice Kelsen, pero ¿cómo lo entiende usted?".

Confieso no haber comprendido lo que se me preguntaba. Acababa yo de repetir de memoria lo dicho por Kelsen y, al cotejar el texto, me convencí que había producido *verbatim* las palabras del autor de la teoría pura del derecho. ¿Cómo, entonces, podría haber fallado? Poco a poco entendí lo que se me estaba pidiendo: la idea era poner el pensamiento kelseniano en mis propias palabras, relacionar los conceptos ahí vertidos con otros que fuesen relevantes, sacar a la luz sus relaciones lógicas: en pocas palabras, se me pedía que ofreciera argumentos y razones para defender mi propia interpretación. En síntesis, Esquivel nos exigía que empezáramos a hacer filosofía.

Como maestro, no es difícil convencerse de la profunda huella que dejó en nosotros. Con Esquivel invariablemente se discutía, se intercambiaban opiniones y razones sobre los temas más diversos, no necesariamente de filosofía. Esquivel exigía que justificáramos nuestras creencias y acciones con argumentos y gustaba sobremanera llevar la discusión hasta sus últimas consecuencias. Todo tenía cabida menos una posición dogmática.En el contexto de la Facultad de Derecho, esta actitud en la que se exaltaba la razón resultaba por demás fresca y reconfortante; en el contexto de nuestras vidas personales, el que Esquivel la adoptara en relación *con su propia vida* la hacia particularmente atractiva, toda vez que la practicaba en forma despiadada y sin miramientos ni reverencias a nada ni nadie. Para Esquivel, al menos en esa etapa de su vida, el diario quehacer se traducía en una eterna búsqueda de la Verdad, así, con mayúscula. Ésa era su religión y ése su compromiso.

No quisiera, sin embargo, dar la impresión que Esquivel era una persona solemne o acartonada. Nada más lejos de la verdad. Si algo poseía Esquivel, en una dosis muy generosa, era un sentido del humor verdaderamente extraordinario. Me atrevería a decir que nada escapaba a sus ironías y sarcasmo, incluido él mismo. Recuerdo comentar con él, no hace muchos años, lo devastador que habían resultado los temblores de 1985. "Lo que yo hubiera hecho —sugirió Esquivel— sería sentarme cómodamente a leer un libro de Aristóteles". —"¿Cómo?" —repliqué yo. —"Sí, colega, imagínate la vulgaridad del espectáculo si los perros encontraran mi cadáver en una posición que delataba mi terror al no encontrar las pantuflas para salir corriendo".

Además de la filosofía, Esquivel no tenía otros intereses realmente fundamentales. Gozaba, naturalmente, de la buena música y la buena literatura pero ni la una ni la otra llegaron a ocupar un lugar preponderante en su vida. Cuando dejó por completo la filosofía, al menos en el plano profesional, su interés total se centró en la psicología, la religión y la mística, aunque llevó a cabo algunas incursiones serias en el

terreno de la ecología, llegando incluso a escribir un libro con su amigo y mentor, Armando Morones, sobre la problemática de Laguna Verde. En las postrimerías de su vida, Esquivel se atormentaba terriblemente por lo ineficaz de su lucha ante la acelerada depredación de la flora y fauna de nuestro planeta, las nefastas consecuencias en la capa de ozono y las posibilidades de un holocausto nuclear. Todo ello contribuyó, sensiblemente, a una gran frustración que devino con el tiempo en cierta amargura de su carácter que le resultaba difícil de esconder en sus últimos años.

Durante toda su vida, Esquivel abrigó un gran culto por la personalidad de "los grandes hombres". Un recuento de quienes integraban, desde su perspectiva, esta lista, nos daría el trazo de lo que fue su vida, los cambios que sufrió en su vocación y en su estructura psicológica profunda: los clásicos de la filosofía pero, fundamentalmente, Platón, Kant, Russell y Wittgenstein fueron algunos puntos de referencia inevitables en su vida profesional como filósofo. Aunque nunca los eliminó por completo, otras figuras se incorporaron a la lista y tuvieron en él una influencia notable, sobre todo a partir de que decidió, de nuevo, vivir en Alemania, animado por sus exploraciones en la psicología, la religión y la mística. Éstas son: Sócrates, Jesucristo, Buda, san Juan de la Cruz, Bagwan, Krishna Murti, Freud, Jung y Janov.

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que la actitud de Javier Esquivel ante la vida fue *siempre* una actitud *religiosa*. Tuve permanentemente la impresión que Esquivel cargaba con un sentimiento de culpa mayor al común de los mortales. Se sentía muy cerca de Wittgenstein cuando, a la pregunta de Russell sobre si se encontraba pensando en los problemas de la lógica o en sus pecados, Wittgenstein contestó, con la intensidad que le era característica, que en ambas cosas. Esquivel también, a su nivel y a su manera, siempre pensaba en sus pecados.

Esto fue lo que, en mi opinión, lo llevó de una manera un tanto natural a acercarse a la religión y la mística. El móvil para incursionar en la psicología no lo constituía un afán teórico sino, más bien, el intenso deseo de someterse a una exploración que lo condujera a descubrir los más íntimos —y dolorosos— resortes de su conducta. Durante sus últimos años, Javier Esquivel se embarcó en este solitario camino, hasta que la muerte lo sorprendió en 1992. Deja una hija, Leonora Esquivel Frías.

A lo largo de su vida, Javier Esquivel logró granjearse el respeto y el cariño de mucha gente. Sus amigas y amigos coincidimos en pensar que la vida de Esquivel fue una vida rica, entregada con gran valor a la causa de sus ideales, aunque éstos sufrieron cambios radicales en el camino. Con todo, su vida fue una vida plena y, sobre todo, una vida honesta. A pesar de no coincidir con él en todo momento sobre cuál es la vida que vale la pena vivirse, no tengo duda que su temprana muerte

nos corta de tajo la oportunidad, a quienes fuimos sus amigos, de aprender más de nosotros mismos; de conocernos mejor al ver reflejadas nuestras vidas en la conciencia de un hombre que supo vivir intensamente con valor y honestidad.



Alberto de Ezcurdia.

Alberto de Ezcurdia

José Ignacio Palencia

El maestro Alberto de Ezcurdia e Híjar y Haro, para todos fray Alberto, vino a nuestra Facultad a pasar años difíciles, en su vida y en la nuestra.

Nacido en Guanajuato, Guanajuato, el 16 de enero de 1917, estudió en la ciudad de México en la escuela de los hermanos maristas y obtuvo su bachillerato, por examen, en la Escuela Nacional Preparatoria; realizó estudios en la Escuela Libre de Derecho y en la Universidad Pontificia de San Esteban, en Salamanca (España), dentro ya de la orden de predicadores; en ésta obtuvo los grados de licenciado y lector en Teología, y en la Central de Madrid los de licenciado y maestro en Filosofía. En la Sorbona, en París, siguió los cursos de G. Bachelard, G. Gonset y R. Garrigou Lagrange, entre otros, y trabajó en los comentarios y traducción de la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino. Ya en México fue laureado con las Palmas Académicas de Francia.

El doctor Héctor González Uribe, director de la Facultad de Filosofía de la Universidad Iberoamericana, presenta al maestro Ezcurdia con el doctor Francisco Larroyo, en carta del 8 de noviembre de 1961: hace cinco años presta sus servicios en la Facultad en la que imparte o ha impartido Filosofía de la ciencia, Lógica, y Filosofía de la matemática. El Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, aprueba su nombramiento como profesor el 19 de enero de 1962 en sustitución de Xavier Icaza; él afirma tener ya, en esas fechas, cuatrocientas cuartillas redactadas de un libro en preparación, consistente en lecciones de filosofía de las ciencias y que, conforme con su proyecto, abarcaría hasta Wittgenstein.

En 1963 se amplía su nombramiento con el Seminario de filosofía tomista, por el fallecimiento del doctor Gallegos Rocafull. En 1964 solicita Tiempo completo ya que —dijo—, "no percibo otros emolumentos que los que por estas cátedras devengo". En 1965 se le concede el Tiempo parcial "B"; en 1968, el Tiempo completo; en 1969 la promoción de Tiempo completo "B" a Tiempo completo "A".

En 1970 imparte Lógica II, Filosofía de la ciencia e Historia de la filosofía 1 y 2 en la licenciatura; en el posgrado, Historia de la ciencia, con un semestre de Arquímedes a Galileo y otro desde Galileo hasta Einstein. Sigue, además, en la preparación de su libro sobre lecciones de filosofía de la ciencia y otros dos sobre filosofía de la lógica y sobre el *Tractatus* de Wittgenstein.

Su última promoción o recalificación, Profesor titular Tiempo completo "A" interino, tiene fecha del 21 de septiembre de 1970. Había fallecido el 3 de julio de ese año.

Para muchos de quienes lo conocimos y tratamos, fray Alberto fue un buen profesor; en lo que no hubo lugar a discrepancia era en su calidad magnífica como persona. A sus exequias, oficiadas por Sergio Méndez Arceo, Tomás Gerardo Allaz y por mí, que era ayudante de su cátedra de medievales, asistieron, entre muchos otros más, Pablo González Casanova, rector de la Universidad, y Ricardo Guerra, su amigo, y director entonces de la Facultad. Alumnos, profesores, y el pueblo de Tetelpan lo acompañamos al sepulcro.

Su apertura y deseo de acercarse a los colegas profesores y a los alumnos de la Facultad eran proverbiales. Se negaba a ascender a la tarima en el salón de clase, aunque su voz ya desgastada se perdiese en los salones del segundo piso.

Vivió con nosotros los años más difíciles de la lucha contra el fascismo del MURO en la Universidad, la renuncia obligada del doctor Ignacio Chávez, el sesenta y ocho y sus secuelas. Y vivió todos esos momentos como propios, tan intensamente, que minaron su salud. A ello se sumaron sus conflictos con el arzobispo y la orden de predicadores —superados, éstos, antes de su muerte.

Gran conversador, compañero respetado y respetable en el reventón de los sesentas, quiso a todos en la Facultad como si fueran sus hermanos y todos lo quisimos y guardamos la memoria de su humanidad cristiana.

Marina Fanjul Peña

Ofelia Escudero Cabezudt

Marina Fanjul Peña nació en la ciudad de México el 26 de noviembre de 1949 y murió en la misma ciudad el 12 de marzo de 1992.

Marina fue una distinguida y afectuosa colega y compañera, además de que siempre cultivó la amistad. Luchó apasionadamente y



Marina Fanjul Peña, 1992.

defendió todo aquello en lo que creía; sus variados intereses la llevaron a sostener nobles y valiosas causas académicas, educativas y sociales, por medio del diálogo profundo y coprometido con colegas y amigos universitarios. En su breve paso por la vida, pues dejó de existir a los cuarenta y dos años —tras siete de enfrentar con valor una enfermedad incurable—, construyó y alentó su propio proyecto de vida y nada le impidió permanecer en la convivencia con su familia, particularmente con sus hijos, Rodrigo y Natalia; dicho proyecto consistió en prepararse cada día para enfrentar con calidad y responsabilidad, y con un gran sentido de utilidad social, sus actividades académicas y profesionales en el campo de la educación. Su firme determinación de contribuir al cambio la llevó a dirigir con acierto un centro de educación preescolar y un centro de asesoría educativa, así como a colaborar en el desarrollo de actividades de alta responsabilidad en instituciones de la Secretaría de Educación Pública, como la Dirección General de Educación Audiovisual y Divulgación, el Consejo Nacional del Sistema de Educación Tecnológica, el Instituto Nacional de Educación para Adultos. También se dio tiempo para cultivar sus aficiones, entre otras, asistir a conciertos, exposiciones, muestras de cine y coleccionar arte popular mexicano, así como para mantener amistad con artistas de todos los géneros, y con académicos e intelectuales, con quienes gustaba compartir su tiempo discutiendo diversos temas, siempre con un natural estilo de pensar y de hablar, con claridad y honestidad, sin faltarle un agradable y fino sentido del humor.

Marina enriqueció nuestro ambiente académico; fue conocida y querida por muchos en nuestra Facultad; estuvo siempre dispuesta a colaborar, sobre todo tratándose de cuestiones educativas, cuando se le invitaba a ayudar al Colegio de Pedagogía. Por sus inquietudes intelectuales y académicas, participó como estudiante en el grupo "Rafael Ramírez", cuyo objetivo estaba orientado a influir en el cambio de la formación de los profesionales de la educación, y como profesora destacó en la docencia en el área de investigación pedagógica. Por su sensibilidad, claridad y comprensión en los problemas que afectaban la vida académica de la comunidad de la Facultad y, en particular, del Colegio de Pedagogía, fue electa consejera técnica. Poseedora de una fina percepción y de un discurso inteligente, desechó las formalidades y convencionalismos simplificadores a cambio de ofrecer un diálogo profundo y comprometido con la búsqueda de la verdad y la justicia social.

Pero a Marina Fanjul Peña el tiempo se le acabó, le fue imposible seguir luchando más contra la adversidad; ya todo lo había intentado para seguir trabajando en la educación y viviendo entre los que amaba: sus hijos, padres, hermanos y sobrinos, colegas profesionales y amigos universitarios.

Justino Fernández

Jorge Alberto Manrique

Si Manuel Toussaint fue el verdadero creador de los estudios académicos sobre historia del arte en México, Justino Fernández fue su continuador, tanto en su trabajo personal como al frente del Instituto de Investigaciones Estéticas, fundado por aquél, y del que el doctor Fernández fuera el segundo director, a partir de 1956, después de que muriera Toussaint. Pero, y sobre todo, fue el primer creador en México de una teoría del arte, personal, cuyo nivel filosófico reconoció José Gaos a hora temprana, cuando se publicó el libro *Prometeo*, de Fernández, y refrendó en una carta con motivo de su sexagésimo aniversario.

En la ciudad de México, en la calle de Mesones número 24 nació Justino Fernández el 28 de septiembre de 1904. Su padre, del mismo nombre, había sido constituyente en 1957, amigo de Juárez, y formaba parte del añoso gabinete de Porfirio Díaz como ministro de Instrucción cuando engendró, ya a edad más que avanzada, al que sería su último vástago. Pero de la época porfiriana no alcanzó a conocer sino un rato infantil de brillo. Pronto vendría la "bola" y situaciones difíciles, que hicieron emigrar a la familia a California —siendo don Justino un muchacho—, sitio en el que permanecieron durante dos años y en el que tuvo que aprender a ganarse la vida en una *drugstore*. No hubo para él formación universitaria temprana, y sus grados de maestro y doctor los alcanzaría mucho más tarde. De regreso a México, y dadas sus buenas cualidades como dibujante (un dibujo un poco duro el suyo, pero consistente y correcto), trabajó para algunos talleres de arquitectos a mediados de los años veintes.

Por esos años establece relación con dos personas, entre muchas otras, que serían capitales para la definición de su vida futura, especialmente de su vida intelectual. Se trata de Cecil Crawford O'Gorman y Manuel Toussaint. El primero, irlandés, ingeniero de minas que, al venir a México a principios de siglo, conoció y se casó con una prima cuya familia se había establecido aquí casi un siglo antes; era conocedor del arte, amante de antigüedades coloniales y fino pintor. Fue una especie de mentor que introdujo a don Justino al mundo del arte que de diversas maneras ya lo solicitaba. También esa relación lo puso en contacto con la familia, especialmente con dos hijos de don Cecil: Juan, luego arquitecto fundador del funcionalismo en México y gran pintor, y Edmundo, el abogado primero y luego historiador, con quienes compartiría intereses y aficiones; de Edmundo, dos años menor que él, sería un amigo cercano hasta el fin de su vida, y juntos realizarían varias empresas comunes.



Edmundo O'Gorman, Juan Antonio Ortega y Medina, Francisco de la Maza y Justino Fernández.

Don Manuel Toussaint encontró en aquel joven dibujante cualidades intelectuales muy ricas y fue quien lo atrajo decididamente al campo de la historia del arte, que sería en el que alcanzaría su mayor realización. Desde 1931 viajó y dibujó con don Manuel para su libro sobre Taxco. Colaboró con él en diversos trabajos, como los *Planos de la ciudad de México* (1938) o el estudio sobre la derruida iglesia de Santa Brígida, y también por la influencia de Toussaint realizaría la parte capital de los catálogos de monumentos de Hidalgo y Yucatán (a partir de 1941), e iniciaría similar tarea para otros estados, cuyos catálogos nunca fueron publicados. Asimismo, por él ingresó al recién fundado Laboratorio de Arte de la Universidad (1935), después Instituto de Investigaciones Estéticas. En una carta personal de Toussaint a Diego Angulo (el gran historiador de arte, director entonces del Laboratorio de Sevilla) le comunica con entusiasmo la adquisición de ese joven de quien hace grandes elogios.

En 1934 Toussaint deja la cátedra de Arte mexicano, fundada por él en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad; ésta se divide en la de Arte colonial, que ocupa Francisco de la Maza, y la de Arte moderno en México, que funda Justino Fernández. La presencia tanto en la Facultad como en el Instituto hermana estas dos grandes figuras de la cultura mexicana en una amistad entrañable. De la Maza recordaba haber conocido a don Justino hacia 1931, en su casa de Santa María la Rivera, donde vivía con su madre, ya rodeado de libros, y en su sexagésimo aniversario le auguraba, "según el oráculo de Delfos", ochenta y ocho o, bien, ciento ocho años de vida. No fue así. Don Justino murió el 12 de diciembre de 1972, sin haber alcanzado los setenta años: el cáncer se enseñorea en cualquier momento. Meses antes había pronunciado, con la voz entrecortada, la oración fúnebre a Francisco de la Maza.

El mentor y encaminador de Justino Fernández en la historia del arte fue Manuel Toussaint, pero tuvo muchas otras influencias benéficas, tanto del lado de la historia como de la filosofía. Con Edmundo O'Gorman compartió ambos intereses, e incluso el literario. En los años treintas formaron la editorial Alcancía, ubicada en la calle de Pescaditos (muy cerca de la sede actual de la Academia de la Historia, de la que ambos habrían de ser miembros de número), donde se formaban y tiraban a mano ejemplares que ahora son una gran rareza, y donde vieron la luz autores como García Lorca, Porfirio Barba Jacob, Gerardo Diego, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo o Renato Leduc. Era el tiempo en que ambos estaban estructurando su propio pensamiento, que dejaría honda huella en la cultura mexicana. Antonio Caso y Samuel Ramos están entre los primeros filósofos que influyeron su pensamiento; después vendrían los españoles emigrados por la Guerra civil: Eduardo Nicol, pero, sobre todo, José Gaos.

Justino Fernández y O'Gorman ya habían estudiado, como muchos mexicanos contemporáneos suyos, la obra de Ortega y Gasset. La presencia de Gaos los reafirmó en esta inclinación y les hizo conocer el pensamiento personal del filósofo emigrado; a través de él y junto con él se adentraron en Heidegger y en un amplio espectro de filósofos. El trato académico se convirtió en amistad cordial y yo todavía recuerdo cuando los tres se esperaban mutuamente, una vez a la semana, a la salida de la Facultad, ya en Ciudad Universitaria, para irse a cenar juntos; cenas de las que a veces salían cosas como *La cena de los aforismos*.

Justino Fernández se inició cerca de Toussaint, pero su interés —aunque siempre abierto a todos los ámbitos del arte y del arte mexicano—, declinaría más hacia lo que él llamaba arte moderno y contemporáneo. Ya en 1937 publica su *Arte moderno en México*; en 1942 aparece *José Clemente Orozco. Forma e idea*, que es el primer gran estudio sobre el artista y tiende las principales líneas de lectura de su obra. En 1952 la Universidad publica *Arte moderno y contemporáneo de México*, parte de la trilogía sobre el arte mexicano que estableció el Instituto de Investigaciones Estéticas como programa: tres obras capitales de Salvador Toscano, Manuel Toussaint y Justino Fernández, que han dejado una marca fundamental en la cultura mexicana. Fueron, en más de un sentido, obras fundadoras que recogieron la investigación primaria de esos investigadores sobre los tres periodos de nuestro arte, incorporaron trabajos anteriores suyos, utilizaron casi todo lo valioso hasta entonces publicado y, sobre todo, establecieron las líneas básicas de interpretación de los fenómenos y propusieron sus personales visiones. Ha corrido desde entonces mucha agua bajo el puente; la investigación primaria se ha multiplicado en forma notable y se han manifestado nuevas posiciones de lectura de los fenómenos artísticos, pero estas tres obras permanecen —sobre todo las de Toussaint y Fernández— como clásicos y puntos de referencia obligados.

En *El arte moderno y contemporáneo en México*, Fernández dio su primer planteamiento amplio de nuestro arte, desde los albores del siglo XIX hasta el momento en que la obra fue publicada. Ninguna obra anterior de conjunto tiene su riqueza de información ni una estructuración tan plena del desarrollo de la cultura mexicana a través de sus manifestaciones artísticas.

En cierta medida, la culminación de la obra de Justino Fernández, desde el punto de vista de la historia del arte y de la teoría del arte, es la trilogía *Estética del arte mexicano*, que comprende *Coatlicue*, de 1954, sobre el arte prehispánico y centrada en la formidable escultura mexica que representa tal diosa, *El retablo de los Reyes* (1959), sobre arte novohispano y esa obra cumbre de nuestro barroco, y *El hombre* (1962), sobre el arte "moderno" —es decir, para él, el del siglo XIX— y el contemporáneo del siglo XX, en el que la obra paradigmática a exa-

minar es *El hombre en llamas*, pintado por José Clemente Orozco en la cúpula del Hospicio Cabañas en Guadalajara. En el discurso de las tres obras, pero principalmente en la introducción de *Coatlicue*, Fernández presenta ya perfectamente armado su sistema de teoría: el desarrollo de la idea de que no hay más estética que la historia de las ideas estéticas sobre los objetos artísticos, la concepción historicista de examinar los periodos de nuestra historia artística a través de los testimonios sobre ellos (lo que muchos años más tarde sería llamado por franceses y alemanes "la fortuna crítica"), y los diversos procesos de acercamiento al objeto, hasta la búsqueda de una comprensión total, aunque, sin embargo, relativa al tiempo y la persona que la lleva a cabo.

No por su dedicación al arte contemporáneo Fernández dejó de transitar otros caminos. No hay casi aspecto de nuestro arte que no haya tocado, de lo prehispánico a lo último, y ejerció la crítica de arte. También se adentró en el arte del mundo; *Prometeo* es el primer gran texto latinoamericano —y sigue siendo uno de los más sólidos— sobre el arte contemporáneo del mundo, en el que incluye a Orozco y Diego Rivera; *Miguel Ángel, de su alma*, es una reflexión importante sobre el artista y su poesía, traducida por él del italiano. Y desde luego la piedra angular de las interpretaciones sobre Orozco, así nos revelemos en contra, siguen siendo las lecturas primigenias de don Justino. "Todo gran crítico necesita de un gran artista", decía, refiriéndose a la relación Baudelaire-Delacroix o Ruskin-Turner. "Todo gran artista necesita de un gran crítico" he escrito yo, refiriéndome a la relación Orozco-Fernández.

Bebió, como le diría en el discurso joco-serio en sus sesenta años Francisco de la Maza, el agua de las academias: la de la Historia, la de la Lengua, la de Artes; recibió merecidos reconocimientos y distinciones, incluido el Premio Nacional, y sin embargo, por razones inexplicables, El Colegio Nacional nunca se benefició con su presencia.

Trabajador incansable, lo último suyo fue un texto sobre Pedro Coronel, dictado ya desde la cama del Hospital Francés a Luz Gorráez (Lucha, que en paz descanse también), su secretaria de toda la vida y secretaria del Instituto de Estéticas, muy poco antes del día de Guadalupe de 1972.

Sergio Fernández

Gonzalo Celorio

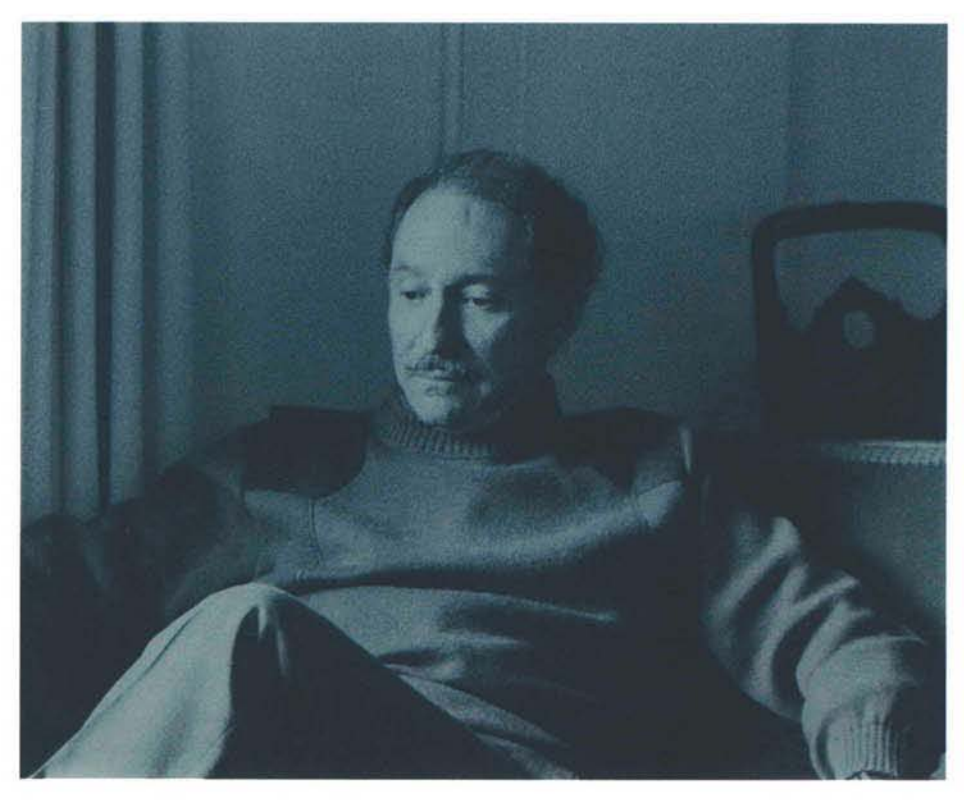
La primera cualidad de la palabra de Sergio Fernández es su poder de fascinación. Fueron famosas, por ello, sus clases de literatura de los Siglos de Oro en la Facultad de Filosofía y Letras: cautivaban a un público cada día más admirado y numeroso, que rebasaba los límites del Colegio de Letras Hispánicas y aun de la Universidad. Tal fascinación se debe, por supuesto, a lo que dice, pero también, en primera impresión, a la forma de decirlo: a la energía, que le impide sentarse mientras expone sus más bajas pasiones literarias; al nerviosismo de la mano derecha y de los dientes, que dañan con su incisión constante el labio inferior; a la voz, tan aguda en su forma como grave en su fondo, que una vez dejó convertida en estatua de sal a una alumna retardada; al énfasis que no por permanente debilita la acentuación de todo cuanto dice.

La portentosa vitalidad de sus exposiciones literarias hace comparecer en la tarima, como invocados en sesión de espiritismo, a los escritores más amados; vivos, presentes, actuales por las palabras conminatorias de Sergio Fernández, desnudos de sus ropajes académicos, físicos y miserables, llenos de ponzoña y de dolor. En nuestra escuela, Sergio Fernández ha liberado a la literatura de la solemnidad en la que había sido encarcelada. Con el pretexto de uno de sus dominios más insidiosos, Sor Juana, escribe en *Retratos del fuego y la ceniza*:

> [...] hace tiempo que la literatura me interesa sólo como experiencia personal, sin que tenga nada que ver con motivos académicos o de erudición. Y aunque no podría negar que los hay, no son en mí sentidos medularmente ni medularmente analizados. Si por el contrario me acerco al fenómeno literario de manera íntima, casi subjetiva y poco comunicable por lo tanto, lo encuentro tan al alcance de la mano que un autor, un personaje o una obra literaria más que eso son, para mí, seres vivos en cuanto parte de una convivencia magnífica por absolutamente cotidiana.

Pero Sergio Fernández no sólo tiene la virtud de transformar la literatura en vida; o por mejor decir, de devolverle a la literatura su primigenia condición vital, harto sofocada por la erudición y la academia; sino también, correlativamente, la de transformar la vida en literatura.

Sergio Fernández es un ente literario: literarios son sus afectos, su vida diaria, su óptica, sus amistades, su vocabulario, todo, con excepción, quizás, de su literatura, donde atrapa su único jirón de realidad.



Sergio Fernández.

Su veneración por el *Quijote* no es gratuita. Quien así confunde la vida con la literatura, acaba por confundir, también, la lengua hablada con la lengua escrita. Sergio Fernández es, entonces y además, un escritor oral, si cabe el término, y sería injusto hablar de su obra sin incluir esta veta de su producción.

De una conversación, de una clase, de una opinión, de un chisme, de un comentario a un cuadro, a un disco, a un libro, a una comida, a un vino, a un edificio, Sergio Fernández teje un texto literario. Su capacidad de sorprenderse, como un niño, por la vida y por la palabra que la contiene, hace de la hipérbole uno de sus recursos más insistentes. Sólo así puede expresar su admiración. Todo para él es el tope: el tope del buen gusto, de la belleza, de la perversidad; todo es maravilloso, fascinante, prodigioso, sensacional, para emplear sus más caros adjetivos. Sólo él emplea de viva voz los términos que más que de este siglo de alpaca se antojan de los de Oro. Nadie sino él llama *piscolabis* a los bocadillos o *paquidermos* a los elefantes, sin petulancia, sino con extraña sensualidad coloquial: prefiere, por ejemplo, *convidar* que *invitar*, *merienda* que *cena*, *ya vengo* que *adiós*.

De sus palabras sobresalen, arcaicos y hermosos, elegantes y cálidos, sus refranes y sus locuciones adverbiales, que, de no estar presentes en su voz, sólo yacerían en diccionarios de autoridades e ilustres refraneros; *ancha es Castilla*, *miel sobre hojuelas*, *limpio de polvo y paja*, *mutatis mutandis*, *a vuelapluma*, *a la chita callando*. Cuenta la leyenda

cómo Sergio Fernández, mal gramático, tuvo a bien transformar una locución adverbial en un complemento indirecto: hace algunos años, unas señoritas sus alumnas le preguntaron en clase por una fecha o por un nombre que él ya había proporcionado. Encendido por la distracción y por la banalidad escolar de semejantes preguntas que le interrumpieron las inspiraciones, respondió con toda cortesía: "Perdónenme, señoritas, pero yo no doy mi clase a tontas y a locas".

Para terminar esta apretadísima semblanza, quiero decir que Sergio Fernández es, ante todo, un espléndido lector, de la vida y de la obra de la vida. Lee todo cuanto pasa por su percepción, con los ojos abiertos como platos, siempre sorprendido y con todos los poros de la piel permeables a la literatura de la vida. Y ésa es su enseñanza más generosa. Sólo quien ama con penosa lujuria a la vida y a la literatura es capaz de prodigar su confusión. De aprender algo de Sergio Fernández, es imposible leer un texto como letra muerta; es imposible, también, andar por la vida sin leerla. Como don Quijote a Sancho, Sergio Fernández nos ha hecho ver gigantes donde sólo veíamos molinos de viento.



Marta Foncerrada y Manuel González Galván, 1986.

Marta Foncerrada de Molina

Durdica Ségota

Quisiera recordar a la maestra Marta Focerrada de Molina en dos aspectos de su actividad académica: la enseñanza de historia del arte y la investigación en el área del arte prehispánico.

Durante algunos años fue profesora de Historia del arte en la Universidad Iberoamericana, pero la mayor parte de su actividad docente —durante más de dos décadas— la realizó en la UNAM, en la Facultad de Filosofía y Letras. Impartió las materias Introducción a la historia del arte y Arte prehispánico en el Colegio de Historia; en la División de Estudios de Posgrado de la misma Facultad, estuvo durante años a cargo del Seminario del arte prehispánico, dedicado cada semestre a variados temas de investigación en torno a la compleja problemática del arte precolombino. La formación de prehispanistas se extendía a diversas asesorías y a la dirección de las tesis profesionales.

Como investigadora en el Instituto de Investigaciones Estéticas, publicó su primer libro en 1965: *La escultura arquitectónica de Uxmal*. Junto con el estudio de *Coatlicue* de Justino Fernández, publicado unos diez años antes, y el libro de Beatriz de la Fuente *Escultura de Pa-*

lenque, representa un trabajo pionero en el análisis del arte prehispánico. El método iconográfico propuesto por E. Panofsky encontró en estos dos últimos textos sus primeras aplicaciones al arte del México antiguo. El estudio de las variantes estilísticas a lo largo de los siglos que abarcó la cultura maya en Uxmal fue la base para una cronología del sitio y, en este sentido también, el trabajo de la maestra Foncerrada fue uno de los pioneros en la materia.

En 1979 publicó *Las vasijas pintadas mayas en el contexto arqueológico*, estudio tipológico y estilístico que es hoy un instrumento de trabajo sumamente útil.

En 1988, año en el que falleció, apareció el libro de *Las figurillas de Jaina, Campeche, en el Museo Nacional de Antropología*, catálogo razonado y, como el libro anterior, de consulta obligatoria para cualquier estudio sobre el tema.

El libro póstumo *Estudio iconográfico de Cacaxtla*, originalmente fue escrito como tesis de doctorado; desgraciadamente, la maestra Foncerrada no logró presentarlo, ni siquiera terminarlo del todo. En este trabajo recurre a métodos derivados de la lingüística y éstos le permiten ir más allá de un mero estudio formal. Además, el análisis comparativo y la exhaustiva revisión bibliográfica de la documentación histórica e información arqueológica hacen que este estudio —aunque no haya sido completamente terminado y a pesar del tiempo transcurrido— siga siendo de actualidad. Las preguntas formuladas en él representan un reto y estímulo para nuevas investigaciones, como suele suceder con el legado que nos dejan los buenos maestros.

Alaide Foppa

Annunziata Rossi

Todas las veces que se me propone participar en mesas redondas o se me pregunta por Alaide Foppa, busco pretextos o desvío la conversación para no hablar de ella. No se trata de indiferencia, ni de olvido, sino de un sentimiento de vacío que me lleva al silencio, al mutismo. Es el mismo sentimiento que, sin darme cuenta, me hace zigzaguear por las calles de la Florida para evitar la casa de la esquina de Camelia con Hortensia, donde ella vivió feliz largos años con su familia, y donde yo, que habitaba a pocas cuadras de ella, estuve tantas veces a comer, platicar, trabajar con ella. Sólo ahora, mientras escribo, descubro

mi miedo a remover el recuerdo de aquel terrible diciembre de 1980, ese año en que empieza la destrucción de la familia Solórzano-Foppa, con la muerte violenta de su joven hijo Juan Pablo en la guerrilla de Guatemala, luego con la de su esposo, Alfonso Solórzano, que continúa con la supresión de Alaide, a la que seguirá la de otro de sus hijos, Mario, acribillado en Guatemala. De una familia tan unida quedan tres hijos, que viven dispersos en distintos países de América.

Alaide Foppa: una mujer de la se podría decir muchísimo, como persona, como amiga, como maestra y escritora y, en fin, como mujer enteramente empeñada, durante la última etapa de su vida, en la defensa de los derechos humanos de las comunidades indígenas y las mujeres quichés.

Conocí a Alaide en 1965, cuando me llamó para dar un curso en el Colegio de Letras Modernas de la UNAM. Era una mujer muy femenina, de modales sencillos y refinados. No había en ella nada de la pedantería y la ostentación que encontramos en algunos intelectuales. Su rostro melancólico, severo, de grandes ojos castaños, a menudo se iluminaba con una espléndida sonrisa que lo rejuvenecía y revelaba su luminosidad interior. Con esta sonrisa la recuerdo todavía. Nuestra amistad fue muy lenta, hasta culminar en una estrecha relación de afecto mutuo; hecha, por su parte, de benévola ironía hacia mis exabruptos; por la mía, de burlona condescendencia hacia la "*borghese illuminata*", como yo la llamaba, epíteto que ella rechazaba y que sin embargo la divertía mucho. Su generosidad y su lealtad conmigo fueron grandes, como en todas sus amistades. De nuestras conversaciones sobre cultura italiana recuerdo sobre todo la más acalorada en que discrepábamos para terminar riendo, aquélla sobre Maquiavelo: nunca logré convencerla del moralismo del Florentino; la separación entre ética y política la llenaba de horror.

Otro tema que tocó conmigo en varias ocasiones —importante para conocerla— fue su relación con el mundo latinoamericano. Me contaba cómo ella, que se había educado en Europa —estudió en Florencia y terminó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Roma— se sentía sin embargo muy alejada de la cultura italiana y vivía como suyos el mundo y la cultura latinoamericanos, de cuya vitalidad narrativa era entusiasta. Nunca se había sentido exiliada. Había vivido en Guatemala y luego en México, identificándose plenamente con el ambiente humano e intelectual que la rodeaba. Por afinidad electiva, Guatemala y México habían tomado el lugar de su patria de origen.

Fue una maestra espléndida —sus clases eran de esa claridad que es siempre fruto de un gran conocimiento—, comprensiva con sus estudiantes y sin embargo exigente; una colega inolvidable por su trato, por su peso intelectual y, durante muchos años, una serena e imparcial



Alaide Foppa.

coordinadora del Departamento de Letras Italianas a cuyos miembros acostumbraba reunir frecuentemente, costumbre que después de ella desapareció. En esas reuniones Alaide escuchaba con respeto todas nuestras propuestas, incluso las que divergían de su posición, y decidía con un espíritu democrático que parecía innato en ella, pero que era resultado consciente de una segunda naturaleza.

Perteneciente a una rica familia de la alta burguesía, e hija única de un escritor ítalo-argentino y de una dama guatemalteca, doña Julia Falla, viajó por todo el mundo y recibió una educación de brillante. De jovencita quiso dedicarse a la danza y los padres la enviaron a la Academia real de Bruselas donde, me dijo, las longilíneas figuras de sus compañeras la convencieron de que su cuerpo no estaba hecho para el ballet, y serenamente renunció para dedicarse a su vocación literaria. Siguió escribiendo poesía, una poesía intimista y ensimismada, empeñada en la búsqueda de su propio ser. Llegada a México con su esposo, el también inolvidable Alfonso Solórzano, exiliado de Guatemala, entró a nuestra Facultad ganándose con su participación activa en la vida académica y con sus modales discretos el aprecio y la simpatía de todo el grupo docente y administrativo.

En la última etapa de su vida —la más interesante— Alaide Foppa, sin abandonar sus clases en nuestra Facultad, crea y empieza a atender en Ciencias Políticas un seminario muy concurrido sobre la mujer y, al mismo tiempo, a dirigir la revista *Fem*, fundada por un grupo de destacadas intelectuales. Y, lo que la llevará a la muerte, inicia una transmisión semanal en Radio Universidad que tuvo fuerte impacto y suscitó indignación por la realidad que revelaba: la represión indígena en Guatemala y la violencia sanguinaria contra las mujeres quichés sometidas a la violación, al estupro, a la tortura y a la muerte. Fue este programa y su repercusión pública lo que generó el odio del gobierno guatemalteco y decidió su trágico final. El 18 de diciembre de 1980 Alaide fue secuestrada frente a la casa de su madre en Guatemala, mientras subía al coche —el chofer fue asesinado— y de ella no se supo más. Su desaparición sacudió al mundo entero. De todas partes de Europa y de América se levantaron de inmediato protestas, se armaron mitines para exigir su liberación. En México se realizó un mitin permanente frente a la Embajada de Guatemala, y se constituyó un Comité Alaide Foppa que trabajó largos meses. El gobierno de Guatemala contestó con el imprudente silencio de las dictaduras sanguinarias. Alaide yace ahora en una *illacrimata sepoltura*, como el poeta Ugo Foscolo, al cual dedicó su último libro, publicado póstumamente en 1984: en una de tantas fosas comunes, junto con las víctimas a las que ella había defendido.

Es así como la "*borghese illuminata*", cuya madre poseía latifundios en Guatemala, acabó tomando una posición crítica en contra de la cla-

se dirigente guatemalteca y se consagró de lleno a la defensa de las comunidades autóctonas, en un momento en el que el problema indígena no rebasaba el ámbito de los estudios especializados de historiadores, etnólogos, antropólogos.

Toca a Alaide Foppa el enorme mérito de haber dado a conocer, abiertamente y sin miedo, el genocidio de los nativos, de haber sido la pionera que, aislada, puso la primera piedra de un vasto movimiento cuyo proceso ha ido avanzando hasta hoy. El reconocimiento mundial de Rigoberta Menchú, no hay que olvidarlo, es también corolario de la labor y del sacrificio de Alaide, de quien nuestra Facultad, con todo y el dolor que nos embarga, se enorgullece.



Marianna Montalto y Concepción Franco López, 1970.

Concepción Franco López

Marianna Montalto

El 24 de agosto de 1989, en la ciudad de México, a pocos años de su jubilación, se apagaba la vida de la doctora Concepción Franco López (llamada por todos Conchita). Había nacido en la misma ciudad el 25 de mayo de 1920. Primera de diez hijos, fue una hija ejemplar bajo todos los aspectos: afectuosa, obediente, respetuosa, estudiosa, etcétera.

Cursó sus estudios en el Liceo Francés, en la Escuela Preparatoria y en la Normal, en donde obtuvo el título de Maestra normalista. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM obtuvo la licenciatura, la maestría y el doctorado en Letras españolas con mención honorífica.

En la misma Facultad estudió Letras francesas y de la maestra Ida Appendini, de quien fue alumna, aprendió a amar la cultura italiana y a Italia, de la cual hablaba siempre con entusiasmo a los alumnos y a sus amigos como si fuera su patria.

El amor por Italia empezó a tomar fuerza cuando en 1954 obtuvo una beca del Gobierno italiano y fue a Roma, en donde perfeccionó sus estudios de la lengua y la literatura italianas como también de la historia del arte en la Universidad y en la Sociedad Dante Alighieri.

Inició su actividad laboral como profesora a muy temprana edad (a los dieciocho años), enseñando en la escuela primaria y secundaria de la Secretaría de Educación Pública.

Fue maestra de carrera de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, distinguiéndose en la enseñanza de las lenguas francesa e italiana y de la gramática histórica de las mismas lenguas.

Fue también asesora del Departamento de Letras italianas en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, miembro activo de la Asociación de Mujeres Universitarias Mexicanas y de la Asociación Internacional Sor Optimista.

Tenía muchos amigos y todos la estimaban por ser leal, sincera y respetuosa.

Como maestra, supo granjearse la simpatía de sus alumnos, los cuales, hoy destacados profesionales, la recuerdan con cariño y aprecio.

Demetrio Frangos Roccas

Julieta Margarita Tapia y Cervantes

Cerca de treinta y cinco años, de 1932 a 1967, las humanidades de México recibieron desde la UNAM una generosa fecundación por la enseñanza del maestro Demetrio Frangos. Generaciones tras generaciones de la Facultad de Filosofía y Letras aprendieron a comprender directamente los textos griegos clásicos y a formarse con los ideales de los autores antiguos. Como un reconocimiento institucional, el 18 de diciembre de 1959, el Consejo Universitario lo designó, entre aplausos y una aclamación unánimes, profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El cuerpo académico de esta Facultad celebró con júbilo el nombramiento más grande que la UNAM otorga a los maestros distinguidos.

De nacionalidad griega, nace el año 1891 en Alatsata. Después de obtener el título de bachiller en la Gran Escuela Nacional de Phanar, Constantinopla, recibe el título de contador público, expedido por la Escuela de Altos Estudios Comerciales de Marsella, Francia. Luego llega a México, que se convierte en su patria por adopción. El año 1915 inicia el "Curso de los honores" magisteriales, impartiendo la asignatura Raíces griegas y latinas en el Colegio Preparatoria de Orizaba. La vocación se amplía dos años más tarde, cuando funda la Escuela Superior de Comercio de Orizaba, y cuando es nombrado profesor de materias especiales por la Escuela Industrial Federal de Orizaba, al principiar el año 1926. Se traslada a la capital, junto con su esposa, Conchita Mayorga y sus cinco hijos, en 1931.

Se suceden los actos de vocación magisterial. Enseña Lengua griega en la Facultad de Filosofía y Letras desde 1932. Este magisterio se amplía más tarde con el Seminario de traducción griega, que formaba a los becarios destinados a multiplicar los traductores de la biblioteca

bilingüe mexicana (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana). El mismo don Antonio Caso, en 1939, lo propone como profesor de Raíces griegas y latinas aplicadas a las ciencias biológicas. La Escuela Nacional Preparatoria, a partir de 1940, lo nombra docente de Latín, de Etimologías grecolatinas y de Griego.

Ya sea a nivel bachillerato, ya sea a nivel facultativo, el maestro Frangos guiaba amorosamente a los alumnos hacia la comprensión de los textos. Iniciaba el aprendizaje con textos fáciles y luego introducía los difíciles o de autores clásicos. No recurría a la maraña de la gramática, pues gustaba de ir mostrando cómo era posible entender el texto vivo, a manera de una lengua cotidiana y familiar. Modo de enseñar que no apartaba, con todo, de la morfología o de la sintaxis, las cuales funcionaban en forma de báculos.

En el Seminario de traductores era otro el método. Aquí el maestro ejercitaba una verdadera colaboración personal de quien enseñaba y de quien aprendía. Antes de trabajar en un texto, explicaba su contenido, su vocabulario específico y algunas construcciones sintácticas. El alumno regresaba para exhibir su comprensión del texto mediante la traducción, para explicar la sintaxis y para hacer la interpretación correspondiente. El trabajo tenía siempre un carácter individual.

El maestro Frangos —"Franguitos" lo llamaban emotivamente sus colegas— no medía en horas su esfuerzo en favor de los alumnos, se entregaba a ellos de manera espontánea y gozosa.

Desarrollaba en la clase sus cualidades de ser humano. Había en el gesto y la mirada una actitud invariablemente bondadosa, al punto de que sus alumnos lo sentíamos recto del todo y moral sin falla. Sus palabras, su trato, sus indicaciones rezumaban el afecto y generaban alegría. Aun en medio de las explicaciones más abstractas había un espíritu amable y gracioso. Como era natural, no regañaba, repartía dulces, sembraba sonrisas y cariño. Los alumnos, por otra parte, no supimos de algún incumplimiento o de alguna molestia que experimentara por nuestra testarudez o nuestros aspectos imprudentes. Sabíamos internamente que éramos hijos suyos, hijos en el ánimo y, por eso, no causaba extrañeza que nos relacionara con su familia.

Su humildad aparece en la determinación de presentar el examen de maestría en Letras, con especialidad en Letras Clásicas, en 1954, a pesar de que los órganos universitarios responsables lo habían eximido de toda prueba, vistos sus altos merecimientos. Con actitud humilde, recibe, empero, en 1962, la Cruz de Oro de la Orden Real del Fénix, que le concedió el rey Pablo I de Grecia al reconocer su enseñanza de la lengua y la cultura griegas en México.

Otro hecho que indica el carácter del maestro Frangos es su generosidad. Al ser clausurado el Colegio Preparatoria de Orizaba, sostuvo a la institución con su propio peculio y con desinteresadas concurren-

cias de voluntades. Y durante el año 1932 imparte gratuitamente cursos de francés.

Este maestro y hombre a plenitud, además de formar humanistas, enriqueció la cultura mexicana con obras de humanismo no fugaz: la *Gramática griega teórico-práctica*; la traducción de la *Ciropedia*, la *Anábasis* y el *Económico* de Jenofonte; las *Historias* de Herodoto. La última obra es inédita; las de Jenofonte fueron publicadas en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Consumado el itinerario de la vida humana, el maestro Frangos nos abandona el 14 de marzo de 1981.



Marianna Frenk y Sergio Fernández.

Marianna Frenk-Westheim

Marianna Frenk-Westheim abandonó Alemania junto con su familia en 1930 con rumbo a México, con la intención de quedarse aquí para siempre. Había estudiado literatura española en Alemania y, al poco tiempo de haberse establecido aquí, comenzó a traducir, actividad que ha llegado a ser su principal ocupación. Su vasta labor en este campo comprende la traducción al alemán de la obra completa de Juan Rulfo. Al español ha traducido también la obra de Paul Westheim, así co-

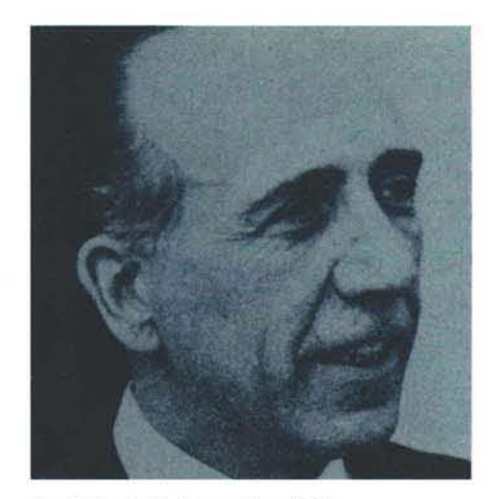
mo, entre otras obras, el *Códice Borgia*, de Eduard Seler y *Abstracción y naturaleza*, de Wilhelm Worringer. A la muerte de Paul Westheim, la maestra Frenk-Westheim preparó el archivo de su legado que es ahora parte del acervo de la Akademie der Künste, Berlín.

De 1958 a 1970 la maestra Frenk-Westheim impartió cátedra de literatura y de lengua alemana, así como de traducción en el Departamento de Letras alemanas, al lado de la doctora Marianne O. de Bopp. Su labor fue excelente y resultó enriquecedora y estimulante para los estudiantes, dada su capacidad y la amplitud de sus conocimientos, así como su experiencias, talento e ingenio.

De 1972 a 1986 trabajó en el Museo de Arte Moderno, como colaboradora de Fernando Gamboa.

Ha colaborado con la revista *Universidad de México*, con *México en la cultura* y en *La cultura en México*, así como con los suplementos de *Uno más uno* y de *La Jornada*.

En 1992 Joaquín Mortiz publicó su colección de aforismos, cuentos y escritos breves, intitulado *Y mil aventuras*.



José María Gallegos Rocafull.

José María Gallegos Rocafull

José Ignacio Palencia

"Hacer la historia del pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII es seguir paso a paso las dramáticas peripecias del encuentro entre dos mundos [...] Cuando se ponen frente a frente los dos tienen tras sí un pasado y en él una obra cultural [...] Por su misma heterogeneidad, el choque era inevitable [...]".[1] Escribía esto el padre José María Gallegos Rocafull en uno de los textos conmemorativos del IV centenario de nuestra Universidad.

El 19 de mayo de 1954, el licenciado Salvador Azuela, entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras, escribe al doctor José Gallegos Rocafull para comunicarle que, debido a una propuesta suya, ha sido designado por el rector de la Universidad como profesor extraordinario de la Facultad[2] para iniciar su curso sobre Filosofía de la historia a partir del segundo semestre, que había de iniciarse el 26 de julio de ese año: "Siento mucho que por el cambio a la Ciudad Universitaria y los problemas de acomodamiento no se haya podido iniciar su curso [...] desde el primer semestre".[3]

En julio de 1962, el doctor Gallegos ocupa una plaza de nueva creación para impartir el Seminario de filosofía tomista. El 25 de junio de

1963, en el salón 204, a las 16:00 horas, debía celebrarse el examen de acreditación para quienes seguíamos su Seminario de historia de la filosofía medieval. El 6 de junio, en la Universidad de Guadalajara, al terminar una clase y antes de ir a otra, falleció el doctor José María Gallegos Rocafull.

Doctorado por la Universidad de Madrid en 1935, canónigo lectoral de la catedral de Granada, había estudiado en Italia, Francia y Bélgica; premio extraordinario en su examen doctoral y profesor de Filosofía general e Historia de la filosofía en la propia Universidad de Madrid, con doce obras publicadas aparte de las introducciones y notas para las ediciones de san Juan de la Cruz y de Séneca,

> [...] no abrazó el exilio por una inconformidad meramente política [...] sino por una incompatibilidad ideológica con otros cristianos. Abandonó su dignidad capitular y emprendió el camino del destierro con la pesadumbre de sanciones eclesiásticas que hieren profundamente a un sacerdote [...] Nunca traicionó su filosofía política.[4]

México le acogió con otros muchos y como a otros muchos; en la Universidad Iberoamericana fungió como profesor y fue rehabilitado como sacerdote. Su vida principal fue la academia pero su palabra y su prudencia convocaban aun a no creyentes a escucharle predicar en el templo en que oficiaba los domingos, e incluso a conversar con él en su domicilio.

"Optimista pero no ingenuo [...] espíritu abierto a los problemas de su tiempo [...]".[5] "Abría los brazos al margen de cualquier proselitismo [...] en su exilio de universitario y sacerdote [...] contra la ficción de unos derechos de Dios que se defendían matando a sus hijos".[6] "Analizaba agónicamente el problema de la libertad humana como sólo puede hacerlo quien ha estado a punto de perderla".[7] "Sin esconder ni suprimir la diferencia, pero con la capacidad de sacarla a luz en el marco de la comprensión y de la tolerancia".[8]

Fui a su domicilio a buscarlo en una cita que me concedió antes de inscribirme a los estudios de filosofía en la UNAM; platicamos una tarde y luego lo haríamos muchas veces, al salir de clase, en los pasillos de la Facultad. Siempre me habló de su entusiasmo por ésta, de la riqueza humana de sus profesores y de sus alumnos.

Su curso de Filosofía de la historia nos había llevado del Heidegger de la pregunta por la técnica y de *Ser y tiempo*, a las *Lecciones* hegelianas y a *La Ciudad de Dios* agustiniana; pero no se estacionaba en un pensamiento establecido: relativizaba, cuestionaba, todo iluminado con una apasionante erudición que apenas descifrábamos tras de su voz nasal y sus medias palabras andaluzas: Dilthey, Aaron, Plotino, Aristóteles, Parménides, el Nuevo Testamento, la historia reciente eu-

ropea vivida en carne propia: Guerra de España, Guerra Mundial, Guerra fría, y un conocimiento de la historia de México y una comprensión de la misma aún hoy actual en muchos puntos después de treinta años.

Su preocupación fundamental, la interpretación, las limitaciones de la comprensión y la búsqueda en ella de vigencia y racionalidad, sin ahogar la libertad: "Ver a Santo Tomás como un pensador comprometido, él cree en la función de la universidad, su compromiso es con la verdad, su mensaje aún tiene valor, un pensamiento vivo [...] pero hay que liberar a Santo Tomás de los tomistas [...]".[9]

[1] José María Gallegos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México, Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México.

[2] Artículo 63 del Estatuto General de la UNAM, 1945 (vigente en esa fecha): "[...] son profesores extraordinarios aquellos que, teniendo carácter de profesores o investigadores en otras universidades, nacionales o extranjeras, son designados por el Rector en atención a sus méritos relevantes'.

[3] El documento se encuentra en el Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

[4] Felipe Pardinas, "Para el Dr. Gallegos Rocafull terminó ya el exilio". (Nota periodística en su fallecimiento.)

[5] Alberto de Ezcurdia, "Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras al Dr. José María Gallegos Rocafull", 28 de agosto de 1963.

[6] Jaime García Terrés, en *Ibid.*

[7] Ramón Xirau, en *Ibid.*

[8] Ricardo Guerra, en *Ibid.*

[9] Palabras de José María Gallegos Rocafull, recogidas en los apuntes de clase correspondientes al último semestre del seminario sobre santo Tomás (José Ignacio Palencia).

José Gaos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Fernando Salmerón

Gaos llegó a México en el verano de 1938. Tenía justamente la edad del siglo y venía precedido de un cierto nombre como traductor, colaborador de la *Revista de Occidente* y profesor de filosofía. Se había iniciado en las tareas docentes desde 1925, en España, en los institutos de Segunda Enseñanza —si no se cuenta el año previo pasado en la Univérsidad de Montpellier, Francia, como lector de Español y Literatura española. En 1930 fue nombrado catedrático numerario de la Universidad de Zaragoza y, tres años más tarde, de la Central de Madrid. En



José Gaos, 1955.

esta Universidad estuvo encargado del curso de Filosofía y didáctica de las ciencias humanas, además de la dirección del año preparatorio de la Facultad de Filosofía y Letras hasta 1936, en que pasó a desempeñar la Rectoría de la Universidad. Con esa calidad llegó todavía a México, invitado por el gobierno del general Lázaro Cárdenas, para participar en la organización de la Casa de España en México, de la que fue miembro fundador y a la que permaneció ligado hasta su nombramiento como profesor de Tiempo completo de la UNAM —cuando la Casa llevaba ya el nombre de El Colegio de México.

La relación con la Casa de España no le impidió a Gaos desempeñar tareas docentes regulares —de hecho, lo hizo por un cierto tiempo— en otras instituciones de la ciudad de México. Pero las cumplidas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM tenían un carácter especial, como parte de sus compromisos con la propia Casa de España; por eso fue siempre claro que su mayor esfuerzo como maestro estuvo consagrado a la UNAM, quien así lo reconoció en 1953 al hacerlo profesor emérito. Desde el inicio de los cursos de 1939, Gaos enseñó sin interrupción en la Facultad, hasta terminar el primer semestre de 1966 —tres años antes de su muerte—, en que renunció a causa del conflicto universitario de ese año. Una renuncia a la que nunca dio trámite la Facultad por venir de un profesor emérito. Había sido profesor extraordinario hasta 1957 en que fue nombrado ordinario, pero se incorporó al profesorado de carrera, con tiempo completo, el año 1953. En esta fecha se trasladó también de El Colegio de México a la Facultad el Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española, que siempre estuvo bajo la dirección de Gaos, en el que se elaboraron, como tesis de grado, una veintena de libros, la mayor parte de los cuales fueron decisivos en la investigación de sus respectivas materias. Pero aparte de este seminario, Gaos dictó otros de lectura de textos, de los cuales resultaron también tesis de grado y publicaciones diversas de los asistentes. A partir de 1939, sin que esto cambiara con la naturaleza de los nombramientos, dictó siempre dos cursos en forma simultánea —o un curso y un seminario de textos clásicos, cuando alguno de los cursos no estaba acompañado de su propio seminario de prácticas. Nunca dejó de redactar íntegramente sus lecciones y sólo en ocasiones excepcionales repitió partes de alguna de ellas —aunque el registro académico de los cursos anunciara la misma materia.

Imposible dar cuenta en esta nota de todos los cursos ofrecidos por Gaos en la Facultad. Sólo se señalan cinco a manera de ejemplo, elegidos ya por su influencia en el trabajo de algunos de sus discípulos, ya por su peso en las orientaciones de la filosofía en México durante las tres décadas de la presencia de Gaos en las aulas, o por su notorio lugar en la definitiva exposición sistemática que hizo de su propio pensamiento. El primero es el curso de Historia de la filosofía, iniciado en

1939 con el estudio de los presocráticos, y prolongado casi sin interrupción a lo largo de todos los semestres académicos hasta 1954; un curso que vino a culminar con la lectura pormenorizada de *La ciencia de la lógica*, de Hegel, que por sí misma requirió ocho semestres. En segundo lugar, el curso dedicado a la explicación de *El ser y el tiempo*, comenzado en 1942 y seguido sin interrupción hasta 1947. En tercer lugar, los dos cursos sistemáticos: el de Metafísica, leído a lo largo de 1960 y publicado después con el título *De la filosofía*, y el de Antropología filosófica, leído en los dos semestres de 1962, y publicado póstumamente como *Del hombre*. En último término, el Seminario de filosofía moderna, dedicado sólo a profesores de la Facultad, cuya sesión pública de 1959 dedicada al centenario de Husserl descubrió el nuevo giro de las orientaciones filosóficas que iniciaban entre nosotros su vigencia.

Juan David García Bacca

Ricardo Horneffer

Juan David García Bacca (1901-1992) nació en Pamplona, España, el 26 de junio de 1901. Sus estudios universitarios los llevó a cabo en varias universidades europeas, entre las que podemos mencionar París, Lovaina, Bruselas y Zurich. Obtuvo el doctorado en Filosofía por la Universidad de Barcelona, y el doctorado en Filosofía y Teología escolásticas por la Universidad Pontificia de Tarragona.

En la Universidad de Barcelona, García Bacca fue profesor de Filosofía de las ciencias y de Lógica matemática, entre 1932 y 1939. Llegó exiliado a Ecuador, en donde fue profesor de Filosofía en la Universidad de Quito. En 1942, llegó a México.

Su profundo conocimiento y dominio de las lenguas clásicas no sólo le sirvió para sus propias investigaciones filosóficas, sino para iniciar y formar a muchos estudiantes en esta disciplina. En 1946 fundó y dirigió en la Facultad el Seminario de estudios clásicos de griego, que se proponía ofrecer a los estudiantes "un conjunto de conocimientos de gramática, historia, literatura y filosofía griegas, así como todas aquellas técnicas culturales que los preparen debidamente para poder traducir en el futuro los textos clásicos".[1] Generaciones de estudiantes y profesores de filosofía hemos recurrido y aprendido de las investigaciones y traducciones que García Bacca hizo de los clásicos, entre



Ignacio Chávez, José Gaos, Romanelli y Juan David García Bacca.

los que destacan *Los presocráticos,* los *Diálogos* de Platón y el *Poema* de Parménides.

García Bacca no sólo tuvo una sólida formación filosófica y una muy destacada trayectoria en este campo. Paralelamente a la filosofía, realizó estudios de ciencias físico-matemáticas en diversas instituciones, principalmente en el Institut für Theoretische Physik, en el seminario dirigido por Sommerfeld.

Este doble interés de García Bacca —por la filosofía y por las ciencias naturales— se hace patente a lo largo de toda su obra, tanto en *Metafísica,* en la que hace aproximaciones constantes a la matemática y a la física, como en *Filosofía de las ciencias*; *Elementos de filosofía de las ciencias; Filosofía y teoría de la relatividad* y *Entrañamiento semántico y derivabilidad formal*.

Sus trabajos poseen no sólo el rigor científico y metodológico requeridos para toda investigación, sino también un gran dominio de la lengua y, además, un cierto aire poético-literario. De hecho, su interés por la relación de la literatura con la filosofía, lo lleva a escribir obras tales como *Filosofía en metáforas y parábolas; Introducción literaria a la filosofía* e *Ivitación a filosofar según espíritu y letras de Antonio Machado.*

[1] *Filosofía y Letras*, núm. 22, abril-junio de 1946, pp. 309-310.

Rafael García Granados.

Rafael García Granados

Guadalupe Pérez San Vicente

Conocí a don Rafael García Granados (1893-1956) en su sencilla oficina de la Facultad de Filosofía y Letras, en el bello edificio de la Casa de los Mascarones, cuya artística fachada abría un amplio acceso al patio principal en que unos cuantos árboles frondosos, cada cual con su respectivo arriate, significaba la constante tentación de sentarse a su sombra, en diálogos sin fin.

Don Rafael entrevistaba personalmente a cada aspirante a estudiar la carrera de Historia, y terminaba su primera conversación mostrando su cheque quincenal con la menos que modesta suma que conllevaba, invitando a reflexionar sobre ello y a volver si se consideraba conveniente. Así conversó con Josefina Muriel de la Torre, con Beatriz Ruiz Gaytán, con Celina Martínez de Valle y con quien suscribe, Guadalupe Pérez San Vicente.

En la cita siguiente planteaba las posibles satisfacciones, psicológicas sobre todo, que encontraríamos al acertar en nuestra vocación, y mostraba la otra cara de la medalla ofreciendo su ayuda a los posibles esfuerzos.

De natural apacible y bondadoso, excepto cuando escribía su artículo para la sección que fundó para defender a la metrópoli mexicana en *Excélsior*: "Nuestra ciudad"; le estorbaba su saco, remangaba su camisa y aporreaba la máquina mecánica, única de que se podía disponer en el salón de trabajo del Laboratorio de Arte, más tarde Instituto de Investigaciones Estéticas, en la azotea de la Librería Porrúa, en la calle de Argentina.

Su casa, biblioteca, tiempo y sabiduría estuvieron siempre disponibles para sus alumnos.

Don Rafael se hermanaba con Alfonso Reyes por la trágica muerte de su padre, don Alberto García Granados, fusilado el 8 de octubre de 1915. Su vida cambió totalmente; su carrera de ingeniero agrónomo en Gembloux, Bélgica, fue archivada y se consagró a la historia nacional, en la huella de su bisabuelo, José Fernando Ramírez.

A instancias del maestro García Granados se fundaron en la Facultad de Filosofía y Letras las cátedras de Historia antigua de México, Historia de España e Historia de América, sustentadas por la tríada de Rafaeles: él mismo, Sánchez de Ocaña y Heliodoro Valle, en 1936.

Promovió el conocimiento histórico en múltiples formas; congresos, conferencias, sus artículos periodísticos en *Excélsior* y *Revista de revistas* marcaban rutas para el conocimiento del país, que acometía con el arquitecto Luis Mac Gregor, con don Lauro Rosell. Su obra de difusión popular queda recogida sólo fragmentariamente.

"Por la Ruta Franciscana", los "Conventos del siglo de oro", *Calpan, Huejotzingo*, el *Diccionario biográfico de la historia antigua de México*, en tres volúmenes, es obra clave de nuestra historia y, la más entrañable, *Filias y Fobias*, que dedicó a la memoria de su tía Úrsula García Granados. Alentó la formación de la Sociedad de Estudios Cortesianos y auspició su serie de publicaciones, entre ellas *Cortés y la juventud*.

Se casó con doña Teresa Corcuera, hermosa dama jaliciense, y son sus hijos Alberto, Fernando y Concepción.

Generación afortunada a la que pertenezco por nuestros maestros, por nuestros compañeros, por el personal administrativo que, desde los encargados de la mesa de firmas —que regía don Toño Velázquez—, hasta el director, Julio Jiménez Rueda, formábamos una sola, entrañable familia.



Juan García Ponce y Juan Vicente Melo.

Juan García Ponce

Raquel Serur

Juan García Ponce, narrador, dramaturgo, ensayista, crítico de pintura, autor de más de treinta libros y Premio Nacional de Literatura, ha sido también profesor de nuestra Facultad. Su actividad docente no se extendió por mucho tiempo, pero éste bastó, sin embargo, para dejar huella decisiva entre sus estudiantes —algunos de ellos, como Hernán Lara, Cristina Moreno y Raquel Serur, profesores ya de nuestra universidad.

García Ponce ha sido siempre un profesor excéntrico. Su estudio de la literatura no es el de alguien ajeno a ella, que la mire como una realidad completamente objetivable; estudiarla es una manera más de hacerla, de cumplir con la idea de que la literatura no es un oficio sino un modo de vida, aquél justamente en el que ésta alcanza su plenitud. Dar clases siempre ha sido para él una de las formas de llevar a cabo su obsesión permanente: la literatura. Si sus estudiantes de entonces compartían esta obsesión eran bienvenidos, de otro modo, sutilmente, los alejaba con su ironía. Estudiar literatura es para él leerla, y hacerlo con un inmenso respeto al texto y a su ritmo, de manera detallada, meticulosa. Equivale a introducirse mediante la lectura en las distintas constelaciones de temas y de autores que componen su universo imaginario. Como lo dijo en alguno de sus cursos: "Yo no escojo a los autores, los autores me escogen a mí". Se refería a autores como Robert Musil o Thomas Mann, que no abandonan al lector una

vez hecha la primera lectura, que lo invitan a volver una y otra vez a ellos sin perder jamás su capacidad de sorprender. Una de las vías de esta maravillosa tenacidad de García Ponce ha sido justamente la que abrió al mundo cultural mexicano —dominado por su afinidad a las letras francesas— el acceso a la apreciación de la literatura alemana contemporánea.

Juan García Ponce pertenece a una generación que se caracterizó desde los años sesentas por un afán de ruptura con toda una forma ideológica de concebir tanto a la cultura como a la historia nacionales. Me refiero a Salvador Elizondo, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Huberto Batis y Juan José Gurrola, entre otros.

El talento de Juan García Ponce es sin duda extraordinario, pero no lo es menos la fidelidad de sus ideas. Nunca le ha interesado otro poder que el no poder de la palabra. Para él —como lo dijo él mismo en su temprana autobiografía—, el destino de un autor "no se encuentra más que en esa voluntaria sumisión al poder de la forma y la palabra". En este sentido, García Ponce nos ha enseñado tanto en las aulas de esta Facultad como fuera de ellas; lo ha hecho con su ejemplo, con esa generosidad intelectual, tan suya, y también —y muy especialmente— con su corrosivo sentido del humor —que sólo se detiene ante la veracidad del deseo y la belleza.

Alfonso García Ruiz

Andrea Sánchez Quintanar

Jalisciense de origen y de corazón —aunque universal de la conciencia y del conocimiento—, Alfonso García Ruiz (1917-1992) nació en Carichic, Chihuahua, por un hecho circunstancial: su padre, maestro rural, realizaba una labor alfabetizadora con los tarahumaras, movido por su conciencia revolucionaria y de atención a los grupos marginados. Poco tiempo después, la familia regresa a su lugar de origen y toda la educación del joven García Ruiz se realiza en la capital del estado de Jalisco, hasta concluir la carrera de abogado en la Universidad de Guadalajara.

Influyen en su formación el desarrollo y auge del socialismo, cuyo estudio asume con toda seriedad. Su posición se define claramente desde muy temprano: participa, desde sus años preparatorianos, en la Federación de Estudiantes Revolucionarios, que más adelante sería el



Alfonso García Ruiz y Silvio Zavala.

germen del Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente, el afamado FESO, del que llegó a ser dirigente principal.

Riguroso en el estudio teórico y empírico, desarrolla su interés por la historia al ingresar como becario en El Colegio de México, recién fundado, donde culmina sus estudios de maestro en Historia, complementados después en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Tiene como maestros en esas instituciones, entre otros, a Silvio Zavala, Ramón Iglesia, José Millares Carlo, José Medina Echavarría, Paul Kirchhoff, Ignacio Marquina, Pedro Bosch Gimpera, Juan B. Iguíniz, y asiste a algún cursillo de José Gaos. Entre sus compañeros de estudios se encuentran Ernesto de la Torre, Carlos Bosch García, Manuel Carrera Stampa, Hugo Díaz Thomé, Susana Uribe, Julio Le Riverend.

Más adelante realizaría el doctorado en Ciencias Políticas en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Las dos vertientes de su actividad intelectual que fueron motivo vital de su existencia, la historia y la enseñanza, se iniciaron tempranamente en su natal Guadalajara, donde ejerció como profesor de historia en una escuela secundaria, luego en la Escuela Preparatoria de Jalisco y después, ya en México, en el Instituto Politécnico Nacional.

Ingresa a la UNAM como ayudante sin sueldo de Silvio Zavala, en 1946, de la cátedra de Historia de las instituciones sociales de América, en la Facultad de Filosofía y Letras. Un año más tarde es titular de esa cátedra, y dos años después del curso de Historia de América, hoy llamado Descubrimiento y Conquista de América. En la División de Estudios de Posgrado impartió también desde entonces el curso México: Estado y sociedad (siglo XIX). Al mismo tiempo desarrollaba otros

cursos sobre historia de México en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Con una amplia visión de la historia que no se circunscribe a una parcela de especialización, el maestro García Ruiz abordó el estudio pormenorizado, y siempre consolidado teóricamente, de los temas sobre los orígenes y desarrollo americanos, así como el desarrollo social, político y económico del México decimonónico, génesis de nuestra contemporaneidad. Ejerció su generosa entrega a los discípulos sin descanso en las aulas universitarias y, además, en múltiples conferencias, ponencias y artículos sobre los temas de su especialidad.

De sus publicaciones cabe mencionar las dos más importantes: una síntesis de la *Historia de México*[1], que presenta una panorámica de nuestro devenir, y el *Ideario de Hidalgo*[2], profundo y decantado análisis del pensamiento y acción del revolucionario insurgente, obras, ambas, no superadas hoy día, cada una en su especificidad.

Congruente con su posición histórica, García Ruiz mostró ejemplar coherencia entre la teoría y la acción, entre el pensamiento y la práctica, en todas las funciones que la Universidad le encomendó: fue coordinador del Colegio de Historia durante dos periodos, entre 1966 y 1975, restableciendo equilibrios, a veces alterados por capillas y tendencias, e incorporando nuevas orientaciones a los estudios históricos. Bajo su coordinación se gestó el actual Plan de estudios de la licenciatura en Historia, que en su momento significó un avance notable en la reestructuración y renovación del conocimiento histórico.

Fungió en un periodo como representante profesor ante el H. Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras, y en dos ocasiones como consejero universitario profesor, en la primera por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y en la segunda por la Facultad de Filosofía y Letras (1973-1979).

Su intempestivo fallecimiento, el 15 de noviembre de 1992, cortó una vida en plena producción, y privó a la Universidad de su enseñanza y su acción en vivo, si bien su profunda confianza en el avance progresivo de la historia, fundada en el conocimiento riguroso, científico, del devenir humano, nos seguirán orientando en la indagación del pasado y la construcción del futuro.

[1] Alfonso García Ruiz y Wigberto Jiménez Moreno, *Historia de México, una síntesis*. México, INAH, 1962.

[2] Alfonso García Ruiz, *Ideario de Hidalgo*. 2a. ed. México, CONACULTA/Dirección General de Publicaciones, 1993.

Ángel María Garibay Kintana.

Ángel María Garibay Kintana

Miguel León-Portilla

Vida consagrada a servir al hombre indígena y a estudiar y a dar a conocer su antiguo pensamiento y palabra, fue la del padre y doctor Ángel María Garibay (Toluca, 1892-ciudad de México, 1967). Su formación eclesiástica coincidió con los años de la Revolución mexicana. Atento a lo que ocurría, pudo a la vez adentrarse en las humanidades grecolatinas y acercarse al ser indígena de México.

Ordenado sacerdote, dedicó cerca de veinticinco años a trabajar en lugares donde convivió con nahuas y otomíes. Aprendió sus lenguas, admiró su entereza y —como lo habían hecho algunos frailes del siglo XVI— se esforzó por comprenderlos y hacer menos dura su existencia.

Su vinculación con la Universidad Nacional a partir de los años cuarentas, coincidió con un nuevo encargo de expositor de textos bíblicos en la Basílica de Guadalupe. Poco antes había dado a conocer algunas muestras de poesía náhuatl. Agustín Yáñez le pidió entonces preparara dos volúmenes para la Biblioteca del Estudiante Universitario: *Poesía indígena de la Altiplanicie* (1940) y *Epica náhuatl* (1945). Reeditados varias veces, despertaron grande interés y aun algunas vocaciones en jóvenes investigadores deseosos de saber más acerca de ese universo de cultura. Garibay dictaba por ese tiempo conferencias y cursos en varios recintos universitarios. En 1953, en ocasión del IV centenario de la Universidad, recibió, con otros distinguidos maestros, un doctorado *honoris causa*.

Desde entonces, su vinculación con nuestra Universidad, de modo especial con la Facultad de Filosofía y Letras, y luego también con el Instituto de Investigaciones Históricas, se estrechó y perduró hasta su muerte. Nombrado profesor extraordinario en la Facultad, además de conferencias y algunos cursos, tuvo a su cargo, como tutor académico, la dirección de tesis de maestría y doctorado. A la vez que continuaba investigando en códices y textos en náhuatl, contribuía a la formación de otros. Garibay formó escuela. Realizó así de nuevo su vocación de misionero pero ahora como maestro que transmitía lo que escudriñaba y recogía, siempre en torno a las culturas indígenas.

Don Ángel, varón de lengua barba, penetrante mirada y voz firme, maestro cuyo rostro podría haber sido el de un profeta de Israel, nunca estuvo de espaldas a la vida. Algunos pensaban de él que era persona hosca y exigente. Lo último fue verdad en el ejercicio de su profesión. Él mismo decía a los que acudíamos a él que quien no estuviera dispuesto a trabajar, no fuera a quitarle el tiempo. Hosco en apariencia, su trato revelaba muy pronto que tenía las puertas de su corazón de par en par. Fui su discípulo y emprendí trabajos con él a lo largo de quince

años. Otros discípulos tuvo, algunos que luego han sobresalido, como Alfredo López Austín y Thelma Sullivan, quienes concurrieron también a mis clases a lo largo de varios años.

Extensa es la obra escrita de Garibay. Lugar principal ocupan su magna *Historia de la literatura náhuatl* (1953-1954), con varias reediciones); *Vida económica de Tenochtitlan*, (1960); *Poesía náhuatl* (1963-1967, reeditado en 1993). Preparó también ediciones de las obras de Bernardino de Sahagún, Diego Durán, Diego de Landa, Manuel Orozco y Berra, así como de los dramaturgos griegos que tradujo al castellano. Otros muchos trabajos sacó a luz que siguen siendo leídos y estudiados.

Ángel María Garibay fue sobre todo maestro en la plenitud de lo que esta palabra significa. Rosario Castellanos escribió que la cultura mexicana después de Garibay vino a ser otra: por obra suya el legado espiritual indígena comenzó a conocerse con hondura, valorado y difundido con sentido humanista. Universitario fue Garibay del que, con razón, México y nuestra *Alma mater* pueden sentirse orgullosos.

Elsa Garza Larumbe

Margarita Quijano

Elsa Garza Larumbe fue maestra en el Departamento de Letras Inglesas de la Facultad de Filosofía y Letras desde 1950 hasta el día de su muerte, el 27 de junio de 1976. Durante todos esos años impartió cursos diversos, entre los que destacan los de Literatura medieval inglesa, Literatura inglesa romántica y victoriana y el de Historia de la cultura inglesa, curso, éste último que, por muchos años, constituyó el único lugar en el que se estudiaba la obra de Milton. De hecho, Elsa era entonces la única estudiosa en México que trabajaba a Milton. Se especializó también en la literatura norteamericana de los puritanos, y su tesis doctoral, *Cotton Mather, New Land Puritan*, le valió el *cum laude* en el examen de doctorado por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, en 1962. Había hecho antes un diploma de posgrado y luego la maestría en literatura inglesa en la Universidad de Sheffield, Inglaterra (1948-1953). Es a esos años de estudiantes que regreso en mi memoria cuando pienso en ella.

Recuerdo a Elsa, en 1947, caminando conmigo por Oxford Street, en Londres. Estaba recién desembarcada del Queen Elizabeth que, junto con el Queen Mary, eran los trasatlánticos más grandes y veloces, verdaderos palacios con una estabilidad tal que parecían deslizarse como



Elsa Garza Larumbe, 1975.

por un estanque. Pasamos por un restaurante con anuncios de filete de ballena, y Elsa decidió comer ahí. No le agradó el platillo; la comida en Inglaterra, entonces, era pésima y escasa, especialmente en comparación con las del barco. Según Elsa, la Cunard Line transportaba a "distinguidas personalidades", refiriéndose a ella y a mí. Tenía un gran sentido del humor y gran delicadeza y discreción. Tenía también una suerte extraordinaria para sacar premios en rifas y en la lotería. Pero su pasión eran los animales, especialmente los gatos. Siempre tuvo una pareja de gatos finísimos a los que prodigaba gran ternura. El accidente de su infancia que le dejó inmóvil de una rodilla aumentó su natural timidez. Al final se quedó sola, sin sus hermanas, que habían muerto en un trágico accidente automovilístico.

En la primavera de 1948 fue a visitarme a París, donde yo estudiaba en la Sorbona, y deleitó a la familia Domerge que tenía una casa de huéspedes para estudiantes, en la que yo vivía, porque recitó de memoria poesía francesa. Su pronunciación en inglés y francés era perfecta. Los Domerge creían que en México no teníamos cultura. Elsa los hizo rectificar esas ideas.

La falta de alimentos, de calefacción y de seguridad en países destrozados por los bombardeos después de la Segunda Guerra Mundial se sobrellevaba fácilmente porque teníamos la sensación de haber salido de una cárcel y gozar de una libertad que no existía en México, donde el horizonte de la mujer era el casamiento, y la soltería se consideraba un fracaso. Cuando Elsa y yo hablábamos de esto y de los millones de jóvenes sacrificados en guerras absurdas sentíamos que teníamos el privilegio de romper cadenas milenarias.

Juan Garzón Bates

Mercedes Garzón

En el prólogo a su libro *Carlos Marx: ontología y revolución*, escrito a mediados de los años setentas, Juan se presenta a sí mismo como producto de una generación y confiesa que su texto no es creación de un individuo singular, sino de una individualidad social que se expresa a través de una "época" —singularidad que es, a su vez, consecuencia de un acontecer específico que, en el caso de Juan, no podría entenderse más que a partir de situaciones históricas concretas, como pueden ser el exilio español en México, la Revolución cubana o el movimiento fe-


Juan Garzón Bates, 1983.

rrocarrilero de los años cincuentas en México. Pasado y presente que lo llevan a una militancia política que despierta la inquietud teórica por comprender las posibilidades de transformar al mundo y cambiar la vida.

Entendiendo que el presente es el resultado momentáneo de un largo proceso, y encontrando en los libros y en la cultura la orientación práctica e ideológica que conforma al pensamiento, Juan se enfrentó, desde su soledad más profunda, a los problemas teóricos y prácticos de su momento, intentando resolverlos y darle una dirección positiva a lo comprendido para llevar a cabo una acción transformadora.

A partir de la reflexión en torno a las filosofías de Marx y Heidegger, así como de Sartre, Freud y Nietzsche, autores críticos y polémicos, no pocas veces reñidos entre sí, Juan intentó encontrar el entrecruzamiento teórico de éstas en el nivel más abstracto de la filosofía, para incidir en la práctica política y en el compromiso cotidiano con la vida, mostrando así la necesidad de una actuación que modificara la existencia cotidiana para que la realidad se expusiera a la luz del sol, haciendo surgir de ésta una excitativa ética creadora.

Figura crítica y polémica él mismo, Juan aparece siempre en mi memoria junto con los recuerdos de una infancia que empieza a conocer la rebeldía a través de los numerosos enfrentamientos que sostuvo con la autoridad familiar, ya sea por querer estudiar filosofía o por insistir en unirse a las campañas alfabetizadoras en el primer país socialista de América. Rebeldía que se transfigura en un pensamiento que pretende disolver resultados fijos o cualquier consigna hecha dogma.

Como maestro, Juan Garzón nos enseñó a atrevernos y a arriesgarnos a pensar por cuenta propia, involucrándonos en la filosofía que se comprende a sí misma como una obsesiva e incansable pasión vital por subvertir los significados del presente, intentando crear las condiciones de un porvenir que, aunque siempre incierto, permita la apertura a otras posibilidades de vida surgidas del goce y el deseo y no de la miseria o la escasez.

Margo Glantz

Marcela Palma

Marzo de 1970. Al volver la vista atrás, los recuerdos se me agolpan como bola de cristal —a la inversa—; el pasado se me revela primero borroso y poco a poco las imágenes van cobrando forma, color y la fisonomía del entorno y del contorno se vuelve nítida, clara y es entonces, en ese momento, cuando recuerdo que la Facultad en su planta baja estaba flanqueada por un amplio ventanal y desde el llamado "Aeropuerto" se contemplaban y nos acompañaban nuestros enormes volcanes, vigías permanentes del tiempo que inexorablemente fluye.

Fue en la primavera de ese año cuando, junto a todo esto que veía y contemplaba, por primera vez que descubrí una figura alta, esbelta, elegante: Margo Glantz, y descubrí también por primera vez lo que era conocer en presencia y con figura a una fuente —diría yo— inagotable de conocimientos; materia: Literatura comparada; aula: 102, y de pronto el aula se convirtió en un buque mágico, la asignatura en un mar turbulento donde autores, obras, anécdotas, análisis, comentarios eran conducidos con vehemencia, pasión, entusiasmo y firmeza por Margo Glantz, quien miraba cómo todo era recogido en la playa silenciosa y ondulante que conformaban sus absortos alumnos.

Y es cierto. Margo es ese torbellino de ideas que se agolpan mucho más rápido que las palabras y éstas conforman un universo literario donde lo antiguo convive con lo actual, lo extranjero con lo propio, lo culto con lo popular; es ese universo donde no hay fronteras, no hay líneas divisorias, no hay diques, la cátedra de Margo es ese pasaporte sin refrendo donde se transita libremente sin tiempo ni espacio determinados, es un todo donde la literatura es guiada por la mano magisterial de una maestra también sin fronteras.

Pero los mares donde Margo se sumerge no son sólo los de la docencia, ya que también conoce los azules profundos de la creación y la crítica donde navega también sin límites, y de *Doscientas ballenas azules*, pasamos a *Las mil y una calorías* (novela dietética), para quedar atrapados en *La amorosa inclinación a enredarse en los cabellos,* donde la obra de Calderón se convierte en verdadera artesanía de filigrana.

De esta manera, Margo Glantz cumple con ese ideal de mujer contemporánea: maestra que investiga, investigadora que enseña deleitando y ese mismo e inmanente deleite nos lo regala en cada obra de creación.

Profesora invitada en varias universidades del país y del extranjero, funcionaria de distintas dependencias de la UNAM, ha desempeñado, también, cargos públicos en la Secretaría de Relaciones Exteriores.



Margo Glantz y Rosario Castellanos, 1964.

La doctora Glantz ha sido distinguida con varios premios y reconocimientos, entre otros el Premio "Magda Donato" (novela) y el Premio Universidad Nacional en el área de Aportación Artística y Extensión de la Cultura, 1991. Sin embargo, lo anterior me lleva a pensar que los verdaderos premiados somos aquellos que la hemos conocido y que abrevamos en ese mundo mágico de su pluma y su palabra.

La figura elegante, con ese cigarrillo siempre juguetón en la mano sobre la que resalta un anillo ambarino y desmedido, sigue bañando las playas soñadoras de esta Facultad.

Y yo, igual que todos los que la conocen y admiran, espero que esa figura alta y elegante que descubrí hace ya más de veinte años continúe por muchos años envolviéndonos suavemente en las infinitas aguas azules de su profundo saber y amor por la literatura.

Paula Gómez Alonzo

Graciela Hierro

Paula Gómez Alonzo nació en 1897 y se inició como maestra en 1913, a los dieciséis años de edad. Como ella misma lo indicó en 1963, cuando celebraba sus cincuenta años como docente, fue maestra en todos los niveles de la enseñanza. Estudió primero en la Escuela Normal para Maestros y luego en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que obtuvo el doctorado en Filosofía.

Su inscripción más antigua como alumna en la Facultad de Filosofía y Letras fue en 1925.

En 1933 obtuvo su plaza de Tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde impartió las cátedras siguientes, durante los treinta y tres años que ejerció la docencia en la Facultad: Conocimiento de los adolescentes, Didáctica general, Filosofía de la historia y Ética, Técnica de segunda enseñanza, Introducción a la filosofía, de la que es profesora titular en 1941; alcanza la categoría Titular "B" Tiempo completo.

Obtuvo el grado de maestra en Filosofía en 1933, con la tesis *La cultura femenina*. Sus sinodales fueron el doctor Antonio Caso, el doctor Enrique O. Aragón, el doctor Alfonso Caso y el profesor Pablo González Casanova. En esta tesis, la maestra Paula lanza al aire la cuestión que dieciocho años más tarde retomara Rosario Castellanos, también en su tesis de maestría en Filosofía en la UNAM, *Sobre cultura femenina* (1950). Pretende Gómez Alonzo "bosquejar el papel femenino en la cultura masculina". Castellanos escribe sobre este problema.

En su sabático visita varios países investigando sobre la similitud de la evolución intelectual de la humanidad; asimismo, su preocupación por la enseñanza la lleva a visitar facultades y escuelas de Filosofía para aprender sobre los métodos y los temas de la enseñanza actual de la filosofía. Esos son los propósitos que expresa en la solicitud sabática.

Podemos decir que doña Paulita fue una maestra por excelencia en su dedicación y preocupación por la Facultad. A raíz de uno de sus informes como maestra, el licenciado Salvador Azuela, director de la Facultad en 1957, la felicita calurosamente por el ejercicio de su cátedra y las tareas complementarias de la función docente.

En 1937 quiere ser maestra en Ciencias de la educación, especializada en historia; para ese propósito cursó tres materias. Pero dados sus estudios en la Escuela Normal superior y en la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores, habiendo obtenido el grado de maestra en Filosofía, se le rechaza tal solicitud.

En 1943, a instancias de doña Paulita, se incluye en el Plan de estudios de la Facultad un curso de Historia de la filosofía en México. Y en

los demás cursos de Historia de la filosofía se explicará a los filósofos extranjeros.

Hizo su examen de doctorado en Filosofía en 1951, presentando la tesis *Filosofía de la historia y ética*. Su jurado estuvo formado por los doctores Samuel Ramos, José Gaos, Leopoldo Zea, por la doctora Luz Vera (primera doctora en Filosofía por la UNAM), y por el doctor Adalberto García de Mendoza.

Realiza otras tareas académicas como asesora en la inscripción de alumnos de pedagogía y filosofía. Dirige muchas tesis y se menciona que fue sinodal en los exámenes profesionales de los doctores Vera Yamuni, Fernando Salmerón y Eli de Gortari.

En 1955 editó su obra *Filosofía de la historia y ética*. También redactó un estudio sobre el sistema de exámenes de la UNAM en 1955. Se desempeñó como profesora de Educación en Enfermería en la Escuela de graduados, UNAM, 1954. Fue miembro suplente del Departamento de Filosofía en el Consejo Técnico entre 1955 y 1956.

Escribió un estudio sobre ética en el siglo XX, publicado posteriormente. En 1961 es Profesora de Tiempo completo, adscrita al Departamento de Historia de la Facultad. En esa misma fecha está a punto de jubilarse, pero pide al Consejo Técnico diferir su jubilación hasta los setenta años, a lo cual el Consejo Técnico en pleno la apoyó calurosamente. Se jubila en junio de 1966.

Antonio Gómez Robledo

Elsa Cecilia Frost

Políglota, abogado, filósofo, diplomático, traductor y comentarista de los clásicos, académico de la lengua, investigador, catedrático y defensor apasionado del legado de Occidente, casi no hay terreno de las humanidades en el que el doctor Antonio Gómez Robledo (Guadalajara, Jalisco, 1908) no haya incursionado y no haya dejado huella. Educado en su Guadalajara natal, Gómez Robledo llegó a la Facultad de Filosofía y Letras —por entonces todavía en la bella casa de Mascarones— ya recibido de licenciado en Derecho; allí cursó griego con don Demetrio Frangos hasta llegar al completo dominio de la lengua. Pero quizá lo que más influiría en él por ese tiempo fue el seminario que dirigía José Gaos. Fruto de él fue *Del cristianismo y la Edad Media*, volumen colectivo en el que figuraron al lado de Gómez Robledo otros

jóvenes que llegarían también a ser ilustres: José Luis Martínez, Edmundo O'Gorman y Leopoldo Zea.

Alejado después por su quehacer diplomático del ámbito académico, Antonio Gómez Robledo expresó su preocupación permanente tanto por el derecho internacional como por la filosofía moral en una serie de brillantes libros que van desde *Los Convenios de Bucareli ante el derecho internacional* y *La política de Vitoria* a *Sócrates y el socratismo* y *Platón: los seis grandes temas de su filosofía*, a los que se agrega su *Ensayo sobre las virtudes intelectuales* dedicado a Aristóteles. Puede decirse, por lo tanto, que Gómez Robledo ha construido su pensamiento sobre la base de los mayores filósofos de la Antigüedad, aunque debe agregarse también una clara inclinación por las letras, de Dante a Umberto Eco. Para entenderlo cabalmente no basta, sin embargo, su evidente amor a la herencia clásica, aunque éste lo ha llevado a traducir tanto a Platón y Aristóteles como a Marco Aurelio. Hay que tener siempre presente para comprender esta enorme obra que Gómez Robledo es un cristiano practicante y su apego a la palabra evangélica explica y define su vida. Seguro en su fe, don Antonio puede ser crítico severo de todo aquello que la Iglesia tiene de reprochable. Ejemplo de esta actitud son textos como el consagrado a *El pensamiento filosófico de Edith Stein* o el "Ensayo preliminar" a su traducción de *Tres discursos sobre los grandes* de Blas Pascal.

Retirado ya del servicio diplomático, don Antonio ha ido acumulando libro tras libro, notable cada uno de ellos no tan sólo por su erudición, sino también por su estilo. Tras ellos, a pesar de su variedad o quizá precisamente por ella, se vislumbra un hombre cuyos diversos intereses conforman una figura representativa de lo más valioso de la cultura occidental. Verdadero humanista y hombre íntegro, que a lo largo de su vida ha recibido merecidos honores, Antonio Gómez Robledo, a sus batalladores ochenta y cinco años, aún tiene mucho qué decir y qué hacer.

José Luis González

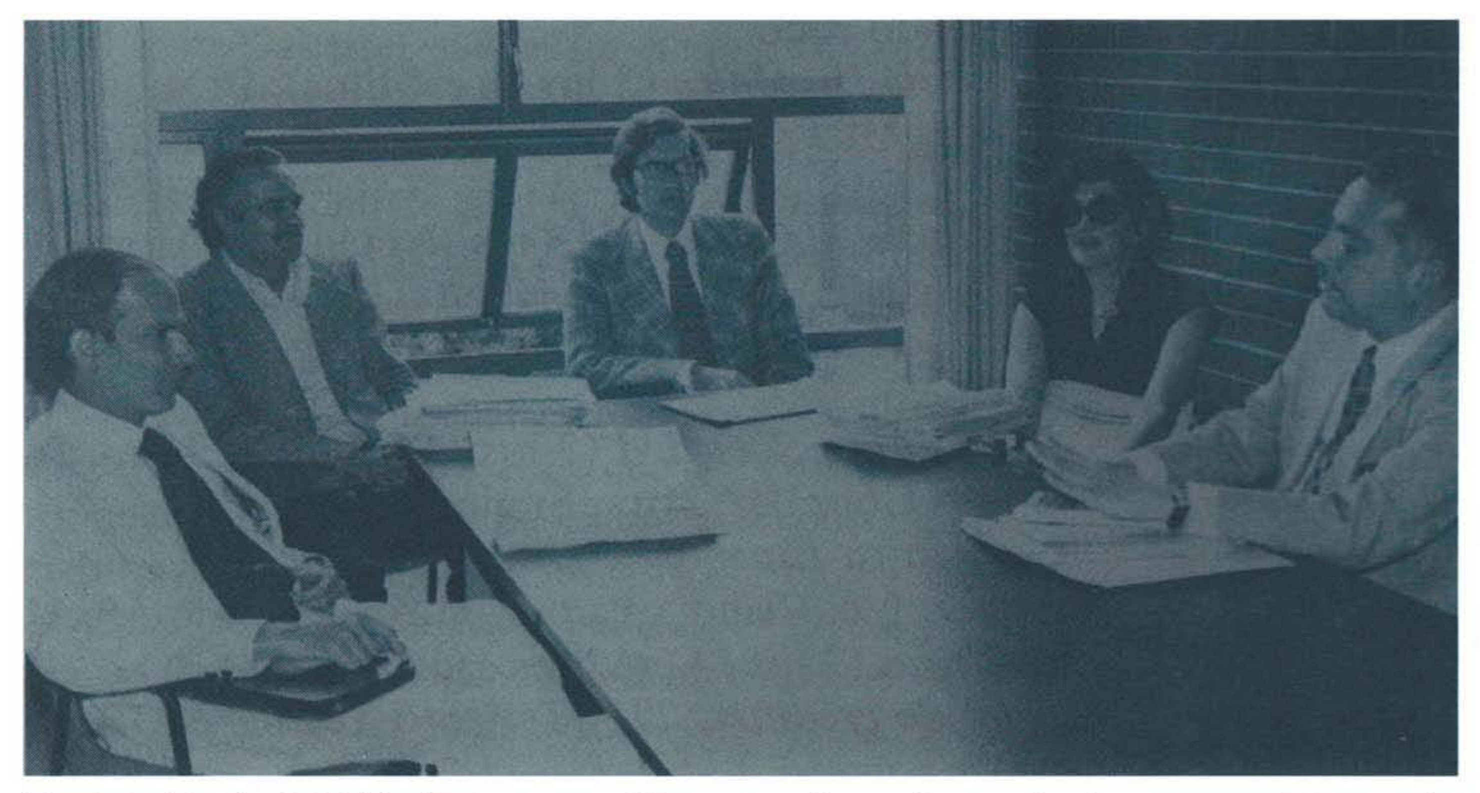
Ignacio Díaz Ruiz

No podemos pasar por alto al maestro José Luis González. No, por varios motivos. En primer término por tratarse de un prototipo: el profesor creador. Sus relatos e historias, concisas y magníficas lecciones de escritura e ingenio, forman parte de esa incuestionable y ya clásica literatura contemporánea de Nuestra América. "La noche que volvimos a ser gente" y "La carta", por recurrir a tan sólo dos ejemplos, son elocuentes muestras de esta vigorosísima narrativa breve cuyo hálito político, social —profundamente ético—, perfilan la vida y obra y andanzas de esta escritor puertorriqueño trasterrado, quien ha echado sus raíces en México.

No podemos pasarlo por alto, además, por su bien entendido magisterio. La eminencia y dignidad de su vocación de maestro quedan suscritas por su peculiar idea de la enseñanza de la literatura, compendiada en diminuto verbo: *leer*. Él mismo voraz e incesante lector hace de su cátedra una natural extensión de esta cotidiana y elemental experiencia. Como Borges, es incapaz de imaginar un mundo sin libros (para leerlos pero también para pensarlos y escribirlos). Su magisterio, su segunda profesión, se identifica plenamente con un concepto medieval de *lector*, término que se relaciona con las comunidades religiosas y de manera especial con una de las órdenes menores; en *Las partidas*, Alfonso X, el Sabio, explica: "Otro grado hay que llaman lector, que quiere tanto decir como leedor: a éste debe ser a tal que sepa leer las profecías e las lecciones abiertamente, departiendo las palabras según son, porque las puedan mejor entender los que las oyeran". Evocando a aquel tipo de lector, su cátedra es así siempre una lección abierta, donde se departen las palabras, sabroso arcaismo éste para hablar de enseñanza, exégesis y discusión de textos.

Afín a los grandes maestros, propone el diálogo como método. En sus lecciones exige la confrontación de experiencias, la discusión de ideas, el debate de conocimientos, la crítica sustancial. Su vocación latinoamericanista demanda siempre atención y cuidados a nuestras culturas y nuestros problemas. De tal suerte que las literaturas de Hispanoamérica, incluyendo no sin orgullo las del Caribe, fueron conocidas y reconocidas en nuestra Facultad. El temple humanista de este profesor, forjado en parte por una cultura de muy amplios registros con insistentes modulaciones sociológicas, determina su visión universal. La profunda experiencia isleña y norteamericana, y las residencias en Europa conforman su sensibilidad a la que nada le es ajeno.

Tampoco podemos pasar por alto su calidad y su integridad humanas: el respeto por sus semejantes, el trato generoso, la cordialidad de



Arturo Souto, Arturo Azuela, Luis Rius, Margo Glantz y José Luis González, 1976.

sus palabras sazonadas con humor; de tal suerte que asistir a sus lecciones es asistir a memorables lecciones de impecable honradez y proverbial rectitud. Sin embargo, no todo es miel sobre hojuelas: en consonancia con su estatura y estirpe guerrera en ocasiones —pocas, es cierto—, aparece su disonancia: espíritu vehemente, combativo e indómito; las luminosas gotas de sangre de los carabalí o de los yoruba se le suben a la cabeza cuando se trata de actos de injusticia, de falta de respeto, de indignidad o de algún otro hecho que vaya en contra de sus principios y de sus fines éticos.

Las lecciones del profesor van desde la sencillez y claridad de una cotidiana exposición a la capacidad de establecer un franco coloquio con sus discípulos. Su preocupación por las palabras directas y próximas ha quitado la rigidez y formalidad de los exámenes profesionales y de grado a los que asiste, para transformarlos en verdadero diálogos de afables razones. José Luis González entendió y entiende a la literatura, al magisterio y a la vida como simples vasos comunicantes; de ahí esas precisas y azarosas correspondencias entre sus relatos, sus cuentos, sus clases, sus ensayos, sus anécdotas, sus tertulias diarias, sus charlas de pasillo: todo es uno. Por éstas, y por otras muchísimas razones que sí vendrían al caso, José Luis González es el maestro que, por ninguna circunstancia, podemos pasar por alto.

Manuel González Montesinos

María de la Gracia González Caballero

Manuel González Montesinos (1887-1965) nació y murió en la ciudad de México; pasó algunos años de su juventud en Francia. Durante la Primera Guerra Mundial se alistó como soldado en la Legión Extranjera y fue herido varias veces.

La Universidad de París le otorgó los grados de bachiller en Letras y en Ciencias. En la Universidad Nacional Autónoma de México obtuvo los títulos de maestro y doctor en Letras (*suma cum laude*).

Dentro de la Academia Mexicana de la Lengua fue individuo de número y, con el permiso del Congreso de la Unión, recibió del gobierno de Francia las siguientes distinciones: Caballero de la Legión de Honor, condecorado con la Cruz de Guerra y Oficial de la Academia (Palmas Académicas de Plata).

Dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México fue maestro de 1931, ingresando como profesor honorario, hasta el 30 de abril de 1965 en que se jubiló. En julio de 1956 recibió el nombramiento de Profesor de Tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras. Las cátedras que impartió fueron, entre otras: Literatura general comparada, Literatura castellana contemporánea, Estética de la lengua castellana y Seminario de lengua española. Hasta 1955 fue profesor de la Escuela de Verano y, en la Normal Superior (cuando ésta dependía de la UNAM), tuvo a su cargo el curso de Técnica de enseñanza del francés. Durante varios años fue maestro en la Escuela Superior de Guerra, de la Escuela Bancaria y Comercial, y de la Alianza Francesa. En el extranjero fue catedrático y conferenciante de las Universidades de Oxford, Cambridge y Texas.

Periodista hasta los últimos días de su vida, trabajó como editorialista en *Excélsior* y *Novedades*; en revistas como *Tiempo* publicó innumerables artículos sobre cuestiones del lenguaje. Utilizó los seudónimos de El Dómine y León Leza Guzmán. Su columna "Palmetazos" ilustraba y cautivaba a sus lectores; con frecuencia, establecía polémica con otros colaboradores de los periódicos.

Maestro, periodista, escritor, poeta, la figura de González Montesinos todavía se recuerda. Llamaba la atención por su porte, elegancia y distinción; caminaba erguido, seguro, siempre con un bastón o un paraguas en la mano que completaban su atuendo estilo inglés.

En la cátedra su discurso rayaba en la perfección, pues siempre buscaba y encontraba la expresión más justa. Aunque eruditas, sus clases eran amenas porque su mordacidad e ironía hacían reír.

Era capaz de resolver casi cualquier duda de lenguaje, apoyándose en su profundo conocimiento de los clásicos españoles, de tal manera

que, consultarlo, era acudir a un diccionario de autoridades viviente. Purista por convicción y decisión, trataba de que sus alumnos llegaran a manejar con la mayor propiedad su lengua y corregía con obsesión el mínimo error de léxico o sintaxis.

Sarcástico, irónico, pero siempre cordial, el maestro González Montesinos se ganó el respeto y la admiración de muchas generaciones de estudiantes que pasaron por sus aulas.

Conservó hasta la muerte los ideales que inspiraron su juventud guerrera: valor, rectitud, honestidad, lealtad, sensibilidad; de ellos queda su huella en el recuerdo de los que lo conocimos, pero también en su poesía inédita. Podría rematar esta semblanza con la cita de la primera estrofa del soneto dedicada a su padre, don Fernando González:

> Hoy que por fin sin lágrimas te lloro,
> sé que mi alma de la tuya es parte;
> y puedo envanecerme y venerarte,
> pues heredé un blasón y no un tesoro.



Enriqueta González Padilla, 1960.

Enriqueta González Padilla

Federico Patán

La enseñanza universitaria puede ser una labor callada y, pese a ese recato con que se le cumple, muy importante. Cuando se examina ese quehacer silencioso y perseverante, sostenido a lo largo de años y en cursos de la índole más variada, comprendemos que uno de nuestros sostenes principales, en tanto que Universidad, es la presencia de quienes llevan a buen término empresa así de dificultosa.

La doctora Enriqueta González Padilla se inicio como profesora del Departamento de Letras Modernas en mayo de 1958. Hizo primaria, secundaria y preparatoria en el Instituto Anglo-Español, y sus estudios de licenciatura y maestría en esta Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo su grado de maestra en Letras Modernas, *cum laude*, en diciembre de 1955. Diez años después, era suyo el grado de doctora en Letras. Además, hizo estudios de literatura francesa en la Sorbona.

La doctora González Padilla ha cumplido un espléndido itinerario de profesora a partir de su incorporación a nuestra Facultad. Con base en su sólida preparación, se hizo cargo de cursos de literatura tan diversos como el dedicado a la Edad Media, aquel relacionado con las letras isabelinas y jacobinas, sin olvidar el de Restauración y el siglo XIX.

Su Seminario de literatura bíblica es muy solicitado por los alumnos. Paralelamente a esto, participó en mesas redondas y dio conferencias donde era perceptible el buen manejo de la información que poseía.

Como coordinadora de Letras Modernas vio de renovar la planta de profesores, se preocupó por impulsar a quienes dedicaban su tiempo a la enseñanza, promovió actividades culturales y fue una acuciosa directora de tesis. En otras palabras, se le veía activa en todo aquello que constituye el sostén primero del quehacer profesoral.

No por ello descuidó las tareas de investigación. Con motivo del centenario de Charles Dickens, coordinó el libro *Charles Dickens (1812-1870)*, en el cual se incluye asimismo el ensayo "El último Dickens", de la propia coordinadora. De 1968, con reedición en 1991, es *Poesía y teatro de T. S. Eliot*, inteligente comentario de difusión sobre una buena parte de la obra dejada por este poeta norteamericano. Y no olvidemos que, hace ya sus buenos doce años, la doctora González Padilla reunió en torno suyo a un grupo de profesores jóvenes, con el cual puso en marcha un proyecto ambicioso y necesario: editar en español la obra de William Shakespeare. Más una puesta en español hecha a partir de traducciones cuidadosas, basadas en las ediciones críticas inglesas, con el necesario acompañamiento de notas y prólogos extensos que daban a cada una de las piezas traducidas un marco de referencia muy académico. A la fecha se han publicado de este proyecto varios volúmenes, un buen número de ellos resueltos por la mano experta de la doctora González Padilla. Que aparezcan en la serie "Nuestros clásicos" es otro motivo de contento.

Así pues, la doctora Enriqueta González Padilla ha cumplido entre nosotros un itinerario envidiable por su dedicación y la variedad de tareas atendidas. Y que, por suerte, tiene aún muchas etapas por cubrir.

Eli de Gortari

Jaime Labastida

Eli de Gortari entraba en su plena madurez cuando yo lo conocí. Estaba por cumplir treinta y nueve años de edad y yo era apenas un joven de diecisiete que había terminado su enseñanza preparatoria en un ambiente cerrado, duramente determinado por horarios regidos por la implacable disciplina militar.

En la primera clase que recibí en la Facultad de Filosofía y Letras había oído, de labios de mi profesor de filosofía presocrática, una fra-



Eli de Gortari.

se lapidaria. Después de rechazar que se pudiera trabajar con un "libro de texto", había exigido de nosotros que leyéramos directamente a los autores mismos, que nadáramos en sus aguas: el que aprenda a nadar, dijo Eduardo Nicol, pasará a la otra orilla; el que no, se ahogará. Ahí no hubo contemplación ninguna; nada que se asemejara al paternalismo, a la complacencia intelectual, es decir, a la mutua corrupción en que se ha convertido buena parte de nuestra educación superior: alumnos que no estudian, profesores que no exigen.

Además de Nicol, mis profesores respondían a los nombres de Luis Villoro, Ricardo Guerra, Francisco Larroyo, Antonio Alatorre, entre otros. Apenas en el año 1959, al morir Samuel Ramos, nuestro profesor de estética, pudo entrar Adolfo Sánchez Vázquez a dar su primera cátedra: la cantidad de alumnos, tan reducida, impedía que hubiera dos grupos en algunas materias, razón por la cual el titular ocupaba el único espacio disponible. Como los grandes árboles, que impiden el crecimiento de otros a su alrededor.

Sin embargo, sí había dos clases de lógica. A los alumnos se nos ofrecía la oportunidad de optar por enfoques diferentes en una misma materia. Una de esas cátedras la ocupaba aquel profesor que entraba en su plena madurez intelectual. Tenía un aspecto hosco: cejas muy gruesas, bigote abundante, patillas largas, lentes muy anchos tras los que se descubrían ojos firmes y penetrantes. El hombre, que era todo bondad y generosidad sin límites, se protegía del mundo bajo aquella máscara.

Para mí, la cátedra de Eli de Gortari constituyó una aventura constante, un riesgo, un peligro. Donde los otros creían haber encontrado soluciones, él fundaba problemas; donde los otros se estacionaban, complacidos, él avanzaba. Como Arturo Rosenblueth, gustaba de borrar las fronteras entre las disciplinas y entendía que el acercamiento entre filosofía y ciencia, entre filosofía y arte, entre ciencia y poesía, era fructífero; profundo, emotivo, radicalmente fructífero. De Gortari, pues, se arrojaba con gusto —y nos arrojaba con igual entusiasmo— a los peligros del pensamiento, a los riesgos de la duda, a la necesidad de la construcción sistemática, a la aventura de la comparación insólita.

Por ejemplo, a partir del principio de simetría y paridad, aceptó que trabajáramos en los campos más diversos, desde la biología y la química hasta el lenguaje y la poesía.

Eso era habitual para quien, como él, dirigía, junto con Samuel Ramos y Guillermo Haro, el Seminario de problemas científicos y filosóficos, un espacio de discusiones interdisciplinarias donde se daban cita astrónomos y filósofos, lingüistas e historiadores, biólogos y escritores: Ángel María Garibay al lado de Louis de Broglie, Mauricio Swadesh junto a Auguste Cornu, un espacio del pensamiento, abierto, amplio, plural, lleno de sugerencias, dudas, incitación a la modernidad, a la disciplina, al sistema.

Eli de Gortari fue el presidente del jurado que examinó mi tesis de licenciatura —los otros dos sinodales fueron Luis Villoro y Adolfo Sánchez Vázquez.

De Gortari tenía orden, sistema, disciplina. Sin duda, su modelo de filosofía arrancaba de la gran estructura hegeliana. Sus investigaciones no sólo poseen una enorme importancia histórica en el desarrollo de nuestro pensamiento, sino que, además, constituyen una aportación original a la filosofía de nuestro tiempo.

Este hombre fue postergado, hostilizado, marginado, encarcelado. Nunca se le invitó a formar parte de El Colegio Nacional —y, como lo recordó Jesús Kumate a propósito de Rufino Tamayo, admitido en esa institución apenas unos meses antes de su muerte: al Colegio le habría hecho falta de Gortari, aunque él no necesitara de aquella gloria. Este hombre pensaba por muchos. Ha muerto, con él, una porción considerable del cerebro de nuestro país.



Sofía Villalón, María de la Luz Grovas e Ida Appendini.

María de la Luz Grovas

Enriqueta González Padilla

Hacia los años cuarentas y cincuentas, la doctora María de la Luz Grovas fue, por más de una década, jefe y decana del Departamento de Letras inglesas de nuestra Facultad. Se le recuerda especialmente por sus cursos de inglés superior y de Gramática histórica inglesa, materia difícil que ella impartía con mucho orden y tesón.

Promovió con gran ahínco la fundación y desarrollo de la Asociación de Universitarias Mexicanas, hasta lograr que ésta contara con una sede adecuada y que ofreciera un espacio de amistad, convivencia académica, solaz y descanso a muchas ilustres graduadas de nuestra Universidad, quienes agradecen el apoyo y cordialidad que les brindó dicha Asociación a través de su Casa de Señoritas Universitarias.

Felipe Guerra Peña

Juan Carlos Gómez Rojas

El doctor Felipe Guerra Peña nació en Madrid, España, el 6 de septiembre de 1905. Realizó desde los estudios de primaria hasta la carera de Derecho en dicha ciudad; su interés en los problemas laborales lo llevó a elegir, como su padre, dicha profesión.

Desde niño también fue aficionado al estudio de la naturaleza, por lo que llegó a tomar cursos de mineralogía, paleontología y disección en el Museo de Historia Natural de Madrid, que más tarde, en su exilio en América, le habrían de servir como geógrafo.

Al iniciarse la Guerra civil española, como joven de izquierda que era, se enlista en las filas republicanas y participa en ella como comisario. Hacia el final de la guerra, en enero de 1939, es herido en las piernas por una granada. A pesar del dolor físico y de las difíciles circunstancias en que tuvo que ser atendido, conservó una gran firmeza moral e incluso humor para sobrellevar dicha penalidad. Mal curado y ante el implacable avance falangista, tiene que atravesar la frontera con Francia a lomo de mula y al hacerlo jura no volver a España mientras que perdure el régimen dictatorial, juramento que cumple cabalmente, pues jamás regresa.

En 1939 sale de Francia rumbo a la República Dominicana, aunque su deseo original era el de venir directamente a México. En septiembre de 1940 comienza a trabajar como fotointérprete en una filial de la Standard Oil, ya que durante su corta estancia en Francia decide no dedicarse más a las leyes y, considerando la importancia que tenía en América la explotación petrolera, es que se dedica a estudiar por su cuenta la fotointerpretación aérea.

En 1947 se cumple su deseo de residir en México e ingresa a trabajar en PEMEX, donde no se realizaban estudios de fotointerpretación con fines de explotación petrolera. En 1960 funda la cátedra de Fotointerpretación en la Facultad de Ingeniería.

Estudia la carrera de Geografía y obtiene la maestría en 1961 y posteriormente el doctorado (1964). Ya en el Colegio de Geografía es animado por el doctor Jorge A. Vivó para que impartiera las cátedras de Fotogeografía, Planeación y Micropaleontología, que inicia en 1961.

Su labor pionera en la interpretación de fotografías aéreas y luego en la de imágenes de satélite dio grandes frutos a México, pues uno de sus primeros alumnos, el ingeniero Ernesto Puig de la Parra, funda en 1968 la Comisión de Estudios del Territorio Nacional (actualmente Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), donde don Felipe fue asesor.

Dentro de la UNAM publicó dos libros clásicos de la materia: *Las doce reglas de fotointerpretación* y *Fotogeología*, escribió un sinnúmero de artículos científicos y participó en diversos congresos nacionales e internacionales de geografía; en uno de ellos, el de Moscú de 1976, presenta la primera interpretación geológica con base en imágenes de satélites de la República mexicana. Don Felipe se jubila del Colegio de Geografía en 1978, sin embargo, continúa como asesor del Colegio y, siempre con su buena disposición, dirige tesis además de comenzar a escribir un nuevo libro que no termina, pues fallece el 26 de mayo de 1985.

Jorge Gurría Lacroix

Rosa Camelo

Jorge Gurría Lacroix nació en la ciudad de México el 19 de septiembre de 1917. Cuando era niño, sus padres regresaron a Tabasco, estado de donde eran originarios, y se establecieron en la ciudad de Frontera. En esta población inició sus estudios primarios, que terminó en Tampico, porque sus padres cambiaron su domicilio a ese puerto.

El origen de la familia Gurría Lacroix, y la infancia de su hijo Jorge en Frontera, fueron las causas del interés que éste mostró toda su vida por Tabasco y por su historia, interés que hizo creer a muchas personas que era nativo de ese estado.

Una nueva mudanza familiar trajo a Jorge Gurría, adolescente, a la ciudad de México, donde cursó la secundaria, la preparatoria y la carrera profesional en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la UNAM, entre los años 1937 y 1941. En 1943 obtuvo el título de abogado con la tesis *Suspensión de garantías*.

Pero la carrera de abogado no satisfacía sus inquietudes, de manera que ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde cursó la carrera de historia entre los años 1948 y 1950. En 1963 se graduó de maestro con la tesis *Anastasio Zerecero. Estudio historiográfico de sus Memorias*. Años después, en 1975, obtuvo el grado de doctor presentando el trabajo *Fray Juan de Torquemada y la Conquista de México*.

Su actividad profesional como historiador estuvo muy ligada a dos instituciones: la UNAM y el INAH. En la primera se inició muy pronto en la actividad docente porque, en 1950, fue nombrado profesor de Historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria y profesor ayudante del ingeniero Vito Alessio Robles en la materia Historia de las



Jesús Reyes Heroles, Jorge Gurría Lacroix y Alfonso Caso.

provincias internas, en la Facultad de Filosofía y Letras. Poco después también impartió Historia de México en la que era en aquella época la Escuela de Verano, que dependía de la Facultad de Filosofía y Letras y compartía con ésta la casona de los Mascarones en Rivera de San Cosme. Ya en Ciudad Universitaria continuó impartiendo en el Colegio de Historia los cursos: Geografía histórica de México, Historia de la Conquista de México, Historiografía de México y Seminario de historiografía de los siglos XVI y XVII en el Posgrado.

También en la UNAM, fue investigador de medio tiempo en el llamado Instituto de Historia (1951), secretario de la Biblioteca Nacional (1953), secretario general de la Facultad de Filosofía y Letras (1966-1970), director general de Publicaciones (1970-1975) y director del Instituto de Investigaciones Históricas (1975-1979).

Por otra parte, en el INAH fue secretario general, jefe del Departamento de Publicaciones y asesor técnico de publicaciones entre 1955 y 1971.

Como maestro e investigador, sus principales intereses estuvieron dirigidos a la historia de la Conquista de México, a la historia de Tabasco, a la historia de la historiografía y a la historia de la guerra de Independencia. Entre sus obras principales se encuentran las siguientes: *Las ideas monárquicas de don Lucas Alamán; Monografías históricas sobre Tabasco; Anastasio Zerecero. Estudios historiográfico sobre sus Memorias; Historiografía sobre la muerte de Cuauhtémoc*, el estudio introductorio y edición de Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de Nueva España*; los estudios introductorios a Francisco López de Gómara, *Historia de las Indias y Conquista de México*, editada por la

Biblioteca Ayacucho, y *Fray Juan de Torquemada y la Conquista de México* en la edición de la *Monarquía indiana* de este autor, publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. A su muerte, se encontraba preparando un estudio historiográfico sobre Andrés de Tapia y una reconstrucción de los apuntes de Juan Bautista Arrechederreta, fuente muy importante de la *Historia* de Lucas Alamán.

Rasgo característico de la personalidad de Jorge Gurría fue el gran dinamismo con que siempre actuó. La actividad que desarrollaba en los diversos cargos académico-administrativos no le impidió ocuparse de descubrir y dar a conocer todo lo que pudiera enriquecer a la investigación de la historia de México. Impulsado por este afán recorrió la República en busca de monumentos históricos y arqueológicos desconocidos o poco accesibles, que procuró que se fotografiaran. Resultado de estos viajes fueron las notas que él o sus acompañantes publicaron en el *Boletín* del INAH. También se preocupó de microfilmar archivos y de propiciar ediciones, como las que hizo durante el tiempo que fuera secretario de la Biblioteca Nacional: *Crónica de la Merced de México,* de Cristóbal de Aldana (1953), *Continuación del cuadro histórico de la Revolución Mexicana,* de Carlos María de Bustamante (1953-1959), *Relación de la Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana*, que dirigió de 1953 a 1961 y donde se publicaron las *Relaciones* de Bernardino Vázquez de Tapia, el Conquistador anónimo, Nuño de Guzmán, Pedro de Alvarado y las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería, y la Colección Juan Pablos, donde editó cinco opúsculos que contienen las primeras noticias acerca del territorio que es actualmente México.

El doctor Jorge Gurría Lacroix falleció el 11 de febrero de 1979.

María Teresa Gutiérrez de MacGregor

Dolores Riquelme de Rejón

El paso de la doctora María Teresa Gutiérrez de MacGregor por el Colegio de Geografía ha sido ejemplo de honestidad, dedicación y responsabilidad para los numerosos alumnos a los que ha transmitido sus conocimientos, en quienes ha dejado un recuerdo imperecedero tanto por sus enseñanzas como por su cariñosa ayuda. Siendo aún muy joven, cuando todavía era estudiante, concursó en un examen de oposición en el que obtuvo la plaza de Ayudante de profesor en el Colegio de Geografía, que entonces se encontraba en el edificio de Mascarones, una hermosa casa colonial con una portada barroca, cuya labor escultórica



María Teresa Gutiérrez de MacGregor, Irene Alicia Suárez, Jorge Rivera Aceves, Dolores Riquelme, Jorge A. Vivó y Felipe Guerra Peña, 1965.

le ha dado el nombre; en ese lugar estaba establecida la Facultad de Filosofía y Letras. En aquel tiempo eran muy pocos los alumnos de geografía, lo que facilitó el contacto con los maestros que no sólo los conocían en el aspecto académico, sino que se preocupaban aun por su problemática personal. En sus estudios fue una brillante alumna, y obtuvo mención honorífica en la maestría y en el doctorado.

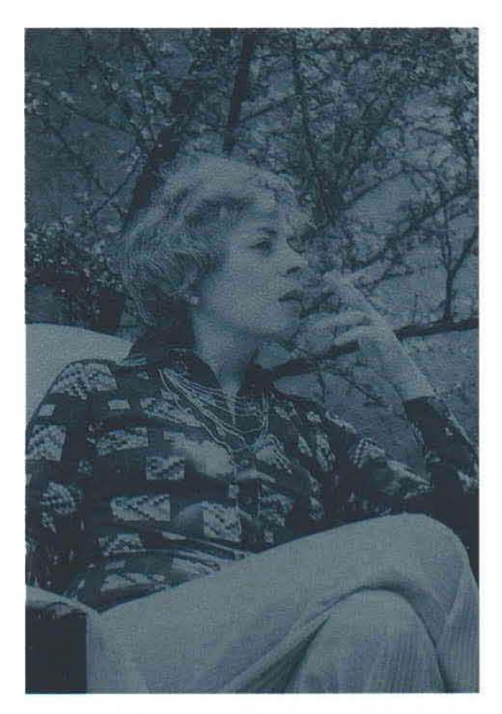
Su interés por lograr mejor preparación para compartir con sus alumnos la llevó a realizar estudios de posgrado en la Universidad de Londres. Interesada en el rápido crecimiento urbano del país, enfocó su atención a la enseñanza de geografía urbana. A su regreso procuró aplicar los conocimientos adquiridos, y gracias a su tenacidad consiguió que se incluyera en la licenciatura la materia de Geografía urbana, cátedra que impartió por primera vez en México. Posteriormente, continuando con su preocupación por el explosivo crecimiento demográfico de nuestro país, especialmente de la ciudad de México, y a sabiendas de que Francia era la nación más prestigiada en estudios de geografía humana, logró una beca para hacer el doctorado en París, en la Sorbona, con el fin de profundizar en dicha problemática. A su regreso consiguió que, gracias a su iniciativa, se estableciera en el Colegio la materia de Geografía de la población.

Paralelamente a su labor en el Colegio, ha sido investigadora del Instituto de Geografía, en donde alcanzó la distinción de ser nombrada directora por dos periodos, durante los que se preocupó por beneficiar ambas dependencias, con cuyo fin logró que se construyeran el auditorio Francisco Díaz Covarrubias y una sala de seminarios, en la que se han dado conferencias e impartido enseñanzas por maestros nacionales

y extranjeros; consiguió unir la mapoteca a la biblioteca, lo que ha permitido la consulta simultánea de textos y mapas, facilitando la integración del estudio geográfico, hecho que ha atraído a casi todos los estudiantes del Colegio.

El mayor logro académico de su periodo como directora fue la realización del *Atlas nacional de México*, obra en la que participó la mayor parte del personal académico del Instituto, investigadores de otras dependencias de la UNAM y del sector público, así como muchos estudiantes del Colegio que tuvieron la oportunidad de iniciar su práctica profesional en un importante trabajo de investigación.

Su prestigio académico ha trascendido las fronteras, lo que permitió que fuese la primera mujer electa como vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional, honor concedido por primera, y hasta ahora única vez, a un geógrafo mexicano.



Luisa Josefina Hernández.

Luisa Josefina Hernández

Néstor López Aldeco

"El teatro mexicano no ha tenido el teórico que merece. Ha habido intentos, balbuceos, escarceos muy respetables". Los más importantes: Usigli, Solórzano, Argüelles. "Empero, el único caso sólido, fructífero (diseminado en la cátedra) coherente y *rara avis* de precisión es el de la maestra Luisa Josefina Hernández y su teoría del drama", señala, con gran acierto, Tomás Espinoza.

La división por géneros arroja luz sobre lo que debe ser una crítica dramática muy diferenciada de la crítica literaria. Es la maestra Luisa Josefina Hernández quien descubre —para los teatristas de habla hispana— las teorías de Eric Bentley y Kitto, glosándolas de manera genial, ampliándolas con un horizonte que ni ellos mismos habrían considerado posible.

De manera esclarecedora, combina elementos dados, comunes a todo drama, como son el personaje, la trayectoria de la figura dramática de la obra, el tono, la concepción y la relación que existe entre el público y la obra.

El privilegio de escuchar su cátedra ha sido, para dramaturgos, directores y actores, el escalón sólido para acceder al conocimiento del drama y la escena, como lecturas que concuerdan en la cristalización del fenómeno teatral.

Sería imposible seguir el camino del teatro actual, bien concebido y visualizado, para ser concretado en una realización específica, sin el conocimiento de las teorías de Luisa Josefina Hernández.

Afortunadamente, sus conocimientos han trascendido —no sólo en México, sino también en las grandes capitales del teatro— por los prólogos a las obras de los clásicos griegos y de los más notables autores contemporáneos, así como por sus artículos, conferencias y por su fascinante exégesis en el aula.

Desde que estudió en nuestra Facultad dio destellos de genialidad. Alumna predilecta de Usigli, Wagner, Ruelas, Jiménez Rueda y tantos otros, la leyenda dice, que en su examen profesional demostró que tenía más conocimientos que los profesores que conformaban su jurado.

En el año 1950 publica su primera obra. Prosigue por la magnánima senda de la enseñanza, notable maestra. Confiesa que a Carballido le debe "completamente haber empezado a escribir teatro, él me empujaba y hasta me perseguía para que lo hiciera". Ha recibido infinidad de reconocimientos, entre otros, profesora emérita de la Facultad, aunque no la comprensión de que es merecedora, como una de las más brillantes intelectuales mexicanas.

Gilberto Hernández Corzo

Marta C. Cervantes Ramírez

A Gilberto Hernández Corzo (1908-1991) se le recuerda como un personaje de gran carisma y fuerte magnetismo hacia sus colegas y alumnos, cualidades que hacían de él un gran maestro, siempre dispuesto a compartir todos sus conocimientos y experiencias con sus discípulos e interlocutores.

Nació en Chiapa de Corzo, Chiapas el 3 de abril de 1908. Fue profesor normalista, con estudios en antropología física y maestría en Geografía, grado que obtuvo el 9 de diciembre de 1953.

Realizó labores de investigación en diversos institutos de la UNAM: Instituto de Geología (1954-1957); Instituto de Geofísica (1958-1965), del cual fue fundador. Jubilado el 1 de junio de 1966, se incorporó con posterioridad al Instituto de Geografía, donde laboró desde 1973 hasta sus últimos días. Sin embargo, su labor trascendental se desarrolló en el ámbito docente tanto extra como intrauniversitario, centrándose en el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, de cuyo cuerpo docente formó parte desde 1949.

Como comenta la doctora María Teresa Gutiérrez de MacGregor, su compañera de estudios, "Representaba un verdadero placer encontrarlo en los pasillos de la Facultad y percibir su aliento vital, su jovialidad y optimismo contagiosos". A partir de pláticas informales proporcionaba abundante información, convirtiendo sus "charlas de café" en verdaderas disertaciones geográficas.

En marzo de 1949 se incorporó al Colegio de Geografía, donde impartió las cátedras de Estadística y demografía, Topografía con prácticas, Geología y Geomorfología.

Ha sido considerado como pionero de la enseñanza de la geomorfología en México, a instancias del ingeniero Robles Ramos, quien puso en sus manos uno de los primeros libros especializados en esta joven disciplina, la *Geomorfología* de Von Engeln. Hernández Corzo la imparte como asignatura dentro del currículo geográfico a partir de 1966. Ya jubilado, imparte nuevas cátedras tales como Geomorfología de México y Geomorfología aplicada y prácticas (1969-1971). A partir de 1971 se incorpora como profesor de Geomorfología en el Posgrado y permanece hasta su fin como asesor de prácticas de campo en el Colegio de Geografía.

Gran conocedor del trabajo de campo, para él las prácticas con alumnos de licenciatura y posgrado representan un verdadero placer, tal vez un escape de la soledad en que vivió durante sus últimos años. Según el doctor José Luis Palacio, uno de sus discípulos más queridos, en ciertas ocasiones terminaron mojados hasta los calcetines, enlodados hasta las orejas, e incluso durmiendo sobre las bancas de la iglesia de Metztitlán.

Sus alumnos se asombraban ante su extraordinaria facilidad para leer e interpretar los paisajes. Asimismo los impulsaba a resaltar la importancia de comprender que, aunque el objetivo central de la práctica era el estudio del relieve, no podían dejar de tomarse en cuenta las características de los suelos, la vegetación y el impacto humano.

Su vasta cultura le permitía iniciar sus explicaciones con la forma de la montaña y terminarla frecuentemente con los nombres latinos de las nubes.

Gilberto Hernández Corzo fue un maestro de corazón, cuyas ideas, conocimientos y sentimientos se fueron acumulando en numerosas generaciones de geógrafos que tuvieron la fortuna de recibir sus enseñanzas.

Su fallecimiento, ocurrido el 11 de noviembre de 1991, privó a la comunidad del Colegió de Geografía no sólo de un gran maestro, sino de un entrañable amigo.

Santiago Hernández Ruiz

Roberto Caballero Pérez

Para las generaciones de pedagogía formadas entre 1968 y 1975, el nombre de don Santiago Hernández Ruiz les resultará familiar; la mayoría fueron sus alumnos.

El maestro Hernández Ruiz, oriundo de Zaragoza, España, llega a México en el año 1939 con un grupo de intelectuales refugiados, producto de la Guerra civil española.

Para 1939, don Santiago ya tenía una larga trayectoria de trabajo docente: graduado en 1919 en la Escuela Normal de Zaragoza, en 1935 ya era inspector de escuelas. Cabe decir que recibió en 1928 el Premio Nacional de Literatura en España.

A su llegada a México continúa con su carrera pedagógica: primero como profesor; en 1941 como director del Colegio Madrid; en 1948 como supervisor del Sistema de Educación Normal, y funge entre 1959 y 1967 como experto de la UNESCO para América Latina.

En nuestro Colegio imparte cátedra desde 1968 y su influencia puede encontrarse en diferentes preocupaciones didácticas que aún hoy son recordadas o trabajadas por sus ex alumnos, o en temas como los de la cientificidad de la pedagogía, de los cuales surgió el libro *La ciencia de la educación*, escrito en colaboración con otro de nuestros académicos españoles, el profesor Domingo Tirado Benedí.

El profesor Hernández Ruiz impartió cursos en los niveles de licenciatura y posgrado; entre otras asignaturas: Psicología del aprendizaje, Teoría y práctica de la dirección y supervisión escolares, Didáctica de la enseñanza superior, Desenvolvimiento del *curriculum* y Formación y perfeccionamiento del magisterio.

Buena parte de su vida la dedicó a escribir obras pedagógicas; escribió constantemente entre 1928 y 1985. En el área de didáctica podríamos mencionar títulos como: *Psicopedagogía del interés*; *Fracasos escolares*; *La clase*; la colección de textos referidos a cada uno de los grados de Educación Primaria; *La escuela completa del maestro único*, entre otros. En su preocupación por los aspectos teóricos encontramos la ya mencionada *Ciencia de la educación* y la *Teoría general de la educación y la enseñanza*, editada en dos volúmenes.

Sus variados intereses lo llevaron al campo de la historia y, así, publicó la *Antología pedagógica de Platón* y la *Antología pedagógica de Quintiliano*.

Por último, no podría dejar de mencionar una de sus obras más populares y difundidas, *La organización escolar*, materia en la que el profesor Hernández Ruiz fue pionero en nuestro ambiente.

Toda una vida dedicada al magisterio y a tareas pedagógicas diversas, recompensada en 1983 con la obtención del premio Comendador de la orden de Alfonso X, el sabio, otorgado por el rey Juan Carlos I de España.

El fallecimiento de tan distinguido pedagogo acaeció en Valderrobres, España, el 9 de abril de 1988.

José Luis Ibáñez

Héctor Mendoza

Todavía como estudiante de la carrera de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, José Luis Ibáñez dirige el *Tartufo* con alumnos de la carrera. No fue, por supuesto, una puesta en escena ni madura ni visualmente brillante, pero sí contenía una propuesta llena de sensatez y conocimiento, si no profundo, sí muy acertado, del texto que estaba manejando.

A José Luis Ibáñez le costó muchísimo trabajo adquirir esa brillantez plástica, porque en realidad tal brillantez se opone a un sensato sentido de la proporción, la exactitud y la veracidad que ha acompañado siempre su trabajo, hasta el punto de constituirse en característica. Y es que parece ser que la brillantez, la brillantez entendida como fuegos de artificio en el espacio escénico, resulta sólo de una inventiva carente de reflexión y José Luis Ibáñez no podía ser un creador irreflexivo o irresponsable.

Sin embargo, Ibáñez se esforzó verdaderamente en la consecución de esa brillantez plástica que, a raíz de los primeros programas de *Poesía en voz alta*, parecía comenzar a ser requisito *sine qua non* entre los directores jóvenes de la época. Los últimos programas de *Poesía en voz alta* que él creó, *Asesinato en la catedral*, *Las criadas* y *La moza del cántaro* fueron, en efecto, puestas en escena llenas de una imaginación plástica, tendiente a lograr el tipo de *brillantez* requerido. No del todo logrado, sin embargo, ya que acabó apareciendo en su trabajo, por encima de todo otro intento, la conciencia de la significación textual a transmitir.

Para el público que seguía su trabajo, el logro de la brillantez plástica perseguida culminó en *La gatomaquia*, que llegó a ser su trabajo más preciado. Yo nunca estuve muy seguro de tal cosa; es decir, no de que fuera un excelente trabajo, pues lo era, sino de que fuera excelente debido a la brillantez plástica que lo ilustraba. A mí me pareció que el logro de *La gatomaquia* radicaba, en cambio, en la *brillantez intelec-*



José Luis Ibáñez dirige a Rita Macedo y a Ofelia Guilmáin en *Las Criadas*, de Jean Genet, 1959.

tual. La comprensión del texto por parte de Ibáñez y la personal proposición conceptual que lograba con su escenificación, me deslumbraron. Veía que el autor de esta puesta en escena era un creador mucho más maduro de lo que sus contemporáneos podíamos pretender a esa edad. José Luis Ibáñez parecía haber iniciado un proceso de maduración excesivamente temprano y eso daba miedo. Nos esforzamos por ver, pues, en *La gatomaquia,* sólo un espectáculo encantador en que, José Luis Ibáñez lograba de manera satisfactoria el tipo de *brillantez* que se esperaba tanto de él, como de todos los de su generación, y que él mismo se había propuesto lograr. Nos asustaba percatarnos de su madurez; no podíamos aceptarla viniendo de un joven tan joven como lo era José Luis Ibáñez en aquella época.

Y así fue que, cuando nos ofreció una comedia de Ruiz de Alarcón, en que la brillantez plástica tomaba sólo el lugar secundario que le correspondía en la puesta en escena, para dejar paso a una brillantez conceptual que iba en aumento, le volvimos la espalda. Sentimos que el descarado empeño de José Luis Ibáñez por seguir madurando, se iba tornando francamente ofensivo.

José Luis, como es natural, resintió profundamente nuestra actitud ante el espectáculo, ante su *posición* estética, y me parece que jamás nos lo perdonó. En adelante buscó refugio en un teatro si más comercial, menos ingrato.

Su maduro talento, su *sabiduría* teatral, la vierte desde entonces en sus alumnos. Porque José Luis Ibáñez es, sin duda alguna, la gente que más sabe de teatro en México.

Juan Iguíniz, 1913.

Juan Bautista Iguíniz y Vizcaino

Rosa María Fernández de Zamora

Don Juan B. Iguíniz (1881-1972) dedicó la mayor parte de su vida al estudio de todo lo relacionado con el libro: su historia, su producción, su difusión, la bibliografía, las bibliotecas, la docencia y las asociaciones de bibliotecarios. Todas ellas actividades de gran relevancia en la profesión bibliotecaria mexicana y de gran trascendencia para la época que le tocó vivir.

Nacido en Guadalajara, desde niño vivió en el mundo de los libros ya que su padre y su abuelo fueron reconocidos impresores, tipógrafos y encuadernadores. Hizo la primaria en colegios particulares de Guadalajara y posteriormente ingresó al Seminario Mayor de la Arquidiócesis, en donde estudió humanidades y filosofía. No tuvo una educación superior formal, por lo que puede decirse que fue un autodidacta, como lo fueron muchos de los bibliófilos y eruditos de su tiempo. Sin embargo, los amplios conocimientos que adquirió a través de sus lecturas los compartió con sus alumnos y los difundió por medio de sus investigaciones y publicaciones bibliográficas e históricas, y su dedicada y valiosa labor fue merecidamente reconocida por la Universidad Nacional Autónoma de México al nombrarlo investigador emérito, e igualmente reconocida por la Academia Mexicana de la Historia, de la cual fue presidente en 1969, y por la Asociación Mexicana de Bibliotecarios, que lo nombró bibliotecario emérito en 1967.

Para los bibliotecarios, don Juan es uno de los pilares de la profesión por haber sido uno de los pioneros de la enseñanza bibliotecaria en México, por haber iniciado el movimiento de asociación bibliotecaria, por ser seguidor de la tradición bibliográfica del siglo XIX y hacedor de la historia de importantes bibliotecas mexicanas (estas dos últimas actividades poco ejercidas y apreciadas actualmente, y cuyas consecuencias padecemos). Comenzó sus labores bibliotecarias en 1910 en la ciudad de México, a la que se trasladó para trabajar en la biblioteca del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. En 1913 ingresó a la Biblioteca Nacional como clasificador, y fue más tarde su subdirector (1941-1946), cuando José Vasconcelos era el director, cargo que ocupó el propio Iguíniz de 1947 a 1956. También ocupó la dirección de las bibliotecas del Observatorio Astronómico Nacional, de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la Biblioteca Iberoamericana de la SEP.

Al establecerse en la Biblioteca Nacional la primera escuela de bibliotecarios de México, en el año 1916, don Juan inició sus tareas de enseñanza, que abandonó sólo en los últimos años de su vida. Impar-

tió cursos de catalogación, clasificación, bibliografía, historia del libro y bibliología e historia de las bibliotecas en diversas instituciones: Escuela Nacional de Altos Estudios (1922-1923); Escuela Nacional de Bibliotecarios (1925); Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía (1946-1956); El Colegio de México (1942-43) y el Colegio de Bibliotecología de la UNAM de 1956 a 1964. Al crearse este Colegio en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1956, fue maestro fundador y fue elegido por los profesores como consejero suplente ante el Consejo Técnico. Nueve generaciones de bibliotecarios llevaron el curso de Bibliología e historia de las bibliotecas con el maestro Iguíniz, basado en su excelente obra *El libro*.

Don Juan, informado de los avances de la profesión bibliotecaria en otros países, encabezó al grupo de bibliotecarios entusiastas que, en 1924, crearon la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos —que perduró hasta 1933—, de la cual fue su presidente. Siempre estuvo muy interesado por tener contacto con otras asociaciones extranjeras y, en 1932, se afilió a la Asociación a la IFLA (Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios). En 1954 formó parte de la comisión que estableció la actual Asociación Mexicana de Bibliotecarios (AMBAC).

El maestro Iguíniz tuvo una decidida vocación por la bibliografía. En 1911 fue publicada su primera obra de este tipo *La imprenta en la Nueva Galicia* y, en 1969, la última, *Bibliografía biográfica mexicana*, editada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Numerosos fueron los trabajos bibliográficos que elaboró el maestro Iguíniz y que constituyen una guía indispensable para los estudiosos de los diferentes aspectos de la cultura mexicana que él abordó: los novelistas mexicanos, los historiadores de Jalisco, la imprenta en México y en Jalisco, el periodismo en Guadalajara, las biografías mexicanas, el léxico y los ensayos bibliográficos y el estudio de los *ex libris* en México, entre otros.

Como historiador de las bibliotecas se ocupó de la trayectoria de la Biblioteca Palafoxiana, de la Biblioteca Turriana y de la Biblioteca Nacional, importantes centros de la difusión de la cultura en nuestro país.

Su interés por fomentar el hábito de la lectura lo llevó a escribir tres ensayos sobre este tema que todavía tienen vigencia. Su producción bibliográfica asciende a cerca de ciento setenta y cinco títulos de libros, artículos y prólogos que han enriquecido a los estudiosos de nuestra cultura. Para los bibliotecarios constituyen una especial aportación sus obras *Léxico bibliográfico; Disquisiciones bibliográficas; Autores, libros, bibliotecas, artes gráficas*, en sus dos series y *El libro, epítome de bibliología*.

Don Juan B. Iguíniz es "un ejemplo constante de una vida dedicada por entero a estudiar la cultura mexicana" y a difundirla.

Wigberto Jiménez Moreno

Carlos Martínez Marín

Wigberto Jiménez Moreno, originario de León, Guanajuato, en donde nació al finalizar 1909, murió en la ciudad de México en 1985. Fue uno de los más importantes intelectuales de nuestro país en el presente siglo. Su conocimiento de la historia, y el dominio de varias de las disciplinas de la antropología lo elevaron a la categoría de un verdadero sabio, como lo ha señalado Alfredo López Austin; y así fue y es, reconocido en general por la comunidad académica de México y de otros muchos países.

Llegó muy joven a radicar a México, ya con una firme vocación en historia y en antropología, por lo que pronto logró el acceso a las instituciones en las que pudo desempeñarse como investigador y maestro. Tenía la formación media superior que se podía obtener en provincia y una preparación personal inaudita a su edad. La falta de estudios formales en el nivel superior la cubrió inmediatamente: cursó la carrera de historia en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y luego hizo estudios de antropología en la Universidad de Harvard. Sus virtudes personales, la amplia preparación adquirida en sus juveniles años y su indiscutible y firme vocación le permitieron un rápido acceso al medio científico y cultural del país desde 1934, que fue cuando en México se producía un acelerado movimiento intelectual en el que la historia y la antropología cobraron importancia.

Desde entonces, y durante toda su vida, el doctor Jiménez Moreno enseñó en el Museo Nacional; fue pronto maestro en la Facultad de Filosofía y Letras y maestro fundador (y por el resto de sus días) de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Investigó en el Museo Nacional, fundó el Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, enseñó también en varias universidades del extranjero, fue miembro de las principales sociedades académicas y científicas de México, de muchas de otros países y de varias internacionales famosas y reconocidas.

Su obra docente fue amplia y profunda; preparó a muchos alumnos a lo largo de cincuenta y dos años de servir en magisterio; su obra de investigación también fue muy amplia. Conoció la historia mexicana toda, a fondo, desde la de los profundos tiempos del poblamiento de América, hasta la contemporánea, pero se dedicó especialmente a la precolonial y a la colonial. Sus hallazgos, la búsqueda de soluciones, sus propuestas y sus tesis las presentó siempre en forma abierta en cursos y congresos; antes de llevarlos a la letra los expuso a la discusión y el debate, y luego publicó los resultados en una cantidad considerable de trabajos que componen su extensa bibliografía. Los publicó

sobre todo en forma de artículos y ensayos, con los que aportó conocimientos e interpretaciones que resolvieron muchos problemas largamente padecidos en la investigación y conocimiento de la historia precolonial, de la que puso en claro asuntos complejos de cronología, de las difíciles fuentes de información, de grupos étnicos y lingüísticos, de movimientos de poblaciones —migraciones, desplazamientos, guerra sobre individuos, sobre el estado, la religión, los mitos y muchos tópicos más. En sus trabajos de historia colonial puso especial empeño y cuidado en la conquista, la colonización (principalmente la expansión hacia el norte y la integración de la parte fronteriza entre los originales pobladores, sedentarios y nómadas); luchó por desideologizar la historia de la Conquista y de la Colonia y por verla con serenidad y equilibrio, propuso y practicó el reconocimiento a las partes que protagonizaron esa historia y se ocupó de recuperar el papel que los grupos indígenas desempeñaron en la formación de la sociedad novohispana. Enriqueció todos sus trabajos —para una mejor explicación de sus problemas— con la combinación de las disciplinas históricas y antropológicas, que Jiménez Moreno supo unir magistralmente.

Don Wigberto Jiménez Moreno conoció y reconstruyó la historia, atendiendo a todos los factores que la conformaron, y sobre ella tuvo ideas y posiciones claras. Produjo una importante obra compuesta en apretados textos; enseñó a cientos de estudiantes y logró discípulos; participó, además, en la organización, dirección y promoción, la enseñanza y difusión de la historia y de la antropología.

Carlos Lazo del Pino

Concepción Christlieb

El arquitecto Carlos Lazo del Pino, "espíritu de notoria inteligencia, sabiduría y bondad, impartió en nuestra escuela sus clases de Historia del arte a lo largo de más de cuarenta años. Educado en las mejores disciplinas, nunca escatimó en la cátedra sus conocimientos y gustaba de estimular a los alumnos cuya dedicación disminuía".[1]

El arquitecto Carlos Lazo fue director interino de la Escuela Nacional de Arquitectura de 1909 a 1910, mientras el arquitecto Rivas Mercado partió a realizar un viaje de estudios a Europa. Durante este tiempo, Carlos Lazo gestionó el traer para la Escuela, vaciados en yeso, el Moisés de Miguel Ángel, Julián de Medicis, la Victoria de Samotracia, etcétera.

Como maestro dirigió también la cátedra de Historia de la arquitectura, desde 1917 hasta su muerte, en 1952.

Inicia su actividad académica en la Facultad de Filosofía y Letras en el año de 1927, impartiendo la materia Historia del arte. A partir de 1944 imparte Historia general de las artes plásticas y Las artes plásticas en España. En la Facultad imparte cátedra hasta el año de 1952. Fallece el 26 de enero de ese mismo año.

En el año 1926, el maestro Lazo fue integrante del Consejo Universitario como delegado de la Facultad de Filosofía.

El maestro Lazo impartió cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Escuela Nacional de Arquitectura y en la Escuela Nacional Preparatoria.

En el año 1953 el arquitecto Alonso Mariscal, director de la Escuela Nacional de Arquitectura, impuso el nombre del maestro Carlos M. Lazo del Pino al Salón de actos de dicho plantel, como un homenaje bien merecido al maestro. El Teatro de la actual Facultad de Arquitectura sigue conservando su nombre.

[1] *Arquitectura*, núm. 42. México, junio de 1953.

Ernesto Lemoine Villicaña

Miguel Soto

En agosto de 1991, el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras rindió un homenaje en honor del doctor Ernesto Lemoine por cumplir cuarenta años de servicio ininterrumpido a la Universidad Nacional Autónoma de México. En realidad, a lo largo de su carrera el doctor Lemoine contó con una amplia trayectoria académica dentro y fuera de la UNAM; entre los cargos que desempeñó se cuentan el de investigador y subdirector del Archivo General de la Nación, Profesor de carrera de la Escuela Nacional Preparatoria, investigador del Instituto de Geografía de la UNAM, coordinador del Colegio de Historia de esta Facultad, así como Profesor de Tiempo completo del mismo, función que desarrolló hasta la fecha de su deceso, ocurrido en diciembre de 1993.

Además de obtener la maestría y el doctorado en Historia en esta Facultad, el doctor Lemoine cursó diversos estudios en la Facultad de Derecho de la UNAM, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la Universidad Central de Madrid.



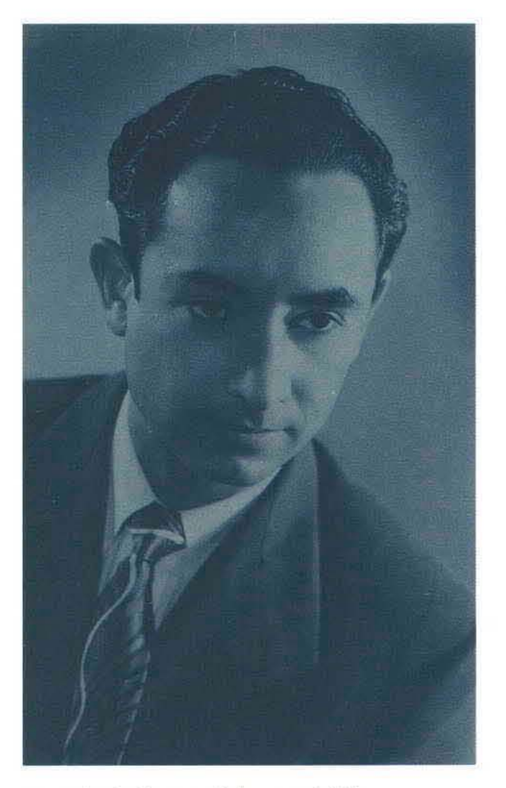
Ernesto Lemoine Villicaña, 1948.

A lo largo de su carrera, Lemoine fue un autor prolífico y un conferenciante profuso. A la par de sus obras de mayor envergadura, dedicadas sobre todo al estudio de aspectos varios de la guerra de Independencia, como *Morelos y la revolución de 1810; La Revolución de Independencia de 1909-1821. Estudio histórico precedido de una visión del virreinato* y *El desagüe del valle de México durante la época independiente*, contó en su haber con más de un centenar de reseñas, artículos y notas en los que, además de abordar múltiples cuestiones de tema histórico, claramente se destaca un afán por vincular el estudio de la historia con la geografía. Entre las publicaciones beneficiadas con sus trabajos se cuentan el *Boletín del Archivo General de la Nación*, el *Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda, Historia mexicana* y la *Historia de México*, publicada en los años setentas por Salvat Ediciones. Asimismo, Lemoine impartió conferencias por casi todo el territorio nacional.

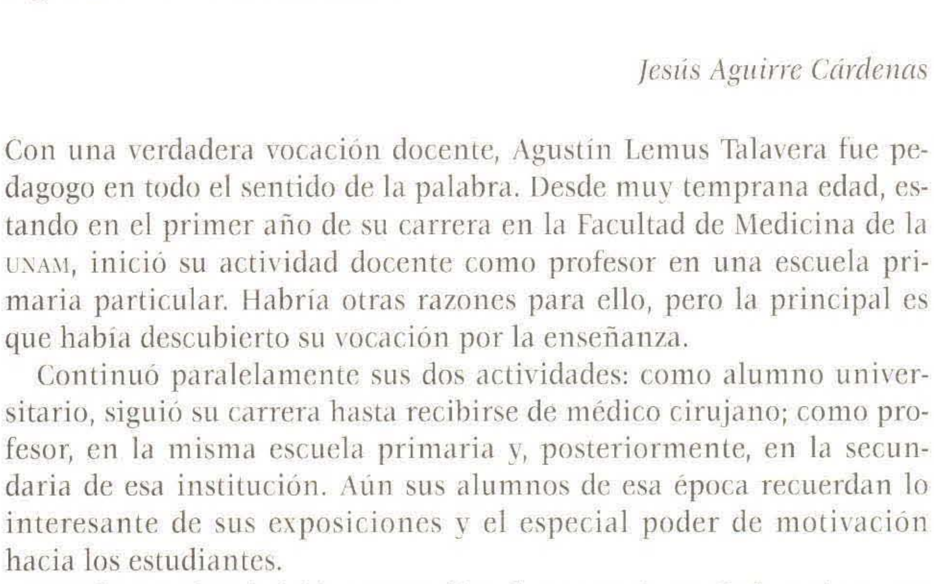
En forma paralela a sus tareas de docencia e investigación, el doctor Lemoine participó en diversas comisiones dictaminadoras y evaluadoras en la Escuela Nacional Preparatoria, el Instituto de Investigaciones Estéticas, la Dirección General de Cursos Temporales y el Colegio de Historia, todos ellos de la UNAM. Por otra parte, fue miembro de diversas organizaciones académicas entre las que se cuentan la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

La dirección de tesis, que fue otra de sus actividades favoritas, permitió que se generaran estudios como el de Antonia Pi Suñer sobre Juan Prim y el de Cristina Gómez Álvarez sobre el clero poblano en la Independencia, mismos que evidencian la guía firme y clara del profundo conocimiento histórico que dirigió sus caminos.

Ante el reciente fallecimiento del doctor Ernesto Lemoine, los diversos sectores que integran la Facultad de Filosofía y Letras lamentan profundamente su pérdida y reconocen las enormes contribuciones que les brindó su conocimiento y entrega profesional.



Agustín G. Lemus Talavera, 1954.



Agustín G. Lemus Talavera

Jesús Aguirre Cárdenas

Con una verdadera vocación docente, Agustín Lemus Talavera fue pedagogo en todo el sentido de la palabra. Desde muy temprana edad, estando en el primer año de su carrera en la Facultad de Medicina de la UNAM, inició su actividad docente como profesor en una escuela primaria particular. Habría otras razones para ello, pero la principal es que había descubierto su vocación por la enseñanza.

Continuó paralelamente sus dos actividades: como alumno universitario, siguió su carrera hasta recibirse de médico cirujano; como profesor, en la misma escuela primaria y, posteriormente, en la secundaria de esa institución. Aún sus alumnos de esa época recuerdan lo interesante de sus exposiciones y el especial poder de motivación hacia los estudiantes.

En el año 1955 inició sus estudios de maestría en Pedagogía como miembro de la generación fundadora del Colegio de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Presentó su tesis de grado en 1959, intitulada *Conciencia de fines en el adolescente*. Continuó, hasta terminar, con los estudios correspondientes de doctorado.

A pesar de su ya larga experiencia en la enseñanza —que no había sido interrumpida—, su interés por la pedagogía lo llevó a perfeccionar su conocimiento de esa especialidad.

A partir de 1959 fue invitado para dar cátedra en el propio Colegio de Pedagogía de la Facultad e impartió diversas materias, principalmente en el área de psicopedagogía: Psicopatología del adolescente, Conocimiento de la infancia, Conocimiento de la adolescencia, Fundamentos biológicos de la educación, etcétera, y también algunas materias en el Colegio de Psicología. Desde 1963 es Profesor de carrera de Tiempo completo.

En la actualidad imparte el Seminario permanente de apoyo a la titulación, en la licenciatura en pedagogía. Su labor en esta actividad ha sido muy valiosa en la dirección de tesis para la presentación del examen profesional de los alumnos. Tomando en cuenta también las de maestría y doctorado, ha dirigido más de cien tesis y participado, en suma, en más de doscientos cincuenta exámenes.

En el doctorado, imparte hasta la fecha el Seminario de investigación y tesis en psicopatología.

Ha ocupado diversos cargos: primer coordinador del Colegio de Pedagogía, 1966-1972; asesor de Estudios de Posgrado, 1971-1979; presidente de la Comisión Dictaminadora de Pedagogía y jurado auxiliar en diversos exámenes de oposición.

Ha participado en la formulación de distintos planes de estudio, asistido a más de veinticinco congresos, y pronunciado más de cuarenta conferencias.

Es de especial mención el hecho de haber sido rector de la Universidad Intercontinental, con autorización del Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras y cofundador de las escuelas de pedagogía de las universidades Panamericana e Intercontinental.

Además ha realizado muchas otras actividades en el área de la pedagogía, que han hecho que, en el total de sus cincuenta y cinco años como pedagogo (de los cuales treinta y cuatro han sido de dedicación académica total a la Facultad de Filosofía y Letras) haya dejado huella de calidad y de interés por la enseñanza en sus numerosos alumnos; buena parte de éstos son profesores de prestigio, no solamente de la Facultad de Filosofía y Letras, sino también de otras escuelas y facultades de la propia UNAM, y aun de otras instituciones de enseñanza superior, tanto en México, como en el extranjero, principalmente en países de Centro y Sudamérica, que continúan con la reproducción de la semilla pedagógica que en ellos sembró el doctor Agustín Guillermo Lemus Talavera.

Miguel León-Portilla, una luz sobre el pensamiento náhuatl

Mercedes de la Garza

Miguel León-Portilla, nacido en la ciudad de México en 1926, no es sólo uno de los maestros más eminentes que ha tenido la Facultad de Filosofía y Letras desde 1957, en que inició su curso de Introducción a la cultura náhuatl, sino también uno de los investigadores más fecundos de la Universidad Nacional (dentro del Instituto de Investigaciones Históricas, del que fue director durante doce años); baste decir que ha escrito alrededor de cincuenta libros y más de trescientos artículos especializados, que le han merecido un sinnúmero de premios y distinciones internacionales. Asimismo, ha ocupado muchos cargos académico-administrativos, no sólo en la Universidad Nacional, sino también en otras instituciones. Y al lado de esa incansable actividad intelectual, con la misma vitalidad y sencillez de siempre, continúa hoy formando investigadores y maestros en su Seminario de cultura náhuatl del posgrado de la Facultad.

Entre sus libros que han tenido mayor significación, y que por ello



Ramón Xirau, Juan Rulfo y Miguel León-Portilla, 1960.

algunos se han traducido a varios idiomas y han tenido una gran difusión nacional e internacional, destacan *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* (1956), que fue su tesis de doctorado en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras; la *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista* (1959); *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* (1961); *El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas y quechuas de la Conquista* (1964); *Trece poetas del mundo azteca* (1967); *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* (1968); *México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados* (1979); *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl* (1980) y *Literaturas indígenas de México* (1989).

Pero no es sólo la amplitud y variedad de su *curriculum* lo que hace que Miguel León-Portilla ocupe un sitio excepcional entre los grandes pensadores mexicanos, sino principalmente el hecho de haber sido el pionero, a partir de la enseñanza y el estímulo de su maestro Ángel María Garibay, del rescate y la redignificación del pensamiento indígena, expresado en los textos escritos por los propios nahuas, como una de las creaciones culturales más importantes del mundo antiguo. En particular, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* representó una revolucionaria visión de los grupos que ocuparon el Altiplano Central en los siglos XV y XVI, porque por primera vez se hablaba de su pensamiento, considerándolo como una reflexión filosófica, con base en lo que ellos mismos expresaron en su propia lengua.

También fue novedoso el método, que no consiste en la mera presentación de los datos, ni en hacer especulaciones infundadas acerca de las creencias indígenas, sino en realizar una hermenéutica de los documentos en lengua náhuatl que se consideran los más confiables, dejándolos hablar a ellos mismos, traduciendo la manera de conceptualizar propia de los indígenas, sin acudir a modelos ajenos para explicar lo prehispánico, como se había hecho antes.

Desde la postura y el método iniciados en ese libro, Miguel León-

Portilla desarrolla una amplia labor de investigación; la famosa obra *Visión de los vencidos*, por ejemplo, enfoca la conquista desde la vivencia y la expresión indígenas, presentándonos así, por primera vez, "el reverso de la Conquista".

Gracias a las obras de Miguel León-Portilla se rompió un añejo eurocentrismo que consideraba que no había más filosofía ni más arte que los occidentales, y además su postura amplió y enriqueció el concepto mismo de filosofía al integrar el pensamiento náhuatl a la reflexión humana, y logró con ello que todas las creaciones indígenas, sustentadas en ese pensamiento, ocuparan su sitio genuino entre las grandes obras de la cultura universal. A nosotros toca reconocer y agradecer esa inapreciable aportación de Miguel León-Portilla para la comprensión de los pueblos indígenas mesoamericanos.

Alan Lewis

José Luis Ibáñez

Una mañana de 1958, el profesor Alan Lewis se rasuraba. Vivía con su esposa y una hijita en la calle de Francisco Sosa, a uno de los lados de lo que hoy es la Casa Reyes Heroles. Llegaron unos agentes de Gobernación y le hicieron saber que traían órdenes para proceder a deportarlo.

Sus alumnos nunca volvimos a verlo y mis intentos de hacer un nuevo contacto con él siempre fracasaron. En algún momento de los años setentas supe que había publicado un libro con su fotografía en la contraportada.

De su muerte nunca tuve noticia y no logro saber si ha ocurrido. Hoy me piden unas palabras para recordarlo y las escribo con emoción, deseando que esté vivo y bien, como está vivo en quienes lo conocimos, en quienes estudiamos y trabajamos con él, en quienes lo queremos.

Sus amigos sabemos que Alan fue víctima de una espantosa confusión y de una histeria policiaca: alguien que daba la impresión de estar agitando muchedumbres apareció en una fotografía-testimonio de los disturbios estudiantiles de aquel año (diez años antes de los problemas de 1968); la figura, de espaldas a la cámara, tenía una cabeza calva parecida a la de Alan..., y eso bastó a las autoridades para proceder a la deportación.

Por lo menos en tres profesores que fuimos alumnos suyos hay memoria de Alan Lewis en México: Manuel González Casanova, Carlos

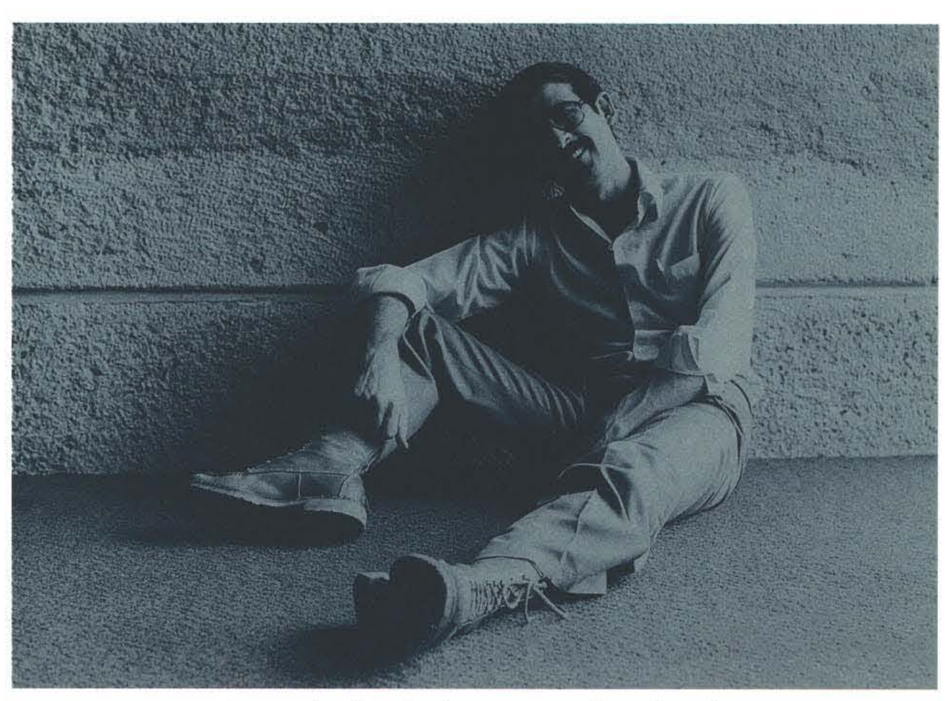
Fernández y yo. A los tres nos llevó a su puesta en escena de *Enterrar a los muertos*, de Irwin Shaw: a Carlos y a Manuel, como actores; y a mí, como su ayudante de director. Y con nosotros, a la entonces actriz Nancy Cárdenas quien, como me consta, también lo recordaba con cariño y gratitud. *Enterrar a los muertos* era una producción de Teatro Universitario, la actividad que promovía y estructuraba nuestro gran aliado Carlos Solórzano. Alan se encargó de dirigir. Esto fue en 1955, hacia mediados, y uno de esos días me dijo: "no voy a poder cumplir mi promesa de dirigir *Tartufo* para el próximo Festival de Teatro Estudiantil". Y yo le pregunté: "¿quién va a ser el director entonces?" Y me contestó, entre el humo de un cigarro: "Tú". Y a mí no se me ocurrió contradecirlo.

La primera vez que leí *Espectros* fue para su clase. La primera vez que supe de Piscator y de Bertold Brecht y de Clifford Odets y de los alcances de O'Neill fue de su boca. Pero en Alan era más urgente saber lo que pensábamos y sentíamos, que exaltar lo que él y los autores programados proponían. El profesor que no se escandalizó por mis reproches a *Romeo y Julieta* y al *Mercader de Venecia*; el que percibió mis cobardías disfrazadas de prudencia; el que simplemente, como los buenos profesores, con su confianza me hizo sentir que yo podía dirigir en el teatro, que yo podía trabajar con mis deseos, y no sólo con los deseos de mis superiores, ése es el que recuerdo con mucho más que agradecimiento. Hace cuarenta años entré a esta Facultad que, entre tantos bienes, me dio el de estudiar con Alan Lewis. ¿Cómo no vamos a extrañarlos, a él y a Fernando Wagner, a Enrique Ruelas, a Usigli, a Margarita Mendoza López, a María Luisa Algarra, que un día dejaron de venir a darnos clase? Imposible "deportar" de nuestra memoria y de nuestro afecto al maestro Alan Lewis, a quien los mexicanos castigamos tan indebidamente.

Óscar Liera, un dramaturgo nacional

Soledad Ruiz

Conocí a Óscar Liera (1946-1990) en el comienzo de los setentas en la Escuela de Arte Teatral del INBA, en donde yo impartía la materia de Actuación. Creo recordar que se incorporó a nosotros atraído por el prestigio que ya había adquirido el grupo con base en la disciplina y el rigor artístico. Era ésta una generación de primera que aspiraba a plasmar en el teatro lo mejor de sí mismos, que no concebía el arte del ac-



Oscar Liera.

tor como un conjunto de simulaciones anquilosadas sino como un acto creador. Óscar cayó en este grupo como pez en el agua, y se sentía muy motivado a profundizar en sus propios propósitos artísticos.

En el último año de la carrera seleccionamos la tragedia isabelina como tema de estudio y, en especial, tres obras de William Shakespeare: *Macbeth*, *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. Dedicamos mucho tiempo al tema del texto y su contexto, y de la Inglaterra renacentista desembocábamos invariablemente en la problemática de México, en todos los órdenes. Entre otras cosas, coincidíamos en la necesidad de actualizar nuestro teatro tanto en sus contenidos como en sus formas artísticas, incorporando a los mexicanos de hoy al núcleo de la acción dramática de las obras, y promoviendo una amplia y profunda participación como realizadores y espectadores. La labor de quienes nos habían antecedido nos parecía insuficiente y hasta elitista.

Shakespeare atrapó a Óscar Liera de una manera definitiva. Y hay que decirlo porque lo influyó de una forma notable en su producción dramatúrgica. Enfrentar la vastedad y complejidad de la obra shakespeariana lo lleva a comprender cuánto tiene que estudiar antes de lanzarse a realizar por sí mismo su ideal de teatro popular mexicano.

Más tarde decide estudiar Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y obtiene la maestría con una brillante tesis sobre la vida y obra de fray Servando Teresa de Mier que, años después, le serviría como punto de partida para su obra titulada *Las fábulas perversas*.

Con una entrega ferviente, radical e incansable, Óscar Liera se va convirtiendo poco a poco en el hombre de teatro que quiere y necesita ser,

pues las condiciones en las que pretende trabajar le exigen absolutamente todo: saber escribir, dirigir, actuar, producir, divulgar, promover, difundir, etcétera. Además de Shakespeare y de los clásicos del Siglo de Oro español como modelos, las aportaciones de Bertold Brecht lo impulsan en su afán de crear una nueva dramaturgia y un modelo de producción, con el apoyo de las instituciones universitarias. Trabajar directamente con el estado le producía escozor y zozobra.

En 1982, Liera decide volver a su natal Culiacán (ciudad con la que mantuvo siempre lazos permanentes y raíces muy hondas), y fundar allí el grupo con el que iniciara uno de los proyectos de teatro más ambiciosos de la década en nuestro país. Junto con el TATUAS (Taller de Teatro de la Universidad Autónoma de Sinaloa) surgieron sus mejores obras: *Las juramentaciones*, *El jinete de la divina providencia*, *Las fábulas perversas*, *El camino rojo a Sabaiba*, *Bajo el silencio*, *Un misterioso pacto*, *Los negros pájaros del adiós*, además de muchos espectáculos que montó como director, no sólo por la necesidad de difundir el teatro y de formar actores para su proyecto, sino también como ejercicio para explorar la especificidad del espacio-tiempo del drama sobre el escenario. Surgieron también las muestras teatrales del noroeste, impulsando y renovando la actividad cultural en los estados de Baja California, Sonora, Nayarit y la propia Sinaloa. En el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM impartió las cátedras de Teatro español de los Siglos de Oro y Teoría y composición dramática, compartiendo con los alumnos sus profundos conocimientos y su pasión desbordada por el teatro.

Glosar en este espacio la vida y obra de Óscar Liera sería más que imposible ya que es muy vasta, vigorosa, plena de poesía y significaciones. En su corta vida como dramaturgo escribió treinta y cuatro obras, de las cuales reconoció solo dieciséis después de una revisión crítica que hiciera él mismo, antes de partir al lugar del misterio.

Quede aquí mi admiración, cariño y respeto profundo por el alumno excelente y talentoso, por el amigo y compañero de toda suerte de invenciones en favor de un teatro nacional. Que su esfuerzo creador fructifique ahora y siempre.

Juan Miguel Lope Blanch

Elizabeth Luna Traill

No obstante ser autor de una vasta y fundamental obra de investigación en filología hispánica, Juan M. Lope Blanch encuentra su satisfacción académica más profunda en los cuarenta y un años de ejercer cátedra, con dedicación y entrega admirables, en nuestra Facultad.

Alumno de Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, dos figuras señeras de la filología de este siglo, Lope Blanch llegó a México en 1951, después de haber obtenido la licenciatura en Filología Románica, en la Universidad Central de Madrid, y un diplomado en Lingüística Española, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, de Santander. Es aquí en México, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde obtuvo, en 1962, su doctorado en Letras Españolas. Nuestra máxima Casa de estudios lo hace profesor emérito en 1984 y le otorga el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en humanidades en 1987.

En marzo de 1952, Lope Blanch se hace cargo, en nuestra Facultad, del curso de Gramática española. A partir de ese momento, la asignatura de Curso superior de español II, nombre que recibe dicha materia en el Plan de estudios de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, se convierte en piedra de toque del área de lengua de la carrera. El maestro imparte la materia, dándole un contenido vastísimo: todos los conocimientos lingüísticos y gramaticales que un alumno debería aprender a lo largo de sus estudios universitarios le son ofrecidos en esa clase. Sin escatimar esfuerzo alguno, año tras año, por más de tres décadas, tanto en el turno matutino como en el vespertino, Lope Blanch ejerce, sin descanso, su cátedra, pues bien sabe él que si no lo hace así, los estudiantes quedarán ayunos del saber fundamental de la lingüística de nuestro siglo. Esta situación empieza a cambiar gradualmente a partir de los años setentas, cuando un pequeño grupo de jóvenes profesores, formados por el mismo Lope Blanch, comienza a hacerse cargo de las materias de lengua.

Pero no solamente Juan M. Lope Blanch dio una nueva dimensión al área de lingüística y filología en la licenciatura, sino que abrió el camino de los estudios de posgrado al crear la maestría y el doctorado en Lingüística Hispánica a finales de la década de los sesentas. Tanto en la licenciatura como en el posgrado, nuestras aulas han escuchado las sabias disertaciones de Lope Blanch, además de sobre gramática y lingüística, acerca de filología hispánica, dialectología, español de América, español de México, filología románica... Ha dado, asimismo, a nuestra Facultad, una revista de gran prestigio, el *Anuario de Letras*, que fundó en 1961 y que desde entonces ha dirigido.



Juan Miguel Lope Blanch, al centro.

Por la brevedad del espacio que me fue concedido, no puedo ocuparme aquí de la obra de Lope Blanch como investigador. Ya señalé que ésta es fundamental y sólo agregaré que, en 1967, funda el Centro de Lingüística Hispánica, espacio para el estudio del español mexicano en la UNAM.

He dicho en otro sitio que recorrer la historia de los estudios de lingüística hispánica en México y llegar a su etapa más vigorosa es, necesariamente, encontrarse con la historia académica de Juan Miguel Lope Blanch, con sus enseñanzas, con sus investigaciones. Añado ahora: transitar por el suceder de la carrera de Letras Hispánicas de nuestra Facultad es hallarse con la sabiduría magisterial de Lope Blanch.

Hace ya cuarenta y un años que el entonces joven profesor Lope Blanch dio su primer curso en la licenciatura de nuestra carrera. Hoy, el maestro emérito sigue impartiendo su cátedra a los muchachos de ese nivel. ¡Sabia enseñanza para quienes abandonan a los alumnos en formación!

Juvencio López Vásquez

Laura López Morales

Desde su ingreso a la planta docente de la Facultad de Filosofía y Letras hasta su muerte,[1] el maestro López Vásquez (1899-1984) desplegó su esfuerzo de energía en la enseñanza del francés y, en buena medida, gracias a él se consolidó la actual licenciatura en Letras Francesas.

En la Escuela Normal Superior, de la que fue fundador, obtuvo el título de maestro en Francés, disciplina que perfeccionó en la UNAM, donde obtuvo el grado de maestro en Letras. Junto con su formación en materia de didáctica de las lenguas vivas, el maestro López Vásquez hizo estudios de música, dedicando parte de su tiempo a la enseñanza de esta materia.

Muchos fueron los cargos que, a lo largo de su vida profesional, desempeñó siempre con igual entusiasmo y responsabilidad. Fue jefe del Departamento de Francés de esta Facultad, pero asumió funciones similares en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Secretaría de Educación Pública; fue consejero técnico por el Departamento de Letras y consejero honorario en la Alianza Francesa. Desde esos puestos actuó como puente entre las instituciones públicas y los servicios culturales de la Embajada de Francia, buscando siempre apoyar e impulsar los estudios de francés en los establecimientos de enseñanza nacionales. Sus esfuerzos en este terreno fueron merecidamente reconocidos



Javier Barros Sierra designa a Juvencio López Vázquez (derecha) como director interino de Enseñanza Preparatoria.

por el gobierno francés, que le otorgó las Palmas Académicas y lo nombró Caballero de la Legión de Honor.

En su incansable labor, el maestro López Vásquez encontró tiempo para publicar numerosos materiales y artículos, dentro del mismo ámbito de la didáctica de lenguas. Pero las funciones académico-administrativas o de investigación nunca lo distrajeron de su vocación como profesor dentro del aula. Sus actividades docentes, administrativas y editoriales, su participación en eventos y agrupaciones, sus intervenciones y misiones en instituciones nacionales y extranjeras, estuvieron, en su totalidad, centradas en la formación de los estudiantes de francés.

En su currículo figura un artículo, modestamente mimeografiado, cuyo título ilustra bien lo que el maestro López Vásquez encarnó a los ojos de sus colegas y de las muchas generaciones de estudiantes que lo conocieron: *La ética profesional del maestro*. Por su ánimo, convicción y entrega, el maestro López Vásquez fue, por definición, el mentor desinteresado e íntegro.

[1] En 1937 entra como profesor de francés a esta Facultad, pero en 1933 empezó a impartir la misma materia en la Escuela Nacional Preparatoria que, un año antes de su muerte, le rindió homenaje por sus cincuenta años de labor docente en la UNAM.

José María Luján Asúnsolo

Ana María Rosa Carreón A. M.

José María Luján Asúnsolo nace en la ciudad de México el 10 de octubre de 1908. Realiza sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Universidad de Harvard y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, para obtener los grados de maestro en Historia y doctor en Letras, con especialidad en Historia. Se le otorga el grado académico el 19 de noviembre de 1965. En sus tesis, *Relato de un incidente*, analiza, entre otros, el "fenómeno del norteñismo".

Inicia su carrera docente en la Escuela Nacional Preparatoria —como ayudante del profesor Joaquín Ramírez Cabañas— y en la Facultad de Filosofía y Letras en la que se hace cargo, por ausencia de los titulares, de los cursos que impartían Rafael Heliodoro Valle, Alfonso Teja Zabre y José de Jesús Núñez y Domínguez: Historia de América I y II e

Historia de México, 1876-1910. En el año 1946, por carencia presupuestal de la Facultad, coopera con ella sin retribución en varias actividades docentes. A partir de 1949 se hace cargo de la cátedra de Historia de México, la guerra de Independencia. En este mismo año, la Comisión Docente de la Facultad, integrada por los doctores Silvio Zavala y José Gómez Robleda, y el licenciado Agustín Yáñez, lo designa Profesor de Tiempo completo, conforme con el Reglamento vigente. Por carencia presupuestal no se le expide el nombramiento. Dentro de sus compromisos académicos se estipula que atenderá la "dirección y orientación de los alumnos a graduarse". Este compromiso lo hace norma de su vida; lo hace no sólo hacia los que están próximos a graduarse o recibirse sino hacia todos aquellos que a él se dirigen. Su preocupación constante fue el alumno, sujeto permanente de su respeto irrestricto.

Su tarea docente se extiende a otros ámbitos. Es maestro en The Mexico City College y en Cursos Temporales (después Escuela de Verano) de la UNAM —en los que imparte sus cursos en inglés—, y en la Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.

A partir de 1948 su labor en la Universidad Nacional se diversifica. Forma parte de la Comisión encargada de dirigir la Colección de Obras Históricas Mexicanas; asume la dirección de dos seminarios en la Facultad —Seminario de historia de México contemporáneo y Seminario de tesis de historia de México moderna y contemporánea—; es nombrado investigador científico en el Instituto de Investigaciones Históricas; se responsabiliza de acervos documentales en poder y custodia de la Universidad —archivos "general Gildardo Magaña", "Porfirio Díaz" y "Ezequiel A. Chávez"; dirige la elaboración de índices, selecciona acervos para su publicación y coordina la microfilmación de los mismos; también realiza los índices cronológico y onomástico del periódico *El Imparcial*, de los que sólo se publican los referidos a los dos últimos meses de 1911 y los dos primeros de 1912; es electo, durante tres periodos consecutivos, consejero técnico propietario por el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras —dieciocho años—; es, simultáneamente, coordinador del mismo; electo primer consejero técnico propietario de Biblioteconomía y Archivonomía, Colegio que él organiza; es consejero universitario por la Facultad, de la que ocupa temporalmente la Dirección, al ser el decano del Consejo Técnico. En el cuerpo colegiado forma parte de las Comisiones de Honor y Justicia, de la Comisión de Universidades y Escuelas Incorporadas y de la Comisión Especial de Tres y Diez Reprobadas.

Su amor y entrega a la Universidad le hacen merecedor de varias distinciones por parte de las autoridades: el rector, doctor Rodulfo Brito Foucher, lo designa, de 1942 a 1944, vocal ejecutivo de la Comisión de Edificios y Equipo de la UNAM; el rector, doctor Luis Garrido, le otorga el cargo de secretario técnico del Consejo Directivo de la Ciudad

Universitaria hasta la conclusión de su construcción; en 1950 es nombrado representante de la Rectoría ante la Gerencia de Ciudad Universitaria. Estas actividades las realiza *ad honorem*. De 1952 a 1961 es subdirector de la Biblioteca Nacional, y durante estos años el secretario general de la Universidad, doctor Efrén C. del Pozo, le asigna la responsabilidad de coordinador para elaborar un diccionario de historia y biografías que, por deficiencias administrativas, no se concluyó. Sin embargo, éste tuvo un resultado positivo: la publicación del *Diccionario de escritores mexicanos*, que dirigiera la doctora María del Carmen Millán.

Hombre de vastísima cultura, combativo y frontal, poseedor de agudos juicios y de cáustica palabra, conversador agresivo y brillante, de personalidad única e irrepetible, don José María Luján Asúnsolo, de ilustre cepa norteña, excepcional maestro y amigo, nos priva de su generosa presencia el 19 de noviembre de 1979, a las 8:30 horas, cumpliéndose una de sus expresiones más constantes: "La aurora jamás me sorprendió dormido".

Lorenzo Mario Luna Diaz

Josefina Mac Gregor

Lorenzo Mario Luna Díaz (Nuevo Laredo, Tamaulipas, 3 de noviembre de 1951-ciudad de México, 23 de marzo de 1991) realizó sus primeros estudios, hasta los preparatorianos, en su tierra natal. De manera pronta y definitiva se inclinó por la historia: primero intentó formarse en la Universidad Iberoamericana, pero antes de que concluyera el primer año escolar optó por la UNAM.

En la Facultad de Filosofía y Letras manifestó su inquietud por el pasado medieval en una época en que casi nadie cultivaba esa parcela. Su tesis de licenciatura giró en torno a la teoría social del trabajo en la Edad Media, magnífico antecedente para realizar sus estudios de doctorado en la Universidad de Cambridge sobre ese mismo periodo histórico.

Antes de partir empezó a dar clases en la propia Facultad —aunque anteriormente las impartió en la escuela secundaria— y, a su retorno, de nuevo ocupó sus cátedras. Éstas dan cuenta de sus inquietudes académicas: la historia del medioevo, la de la cultura y el análisis historiográfico. Siempre le interesó —y lo volvió central dentro de sus ocupacio-

nes— desempeñarse como profesor: para él el estudio de la historia debía ir unido a su enseñanza, pero además, consideraba que sólo a través de la relación entre maestro y discípulo (en sus propias palabras: la del "maestro artesano que guía con seguridad la mano del aprendiz para transmitirle las habilidades del oficio") es como los historiadores pueden formarse. En su caso siempre reconoció que fue determinante la relación que estableció con su maestro Eduardo Blanquel, y nosotros pudimos observar que, a través de ese compromiso —no obstante el cortísimo plazo del que pudo disponer—, logró formar a varios alumnos.

A pesar de que lo intentó, no se le permitió permanecer como Profesor de carrera de esta Facultad, pero siempre se mantuvo vinculado a ella como investigador del Centro de Estudios Sobre la Universidad. En esa dependencia se ocupó de desentrañar las raíces —medievales y modernas— de la Universidad novohispana. Su obra escrita al respecto, aunque breve, es rigurosa y profunda.

Sus inclinaciones por el estudio del pasado nunca lo alejaron de sus preocupaciones sobre el presente: participó —primero como estudiante y luego como profesor— en interminables discusiones sobre el Plan de estudios de Historia; fue secretario académico de la Coordinación del Colegio de la especialidad; representó al CESU ante el Consejo Técnico de Humanidades; participó ampliamente en los debates sobre la Universidad de sus días; y era, en el momento de su prematura muerte, consejero técnico profesor por el Colegio de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Combinaba con convicción estas labores con las de profesor e investigador, pues a la Universidad entregó y prodigó sus mejores esfuerzos.

Referirse a Lorenzo Luna es hablar del compromiso: con la institución —que anhelaba mejor cada día— y con los colegas — con quienes trabajaba hombro con hombro tanto para forjar y consolidar una vida académica como para ganar el mejor espacio posible para que ésta fuera una realidad plena—; es hablar del compromiso con los alumnos —para propiciar constantemente el conocimiento— y del compromiso con los amigos, porque sin hacer caso de sectarismos partidistas, a ellos se brindó también generosamente.

Lorenzo Mario Luna Díaz ("Mario Luna: mar, río, luna; está todo allí") no aspiraba dirigirse a grupos masivos, se circunscribía a aquellos que, por breves, podían recibir mejor sus mejores cualidades: el rigor, la erudición, la paciencia, la reflexión, la argumentación lógica, la tenacidad, la capacidad de diálogo, la responsabilidad, la inteligencia. En suma, encarnaba el deber ser del maestro universitario.

Carlos Horacio Magis Oton

José Antonio Matesanz

Carlos Horacio Magis Oton (San Luis, Argentina, 1926–México, Distrito Federal, 1988) encarnó al latinoamericanista completo, pues supo combinar y armonizar, en su formación y en su trabajo como investigador y crítico, el interés por España y Latinoamérica como miembros de un mismo universo cultural. Argentino por nacimiento, amó y estudió con pasión la literatura de su tierra natal, lo cual no le impidió amar y estudiar también la literatura española, la mexicana y la latinoamericana en su conjunto. Sobre todas ellas dejó escritas páginas ejemplares. Su formación en Argentina la recibió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), donde obtuvo el título de maestro en Literatura. Realizó después un doctorado en Filosofía y Letras (sección Filología romana) en la Universidad Central de Madrid; por último, obtuvo el grado de doctor en Letras en El Colegio de México. A lo largo de su vida tocó temas tan variados como la poesía de Vicente Aleixandre, Góngora, Lugones, Gonzalo de Berceo, Luis Rius y Octavio Paz; la novela rural y realista en Argentina, la responsabilidad del escritor, las computadoras electrónicas en la investigación lingüística, poesía y urbanismo, arte y no arte, tradición y originalidad.

Nos dejó varios libros, también ejemplares: *La poesía de Leopoldo Lugones*. México, 1960; *Cantar de Mio Cid: introducción y versión moderna*. México, 1962; *La literatura argentina*. México, 1965; *La lírica popular contemporánea: España, México, Argentina*. México, 1969; *La poesía hermética de Octavio Paz*. México, 1987.

Además de su labor como crítico e historiador de la literatura en lengua española, Carlos Magis estuvo siempre dedicado a la docencia, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM como en El Colegio de México, institución, ésta última, a la que dedicó la mayor parte de su tiempo.

Entre los diferentes cursos que impartió en la Facultad destacan los de Literatura iberoamericana, Técnicas de la investigación literaria, Teoría literaria, Fonética y fonología españolas, y varios seminarios de poesía iberoamericana, estilística y lectura de textos.

Sus hijos, un hombre y una mujer, son mexicanos.



Jorge Alberto Manrique, 1962.

Jorge Alberto Manrique

Martha Fernández

Personalidad ampliamente conocida en el área de las humanidades, dentro y fuera de esta Universidad y del país, es el maestro Jorge Alberto Manrique quien, en su larga trayectoria académica, ha acumulado grandes merecimientos y un alto prestigio en el desarrollo de la investigación, la docencia, el periodismo, y aun en los muchas veces ingratos cargos académico-administrativos.

Como investigador, lo fue primero adjunto en el Instituto de Geografía de la UNAM, y a partir de 1968 es uno de los miembros más distinguidos y respetables del Instituto de Investigaciones Estéticas de esta Universidad. Sus estudios en el campo de la historia y de la historia del arte han ayudado a su comprensión y han abierto camino en esas áreas del conocimiento, sobre todo gracias a sus novedosos planteamientos e hipótesis.

Pero no sólo ha canalizado su experiencia en la investigación hacia textos especializados, sino también en muy importantes y diversos materiales de tipo didáctico.

Maestro, desde el punto de vista formal, lo ha sido de la Universidad Veracruzana, de El Colegio de México y, desde 1965, de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, en la UNAM.

Su faceta de periodista, tanto en la prensa escrita como a través de programas de radio, ha sido un foro excelente para que el maestro Manrique oriente opiniones y coadyuve a la educación visual de públicos más amplios, pero especialmente como frente de batalla en la defensa del patrimonio natural y cultural de México.

Su experiencia académica lo ha llevado a la dirección de varias dependencias tales como la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana, el Museo Nacional de Arte (del que fue fundador), el Museo de Arte Moderno y, de 1974 a 1980, el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

A este listado numérico de méritos podemos agregar que el maestro Jorge Alberto Manrique ha sido presidente del Comité Mexicano de Historia del Arte y del Comité Nacional Mexicano del ICOMOS. Además, desde 1974 es miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia y, a partir de 1992 lo es también de la Academia de Artes.

Claro es que la apretada síntesis que he llevado a cabo de toda una vida de trabajo no podría adquirir su completa dimensión si no comprendemos su trascendencia. Desde la cátedra, resultan incuestionables sus vastos conocimientos, siempre al día, pero lo más sorprendente es su enorme capacidad y su generosidad para transmitirlos, al grado de que varios de sus alumnos y discípulos encauzaron su voca-

ción hacia el estudio de la historia del arte gracias a sus cursos, conferencias y estudios.

Del mismo modo, sus trabajos de investigación y de divulgación han sido muy importantes para la conformación del pensamiento de las generaciones más recientes de historiadores y de historiadores del arte.

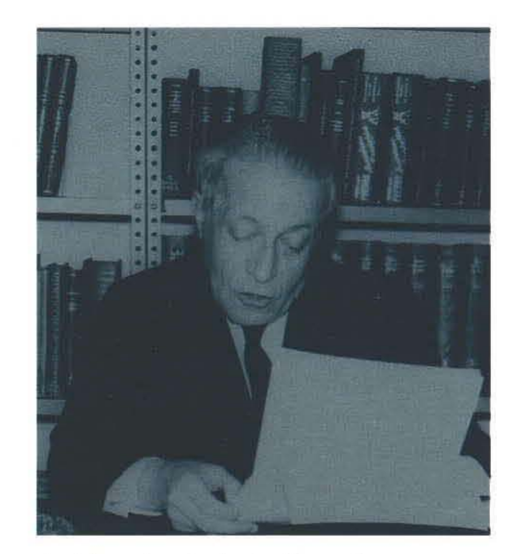
Pero los valores docentes del maestro Manrique no se han detenido en la forma en que transmite los conocimientos de las materias de su especialidad, sino que ha sabido despertar en sus seguidores la sensibilidad necesaria para acercarse a los hechos históricos y a las obras de arte, al mismo tiempo que los ha hecho comprender el valor de la honestidad en el quehacer científico y del rigor en la investigación y en la docencia.

Consciente de que sólo con libertad de pensamiento y de opinión se puede avanzar en el conocimiento de cualquier disciplina, ha estimulado entre sus alumnos y discípulos tanto la abierta formulación de ideas, hipótesis y teorías, como la crítica más severa. Ambas, máximas fundamentales del espíritu universitario y detonadores indiscutibles de estudios de vanguardia.

Por todo ello, en 1992 el maestro Jorge Alberto Manrique mereció el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en humanidades, reconocimiento al que debe añadirse el de sus alumnos, discípulos y amigos que, como aquél, es ya irreversible.

José Ignacio Mantecón Navasal

Matilde Mantecón



José Ignacio Mantecón Navasal.

José Ignacio Mantecón Navasal nace en Zaragoza, España, en 1902. Estudia bachillerato en el colegio de jesuitas El Salvador, en su ciudad natal. En la Universidad de Zaragoza cursa simultáneamente las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, siéndole otorgado el premio extraordinario en la licenciatura de la sección de historia (1920).

Realiza el doctorado en la Universidad Central de Madrid, única en España autorizada para entregar el grado máximo, que recibe en 1925, presentando la tesis *El régimen municipal de la comunidad de Albarracín en los siglos XII al XV*, que representa también el principio de una larga serie de publicaciones alrededor de temas históricos realizadas a lo largo de su vida.

En ese mismo año presenta —y gana— concursos de oposición entre

ción hacia el estudio de la historia del arte gracias a sus cursos, conferencias y estudios.

Del mismo modo, sus trabajos de investigación y de divulgación han sido muy importantes para la conformación del pensamiento de las generaciones más recientes de historiadores y de historiadores del arte.

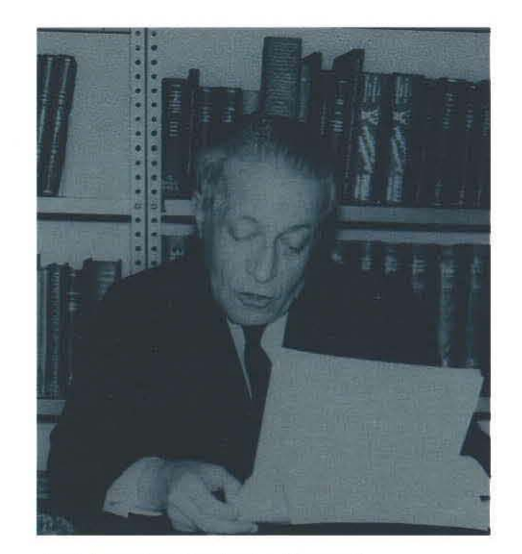
Pero los valores docentes del maestro Manrique no se han detenido en la forma en que transmite los conocimientos de las materias de su especialidad, sino que ha sabido despertar en sus seguidores la sensibilidad necesaria para acercarse a los hechos históricos y a las obras de arte, al mismo tiempo que los ha hecho comprender el valor de la honestidad en el quehacer científico y del rigor en la investigación y en la docencia.

Consciente de que sólo con libertad de pensamiento y de opinión se puede avanzar en el conocimiento de cualquier disciplina, ha estimulado entre sus alumnos y discípulos tanto la abierta formulación de ideas, hipótesis y teorías, como la crítica más severa. Ambas, máximas fundamentales del espíritu universitario y detonadores indiscutibles de estudios de vanguardia.

Por todo ello, en 1992 el maestro Jorge Alberto Manrique mereció el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en humanidades, reconocimiento al que debe añadirse el de sus alumnos, discípulos y amigos que, como aquél, es ya irreversible.

José Ignacio Mantecón Navasal

Matilde Mantecón



José Ignacio Mantecón Navasal.

José Ignacio Mantecón Navasal nace en Zaragoza, España, en 1902. Estudia bachillerato en el colegio de jesuitas El Salvador, en su ciudad natal. En la Universidad de Zaragoza cursa simultáneamente las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, siéndole otorgado el premio extraordinario en la licenciatura de la sección de historia (1920).

Realiza el doctorado en la Universidad Central de Madrid, única en España autorizada para entregar el grado máximo, que recibe en 1925, presentando la tesis *El régimen municipal de la comunidad de Albarracín en los siglos XII al XV*, que representa también el principio de una larga serie de publicaciones alrededor de temas históricos realizadas a lo largo de su vida.

En ese mismo año presenta —y gana— concursos de oposición entre

el cuerpo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, por lo que entra a laborar en la Biblioteca Central de Madrid y en el Museo de Arqueología.

Gana una plaza en el Archivo de Indias de Sevilla. En dicha ciudad vive once años, que le sirven para adentrarse en el estudio y comprensión de la historia de España y América. También en el Archivo conoce y traba amistad con varios profesores e investigadores americanos que acudían a estudiar las fuentes originales.

Un trágico paréntesis en su vida personal y académica lo constituye la Guerra civil española (1936-1939), durante la cual, siempre fiel a sus ideales de justicia y libertad, ayuda a formar las Milicias Aragonesas; es comisario del Ejército del Este; gobernador general de Aragón, provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel (1937); secretario general del SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles), en París, en 1937.

Llega a México en 1940 y, a partir de entonces, se dedica a la investigación y la enseñanza; se incorpora a El Colegio de México y trabaja en la catalogación de libros de los siglos XVI y XVII de los fondos de la Biblioteca Nacional, hasta 1946. Fue maestro emérito de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas de México, en la que impartiera clases de paleografía, catalogación e historia del libro.

En 1955 entra como investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y en 1958 pasa al Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la propia UNAM. Es director del *Anuario bibliográfico* de 1955 a 1964. Simultáneamente da clase en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1978 la UNAM le rinde un homenaje por su magisterio, junto con otros distinguidos bibliotecarios, en un acto celebrado en el Palacio de Minería, en el cual el doctor Ernesto de la Torre Villar se refirió a él diciendo:

> Su labor intelectual en México ha sido relevante. A más de sus cátedras, estuvo encargado largos años de difícil función de publicista, lo que no le impidió realizar su propia obra. Uno de sus trabajos esenciales fue el preciado *Manual de Paleografía Hispanoamericana*, en tres volúmenes que en compañía de Millares Carlo editó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. La Biblioteca Nacional editó varios ensayos, históricos y bibliográficos y posteriormente los *Anexos al Boletín de la Biblioteca*. Como miembro de esa institución débesele la colaboración para el *Index Translationum* editado por la UNESCO. Cuando el Instituto de Investigaciones Bibliográficas inició la publicación de la *Bibliografía Mexicana* y del *Anuario Bibliográfico*, puso a su cargo la dirección de ésta y ha sido quien ha realizado los notables estudios bibliográficos que les acompañan. Dentro del Instituto tiene varias publicaciones más y actualmente prepara auxiliado por un equipo que él ha formado y dirige la *Bibliografía Mexicana del siglo XVII*.

> Los años pasados entre nosotros, años en los que hemos recibido su enseñanza, su cordialidad, su continua lección de honestidad y firmeza, su pícara ironía, le han ligado entrañablemente no sólo a nuestras vidas sino a nuestras instituciones, a las que ha servido con altura, con gran dignidad y con inmensa responsabilidad. Por esas cualidades del hombre cabal y de maestro auténtico hoy se le honra.

Para terminar, se anotan los conceptos del doctor José Quiñones Melgoza, expresados en una nota en su "Ensayo para una bibliografía general directa del doctor José Ignacio Mantecón Navasal", publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas,* 1992-1993.

> Este ensayo bibliográfico fue compilado para un homenaje (por mala fortuna de mi labor, hoy pesarosamente póstumo), que iba a ser (hoy también lo es) un testimonio de mi gratitud, el cual optimistamente portaría por extensión, aunque sin merecimiento alguno, y asumiendo la representatividad que no le correspondía, el de todos aquellos mexicanos estudiosos de la bibliografía y la biblioteconomía a los que el doctor José Ignacio Mantecón (Zaragoza, 1902–México, 1982) sirvió (lo cual era servir a México), como los mejores y más insignes maestros, cerca de cuarenta años (llegó al país en 1940, luego de sufrir la ignominiosa represión franquista), ya enseñando, ya dirigiendo; ya orientando discípulos, ya formando investigadores. No se me escapa aquí que el homenaje más compensable a su abnegada entrega sería la publicación póstuma de *El Juguetillo* de Bustamante (núm. 11), en cuya edición, estudio, notas e índices puso tanto empeño, y que vimos finalizado desde 1977.

Hugo Margáin

Salma Saab

Hugo Margáin, filósofo —en su sentido más cabal—, colega, amigo entrañable. Es víctima de la violencia a la temprana edad de treinta y seis años. Muere en 1978, cuando su visión filosófica estaba cobrando contornos más definidos y sus proyectos para colaborar en el desarrollo de la filosofía en México empezaban a cristalizar. Destacaban muchas cualidades en su persona que lo hacían un filósofo singular y excepcional, además de muy querido y respetado por los maestros, amigos y estudiantes que le rodearon. Llamaba su atención su rara y atractiva mezcla de generosidad, sencillez, buen humor, inagotable curiosidad, lucidez y hondura de pensamiento. En él filosofía y vida fueron una. Hugo tenía la virtud de ejercitar su certera y penetrante inteligencia, sin burlas,

sin alardes de superioridad y sin despliegues de gran erudición combinado con la actitud curiosa y perpleja de quien está constantemente debatiéndose y replanteando un sinnúmero de interrogantes y dudas. Su pensamiento era profundo y sus preocupaciones no se satisfacían fácilmente, al grado de atormentarlo de manera vital. Encontró en la filosofía analítica un marco idóneo para sus reflexiones, un marco que se ajustaba a su temple y carácter filosófico. De allí que después de haber iniciado sus estudios en la Facultad de Derecho y cursado la licenciatura en Filosofía en nuestra Universidad, continuara sus estudios de doctorado en la Universidad de Oxford, Inglaterra, centro en el cual se encontraban o visitaban continuamente los más destacados exponentes de esa corriente.

Antes y después de su estadía en Inglaterra, tuvo por algunos años —pocos desgraciadamente— un desempeño en la Facultad, impartiendo los cursos de Introducción a la filosofía, Lógica, Filosofía de la lógica y Semántica filosófica. Estaba en el proceso de elaboración de un texto de lógica, que tanta falta hacía, y todavía hace, en nuestros medios de habla hispana. Y es de lamentar que ese proyecto nunca se concretara, salvo por sus apuntes, que algunas generaciones tuvieron la fortuna de estudiar. Era buen interlocutor, desenfadado y respetuoso de las opiniones de los demás; esto hacía que sus diálogos, además de amenos, fueran fructíferos. Los diálogos con los estudiantes se continuaban frecuentemente fuera de las aulas, dándo ocasión a sus alumnos de estar con alguien que además de indudable vocación filosófica hacía del pensar un placer y un deleite.

Se caracterizó por su entrega a nuestra Universidad, sin perder de vista la importancia de que la filosofía no se ejerza en el aislamiento ya sea personal o de una comunidad cerrada. Participó infatigablemente en los medios de comunicación, revistas de difusión y de cultura y en conferencias y mesas redondas tanto en el bachillerato como en otras facultades y centros culturales.

Lo sorprendió la muerte a los escasos meses de haber ocupado la dirección del Instituto de Investigaciones Filosóficas, siendo para el Instituto, para la Universidad y para la filosofía en México una pérdida muy dolorosa, irrecuperable. El paso de los años no disminuyen la rabia y la indignación frente a la estupidez, la brutalidad y la insultante impunidad de los responsables de su muerte que a la fecha sigue sin esclarecerse.

Es una gran ironía el que de los muchos temas filosóficos que le preocupaban, algunos de los que más le perturbaran fueran justamente los de la racionalidad, el entendimiento de la conducta humana y el ejercicio de la violencia y la irracionalidad. Los que lo conocimos lo seguimos recordando con cariño y admiración.

Isabel Mayén Pimentel, formadora de geógrafos

Carmen Sámano Pineda

Entre los integrantes de la planta de profesores del Colegio de Geografía, Isabel Mayén destacó por su dedicación y entrega a las labores académicas. Aunque a su paso por la Facultad de Filosofía y Letras también se desempeñó eficazmente en puestos académico-administrativos, su mayor interés fue siempre la enseñanza. Formar geógrafos, en el aula y fuera de ella, constituyó su tarea principal por más de veinte años.

Isabel realizó estudios de geografía en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, donde obtuvo la licenciatura en 1967 y la maestría en 1974. También cursó las asignaturas correspondientes al doctorado. Por esa época, para completar su preparación, fue también becaria del Programa para Formación de Profesores de Enseñanza Media y Superior y viajó a Quito, Ecuador, cede del CEPEIGE, donde siguió una especialización en Geografía aplicada.

En 1969 inició labores docentes en el Colegio de Geografía. Fue ayudante del maestro Carlos Berzunza en Geografía de América y, poco después, del doctor Jorge A. Vivó en Geografía general y fisiografía y en Geografía económica. Poco después fue nombrada para impartir Estudio de nombres geográficos y Conservación de la fauna silvestre, ésta última en la maestría en Geografía. También impartió Geografía económica, por corto tiempo, en la Facultad de Economía.

1974 es un año importante en la carrera académica de Isabel Mayén; en esa época fue nombrada maestra de Medio tiempo en el Colegio de Geografía, ganó la definitividad en las asignaturas donde fungía como ayudante y se hizo cargo del Colegio de Geografía en el Sistema Universidad Abierta de la Facultad de Filosofía y Letras (SUA Geografía).

Aunque su nombramiento en esta dependencia, en un principio, fuese sólo como auxiliar administrativo, la labor de Isabel Mayén en SUA Geografía lo rebasó ampliamente. Tuvo la responsabilidad de su puesta en marcha, organización y funcionamiento. Fue secundada eficientemente, en tan difícil labor, por Georgina Calderón, Blanca Ramírez y José Morales. Casi todos los problemas que enfrentó la joven comisión fueron resueltos con éxito; no hubo descansos, fines de semana o vacaciones que interrumpieran su trabajo académico y, así, en pocos años, SUA Geografía, de ser sólo una posibilidad, se constituyó en una nueva visión de la licenciatura en Geografía.

En esos años (casi todos los setentas) Isabel Mayén supo conjuntar con éxito las tareas cotidianas en la Facultad, a costa del sacrificio de su vida privada. Daba clase, dirigía SUA Geografía y también investigaba en un espacio que, en el corto tiempo que permaneció abierto, cons-

tituyó un éxito para la investigación en el Colegio de Geografía: el Centro de Investigaciones Geográficas.

Bajo la administración del doctor Ricardo Guerra se fundaron los centros de investigación. En el Centro de Investigaciones Geográficas trabajamos algunas profesoras en investigaciones diversas, bajo la dirección del doctor Vivó, quien también estaba a cargo del Centro. Una de las líneas de investigación sobre la que se trabajó fue la geomorfología estructural. Dentro del equipo dedicado a esa línea se encontraba Isabel Mayén, quien se dedicó a estudiar el sistema de fallas y fracturas en el Istmo de Tehuantepec, el Mar Muerto y el oeste de la Sierra Madre de Chiapas, y la geomorfología de los valles centrales de Oaxaca.

Los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en el tiempo que funcionó el Centro quedaron registrados en los anales del Centro de Investigaciones Geográficas y fueron expuestos en varias conferencias. Tanto en esos anales, como en las conferencias, Isabel Mayén colaboró activamente. Es interesante agregar que, en los últimos veinte años de vida académica del Colegio de Geografía, las investigaciones realizadas por profesores y alumnos en el Centro de Investigaciones Geográficas constituyen un hito y un ejemplo a seguir.

El fin de la efímera vida del Centro de Investigaciones Geográficas coincidió con la designación de Isabel Mayén como secretaria académica del Colegio de Geografía. A sus labores cotidianas agregó esta carga académica pero, como siempre, supo cumplir y su trayectoria académica continuó con éxito.

A principios de los ochentas, al terminar sus obligaciones académico-administrativas con SUA Geografía y con la Coordinación del Colegio, Isabel Mayén se dedicó por completo a la docencia, a cumplir cabalmente su papel como maestra, como formadora. Volcó su interés en aquellas áreas donde inicialmente se desenvolviera como ayudante y, así, entre las materias que había impartido hasta entonces, mostró su preferencia por los estudios regionales. Su objeto de estudio fue la geografía de América, especialmente América Latina. Por la manera como realizaba el análisis del especio geográfico latinoamericano lograba, en cada uno de los cursos impartidos, aprisionar y acrecentar el interés de los estudiantes en cada clase, desde el inicio hasta el fin del semestre.

Otra disciplina que absorbió muchas horas de su tiempo fue el estudio de los nombres geográficos. A pesar del enorme interés que éstos revisten para el estudio de los espacios, los lugares, los sitios y los elementos naturales y culturales que los componen, así como las dominaciones de que han sido objeto, hasta ahora han sido poco estudiados en México. La cátedra de Isabel Mayén sobre nombres geográficos, principalmente aquellos de origen náhuatl, puede considerarse como pionera en el país y casi única en su género.

A cada cátedra dedicaba varias horas de preparación, siempre con la idea de que la actualización es esencial para todo aquel que se considere maestro. También destinaba buena parte de su tiempo, dentro y fuera de la Facultad, a la asesoría de estudiantes, egresados y profesores, que constantemente la buscaban, sabiendo que en ella encontrarían la respuesta esperada. Y aunque preparar una clase a conciencia y asesorar a quien lo pida no se aquilata como debiera, no por eso Isabel dejó de hacerlo, siempre con gusto, sin olvidar que la meta propuesta al iniciar el camino era formar geógrafos, no sólo instruirlos.

La muerte la sorprendió en pleno uso de sus facultades físicas e intelectuales; le quedaba mucho por hacer dentro del campo de la geografía; dejó sin escribir todo el saber acumulado. Por partes, ese saber se conserva en sus alumnos y en aquellos que tuvimos el placer de escuchar sus disertaciones en clase, en una conferencia o en una charla de café. Muchas veces sus opiniones, que eran casi siempre propositivas, a menudo resultaban innovadoras y preocupaban a más de un geógrafo conservador que las escuchara.

Isabel Mayén Pimentel fue una buena mastra, excelente para muchos: desde que inició sus labores académicas dentro del Colegio de Geografía, hasta que la muerte la sorprendió, en 1991, se desenvolvió admirablemente. Por más de veinte años dedicó todos sus esfuerzos a la docencia, siempre con la idea de que la actualización constante en las disciplinas a su cargo, tanto geográficas como pedagógicas, y la relación profesor-alumno, eran la clave de un curso de alta calidad, de un curso universitario.

Los que la conocieron, los que estuvieron cerca de ella, los que tuvimos el honor de contar con su amistad, siempre la recordaremos como una persona íntegra, un pilar del Colegio de Geografía, una académica entregada a la docencia, una gran maestra.

Francisco de la Maza

Elisa Vargas Lugo

El doctor Francisco de la Maza (1913-1972) destacó como uno de los maestros más notables, más sabios y brillantes de la Facultad de Filosofía y Letras, entre los años que corrieron de 1945 a 1970. Pocos maestros han tenido el carisma que hizo tan famosas sus clases y conferencias, que se vieron siempre sumamente concurridas. De la Maza creó su fama de gran expositor del arte novohispano en el vetusto edificio



Raúl Flores Guerrero y Francisco de la Maza, 1949.

de Mascarones, en donde estuvo instalada la Facultad de Filosofía y Letras hasta el año 1953, ya que en 1954 tuvo lugar el cambio a la Ciudad Universitaria.

Digno discípulo de don Manuel Toussaint, el doctor De la Maza heredó la cátedra de Arte colonial cuando su maestro se retiró, y pronto se consagró por sus conocimientos y su extraordinaria oratoria académica, abriendo, como maestro e investigador, nuevos horizontes en este campo del arte y despertando numerosas vocaciones.

Cerca de trescientos artículos y una veintena de libros —la mayoría sobre arte novohispano— hablan de los múltiples intereses culturales de Francisco de la Maza, cuya aguda sensibilidad lo llevó a escribir sobre historia, literatura —cabe aquí destacar su gran admiración por la obra de sor Juana Inés de la Cruz— y a penetrar diferentes épocas artísticas.

Una característica envidiable de su obra es la agilidad y originalidad de sus escritos, pues fue poseedor de una prosa tan emotiva y tan viva como su discurso hablado. A estas cualidades de expositor, De la Maza reunía una verdadera vocación de maestro. Él instituyó las lecciones *in situ* para las clases de Historia del arte, organizando excursiones a los lugares de mayor interés dentro de cada programa.

Como investigador del arte mexicano, le corresponde el mérito de haber iniciado los estudios iconográficos e iconológicos del arte novohispano, los cuales, como es de comprenderse, son de importancia fundamental para el mejor conocimiento del fenómeno estético en la Nueva España.

Entre sus aportaciones importantes deben mencionarse al menos los artículos sobre José Luis Rodríguez Alconedo; los estudios dedicados a Francisco Eduardo Tresguerras; la interpretación iconológica de la decoración de la Capilla del Rosario de la Ciudad de Puebla y sus "Notas sobre lo cursi". Aunque algunos de estos temas hayan sido tratados con mayor amplitud por autores recientes, las aportaciones que él hizo aún tienen vigencia.

Entre sus libros deben destacarse el dedicado a la obra del pintor Cristóbal de Villalpando, *Antinoo, el último dios del mundo clásico* y *Cartas barrocas*.

Su comprensión del arte fue historicista. Su gusto por el arte clásico y el neoclásico, no le impidió valorar y admirar la cultura barroca —a cuyo arte dedicó su mayor y mejor empeño—, pues cada modalidad artística fue considerada por él como valiosa expresión de un momento histórico determinado.

Los conceptos, opiniones y juicios emitidos por el maestro De la Maza sugieren, además de una sólida erudición, la presencia de un móvil sentimental importante. Su percepción del arte parece haberse iluminado por un fuerte destello esencialista, con raíces platónicas, en combinación con un moderno sentido histórico de la belleza.

Ernesto Mejía Sánchez, cátedra y erudición

Margarita Peña

La aportación de Ernesto Mejía Sánchez —Nicaragua, 1923-México, 1985— a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México tuvo como marco el área de la literatura de Hispanoamérica, y aspectos específicos de la literatura de la Colonia y de los siglos XIX y XX. Esto no quiere decir que no frecuentara géneros y disciplinas diversos. Por los años setentas se realizó en San Cristóbal las Casas, Chiapas, un congreso internacional sobre fray Bartolomé de las Casas y en él, haciendo gala de cultura interdisciplinaria, Ernesto Mejía Sánchez alternó como lascasita con historiadores mexicanos y extranjeros. Por otra parte, Ernesto cultivaba la creación en términos



Paciencia Ontañón, Juan M. Lope Blanch, Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, José Pascual Buxó, Antonio Alatorre y Margit Frenk, 1958.

de poesía y prosemas. Su *Recolección al mediodía*, publicada por Joaquín Mortiz, da cuenta de ello. Prosas exquisitas que lindan con lo poético; poesía que roza lo confesional. Decir los sentimientos, la vida, con elegancia suprema fue una de las características de los textos de creación de Mejía Sánchez. Durante muchos años —a lo largo de los sesentas y los setentas— fue titular de la materia Literatura iberoamericana. Su interpretación del *Rabinal-Achí* solía ser un compendio de erudición y pasión que a todos nos fascinaba, y fue por ello que los estudiantes llegaron a bautizarlo "Maestro-mago-brujito". Su auditorio perfecto se encontraba en los seminarios de posgrado, en donde algunos dilectos aprendían de él las sutilezas de la edición textual y gozaban las delicias del dato erudito, o de la publicación rara y curiosa que Ernesto, generoso, ponía a disposición de los demás. Su territorio era la biblioteca, el archivo. Por los años en que estudié con él, lo obsesionaba un documento extenso y laberíntico ¿del siglo XVI, del XVII?, titulado "Las alteraciones del Darién", al que trataba de dar forma con la ayuda de sus alumnos. En la casa de Luis Kuhne concentró un acervo especializado en literatura colonial, de los Siglos de Oro, y modernista, cuyo destino final desconocemos, y el cual hubiera debido ser adquirido por esta Universidad que lo vio florecer. Rubén Darío y José Martí, para él, no sólo eran temas de clase, sino presencias determinantes. Lo mismo Alfonso Reyes, de quien editó gran parte de los tomos

que configuran las obras completas. A fines de los setentas fue llamado por el gobierno sandinista a hacerse cargo de la embajada de Nicaragua en Madrid, puesto que desempeñó con donaire, sabiéndose sucesor de un embajador egregio: ¡nada menos que Rubén Darío! A su muerte, en la ciudad de Mérida, Yucatán, a finales de 1985, quedaron pendientes dos empresas de crítica textual: la recopilación y edición de las múltiples versiones existentes del soneto que empieza "No me mueve, mi Dios, para quererte [...]", y la citada investigación sobre "Las alteraciones del Darién". Ojalá pudieran ser concluidas.

Reyista, martiano, dariano, erudito singular, investigador y maestro, mucho dio Ernesto Mejía Sánchez a los que lo escuchamos, lo seguimos, y de él aprendimos.

Héctor Mendoza

José Luis Ibáñez

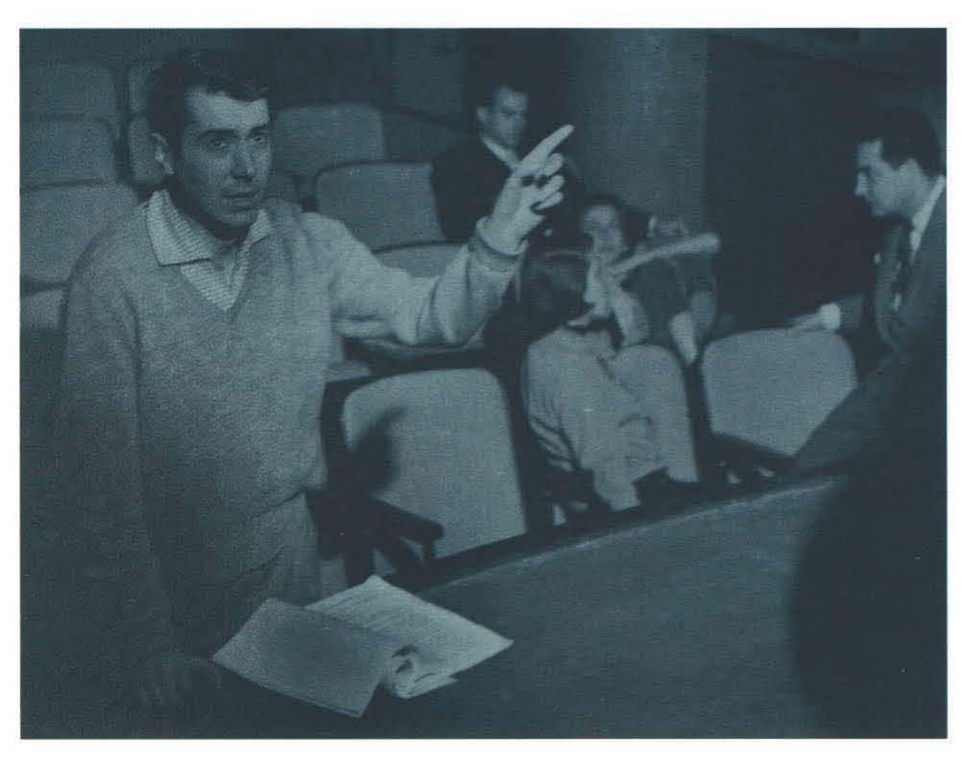
¿Sería una torpeza confesar ahora mi fallido intento de parodiar un célebre bolero? Forzando su rima, mi broma cariñosa empezaba:

> Tú me acostumbraste a todas esas cosas
> y tú me enseñaste que son Héctor Mendoza's...

Con seguridad, en cambio, puedo decir que de las cosas nada simples que, en los años de *Poesía en voz alta*, Héctor Mendoza hizo como director, soy buen testigo. Gozarlas cuando sucedieron, asombrarme de su inspiración, ver con mis propios ojos cómo encarnaron, fue mi suerte. Analizarlas, aquilatarlas y esforzarme en su comprensión para comunicarlas a quienes desean saber de ellas, es —no exagero— una de mis ocupaciones más frecuentes.

No sólo era yo su ayudante. Nuestra amistad se fue haciendo entre viajes de autobús, festivales de teatro estudiantil, y reuniones con Juan García Ponce y Miguel Barbachano. ¿Qué hubiera sido de mí sin esa compañía?

Las lecciones y experiencias de Héctor no podrían confundirse con las de ningún otro: tan exigentes unas como inspiradas las otras; tan imaginativas como estudiosas; tan disciplinadas como intuitivas. Sus obras de juventud comprueban que nació dotado para el teatro. Y cuando, para sorpresa de muchos, se dispuso a dirigir, sus dones naturales


Héctor Mendoza dirige *La hija de Rappaccini*. Al fondo Octavio Paz, Manola Saavedra y María Luisa Elío, 1956.

lo llevaron a las alturas con envidiable facilidad: "subió tan alto, tan alto"..., y le dio a "la caza, alcance" en el primer vuelo.

¿Hace falta decir quién es el actual Héctor Mendoza, el dramaturgo, el director, el maestro de maestros de maestros? ¿Acaso no es aquél mismo, ya grandioso de nacimiento, que de un golpe nos enfrentó hace cuarenta años a la urgencia de hacer en México el teatro que deseamos, antes que el que recibimos como herencia? El teatro

> [...] que tengo en las entrañas dibujado.

Menéndez Samará o de los prolegómenos a una metafísica del porvenir

Joaquín Sánchez Macgrégor

El saber de salvación actuante. Una conciencia en pleno juego dialéctico ascencional en camino a la verdad. Así veo hoy al maestro Menéndez Samará. En aquella remota juventud preparatoriana, cuando lo tuve de profesor en Introducción a la filosofía, se le conocía por sus manuales de filosofía y psicología; atraía, además, como poseedor del

néctar del conocimiento. Se experimentaba en sus clases algo parecido a la intuición del misterio. Iba más allá de la palabra docta o del brillo oratorio a lo Antonio Caso, su modelo en tantas cosas.

De lo que decimos ahora, queda constancia hasta en las solapas de sus libros iniciales. Así, en *Fanatismo y misticismo* (La Casa de España en México, 1940), se puede leer en una solapa:

> Neokantiano en un principio, Menéndez Samará no ha encontrado, sin embargo, satisfactorias todas las soluciones del idealismo, por lo que, sin olvidar o desconocer la tremenda fuerza filosófica de esta escuela, en fecha reciente ha estudiado con positivo entusiasmo los postulados y conclusiones de la filosofía contemporánea (Bergson, Husserl, Scheler y Heidegger, sobre todo).

En los días que corren, Menéndez Samará se encuentra en ese angustioso instante en que el hombre trata de adentrarse y encontrar, en lo más hondo de su ser, la sabiduría y la salvación verdaderas.

La presentación, escrita quizá por el propio autor, se compagina perfectamente con el epígrafe agustino del libro: *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in Deo*. Y con lo que manifiesta sin tapujos en la página IX: "Por intranquilidad intelectual, desde hace algunos años estudio con detenimiento la filosofía de la religión, sin haber encontrado lo que busco".

Su profesión de fe religiosa habría de dañarlo. Le impuso limitaciones a su carrera intelectual, pues el México de entonces se las daba de jacobino e irreligioso. Las limitaciones que se le impusieron, por llamar de algún modo a las reacciones de hostilidad en contra suya no fueron óbice para que Samará incursionara en los temas del mexicano, inaugurados en su versión "actual" por Samuel Ramos, y echa su cuarto a espadas refutando que pueda ser el complejo de inferioridad "el modo principal de ser del mexicano". Su breve ensayo intitulado "Nuestro sentido del ridículo" es un intento débil para incorporarse a una corriente que se pondrá en boga quince años más tarde. Del mismo modo que con el curso monográfico (ejemplar, si se juzga por el programa que se conserva en los archivos de la Facultad de Filosofía y Letras) sobre Fichte, quiso ponerse a la altura, en 1942, de los maestros transterrados y del Vasconcelos de la mejor época, todos en el centro de sus preocupaciones. Samará publicará entonces lo que quizá sea la primera crítica de Heidegger formulada en México.

Pero no hay nada como su personalísima y bien cimentada filosofía de la alteración, expuesta en el libro, para mí inconcluso, cuyo título habla por sí solo: *Menester y precisión del ser* (Antigua Librería Robredo, 1946).

Menéndez Samará postula su "experiencia de alteración" como al-

ternativa al desgarramiento dualista (que le quita el sueño) entre idealismo/realismo y trascendencia/inmanencia. El punto de partida y la llegada de ese filosofar no-dualista es empírico, en la acepción vivencial del término. Su principio (*arjé*) es radical y de una pulcritud metafísica sólo comparable con algunas filosofías orientales antiguas (por ejemplo, el shaivismo de Cachemira) que apenas estamos en condiciones de saber apreciarlas: "*No hay existencias separadas en sí, hay un mundo de coexistencias*, o mejor dicho, *la realidad es alteración*" (p. 91). "La sabiduría *es reconocimiento de algo común en mí y lo alterante: ambos somos, existimos en la coexistencia*, yo soy lo alterado y juntamente lo alterante al participar de su presencia" (p. 97).

Este rico filón descubierto por el maestro Samará es émulo de la *Invitación a filosofar*, de García Bacca (que marcara a tantos estudiantes de los años cuarentas en la Facultad de Filosofía y Letras) y de la *Lateligencia sentiente*, de Zubiri, obras maestras del pensar metafísico.

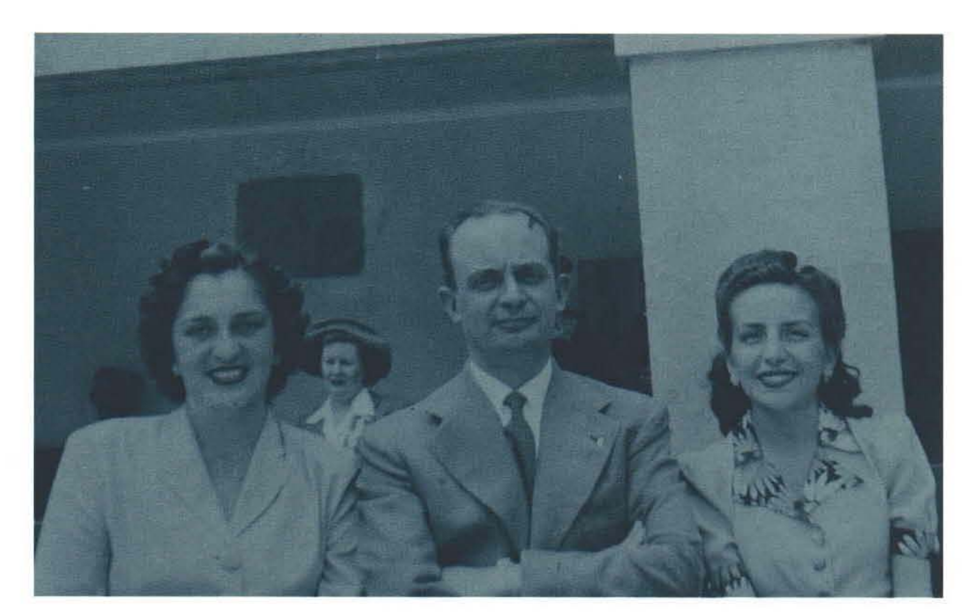
Algún día se reconocerá la "espiritualidad" de Adolfo Menéndez Samará. Mientras, lo presiento con su parsimonia y sindéresis, la voz poderosa, de barítono, las manos y el rostro alargados, plenos de distinción, comparados por mí, en aquel entonces, con el cuadro del Greco *Cristo abrazado a la Cruz*, del Museo del Prado.

María del Carmen Millán

Héctor Valdés

María del Carmen Millán (Teziutlán, Puebla, 3 de diciembre de 1914-México, Distrito Federal, 1 de septiembre de 1982) fue una maestra ejemplar: supo combinar, en sus labores docentes, el rigor intelectual con el trato amable y afectuoso. Sus cursos eran un gran estímulo para quienes tuvimos la fortuna de ser alumnos suyos. Como profesora de investigaciones literarias cuyas exposiciones eran siempre sabias y amenas, tenía la particularidad de despertar en su auditorio el interés por conocer la literatura más allá de las simples impresiones; establecía un diálogo abierto con sus alumnos, que gracias a ella se interesaron especialmente en el estudio de la literatura mexicana que antes no tenía el lugar preferente que hoy se le da en el Plan de estudios de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas.

Sus clases de literatura mexicana fueron también el punto de partida de muchos trabajos de investigación, hoy convertidos en libros, que



Margarita Quijano y María del Carmen Millán, 1945.

han llenado en buena parte los huecos que antes tenía la historia de la literatura nacional. Muchas generaciones de profesores de letras le deben un caudal de conocimientos que ella, a su vez, aprendió de sus maestros, entre los que hay que citar especialmente a don Julio Jiménez Rueda, cuya biblioteca, donada por él a la Universidad, fue el valioso material de estudio y de investigación con que se fundó el Centro de Estudios Literarios que hoy forma parte del Instituto de Investigaciones Filológicas de nuestra Universidad. María del Carmen Millán fue su primera directora y principal impulsora; de ahí han salido obras de consulta y estudio fundamentales.

La doctora Millán tuvo un interés especial por el cuento escrito en México; habló de él con entusiasmo en sus cursos y publicó una antología de este género literario en la colección SepSetentas, que ella misma dirigía. Allí se encuentran, como un eco de sus cátedras, opiniones autorizadas sobre escritores mexicanos que forman parte de nuestro patrimonio literario.

La labor de maestra de María del Carmen Millán se equipara con la que tuvo como secretaria de nuestra Facultad, cuando ésta era pequeña. Ejerció este deber con firmeza, pero sin autoritarismo; con gran facilidad solucionaba los problemas tanto académicos como administrativos. Pero su labor vital fue la de enseñar, la de mostrar con su ejemplo que el trabajo del maestro es una noble tarea.

Agustín Millares Carlo

José Quiñones Melgoza

Nacido en Las Palmas, Gran Canaria, el 10 de agosto de 1893, y muerto allá mismo en 1980, hereda por el lado paterno su afición por las artes liberales y las humanidades (historia documental, literatura y bibliografía). A los veinte años de edad obtiene en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid la licenciatura en Filosofía, y tres años después, el 18 de noviembre de 1916, el doctorado. Un libro bastaría apenas para poder reseñar todos sus logros: cátedras, méritos, premios, viajes y publicaciones. Muy temprano comprendió que las universidades son los grandes focos de donde se irradia la cultura a la sociedad; por tanto, a las universidades de aquí y de allá dedicó todos sus esfuerzos. De su vasta erudición bibliográfica, de sus sólidos conocimientos de la cultura (grecolatina, hispanoeuropea y americana), de su valioso rescate y estudio de archivos y bibliotecas —palpable en obras como *Paleografía española* (1929), *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas* (1971), *Literatura española hasta fines del siglo XV* (1950) y *Álbum de paleografía hispanoamericana* (1955)—, y de su decidido impulso a la publicación de revistas especializadas, se beneficiaron muchos países, especialmente España, México y Venezuela. Llegó a México como vicecónsul en 1939 y, a causa de los sucesos políticos de su patria, determinó establecerse en nuestra capital, donde, de inmediato, se incorporó a La Casa de España, que más tarde será El Colegio de México. En éste y en la Universidad Nacional Autónoma de México desarrolla sus máximas facultades con cátedras e investigaciones humanísticas. A la Universidad (en la Escuela de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras) ingresa en 1941 para impartir Paleografía española y Lengua y literatura latinas, además de dirigir el Seminario de lenguas clásicas. En ella funda y dirige los comienzos de la Bibliotheca Sciptorum Graecorum et Romanorum Mexicana (dentro de ella publica a Salustio —*Guerra de Yugurta y Conjuración de Catilina*—, Nepote —*Vidas de los ilustres capitanes*— y Tito Livio —*Desde la fundación de Roma*: libros I y II), y del "segundo" Instituto Bibliográfico Mexicano, con sede en la Biblioteca Nacional, quien lo nombra investigador titular de Tiempo completo. Y, sin duda, la dependencia universitaria que más se favoreció con sus aportes y estudios fue la Facultad de Filosofía y Letras: primero por la gran cantidad de discípulos que formó en todas las disciplinas humanísticas; después por sus asiduas colaboraciones en el *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras* durante trece años, de 1941 a 1954, y la publicación de *Don Juan José de Eguiara y Eguren y su Bibliotheca mexicana* y *Apuntes para un estudio biobibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar* en la colección opúsculos de la Facultad

de Filosofía y Letras. Finalmente, un legado insospechado para las letras clásicas fueron sus obras sobre lengua (*Gramática latina* y *Antología latina*), literatura (*Historia de la literatura latina*) y bibliografía latina, así como también sus traducciones de los clásicos latinos, fuera de la Bibliotheca Scriptorum (Cicerón, Lucrecio, Tibulo, Tácito), y de un gran número de autores neolatinos (Las Casas, Tomás Moro, Eguiara y Eguren y Pedro Mártir de Anglería).



José Miranda González.

José Miranda González

Rosa Camelo

José Miranda nació en Gijón, España, el 22 de julio de 1903. Hizo estudios de licenciatura y doctorado en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad de Madrid, entre los años 1922 y 1927. En su tesis doctoral ya mostraba la inclinación hacia lo que sería su principal interés profesional, la historia del derecho, porque tenía como tema la historia de las instituciones medievales españolas.

Como a muchos jóvenes de su tiempo, el gobierno español le proporcionó los medios que le permitieran continuar su preparación en universidades extranjeras; así, la Junta de Ampliación de Estudios y la Facultad de Derecho de Madrid le otorgaron becas para que se especializara en historia y ciencia política en las universidades de París (1930-1931), Berlín (1933) y Tübinga (1935).

Por estos mismos años inició sus actividades docentes y de investigación. Fue profesor ayudante de Derecho político (1931), profesor encargado del seminario de Derecho público (1932-1938) y también profesor encargado del museo-laboratorio de la Facultad de Derecho en Madrid (1934-1936).

Durante la Guerra civil fue secretario general de la Universidad de Madrid, en el tiempo que fue rector de la misma el doctor José Gaos. Ambos se encontrarían posteriormente en México como profesores en dos de sus principales centros de enseñanza: la Facultad de Filosofía y Letras y El Colegio de México.

Con el triunfo de Franco, muchos de los republicanos —entre ellos los más importantes intelectuales— salieron al exilio; José Miranda fue uno de ellos. Su primer asilo americano fue Chile. Allí trabajó un tiempo con Pablo Neruda e impartió cátedra, como profesor extraordinario, en la Universidad de Chile (1941-1943). Después se estableció en México, donde fue profesor investigador en El Colegio de México

(1943-1954) y profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1947-1965), fuera de la UNAM; y dentro de ésta, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras (1952-1954), investigador ordinario en el Instituto de Derecho Comparado, hoy Instituto de Investigaciones Jurídicas (1949-1954), investigador de carrera, primera categoría, en el mismo Instituto (1954-1957) de donde pasó con la misma categoría al Instituto de Historia, hoy Instituto de Investigaciones Históricas (1957-1967).

El interés de sus trabajos le valió el apoyo de la beca Guggenheim para investigación en Estados Unidos (1958) y en Europa (1967), así como de la Rockefeller para Europa (1967).

La temática de su obra es muy diversa. En lo temporal, sus trabajos cubren desde el siglo XVI hasta el XX, y los asuntos de que se ocupó, a partir del estudio del derecho y de su historia, fueron: historia de las instituciones, historia social, historia económica, historia de las ideas e historia cultural.

La mayoría de sus trabajos fueron escritos en México, salvo *En torno a la decadencia de España* (Madrid, 1939) y *El método de la ciencia política*, iniciado en Chile y terminado y publicado en nuestro país en el año 1945.

Sobre asuntos jurídicos publicó "El papel de la Constitución en la vida política y social contemporánea" (1945), "La reforma social en Argentina" (1955) y *Reforma y tendencias constitucionales recientes en América Latina* (1957).

Las investigaciones históricas de Miranda fueron, principalmente, sobre historia colonial, aunque en algunas incursionó en el siglo XIX y en otras volvió sus ojos a la historia de España. Tenía proyectados trabajos con un espacio temporal mayor: uno sobre la formación social mexicana, que abarcaría desde la época colonial hasta el siglo XX y la continuación de su estudio sobre las ideas e instituciones políticas mexicanas, de la Independencia a la Reforma; la muerte vino a detener estos proyectos, así como un ambicioso estudio sobre el siglo XVIII novohispano, esbozado en su *Humboldt y México*, y una investigación sobre la ganadería en Nueva España.

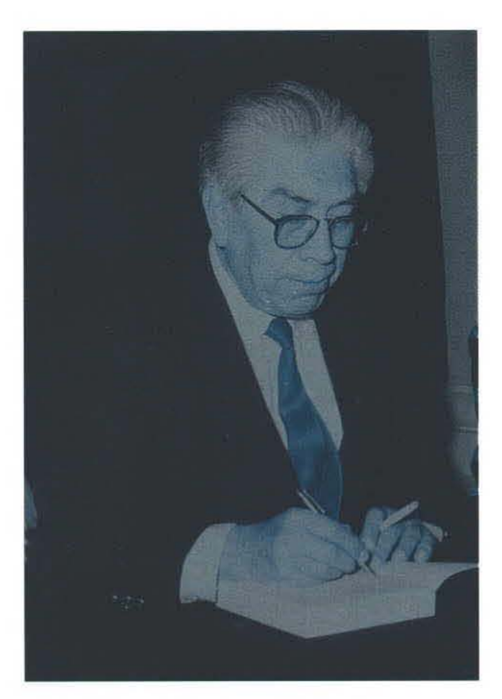
Entre sus obras principales se encuentran: *La función económica del encomendero* (1941 y 1965); *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI* (1952); *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas* (1952); *El erasmista mexicano fray Alonso Cabello* (1958); *España y Nueva España en la época de Felipe II* (1962), y *Humboldt y México* (1962).

Para Miranda, en toda investigación se encuentran tres realidades: la del investigador que aplica al estudio de un asunto un sistema metodológico, detrás del cual son visibles sus convicciones vitales, que se muestran y comunican su mensaje a quien lo lea. La del asunto investigado, que aunque es uno mismo para todos aquellos que lo estudian,

se transmite de distinta manera, porque se ve permeado por la percepción de cada uno de los que lo analizan, y la de los transmisores del asunto que, al comunicarlo, muestran varios ángulos, algunos de ellos poco importantes para el investigador que deberá tener en cuenta cuando, en contraste con otras informaciones, pretenda establecer una variante que le permita tener una imagen del pasado que busca conocer. También consideraba Miranda que aparte de lo que enseña el documento en sí, puede aprenderse mucho del fondo documental, porque la forma de acumulación de los documentos y el ritmo de su elaboración son producto de la realidad en que se dan.

La obra historiográfica de José Miranda fue una propuesta de reinterpretación de la historia colonial, a partir de la comprensión de dos realidades interactuantes que se influían y modificaban: sus trabajos abrieron muchos caminos de investigación sobre la historia colonial que, aún ahora, a veintisiete años de su muerte, invitan a muchos estudiosos a internarse en ellos.

José Miranda murió en Sevilla, donde se encontraba investigando en el Archivo General de Indias, el 27 de noviembre de 1967.



Mario Miranda Pacheco, 1993.

Mario Miranda Pacheco

Javier Torres Parés

En 1971, cuando se incorporó a la Universidad Nacional Autónoma de México, el profesor Mario Miranda Pacheco recuperó el mundo académico perdido en Bolivia. Ese año los militares de su país aniquilaron un vigoroso movimiento popular, liquidaron las instituciones democráticas y cerraron las universidades.

Expulsado por la dictadura militar, en los primeros días de su exilio se hizo cargo del curso de Historia de Bolivia contemporánea, que ofreció la Facultad de Filosofía. Sus alumnos descubrimos las características de una sociedad que emprendió su transformación y el sentido de los golpes de Estado "preventivos", capaces de frustrar la construcción democrática de su futuro.

El nuevo profesor aportó su experiencia, adquirida durante dieciocho años de trabajo en la Universidad de La Paz, y un conocimiento auténtico de Bolivia y el área andina. Cuando llegó al Colegio de Estudios Latinoamericanos era ya un académico formado en la ciencia política y el derecho, con estudios de posgrado como becario del Consejo Británico en la Universidad de Nottingham, en donde cursó Filosofía y Psico-

logía social. En París obtuvo el doctorado en Derecho constitucional.

Durante veintidós años ha confirmado en México su generosa vocación docente, en la que volcó sus mayores esfuerzos, que se expresan en numerosos seminarios, cursos y conferencias, y en las tesis de licenciatura y posgrado que dirigió durante ese tiempo. Los resultados de su dedicación se manifiestan también en sus libros y artículos sobre educación y cuestiones latinoamericanas. Sus preocupaciones actuales lo han llevado a investigar, desde hace algunos años, los problemas de la modernidad en los países de América Latina.

La cultura contemporánea y la suerte de los cambios sociales son temas que lo ocupan constantemente. Siempre dispuesto a debatir sus reflexiones, Miranda Pacheco encarna al profesor que también es un hombre de principios y al académico de convicciones inconmovibles que le costaron el exilio. A sus numerosos amigos ofrece invariablemente su sabiduría amistosa y el optimismo que lo hacen un profesor en el que se piensa con afecto.

Hoy es un respetado estudioso de la sociedad y la política de nuestros países y su investigación reciente se orienta en el sentido de desentrañar las originales formas que adopta el desarrollo social, esto es, elabora lo que él llama una visión histórica del futuro. En esta perspectiva, piensa que la lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos aún tiene mucha historia por hacer, y que el marxismo, hoy "de vacaciones", a partir de su renovación, hará un aporte indispensable para la comprensión de las nuevas realidades de fin de siglo. Su trabajo promete nuevos aportes al conocimiento de América Latina y mantiene el más alto sentido universitario.

Marianna Montalto

Franca Bizzoni

Nacida en una pequeña ciudad cerca de Siracusa, en Sicilia, la *Professoressa* Marianna Montalto, o Mariannina, como afectuosamente le dicen colegas y estudiantes, cursó sus estudios universitarios en el Instituto Orientale di Napoli, especializado en muchas lenguas extranjeras de Oriente y Occidente, terminando su carrera en la Universidad de Messina, en la nativa Sicilia. Ahí obtuvo su título de *Dottore in Lingue e Letterature Straniere* con la máxima calificación. En Italia empezó su



Marianna Montalto y María del Carmen Millán, al centro, entre otros, 1963.

actividad docente: por algunos años enseñó inglés y francés en diferentes grados de la escuela secundaria inferior y superior.

En 1957 llega finalmente a México a visitar a unos tíos..., y la visita se volvió permanente. Ese mismo año, Mariannina recoge la herencia de Ida Appendini e inicia, con el entusiasmo que siempre ha mostrado para las empresas nuevas, su tarea de difusión de la lengua italiana.

Por un lado, ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México para impartir lengua y literatura italianas y contribuir así a transformar el Departamento de Letras Italianas del Colegio de Letras Modernas. Por otro lado, empieza también su colaboración, que duró más de veinticinco años, con el Instituto Italiano de Cultura de la Embajada de Italia.

Desde entonces la maestra Montalto ha sido y sigue siendo una presencia entrañable en los pasillos y aulas de nuestra Facultad: un poco adusta, inconforme con el horario, con el salón que le tocó..., y sin embargo entusiasta, generosa en su destacada labor educativa que se ha reflejado en la formación integral —lengua, cultura, literatura italianas junto con consejos amables— de innumerables generaciones de estudiantes de letras italianas, hoy a su vez maestros de italiano en las preparatorias; también en numerosos trabajos sobre la gramática y la literatura italiana de diferentes épocas y en varias traducciones, muchos de los cuales todavía están inéditos.

Por sus treinta y siete años de actividad docente en la UNAM, en la

Facultad de Filosofía y Letras y en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, el pasado mes de mayo la maestra Montalto recibió un merecido homenaje por parte de la Universidad —autoridades, colegas, ex alumnos famosos y no, estudiantes, etcétera— y por parte del Gobierno italiano, el cual, por conducto de su representante en México, el embajador, doctor Sergio Cattani, le confirió la condecoración de "*Cavaliere Ufficiale della Repubblica Italiana*". Felicidades Mariannina y ¡*Ad maiora*!

Francisco Monterde

José G. Moreno de Alba

En 1913, cuando Monterde (1894-1985) contaba apenas diecinueve años, en un teatro de obreros se representó su primera obra literaria, el drama en verso *La máquina maldita*. Desde entonces, hasta los últimos años de su larga vida, no interrumpió jamás su trabajo intelectual. Aunque la mayoría de los manuales lo sitúa predominantemente en el grupo de los colonialistas, junto con Genaro Estrada, Artemio de Valle-Arizpe, Julio Jiménez Rueda y Ermilio Abreu Gómez, merece también un lugar entre los dramaturgos. De su labor como narrador dan prueba sus libros *El temor de Hernán Cortés* y *El madrigal de Cetina y el secreto de la "Escala"*.

Difícil resulta determinar si en la obra total de Monterde sobresale el creador o el crítico. Creo que, como investigador su labor fue constante y, tal vez, de mayor trascendencia. Deben destacarse estudios que, como su *Bibliografía del teatro en México*, son fuentes de consulta imprescindibles. Publicó tratados eruditos y amenos de literatura mexicana y universal, discursos, artículos, reseñas. Precisó fechas y puntos dudosos de varias biografías de autores nacionales. Hizo de su trabajo periodístico, en *El Universal* y en *El Nacional*, una obra literaria. Sus crónicas y sus mesurados comentarios de teatro, música, danza y ópera manifiestan su profundo conocimiento de las artes y su voluntad de dignificar el periodismo cultural.

No fue mera coincidencia que aun sus actividades administrativas estuvieran siempre ligadas con los libros: subdirector de la Biblioteca Nacional, director de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, jefe de bibliotecas de la Secretaría de Educación Públi-



José Luis Martínez, Alicia Reyes y Francisco Monterde.

ca, jefe del Servicio Editorial de la UNAM, director de la imprenta de la Universidad. Francisco Monterde no sólo escribió libros, también se preocupó porque la cultura impresa llegara a muchos lectores.

Si se acepta que son dos los principales medios para transmitir conocimientos, uno la obra escrita y otro la cátedra, hay que reconocer que por ambos transitó Monterde. Fue por muchos años Profesor de Tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde enseñó literatura española, tanto peninsular cuanto iberoamericana y mexicana. Ahí mismo dirigió la Escuela de Verano y de Cursos Temporales. Dirigió innumerables tesis profesionales y tuvo a su cargo importantes seminarios. Como laborioso miembro del Seminario de Cultura Mexicana, dio conferencias a lo largo y ancho del país. Presidió el Centro Mexicano de Escritores. No puede dejar de mencionarse lo que la Academia Mexicana debe a Francisco Monterde. Elegido correspondiente en 1939, pasó a miembro de número en 1951. Fue director de la misma de 1960 a 1973. Sus múltiples intervenciones en discursos y dictámenes, su asiduidad y disponibilidad, su refinada educación e intachable conducta fueron siempre reconocidas y apreciadas por todos.

Francisco Monterde, como escritor, como investigador, como funcionario, como maestro, como académico, fue un modelo imitable. Demostró que es posible mantener, a lo largo de la vida, una fidelidad absoluta a la vocación literaria.

Francisco Monterde

Carlos Solórzano

Recuerdo a don Francisco Monterde hace medio siglo, cuando era yo un estudiante adolescente en San Cosme, la escuela que se había llamado anteriormente Altos Estudios y que después recibió el nombre de Facultad de Filosofía y Letras.

Impartía don Francisco la cátedra de Literatura mexicana y, por esos años, se doctoró en Letras con un estudio acerca de la obra de Agustín F. Cuenca, poeta mexicano menospreciado hasta entonces y a quien Monterde dio una justa valoración. No quiso cobijarse el maestro Monterde bajo la sombra de los poetas renombrados: Othón, Díaz Mirón o José Juan Tablada, quienes eran los preferidos para escribir tesis de grado.

En la cátedra de Literatura mexicana que él inauguró en la Facultad podía apreciarse la especial predilección de su espíritu por mantener la justeza en el juicio, sin exaltaciones laudatorias ni valoraciones que pudieran disminuir el prestigio de las figuras antes enaltecidas dentro del marco de la literatura nacional.

Esa misma justeza podía también advertirse en la transparencia de su prosa, en la medida siempre melódica con que alternaba las frases largas (trasunto de los endecasílabos y alejandrinos) con las sentencias breves que recordaban el verso de siete sílabas. Trabajado con esmero y disfrute de su oficio de escritor, publicó por entonces su libro titulado *Moctezuma, el de la silla de oro*, en el que el autor probaba que un tema nunca está agotado si cae en manos de un escritor capaz de trabajar la prosa como un artífice labra sus metales. También por esos años dio a la luz su breve obra teatral *Proteo*, en la que el protagonista, ya desaparecido, regresa a la tierra a vivir la verdad de su papel. Monterde se hacía eco de un teatro que es reflejo de un reflejo, fábula que no es necesariamente real, sino más bien una realidad en potencia, en posibilidades, en acontecer más presentido que observado.

En los años a los que me refiero fui asistente de la cátedra de don Francisco Monterde (sé que otros lo fueron también después). Mi ayuda estaba motivada por razones de difícil empleo del tiempo del maestro: él daba clases en la preparatoria de cuatro a cinco de la tarde y su curso de Literatura mexicana estaba anunciado en la Facultad de cinco a seis. Resultaba imposible que don Francisco pudiera ser puntual, a pesar de su culto por la exactitud. Y fue así como, durante los veinte minutos que empleaba el tranvía en que siempre viajaba para hacer el recorrido de San Ildefonso a Mascarones, yo pasaba lista, explicaba o ampliaba los temas que él había expuesto en la clase anterior y, al

llegar el maestro, pasaba a ocupar mi lugar entre mis compañeros estudiantes.

Ermilo Abreu Gómez dijo que don Francisco Monterde "no fue ni envidioso ni envidiado". Y fue en verdad un hombre justo, enmedio de la tormenta que suele desatar la envidia en la *República de las letras*.



María de los Ángeles Moreno Enríquez.

María de los Ángeles Moreno Enríquez

Guadalupe Avilez Moreno

Sin duda referirnos a la doctora María de los Ángeles Moreno Enríquez (1918) es motivo de orgullo para la Universidad y, en particular, para el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Luego de repartir su educación básica entre México, París, Londres y Suiza, comenzó aficionándose por las ciencias; pasó cuatro años estudiando en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas. Sin embargo, no sería esa su vocación definitiva. Muy pronto se sintió atraída por las humanidades, y siguiendo esa inclinación de su sensibilidad, comenzó una larga carrera académica que incluyó cuatro posgrados nacionales y extranjeros; en México obtuvo dos doctorados, en Letras e Historia respectivamente. Más tarde marchó a Estados Unidos, donde cursó una maestría en Artes (Literatura y Antropología). Una vez que consiguió el grado en la Universidad de Carolina del Norte, continuó sus estudios en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en la que hizo un doctorado en Historia del arte. Finalmente se desplazó a París, donde ganó un *Agregeé ex-lettres*.

Como es natural, esta pasmosa preparación la capacitó inmejorablemente para impartir numerosos cursos, desde 1945, a nivel licenciatura y doctorado. Su trayectoria docente pasó de Mascarones a la Ciudad Universitaria, gozando del aprecio de incontables alumnos tanto de letras como de historia.

Entre la casi interminable lista de cursos y seminarios que la doctora Moreno ha acumulado a lo largo de su carrera, se cuentan clases de literatura norteamericana, francesa y mexicana; talleres de traducción, conversación, composición y redacción; cursos generales de *Mexican Folk Arts* y, en el terreno de las artes plásticas, la doctora ha enseñado arte precolombino, colonial y moderno; pintura prehispánica, novohispana y contemporánea; además, tomó en sus manos la tarea de impartir materias como Arte español, Pintura española del Renaci-

miento, seminarios sobre El Greco, Velázquez y Goya, sin descuidar asignaturas como Arquitectura colonial, Historia del arte en el Renacimiento y Cultura europea.

También en el ámbito de las letras, la doctora Moreno ha dado muestras de versatilidad al impartir cursos en inglés de historia de la literatura norteamericana, o en francés de poesía moderna francesa.

Los lugares donde se ha desempeñado profesionalmente, si bien se centran en la Facultad de Filosofía y Letras, también incluyen la Escuela de Verano (hoy Centro de Enseñanza para Extranjeros), el Instituto de Lengua Española y la Escuela Nacional de Música. En el Colegio de Historia obtuvo la plaza de Profesora de Medio tiempo, segunda categoría, en 1953 y, hacia 1972, su promoción a titular "A" de Medio tiempo definitiva.

Como es natural, la doctora Moreno pronto se hizo de un merecido prestigio como académica que le valió ser elegida miembro de la Asociación de Mujeres Universitarias Mexicanas y miembro de la Sociedad de Folklore de México, en 1943. Cinco años después fue señalada, para orgullo de la Facultad, como miembro honorario del Capítulo Delta para mujeres con distinción académica, que otorga la Universidad de Columbia en Nueva York. Asimismo, fue distinguida con la venera de la Legión de Honor que concede Bellas Artes, en 1947.

Sobra decir que la doctora domina el inglés y el francés; sin embargo, maneja también a la perfección otros idiomas: italiano, alemán y portugués, sin faltarle el conocimiento profundo del latín y el griego. Por último, tiene nociones de náhuatl y sánscrito.

Como viajera infatigable, la doctora se ha nutrido para impartir numerosas conferencias magistrales acerca de la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco y el Clasicismo. A nivel más especializado, es recordada como una verdadera erudita en temas como Roma monumental e íntima, los grandes momentos de la pintura y el arte español, el arte del Renacimiento, o ciclos de conferencias sobre ciudades y museos, e incluso sobre la navidad.

A pesar de que la doctora Moreno Enríquez se halla jubilada desde 1985, hasta la fecha continúa impartiendo conferencias y regalándonos charlas informales en su casa, de los más variados temas de historia, arquitectura, literatura o arte.

Entre sus publicaciones se cuentan, *Angels and Demons in Art*. Colombia University Press, 1948; *Folk Narratif Motifs in the book of Esdras*. Folklore Quarterly, 1944; "*El libro de Erza III*". México, Anuario de la Sociedad Folklórica Mexicana, 1947; "*Folklore Elements in the books of the New Testament*". México, Anuario de la Sociedad Folklórica Mexicana, 1955.

En este setenta aniversario de la Facultad, es un honor recordar y rendir homenaje a una de nuestras profesoras que mayor devoción ha

mostrado por la cultura y por la Facultad. Formadora de generaciones de profesionales, el testimonio de la doctora Moreno es de una entrega sin reservas. La amenidad de sus exposiciones, su encanto natural y su incuestionable erudición hacen de la doctora Moreno Enríquez un caso ejemplar de solidez académica, sensibilidad humanística y fineza espiritual; ingredientes, todos, de la más alta calidad humana, académica y docente.

Rafael Moreno Montes de Oca (*Litterae humaniores*)

Jorge Ruedas de la Serna

Un humanista en el sentido clásico de la palabra, que entiende y hace profesión de la *paideia* griega como "[...] la educación de acuerdo a los ideales de un hombre concreto, en su tiempo concreto, y para la formación plena del ser humano", Rafael Moreno Montes de Oca ha sido, sobre todo, maestro. Orientador de innúmeras generaciones, durante sus ya casi cincuenta años de docencia en la Facultad de Filosofía y Letras, tiene también la virtud de ejercer su magisterio con la humildad de la mayéutica socrática. Por eso es un maestro "interlocutor", ávido de aprender enseñando. Su saber inmenso, su capacidad para discurrir sobre el vastísimo campo de la tradición clásica y del humanismo mexicano, queda puesto así al servicio de sus discípulos, de lo que cada uno de ellos lleva dentro de sí, y que el maestro sabe potenciar.

"Cultura viviente" es lo que él entiende como la razón última de la educación, de manera que todo conocimiento esté referido a la vida del hombre, en su dimensión mexicana y universal. Así, para la formación integral del ser humano han de concurrir tanto la enseñanza como la investigación que, constituyendo actos distintos en su método y objeto, se identifican en sus fines.

"Nada le es extraño, excepto la ignorancia", podría decirse de él, glosando la réplica de Alfonso Reyes a quienes querían cerrarle las compuertas de los caudalosos ríos del saber universal; pero ese saber universal para poder reflexionar acerca del "puesto" del hombre en el mundo, y en particular del hombre mexicano, que ha sido el centro de sus preocupaciones filosóficas. De las tres clases de amor que existían para los griegos, *philía* (amar con dilección), *agape* (amar con forta-



Rafael Moreno Montes de Oca, Pablo Martínez del Río, Javier Elola, Eduardo García Máynez y Samuel Ramos, 1958.

leza) y *eros* (amar con pasión), él ama su trabajo con esta última clase de amor.

El maestro Rafael Moreno Montes de Oca nació el 5 de mayo de 1922 en Santa Cruz, Azcapotzaltongo, Estado de México. Estudió humanidades y filosofía en el Seminario Conciliar de México, de 1936 a 1943. De 1945 a 1949 cursó la maestría en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y de 1957 a 1958 el doctorado en Filosofía en la misma institución, donde obtuvo el grado de maestro en Filosofía en 1962, con mención honorífica.

Desde 1946 es profesor de la Universidad, primero en la Escuela Nacional Preparatoria y después, desde 1950, en la Facultad de Filosofía y Letras, donde ha realizado una labor docente ininterrumpida hasta la fecha. Ha sido también profesor de El Colegio de México y de otras instituciones nacionales, y miembro de diversas sociedades científicas y literarias. Desde 1970 hasta la fecha pertenece a la Asociación Filosófica de México. Como integrante del Seminario de Cultura Mexicana ha desarrollado un trabajo perseverante a lo largo y ancho de la República mexicana.

Además de su labor estrictamente académica, el maestro Moreno ha desempeñado diversos cargos al servicio de la Universidad, entre otros, el de secretario académico del Consejo Técnico de Humanidades, de 1950 a 1962; secretario académico del Instituto de Investigaciones Filosóficas, de 1959 a 1962; director (fundador) del Centro de Estudios Clásicos, de 1966 a 1973, y director general de Publicaciones, de 1967 a 1970. Desde estas responsabilidades institucionales, que concibe como necesarias en su visión del universitario integral, supo alentar proyec-

tos de largo alcance, especialmente en el área editorial, que han contribuido al prestigio académico de nuestra Casa de Estudios, como la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, en la que colaboró de 1950 a 1959; los *Cuadernos del Centro de Estudios Filosóficos*; *Filosofía contemporánea* y *Diánoia* del Centro de Estudios Filosóficos y la *Nueva biblioteca mexicana*.

La pasión del maestro Moreno Montes de Oca ha sido la cultura mexicana, y como un instrumento que la hace posible y del cual él mismo hace parte, la Universidad. Por eso, en más de un centenar de títulos que ha publicado, entre ensayos, artículos, prólogos, presentaciones, reseñas y semejante número de conferencias, sobresalen como temas dominantes la historia del pensamiento mexicano, la modernidad de la cultura mexicana, los clásicos y el humanismo en México, la historia de la educación y la Universidad mexicanas.

Su magisterio nunca se circunscribió al aula, sino que lo asumió de manera amplia y generosa, dedicándole toda su ilimitada disponibilidad y todo su espacio vital. Producto de esta admirable vocación de maestro son más de treinta tesis, aprobadas, que ha orientado a lo largo de su vida académica.

Rafael Moreno recuerda siempre a sus maestros y mantiene viva su doctrina en su visión propia del mundo: Gabriel Méndez Plancarte y Octaviano Valdés, a quienes debió su primera educación en humanidades; José Gaos y Samuel Ramos, con quienes profundizó en su formación filosófica y humanística. Agustín Yáñez, con quien colaboró y convivió largos años y aprendió a representarse, a la manera de Balzac —y para estudiar al hombre mexicano— el devenir incesante y multiforme del mundo. Alfonso Reyes, Antonio Caso, Aristóteles, Kant y Heidegger —en ese orden— han sido también sus mentores y sus lecturas dilectas.

Su elevado sentido de la amistad no es un don separado de la armonía de su espíritu.

Rafael Moreno Montes de Oca, con su labor perseverante y discreta, como la de todos los grandes maestros, ha sabido cumplir con su "oficio" de hombre mexicano y de hijo preclaro de la Facultad de Filosofía y Letras, a la cual ha dedicado el esfuerzo de su vida entera.

Roberto Moreno y García con Enrique y Roberto Moreno y de los Arcos, 1945.

Roberto Moreno y García

Libertad Menéndez Menéndez

Roberto Moreno y García fue pionero en nuestro país en la materia que conocemos como Educación o Enseñanza audiovisual y logró, merced a su labor, convertir a nuestro país en pionero de esta disciplina en América Latina.

La Clasificación México de recursos audiovisuales, propuesta básicamente por él en 1947, fue aprobada como oficial por la UNESCO en esos años.

Moreno y García nació en México, Distrito Federal, el 6 de enero de 1906, aunque pasó casi toda su infancia en el pueblo de Tepalcatepec, Michoacán.

Realizó sus estudios elementales en Morelia y ahí mismo cursó la carrera de magisterio en la Escuela Normal de Maestros del Estado.

Ya en México cursó la Normal Superior, que entonces dependía de nuestra Universidad, y posteriormente hizo la carrera de Economía.

Entre los cargos que desempeñó se encuentran el de jefe de capacitación en la División de Enseñanza Audiovisual, jefe del Departamento Técnico de la Dirección General de Enseñanza Normal y supervisor de Enseñanza Normal, todos ellos en la Secretaría de Educación Pública.

En materia de docencia, fue catedrático de la Escuela Nacional de Maestros, de la Escuela Nacional de Educadoras y, en la Universidad, de la Facultad de Filosofía y Letras.

Fundó, en 1951, en nuestra Facultad, el Servicio de Educación Audiovisual. Se incorporó a la docencia universitaria, con carácter honorario, desde 1951. En 1956, Roberto Moreno se hizo cargo de la materia de Organización escolar y un año después ocupó la cátedra de Didáctica general.

Una larga y penosa enfermedad, que lo mantuvo paralítico hasta su muerte, en 1973, lo obligó a abandonar sus cursos en 1958. Lo suplieron en sus cátedras la profesora María de la Luz López Ortiz, en Enseñanza audiovisual, el profesor Domingo Tirado Benedí, en Organización escolar, y el maestro Jesús Aguirre Cárdenas, en Didáctica general.

Aspecto muy importante de su vida fue la actividad sindical. Formó parte del grupo de maestros que fundó el actual Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Fue, durante varios años, secretario de organización del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de la República Mexicana y, con ese puesto, le tocó gestionar la venida a México de los pedagogos españoles republicanos.

Autor prolífico, dejó una bien documentada historia de la educación superior con el título *Desarrollo y orientaciones de la educación supe-*

rior, publicado por la SEP en 1945. Redactó también el capítulo sobre calendario escolar en la obra *Organización escolar*, editada por el profesor Santiago Hernández Ruiz en la editorial UTEHA.

Sus obras, *La enseñanza audiovisual* e *Historia de la comunicación audiovisual*, escritas en colaboración y publicadas por Editorial Patria, siguen reeditándose y son libros de texto en escuelas normales y carreras de pedagogía. La Secretaría de Educación Pública editó, en 1955, su *Técnica de la enseñanza audiovisual*, escrita también en colaboración.

Su gran tema, sin embargo, fue el estudio del analfabetismo. Publicó, en 1941, *Analfabetismo y cultura popular en América* y, en 1947, el folleto intitulado *La verdad sobre el analfabetismo en México*. Su gran obra, *El analfabetismo en México*, en tres volúmenes, no obstante contar con dictámenes muy favorables, jamás salió a la luz.

Pese a que su obra productiva fue cortada prematuramente, puede decirse que fue uno de los pedagogos más importantes de su generación.

C. Ulises Moulines

Ana Rosa Pérez Ransanz

La filosofía de la ciencia que se desarrolla actualmente en nuestro país le debe buena parte de su impulso a Ulises Moulines, "el filósofo de la ciencia más descollante de la joven generación latinoamericana e hispánica", como afirma Jesús Mosterín.

Si bien Moulines es ampliamente conocido y reconocido por su producción original y fecunda, su labor como docente y formador de futuros investigadores se conoce mucho menos. Hay que decir que se trata de un auténtico maestro, pues además de asumir esta tarea con el mayor profesionalismo, sobre la base de un extensivo y profundo conocimiento de su campo, cuenta con una claridad expositiva poco usual, con una amplia capacidad para escuchar y dialogar, así como con un peculiar sentido del humor y la ironía que aviva sus discusiones y exposiciones.

Como investigador, Ulises Moulines comenzó a producir desde muy joven. A los veinticinco años escribe *La estructura del mundo sensible*, libro publicado en Barcelona en 1973, donde emprende una reconstrucción lógica del mundo a partir de los datos sensibles, intentando superar las anteriores propuestas de los filósofos clásicos de la ciencia. Su tesis de doctorado, elaborada en el seminario de Wolfgang Steg-

müller, de la Universidad de Munich, se publica primero en alemán y después en inglés, en 1975. En ese trabajo, Moulines adopta el enfoque de la entonces naciente "concepción estructural de las teorías" y aplica con éxito su metodología a la reconstrucción de la termodinámica de los sistemas simples.

De los cuatro pilares de la concepción estructural —Sneed, Stegmüller, Moulines y Balzer— Moulines es uno de los que con mayor creatividad ha desarrollado esta nueva manera de entender y analizar la estructura y el desarrollo de las teorías empíricas. Algunas de sus aportaciones más originales se encuentran en su libro *Exploraciones metacientíficas*, publicado en Madrid en 1982, donde también encontramos exposiciones muy claras e intuitivas del nuevo concepto de teoría y del programa de investigación que lo acompaña.

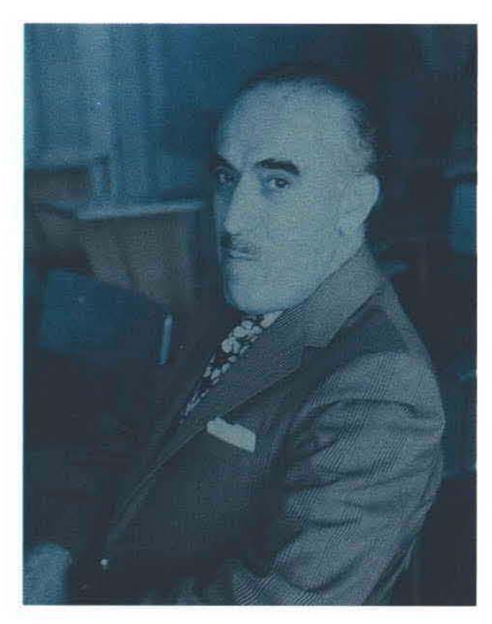
En el programa de los estructuralistas se pretende construir un puente entre el enfoque formal y sistemático de la ciencia, propio de los filósofos clásicos, y el enfoque histórico iniciado por Kuhn, con el fin de hacer posible su complementación y enriquecimiento. Se trata de desarrollar una reconstrucción de la dinámica científica —tomando como base el nuevo concepto de teoría— que sea suficientemente rica desde el punto de vista lógico y que, a la vez, le dé un lugar a los factores de tipo pragmático. Moulines, Sneed y Balzer, en su libro *An Architectonic for Science*, de 1987, presentan la versión más completa de este programa elaborada hasta ahora.

En su último libro, *Pluralidad y recursión*, publicado en Madrid en 1991, Moulines trata temas centrales de la epistemología: relativismo, realismo y holismo, e incluye materiales que van desde reflexiones muy generales sobre el sentido y la especificidad del quehacer filosófico, hasta el análisis de cuestiones muy particulares y técnicas de la filosofía de la ciencia, como son las relaciones interteóricas. Vale la pena decir que en este libro se hace evidente un rasgo que acompaña toda su producción: Moulines ve los árboles *y* ve el bosque, de manera que las perspectivas micro y macro se calibran mutuamente y, en ocasiones, inciden una en otra de manera decisiva.

El trabajo de detalle, las distinciones sutiles y graduales, las precisiones lógicas, el análisis de situaciones específicas, etcétera, se desarrollan a la par que el autor construye un marco filosófico general que les dé sentido y orientación.

Ulises Moulines, filósofo cosmopolita nacido en Caracas en 1946, ha sido nombrado recientemente catedrático de la Universidad de Munich, como sucesor del profesor Stegmüller. Si bien su estancia como profesor e investigador de nuestra Universidad Nacional se extiende de 1976 a 1984, su relación con el medio filosófico sigue siendo muy estrecha. Sus frecuentes visitas y participación en reuniones académicas, así como su continuado interés en apoyar el desarrollo de la filosofía

de la ciencia en nuestro país, son prueba de ello. La Academia de la Investigación Científica otorga a Moulines, en 1983, el Premio de Ciencias Sociales, como reconocimiento al valioso trabajo realizado en México por este filósofo.



Xavier Moyssén Echeverría.

Xavier Moyssén Echeverría

Louise Noelle

Xavier Moyssén Echeverría nació en Morelia, Michoacán, en 1924, y realizó sus primeros estudios en la ciudad de Toluca, Estado de México. Posteriormente ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria y a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde cursó la licenciatura en Historia. Su interés por la historia del arte lo llevó a especializarse en esta disciplina, sobresaliendo tanto por sus escritos como por su labor docente. Así, en octubre de 1958 ingresa como investigador al Instituto de Investigaciones Estéticas y, en marzo de 1959, como profesor a la Escuela Nacional Preparatoria. Dentro del rubro de la docencia cabe destacar su presencia en la Facultad de Filosofía y Letras desde 1965, donde se ha desempeñado en las cátedras de Arte moderno y contemporáneo a nivel licenciatura y posgrado. Sin olvidar su decisiva actuación al frente del Seminario de arte contemporáneo, donde se han formado, en el campo de la investigación, muchos estudiosos a partir de 1971. De este modo se le puede señalar como uno de los principales maestros en este rubro por su entusiasmo y apoyo a quienes pasan por sus aulas, así como por un buen número de tesis dirigidas. En este sentido, la generosidad de sus conocimientos y el aliento a los alumnos son distintivos de su prolongado quehacer.

Por lo que respecta a su amplia labor de investigación, ésta se significa por la seriedad y profundidad de cada uno de sus estudios. En un principio dirigió su acuciosa atención al arte colonial, sobre el que destacan tanto sus estudios propios como la cuidadosa edición anotada de los libros de arte colonial de Manuel Toussaint. Dentro de los primeros se pueden señalar *México, angustia de sus cristos*, *Las haciendas mexicanas y el arte*, o *Estofados en la Nueva España*, amén de numerosos artículos aparecidos en anales y revistas especializadas. Posteriormente dirigió su atención al arte y la arquitectura de los siglos XIX y XX, tema de sus cursos y conferencias; artistas de la talla de José María Velasco, Diego Rivera o Rufino Tamayo se convierten en el núcleo

de sus afanes, llegando a ser un verdadero especialista y dictaminador sobre la obra de estos y otros reconocidos pintores. Incontables artículos, ponencias, prólogos, catálogos y reseñas bibliográficas son testigos de su incansable actividad académica, además de una importante lista de publicaciones entre las que tan sólo mencionaremos *Rufino Tamayo*; *Dibujos de José María Velasco*; *Ernesto Icasa*; *El pintor Rafael Jimeno y Planes. Su libreta de dibujos*; *Diego Rivera. Textos de Arte*; *Joaquín Clausell*; *La pintura de México del siglo XX en sus museos* y *El palacio de Bellas Artes*.

Finalmente, es preciso señalar su actividad como editor de diversas publicaciones como el tomo de Arte Moderno y Contemporáneo de *Cuarenta siglos de plástica mexicana*, destacando su labor al frente de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* durante treinta años. Esta constante dedicación al quehacer intelectual le ha valido merecidos reconocimientos, a pesar de su personalidad que busca evitar este tipo de homenajes. Se ha desempeñado como jurado en diversos concursos artísticos y en el Premio Nacional presta diversas asesorías; ha ingresado en buen número de asociaciones nacionales e internacionales, dentro de las que destaca la Academia de Artes. Así, su presencia ha sido determinante en los estudios de arte mexicano, tanto por sus realizaciones personales como por las de sus discípulos, que han buscado emularlo.



Angelina Muñiz-Huberman.

Angelina Muñiz-Huberman

María Andueza

En el medio académico y universitario, la figura de Angelina Muñiz ocupa un lugar de reconocido prestigio. Profesor de carrera de Tiempo completo, Titular "C", Angelina Muñiz ha seguido cursos doctorales en universidades de Estados Unidos, pero su formación académica la ha recibido en nuestra Facultad donde, en 1967, obtiene la maestría en Letras Españolas y, en 1991, corona brillantemente sus estudios con el grado de doctor en Letras, mención honorífica, por la presentación de la tesis *El cabalismo hispano-hebreo: fuentes y derivaciones*.

La labor docente de Angelina Muñiz tiene larga trayectoria en nuestra Universidad, ya que impartió cursos de Lengua y literatura en la escuela para estudiantes extranjeros, desde 1962 hasta 1980, y en la Facultad desde 1975 hasta la fecha. En la actualidad tiene a su cargo el

Seminario de literatura medieval española en la División de Estudios Profesionales y Temas de literatura comparada en la División de Estudios de Posgrado. La doctora Angelina Muñiz ha dejado huella perdurable por las conferencias magistrales que ha pronunciado en el Aula Magna (desbordante de auditorio) de nuestra Facultad, como la titulada: "María Zambrano: castillo de razones y sueño de la inocencia".

Si la Facultad de Filosofía y Letras ha sido siempre foco de irradiación de la cultura en el ámbito nacional y extranjero, cabe recordar la destacada aportación de Angelina Muñiz, quien abrió nuevos e inexplorados caminos al crear su propia literatura, orientada hacia campos no vigentes en el México del segundo tercio del siglo XX. En 1975, con la novela *Morada interior*, en pleno auge de la literatura de la onda, Angelina Muñiz inicia la literatura judía y cabalística: "Incorporé desde la década de los sesenta, pero más ampliamente en la de los setenta, una actitud neomística en la que el mundo no comprobable era la respuesta a la confusión contemporánea. Incluí temas de la cábala, del misticismo teresiano, del hermetismo, de la alquimia en situaciones modernas".[1] Según Federico Patán: "Angelina Muñiz ha trazado dentro de la literatura mexicana un campo de escritura propio, a ningún otro comparable".[2]

Durante más de veinte años Angelina Muñiz ha escrito buena literatura. Dos ejes dominan en su obra: el mundo interior y el exilio; temas, aunque aparentemente distantes, se complementan y fusionan en su obra. Ahora bien, el quehacer literario de Angelina Muñiz es claro indicio de sus predilecciones y fiel espejo en el que se reflejan fuertes y vitales obsesiones que han prevalecido en su espíritu; impulso en su oficio de escribir. Rasgos de su autobiografía revelan desde siempre su decidida vocación y entrega a las letras. La niña de ocho años que en Cuernavaca dejaba de lado juegos y diversiones para escribir cuentos ("Entonces yo le dije a este niño: 'Vamos a escribir cuentos', y nos sentamos a escribir cuentos")[3] es hoy la autora de *Dulcinea encantada*, 1992, novela que "venía escribiendo desde que era niña, que siempre tuvo en mente y que fue trabajando en su interior".[4]

Consecuencia de esta entrega total a las letras es ya su extensa obra. Novelas: *Morada interior,* 1972 (premio Magda Donato); *Tierra adentro*, 1977; *La guerra del unicornio*, 1983 y *Dulcinea encantada*, 1992. Cuentos: *Huerto cerrado, huerto sellado*, 1985 (premio Villaurrutia); *De magias y prodigios. Transmutaciones*, 1987 (premio Fernando Jeno); *Primicias*, 1990; *Serpientes y escaleras*, 1991; *Narrativa relativa. Antología personal*, 1992. Poesía: *Vilano al viento. Poemas del amor y del exilio*, 1982; *El libro de Miriam*, 1990; *El ojo de la creación*, 1992. Estudios: *La lengua florida. Antología de la poesía sefardí*, 1989; *Las raíces y las ramas. Fuentes y derivaciones de la cábala hispanohebrea*, 1993. Aunque Angelina Muñiz habla mucho de prodigios, el verdadero prodigio está, a mi pare-

cer, en su sorprendente capacidad para fabular, inventar historias y la no menor de saber contarlas con sencillez. Transmutaciones y alquimia, cábala y revelación, magia y prodigios, encantamientos y transgresiones, mundos oníricos y laberintos de sueños configuran su universo literario. Larga caravana de cabalistas y rabinos, alquimistas y magos, astrólogos y herejes, caballeros medievales y sefarditas perseguidos, elementos de ficción y realidades crueles dan vida al mundo esotérico de su narrativa. Además del ocultismo, el otro tema recurrente es el del exilio español que Angelina Muñiz extiende a cualquier otro tipo de exilio, no necesariamente político o geográfico, sino el exilio del desarraigo que impone el curso irreversible de la vida, herencia inherente a la condición humana. La raíz está en el éxodo bíblico, cuando Adán y Eva fueron arrojados del paraíso, y se proyecta a cualquier situación de desarraigo en cualquier parte del mundo. Angustia de los exiliados, de los que vienen huyendo ("Viví rodeada de gente que venía huyendo de la guerra y de las persecuciones. Desde niña pensé que algún día escribiría sus historias")[5]. En la literatura de Angelina Muñiz subyace siempre su interés por el hombre ("Yo busco al hombre en su esencia, en su sentido más profundo"),[6] la búsqueda de valores espirituales y el afán consciente de explicarse y clarificar el misterio de lo divino en lo humano. Ante un mundo carente de preocupaciones del espíritu, tanto más ha de estimarse la búsqueda de los valores esenciales y universales del hombre por parte de una gran escritora y no menor poeta, Angelina Muñiz-Huberman.

[1] Angelina Muñiz, "El juego de escribir", en *De cuerpo entero*, p. 34.

[2] Federico Patán, "Sábado", núm. 768, suplemento cultural de *Uno más uno*. México, 20 de junio de 1992.

[3] Angelina Muñiz, *Gaceta* UNAM. México, UNAM, 5 de abril de 1984.

[4] Angelina Muñiz, Suplemento cultural de *El Universal*. Año LXX, t. VI, núm. 27339. México 24 de julio de 1992.

[5] Angelina Muñiz, *La jornada*. México, 27 de junio de 1993.

[6] Angelina Muñiz, "Sábado", núm. 437, suplemento cultural de *Uno más uno*. México, 22 de noviembre de 1986.



Eduardo Nicol y Werner Jaeger.

Eduardo Nicol

Enrique Hülsz Piccone

Conocí al doctor Eduardo Nicol en 1974. Él tenía entonces sesenta y siete años, y era profesor emérito desde 1969. Yo tenía veinte años, y comencé a asistir a su curso de Metafísica estimulado por la lectura de *El porvenir de la filosofía*, del que recuerdo que me impactaron profundamente, sobre todo, el capítulo titulado "Calcular no es pensar", y su "Prefacio del temor". La lectura despertó mi vocación filosófica, y generó un estado de inquietud y perturbación en mi interior. La experiencia *in vivo*, en el salón 103 de la Facultad, no sólo fortaleció mi primera impresión, sino que marcó el derrotero que habría de seguir mi propia vida a partir de entonces. El tema de que hablaba Nicol en ese curso era la dialéctica (yo lo hice mío, y obtuve el grado de maestro en filosofía con una tesis sobre la dialéctica platónica, que me llevó cerca de diez años completar). Años más tarde, Nicol solía bromear conmigo diciéndome que no era yo quien había elegido el tema, sino que era éste el que se había apropiado de mí.

Nacido en 1907, Eduardo Nicol realizó sus primeros estudios en Barcelona, su ciudad natal, donde fue más tarde secretario de la Fundación Bernat Metge y profesor en el Instituto Salmerón. En 1939, al fin de la Guerra civil, se vio forzado a abandonar su patria, como tantos otros republicanos, a bordo del barco francés *Sinaia*. Ya en la ciudad de México, ingresó, en febrero de 1940, a nuestra Universidad como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo el doctorado con el que había de ser su primer libro, *Psicología de las situaciones vitales* (1941). En 1946 fundó el Seminario de metafísica, el cual dirigió hasta 1990, y en cuyo seno ofrecía las primicias de un pensamiento siempre lúcido y un incansable oficio de escritor. De la vasta obra que produjo, calificable sin reservas de revolucionaria y original, cabe destacar *La idea del hombre* (1946; nueva versión, 1977), *Historicismo y existencialismo* (1950), *La vocación humana* (1953), *Metafísica de la expresión* (1957; nueva versión, 1974), *El problema de la filosofía hispánica* (1961), *Los principios de la ciencia* (1965), *El porvenir de la filosofía* (1972), *La reforma de la filosofía* (1980), *Crítica de la razón simbólica* (1982), *Ideas de vario linaje* (1990) y *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía* (1990).

Espléndido orador e inigualable catedrático, durante cinco decenios de servicio universitario a México, Eduardo Nicol fue un gran maestro que contribuyó a la formación de muchas generaciones. Seguramente, lo medular de su enseñanza no hay que ubicarlo dentro de los estrechos límites del ámbito académico —lo que suele llamarse "formación profesional"— sino en algo más profundo y radical: la formación y la

trans-formación *humanas*, el ejemplo vivo de autenticidad vocacional que él siempre encarnó. Al recordarlo ahora, no es inoportuno citar unas palabras suyas, que pronunció en 1989. Agradeciendo a la Universidad en nombre de los profesores republicanos emigrados —que no "transterrados"— concluyó así su discurso:

> Yo llegué a esta tierra cuando ya era profesor, pero mi obra entera la he escrito en México. En este sentido específico, cabe decir que aquí me he formado, a la vez que se iba formando la universidad que ahora tenemos. Digo ahora, cuando ya está cercano el fin, que me siento bien pagado si algunos creen que el proceso de esa formación mía personal ha podido contribuir a la otra. En todo caso, fue una tarea gozosa. Hacer lo que uno quiere. Pensar y enseñar a pensar. ¿Qué más puede pedirse?



Salvador Novo.

Salvador Novo

Néstor López Aldeco

Ningún personaje del intelecto ha despertado, en México, mayor polémica durante el siglo XX que don Salvador Novo, "[...] nadie fue tan inteligente, ni tan malvado como él", dice Sergio Fernández en uno de los textos de *Los desfiguros de mi corazón*.

Considerado como uno de los mejores poetas mexicanos, "[...] ha dado expresión a su honda soledad y a su conmovida emoción amorosa" —anota María del Carmen Millán— en sus libros: *Espejo* (1923), *XX poemas* (1925), *Nuevo amor* (1943), *Seamen Rhymas* (1925). Compartió lauros artísticos con los poetas del conocido grupo de los *Contemporáneos*, sin embargo, no sólo destacó como gran poeta sino que produjo una extensa obra, variada y diversa, en estilo depurado y fino.

Prosa rica y colorida, salpicada de una fina ironía y gracia, atractiva y jocunda, propia de lo que él fue: un gran señor de la inteligencia. Don Salvador Novo, mi querido maestro, publica por primera vez en la revista *Prisma*, editada en París, y en la revista *México moderno*. Durante su vida incursionó en la crónica y en el ensayo periodístico a la manera de Bernardo Balbuena, recreándose en dibujar una grandeza mexicana, retrato fiel y ágil del México de 1946.

Se adentra en la novela y en la crítica, así como en la política, produciendo certeros análisis sociales e históricos —el de la vida en México durante el periodo de Lázaro Cárdenas o los correspondientes a los pe-

riodos presidenciales de Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón. Redacta, con Vicente Lombardo Toledano, los primeros manifiestos del naciente Partido Popular Socialista. Su ejercicio, hombre de infinitos despertares, "[...] va desde la disciplina rigurosa que implica cultivar el arte del soneto, hasta el deleite de integrar un recetario de cocina", menciona Gilberto Sánchez Azuara, joven amigo del maestro.

Es un honor para la Facultad de Filosofía y Letras, en donde se recibió como maestro en lengua italiana, haberlo tenido en su larga lista de profesores distinguidos, como un catedrático eminente. Su relación con el teatro —dramaturgo, adaptador de novelas para su escenificación, teórico de la puesta en escena, director escénico, promotor teatral, escenógrafo— le dio sus mayores satisfacciones. Para la llamada "gente de teatro", "*greguis caterua*", como nos llamaron en Roma, es don Salvador un paso de fe en nuestro camino.

Muchos reconocimientos cosechó. Los más notables: Premio Ciudad de México (1941), miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua (1952); Premio Nacional de Letras (1967); cronista de la ciudad de México hasta su muerte, la noche del domingo 13 de enero de 1974, a los sesenta y nueve años. En el salón de cabildos del Departamento del Distrito Federal recibió el último saludo de los que lo amamos.

Ahora, al paso de los años, recuerdo a ese elegante caballero, sentado una tarde, de algún otoño, en el patio de La Capilla —ubicada en Coyoacán, en la calle que lleva su nombre— leyéndome sus desbordantes y graciosos diálogos, con el aliento que se tiene para un discípulo que sueña lo que él soñó.

Marianne Oeste de Bopp

Marlene Zinn de Rall

Marianne Oeste, hija del teniente coronel Ernesto Oeste y su esposa Mathilde Siegert de Oeste, nació el 2 de noviembre de 1910 en Königsberg, Prusia oriental, Alemania, la ciudad de Kant, que ahora es Kaliningrado, Rusia. Llegó a México en 1928 y adquirió la nacionalidad mexicana por naturalización en 1943. Se casó en 1929 y tuvo dos hijos.

Hizo sus estudios escolares en Alemania (Wittenberg, Halle y Berlín) hasta el bachillerato y empezó su carrera de Letras Alemanas e Inglesas en la Universidad de Berlín, carrera que retomó, a partir de



Marianne Oeste de Bopp.

1948, en el Departamento de Letras Modernas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, terminando como la mejor pasante, en 1950. Obtuvo el título de doctora en Letras con una tesis intitulada *La influencia de los autos europeos en los de México (anteriores al barroco)*.

Inició su labor docente en 1951, en la Facultad de Filosofía y Letras. Dio clases, además, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Universidad Iberoamericana. Sus cátedras abarcaban lengua, traducción, gramática histórica, fonética y todas las épocas de la literatura alemana. En colaboración con el jefe del Departamento de Letras Modernas, el doctor Julio Jiménez Rueda, preparó los planes para la organización de una Sección Alemana, que desde 1955 ofrece una carrera completa de Letras Alemanas. En 1966, el rector de la Universidad creó el Departamento de Letras Alemanas y nombró a la doctora Bopp jefe de ese Departamento, puesto que ocupó hasta su jubilación en junio de 1976. Sus alumnos la recuerdan como maestra exigente, pero incansable y generosa, que los invitaba a reuniones en su casa, les permitía el uso de su vasta biblioteca y del impresionante archivo sobre la presencia de las letras alemanas en México que ella misma había ido coleccionando durante toda su vida académica.

Entre las numerosas publicaciones es preciso citar sus libros: *Contribución al estudio de las letras alemanas en México*, UNAM 1961; *Maximiliano y los alemanes*, México 1965; *Ensayos sobre Humboldt: Alemania en la época de Humboldt*, UNAM 1962; sus ediciones comentadas de obras de Schiller, Wieland, Tieck, Sealsfield, además de sus traducciones no publicadas del *Cantar de los Nibelungos*, Wolfram von Eschenbach, Hartmann von Aue, Roswitha von Gandersheim, *El libro popular del doctor Faustus*, Jörg Wickram, Grimmelshausen, *El Príncipe Federico de Homburg*, de H. Kleist, entre otros, y muchos artículos sobre literatura y las relaciones entre México y Alemania.

Miembro de varias asociaciones académicas, galardonada con la condecoración al Mérito de primera clase por la República Federal de Alemania, la doctora Bopp falleció el 24 de enero de 1985. Pero sigue en nuestra memoria como fundadora de Letras alemanas y germanista ejemplar en México.

Edmundo O'Gorman

Gloria Villegas Moreno

La historia es vida. Éste ha sido el principio rector de la obra de Edmundo O'Gorman, que se encuentra plasmado en la labor de más de medio siglo dedicada a la enseñanza y a la investigación. Poseedor de una vocación ejemplar para el ejercicio armónico, profundo y creativo de ambas, O'Gorman es una de las figuras cardinales de la historiografía mexicana contemporánea. A él se debe una de las recuperaciones más importantes del vigor teórico de nuestros estudios históricos, al emprender una tesonera cruzada en favor de la revitalización del pasado.

Durante poco menos de una década, entre 1936 y 1947 se definieron los rasgos fundamentales de la obra de Edmundo O'Gorman, tanto en sus primeras obras, *Historia de las divisiones territoriales* (1936) y *Fundamentos de la historia de América* (1942), como a través de la cátedra, tarea en la que se inició en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (1941).

Su formación de abogado potenció las capacidades que poseía para el alegato; la experiencia en el manejo de documentos, adquirida principalmente en el Archivo General de la Nación, lo dotó de un rigor excepcional para el tratamiento de las fuentes: su pensamiento se nutrió de la dimensión más rica de la obra de Ortega y Gasset y de Gaos. Y todo ello, catalizado por la imaginación y el amor al conocimiento, fluyó para volcarse en la enseñanza y en la investigación, que ha practicado con excelencia singular en el ámbito universitario.

En 1947 dos episodios de su vida intelectual contribuyeron sustancialmente al replanteamiento del sentido y razón de ser de la tarea del historiador: la publicación de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, editada por la Universidad y, unos meses después, su iniciativa para que en la Facultad de Filosofía y Letras se impartiese, por primera vez, un curso de historia de la historiografía, "dada la tendencia que existe en todas las disciplinas de revisar sus fundamentos". La publicación y la cátedra fueron obras de madurez del distinguido universitario y fueron hitos en la vida académica de la Facultad de Filosofía y Letras. Por estos mismos caminos pregonó, entonces y después, la subjetividad del conocimiento histórico, la significación de las circunstancias particulares para comprender cualquier proceso y la premisa de que el hombre va dotando de sentido al pasado, en función del presente.

Su abundante obra escrita y su desempeño ejemplar en la docencia han hecho a O'Gorman merecedor de las más altas distinciones: profesor emérito, Premio Universidad Nacional, Premio Nacional de Letras, miembro de la Academia Mexicana de la Historia. Junto a ellas, testi-



Francisco de la Maza, Edmundo O'Gorman, Justino Fernández y Juan Antonio Ortega y Medina.

monian su calidad de gran formador de historiadores, los homenajes y reconocimientos que le han tributado discípulos e instituciones.

La vitalidad excepcional del pensamiento de O'Gorman obedece a que se sustenta en la reflexión creativa y a ella —no a dogmas que con el tiempo se vuelven estériles— ha invitado siempre.

En efecto, O'Gorman debate, busca pruebas, ofrece argumentos con destreza e incita a que sus interlocutores revisen los fundamentos mismos de sus ideas y respondan a sus objeciones. Así procedió cuando era el crítico más severo del pensamiento positivista, e igualmente lo ha hecho en varias de las importantes polémicas que ha protagonizado a o largo de su vida. Y es que para Edmundo O'Gorman, el pensamiento del hombre es siempre una aventura y, fiel al principio sustancial del historicismo, ha vuelto pensamiento y aventura históricos cuanto ha tocado: sus investigaciones en torno al descubrimiento de América, Las Casas, Acosta, Motolinia, Mier; las visiones episódicas o generales de la historia mexicana; los discursos pronunciados al recibir las distinciones que con gran justicia le han sido otorgadas.

Todos y cada uno de los temas tratados por O'Gorman han sido presentados por él como acontecimientos únicos, señeros y excepcionales de la vida del hombre, al formularlos con rigor y sistematicidad expositiva, pero sobre todo con imaginación, persuadido de que el pensamiento es el único campo en el que el hombre posee el atributo divino de la potencia creadora y de que el amor es aquello que insufla vida al pasado.

En algunos momentos se ha considerado que el pensamiento de Edmundo O'Gorman, nutrido tan profundamente de inconformidad y espíritu crítico, induce a una actitud escéptica. Sin embargo, una cuidadosa revisión de su obra denota que la saludable duda intelectual con la que O'Gorman se acerca a cualquier tema histórico, no es sino un trayecto que halla siempre una nueva esperanza. Cierto, O'Gorman disfruta llevando a sus oyentes o lectores por los laberintos y los precipicios de los temas que él mismo ha recorrido; los hace partícipes de la aventura. Y cuando el propio relato parece demostrar que el problema tratado debe ir al desván de los olvidos y el historiador debe retirarse derrotado, O'Gorman resuelve la aporía, al encontrar una nueva luz para abordarlo.

Así, una y otra vez ha emprendido búsquedas y hallado "revelaciones". Porque solamente con audacia, optimismo, imaginación, rigor y capacidad reflexiva podía haberse trasladado el asunto colombino a planos conceptuales que remiten a los designios del pensamiento occidental y redimensionar el pasado de México, para invitar a su asunción íntegra y hacer inteligibles los personajes y episodios que las banderías políticas o las visiones unívocas habían vuelto estáticos.

O'Gorman ha dado, con éxito, muchas batallas por la historia. Quizá

una de las más fructíferas ha sido la de la enseñanza, expresión cabal de su fe en el conocimiento, y cuya significación reconoce tácitamente en la bella dedicatoria de su introducción a la *Historia de la guerra del Peloponeso*: "con devota amistad, para Eduardo Blanquel y Jorge Alberto Manrique, mis discípulos que fueron, mis colegas que son, mis maestros que serán".

Daniel Olvera Sotres

María Alba Pastor

Las preocupaciones académicas del profesor Daniel Olvera Sotres (25 de diciembre de 1947-10 de diciembre de 1988) surgieron en estrecha vinculación con los proyectos políticos de la generación de los jóvenes que participaron en el movimiento de 1968. De estos proyectos recogió la inconformidad ante la injusticia social, la confianza en la próxima construcción de un mundo más humano y más libre, y el diario trabajo dirigido a la discusión y reflexión del acontecer presente y de su pasado histórico. Estas inquietudes se percibieron en sus años como estudiante de la carrera de Historia, iniciada en 1969 en la Facultad de Filosofía y Letras, al calor de las polémicas que abría la reciente represión de Tlatelolco. Fueron perceptibles también en los temas elegidos por el profesor Olvera para su estudio y elaboración de tesis de licenciatura: el marxismo, la teoría económica y los problemas de la filosofía de la historia.

Con un carácter tranquilo y una gran capacidad de análisis, el profesor Olvera leyó con detenimiento a Marx y extrajo de su obra no un sistema rígido como acostumbraban algunos intelectuales de la época, sino una rica y compleja orientación para interpretar la historia. Ésto fue lo que volcó en los cursos sobre materialismo histórico que impartió en el Colegio de Historia y en las cátedras dictadas, las guías de estudio y los materiales didácticos elaborados para el Sistema de Universidad Abierta de Filosofía y Letras, del cual fue profesor de Tiempo completo y secretario académico desde 1987.

Para Daniel Olvera la formación de profesionales de la historia tuvo una importancia central en su vida en la Facultad. Por ello destinó largas entrevistas y minuciosas asesorías a sus alumnos, buscó los métodos de enseñanza más adecuados y se puso al día en torno a las polémicas más apremiantes sobre la historia y la historiografía. Motivado

por esto, en 1988 obtuvo una beca para realizar un curso de especialización en educación abierta en la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid. Estando en España, en diciembre de ese mismo año, a los cuarenta y un años, el maestro Olvera murió, repentinamente, de una afección física.

Juan Antonio Ortega y Medina

Álvaro Matute

Historiografía general, Reforma y Contrarreforma, Imperio español en los siglos XVI y XVII, Seminario de historiografía mexicana del siglo XIX y Análisis de textos son algunas de las asignaturas que impartió don Juan Ortega y Medina a lo largo de poco más de cuarenta años en la Facultad de Filosofía y Letras. Además del rigor con el que acometía la labor docente, y que sus alumnos captábamos clase con clase, Ortega se distinguió en el medio por dos cosas: se doctoró muy temprano (1952) y dirigió cerca de medio centenar de tesis de los tres niveles. Cabe consignar que la tarde en la que fue internado en el hospital para ya no salir con vida de él, se arreglaba para asistir al examen de maestría de Alicia Mayer, su última discípula, quien ya no lo tuvo frente a sí en el jurado.

Juan Antonio Ortega y Medina nació en Málaga, España, el 10 de agosto de 1913. Su formación se vio interrumpida con el estallido de la Guerra civil, dentro de la cual peleó, por cierto, bajo las órdenes del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez. Llegó a México en 1940 y fue atraído por el rumbo de San Cosme, sólo que antes de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras, lo hizo en la Normal Superior, donde obtuvo su licenciatura en 1944. En ese plantel recibió la influencia de don Miguel Othón de Mendizábal. Después pasó a la Facultad, en Mascarones, donde recibió el magisterio formativo de Edmundo O'Gorman. Desde esos años comenzó a cultivar sus líneas de investigación, dentro de las que, a lo largo de una vida fructífera, contribuyó en calidad y cantidad: la historia de la historiografía y la visión de la cultura latina desde la perspectiva anglosajona.

México en la conciencia anglosajona, publicado en dos pequeños volúmenes dentro de la singular colección que dirigía Leopoldo Zea, "México y lo mexicano", fue su primer libro (1953-1955). En él conjuga las dos líneas aludidas. A través del análisis historiográfico persigue la



Ernesto Lemoine y Juan Antonio Ortega y Medina, 1974.

mentalidad protestante anglosajona en su caracterización de la Nueva España y el México independiente. Cuántos títulos derivaron de esas inquietudes. Cabe apenas mencionar algunos: *Destino manifiesto*, *La evangelización puritana en Norteamérica*, *Imagología del bueno y del mal salvaje*, entre otros. El estudio de la historiografía, europea y mexicana, lo llevaron a analizar, traducir y publicar textos de grandes historiadores, preferentemente del siglo XIX. Así en *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* o en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. Entre sus traducciones también se cuentan las que hizo de Schiller y Winckelmann, y entre sus ediciones destacan las de Mayer, Humboldt, Prescott. La crítica fue una de sus actividades frecuentes, sobre la cual alguna vez teorizó para dar lecciones sobre cómo hacer una reseña. En su crítica siempre hubo rigor y exigencia. Algunas de sus reseñas están recogidas en compilaciones, pero muchas sólo llegaron a su primer destino: anuarios, revistas, periódicos.

La Facultad de Filosofía y Letras lo tuvo entre su profesorado de carrera durante veinte años; luego se mudó al Instituto de Investigaciones Históricas, pero sin dejar jamás su magisterio. En la Facultad fue editor del *Anuario de Historia*, en la mayoría de sus entregas, así como director del Centro de Estudios Angloamericanos, que funcionó en los años en que Leopoldo Zea dirigió la Facultad. En ese desaparecido Centro, don Juan impulsó la revista *Anglia*, que vino a ser una excelente contribución en la que se demostró lo mucho que los mexicanos tienen que decir del mundo anglosajón. Lamentablemente Centro y revista no llegaron al quinquenio.

La hora de cosechar reconocimientos llegó para Ortega. Fue nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Historia (1978), investigador emérito de la UNAM, obtuvo el Premio Universidad Nacional de Docencia en humanidades (1990), y finalmente el Premio Nacional en la especialidad de Historia y ciencias sociales (1991). Cabe mencionar entre sus discípulas a Josefina Zoraida Vázquez, Eugenia Meyer, Cristina González Ortiz, y Antonia Pi-Suñer. Su vida concluyó el 4 de julio de 1992.

Ignacio Osorio Romero

María Dolores Bravo Arriaga

La sorpresiva muerte de Ignacio Osorio cortó una de las más fecundas y sólidas carreras dentro del campo de la investigación humanística.

Nace en Temascalcingo, Estado de México, en 1941, y desde muy joven se familiariza con el latín y con los estudios clásicos.

En esta Facultad obtiene los grados de licenciado, maestro y doctor en Letras Clásicas. Asimismo, en ella se desempeña como maestro de Latín y de cultura neolatina. Durante varios años imparte en la División de Estudios de Posgrado la asignatura de Cultura novohispana.

En el doctor Osorio se conjugan a la perfección su personalidad como docente con la de investigador, lo cual se refleja en toda su trayectoria profesional. En esta Facultad asesoró varias tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Fue coordinador del Colegio de Letras Clásicas y coordinador del Centro de Apoyo a la Investigación (1986-1988).

Sus actividades académicas fueron múltiples; no obstante, una que destacó también por la armonía que guardó entre docencia e investigación fue la de asesor académico del proyecto Rescate de Textos Literarios Novohispanos del Ramo Inquisición del Archivo General de la Nación, desempeñado durante 1984 y 1985.

Fue investigador del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas. A su muerte (1991), y como corolario de una larga carrera de investigación y de trabajo bibliográfico, era director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, cargo que había ocupado desde 1990. No menos importante fue su desempeño como director de Publicaciones de la UNAM.

Ignacio Osorio nos lega una obra extensa y de gran importancia en los estudios neolatinos. De entre ella destacan: *Floresta de gramática,*



Ignacio Osorio Romero.

poética y retórica en Nueva España (1980), que es una importante revisión crítica de esas disciplinas en la era colonial. *Conquistar el eco; la paradoja y la conciencia criolla* (1989), libro en el que se reúne una serie de ensayos sobre una de las cuestiones espirituales e intelectuales más apasionantes de la Colonia, el problema de identidad criolla y sus enconadas contradicciones.

En *Historia de las bibliotecas novohispanas*, con su gran sabiduría sobre el tema, nos introduce al mundo de los acervos bibliográficos durante la época colonial; con amenidad nos refiere cuáles eran las más importantes y la relación existente entre el contexto cultural y las bibliotecas novohispanas.

El sueño criollo (1990) es su tesis de doctorado y es la traducción, análisis y crítica textual de la obra de un destacado autor criollo, José Antonio de Villerías (1695-1728). El doctor Osorio se detiene en un largo poema, en el que estudia la trascendencia que el culto guadalupano tiene en Nueva España como factor espiritual e ideológico.

El Instituto de Investigaciones Bibliográficas publicó recientemente la obra última de Ignacio Osorio, cuya impresión es un merecido homenaje póstumo, el —seguramente— más gustado por él: *La luz imaginaria: epistolario de Anastasio Kircher con los novohispanos* (1993). Este libro apasionante nos ilumina una veta casi ignorada en los estudios coloniales, el saber hermético de los intelectuales criollos y su relación con una de las figuras más importantes en esta disciplina: el jesuita alemán Anastasio Kircher, conocido y admirado, entre otras personalidades, por sor Juana y aludido por ella en *El sueño*.

Esta obra es el resultado de una paciente y apasionada investigación que Osorio realizó en Boloña, Italia, refugio de los jesuitas mexicanos después de su expulsión en 1767. A esa ciudad trasladaron sus manuscritos e impresos, y de ese acervo rescató el doctor Osorio las cartas contenidas en el libro.

Entre otras distinciones, el doctor Ignacio Osorio fue Investigador Nacional, casi desde la creación del Sistema Nacional de Investigadores. Su muerte, hace más de dos años, no lo ha hecho desaparecer: su recuerdo y su obra siguen entre nosotros como una gran presencia.

Ángel Palerm Vich

Mario Humberto Ruz

Hombre de frontera, pensador crítico, promotor del intercambio de ideas, creador de nuevas alternativas para la antropología mexicana, riguroso analista, apasionado apologista del trabajo de campo, Ángel Palerm (1917-1980) ha recibido toda clase de calificativos laudatorios y uno que otro denuesto, pero si alguno lo retrata con justeza y justicia es el título de maestro; tan sencillo y grande como él.

Imposible, en tan breve espacio, dar cuenta de su multifacética personalidad y sus trascendentales contribuciones a la antropología e historia de México. Colegas, alumnos y amigos han dedicado ya sus afanes a esbozar, en tres volúmenes, además de trabajos sueltos, algunas de las características de su vida y su obra,[1] que da cuenta tanto de su interés por la época prehispánica como por las transformaciones industriales de último momento, pasando por la etapas coloniales; desde los macroesquemas teóricos y metodológicos, hasta la praxis cotidiana.

Nacido en Ibiza, España, participó activamente en la Guerra civil española combatiendo en Andalucía, Aragón y Cataluña, llegando a ser comandante en jefe del Estado Mayor en una brigada internacional. Llegó a México, exiliado, cuando contaba con veintidós años. Más tarde se nacionalizaría mexicano. Su doble formación como historiador (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM) y antropólogo (ENAH) marcó sus intereses: organización social y economía en el México antiguo, sistemas de regadío, campesinado, planificación regional, minorías étnicas no indígenas, evolucionismo multilineal, antropología obrera y urbana... En todos ellos es posible observar la influencia de sus grandes maestros: Kirchhoff, Armillas, Comas, Kelly, Rivet, Caso, Martínez

del Río, Bosch, García Granados, pero la originalidad de sus planteamientos a nadie más que a él mismo ha de acreditarse.

Investigador polifacético y riguroso, asiduo director de tesis, redactor de introducciones generales a la historia de la etnología (que hasta hoy siguen siendo básicas) y traductor de manuales para facilitar el trabajo de sus alumnos, creador de departamentos de antropología (UIA) y centros de investigación (CIS-INAH, hoy CIESAS), promotor activo de la investigación sobre Mesoamérica, de los estudios multidisciplinarios y de la vinculación de la antropología con otras ciencias (sociales o no), todos ellos son sin duda epítetos merecidos, pero para quienes tuvimos el enorme privilegio de contarlo como maestro, Ángel Palerm fue, sobre todo, eso. Maestro, en el sentido prístino de la palabra, se preocupó por dotar a sus alumnos de una sólida formación tanto en el aspecto teórico como en el trabajo de campo, que consideraba el eje formativo de quien se pretendiera antropólogo. Su afabilidad no era menor a su exigencia como docente: ávido de conocimientos, sabía entusiasmar a sus discípulos por la lectura: Prigogine, Popper, Weber, Mauss, Adams, Vico, Acosta, Wittfogel, Sahagún, Pareto, Malinowsky, Ibn Jaldún..., ningún conocimiento le era ajeno, ninguna teoría sólida dejaba de entusiasmarlo, fuese para probarla, fuese para refutarla; en el salón de clases o en el café de la Universidad Iberoamericana, que se había convertido en la extensión obligada del aula, apenas terminada la clase y, en ocasiones, aun antes de comenzarla.

Sus cursos en el aula eran apasionantes, pero el verdadero privilegio era tenerlo como maestro en el campo. A su lado se comprendía a cabalidad lo que significa la "observación participante", herramienta primordial en el trabajo antropológico. Había que caminar desde temprano, mirar el paisaje, natural o transformado; platicar con la gente del lugar, anotando lo que se considerara relevante en una pequeña libreta de campo. Más tarde, hacer el famoso "diario" y las detestadas "fichas", que exigía pulcras, concisas, numeradas y cruzadas. Al anochecer, reunirse para discutirlas, confrontarlas y tratar de responder a sus interrogantes sobre "cosas", que uno nunca había visto o escuchado por falta de una mirada o un oído atentos. Al día siguiente, habiéndose aguzado los sentidos, la tarea recomenzaba.

No era un maestro "complaciente", pero su continuo afán por formar investigadores críticos, originales y creativos no estuvo reñido con el respeto a sus alumnos; como resguardo contra el autoritarismo contó siempre con su deslumbrante inteligencia, su sólida capacidad pedagógica y, sobre todo, con su sencillez y generosidad.

[1] Susana Glantz, comp., *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*. México, FCE, 1987; Modesto Suárez, coord., *Historia, antropología y política. Homenaje a Ángel Palerm*. 2 vols. México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

Alicia Perales Ojeda.

Alicia Perales Ojeda

Hugo Alberto Figueroa

La doctora Alicia Perales Ojeda fue decana del Colegio de Bibliotecología y profesora fundadora del mismo. Ingresó a la Facultad en 1956 y alcanzó la máxima categoría académica: Profesora de carrera Titular "C", Tiempo completo.

Fue maestra en Letras Españolas, en Ciencias de la Educación y en *Arts in library science*, además de haber sido doctora en Letras.

De los cargos que ocupó sobresale su brillante labor como directora general de Bibliotecas de la UNAM, de 1966 a 1972, donde destaca su actividad de convencimineto y sensiblización sobre la necesidad de crear bibliotecas en cada una de las dependencias universitarias; su tenacidad para crear el primer organismo de investigación en el área: el Centro de Investigaciones Bibliotecológicas y de Archivología —ubicado dentro de la Facultad—, del cual fue directora entre 1975 y 1979.

Desde la primera entrega (1961), fue la editora del *Anuario de Bibliotecología* de la Facultad de Filosofía y Letras, primera publicación periódica mexicana de naturaleza académica en el área bibliotecológica.

Realizó un gran número de artículos publicados en revistas de alcance nacional e internacional y publicó cinco libros, editados por la UNAM, los cuales siguen siendo ampliamente utilizados: *De la informática; La cultura biblioinformática septentrional; las obras de consulta; Las asociaciones literarias mexicanas, siglo XX; Servicios bibliotecarios en universidades.*

En el Colegio de Bibliotecología dirigió más de veinte tesis de licenciatura y más de diez de maestría.

En ambos niveles de estudio impartió infinidad de cursos, demostrando en todos una erudición asombrosa y una idea clara de la manera de desarrollar en los estudiantes una formación académica rigurosa. Sus últimas cátedras, impartidas en el semestre 93-2, fueron Seminario de investigaciones bibliotecológicas y Seminario de organización de manuscritos (Bibliografía mexicana avanzada), ambas pertenecientes a la maestría en Bibliotecología de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad.

Carlos Pereyra

Bolívar Echeverría

De entre todos a quienes convoca el interés por Carlos Pereyra (1940-1988), se supone que los que, por una razón u otra, tuvimos la suerte de estar cerca de él, tenemos también el privilegio de saber más sobre él; que tenemos la capacidad de dar testimonio de lo que fue, de lo que hizo, de lo que tuvo.

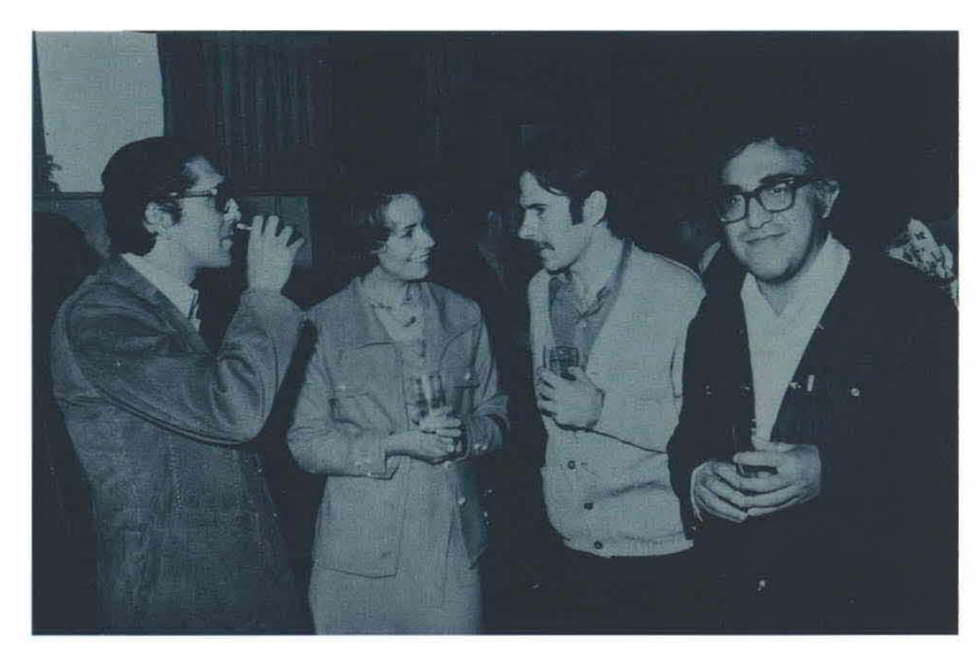
Sin embargo, por poco exigentes que seamos con nuestra capacidad de testimoniar, su fundamento, es decir, el saber que deberíamos tener sobre Carlos Pereyra, se revela en gran medida como evanescente.

En lo que a mí respecta, pienso que mi recelo a decir: "Carlos Pereyra fue así, hizo esto, tuvo aquello", responde a dos causas, que además no parecen compatibles entre sí.

La primera es la cercanía en que nos encontrábamos: catorce años de vernos durante y después de las reuniones semanales del consejo editorial de *Cuadernos políticos* —años que prolongaban un tiempo anterior, iniciado en 1968, en el que los encuentros para fines teóricos o políticos alternaban con otros de intenciones más lúdicas y festivas—, habían creado entre nosotros un sistema de identificación mediante sobrentendidos —sobrentendidos lo mismo acerca de lo que nos unía que sobre lo que nos separaba— que reducía considerablemente la distancia que es necesario tener respecto del otro como para poder verlo y juzgarlo sin estar obligado al mismo tiempo a emprender la tarea inacabable de verse y juzgarse a uno mismo.

El recelo respecto del testimonio que yo pudiera dar de Carlos Pereyra consiste así, en primer lugar, en el reconocimiento de mi incapacidad de poner su imagen frente a mí y mirarla desinteresada, objetivamente. La otra razón de este recelo tiene que ver también con la cercanía, aunque a primera vista parezca negarla. Cuando intento afirmar: "Yo vi a Carlos Pereyra hacer o decir esto o aquello", me doy cuenta de que estoy hablando de un personaje que pertenece a ese tipo de narraciones míticas, semicolectivas, semiprivadas, de las que nos servimos cada uno de nosotros para preparar la inteligibilidad del mundo de nuestra vida cotidiana. La figura de Carlos Pereyra se convierte así, desrealizada, en la de un personaje de una "mitología" muy íntima; figura que cumple funciones muy precisas en la construcción del discurso explicativo-justificatorio con el que yo me atrevo a enfrentarme a lo real. Figura, por lo tanto, que, en su concreción, sólo tiene validez para mí y que para otros testigos de la vida de Carlos Pereyra puede resultar incluso irreconocible.

Dentro de esta mitología entre privada y pública a la que hago referencia, el mito en el que la figura de Carlos Pereyra aparece como



Alejandro Rossi, Olbeth Hansberg, Carlos Pereyra y Carlos Monsiváis.

especialmente conflictiva y protagónica es el que, por comodidad, podría llamarse el mito del *desencanto*.

Nadie puede dejar de observar el cambio substancial que ha experimentado la definición de lo que podríamos llamar el núcleo aglutinante del pensamiento y la acción de los intelectuales de izquierda: la definición del acontecimiento deseado. En 1968, este acontecimiento deseado llevaba el nombre radical, para muchos apocalíptico y mesiánico, de *revolución*; era la época en que decíamos: "hay que ser realistas, hay que exigir lo imposible".

En los veinte años que van de 1968 a 1988, la figura legendaria en la que convertimos, querámoslo o no, a Carlos Pereyra al hablar de él, condensa las tensiones del pensamiento de izquierda. Su figura se mueve entre el "sarmientismo" (confianza en la civilización y el progreso occidentales) y el "fanonismo" (confianza en la bondad intrínseca de lo no occidental). Entre el radicalismo racionalista (laicismo consecuente, es decir, antiutópico, antifundamentalista) y el radicalismo romántico. Entre el proceso sin sujeto y la concreción de la coincidencia de movimientos. Entre la cercanía militante y el distanciamiento teórico. Y, sobre todas las cosas, destaca por su limpieza moral, por su "puritanismo".

Desde 1988, el acontecimiento deseado llevará otro nombre, mucho menos decisivo y heroico que el de hacía veinte años, pero tal vez más urgente: se llama *democracia* y la concebimos como condición indispensable del socialismo. A la experiencia que ha dado lugar a este cambio en la definición que la izquierda hace del acontecimiento deseado se ha dado en llamar la experiencia del *desencanto*.

La estrategia genuina y difícil de Carlos Pereyra ante el desvaneci-

miento de la alternativa del "socialismo real, (única) realidad del socialismo", fue el paso de la "revolución" a la "democracia". Podemos leer sus escritos como los de un socialista al que le tocó pensar y actuar en "épocas de penuria" para el socialismo; como los trazos de una estrategia esbozada con el fin de que la izquierda esté en capacidad de asumir el desencanto que ha traído consigo la caducidad de toda una figura y toda una época del socialismo, sin dejarse vencer por sus efectos anonadadores, pero al mismo tiempo sin traicionar su validez.

Guadalupe Pérez San Vicente

Mina Ramírez Montes

Guadalupe Pérez San Vicente, maestra en Ciencias de la Educación y doctora en Ciencias Históricas por la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, en cuyo cuerpo docente ingresó desde el año 1953 con carácter de honoraria; cinco años más tarde ocupó la cátedra de Paleografía, al suplir a Federico Gómez de Orozco, misma que ocupó durante treinta y tres años ininterrumpidos; la mayoría del tiempo impartió esta materia en la licenciatura y algunos años en el posgrado, donde también estuvo a cargo de varios seminarios relacionados con la archivología. En 1986 presentó su renuncia ante las autoridades de la Facultad para desempeñar su nombramiento en el Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, del que dependen los archivos históricos del antiguo Ayuntamiento de la ciudad y del Departamento del Distrito Federal.

Lupita, como la llamamos cariñosamente quienes la estimamos, es una de esas maestras que ha dejado honda huella en los alumnos que hemos pasado por sus aulas, por su simpatía, por su generosidad, pero sobre todo por lo valioso de sus enseñanzas y porque sus consejos fueron una llave para abrir muchas puertas. Éste ha sido el legado de la maestra de paleografía, cuya asignatura no es fácil para los pupilos, pero tampoco inaccesible. Muchos recordamos con gusto aquellas reuniones de trabajo o de placer en su casa, donde éramos bien recibidos y donde, luego de concluir la labor del día o antes de comenzarla, compartíamos su mesa y nos deleitábamos con los suculentos platillos que ella preparaba, pues en su persona han concurrido siempre las cualidades de la mujer profesional con la habilidad y buen gusto para la cocina, haciendo del quehacer gastronómico una verdadera profesión en la práctica y en la investigación histórica.



Guadalupe Pérez San Vicente.

En amena charla, Lupita nos comentaba pormenores de su actividad como historiadora; algunos, como yo, la conocimos cuando se desempeñaba como jefe de departamento de la Dirección de Documentación e Informe Presidencial, en tiempos del licenciado Luis Echeverría Álvarez; entre otras labores, le correspondía elaborar el calendario cívico del presidente de la República. Ahí, en su oficina, colaboramos con ella en varias publicaciones, entre éstas, la *Relación universal legítima y verdadera del sitio en que está fundada la... ciudad de México* y las *Relaciones del desagüe del valle de México, años de 1555 a 1823*, publicadas en 1976 por la Secretaría de Obras Públicas.

La doctora Pérez San Vicente realizó sus estudios primarios en el Colegio Teresiano; la secundaria número 6 se honró con su presencia, al igual que la Escuela Nacional Preparatoria, donde también fue maestra. Sus estudios profesionales ya han sido mencionados, y ahora es preciso decir que realizó cursos posdoctorales sobre organización de archivos históricos, bibliografía e historiografía, en el Archivo General de la Nación y en el Archivo de Indias.

Entre sus principales actividades académicas destacan el haber sido maestra fundadora de los colegios de Historia e Historia del Arte de la Universidad Iberoamericana, cofundadora de los archivos históricos de la Facultad de Medicina y de la Universidad Nacional, además de haber organizado la documentación de los archivos históricos de Baja California y de la biblioteca de la Universidad de Veracruz, y haber realizado dictámenes documentales, como el del Acta de la Independencia, y transcripciones, cuyos textos han sido fijados, entre las que podemos mencionar las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, procedentes del manuscrito de Viena.

Su capacidad como dirigente la ha llevado a coordinar diversas actividades de difusión cultural, entre las que sobresalen varias exposiciones. A ella se debe el impulso al desarrollo gastronómico en apoyo a la restauración del Centro histórico, comidas o cenas donde se sirven platillos confeccionados según recetas del México virreinal y del siglo XIX. En 1980 fue coordinadora técnica del Instituto de Estudios y Documentos Históricos del Claustro de Sor Juana, donde organizó cursos de paleografía, restauración y análisis químico de manuscritos. Entre sus actividades editoriales se cuenta la dirección de las revistas *Mensaje* (1958-1960), *Juventud* (1955-1958) y de la sección "Guía de golosos" en la revista *Mira* (actualmente).

Ha asistido a infinidad de congresos e impartido un sinnúmero de conferencias. Pertenece al Instituto Cultural Hispano-Mexicano, es miembro del Consejo de la licenciatura en Gastronomía del Claustro de Sor Juana y de otras instituciones y asociaciones académicas. Presidenta vitalicia del Círculo Mexicano de Arte Culinario y presidenta de la Sociedad Mexicana de Gastronomía y Enología, A. C.

Entre sus principales publicaciones se cuentan: *Diosas y mujeres aztecas* (1945); selección y notas de *Cedulario cortesiano* y *Cedulario de la metrópoli mexicana* (1949, 1960); selección y estudio de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz (1961); edición y notas del *Manual de los juramentos que han de hacer los rectores... de la Universidad de México...* (1967); en colaboración con Antonio Arriaga, *Juárez en el arte* (1972); coordinadora de la obra *La extensión universitaria* (UNAM 1980); además de varios artículos en las siguientes revistas: *Boletín del Archivo General de la Nación, Anuario del Colegio de Bibliotecología y Archivología, Estudios de historia novohispana, Anales del Museo Mexicano* y *Artes de México.*

Hoy, con motivo de cumplirse setenta años de actividades docentes en la Facultad de Filosofía, recordamos el paso de la maestra Lupita por nuestra Universidad y nos quedamos con la impronta de su legado.



Alfonso Pruneda García.

Alfonso Pruneda García

Salvador Navarro Barajas

Alfonso Pruneda García nace en la ciudad de México el 19 de agosto de 1879; concluye sus estudios profesionales de médico cirujano en la Escuela Nacional de Medicina en 1902.

Antigüedad en la Universidad, desde 1902; antigüedad en la que hoy es la Facultad de Filosofía y Letras, desde 1926.

Materias impartidas: Clínica médica, Escuela Nacional de Medicina (1902-1907). Patología médica, Escuela Nacional de Medicina. Ciencias de la educación, Facultad de Filosofía y Bellas Artes, 1934. Sociología de la Educación en la que hoy es Facultad de Filosofía y Letras. Medicina social y del trabajo, Escuela Nacional de Maestros. Mejoramiento del medio social, Facultad de Filosofía y Bellas Artes, 1935.

Cargos desempeñados: jefe de sección en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905-1912); rector de la Universidad Popular Mexicana (1913-1922); director de la Escuela Superior de comercio y Administración (1918-1920); secretario general del Departamento de Salubridad Pública (1920-1924); director de la Escuela Nacional de Altos Estudios (1912-1913); rector de la Universidad Nacional de México (1924-1928); profesor en la Escuela Nacional Preparatoria; profesor de la Escuela Normal Superior de la Universidad (1926-1933); director del Instituto Nacional de Pedagogía (1946).

Distinciones académicas: doctor *honoris causa* de la Universidad de Marburgo, Alemania; Oficial de la Legión de Honor de Francia; miembro de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate"; secretario perpetuo de la Academia Nacional de Medicina desde 1923; medalla "Eduardo Liceaga" de México.

Libros publicados: *El jardín de los niños y la salud*; *Higiene de los trabajadores*; *Apuntes de medicina social y del trabajo*.

Dio numerosas conferencias y cursos en el extranjero y en el país; fue miembro de varias asociaciones académicas y científicas y autor de numerosos trabajos de índole educativo, médico y social, publicados en revistas especializadas y en periódicos.

El 2 de junio de 1946 sufre una grave y repentina indisposición cardiaca que lo postra en cama. El 24 de abril de 1950 se fractura el brazo izquierdo a consecuencia de una caída. Con fecha 1 de marzo de 1951 se retira de la cátedra de Sociología de la educación de la Facultad de Filosofía y Letras, debido a que se jubila después de cuarenta y ocho años de servicio a esta Universidad. Muere en la ciudad de México en 1957.

Margarita Quijano Terán

Luz Aurora Pimentel

Profesora en la Facultad de Filosofía y Letras, de 1945 a 1979, Margarita Quijano Terán fue una de las maestras más distinguidas que ha tenido el Departamento de Letras Inglesas. Hizo la maestría en Letras Hispánicas con una tesis sobre el poeta Manuel M. Flores, trabajo que le valió la mención *cum laude*. Siguió trabajando sobre el tema, logró el acceso a documentos inéditos del poeta y finalmente publicó el libro *Manuel M. Flores. Su vida y su obra*. México, Porrúa, 1946.

Entre 1946 y 1949 realizó estudios de literatura y arte en Inglaterra, Francia, Italia, y más tarde en Harvard (1951). En 1955 obtuvo el doctorado en Letras, *cum laude*, por la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM con una tesis sobre *Othello y La Celestina*.

Incansable y entusiasta, durante años buscó siempre el mejoramiento del Departamento de Letras Inglesas. Todavía estando la Facultad en Mascarones, organizó funciones en beneficio de lo que sería la primera biblioteca de Letras Inglesas, misma que al cambiarse a Ciudad Universitaria pasó a ser parte del acervo de la Biblioteca "Samuel Ramos". En los años sesentas trabajó de manera intensiva con las fun-



Samuel Ramos, Margarita Quijano y Leopoldo Zea, 1953.

daciones Ford y Rockefeller hasta lograr construir, para el Departamento de Letras Inglesas, el primer laboratorio de lenguas que existió en la UNAM y que fue semilla de lo que más tarde sería el CELE (Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras), cuyos trabajos se iniciaron precisamente con aquel laboratorio que el Departamento de Letras Inglesas compartía con el incipiente centro.

Fue también en los años sesentas, y con el apoyo de la Fundación Rockefeller, que Margarita Quijano formó la biblioteca de lo que ella esperaba sería el Departamento de Literatura Comparada. Consiguió, además, que la Fundación apoyara un programa de intercambio de maestros y alumnos para formar ese nuevo departamento. Desgraciadamente, en aquella época a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras les pareció que se trataba de una disciplina inútil, y nunca pudo concretarse el convenio. Todavía en la "Samuel Ramos" se encuentran algunos libros sellados con la leyenda "Donado por la Fundación Rockefeller para el Seminario de Literatura Comparada", como la marca del inicio de una historia que habría de culminar con la creación del posgrado en Literatura Comparada en 1989, a más de treinta años de los esfuerzos de la doctora Quijano, verdadera promotora de la literatura comparada en México, por establecer en la Facultad el estudio serio de esa disciplina.

Durante más de quince años, antes de jubilarse en 1979, Margarita Quijano trabajó intensamente en organizaciones educativas internacionales. Preocupada siempre por elevar el nivel de la educación en México, fue socia activa del ASCD (Association for Supervision and Cu-

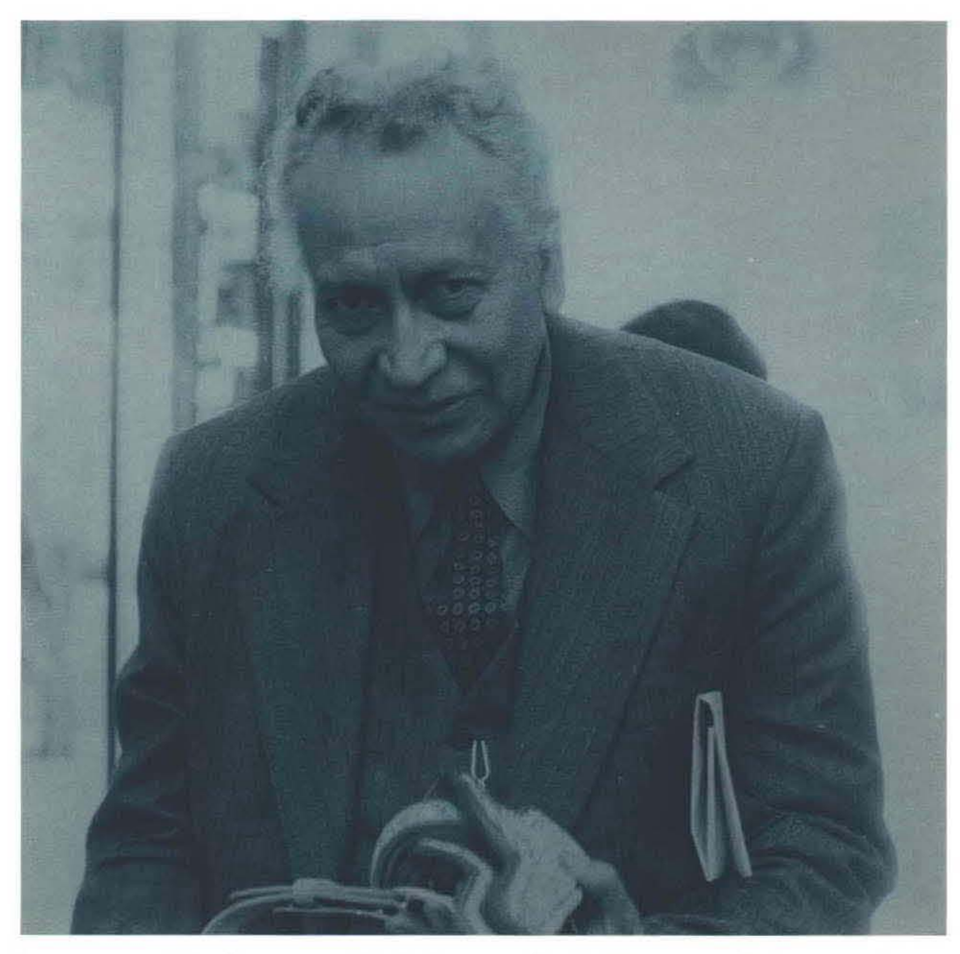
rriculum Development), y presidenta del World Council for Curriculum and Instruction (WCCI), Nueva York, 1970-1974. Por su labor en pro de la educación recibió, en 1974, un premio "For Distinguished Service to Education in Mexico", de la Sociedad *Delta Kappa Gamma International*.

Si toda esta labor en pro de la educación universitaria es memorable, lo es aún más su labor docente. Margarita Quijano fue capaz de darle a la enseñanza no sólo seriedad sino pasión. Se le recordará siempre por sus cursos sobre Shakespeare y sobre literatura comparada. Para muchos de nosotros esos cursos de literatura comparada fueron fulgurante revelación del mundo de los clásicos y de la pervivencia de los mitos. El universo de Shakespeare —que aquellas lánguidas clases que con polainas y una gran elegancia impartía Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, habían hecho remoto— se animó con una enorme pasión y gran actualidad. Aquello que había sido una incesante aun cuando elegante lectura del texto sin que comentario alguno la animara jamás, se convirtió en un espacio de discusión de ideas y emociones, del minucioso análisis de formas dramáticas y del riguroso aprendizaje de las peculiaridades léxicas y estilísticas del inglés shakespeareano. Sus dos libros sobre Shakespeare, *Hamlet y sus críticos* (UNAM, 1962) y *Macbeth, Otelo y El Rey Lear. Análisis de sus temas* (UNAM, 1970), así como sus diversos artículos sobre el dramaturgo, apenas si pueden dar una idea del entusiasmo que lograba infundir en sus estudiantes. Porque el estudiante fue siempre para ella no una entidad anónima a la que había que calificar o descalificar, sino un ser humano al que había que formar integralmente, orientarlo y ayudarlo en todos los aspectos de su vida, además del intelectual. Muchos de los que ahora somos maestros en el Departamento de Letras Inglesas en mucho le debemos nuestra formación y nuestra pasión por la literatura. Y es ése el mejor homenaje que se le puede hacer a Margarita Quijano.

Martín Quirarte

Vicente Quirarte

El rigor de Martín Quirarte (1924-1980) en la cotidianidad del salón de clase o en el auto de fe llamado examen, era su forma de amar. Escribir una tesis bajo su dirección era un tormento, pero la garantía de que el torturado había hecho un trabajo más sólido que las carabelas, tanto en los argumentos expuestos como en la forma en que las pala-



Martín Quirarte.

bras se combinaban para decir lo que el estudiante verdaderamente se proponía. Enamorado de la construcción impecable, de la palabra justa que desveló a Flaubert, quería que los hechos se vaciaran en moldes de bronce, no en construcciones de yeso desmoronables con el paso del tiempo. Obligaba a sus alumnos a salir sabiendo, a todos aconsejaba tener un Sancho que les mantuviera al Quijote. Fue el primero en desoír su propio consejo. Su libro inicial es, casi, un manifiesto de vida: *Carlos Pereyra, caballero andante de la historia.*

El maestro Quirarte buscó siempre la cercanía de los jóvenes, y nunca olvidó a la preparatoria donde se formó. Tanto la quiso, que no sólo fue profesor de ella durante toda su vida académica, sino la historió en un libro ejemplar por su sentido de síntesis y de interpretación, titulado *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud.*

Martín Quirarte no se consideraba un historiador sino un divulgador de la historia. Nunca olvidaba que su ocupación inicial había sido la talabartería, oficio heredado de varias generaciones en el mercado de San Juan de Dios en Guadalajara. De tal modo, su escritorio de trabajo no olvidaba el orden y la simetría del taller talabartero. Una de sus grandes lecciones fue que escribir es un trabajo tan solitario, tan ingra-

to, que es preciso rodearse de la mayor cantidad de juguetes que nos ayuden a olvidar ingratitudes. Amaba los lápices recién afilados, las plumas fuente, siempre cargadas con tinta color morado. Escribía sus borradores en hojas de un papel especial, cuyo gasto justificaba diciendo que no gastaba en cigarros. Obsesionado por el orden, diseñaba sus propios muebles, y siempre tenía más libros que libreros.

Henri Pirenne, uno de sus autores predilectos, definía al historiador como "un hombre que ama la vida y sabe contemplarla". Martín Quirarte amó la vida y la historia con esta fatalidad gozosa. Semejante a los malos actores que antes de emocionarnos se dejan ganar por la emoción, era incapaz de evocar los hechos sin que le temblara la voz. Más que un historiador, era un poeta de la historia. Más que un intelectual, un obrero que construía sus párrafos o impartía su clase con el mismo cuidado con el cual debían ensamblarse las piezas de una silla charra. Pero si a la hora del trabajo era ordenado y metódico, en los actos de la vida diaria cargaba con la brújula perdida de los sabios.

Gracias a su capacidad de síntesis, su comprensión global de los hechos, su báscula precisa que lo llevaba a sopesar los acontecimientos, pudo publicar en 1965 la que fue su primera obra de conjunto: *Visión panorámica de la historia de México*. Detrás de esa historia contada, de la pesada ligereza de su estilo, se hallan tanto los historiadores como los literatos. Amante de la respiración de la prosa, en Martín Luis Guzmán aprendió los secretos de la puntuación. En Justo Sierra, la emotividad y el sentido narrativo; en Francisco Alonso de Bulnes y en Carlos Pereyra, el espíritu polemista. Enemigo de los odios partidistas, Martín Quirarte creía en la equidad y en la justicia. Por eso pudo escribir un libro tan equilibrado como *El problema religioso en México*. En sus estudios sobre la Reforma y la Intervención francesa, nuevamente se puso de manifiesto su trabajo conciliador. Insistió en leer y analizar a los intervencionistas, monarquistas y clericales, se convirtió en abogado de los vencidos y nos enseñó, como antes lo enseñó su maestro José C. Valadés, a conocerlos antes que condenarlos sin apelación. En 1970 apareció la que acaso sea su obra mayor: *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, surgida en gran parte del curso que sobre el tema impartía en la Facultad. Su obertura la forman palabras de otro de sus maestros, Agustín Yáñez: "No es hora de revivir pasiones liquidadas, ni de incurrir en rencores estériles; pero es hora de repasar la lección centenaria para evitar errores pasados y verificar los rumbos a seguir".

En la poesía por delante de la acción se encuentra la última y ejemplar lección del maestro Martín Quirarte. El 13 de marzo de 1980 murió en nuestra Ciudad Universitaria, minutos después de haber impartido su clase.

Beatriz Ramírez de la Fuente

María Elena Ruiz Gallut
Leticia Staines Cicero

Entre las virtudes académicas y humanas que definen la personalidad de la doctora Beatriz de la Fuente resaltan las de su trayectoria como historiadora del arte. A través del análisis de las formas y del significado que guardan las piedras labradas y los muros pintados, ha sabido acercarse a nuestro legado prehispánico. A su rigor en el trabajo y a su apertura a la discusión se auna la sensibilidad que le ha permitido sentir un gran amor por la invaluable herencia de los pueblos mesoamericanos. Con una actividad ejemplar ha enseñado lo que son la entrega y el cariño al trabajo, la constancia, la labor de equipo y la convivencia.

Su vocación por la docencia se refleja en el apoyo y el impulso que da a sus alumnos para no detenerse, para buscar nuevos caminos en el entendimiento del arte antiguo que, según su parecer, nos pertenece como individuos universales, pero también como integrantes de una nación.

La doctora de la Fuente nunca ha dudado que el estudio de nuestras raíces culturales es su camino a seguir. Así, su entusiasmo por las culturas del pasado ha dado frutos en tres vertientes: la docencia, la investigación y la difusión.

En su faceta como docente durante veinte años —1969 a 1989—, los alumnos de licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras la escucharon impartir sus cátedras sobre el arte prehispánico. Su interés por formar profesionales la llevó a fundar el Seminario de investigación en tal área en la División de Estudios de Posgrado de dicha Facultad donde, a la fecha, continúa con su labor y con la dirección de múltiples tesis.

En el campo de la investigación, uno de sus primeros logros fue el descubrimiento, en la escultura de Palenque (1965), del artista y del hombre como transmisor de los conceptos de una cultura extraordinaria. Más adelante, centró su atención en la complejidad del arte olmeca. El propósito de la doctora de la Fuente por entender las formas armónicas de la escultura monumental la llevó a realizar trabajos (desde 1973) que, en la actualidad, son la pauta a seguir para distintos tipos de análisis, tanto de historiadores del arte como de arqueólogos y otros especialistas.

En el conocimiento del mundo prehispánico amplió sus senderos más allá de los estudios sobre los olmecas. Esta búsqueda hizo alto en la expresión artística, realizada en piedra, de la Huaxteca (1984) y de Tula (1988).



Jorge Alberto Manrique, Marco Díaz y Beatriz Ramírez de la Fuente, entre otros, 1974.

Actualmente dirige una investigación interdisciplinaria dedicada a la pintura mural prehispánica.

Dentro de su labor de difusión, hoy en día, su quehacer humanístico abarca numerosas ponencias, conferencias y un sinnúmero de publicaciones. Asimismo, ha dedicado una gran parte de sus intereses a la defensa del patrimonio artístico nacional, lo cual se refleja en su producción académica.

Tan sobresaliente trayectoria ha hecho que ocupe varios cargos directivos dentro y fuera de la Universidad Nacional. Así, ha sido merecedora de reconocimientos como el Premio Nacional en Ciencias y Artes, en 1989, otorgado por el Gobierno de la República Mexicana, y ser nombrada la primera mujer miembro de El Colegio Nacional, en 1985. También la Universidad Nacional Autónoma de México, marco de todo su esfuerzo, reconoció su labor, por lo que obtuvo en 1990 la medalla de veinticinco años como investigadora y profesora, y el Premio Universidad Nacional en el área de Investigación en Humanidades en 1992.

Su palabra escrita es testimonio de una vida dedicada a la investigación, y las semillas que ha sembrado en sus largos años de labor docente han ido más allá de las paredes de las aulas para despertar conciencias y señalar caminos en la valoración de las obras plásticas del México prehispánico.

La convivencia académica, el diálogo que surge en el aprendizaje y la amistad que propicia la calidad humana de la doctora Beatriz de la Fuente hacen de la mujer, de la profesional, y de la universitaria un ejemplo a seguir.

Luis Recaséns Siches

Fausto E. Rodríguez García

El lunes 4 de julio de 1977 se apagó para siempre la voz brillante, sabia y profunda del profesor Luis Recaséns Siches —uno de los tres o cuatro príncipes de la filosofía del derecho que ha dado el mundo de habla hispana en lo que va del siglo—, tras una fecunda labor docente y de investigación, que se prolongó durante un periodo de cuarenta años, al servicio de la Universidad Nacional Autónoma de México.

De padres españoles, nació en la ciudad de Guatemala el 19 de junio de 1903; dos años después fue llevado a España, en donde cursó toda la etapa de su formación espiritual, incluyendo algunos viajes de estudios superiores en el extranjero, y vivió los primeros años de su triunfal carrera académica de proyección internacional, hasta su arribo a México en junio de 1937.

Invitado por nuestra Máxima Casa de Estudios, Recaséns Siches se incorporó al personal académico de la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia —sita en el tradicional barrio de San Ildefonso—, inaugurando así, para México, una excepcional etapa de florecimiento intelectual, impulsada por esa constelación de profesores que arribaron al país arrojados por la vorágine de la Guerra civil española, y de cuya selecta corriente migratoria se beneficiaron prácticamente todas las especialidades científicas de nuestra Universidad. Siguiendo los pasos de Recaséns Siches, llegaron en fechas sucesivas otros distinguidos juristas hispanos, destacando, por su gran personalidad y alto nivel académico, el doctor Joaquín Rodríguez y Rodríguez (mercantilista) y el doctor Niceto Alcalá-Zamora y Castillo (procesalista), quienes en su vocacional dedicación inyectaron un renovado espíritu a las tareas docentes y de pesquisa en los diversos campos del derecho.

El profesor Recaséns Siches y sus colegas en el exilio iniciaron en nuestra Facultad de Derecho un trascendental movimiento de superación académica, el cual se desarrolló principalmente en torno a la fundación de seminarios en las distintas especialidades jurídicas —creados en el año de 1946, los primeros bajo su iniciativa y con el apoyo decidido del entonces director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el licenciado Virgilio Domínguez, quien con gran visión captó inmediatamente el alcance y proyección que, para el proceso cultural del país, tenía la presencia de esta pléyade de juristas españoles— y se reflejó en el impulso que imprimieron a la revista de la institución, tanto con su dirección técnica como con sus colaboraciones de alto nivel.

Desde el año de su incorporación (1937) y hasta la fecha de su fallecimiento, salvo un breve periodo de ausencia en que estuvo al servicio de la Organización de las Naciones Unidas como funcionario de la Di-

visión de Derechos del Hombre, el profesor Luis Recaséns Siches consagró su vocación de filósofo y sociólogo del derecho a la Universidad Nacional Autónoma de México, no sólo a través de su actuación en la Escuela de Jurisprudencia (posteriormente Facultad de Derecho) sino también dentro del Instituto de Investigaciones Filosóficas, en el que se desempeñó desde el año 1954, simultáneamente con sus actividades docentes desarrolladas en aquélla. Durante este periodo de cuarenta años de gestión académica, Recaséns Siches aportó a nuestra máxima institución universitaria, además del prestigio de que ya gozaba en el panorama internacional cuando llegó a México, toda su capacidad de trabajo en el logro de los más brillantes triunfos de su producción jurídica, desde la obra vertebral de su pensamiento, *Vida humana, sociedad y derecho* (1940), hasta su libro último, *Experiencia jurídica, naturaleza de la cosa y lógica razonable* (1971), pasando por la *Nueva filosofía de la interpretación del derecho* (1956), el *Panorama del pensamiento jurídico en el siglo xx* (1963), en dos volúmenes, y la *Introducción al estudio del derecho* (1970).

Justamente en reconocimiento a las proporciones y elevados merecimientos de la magna obra científica y académica desarrollada por el profesor Recaséns Siches, fue que, en 1973, en ocasión del septuagésimo aniversario de su natalicio, la Universidad Nacional Autónoma de México —bajo el patrocinio decidido y entusiasta de su entonces rector, doctor Guillermo Soberón Acevedo, y a través de su Facultad de Derecho y de su Instituto de Investigaciones Jurídicas— puso en marcha la organización de un homenaje escrito a nivel internacional, el cual, concebido entonces bajo el rubro de *Estudios en honor del doctor Luis Recaséns Siches*, aparece ahora como una obra *in memoriam* del ilustre maestro español, quien hacía algunos años había gestionado la calidad migratoria del mexicano por naturalización, haciendo patente así el gran cariño por este país, al que siempre consideró como su segunda patria.

Alfonso Reyes

Alicia Reyes

Viajero incansable a través del conocimiento, Alfonso Reyes (1889-1959) tendería el punto entre civilizaciones, recorriendo "[...] caminos indígenas, españoles, mexicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados —escribía Juan Ramón Jiménez—[1] por lo sumo, con entrega y con análisis, con *profundidad* y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal [...]".

Nuestro Alfonso nace un 17 de mayo en Monterrey, Nuevo León, circunstancia que imprimirá en su alma ese gran amor por su *Cerro de la Silla* y su *Sol de Monterrey*. El primer contacto de Reyes con la literatura, la historia y el arte se dará gracias a su padre, el general Bernardo Reyes. A los pocos meses del nacimiento de Alfonso, la familia se traslada a la Casa Degollado (hoy Hidalgo) que fuera el escenario de su infancia: "[...] no he tenido más que una casa —recuerda. De sus corredores llenos de luna, de sus arcos y sus columnas, de sus plátanos y naranjos, de sus pájaros y sus aguas corrientes, me acuerdo en éxtasis [...]". No tardó en descubrir los tesoros de la biblioteca paterna, refugio de su fantasía. Tendría Reyes unos once años cuando se traslada, junto con su familia, a la capital —el general Bernardo Reyes había sido nombrado ministro de Guerra— y prosigue sus estudios en el Lycée Français du Mexique.

Su primera salida en letras de molde fue el "Nuevo estribillo" (parodia de intención política al "Viejo estribillo" de Amado Nervo). Poco después, aparecen sus tres sonetos "La Duda", inspirados en un grupo escultórico de Cordier. Más tarde y, gracias a un sobrino de Othón —el gran poeta potosino—, publica, en la revista *Savia moderna*, su soneto *Mercenario*. Llega Pedro Henríquez Ureña a México y a su alrededor se congregará una verdadera pléyade fundadora del Ateneo de la Juventud. Reyes se lanza por el difícil sendero de la prosa y, en 1911, edita su libro *Cuestiones estéticas* que le valió dos cartas inolvidables: Arturo Farinelli le escribía desde Austria, invitándole a continuar sus estudios a su lado, en Turín, y Emile Boutroux desde París le decía: "Tal vez se le ocurra a usted venir por acá cualquier día y charlar con nosotros sobre esos grandes asuntos que usted trata con tanta competencia como gracia y generosidad [...]".

El grupo del Ateneo tuvo dos hermanos mayores, Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, y dos menores: Alfonso Reyes y Julio Torri. Pero comienzan los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura del Ateneo empieza a tener resultados. "La pasión literaria se templaba en el cultivo



Artemio de Valle Arizpe, Alfonso Reyes y Jesús Silva Herzog, 1957.

de Grecia, redescubría España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia".

El 9 de febrero de 1913 muere su padre, y Reyes se apresura a presentar su tesis para recibir el título de abogado y es nombrado secretario de la Legación de México en París. Sale de Veracruz el día 12 de agosto de ese mismo año para permanecer en Francia hasta agosto del siguiente año, poco después de comenzada la guerra (1914-1918). En medio del estrépito de cien bombas sale a Burdeos, y de ahí a San Sebastián, donde conocerá a Azorín. Pronto emprende "el sitio de Madrid", como hubiera dicho Henry James. En 1915 publica *Visión de Anáhuac, El suicida* y *Cartones de Madrid*. Todavía nos asombra, al contemplar a la distancia, la enorme actividad desarrollada por nuestro joven Alfonso, a lo largo de su etapa madrileña: nada más en materia erudita, podemos contar unos quince títulos —entre prólogos y ediciones comentadas—, publicados entre 1917 y 1924. En poesía, *Huellas* e *Ifigenia cruel*. Crítica, ensayos y memorias, traducciones de Chejov, Chesterton, Sterne y Stevenson. "Llegué a Madrid como refugiado; luego fuí encargado de Negocios de México, y salgo nombrado Ministro Plenipotenciario con destino a otro país. Adiós amigos y hermanos míos que durante diez años me disteis arrimo y compañía [...]". De España viene a su patria; después sale en misión confidencial ante el rey de España y de ahí a París donde recibe el telegrama con su nombramiento como ministro en Francia. De ese segundo París, mucho más satisfactorio que el primero, emprende el viaje a Argentina ya con el cargo de embajador. Como embajador también pasará a Brasil y retor-

nará a Argentina por segunda ocasión. A fines de 1938 empieza a construir en México su Capilla Alfonsina, sueño largamente acariciado como apunta en su diario, y ahí permanecerá los últimos años de su vida. Más de cien títulos nos dejará —aquella pluma incansable, aquella curiosidad insaciable— entre prosa y verso. Hoy en día se le venera en su Capilla Alfonsina (Centro de Estudios Literarios de Alfonso Reyes y Casa-Museo), en instituciones culturales, nacionales y extranjeras. Se recuerda al polígrafo, al diplomático, al fundador de El Colegio de México, de El Colegio Nacional, al presidente de la Academia de la Lengua, al catedrático de la Universidad Autónoma de México y al consejero de la juventud a quien dejara estas palabras: "No olvidéis ser inteligentes".

[1] Juan Ramón Jiménez, "Alfonso Reyes", en *Páginas sobre Alfonso Reyes (1911-1945)*. Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955. (ed. de homenaje)

Dolores Riquelme de Rejón

María Teresa Gutiérrez de MacGregor

En el mundo actual, y tal vez en todas las épocas, la juventud no se puede medir por el poco tiempo que haya transcurrido desde el nacimiento de una persona, sino por su actitud ante la vida; este pensamiento es el primero que viene a mi mente al pretender hablar de la maestra Dolores Riquelme de Rejón, quien une su vitalidad y experiencia a su modestia y finura de espíritu.

Efectivamente, Lola, como la llamamos cariñosamente los geógrafos mexicanos, es una mujer de una actividad impresionante: nunca se le ve cansada, invariablemente es optimista y encuentra el lado bueno de todas las situaciones; siempre está dispuesta a servir a los que la rodean y a decir su verdad con un valor civil envidiable; con estas características es natural que haya obtenido el reconocimiento de todos los que hemos tenido el privilegio de tratarla y de ser sus amigos.

Además de sus cualidades personales, la maestra Riquelme tiene en su haber una formación académica muy sólida que ha aplicado a la enseñanza de la geografía y a la preparación de innumerables generaciones de geógrafos mexicanos, muchos de los cuales han destacado en su vida profesional gracias al estímulo recibido, desde los primeros años de su carrera, de la maestra Riquelme.



Carlos Saenz de la Calzada, Jorge Rivera Aceves, Jorge A. Vivó, Dolores Riquelme y María Teresa Gutiérrez de MacGregor, 1967.

Ha servido a la UNAM en el Colegio de Geografía durante cuarenta y cinco años, participando en la actualización de los planes de estudio, en la creación del observatorio meteorológico, en la organización de los congresos nacionales de geografía, y realizando actividades académico-administrativas destacadas, como lo fue ser secretaria académica de la Facultad de Filosofía y Letras y consejera universitaria. Todas estas actividades las ha llevado a cabo con el desinterés que la caracteriza. Su vida tan productiva se ha desenvuelto sin ostentación a pesar de que ella ha sido el alma de muchas realizaciones en favor de la geografía, en las que no ha aparecido su nombre, pero que se han concretado gracias a su participación anónima. Entre ellas sobresale su preocupación por la conservación del medio ambiente, siendo pionera en esta lucha que actualmente ha cobrado una importancia capital por ser uno de los grandes problemas del país; esta preocupación la transmitió a sus alumnos a través de la cátedra Conservación de recursos naturales, que impartió en el Colegio de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras desde el año 1956.

Es importante subrayar, como corolario de los méritos personales señalados, que la maestra Riquelme fue la primera mujer distinguida para dirigir los destinos de la benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, después de ciento cincuenta y dos años de haber estado regida exclusivamente por hombres, algunos tan destacados que han hecho historia en México.

Para concluir, quiero expresar que a la maestra Riquelme se le puede considerar como un paradigma, tanto para las mujeres como para los hombres, por sus virtudes: honradez, responsabilidad, valor civil y espíritu de servicio. En suma, se trata de una mujer mexicana ejemplar.

Luis Rius

Arturo Souto Alabarce

Luis Rius Azcoita nació el 1 de noviembre de 1930 en Tarancón, España, no lejos del castillo de Garci-Muñoz, en cuyo asalto fue muerto Jorge Manrique. Tuvo una temprana afición literaria, alentada por su padre: Luis Rius Zunón, autor de un romancero sobre los amores de Fernando Muñoz con la reina María Cristina. Su pueblo natal sería escena de trágicos sucesos durante la Guerra civil de 1936 a 1939, determinante para el destino de su generación "hispanomexicana". Exiliados sus padres después de la derrota de la causa republicana, Rius pasó a Francia y posteriormente a La Habana, de donde viajó a Nueva York, para llegar a la ciudad de México en 1942, en la que residió hasta el día de su muerte, el 10 de enero de 1984.

Desde la niñez, Rius leyó iluso y entusiasmado a los dramaturgos españoles de los Siglos de Oro, de quienes había en su casa las lujosas ediciones de Aguilar y a los que imitó en sus primeras composiciones infantiles. Llegó entonces a creer que había inventado la métrica, pero el hecho es que esa primera etapa de maravillados descubrimientos desembocó en una profunda vocación por la poesía, auténtico eje de su vida. Llevó a cabo sus estudios de bachillerato en la Academia Hispano-Mexicana, donde se relacionó con sus compañeros de generación (Burgos, Gironella, Souto), inmersos todos en su interés por las letras y la pintura. Aunque comenzó sus estudios de derecho, encauzado en esto por su padre, pronto comprendió que no era éste su camino y, definiendo su vocación literaria, decidió inscribirse en 1948 en la Facultad de Filosofía y Letras, en esa época ubicada en el espléndido y entrañable palacio de Mascarones. Por esos años, fundó las revistas de juventud *Clavileño* y *Segrel*, colaboró en *Presencia*, *Ideas de México*, *Las Españas*, primeras de las muchas en que posteriormente participaría, tales como *Universidad de México*, *Cuadernos americanos*, *Diálogos*, etcétera. Participó en las actividades del Ateneo Español de México desde los inicios del mismo. En la Facultad fue discípulo y amigo de maestros notables como Amancio Bolaño, Julio Torri, Francisco de la Maza. Se interesó mucho en cuestiones de filología española y de literatura medieval, llegando a ser adjunto de Torri en esta materia. Su tesis de maestría, presentada en 1954, trata del amor en la obra cervantina, por la que sintió hasta el fin de su vida singular devoción. Su tesis de doctorado, sin embargo, es una biografía poética de León Felipe, con quien mantuvo gran amistad y afinidad de ideas, sin por ello tener influencia leónfelipesca alguna en sus poemas, ya que se trata de actitudes poéticas radicalmente distintas. La poesía de Rius, por ejemplo, con su ritmo sobrio, pausado, melancólico, es por completo diferente.



León Felipe y Luis Rius, 1968.

Apenas terminados sus estudios, fue invitado por José Rojas Garcidueñas a dar clases de literatura española en la recién fundada Facultad de Letras de la Universidad de Guanajuato, donde residió varios años como uno de sus más destacados catedráticos. Tiempo después, recordaría con enorme nostalgia aquella época guanajuatense como una etapa crucial de su vida, cuando compartió con poetas como Pedro Garfias, filósofos como Ricardo Guerra y Luis Villoro, una intensa atmósfera intelectual. En Guanajuato lo acompañaron otros escritores y profesores de su generación "hispanomexicana": Burgos, Espinasa, López Suárez, Pascual Buxó, Rodríguez Chicharro, Rafael Segovia.

En la Universidad Nacional Autónoma de México, y específicamente en la Facultad de Filosofía y Letras, tuvo una larga, brillante y muy estimada trayectoria, desde que ingresó en 1959 como Profesor de Tiempo completo, hasta uno de sus últimos cargos como jefe de la división de estudios superiores. En sus seminarios sobre poesía española contemporánea ha sido uno de los primeros investigadores sistemáticos de la obra realizada en México por los poetas transterrados.

A pesar de sus múltiples actividades académico-administrativas, que a veces pueden resecar la imaginación artística, Rius nunca perdió su intuición poética.

Como poeta, Rius ha dejado cinco libros: *Canciones de vela* (1951); *Canciones de ausencia* (1954); *Canciones de amor y sombra* (1965); *Canciones a Pilar Rioja* (1970); *Cuestión de amor y otros poemas* (1984).

En prosa, y la suya es diáfana y precisa, además de artículos y ensayos todavía dispersos en diarios, revistas, suplementos literarios, se han publicado los siguientes volúmenes: *Los grandes textos creativos de la literatura española hasta 1700* (1966); *León Felipe, poeta de barro* (1968); *La poesía* (1972). Uno de sus mejores ensayos está dedicado al comentario crítico de Carlos Pellicer y su *Material poético* (1918-1961), de quien fue alumno en la Facultad.

Jorge Rivera Aceves

Genaro Correa

El maestro Jorge Rivera Aceves, geógrafo de profesión, nace en la singular ciudad de Colima el 27 de abril de 1916. En los relieves volcánicos colimenses tuvo su primera visión del espacio geográfico y desde entonces su gran pasión fueron los paisajes.

En su provincial tierra natal conoció el orden, la honradez y los elevados ideales que son característicos en su vida. Ya en la ciudad de México, la capital del país, mostró sus dotes de estudioso en la Escuela Abraham Castellanos, y aquí aprendió a ser constante y disciplinado. Su carácter y entusiasta celo influyeron en su progreso y ascenso profesionales. Así, entre 1933 y 1935 realiza estudios en la Escuela Nacional de Maestros, en la que obtiene el título de profesor; entre 1936 y 1939 acude a la Escuela Normal Superior para realizar los estudios de maestro en Geografía, graduándose a finales de 1939. Posteriormente, realiza estudios de maestro en Ciencias geográficas en el Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que concluye en 1948, y se gradúa en enero de 1961. Asimismo, hace el doctorado en Geografía en la UNAM a partir del año 1949. Realizó estudios en suelos y fotointerpretación en el Centro Panamericano de Entrenamiento Sobre Evaluación de Recursos Naturales, en la Universidad Rural de Río de Janeiro, Brasil, entre mayo de 1953 y febrero de 1954.

Su trabajo profesional como maestro de geografía en el tiempo que media entre 1939 a la fecha es notablemente pródigo y muy reconocido en altas esferas educativas. Desde 1945 cubrió y cubre la enseñanza en los niveles de licenciatura, maestría y doctorado.

Sus primeras cátedras a nivel superior son las de Laboratorio de suelos y Didáctica de la geografía, que imparte en la Facultad de Filosofía y Letras entre 1949 y 1960; también las de Laboratorio de climatología, Prácticas de geología y Prácticas de topografía, así como también Conservación de recursos naturales, Seminario de recursos naturales de México, Geología física y Geología histórica, y Geografía regional del Viejo Mundo, entre 1955 y 1968. En la Escuela Normal Superior imparte las didácticas de geografía y geomorfología, así como Agua, suelo y vegetación, Conservación de los recursos naturales, Geología general y de México, entre otras, entre 1946 y 1965, y durante diez años es profesor de varias disciplinas geográficas en los cursos intensivos de geografía que se impartían en la misma institución.

Su quehacer administrativo no es menos relevante cuando ocupa la jefatura de la Especialización de Geografía en la Escuela Normal Superior, entre 1957 y 1960, así como de 1965 a 1968. Realiza una destacada

labor como geógrafo en la Dirección General de Geología de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, entre 1946 y 1948, misma que repite en la Dirección General de Educación Audiovisual entre 1955 y 1965.

En el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, y después de la primera reforma de planes de estudio, impartió las cátedras de Geomorfología II y prácticas, Conservación de recursos naturales, Geología aplicada a la geografía y prácticas, Seminario de geografía de México, Seminario de conservación de recursos naturales de México y Seminario de ecología y recursos naturales, entre 1969 y 1986, año en que se jubila. Fue Profesor de carrera en esta institución universitaria desde 1965 a 1987, con la categoría de Profesor de Medio tiempo Titular, y ascendió de la categoría "A" a la "C" en 1972. También de 1963 a 1973 funge como consejero técnico del Colegio de Geografía, y miembro adjunto de la Comisión de Recursos Naturales; asimismo, es asignado como delegado de México en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Su incansable quehacer científico y académico lo avalan varias instituciones a las que perteneció, entre ellas, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Asociación Mexicana de Geógrafos Profesionales, la Sociedad Botánica de México, el Ateneo de Investigaciones Geográficas, del que fue su primer presidente, la Sociedad Forestal de México, la Sociedad Interamericana de Planeación y otras.

Su trabajo de difusión está testimoniado en casi un centenar de conferencias y de varias decenas de escritos en libros y otras publicaciones, entre las que destacan: *El geógrafo y la conservación*; *El campo del geógrafo*; *La proyección moderna de la geografía*; *La geografía y los recursos naturales*, entre otros.

Desde 1987, y por su alto sentido del deber y amor a la cátedra, prosigue en el Colegio de Geografía dando las clases de Conservación de recursos naturales, Ecología de los recursos naturales básicos y otras. Ha sido distinguido con numerosas preseas, entre las que destaca la Medalla al Mérito "Benito Juárez", que otorga a los académicos distinguidos la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

El profesor Jorge Rivera Aceves representa al maestro que nunca falta a clases ni a exámenes. Un verdadero maestro que da invaluables vivencias, hechos anecdóticos y trato humano a un incontable número de alumnos en casi cincuenta años de quehacer fecundo. Se le puede considerar como un incansable forjador de generaciones, que siempre luchó por interesar a sus discípulos en el conocimiento de la geografía de México.

Forma parte del grupo que tuvo la fortuna de defender la geografía como carrera humanística en los momentos críticos, como los de la década de los setentas, en el que se hizo palpable su ejemplar panegírico académico y patriótico.

Muy pocos pueden ufanarse de una trayectoria como la del profesor Rivera, un hombre sencillo, formal, humano, que nunca buscó honores, y que siempre fue generoso y dedicado. Por todo ello es un maestro extraordinario.

Wenceslao Roces

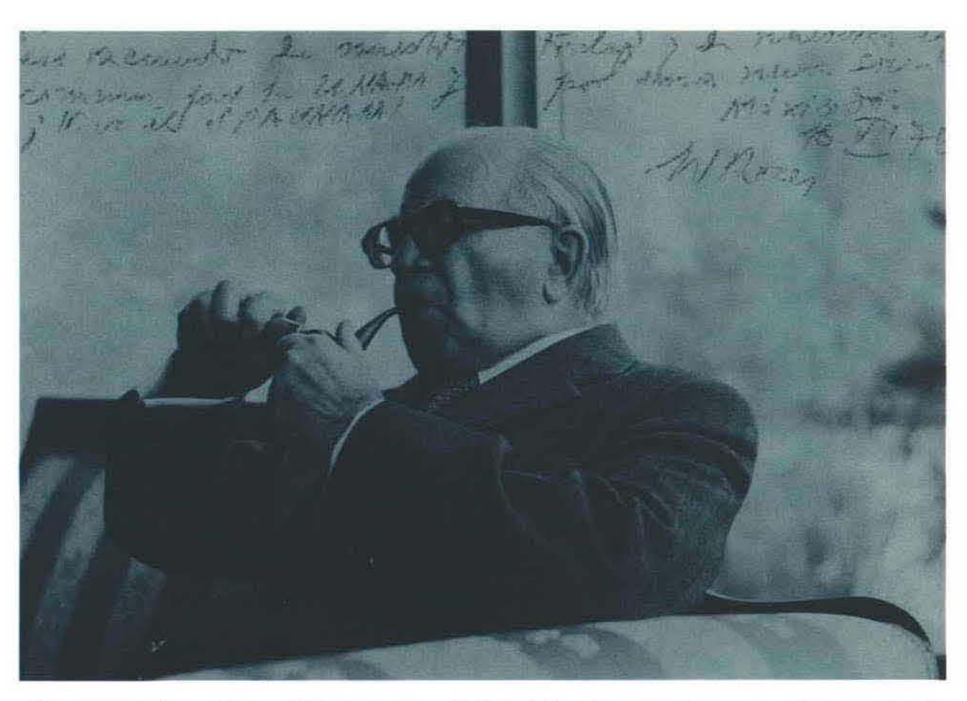
Ernesto Schettino Maimón

La terrible Guerra civil española de 1936-1939, que tantas consecuencias nefastas provocara, tuvo, sin embargo, un notable efecto positivo sobre México, en especial para nuestra Facultad, en virtud de que en ella encontraron un seguro refugio intelectuales de primer orden, quienes vinieron a enriquecer sobremanera nuestra vida académica. Cómo poder olvidar a maestros de la talla de Pedro Bosch Gimpera, José Gaos, Joaquín Xirau, José María Gallegos Rocafull, Eduardo Nicol, Wenceslao Roces, a quienes debemos tanto institucional y personalmente.

El doctor Wenceslao Roces Suárez había arribado un poco más tarde que los demás, tras una estancia de poco más de dos años, entre 1940 y 1942, en las universidades de Santiago de Chile y La Habana, y luego de dar clases de Derecho romano en la Facultad de Derecho de la UNAM. No obstante, por vocación, prefirió pasar a la Facultad de Filosofía y Letras, en la que fue Profesor de Tiempo completo e impartió las cátedras de Historia de Grecia, Historia de Roma, Seminario de materialismo histórico e historia antigua, Filosofía marxista y Materialismo histórico.

Nacido en 1897, el doctor Roces era originario de Soto de Sobrescopio, en Oviedo, España. Obtuvo la licenciatura en Derecho en la Universidad de Oviedo y su doctorado en la de Madrid, en ambas con honores. Tras este hecho, ocurrido en 1922, fue a estudiar a Alemania, donde completó la sólida formación que le permitiera acceder, a los veintiséis años, a la titularidad de la cátedra de Derecho romano en la Universidad de Salamanca. En ella creó y dirigió, hasta 1931, el Seminario de estudios histórico-jurídicos.

En ese momento, Roces había iniciado una creativa etapa de producción académica personal, publicando varios artículos de su especialidad en la *Revista de derecho privado* de Madrid: "La división de la cosas común entre los romanos", "La Cláusula *rebus sic stantibus*", "La idea de la justicia en la jurisprudencia romana". Pero pronto sería atraído hacia la agitada vida política española de la época, con una ac-



Wenceslao Roces, 1975.

tiva participación militante en el Partido Comunista, que lo conduciría a puestos dirigentes, llegando a ser, de 1936 a 1939, subsecretario de Instrucción Pública del gobierno republicano. Cabe destacar aquí su honestidad y firmeza en sus convicciones marxistas, que conservaría hasta su muerte, el 29 de marzo de 1992, pese a diversas circunstancias, incluidas las de la decepción en su retorno a España, en que fue electo senador, puesto al que renunció por su desacuerdo con las nuevas tendencias del Partido Comunista de España, razón por la cual regresó a México.

En la etapa de gran actividad partidista no abandonó sus actividades intelectuales, y dirigió las editoriales Cenit y Logos, desarrollando en ellas una de sus más importantes labores, que sería la de vertir al español una considerable cantidad de textos, que lo convierten en uno de los más grandes traductores —tanto en términos cuantitativos como cualitativos— de este siglo. En su vida tradujo de varias lenguas, pero principalmente del alemán, decenas de miles de cuartillas, sobresaliendo las obras de autores como Ranke, Mommsen, Meyer, Dilthey, Jaeger y muchos más; pero especialmente sus versiones de los textos de Marx y Engels, de los cuales creó una colección de Obras escogidas para la editorial Fondo de Cultura Económica, destacando, por su importancia y grado de dificultad, el *AntiDühring*, *El capital*, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* y los *Grundrisse*; de la misma forma, resultan dignas de mención las *Lecciones de historia de la filosofía* y la *Fenomenología del espíritu* de Hegel.

No obstante, esta espectacular obra de traducción tuvo el efecto negativo de inhibir su propia creatividad, salvo cuando la presión de los

amigos o las circunstancias lograban que publicara escritos propios, como fue el caso de sus artículos "El vicio del modernismo en la historia antigua", "La historiografía soviética y la historia antigua", "La cultura de nuestro tiempo", o su ensayo sobre *Los problemas de la Universidad*, amén de innumerables prólogos e introducciones a los textos por él traducidos.

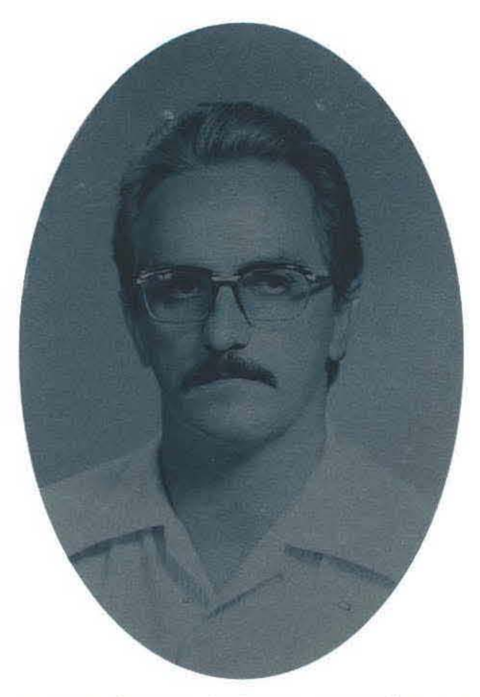
Durante su vida, y pese a ser reacio a aceptar homenajes, fue objeto de importantes distinciones, como la de Profesor emérito por la Facultad en 1969; el doctorado *honoris causa* por las Universidades de Michoacán y del Estado de México; la condecoración de la Orden del Águila Azteca en 1980, por el gobierno mexicano; y el Premio Universidad Nacional en 1985.

Para finalizar, cabe enunciar algunas de sus grandes cualidades como maestro y como hombre: su laboriosidad, su enorme capacidad y disciplina de trabajo, su honestidad personal e intelectual, su espíritu crítico y disposición a transmitirlo, su apertura, su comprensión despojada de paternalismo, su convicción en la valía de los jóvenes, su dignidad.

César Rodríguez Chicharro

Arturo Souto Alabarce

Nacido el 11 de julio de 1930, César Rodríguez Chicharro llegó a México en 1940, exiliados sus padres a raíz de la Guerra civil española y la consecuente caída de la República. Naturalizado mexicano desde muy joven, vivió en este país hasta su muerte prematura, ocurrida el veintitrés de octubre de 1984 en la ciudad de México. Comenzó a escribir desde su adolescencia —época de su vida en que empezaría a manifestarse la inquieta, rebelde angustia que se puede observar en sus poemas—, cuando estudió el bachillerato en el Instituto Luis Vives, donde fue alumno de ilustres maestros: Mantecón, Millares Carlo, Juana de Ontañón. En el Vives, en compañía de José Pascual Buxó y de Enrique de Rivas, poetas de su misma generación "hispanomexicana", se define claramente su interés en la carrera literaria, que su padre, periodista, anima. Se definió en esa época no sólo su vocación poética sino un fuerte, original temperamento cuya sinceridad se traslucíría tiempo después en sus versos. Más tarde se inscribió en la carrera de Lengua y Literatura Españolas de la Facultad de Filosofía y Letras, al



César Rodríguez Chicharro, agosto de 1973.

tiempo que trabajaba como aprendiz de tipógrafo y corrector de pruebas de los Talleres Gráficos de la Nación. En 1952, integra una primera selección de sus poemas: *Con la mano en el ancla*. Prologa este libro Julio Jiménez Rueda, su maestro en Mascarones. En 1959 obtiene el grado de maestro en Lengua y Literatura Españolas. Su tesis, que trata de *La novela indigenista mexicana*, está considerada como uno de los estudios de conjunto importantes sobre el tema. En ellas se deslindan las novelas indigenista y antropológica, variedades modernas de la novela indianista que ya Concha Meléndez había situado en el contexto del exotismo romántico de principios del siglo XIX. Conocedor a fondo tanto de la literatura mexicana como de la española, Rodríguez Chicharro impartió clases en diversas instituciones académicas dentro y fuera de México. Fue profesor en la Universidad de Guanajuato y durante varios años en la Universidad Veracruzana, en Jalapa. Asimismo dictó cursos en la Universidad de Zulia, en la de Maracaibo, y en la Washington University.

En 1973 se incorporó como Profesor de Tiempo completo a la Universidad Nacional Autónoma de México, llegando a ser uno de sus más destacados académicos. Entre sus cursos, el de cervantismo debe subrayarse no sólo por su informada y metódica exposición, sino también porque produjo ensayos y estudios, resultado de investigaciones originales. El año mismo de su muerte recibió el premio "Nezahualcóyotl" por un ensayo sobre Alfonso Reyes.

Aunque su más profunda y personal dedicación fue la poesía, aplicó buena parte de su vida a los estudios literarios: teoría, crítica, historia, y en este campo logró una obra notable, tanto por los conocimientos y criterios que demuestra, como por la intención humanística que siempre lo animó. Entre los escritores de su generación, es uno de los que más claramente expresa en su obra el fondo de una gran inquietud social y política.

Sus libros poéticos son siete: *Con una mano en el ancla* (1952); *Eternidad es barro* (1954); *Aventura del miedo* (1962); *La huella de tu nombre* (1965); *Aguja de marear* (1972); *Finalmente* (1983); *En vilo* (1985).

Sus ensayos y estudios de crítica e historia literaria se agrupan en *Estudios literarios* (1963); *Escritura y vida. Ensayos cervantinos* (1977); *Estudios de literatura mexicana* (1983). Valiosos son sus atisbos sobre la obra cervantina, su relación con Galdós, por ejemplo, pero la literatura mexicana contemporánea fue el tema al que se dedicó preferentemente, y en especial a la lectura de Xavier Villaurrutia.

Ida Rodríguez Prampolini

Rita Eder

Ida Rodríguez Prampolini nació en el Puerto de Veracruz el 24 de septiembre de 1925; a los diecisiete años ingresó a Mascarones, antigua sede de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuatro años después obtuvo el título de maestra en Historia Universal con la tesis *La Atlántida de Platón en los cronistas del siglo XVI*. En 1948 recibió el grado de doctora en Letras en la especialidad de Historia, con la tesis *Amadises de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca*; ambas fueron galardonadas con la distinción *magna cum laude*. Estos trabajos se publicaron en esos años y han sido reeditados recientemente.

En 1957 ingresó al Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, del cual es uno de sus miembros más distinguidos. Ello le valió en 1987 ser nombrada investigadora emérita del mismo Instituto por el Consejo Universitario. Ida Rodríguez ha publicado, a lo largo de su carrera académica, quince libros, ciento treinta artículos especializados, diez capítulos de libros y treinta catálogos de exposición y dirigido treinta tesis: seis de licenciatura, veintidós de maestría y dos de doctorado.

Luis Cardoza y Aragón ha dicho de Ida Rodríguez: "Encuentro en sus textos, a la par que erudición, agilidad que conquista sitio notable entre los investigadores de arte mexicanos. Su cultura apoya el vuelo de su ingenio, le desata los teoremas y nos encontramos con análisis acabados con tesonero afán visible".[1]

Las principales áreas de interés para Ida Rodríguez son, por un lado, la interpretación de los movimientos artísticos y los signos plásticos de nuestro tiempo.[2]

Por otra parte, Ida Rodríguez ha hecho contribuciones de puntual importancia para los estudios de arte en México; ejemplo de ello es *La crítica de arte en México en el siglo XIX* (1964), instrumento de trabajo cuya utilidad ha sido comprobada por la frecuente consulta que de esta obra hacen los especialistas y estudiosos del arte del siglo XIX.

Quizá la contribución fundamental de Ida a la elaboración de categorías propias que expliquen mejor la significación de ciertos periodos del arte mexicano sea su obra *El surrealismo y el arte fantástico de México* (1969 y 1983). Como dice Luis Cardoza y Aragón, en este libro "Ida Rodríguez Prampolini no ha escogido nada más sus herramientas; también ha sabido construir las propias". Sobre la primera edición de esta obra fundamental, el *Handbook of Latin American Studies* consignó lo siguiente: "Este es el trabajo definitivo en el campo de una categoría fundamental del arte mexicano. La autora aplica a su tema un conocimiento preciso de las fuentes y antecedentes del arte surrealista en Europa".[3] Años después, en la misma publicación se anota, a propó-



Edmundo O'Gorman, Ida Rodríguez Prampolini, Ignacio de la Torre, Felipe Souberville y Justino Fernández, 1949.

sito de la segunda edición de *El surrealismo* (1983): "[...] la autora es conocida por el claro y deliberado desarrollo de las ideas a través de la historia. Ofrece una explicación del arte contemporáneo, persuasiva y precisa".[4]

Por otra parte a lo largo de casi treinta años de impartir la cátedra de Arte moderno y contemporáneo en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra institución, Ida Rodríguez Prampolini desarrolló uno de los cursos más originales en torno a la disciplina: combinó la teoría con la historia, la descripción con la significación; siempre puntual, siempre preparada, era visible su enorme compromiso con sus alumnos, a los que no sólo quiso legar erudición, sino formarlos en la alta aspiración de una concepción ética del conocimiento y la creación. Como reconocimiento a su labor, la UNAM le concedió en 1991 el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en Humanidades.

Como crítica de arte, Ida ha ejercido un periodismo agudo y brillante, en el que además de manifestar su interés por las muestras artísticas, ha revelado su gran capacidad para la polémica, siempre a la defensa de la función y el sentido de la obra en el contexto de la sociedad que la produce.

Ida Rodríguez Prampolini aceptó dirigir el Instituto Veracruzano de la Cultura (1987-1992), donde realizó una labor digna de su energía y de su real compromiso con el desarrollo cultural en México. Si en la Universidad Nacional ha formado decenas de alumnos e investigadores, en su ciudad natal ha hecho una notable labor de difusión de la danza, la música, el arte popular y las artes plásticas; fundó más de cien casas de la cultura en el estado, y ha realizado una gran tarea en relación con el rescate del patrimonio arquitectónico del puerto de Veracruz.

Ida Rodríguez Prampolini es una de las humanistas más destacadas de nuestro país. En ella armonizan su gran erudición, su espíritu creativo y su capacidad crítica que concibe como unidad el pensamiento y la acción. Los estudios sobre arte en México le deben una luminosa visión global del arte contemporáneo y el haber realizado estudios originales, que descansan en una investigación exhaustiva.

[1] "Dos, tres mariposas para Ida", en *Del carnaval a la academia*. Homenaje a Ida Rodríguez Prampolini. México, Domés, p. 11.

[2] *El arte contemporáneo, esplendor y agonía*. México, Pormaca, 1964; *Herbert Bayer: un concepto total*. México, UNAM, 1975; *Dadá: documentos*. México, UNAM, 1977.

[3] *Handbook of Latin American Studies*, núm. 36. Humanities, Gainesville, University of Florida Press, 1974, p. 31.

[4] *Handbook of Latin American Studies*, núm. 48. Humanities, Austin, University of Texas Press, 1986, pp. 39-40.

José Rojas Garcidueñas

José Quiñones Melgoza

José Rojas Garcidueñas nació en Salamanca, Guanajuato, en 1912 y murió en el Distrito Federal en 1981. Una vida de más de setenta años, de los cuales dedicó cerca de cincuenta al estudio y a profundizar en el conocimiento de la literatura mexicana colonial. Lo mismo se desempeña como jurista experimentado (no en balde se recibió como licenciado en derecho en 1938), historiador, hombre de letras y de arte (en cuyas especialidades ejerce la creación y la crítica), y catedrático eminente. Fue maestro en Letras por la UNAM en 1954. A la Universidad le entregó veintitrés años de labor docente: primero, en la Escuela de Altos Estudios (1941-1952) como profesor ayudante del Seminario de literatura, cuando el titular era nada menos que don Alfonso Reyes, e interino en Literatura mexicana para sustituir a don Antonio Castro Leal; después en la Facultad de Filosofía y Letras (1955-1965), donde dejó abundantes discípulos directos y muchos más indirectos a través de sus obras, artículos y conferencias. El Instituto de Investigaciones Estéticas, del que fue investigador titular de 1939 a 1974, y emérito posteriormente, registraba hasta 1960 más de doscientas fichas bajo su nombre, que tal vez se duplicarían al tiempo en el que acaeció su muerte. Sus obras principales son: *El teatro de Nueva España en el siglo XVI* (1935); *Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco* (1945); *El antiguo Colegio de San Ildefonso* (1951); *Bernardo de Balbuena, vida y obra* (1958); *Breve*

historia de la novela mexicana: 1909-1958 (1959) y *Tres piezas teatrales del virreinato* (1976). Los méritos por su obras, enseñanzas y conocimientos puestos al servicio de la nación le fueron reconocidos por la Academia Mexicana de la Lengua, a la cual ingresó en 1962 para suceder a don Genaro Fernández Mac Gregor, y por el Seminario de Cultura Mexicana, del que fue miembro titular en 1969.

Pedro Rojas Rodríguez

Silvia Durán

Pedro Rojas comenzó a impartir clases en la Facultad de Filosofía y Letras en el año 1949, como ayudante en la cátedra de Historia de la filosofía. Era licenciado en Derecho, título que obtuvo en esta misma institución, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el año 1942. Como abogado trabajó como asesor en la Comisión Nacional de Irrigación y en la Secretaría de Recursos Hidráulicos entre 1940 y 1948. En el año 1945 inició su trabajo como docente con la cátedra de Historia de México, que impartió en el Conservatorio Nacional de Música.

Sus estudios iniciales sobre derecho cedieron su lugar a los de filosofía y a los de historia de la plástica. Se graduó como maestro en Filosofía en 1954 con *magna cum laude* y completó los estudios de maestría en Historia de las Artes plásticas y los de doctorado en Filosofía. Estas dos líneas de investigación, de estudio, le permitieron tener una óptica especial, original del fenómeno artístico. Sus trabajos más importantes son aquellos relacionados con temas sobre historia de México, artes plásticas de México y estética.

En sus diversas publicaciones en periódicos y revistas especializadas se encuentra delineada la propuesta que lograría su mejor expresión en su libro titulado *Tonantzintla*. Se trata de un estudio diferente y original para su tiempo, central para todo aquel que se interese por conocer la diferencia específica de la producción artística mexicana, fundamental para entender el arte colonial. En este libro, Pedro Rojas analiza el arte virreinal desde la óptica de lo diferente, de lo propio en contraste con lo europeo, con lo otro. Se trata de una investigación donde se definen esos rasgos característicos de una producción artística que, aunque inmersa y contenida por la visión europea, es original.

En 1953 fue nombrado como ayudante del licenciado Efrén del Pozo, secretario general de la Universidad Autónoma de México. Desde entonces ingresó como investigador del Instituto de Investigaciones Es-



Raúl Flores Guerrero, Francisco de la Maza y Pedro Rojas, 1949.

téticas donde realizó diversos estudios sobre sus temas obligados.

Como maestro impartió clases en la Escuela Normal Superior, en la Escuela Nacional de Maestros, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Universidad Militar Latino Americana, en el Instituto Tecnológico de Monterrey, en la Universidad Iberoamericana y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En la Facultad fue ayudante del doctor Samuel Ramos en el Seminario de estética, profesor titular de Teoría del conocimiento y profesor de Ética, Historia de la filosofía y Estética. En las otras instituciones sus cátedras fueron sobre Historia del arte, Arte colonial mexicano, Historia de México, Psicología y Lógica.

Pedro Rojas, además de ser investigador y profesor, era promotor cultural; fundó y dirigió una de las mejores colecciones sobre arte que se hayan publicado en nuestro país. En esta colección, editada por la UNAM y llamada así, Colección de Arte, se encuentran autores de gran calidad como Paul Westheim, Octavio Paz, Raquel Tibol, Justino Fernández, Luis Cardoza y Aragón, Rubén Bonifaz Nuño, etcétera, quienes escriben sobre diversos temas o autores de arte. Fue director de Radio Universidad y colaboró a la apertura de la Casa del Lago.

"Pedro Rojas fue mi maestro —dice Alberto Híjar—, un gran amigo. Gracias a él leí por primera vez Materialismo y Empiriocriticismo [*sic*] y me apoyó para que empezara a trabajar. Era un maestro con un amplio conocimiento del arte mexicano y un gran promotor cultural".

Pedro Rojas, investigador, promotor cultural y profesor, nació en México, Distrito Federal, el 8 de febrero de 1917, trabajó en la Facultad desde 1949 hasta 1984, año en el que falleció, el día 10 de diciembre.

Fernando Salmerón y Alejandro Rossi, 1983.

Homenaje al maestro Alejandro Rossi

Elia Nathan Bravo

Sin lugar a dudas, el maestro Rossi ocupa un lugar preponderante en el desarrollo institucional de la filosofía en México por haber sido uno de los principales difusores de la filosofía analítica. Una de las maneras obvias en que contribuyó a difundir esta corriente fue entusiasmando a sus alumnos, mejor que nadie, por ella. Sin embargo, no me referiré a esta cuestión fundamental porque aquellas personas que vivieron directamente este proceso podrán describirlo mejor que yo. En cambio, quisiera relatarles la experiencia que se podía tener como alumno del maestro Rossi.

Durante dos años tomé el seminario que él impartía por allá de los años 1974 y 1975. En verdad, no recuerdo el nombre del seminario, ni recuerdo los temas que estudiamos, a excepción de que alguna vez examinamos un artículo de un señor Lewis. Pensé en buscar estos datos, pero pronto caí en la cuenta de que en el seminario de Rossi no aprendí teorías, ni tesis, ni formas de argumentar filosóficamente, por lo cual decidí no perder el tiempo buscando datos irrelevantes.

Las fechas, 1974 y 1975, son cruciales. En aquellos años el maestro Rossi ya no parecía estar atraído por la filosofía. Podría pensarse que alguien en estas condiciones no resultaría un buen maestro; en realidad fue lo contrario. Por primera, y creo única vez, tuve un maestro sin verdades que enseñar y por ello capaz de interesarse por sus estudiantes. Rossi se interesó por nosotros estimulándonos a pensar.

Nuestro maestro tenía dos grandes dones. Uno de ellos era su enorme poder de seducción: todos sus estudiantes creíamos cabalmente que él era "El Maestro", con mayúsculas. Consecuentemente estábamos dispuestos a hacer hasta lo imposible por conseguir un comentario favorable de su parte: un saludo afectuoso, un "bueno", o un "ajá". Su otro don era una aterradora capacidad para destruir a las personas, en el mejor de los casos con un sarcasmo o, en el peor, con una agresión directa. Combinación maravillosa de amor y miedo, para gobernar, como dice Maquiavelo. Y Rossi nos gobernaba, nos hacía esforzarnos mucho para ser mejores que los otros compañeros y conseguir su aprecio, o por lo menos para no ser destruidos con algún feroz comentario.

El seminario consistía en la presentación, por parte de un estudiante, del resumen de algún artículo —resumen que pronto descubrimos debía ser sofisticado, debía ser un análisis. Durante el seminario, Rossi, que aparentemente estaba distraído, nos insistía muchas veces que aclarásemos cierta idea, o su conexión con otra. Así es que uno explicaba una vez, y otra, y otra, hasta que *uno* caía en la cuenta de que había allí un problema real, independiente de la distracción de Rossi.

Asombrosa capacidad la de nuestro maestro para hacernos descubrir, por nosotros mismos, los problemas con cierta tesis, sin tener él que explicarlos.

Recuerdo dos eventos con gran nitidez. En una ocasión, y dada mi dificultad para hacer los resúmenes-análisis requeridos, el maestro Rossi me pidió cuatro veces que repitiera el mismo resumen. La segunda vez que lo hice me pareció aburrido. La tercera, me desesperé. La cuarta vez, ante la imposibilidad de continuar seleccionando oraciones del texto, procedimiento que ya había agotado en los tres trabajos anteriores, sucedió el milagro: comencé a analizar el texto, a preguntarme cuáles podrían ser las tesis principales, sus conexiones, y su sentido. Así, la experiencia que tuve gracias a esta exagerada repetición fue la de pensar.

En otra ocasión tuve una experiencia similar a ésta. Un compañero presentaba su resumen y yo pregunté sobre algún punto que no entendí; Rossi no respondió a mi pregunta ni les permitió a los otros hacerlo, sino que me dijo: "Esta usted muy socrática hoy, esperamos que la clase entrante nos traiga la respuesta". Me vi pues obligada a pasar la semana pensando la respuesta, y la di sin ser objetada. Fue así, de un plumazo, que Rossi me colocó en la posición de alguien que puede resolver por sí mismo, sin la ayuda de otros, problemas intelectuales. Capital experiencia ésta de llegar a tener confianza en que uno puede pensar.

Si he de ser sincera, del maestro Rossi nunca aprendí teoría filosófica alguna. Me era muy difícil entender qué decía, ya que solía abreviar toda una idea con una palabra, o usar hermosas metáforas sobre los engranajes de las ideas que, para una mente poco intuitiva como la mía, resultaban incomprensibles. Sin embargo, aunque nunca me enseñó filosofía, me regaló algo mucho más valioso: me obligó a pensar y me dio confianza en que podía hacerlo. Por este regalo, que sólo un maestro de verdad puede hacer, quiero expresarle a Rossi públicamente el profundo agradecimiento que le tengo.

Jorge Ignacio Rubio Mañé*

Guadalupe Pérez San Vicente

Ignacio Rubio Mañé nació en la ciudad de Mérida, Yucatán, el 23 de abril de 1904 y falleció en la de México el 16 de abril de 1988.

Estudió en Nueva Orleáns y en la capital yucateca. Aprendió historiografía bajo la dirección del licenciado Juan Molina Solís. A los veinte años de edad comenzó a publicar trabajos históricos en los periódicos locales. En 1933 entró a formar parte del cuerpo de investigadores de la Institución Carnegie de Washington y durante ocho años trabajó en diversos archivos de Yucatán, Campeche y la ciudad de México, al lado de los doctores Sylvanus G. Morley y France V. Scholes. Desde 1936 trabajó asiduamente en el Archivo General de la Nación. En 1937 estuvo becado en la Universidad de Harvard. Ha sido investigador del AGN (1944), profesor de historia en la Facultad de Filosofía y Letras, de la cual es decano (1944), becario de los archivos de Madrid y el General de Indias de Sevilla (1946), comisionado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia ante la UNESCO para investigar los orígenes de la independencia de América en los archivos de París, Londres, Madrid, Sevilla, Génova, Turín, Roma, Nápoles y Palermo (1956-1958), y director del Archivo General de la Nación (hasta 1976). Es miembro y ex secretario de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid. Es autor de: *Biografía sobre los Montejos, Monografía de los Montejos* (Mérida, 1930); "Historia de la Escuela de Medicina y Cirugía de Yucatán", en *Revista médica de Yucatán* (Mérida, 1934); *Los piratas Lafitte* (1938); "El Archivo General de la Nación" (1940) y "Apuntes para la biografía de don Luis Velasco el Viejo" (1941), en *Revista de historia de América*; *La casa de los Montejo en Mérida de Yucatán* (1941), *Alcaldes de Mérida de Yucatán* (1941), *Archivo*

Jesús Reyes Heroles, Edmundo O'Gorman, Manuel Carrera Stampa, Jorge Gurría Lacroix, Juan B. Iguíniz, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Alfonso Caso, José Joaquín Izquierdo, Wigberto Jiménez Moreno, 1969.



de la historia de Yucatán, Campeche y Tabasco (I, II, III; 1942); "Reseña Histórica de Yucatán", en *Catálogo de construcciones religiosas del Estado de Yucatán* (1945); *Juan (Emilio) Gustavo Nordingh de Witt. Emisario del Ministro Miguel José de Azanza, al servicio de José Bonaparte, que llegó a Yucatán el año de 1810* (1946), *Movimiento marítimo entre Veracruz y Campeche, 1901-1810* (1954), e *Introducción al estudio de los virreyes de Nueva España, 1535-1746* (3 vols., 1955-1960). Puso notas y acotaciones a la *Historia de Yucatán* de fray Diego López de Cogolludo.

Constituyó la Fraternidad Iberoamericana con el apoyo de Lucas Lizaur para fomentar las relaciones entre México y España, formando para la Asociación una importante biblioteca con publicaciones españolas a partir de 1940, que acogió la Fundación Domecq instalándola en Coyoacán. Su propia importante biblioteca quedó en manos de sus herederos.

Don Jorge Ignacio prosiguió la labor de la Misión Francisco del Paso y Troncoso de recopilación de documentación mexicana en Europa.

* Nota actualizada de la aparecida en la *Enciclopedia de México*.

Enrique Ruelas Espinosa

Aimée Wagner

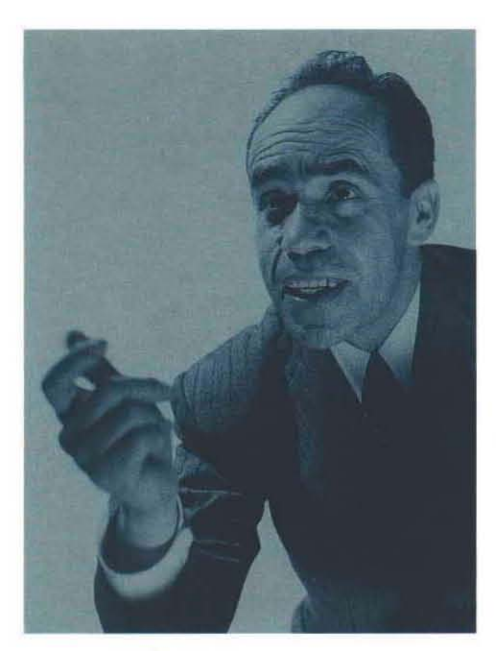
El licenciado Enrique Ruelas Espinosa nació en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, el 22 de octubre de 1913, y murió en 1987.

A pesar de que se tituló como licenciado en Derecho, su pasión por el teatro lo hizo abandonar esta carrera para dedicarse de lleno al arte dramático.

En el año 1942 forma, junto con el maestro Fernando Wagner, el primer grupo de teatro preparatoriano con la idea de que esta disciplina formara parte de las actividades estéticas de la Escuela Nacional Preparatoria. Con este grupo presentan, en el Palacio de Bellas Artes, *Contigo pan y cebolla*, de Manuel Eduardo de Gorostiza y *A ninguna de las tres*, de Fernando Calderón.

En 1949, cuando era director de la Facultad de Filosofía y Letras el doctor Samuel Ramos, apareció la siguiente convocatoria:

> La Facultad de Filosofía y Letras, guiada por la conciencia del lugar que ocupa el teatro en la cultura de los pueblos, y movida por el deseo de crear un Teatro Universitario en México, anuncia la creación



Enrique Ruelas Espinosa.

de una Sección de Teatro, dependiente de su Departamento de Letras, con arreglo al siguiente programa:

Historia del Teatro Universal, desde sus orígenes hasta nuestros días - Prof. Rodolfo Usigli.
Teoría y Composición Dramática - Prof. Rodolfo Usigli.
Técnica Teatral - Prof. Lic. Enrique Ruelas
Técnica Teatral Superior (Dirección de escena) -Prof. Fernando Wagner.

Esta Sección de Teatro fue el inicio de lo que hoy es el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, por lo que se considera a estos tres maestros como los fundadores del mencionado Colegio.

El 20 de febrero de 1953 estrena el maestro Ruelas, en la plazuela de San Roque, en la ciudad de Guanajuato, los *Entremeses cervantinos*. Le siguen, en 1955, *Los pasos*, de Lope de Rueda; *El retablo jovial*, de Alejandro Casona, 1958; *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega, 1962; *Yerma*, de Federico García Lorca, 1963 y, por último, utilizando el escenario natural de una mina, *Dos hombres en la mina*, de F. Herczeg, 1979.

Estas presentaciones dieron gran fama a la ciudad de Guanajuato y fueron la simiente de lo que hoy es el Festival Internacional Cervantino. El estado de Guanajuato reconoció esta labor del licenciado Ruelas nombrándolo, en 1966, ciudadano honorario y, entre uno de tantos homenajes póstumos que se le hicieron, se develó —el 20 de octubre de 1993— una placa alusiva a los cuarenta años de representación de estas escenificaciones.

Además del teatro, otra de las grandes pasiones de Enrique Ruelas era la docencia: durante más de cuarenta años prestó sus servicios en la UNAM impartiendo clases de Literatura dramática, de Actuación y de Dirección, con una enorme vitalidad y tratando siempre de transmitir esa inquietud que él sentía por el teatro a sus alumnos; comentaba que el hecho de inquietar era la semilla que movía al alumno a seguir investigando.

Su labor docente no se limitó a la UNAM; impartió clases en el Instituto Teatral y Cinematográfico de la ANDA y su grupo de actores de Guanajuato no estaba formado por profesionales del teatro sino que en él participaba todo aquel que tuviera interés, contando con estudiantes, profesionales, amas de casa, obreros, etcétera, quienes encontraban en el licenciado Ruelas un guía, un maestro y, más aún, un gran amigo.

Beatriz Ruiz Gaytán Fernández

Eduardo R. Ibarra

Desde 1944, Beatriz Ruiz Gaytán fue maestra en Ciencias históricas, y más tarde maestra en Ciencias de la educación; realizó luego, también en la Facultad de Filosofía y Letras, estudios de doctorado en Historia y después fue becaria en su ramos, de la Columbia University de Nueva York.

Su indudable vocación docente la llevó a convertir cada cátedra en una campo de investigación; desde ellas modeló el conocimiento que habría de transmitir en las aulas y en los diversos foros a los que ha acudido. Ya en 1963 empezó a impartir en la Facultad un curso especializado: Historia de España a partir del Renacimiento, al cual se sumó tres años más tarde otro de carácter general sobre Historia de España que, en forma bilingüe (inglés-español), explicó en la Escuela de Verano de la propia Facultad de Filosofía y Letras. Así quedó planteada tempranamente una de las preocupaciones fundamentales de su quehacer profesional; la otra no tardó en aparecer. En 1967 impartió Historia antigua de América y, en el mismo año, Antecedentes españoles de la historia de América. La búsqueda sistemática de la correlación histórica entre España y América era un visible cuidado de su producción intelectual.

Más tarde vendrían otras cátedras: Historia colonial y sus fuentes europeas, *History of Spain* y La Conquista de México (antecedentes europeos), en diversas divisiones de la Facultad y sus cursos en la Universidad Iberoamericana donde, además de los ya mencionados, se ha ocupado de la Historia hispano-mexicana siglo XIX, o Latinoamérica contemporánea y sus antecedentes históricos; es decir, cuestiones fundamentales de la historia americana, mexicana o española que por sus renovados estudios han llegado a ser, según las llamó en su más reciente publicación (1992) sobre Latinoamérica, "[...] variaciones sobre un mismo tema".

En efecto, la maestra Ruiz Gaytán ha consagrado su vida a explicarse y a explicarnos América y España. La temática de sus múltiples trabajos expuestos en conferencias, congresos o en las aulas, tanto nacionales (Guadalajara, Monterrey, Morelia, etcétera) como extranjeras (Salamanca, Jerusalén, Bucarest, Toronto, Río de Janeiro, etcétera) ha tenido siempre algún vínculo con estas entidades históricas. Así ha sido en sus disertaciones sobre el mestizaje hispano-indígena en México, o sobre religión y economía en la empresa indiana y, muy significativamente, su preocupación sobre la vigencia de la "leyenda negra" como factor de retraso en hispanoamérica o sus meditaciones acerca de la



Betriz Ruiz Gaytán, Manuel Guerra, Edmundo O'Gorman y Elisa Vargas Lugo.

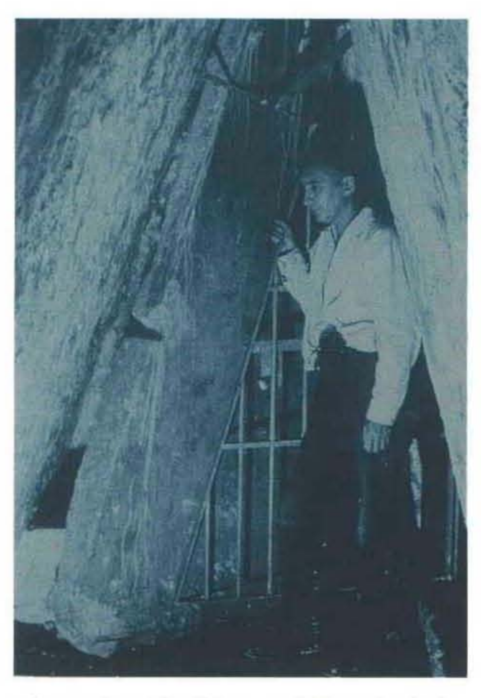
historia de España y de Estados Unidos en la integración de la historia hispanoamericana. Es evidente, por su trayectoria, que ha sido una tenaz indagadora de esa parte de la historia de América tan soslayada en nuestro continente: la raíz hispana. Por eso ha dedicado muchas horas de investigación y muchas páginas a disertaciones como "Carlos V y América", "Presencia de España en EUA", "Tras las huellas de España en México", para poder desembocar fundadamente en temas tan ricos e intrincados como el "Nacimiento histórico del mexicano". De esta forma, su consistente desarrollo ha encontrado seguidores entre algunos de sus alumnos, orientando en ellos una vocación hispana e hispanoamericana como vía de identidad sociohistórica.

Además de los diversos reconocimientos recibidos por parte de las instituciones en que ha colaborado, también se le han otorgado significativas distinciones académicas: en su examen profesional recibió *cum laude* como valoración a sus méritos; la Universidad Iberoamericana la designó profesora numeraria *ad honorem*, y más recientemente el H. Consejo Universitario de la Universidad Autónoma de Guadalajara le otorgó el grado de profesora honoraria en el área de humanidades.

Entre sus publicaciones más destacadas se encuentran *Thomas Gage, su Relación de las Indias Occidentales*; *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras*; *Latinoamérica, variaciones sobre un mismo tema* e *Historia de México, época colonial*, además de numerosos artículos sobre temas diversos como "Lo moderno y lo popular en el descubrimiento de América", "Latinidad, hispanidad, americanidad", "El caciquismo en hispanoamérica, antecedentes históricos de una actitud" y "¿Qué pensar de América Latina a ocho años del siglo XXI?". En sus conclusiones a *Historia de México, época colonial* (1992) nos reitera una de sus primeras enseñanzas:

> La etapa virreinal no fue, como se ha creído, un periodo negativo de nuestra historia; fue, como todas las épocas, un proceso dinámico con sus altibajos y sus claroscuros.
>
> Fueron tres siglos que no podemos ignorar ni podemos despreciar negando su trascendencia; esos tres siglos son parte de nuestro presente, y todos los que lo vivieron (indígenas, mestizos, españoles, criollos, negros) forman parte de lo que hoy somos.

Fiel a las convicciones surgidas durante fatigosos años de investigación, los antecedentes hispanos de América siguen siendo para Beatriz Ruiz Gaytán un renovado y lúcido aporte y una vertiente sustancial de su reflexión histórica.



Alberto Ruz Lhuillier en el Templo de las inscripciones, Palenque, 1952.

El legado científico de Alberto Ruz Lhuillier

Mercedes de la Garza

El conocimiento del pasado es un "prolongar el milagro de ese fugaz e inestimable equilibrio que es la vida [...], es mucho más que el goce espiritual [...], es prolongarnos en busca de eternidad", decía Alberto Ruz.[1] Y por ese profundo sentido humanista de su labor, por esa luminosa conciencia histórica en la base de su despliegue académico, Alberto Ruz fue una de las figuras más destacadas de la investigación mayista, al lado de sus maestros Sylvanus Morley y Eric Thompson.

De madre francesa y padre cubano, Alberto Ruz (1906-1979) llegó a México en 1935, procedente de Cuba como exiliado político (por su participación en la luchas contra Machado y contra Batista), y adquirió la nacionalidad mexicana para formarse aquí como arqueólogo (él recibió el primer título en esta disciplina que dio la Escuela Nacional de Antropología en 1945). Y en México permaneció hasta su muerte, después de realizar una valiosa obra como investigador, maestro e impulsor del conocimiento acerca de los mayas.

Durante veinte años realizó trabajo arqueológico en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, principalmente en Campeche, Uxmal y Palenque; esta última ciudad le debe su aspecto actual y ahí, precisamente, Alberto Ruz tuvo la capacidad y la fortuna de descubrir la más suntuosa sepultura conocida del mundo mesoamericano, lo que le valió el reconocimiento mundial.

En 1959 deja el trabajo de campo y se integra al Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde funda el

Seminario de cultura maya, que en 1960 se adscribe a la Facultad de Filosofía y Letras; crea, asimismo, la revista internacional *Estudios de cultura maya* (en la que han colaborado desde entonces destacados mayistas de muchos países) y el curso La civilización maya en la licenciatura en Historia de la misma Facultad, que impartiría hasta su muerte. Y también a él le debemos el inicio de la investigación mayista en esta universidad, ya que, a partir de su seminario, funda el Centro de Estudios Mayas en 1970, que hoy pertenece al Instituto de Investigaciones Filológicas.

Sin duda el hallazgo de la tumba del Templo de las Inscripciones fue esencial en su trayectoria, pero no fue sólo eso lo que le dio un renombre internacional, sino el hecho de no haberse quedado en una mera arqueología positivista, sino haber procurado, a través de las diversas fuentes y recurriendo a las luces proporcionadas por otras disciplinas (como la epigrafía, la estética, la historia y la lingüística), hallar el sentido profundo de los vestigios materiales, dentro de su contexto cultural.

Así, por su completa formación, sus métodos y su rigor científico, Alberto Ruz fue un modelo de investigador, cuya bibliografía alcanza ciento cincuenta y tres títulos; entre ellos destacan sus extensas obras arqueológico-históricas, como *Costumbres funerarias de los antiguos mayas* (que fue su tesis de doctorado en Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras); *Chichén Itzá en la historia y en el arte; La civilización de los antiguos mayas* (basada en el hallazgo de la tumba palencana) y *El pueblo maya de ayer y hoy*, que apareció después de su muerte y donde expresó, según él mismo lo dijo, todo lo que sabía sobre los mayas.

Pero también fue un modelo de maestro, tanto en la cátedra como en la asesoría individual, que impartía con singular generosidad; además de transmitir con vitalidad y amor los rasgos generales de la civilización maya, incitaba a sus alumnos a "nunca repetir a los maestros", a no permanecer en una pura actitud pasiva y acrítica, sino a pensar por sí mismos. Alberto Ruz fue, así, un gran formador de investigadores y maestros, y un inigualable estímulo para acercarse al conocimiento del mundo maya.

[1] "Sentido humano de la arqueología", en Ana Luisa Izquierdo, *Alberto Ruz Lhuillier frente al pasado de los mayas, Antología.* México, SEP, 1987, pp. 56-57. (Serie Cien de México)

Carlos Sáenz de la Calzada.

Carlos Sáenz de la Calzada y Gorostiza

Carmen Sámano Pineda

Resulta difícil, y a la vez tentador, escribir una semblanza sobre la vida y la obra de Carlos Sáenz de la Calzada, quien se ganó merecidamente un gran prestigio dentro de la geografía, mexicana y mundial, como geógrafo, como geógrafo médico, como hombre de gran cultura y como ser humano.

Tan ilustre geógrafo tuvo dos patrias: España, donde nació y vivió los primeros años de su vida, y México, donde reside, como mexicano por naturalización y de corazón, desde hace ya cincuenta años.

Vio la luz primera en León, España, en 1917, el año en que estalló la Revolución mexicana. El ambiente en que creció despertó su interés por la naturaleza y la cultura en sus más diversas manifestaciones, especialmente la literatura. Y quién no habría de tener interés por las cuestiones literarias habiendo conocido y escuchado, desde sus primeros años, a Federico García Lorca.

En su natal España, Carlos Sáenz de la Calzada cursó estudios preuniversitarios en León, y estudió tres años Ciencias naturales en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Madrid. Muy joven aún, a los diecisiete años, el hilo de sus investigaciones lo llevó al descubrimiento de una especie, hasta entonces desconocida, de hemípteros heterópteros, que figura en los archivos taxonómicos internacionales como *calzadae*. Este logro le abrió las puertas de la Sociedad Española de Historia Natural y de un promisorio futuro en el campo de la biología, que fue prontamente truncado por la Guerra civil española.

Hijo de republicano, Sáenz de la Calzada manifestó interés por la política desde muy joven. Los acontecimientos lo obligaron a salir de España; llega a Tánger, pero poco después viaja a Francia para regresar a España, donde es testigo de las luchas en las calles. Sale otra vez de territorio español para dirigirse a la ex Unión Soviética, en la que se gradúa como piloto de bimotores de guerra. Un incidente ocurrido durante su preparación le impide incorporarse a las fuerzas republicanas, sin embargo, sus ideales lo llevan a ingresar a las Brigadas internacionales y más tarde al Batallón divisionario, formado mayoritariamente por yugoslavos.

Como miembro de ese batallón, participó en la batalla del Ebro, que duró cerca de cinco meses, cobrando numerosas vidas. Del Batallón divisionario, formado por novecientos integrantes, sólo sobrevivieron veintisiete; uno de ellos fue Carlos Sáenz de la Calzada. Al triunfar el franquismo en España, sale del país y, después de rechazar una oferta de la Academia de Ciencias de la URSS para radicar en la Unión Soviética, decide refugiarse en nuestro país.

El 13 de junio de 1939 llega al puerto de Veracruz, donde estrecha la mano de don Ignacio García Téllez, entonces ministro de gobernación. Ya en México, su primer empleo fue como mesero de la Casa del Agrarista. Poco después se convierte en editor de la revista *América*. En busca de nuevos caminos, se convirtió en representante de un laboratorio médico, lo que le permitió viajar por varios países latinoamericanos. En Venezuela escribió para *El Nacional* y en Nicaragua entrevistó a Anastasio Somoza.

Su permanencia en tierras peruanas lo llevó a la geografía, como lo atestiguan sus comentarios al respecto: "[...] me di cuenta que yo, dedicado a chinches, hemípteros heterópteros, había estado recogiendo tepalcates a la sombra del Partenón, sin ver lo que tenía detrás. Y me di cuenta que era mucho más importante la geografía que el estudio taxonómico de cualquier grupo vegetal o animal".

De regreso a México, y por sugerencia de don Pedro Carrasco, ingresó en 1947 al Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, que en ese entonces se encontraba en Mascarones. Obtuvo la maestría en Geografía y, poco después, también el doctorado. Las investigaciones que presentó para realizar los exámenes profesionales correspondientes se inscriben ya en campo de la geografía médica. Por la calidad de los trabajos y de la réplica correspondiente, le fue otorgado, en ambos casos, la aprobación *cum laude*.

Ya como académico de la Universidad, entre 1955 y 1958, se desempeñó como profesor de Geografía y cosmografía en la Escuela Nacional Preparatoria, y de Geografía económica en la Facultad de Economía.

En 1958 se desligó temporalmente de la Universidad Nacional Autónoma de México y viajó a Sinaloa, donde desarrolló, durante varios años, una fecunda y brillante labor. Fue creador y director de la Escuela Preparatoria de Los Mochis (Unidad Norte de la Universidad de Sinaloa). También fundó en Los Mochis el Observatorio Astronómico, la Estación Meteorológica de Previsión del Tiempo, la Escuela Secundaria Campesina y la Escuela Superior de Agricultura.

En 1967 se reintegró al Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, como Técnico académico a cargo del Observatorio Meteorológico y, más tarde, como profesor de Geografía médica, cátedra que ganó por concurso de oposición. En 1972, al instalarse el Plan de estudios, todavía vigente, se incluye el área de geografía médica, creada por él, a nivel nacional y mundial.

Es interesante destacar que, desde el momento en que se hizo cargo del área de geografía médica hasta su retiro, Carlos Sáenz de la Calzada tuvo a su cargo hasta nueve asignaturas sin ayudantes o profesores adjuntos, a pesar de las reiteradas ocasiones en que él los solicitó. ¿Podría ser ésta una de las causas por la que la geografía médica languidece en las aulas del Colegio de Geografía?

El interés de Carlos Sáenz por la enseñanza y su amplísima cultura lo llevaron a impartir varios cursos fuera de la Universidad Nacional. Pueden mencionarse, entre muchos, los cursos intensivos de perfeccionamiento profesional impartidos a profesores normalistas e, incluso, en alguna ocasión, cursos de didáctica de las matemáticas en las reuniones de estudio académico organizadas por la Defensa Nacional, en 1967.

Su vastísima obra comprende tanto numerosas conferencias en México y en diferentes países del mundo, como libros y artículos publicados en el país y en el extranjero. Los temas que más aborda, desde luego, corresponden a su especialidad, la geografía médica. Dos de sus libros, pueden catalogarse ya como clásicos dentro de esta área: *Los fundamentos de la geografía médica* y *La geografía médica en México a través de la historia*, donde realza la importancia de "los cuatro elementos de la ciencia médica hipocrática: aire, agua, fuego y tierra como puntos convenientes" para todo trabajo de geografía médica, por ser también los cuatro elementos de la geografía física, que al conjuntarse, determinan, en muchos casos, la enfermedad.

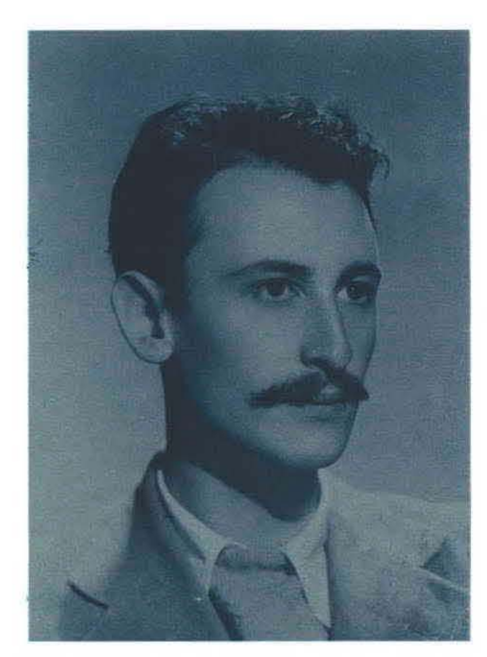
En algunas de sus publicaciones incursiona, siempre con éxito, en temas variados. Al respecto vale la pena recordar una de sus obras; es corta ya que apenas cuenta con cien páginas, pero cada una es enormemente valiosa por su contenido; la tituló *Si vis pacem para pacem* (si se desea paz, prepárese para la paz). En ella se revela Sáenz de la Calzada como un humanista.

Las estupendas charlas a las que nos acostumbró, ya retirado, son inolvidables. En cada una había una enseñanza, externaba una idea, sembraba una inquietud, un deseo de búsqueda. Esas charlas reflejaban de cuerpo entero al ser humano, al hombre de vastísima cultura, al "último de los naturalistas", al geógrafo, al amigo.

Rafael Salinas González

Helena Beristáin

Rafael Salinas nació en Huajintepec, Guerrero, el 19 de marzo de 1924. Murió en el Distrito Federal el 28 de octubre de 1985. Se recibió en la UNAM de maestro en Letras Clásicas en 1956; de licenciado en Derecho en 1962; de doctor en Letras, en 1966.



Rafael Salinas González.

Fue becario del Centro de Estudios Literarios y Filológicos de El Colegio de México, bajo la dirección de don Raymundo Lida (1949); profesor de Literatura universal y Estudio filológico en la Escuela Nacional Preparatoria (1953-1963); profesor de Español en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas de la UNAM (1957-1959); juez mixto de primera instancia del Distrito de Chilpancingo de los Bravos, Guerrero (1958). Profesor de Latín, Literatura latina, Instituciones jurídico-políticas grecorromanas, Humanidades latinas y Seminario de tesis de maestría, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (1958-1985); investigador de la Comisión de Estudios de Planeación Universitaria de la UNAM (1958-1959); becario del Gobierno italiano en la Universidad de Roma para estudiar Historia de Roma (1960); inspector de materias filológicas y filosóficas en escuelas y universidades incorporadas a la UNAM (1964); profesor del curso de Derecho romano para la capacitación y actualización de profesores en la Facultad de Derecho de la UNAM (1969).

Desempeñó, siempre en la UNAM, numerosos cargos académico-administrativos: director del Seminario de Letras Clásicas (1965); fundador del Departamento de Letras Clásicas y jefe del mismo (1966 a 1981); secretario del profesorado en la Facultad de Filosofía y Letras (1966-1969); asesor jurídico y técnico de la misma Facultad (1966-1969); secretario general auxiliar de la misma (1967-1969); coordinador de treinta y dos cursos de capacitación para profesores, también de la Facultad (1967); coordinador de cincuenta y nueve concursos de oposición de la misma (1967); encargado de la Unidad Administrativa de la misma (1967-1969); fundador y primer director de la División de estudios superiores de la misma (1969).

Obras publicadas: *Problemática política y constitucional de la antigua Roma clásica. Disección y análisis de una sociedad esclavista*. México, Publicaciones del Seminario de derecho constitucional de la Facultad de Derecho de la UNAM, 1962. Marco Tulio Cicerón, *Catilinarias*. Prólogo, traducción y notas de Rafael Salinas. México, UNAM, 1963 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana). Cayo Julio César, *Guerra civil*. Traducción, introducción y notas de Rafael Salinas. México, UNAM, 1981 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana). "Tres intérpretes actuales de Julio César", en *Anuario de Historia* de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. "El tridimensionalismo jurídico". Traducción del portugués del ensayo de Miguel Reale, en *Dianoia*, 1967. Cicerón, *Verrinas*. Prólogo, traducción y notas de Rafael Salinas. México, UNAM, edición póstuma, 1988 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

Su pluma es magnífica; su estilo, erudito pero sencillo; a la vez preciso y elegante. Sus versiones cuidan esmeradamente la claridad, la corrección y la belleza de la lengua receptora; pero también obedecen

al deseo de leer en sus propios términos la problemática de la sociedad generadora de los autores y los textos. Los estudios introductorios a sus traducciones explican vidas y obras desde la perspectiva del materialismo dialéctico aplicado con sistemático rigor.

Fernando Salmerón

León Olivé

Fernando Salmerón ha sido uno de los más distinguidos discípulos de José Gaos. Después de adquirir una sólida formación en Derecho en la Universidad de su estado natal, Veracruz, Salmerón realizó estudios de maestría y doctorado en Filosofía en la UNAM, bajo la guía de Gaos. También realizó estudios de posgrado en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, en Alemania.

Salmerón ha tenido una destacada trayectoria académica por más de treinta años en la UNAM, como investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas y como profesor, principalmente en la Facultad de Filosofía y Letras. Cuenta con una importante obra de investigación reconocida nacional e internacionalmente. Ha realizado una sobresaliente labor de docencia, directamente en la cátedra y el seminario, así como en la formación de investigadores y grupos de investigación, y además ha desempeñado una fecunda labor en la promoción de la investigación, no sólo en la UNAM, sino en varias de las más importantes instituciones nacionales.

La obra de Fernando Salmerón es reconocida nacional e internacionalmente por sus contribuciones sobre todo en cuatro campos de la filosofía: la ética, la filosofía de la educación, la filosofía en España y la filosofía en México, áreas sobre las que tiene más de cien trabajos publicados, tanto en México como en el extranjero.

En el área de ética es ampliamente reconocido su libro *La filosofía y las actitudes morales* (México, Siglo XXI, 1971, con varias reimpresiones, la última de las cuales apareció en 1991). Sus trabajos de filosofía de la educación gozan de un amplio reconocimiento internacional. Entre ellos destaca su libro *Enseñanza y filosofía*, editado en 1991 por el Fondo de Cultura Económica.

En el campo de la filosofía en España cabe destacar que es reconocido internacionalmente, incluyendo España, como una de los principales especialistas del mundo sobre la obra de Ortega y Gasset. El doctor



Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Villoro, Ramón Xirau y Fernando Salmerón.

Salmerón ha escrito varios ensayos sobre este tema y compilado libros como *José Ortega y Gasset*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1984. Su libro *Las mocedades de Ortega y Gasset*, publicado por la UNAM, se ha convertido en una referencia obligada para los estudiosos del tema. En varias ocasiones la Fundación Ortega de España ha solicitado su participación en cursos, cursillos, conferencias y reuniones académicas sobre este campo.

En cuanto a la filosofía en México, además de ser uno de los principales protagonistas de su desarrollo en las últimas cuatro décadas, ha publicado importantes ensayos de análisis. Para mencionar sólo algunos ejemplos de esto, pueden señalarse: *"Mexican Philosophers of the Twentieth Century"*, en *Major Trends in Mexican Philosophy*, University of Notre Dame Press, 1966; *"Philosophy in Mexico"*, en R. Klibansky, ed., *Contemporary Philosophy, A Survey*. Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1971; "La filosofía en México entre 1950 y 1975. Primera parte", en *Las humanidades en México: 1950-1975*. México, UNAM, 1978; *"Einfürung"*, en *Philosophie und Rechtstheorie in Mexiko*. Berlín, Dunker & Humblot, 1989.

La capacidad y la importancia del trabajo del doctor Salmerón ha sido reconocida nacional e internacionalmente por medio de las numerosas invitaciones que ha recibido para participar en comités académicos, en tribunales y jurados académicos, en reuniones científicas y académicas sobre los temas de su especialidad, así como por medio de las asesorías que le han sido solicitadas por organismos nacionales e internacionales sobre temas de educación.

El doctor Salmerón también es miembro del Comité Académico de la *Enciclopedia iberoamericana de filosofía*. Este es el proyecto más ambicioso que se ha planteado llevar adelante en su conjunto la comunidad filosófica iberoamericana. En esta *Enciclopedia* Salmerón ha par-

ticipado también en la elaboración del volumen sobre ética y se le ha comisionado la coordinación del de filosofía de la educación, lo cual significa el reconocimiento de que se trata de uno de los principales líderes de estos campos en el mundo iberoamericano.

Aunada a su labor de investigación, el doctor Salmerón ha realizado una notable labor docente de manera constante desde 1947. En particular, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, inició su labor académica en 1951, como profesor ayudante en la cátedra Introducción a la filosofía, de la cual era titular el doctor Leopoldo Zea. Desde 1964 ha sido profesor titular de Ética, y ha mantenido de modo permanente su Seminario de ética, el cual ha cursado un gran número de estudiantes que se han convertido en los más destacados profesores e investigadores de filosofía en diversas instituciones nacionales de enseñanza superior y de investigación.

El doctor Salmerón ha sido invitado a dictar cursos y conferencias, así como a participar en reuniones en un gran número de universidades e instituciones académicas del extranjero, entre otros países, en Argentina, Venezuela, Perú, Colombia, Canadá, Estados Unidos, Brasil, Senegal, España, Suiza, Checoslovaquia y Francia.

Algunas de las distinciones que ha recibido el doctor Salmerón han sido las siguientes: es miembro de El Colegio Nacional desde 1972. Ha sido Investigador nacional, nivel 3, desde la fundación del Sistema Nacional de Investigadores, a cuya Comisión Dictaminadora en el área de Ciencias Sociales y Humanidades perteneció como miembro fundador, de 1984 a 1987. De 1988 a la fecha ha sido vocal del Consejo Directivo del mismo SNI. Ha sido miembro de la Junta de Gobierno de El Colegio de México desde 1986. La Universidad Veracruzana le otorgó el doctorado *honoris causa* en 1980. En 1992 el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología le otorgó una Cátedra Patrimonial de Excelencia Nivel I —una de las máximas distinciones que se puede otorgar a un investigador en México. En 1993 fue designado investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM; recibió el Premio Universidad Nacional en Investigación en Humanidades, y se le otorgó el Premio Nacional de Ciencias, en el área de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía. También es miembro del Institut International de Philosophie, asociación con sede en París, con criterios muy exigentes para la admisión de sus miembros.

Asimismo, Fernando Salmerón ha desarrollado una muy importante labor académico administrativa dentro de la UNAM: fue director del Instituto de Investigaciones Filosóficas por dos periodos, entre 1966 y 1978, y desde 1983 ha sido miembro de la Junta de Gobierno.

A su muy destacada labor en la docencia y en la investigación debe añadirse un incansable y muy importante trabajo en la conducción de instituciones académicas, por medio del cual ha puesto en práctica

su interés y sus conocimientos relativos a la educación y a la filosofía de la educación. Además de los cargos ya mencionados en la UNAM, Fernando Salmerón fue director fundador (1956 a 1958) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana; rector, en tres ocasiones, de la misma (1959 a 1960, 1961 a 1962 y 1962 a 1963); rector de la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana (1978-1979), y finalmente, rector general de esa misma Universidad (1979-1981).

Pedro C. Sánchez

Jaime Márquez Huitzil

El geógrafo Pedro C. Sánchez nació en el norte del país, en el estado de Durango, hacienda de San Nicolás Obispo, en 1871, donde cursó sus primeros estudios hasta que tuvo que trasladarse a la ciudad de México para ingresar en la Escuela Nacional de Ingenieros, en la que estudió geografía e ingeniería de minas; de ahí su inclinación hacia la parte científica y técnica de la geografía y su aportación a los trabajos de cartografía.

Al graduarse obtuvo trabajo en el Instituto Geológico, de donde pasó a la Oficina de Catastro para trabajar la cartografía básica de los estados, y ello lo llevó a la Comisión Geodésica, en la que hizo aportaciones muy importantes para ubicar los puntos geodésicos del territorio con los cuales se pudiera controlar mejor el levantamiento de la cartografía nacional que, hasta entonces, tenía muchas imprecisiones.

Dentro de sus trabajos específicos destaca la medición del meridiano de 98° a principios de este siglo. La importancia de este trabajo radica en el hecho de que el meridiano atraviesa el territorio nacional de norte a sur, se extiende desde la frontera con Estados Unidos cerca de la ciudad de Reynosa, hasta la costa de Oaxaca, en las inmediaciones del río de la Arena.

La medición de este meridiano implicó, en su momento, el recorrido casi a pie de más de 1 100 kilómetros a través de la llanura costera del Golfo, la Sierra Volcánica Transversal, precisamente por el volcán La Malinche, la depresión del río Balsas y la zona montañosa de la Mixteca en Oaxaca, para bajar por el río de la Arena, hasta el océano Pacífico.

La consecuencia de una investigación de esta embergadura se manifestó en los resultados geodésicos y cartográficos, pues a partir de ella

se podría ya basar con precisión científica la cartografía de ambas secciones del territorio, tanto la oriental como la occidental, y ulteriormente la elaboración de un mapa general de la República.

El ingeniero Pedro C. Sánchez apoyó más tarde la creación de la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos dentro de la Secretaría de Fomento, que entonces concentraba varias labores gubernamentales; la creación de aquella Dirección implicó abrir nuevas áreas de desarrollo nacional.

En esa época se unió con otros ilustres geógrafos, como el doctor Jorge A. Vivó y el ingeniero Alcorta, para apoyar el fortalecimiento de la carrera de Geografía, dentro de la cual desarrolló el área cartográfica. De esa forma surgiría la actual carrera de Geografía, con bases cartográfico-matemáticas, pero ya con un fuerte sustento filosófico-humanista que ha dado presencia y respeto a la principal escuela de geografía en México.

Como culminación de sus trabajos geográficos, participó en la creación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, mismo que dirigió desde 1930 hasta su muerte, acaecida en 1956 en la ciudad de México.

Su trabajo y actividades lo llevaron a crear varias obras de geografía y climatología de la República, a impartir clases en la misma Escuela de Ingenieros y en la de Altos Estudios; formó a nuevas generaciones de geógrafos y climatólogos, e incluso amplió sus áreas de trabajo pues trascendió a otros ámbitos académicos de México y de todo el continente americano; logró la publicación de la *Revista de historia de México*, el *Boletín bibliográfico de antropología americana*, y como aporte a la cultura, fundó la biblioteca José Toribio Medina.

Hoy la colección cartográfica de la biblioteca del Colegio de Geografía lleva su nombre: Mapoteca ingeniero Pedro C. Sánchez.

Adolfo Sánchez Vázquez

Gabriel Vargas Lozano

Adolfo Sánchez Vázquez nació en Algeciras, Cádiz, en 1915. En 1935 inició sus estudios de filosofía en la Universidad Central de Madrid. Desde temprana edad se incorporó a la "Juventud Socialista Unificada" y participó activamente en la lucha republicana. Cuando comenzó la Guerra civil, se enlistó en el ejército, formando parte de la comisión de prensa y propaganda. En 1939 sobrevino la derrota; "[...] los cami-

nos se poblaron de caminantes y hombres fugitivos que marchaban al destierro con el dolor a cuestas", decía Pablo Neruda. Sale hacia Francia en febrero de 1939 y viaja a México en el buque Sinaia con sus "compañeros de bodega", Juan Rejano y Pedro Garfias. Arribó a Veracruz el 13 de junio de 1939 junto con otras oleadas de algunos de los más valiosos intelectuales de España, que se acogían al refugio generoso que les otorgó el gobierno del general Lázaro Cárdenas. Ya en México, participa en la fundación de las revistas: *Romance*, *España peregrina* y *Ultramar*. Los primeros años del exilio fueron los de la esperanza del retorno junto con una intensa actividad política y literaria. En su texto autobiográfico "Mi obra filosófica", dice: "[...] una truncada práctica literaria y, más precisamente, poética, me llevó a problematizar cuestiones estéticas y una práctica política me condujo a la necesidad de esclarecerme cuestiones fundamentales de ella y, de esta manera, casi sin proponérmelo, me encontré en el terreno de la filosofía". En 1941 se traslada a Morelia; en 1942 publica su libro de poesía *El pulso ardiendo,* y en 1943 regresa a la ciudad de México en donde prosigue sus estudios de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1959 es nombrado Profesor de Tiempo completo de la misma.

La obra de Adolfo Sánchez Vázquez se ha desplegado principalmente en direcciones como la ética, la estética, la filosofía política y la filosofía contemporánea, aunque no ha dejado de abordar otras problemáticas. En el caso de la ética, frente al apriorismo, utopismo y moralismo, intenta fundar una ética desde el punto de vista científico. En el terreno de la estética su reflexión se inicia con el libro *Las ideas estéticas de Marx* (1965) y se continúa en la antología sobre *Estética y marxismo* (1970), así como en otras obras en donde se despliega un abanico de opciones frente a las tesis cerradas o normativas. Sostiene una concepción abierta de la relación estética entre el hombre y la realidad, concibiendo al arte como una forma de praxis.

En su obra *Filosofía de la praxis* (1967), que fue originalmente su tesis doctoral, rastrea filológicamente el concepto "praxis" en la filosofía y propone sus diversas dimensiones. Más tarde, en su ensayo "La filosofía de la praxis como nueva práctica de la filosofía", incluido en *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología* (1983), concluye que: "El marxismo representa una innovación radical en la filosofía. Su novedad estriba en ser una nueva práctica de la filosofía pero lo es justamente por ser una filosofía de la práctica". Para Adolfo Sánchez Vázquez la filosofía marxista es una filosofía de la praxis, inseparable de sus funciones ideológica, crítica, política, gnoseológica y autocrítica.

Finalmente, Sánchez Vázquez ha hecho una honda reflexión sobre el legado de Marx y sus consecuencias en la filosofía, la sociedad, la política y la historia. Esta reflexión ha sido profundamente crítica y autocrítica. Por un lado, ha buscado destacar y enriquecer las concep-



José G. Moreno de Alba, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Miguel Lope Blanch y José Pascual Buxó, 1985.

ciones originales del marxismo pero, por otro, ha sido un opositor implacable de las falsificaciones y dogmatizaciones que se han hecho en su nombre. En ese sentido, ya desde la década de los ochentas, al mismo tiempo que hacía una crítica al llamado *socialismo real*, fundamentaba la tesis de un socialismo democrático.

Pensamiento dialéctico, en movimiento, en crítica y autocrítica, con una voluntad creativa, reflexionado desde la óptica de una relación entre teoría y praxis y, por tanto, en sintonía con los problemas más acuciantes del mundo contemporáneo. Su aportación ha enriquecido a la cultura mexicana en general y universitaria en particular.

El doctor Adolfo Sánchez Vázquez ha sido honrado con el doctorado *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Puebla, la Universidad de Cádiz y la Universidad Nacional de Estudios a Distancia de España. Ha recibido la distinción "Alfonso X el sabio", otorgada por el Rey de España; el Premio Universidad Nacional en el área de Investigación en Humanidades y es profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas.

Carlos de Sigüenza y Góngora

Laura Benítez

Sin duda una de las figuras señeras del México colonial es la de don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), criollo mexicano y moderno hombre de ciencia quien desarrolló parte de su actividad intelectual en la Real y Pontificia Universidad de México, "la Atenas mexicana", como el autor la denomina en su *Triumpho parthénico*.

Don Carlos nació en 1645 y en 1660 ingresó al Colegio de Tepozotlán de la Compañía de Jesús, donde muy probablemente aprendió lenguas indígenas. Pasó después al del Espíritu Santo en Puebla, del cual salió en 1667. Su separación de la Compañía no menguó su vocación sacerdotal, ordenándose en 1673. Al mismo tiempo se dedicó al estudio de las matemáticas y obtuvo la cátedra de Matemáticas y astronomía, en 1672, en la Real y Pontificia Universidad de México. A partir de ese momento, Sigüenza leyó cátedra desde esa fecha hasta casi el final de su vida; con todo, sus múltiples ocupaciones y cargos le impidieron cumplir esta obligación en forma asidua. En efecto, existe constancia de las multas impuestas a nuestro ilustre criollo nacionalista por no asistir a la lectura de la cátedra. Este no es, sin embargo, sino un detalle anecdótico frente a la importancia del erudito barroco, quien es uno de los primeros autores que sienta las bases de nuestra conciencia nacional. Así, refiriéndose a sus compatriotas dedicados al estudio exclama:

> Floridísimos ingenios mexicanos, alumnos de Minerva, gloria de nuestra patria, envidia de las ajenas, basta ya de silencio, llegue vuestro nombre en vuestros escritos a las naciones remotas para que venerado en vuestras voces, vuestras heroicas grandezas, vuestros estudiosos desvelos, vuestras gloriosas fatigas [...][1]

Sigüenza mismo da testimonio de su quehacer académico, al tiempo que expresa su nacionalismo en el campo de la ciencia:

> Además de esto, hallándome yo en mi patria con los créditos tales cuales, que me ha granjeado mi estudio con el salario del rey nuestro Señor, por mi ser su catedrático de matemáticas en la Universidad Mexicana, no quiero que en algún tiempo se piense que el reverendo padre vino desde su provincia de Baviera a corregirme la plana.[2]

Se trata del padre Eusebio Kino y "la plana" es la disputa cometaria. Son los hombres de ciencia, las instituciones académicas sólidas del país, las que dan crédito y fama a la nación que, en astronomía y matemáticas está, para Sigüenza, a la altura de cualquiera del mundo.

Sigüenza reconoció el valor propio y el de sus compatriotas y buscó poner al descubierto el prejuicio de que sólo la ciencia extranjera es valiosa. Por otro lado, defender sus puntos de vista en astronomía era darle crédito y valor a la Universidad de la cual era profesor, es decir, a la Real y Pontificia Universidad de México, antecedente remoto de nuestra Universidad.

> Así lo he hecho por parecerme que no sólo a mí sino a mi nación desecreditaría con el silencio si, calificándome de trabajoso juicio y objecionándome el que sólo estaba enamorado de las astrosas lagañas y oponiéndome al universal sentir de altos y bajos, nobles y plebeyos, doctos e indoctos, disimulase yo con tan no esperada censura, supuesto que dirían con razón, cuantos leyesen sus escritos, que tenían en la Universidad Mexicana, por profesor público de las matemáticas, a un hombre loco que tenía por opinión lo que nadie dijo.[3]

La disputa cometaria con el padre Kino adquirió un tono acre; sin embargo, en relación con los fines de esta semblanza, nos permite ver la conciencia de Sigüenza sobre el valor de sus conocimientos matemáticos y astronómicos, y el reconocimiento que tiene por la institución universitaria como universidad mexicana, tan digna e importante como cualquiera del mundo. Así, Sigüenza no fue únicamente un catedrático más de nuestra Universidad sino un científico e historiador que buscó perpetuar el nombre de la Universidad mexicana no sólo mencionando las obras de su comunidad académica sino mostrando la importancia del conocimiento que se generaba en ella.

A partir de haber concursado y obtenido la cátedra de matemáticas se inició la productiva carrera intelectual de don Carlos, quien escribe primero el *Teatro de virtudes políticas,* en que se revela su interés por la política práctica así como su conocimiento de la historia indígena. En el año 1680 escribe el *Manifiesto filosófico contra los cometas* y la *Libra astronómica y filosófica*, escritos a través de los cuales podemos apreciar su modernidad científica y filosófica. Hacia 1682, don Carlos escribe el *Triumpho parthénico,* en que no sólo da testimonio del clima intelectual de su época sino que es uno de los textos en donde mejor se plasma su nacionalismo.

Por otra parte, como historiador, Sigüenza cuenta con una amplia producción; así, "El mercurio volante con la noticia de la recuperación de las provincias del Nuevo México", "Alboroto y motín de México, del día 8 de junio de 1692", "Piedad heroica de don Fernando de Cortés Marqués del Valle", "Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento", "Trofeo de justicia española en castigo de la alevosía francesa", etcétera. Como puede apreciarse por los títulos, estas obras son realmente crónicas y algunos han pensado en ellas como antecedentes remotos de la información periodística. Sin embargo, es importante subrayar

que, por la metodología crítica, los contenidos, y los juicios de valor allí vertidos, puede decirse que la importancia historiográfica de estos escritos va más allá de la de informes comunes para constituirse en fuentes obligadas del conocimiento del México colonial.

Además de estas obras de carácter laico, Sigüenza escribe una crónica conventual: el *Paraíso occidental* en el que, aparte del contenido estrictamente religioso, da en el prólogo valiosas recomendaciones metodológicas para escribir historia.

Aunque fue una de las tareas en que obtuvo mayores logros, Sigüenza no se limitó a la de historiador sino que, atento a los acontecimientos de su tiempo, vio en las incursiones extranjeras en América el debilitamiento de la corona española y previno al rey sobre la necesidad imperiosa de proteger estratégicamente las tierras mexicanas. Así, expuso en el *Memorial* la importancia de la Bahía de Panzacola para proteger el Golfo de México, texto en el que destacan su juicio y previsión políticos.

Los últimos años de la vida de don Carlos transcurren al finalizar el siglo XVII, época en que los Habsburgo ocupan todavía el trono de España. Una piedra en la vejiga puso fin a la vida de tan ilustre mexicano el día 22 de agosto del año 1700.

> Después, cortejado por el claustro universitario, por el Santo Oficio, del cual a últimas fechas había sido nombrado corrector general de libros y por los congregantes de Sn. Pedro, le dieron los padres de la Compañía, cristiana sepultura en la capilla de la Purísima, del lado de la epístola y al amparo de la virgen Dolorosa que, según sus propios términos, fue su consuelo y el refugio a que se acogió en su larga y penosísima enfermedad.[4]

[1] Carlos de Sigüenza y Góngora, *Triumpho Parthénico*, Prólogo de José Rojas Garcidueñas. México, Editorial Xóchitl, 1945, p. 40. (Biblioteca mexicana de libros raros y curiosos)

[2] Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y filosófica*, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos. 1959, p. 6.

[3] *Ibid.*, p. 151.

[4] Francisco Pérez de Salazar, *Obras de Carlos de Sigüenza y Góngora con una biografía*. México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928, pp. LXXXIV-LXXXV.

Carlos Solórzano, el hombre del jardín encantado

Gabriel Weisz

Hay personas que conocemos al principio de nuestra existencia profesional, que van a resultar fundamentales para nuestro desempeño posterior. En mi caso, Carlos Solórzano y Alejandro Jodorowsky representaron dos polos extremos. En Carlos encontré el rigor del tratamiento de distintos temas y las maneras en que se podía instrumentar un estudio sistemático. Con Alejandro comprendí los aspectos experimentales y turbulentos de un conocimiento que debía crecer en el interior de la persona, y la manera de manifestarse. Siempre es un recuerdo grato cómo, durante el proceso de asesoría de mi tesis, Carlos me invitaba a su casa. Afuera de la biblioteca se extiende un jardín que parece estar allí para que las personas puedan dejar libre curso a la imaginación. En la circunstancia que vivía, el ambiente externo y la enorme libertad que Carlos me brindaba permitieron que mi introducción a la investigación representara un proceso armónico —de aquellos que tantas veces se han detallado por el Zen— entre maestro, entorno y contenido.

Carlos nació en Guatemala, en el año 1919, y desde su infancia tuvo contacto con el francés y el español. Como maestro puede siempre transmitir un conocimiento universal, producto de sus múltiples lecturas. Hay pocas personas que consiguen liberarse de la estrecha jaula de una cultura nacionalista y Carlos es una de estas personas porque sus conocimientos rebasan el provincialismo que siempre caracteriza a personas con un espectro cultural limitado.

En 1954 es nombrado director artístico del Teatro Universitario, y es en el Anfiteatro Bolívar, en la calle Justo Sierra, que comienza a funcionar el Teatro Universitario. En la Sala Molière se escenifican varias obras, entre las cuales se monta *Doña Beatriz la sin ventura*, de Carlos Solórzano. Una obra que tuvo particular peso en mi destino fue *Penélope*, de Leonora Carrington, porque en esta obra ayudé a pintar la escenografía. La obra se presenta en 1960 pero ni a mi hermano, ni a mí nos dejan pasar porque somos menores de edad. La obra la dirige Alejandro Jodorowsky en el Teatro de la Esfera. Tal parecería, para aquellos que ignoran el ambiente de la época, que todo se desarrolló con la blanda indiferencia de varios eventos históricos. Sin embargo, hay que borrar esta ilusión pues se necesitaba del valor de Carlos para apoyar las ideas escénicas de Jodorowsky y la imaginación incisiva de Leonora. Evidentemente la obra produjo abundantes controversias.

Carlos se ha desempeñado como prolífico dramaturgo; algunas de sus obras son: *La muerte hizo la luz*, *Las manos de Dios*, *El crucificado*, *Los fantoches*, *Cruce de vías*, *El sueño del ángel* y *El zapato*. Sus obras se



Miguel Ángel Asturias, Carlos Solórzano y Carlos Pellicer.

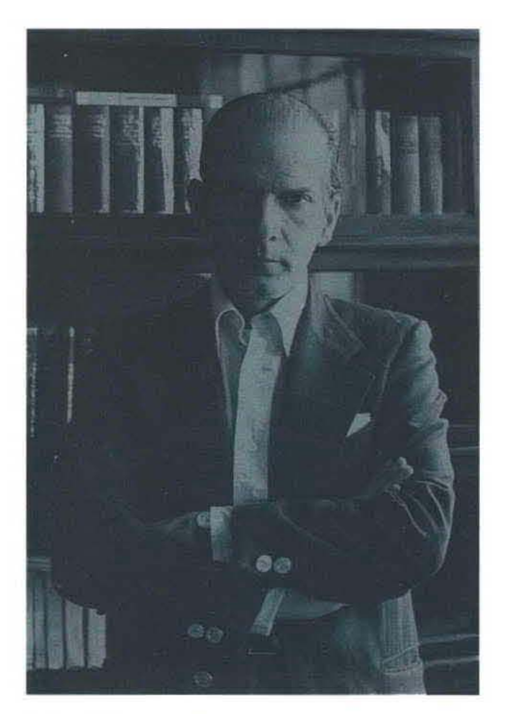
han escenificado en Los Ángeles, Nueva York, en el teatro Vieux Colombier de París, y han sido traducidas al ruso y al húngaro entre otros idiomas. En 1985 es nombrado profesor emérito.

Finalmente, no hay que olvidar que Carlos Solórzano tiene un largo recorrido como investigador. En este rubro he tenido la oportunidad de trabajar con él en un proyecto de investigación: Seminario para la investigación en artes escénicas. Su participación en este proyecto ha beneficiado al grupo que lo forma con su capacidad crítica y su enorme potencial para la síntesis.

Arturo Souto Alabarce

Alicia Correa Pérez

Arturo Souto nació en España, hijo de un famoso pintor español del mismo nombre. Hace varias décadas llegó a México y, afortunadamente para nosotros, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México. Me honro en tener su amistad y su apoyo académico, como los tienen cada alumno, maestro, empleado, funcionario que se acerca a él y le pide su ayuda o su consejo.



Arturo Souto Alabarce.

Es escritor, maestro, consejero, asesor, pero sobre todo es amigo serio, comprometido con su vocación de profesor universitario. Es un humanista, en el sentido clásico de la palabra. Con la humildad que lo caracteriza, explica cuanto se le pregunta, con tranquilidad y entusiasmo; también se apasiona con los temas literarios o los históricos y filosóficos, y, alguna vez, también con los científicos y políticos.

Hay personas desinteresadas que no envidian la posición de otros y que están plenos de conocimientos. Arturo es de éstos. Camina por los pasillos con una aparente calma que, sin duda, envuelve alguna idea o consejo que pueda ofrecer a quien minutos o días antes le solicitó el asesoramiento de un trabajo, o de una tesis o, simplemente, su opinión sobre algún poema, novela o ensayo. Quien recurre a él siempre obtiene una bibliografía, algún dato relevante, un libro prestado —gran problema—, algunas notas y siempre una sonrisa de confianza y aprecio.

Compartimos el trabajo en alguna comisión dictaminadora, y su ecuanimidad y mesura me dieron una gran lección. Cuando empecé a impartir clase en la Facultad, en una charla informal después de una reunión académica me ofreció su amistad de colega y la ayuda que sólo el intelectual desinteresado sabe brindar.

Arturo es, como diría Cervantes, un hombre bueno, maduro, que le gusta deshacer entuertos académicos y que se compromete sin cortapisas con su profesión. Es un idealista, pero sabe plantarse en la realidad para ser justo; es atrevido cuando se trata de defender valores y humilde cuando habla de sí mismo; apasionado cuando elogia lo meritorio y mesurado para calmar los ánimos que tanto se desbordan en nuestra profesión.

Es muy difícil no tener una deuda académica o moral con él, deudas que siempre olvida para seguir ofreciendo más de su riqueza interior.

Sirvan, pues, estas líneas como un agradecimiento de la comunidad universitaria a la alta calidad intelectual y moral de Arturo Souto y al privilegio de contar con su amistad.

Concluyo haciéndome eco de las palabras de Sancho:

> Algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced; que las tierras que de suyo son estériles y secas, cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; y con esto espero dar frutos de mí que sean de bendición tales, que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.

Kleomenes Stamatiades

Néstor López Aldeco

Pintor, tintorero, explorador de formas, descubridor de telas, y materiales de construcción, "Kleomenes es parte del espacio escénico", asevera Guillermina Bravo. Kleomenes C. Stamatiades es otro de los artistas notables que formó parte del claustro del Colegio de Literatura Dramática y Teatro; heredó de Antonio López Mancera, notable escenógrafo, la clase de producción.

En 1971 obtuvo el título de licenciado en Pintura en la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Era el primer pintor titulado en esa disciplina.

Figura sensible, inspirada y bella, Kleomenes participa en un gran número de montajes para teatro, danza y cine. Ambientador, escenógrafo, diseñador, director artístico, director de producción y algunas veces bailarín, y actor.

Era emocionante verlo vibrar ante la belleza, que lo motivaba en su recreación para ser hacedor de obras de arte magnánimas y originales. "Un hombre enamorado de una estatua", diría Paco de la Maza.

El recuerdo ancestral del mundo clásico lo inclinó a relatar, con lenguaje antiguo, a través de su pintura, los secretos del cuerpo humano y de su piel; los contornos, los torsos, las cráteras de las piernas; misterios del desnudo, de la carnalidad y del espíritu.

Su personalidad artística no sólo fue aprovechada por importantes directores de teatro y coreógrafos: Guillermina Bravo, Héctor Mendoza, Juan Ibáñez, Cora Flores, Cristina Gallegos, Xavier Francis, José Solé, Miguel Sabido, Gloria Contreras o por mí, que lo adentré en los caminos del teatro. En el cine, después de algunos trabajos memorables —*El lugar sin límites*, realización de Arturo Ripstein; *Los indolentes*, de José Estrada; *La vida difícil de una mujer fácil*, de Rogelio González—, trasciende en producciones como: *Dunas*, de David Lynch; *Connan II*, de Dino de Laurentis; *Firewalker*, de J. Lee Thompson; *Antonieta*, de Carlos Saura.

Su muerte infortunada, el 24 de abril de 1991, aún muy joven, con una considerable obra, dejó un profundo hueco en el ambiente artístico de México.

Domingo Tirado Benedí y Enrique Moreno y de los Arcos, 1966.

Domingo Tirado Benedí

Enrique Moreno y de los Arcos

Domingo Tirado Benedí es, quizá, en amistosa contienda con Santiago Hernández Ruiz, el más importante pedagogo español transterrado a México por causa de la tragedia española.

Como sucede con la pedagogía en general y, en particular, con la pedagogía de autores de apellido hispano, su obra no ha sido debidamente justipreciada, sobre todo por los lectores de apellido hispano. Su debida ubicación será tarea del futuro.

Nació Tirado Benedí en Campillo de Aragón, provincia de Zaragoza, el 7 de septiembre de 1898. Realizó sus primeros estudios en su pueblo natal y marchó después a la ciudad de Zaragoza para cursar estudios en la Escuela Normal Superior del Magisterio. Obtuvo allí el título profesional de maestro normalista.

En 1934 presentó oposiciones para inspector escolar en Madrid. Como resultado de la Guerra civil tuvo que asilarse en México, a donde llegó en 1939. Fue recibido en Veracruz (junto con otros pedagogos refugiados como Antonio Ballesteros Usano) por quien había gestionado —por parte del STERM— la llegada de los maestros españoles: Roberto Moreno y García.

En México fue catedrático de la Escuela Nacional de Maestros y del Conservatorio Nacional de Música. En 1942 abrazó la nacionalidad mexicana. Fue nombrado, en 1948, supervisor de Enseñanza Normal, cargo en que se desempeñó hasta su retiro, en 1966.

Su primer contacto con nuestra Universidad no fue por la vía de la docencia. Fue pionero de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. La UNAM le publicó en 1943 su edición (prólogo, traducción y notas) de la obra de Marco Terencio Varrón, *De las cosas del campo*. De la calidad de este trabajo da buena prueba el hecho de que el Instituto de Investigaciones Filológicas acaba de publicar, en 1992, la segunda edición.

A nuestra Facultad se incorporó como docente en 1958, a cargo de la cátedra de Técnica de la investigación pedagógica. Ese mismo año suplió, de manera amistosa y desinteresada, al profesor Moreno y García quien, por enfermedad, dejó su curso de Organización escolar.

Durante ocho años impartió diversas asignaturas con plaza de Profesor de Tiempo parcial, hasta su jubilación. Murió en 1971.

De su amplia obra merecen ser destacados *Bases para una técnica de educación*, que le publicó la SEP en 1944 y la *Ciencia de la educación*, que escribió en 1940 en colaboración con Santiago Hernández Ruiz, y cuya tercera edición fue publicada por la Editorial Herrero en 1958.

En nuestra Facultad publicó para la colección Manuales Universitarios el libro *Técnica de la investigación pedagógica*, que se editó en 1967 y que contiene en forma particular la parte matemática de la heurística pedagógica.

Para quienes fuimos sus alumnos nos resulta inolvidable por su profunda sapiencia, por su gran caballerosidad y, en particular, por su afición a bautizar, basado en etimologías griegas, todas las ramas del quehacer pedagógico.

Ernesto de la Torre Villar

Andrea Sánchez Quintanar

El destacado historiador Ernesto de la Torre Villar nació en México el 24 de abril de 1917, y en esta capital desarrolló una buena parte de su formación, hasta el nivel profesional —la licenciatura en Derecho y la de Letras, en la UNAM—, y los primeros estudios de posgrado —la maestría en Historia en El Colegio de México y en la Escuela Nacional de Antropología. Más tarde realizó los estudios doctorales en la Facultad de Letras de la Universidad de París (Sorbona) y en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de París, de la cual es alumno titular.

Posteriormente, ha completado sus estudios realizando diversas investigaciones en Portugal e Italia, así como en bibliotecas y archivos de Francia, Bélgica, España, Estados Unidos —archivos nacionales de Washington, Biblioteca del Congreso en la Universidad de Austin, Biblioteca Bancroft en Berkeley, y Hoover, ambas en California—, así como en los archivos de Guatemala, Cuba y Puerto Rico.

Don Ernesto de la Torre ha combinado diestra y generosamente su labor de investigación con la docencia, que inicia en 1944 como profesor de Historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria. Después enseña en la Escuela Normal Superior de México y en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, y desde 1945 es catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, donde ha impartido como titular las cátedras de Guerra de Independencia, Siglo XVIII mexicano, Historia de las ideas políticas, Historia económica de México y de América Latina. Desde 1952 dirige el Seminario de historia de México independiente, y a partir de 1980 el de historia social y cultura colonial.

Su labor docente en la UNAM se ha combinado frecuentemente con la que realiza como profesor visitante en múltiples universidades del



Ernesto Lemoine, Ernesto de la Torre Villar y Tarcisio García Díaz.

país, de América Latina, Estados Unidos y Europa. En todas ellas entrega sus conocimientos y genera inquietudes; dota a sus alumnos de instrumentos para la investigación histórica y sobre todo, los enseña a buscar, principio del cual debe partir todo saber...

Así es el conocimiento histórico que posee y genera el maestro De la Torre: resultado de la búsqueda minuciosa y del encuentro afortunado. Se ha concretado en fecundísimo resultado de numerosas publicaciones: su *curriculum vitae* actualizado menciona más de cien, entre artículos y libros, de los cuales vale la pena resaltar *Las leyes del Descubrimiento y Conquista de América en los siglos XVI y XVII* (1948); *Las fuentes europeas para la historia de México* (1952); *La Biblioteca Palafoxiana de Puebla* (1957); *Historia documental de México*, tomo I, *Los siglos XVI y XVII*; tomo II, *La Independencia* (1964); *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano* (1965); *Lecturas históricas mexicanas*, 5 volúmenes (1965); *La Independencia mexicana*, 3 volúmenes (1982); *Los Guadalupes y la Independencia de México. Nuevas Adiciones* (1986).

Sus investigaciones abordan desde el nacimiento entre los pueblos prehispánicos hasta la Constitución de Apatzingán; desde las relaciones geográficas de la Diócesis de Oaxaca hasta los historiadores del México contemporáneo; desde la historia de los tranvías hasta la historia de la educación en Puebla, o el constitucionalismo hispanoamericano.

En todo ello se manifiesta su vocación por el trabajo histórico, su acendrado amor por México y sus instituciones educativas, y su convicción panamericanista, manifiestos también en su activa y constante

participación en múltiples reuniones académicas —representando a México en una gran cantidad de organismos de cultura, de buena parte de los cuales ha sido miembro directivo; su membresía en dieciocho sociedades académicas, entre ellas la Academia Mexicana de la Historia, la Academia de la Lengua, correspondiente de la española y el Seminario de Cultura Mexicana—, y las varias distinciones académicas que se le han otorgado, entre ellas las Palmas Académicas de la República Francesa, el Premio Nacional de Filosofía e Historia en México, y el Premio Universidad Nacional de Docencia en Ciencias Sociales.

Su fecunda producción histórica se ha realizado en diversas instituciones de investigación, desde la Sección de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, cuyas labores coordinó, así como en el Archivo General de la Nación y, desde 1953, como investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. De igual manera, su labor se ha proyectado a través de los puestos que ha ocupado, como director del Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda (1951-1954), como subdirector del Archivo General de la Nación (1953), como director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y de la Biblioteca Nacional de México (1965-1978) y como director del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora (1981-1984).

Toda su obra, acuciosa y precisa, se funda en un sólido sistema de ideas, en una profunda vocación humanista, en una confianza en la justicia y vocación de libertad, todo lo cual conforma una auténtica conciencia histórica.

Julio Torri

Beatriz Espejo

Julio Torri (1889-1970) nació en Saltillo, Coahuila. Allí cursó sus primeros estudios y a los quince años publicó su primer texto. Poco después vino a la ciudad de México para recibirse de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde entabló amistad con Alfonso Reyes y otros muchachos que formarían el Ateneo de la Juventud, dispuesto a propagar "ideas nobles y bellas". Sus integrantes eran cosmopolitas y elitistas, se oponían a la generación precedente y se empeñaban en dejarnos una obra original. Intentaban revolucionar al país por medio de la cultura, ciertos de lograrlo preparándose concienzudamente. Ya entonces Torri se distinguía leyendo doscientas cincuenta



Julio Jiménez Rueda, Julio Torri y Eduardo García Máynez, entre otros, 1953.

páginas diarias, y su afán libresco de lector voraz lo llevó al aprendizaje de lenguas extranjeras. Escribía artículos, animaba las reuniones de su grupo con diálogos ingeniosos, poblados de anécdotas malévolas y aparentes contrasentidos. Por esas fechas llegaron hasta él sus influencias capitales: Aloysius Bertrand, Charles Lamb y Jules Renard, quienes lo ayudaron a reconocer sus propios límites y también sus posibilidades. Sometió cualquier texto al decantamiento, se fijó en el peso de las palabras, en adjetivos aplicados con intenciones irónicas, recurrió al ritmo interior de las oraciones, más a las alegorías que a las metáforas. Quiso perfeccionar el género de la prosa breve instalada en el "novísimo barco" y le sacó chispas a la sonrisa, filo a la síntesis, brillo a la paradoja ideal para la sugerencia que desemboca en el silencio, o sea en lo que no dice totalmente.

Una recopilación de prosas suyas aparecidas en publicaciones del tiempo conformó *Ensayos y poemas*, 1917. Apuntaban una temática novedosa. "Vieja estampa" y "Fantasías mexicanas" cimentaron la corriente colonialista. "La conquista de la luna", antologada en múltiples ocasiones, inició en nuestro medio la ciencia ficción. "A Circe" demostraba las dotes proféticas del autor al anunciar desde temprano una soledad irremediable. "Era un país muy pobre" planteó una crisis nacional producida por lo prolífico de las producciones literarias.

Torri producía parcamente dedicado a diversos menesteres. Codirigió la Editorial Cultura, colaboró con José Vasconcelos dirigiendo también el Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública, célebre porque puso al alcance de las masas populares obras de grandes maestros. Terminó prólogos, traducciones, *Las noches florentinas*, de Enrique Heine, que por los tiempos de la Primera Guerra Mundial le valió ser acusado de germanófilo, y *Discursos sobre las pasiones del amor*, de Blas Pascal.

De fusilamientos salió en 1940 y *Tres libros* en 1964. Reunía las dos anteriores y compilaba una tercera colección de prosas, con el viejo método de echar mano a lo publicado. El resto de la obra se reduce a un breviario del Fondo de Cultura Económica, *La literatura española*, resultado de cincuenta años de experiencia docente en la Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras, notas bibliográficas, reseñas de artes plásticas llenas de finas observaciones, apuntes que dejó dispersos considerándolos indignos de figurar en un volumen, y amenos epistolarios con Alfonso Reyes, Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, que sus críticos han entregado a prensas.

Torri habló de lo que entendía bien o se ligaba a su índole entrañable: los problemas del héroe y del falso héroe, del desdeñoso y el estafador, del que acepta o contradice, del bibliófilo que sonríe encantado al abrir un diccionario y confirmar una presunción filológica, del don Juan saudoso. No se engañaba. Sabía que los clásicos acapararon

los grandes temas y nos dejaron las variaciones de poca monta. Exclamó: "¡Si fuéramos por ventura de la primera generación de hombres cuando florecían en toda su irresistible virginidad aun los lugares comunes más triviales!", y suspirando vivió disconforme en el siglo xx.

Salvador Toscano

Beatriz de la Fuente

La Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México sufrieron grave pérdida cuando, a los escasos treinta y seis años, fallecía, el 26 de septiembre de 1949, en un accidente aéreo, el profesor e investigador Salvador Toscano.

Ingresó al Instituto como miembro fundador, debido a sus manifiestas inquietudes por conocer y explicar los hechos artísticos del universo prehispánico. De esta manera, se cubrió formalmente un área de estudio en la cual Toscano habría de participar como el más acreditado de los pioneros.

Señales del espíritu alerta del joven universitario fueron los cursos que impartió sobre filosofía de la historia a obreros y compañeros estudiantes, y el esmero que puso en la publicación de la revista *Barandal*, en la cual colaboró con ensayos y poemas.

Egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, su tesis profesional versó sobre *El derecho y la organización social de los aztecas*. Acercamiento a los principios jurídicos del último gran pueblo precolombino, revela ya su interés primordial por penetrar las culturas indígenas, que a la postre iban a ser el asunto de su mayor dedicación.

Si por una parte se entregó a la investigación, por otra se dedicó con devoción a la enseñanza, de modo tal que a él se reconoce la creación del primer curso sobre arte prehispánico que se impartió en la Facultad de Filosofía y Letras; de éste fue titular hasta su fallecimiento. He de decir, con profunda satisfacción, que con el tiempo sería yo, en cierta medida, su sucesora afortunada; así, habría de ocupar los puestos que dejara vacíos: el de profesora en la Facultad y el de investigadora en el Instituto.

Sin embargo, Toscano no se limitó a temas de carácter precortesiano; de hecho en varios ensayos —de difusión y de corte académico— incursionó en otros aspectos del arte y de la cultura mexicana. De tal

suerte que hay algunos que revelan su preocupación en torno a problemas universitarios: "La Universidad desde dentro" y "Trayectoria de la Universidad"; en otros se muestra como breve apuntador de hechos artísticos en México y en Guatemala: "Pintura colonial mexicana del siglo XVI", "La escultura colonial en Guatemala" y "Chiapas y su historia coloniales". Algunos más son ensayos histórico-críticos acerca de los artistas que expresaban la modernidad: Julio Ruelas y Julio Castellanos.

Ya en el campo de temas precolombinos, se dio a la tarea de rescatar documentos precolombinos dirigiendo la serie Fuentes para la historia de México, editada por la Antigua Librería Robredo. Quiero recordar que Toscano fue incansable andariego: visitó los lugares arqueológicos, de los cuales hizo sus propias fotografías para ilustrar sus obras e impartir su curso en la Facultad.

Además de varios artículos sobre la heroica figura de Cuauhtémoc y acerca de los recién descubiertos murales de Bonampak, Toscano culmino —tempranamente— su trabajo con la magna obra *Arte precolombino de México y de la América Central.* Primera historia completa que se tiene del arte prehispánico, publicada en 1944; en ella se conjugan el conocimiento arqueológico con el del historiador de arte.

Su vocación —cumplida con excelencia— por elaborar una historia del arte precolombino y revelada en la cátedra y en la investigación, constituye una aportación fundamental para la cultura mexicana.

Ricardo Toscano Barragán *

Roberto David Juárez Carrejo

El ilustre Ricardo Toscano Barragán nació el 6 de enero de 1876 en Guadalajara, Jalisco. De padres profesores, realizó su educación básica en su estado natal y el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria de México.

En mayo de 1898 obtuvo el título de ingeniero topógrafo e hidrógrafo por la Escuela Nacional de Ingenieros de la Universidad de México.

Entre 1900 y 1906 se desempeñó como ingeniero de la Comisión para el estudio y reglamentación de los ríos Atoyac y Nexapa, Puebla, y de 1907 a 1914 colaboró en la Comisión Geodésica Nacional como ingeniero ayudante.

De 1915 a 1948 tuvo diversos cargos relacionados con cálculos geodésicos, topográficos y astronómicos en la Dirección de Geografía de

la Secretaría de Agricultura, dependencia de la que se jubiló del servicio público.

Fue durante el desempeño de este encargo cuando, por disposición presidencial, formó parte de la Comisión que hizo en 1925 el estudio del territorio federal de Quintana Roo. Dicha Comisión, presidida por el general de brigada Amado Aguirre, tuvo el valioso encargo de la determinación exacta de las coordenadas limítrofes del ahora Estado de la Federación con Campeche, Yucatán, Belice y la República de Guatemala.

Dentro del ámbito académico fue profesor de las materias: Higiene y saneamiento de las ciudades y edificios, Conocimiento de materiales de construcción y Construcción y práctica, en el Colegio del Estado de Puebla.

Entre 1916 y 1956 colaboró como profesor de asignatura de las siguientes instituciones: Escuela Nacional de Ingenieros, UNAM, Facultad de Ingeniería, UNAM, Instituto Politécnico Nacional, Escuela de Ingeniería Municipal, Colegio Militar y el Instituto Forestal, habiendo impartido, entre otras, las materias: Topografía, Geodesia, Teoría de los errores, Hidromensora y Topografía de minas.

En el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México se desempeñó como profesor de las materias: Meteorología descriptiva y dinámica, Lectura de cartas geográficas e Introducción al estudio de la fotogrametría.

Dentro de la propia Universidad Nacional Autónoma de México, en 1951 fue nombrado Investigador de carrera, Titular "A", adscrito al Observatorio Astronómico y al Instituto de Geofísica.

Académico innato, perteneció a las siguientes sociedades científicas: Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México, Sociedad Matemática Mexicana, Sociedad de Física, y a la insigne y benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Además de las numerosas generaciones de profesionales que formó el ilustre ingeniero Ricardo Toscano Barragán, su legado escrito es inconmensurable si tomamos en consideración que algunos de sus libros aún son utilizados como textos en Universidades y escuelas de México y Centroamérica.

Descuellan, por su importancia, las siguientes obras: *Métodos topográficos* (doce ediciones); *Teoría de los errores* (dos ediciones); *Hidromensora e hidráulica* (tres ediciones); *Geodesia* (tres ediciones); *Meteorología geofísica y dinámica*, UNAM (libro de texto de la Facultad de Ingeniería, UNAM); *Aplicación del método de alturas iguales de dos estrellas para determinar la hora* (Incluye tablas para trescientos pares de estrellas); *La nivelación trigonométrica entre el Valle de México y el Puerto de San Blas*; *Islas de la República Mexicana* (SMGE); *Determinación de la latitud, longitud y azimut por observaciones del sol*, UNAM.

Su vasta obra incluye once publicaciones mimeográficas sobre ins-

tructivos, procedimientos y determinaciones relacionadas con geodesia, astronomía y gravedad, así como historia de la cartografía en México.

También dictó varias conferencias en cuatro congresos nacionales de geografía, ciencias sociales y matemáticas y en cinco asambleas de matemáticas en el interior del país.

* Se agradece la valiosa información proporcionada por el ingeniero Enrique Toscano y el geógrafo Ricardo García Toscano, hijo y nieto, respectivamente, de nuestro homenajeado.



Manuel Toussaint.

Manuel Toussaint

Beatriz de la Fuente

Los estudios sobre arte virreinal tienen origen, crecen, y se diversifican, gracias a las eruditas investigaciones de Manuel Toussaint (1890-1955). Él es, sin duda, el primer, y el más completo especialista en el arte fabricado durante los siglos de la colonia española.

Tres fueron, me parece, sus labores radicales: investigar, explorando personalmente los hechos artísticos que eran de su interés primordial; enseñar su conocimiento y reconocimiento a los alumnos e interesados —que le habrían de suceder en sus afanes—, y defender el patrimonio artístico colonial que le era tan preciado.

Don Manuel Toussaint fue excelente expositor y conferenciante; de ello dan cuenta los que fueron discípulos avanzados, ahora ilustres profesores de la Facultad de Filosofía y Letras.

Fundó el Instituto de Investigaciones Estéticas, y fue su primer director a lo largo de veinte años (1935-1955); creó la cátedra de Arte colonial en la Facultad de Filosofía y Letras, y con ello cumplió con dos de sus metas de vida primordiales. La tercera se dio en la lucha cotidiana, al dar a conocer —manera sustancial de preservar—, y al dar cuenta de la importancia de nuestro arte colonial que, en palabras de otra figura señera que dio cuenta de ese pasado virreinal, el maestro Francisco de la Maza, "ha venido a mostrarnos una de nuestras facetas más importantes y entrañables, por su equilibrio ante sus dos orígenes inmediatos: el arte español y el arte indígena".

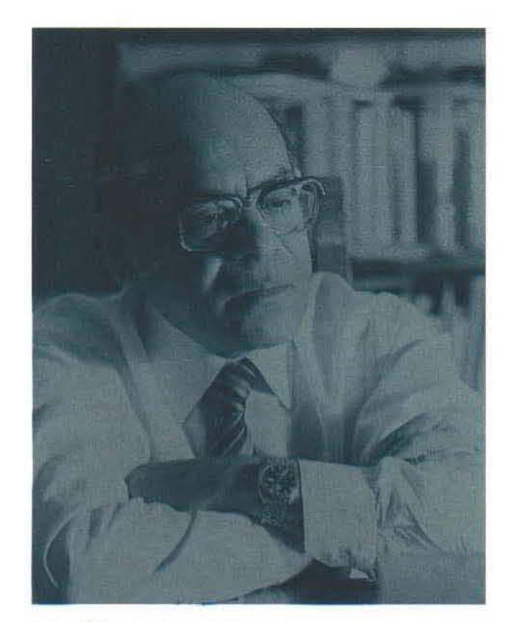
Manuel Toussaint fue escritor y maestro, fecundo y variado. Así, se le recuerda como poeta y literato, crítico e historiador —de hechos artísticos, de poesía, de filosofía del arte— y también fue el primer "investi-

gador viajero"; con ello destaco su enorme voluntad por redescubrir un viejo monasterio o una olvidada iglesia renacentista o barroca.

De sus primeros trabajos sobresale su participación en la magna obra *Iglesias de México*, publicación de la Secretaría de Hacienda, en donde también vio la luz su *Arquitectura del siglo XVI*, y lo que se podría llamar su primera versión de *La Catedral de México*. Para 1920 publicó su libro *Saturnino Herrán y su obra*; personaje de íntima amistad a cuyo pincel se debe un espléndido retrato del maestro Toussaint.

En 1936 funda el Instituto de Investigaciones Estéticas y su renombrada revista *Anales*, en la cual colaboró de manera constante. Su obra pionera como una totalidad de aproximación metodológica para la historia del arte mexicano fue *Paseos coloniales*; poco después, en 1942, publica la monografía *Pátzcuaro* y más adelante *Arte mudéjar de América*.

En 1948 ven la luz sus dos obras fundamentales: *La Catedral de México y el sagrario metropolitano. Su Historia, su tesoro, su arte*, dedicado al estudio, parte por parte, del templo máximo de América y, el *Arte colonial de México*, que de suyo bastaría para dar a Manuel Toussaint la máxima categoría como historiador del arte colonial de México.


Wonfilio Trejo, 1987.

Wonfilio Trejo: la discusión filosófica como pasión

Myriam Rudoy

La memoria puede ser fuente de placer y dolor, por ello tiene que ser selectiva. A diferencia de Funes, el memorioso, el agobiante personaje del cuento de Borges, no recordamos todo, lo que formamos es una figura que se construye a partir de un mosaico de recuerdos y eso es lo que a mí me pasa cuando trato de rememorar al maestro Wonfilio Trejo.

Lo primero que me viene a la cabeza es una tarde lluviosa, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; estoy en uno de los salones grandes con el amplio ventanal que da hacia los jardines centrales. Al frente, sentado en un escritorio un escalón superior a donde estoy sentada, Wonfilio Trejo, que es mi profesor de Teoría del conocimiento, está debatiendo el problema de la verdad. Con su tono pausado y suave, siento que habla sólo para mí. En lugar de mirarnos, Trejo tiene la vista fija en un punto lejano situado más allá de la ventana, y como si desde allí nos fuera descifrando un complicado jeroglífico, va explicando el concepto. De cuando en cuando regresa y nos observa, parece

que busca cerciorarse si la comunicación sigue establecida. Esta clase, como la gran mayoría de las que me tocó seguir durante mi vida universitaria, primero como estudiante, y luego, como ayudante suya en los cursos de Teoría del conocimiento y de Ética, se caracteriza por el orden y rigor en la exposición. En todos sus cursos era notable la seriedad y sistematicidad con que se presentaban las concepciones de otros filósofos y principalmente por la manera en que se discutían, clasificaban y reformaban las ideas de los otros desde *su* perspectiva, misma que mostraba su talento para el trabajo intelectual en el espacio íntimo del salón de clases. Con el tiempo aprendí que los resultados de los que éramos testigos en las clases provenían del debate que tenía lugar en la soledad del gabinete, con Trejo rodeado por sus libros y diccionarios; y de esos frecuentes combates teóricos que duraban noches interminables surgía esa clase amable y clara. En los diez años que trabajamos juntos no faltó jamás a sus clases ni a las mías y siempre fue puntual.

Recuerdo también lo que él me contó sobre su llegada a México a estudiar. El maestro Trejo vino a esta capital de Ciudad Victoria, Tamaulipas. Una exitosa educación en la Normal lo había convertido en director de una primaria antes de cumplir los veinte años. Llegó a fines de los años cuarentas y se inscribió en la Facultad de Filosofía, que entonces se encontraba en Mascarones. Años después, uno de sus hermanos mayores, al reconocer que sus preocupaciones intelectuales eran genuinas, cosa que se mostró por su excelente rendimiento académico, empezó a apoyarlo económicamente, antes de lo cual sufrió algunas penurias. Sus primeros trabajos teóricos versaron sobre Husserl y Dilthey, de quienes tomó elementos de sistematicidad y el afán por realizar recorridos históricos al rastrear un problema filosófico.

También lo evoco en sus libros, en su amor por la precisión y matematicidad de Leibniz, su admiración por el gran proyecto filosófico de Kant. Y sobre todo, su gran preocupación filosófica acerca de la posibilidad del conocimiento del mundo exterior y el recuento y análisis que hizo de las teorías de la percepción modernas y contemporáneas y que aparecen en su libro *Fenomenalismo y realismo*, trabajo que le sirvió para sustentar su disertación doctoral y cuya calidad fue ampliamente reconocida por la comunidad filosófica de epistemólogos que lo examinaron.

Como hombre público y autoridad universitaria, Trejo fue sencillo, cordial y respetuoso, cualidades que lo hicieron muy apreciado por todos los que lo rodeamos.

Todos estos recuerdos me instruyeron de varias maneras, haciéndome ver que la actividad filosófica es principalmente una pasión por el debate y la discusión de las ideas; también mostrándome que el verdadero filósofo debe entender el punto de vista del otro con la misma

comprensión con la que entiende el propio y, por último, que tanto en la docencia como en la investigación filosóficas debemos buscar orden, rigor, seriedad y sistematicidad, características que se han convertido para mí, al paso de los años, en su más valiosa enseñanza.

Rodolfo Usigli

Lech Hellwig

Rodolfo Usigli, ciudadano del teatro, nació en 1905 y murió en 1979 en la ciudad de México. Poeta, escritor y traductor, teórico e historiador del teatro, diplomático, formador de nuevas generaciones dedicadas al quehacer teatral en México. Hijo de emigrados europeos, su padre nació en tierras italianas y su madre en tierras polacas. Desde muy joven demostró particular interés por el teatro e hizo estudios en el Conservatorio Nacional en México y en la Escuela de Arte Dramático en la Universidad de Yale, New Haven. En el prefacio a la publicación de *El gran circo del mundo,* escribió:

> [...] el escritor tiene que vivir de su trabajo, soy el primero en reconocerlo y se me conoce por la exigencia feroz que adelanto siempre de que se dé un lugar de dignidad, y los medios para sobrellevarlo, al escritor. Aquí podría perderme en un laberinto si no viniera en mi auxilio el lugar común que divide a los hombres entre aquellos que viven para comer y aquellos que comen para vivir.

Él mismo, en la advertencia general a sus obras completas, resume:

> [...] a pesar de las controversias, los escándalos, los éxitos y los fracasos, los aplausos y los insultos, los prólogos y los epílogos, mis intenciones y mis obras, si bien comprendidas y absorbidas por el público —que es el único núcleo humano en estado de gracia, es decir, en sentimiento y en sentido de generación espontánea—, no han sido enfocadas ni juzgadas con exactitud por la crítica profesional, por la gente del arma del teatro ni por los investigadores universitarios en lo general.

Y continúa:

> [...] me agrada pensar que algunas relecturas hechas por cada quien a sus horas propias y no a las impuestas por la ley del espectáculo tea-


Rodolfo Usigli.

> tral, podrán servir para poner las cosas en su punto y para determinar si el trabajo creador que he dado a México —donde nací por casualidad pero donde volvería a nacer, mejor que en ninguna otra parte, consultáranme o no, por voluntad expresa y absoluta— tiene o no un sentido, una validez y un lugar propios y, por ello, mexicanos.

Y sintetiza de un modo muy claro su punto de vista relacionado con el hombre y el teatro cuando escribe:

> Cualquier persona de mentalidad ordinaria no preparada para considerar la cuarta dimensión ni la desintegración del átomo como elementos de su vida cotidiana, encontraría difícil pensar en el mundo sin pensar a la vez en el hombre. Fuera de su dimensión física, el mundo tiene, en efecto, para nosotros el sentido esencial de lo humano. Sin embargo, se olvida con frecuencia que el teatro es el único arte tridimensional en movimiento que existe, y que lo es justamente por la presencia física pero, sobre todo, por la presencia humana, en el sentido ético y filosófico, del hombre en el escenario.

Usigli dejó como herencia cuatro libros importantes *México en el teatro; Caminos del teatro en México; Itinerario del autor dramático* y *Anatomía del teatro*, además de su vasta obra dramática, que comprende alrededor de cuarenta obras, desde *El apóstol*, en 1931, hasta *¡Buenos días! señor presidente*, en 1972, de las cuales muchas han sido traducidas a otros idiomas.

Lo que hoy día es la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México tiene, como antecedente, desde hace sesenta años, los cursos impartidos por el mismo Usigli en la compañía de Fernando

Wagner y Enrique Ruelas. Esos cursos (Historia de México, Historia del teatro mexicano, Análisis y composición del drama) influyeron en la formación de muchos que hoy continúan la gran obra de la creación del teatro nacional mexicano.

En el año 1989, el Centro Nacional de Investigación Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes, que lleva el nombre de Rodolfo Usigli, solicitó a las máximas autoridades del país que los restos del ciudadano del teatro fuesen trasladados a la Rotonda de los hombres ilustres... Hasta el momento hay silencio. ¿Será que las razones de la censura, en 1947, a la puesta en escena de *El gesticulador*, en el recinto del Palacio de Bellas Artes, siguen vigentes?

José C. Valadés

Patricia Galeana

José C. Valadés nació en Mazatlán, Sinaloa, en el último año del siglo XIX. Se caracterizó por su abundante obra histórica, resultado de una vida intensa y polifacética, producto no sólo de la teoría, sino de la práctica política.

Miembro de una familia de escritores, Valadés empezó a escribir desde muy joven. Su padre, Francisco Valadés, fue un conspicuo antiporfirista. En su casa se reunían Heriberto Frías y otros destacados intelectuales de la época. Así, el joven José Cayetano no sólo se desarrolló en un ambiente de letras, sino de activismo político.

Perdió muy pronto a su padre y la historia de su familia fue como la de muchas familias norteñas, de sufrimiento y pobreza.

En su juventud, José C. Valadés fue miembro fundador del Partido Comunista Mexicano. Posteriormente optó por el anarquismo y fue un sindicalista sobresaliente. Organizó la primer huelga inquilinaria de la ciudad de México y fue, hasta su muerte, un defensor de la causa de los pobres y de la libertad política.

Sirvió al país como embajador durante quince años. Representó a México ante Líbano, Siria, Marruecos, Uruguay, Colombia y Portugal.

Como parte de su actividad política escribió en los principales diarios de México y tuvo su propio periódico, *El Correo de Occidente*, en Mazatlán. Sus artículos de análisis político fueron causa de debates nacionales. José C. Valadés hizo célebres entrevistas a protagonistas de la Revolución y, entre otras, obtuvo del presidente Manuel Ávila Camacho la declaración de que era creyente.

Valadés nos legó obras fundamentales para la historiografía mexicana. Analizó por vez primera periodos y personajes que habían estado proscritos por la historia oficial. Su obra sobre el porfirismo y su análisis de figuras como Lucas Alamán, Santa Anna, Comonfort y Gutiérrez de Estrada fueron trabajos pioneros.

Lo mismo cultivó la historia política que la social; el género biográfico que la microhistoria. La *Historia de la Revolución Mexicana,* en diez volúmenes; la *Historia general de México*, en tres; el *Breviario de historia de México*; la *Biografía de Melchor Ocampo* y la de Madero, los *Orígenes de la República Mexicana, Maximiliano y Carlota en México* y *Topolobampo, metrópoli socialista de Occidente*, son todas ellas obras con un sólido aparato crítico, producto de una investigación acuciosa en los archivos públicos y privados. Un historiador contemporáneo llegó a creer que Valadés había sido necesariamente auxiliado por un cuerpo de investigadores, porque no podría haber producido tanto un solo hombre.

Lo cierto es que Valadés no nada más hurgó personalmente en todos los archivos que pudo, tanto nacionales como extranjeros, sino que también en persona coregía hasta las pruebas finas de cada uno de sus libros. Hasta el último momento de su vida lo pasó Valadés sentado en su escritorio, rodeado de libros y pegado a su máquina de escribir.

En su fructífera vida también se dedicó a la docencia. Ciertamente la finalidad de sus obras históricas era, según sus propias palabras, enseñar a las futuras generaciones de mexicanos la verdad sobre su país.

Dejó incluso obras escritas con el fin expreso de que fueran publicadas años después de su muerte. Pero también enseñó y formó directamente a muchos jóvenes. Dictó cátedra primero en Mascarones, la antigua y hermosa sede de nuestra Facultad en la década de los cuarentas. Más tarde también enseñó en la Escuela Nacional Preparatoria y en la propia Facultad de Filosofía y Letras, de 1958 a 1962.

Recordar ahora a nuestros grandes maestros nos da la oportunidad de cumplir con el deseo de José C. Valadés de que las nuevas generaciones conozcan su vida y su obra. La relectura de las mismas resulta altamente enriquecedora y formativa para los nuevos historiadores que deseen, como Valadés, dedicar su vida al conocimiento de México.

Rafael Heliodoro Valle.

Rafael Heliodoro Valle

Ernesto de la Torre Villar

Alto, fornido, con un rostro impregnado de sonrisa, de rápido caminar, sosteniendo con su mano baldada un grueso portafolios repleto de fichas bibliográficas, de recortes de periódicos, de pruebas de imprenta. Así llegaba Rafael Heliodoro Valle al salón que sombreaban verdes laureles en el hermoso local de Mascarones. Su curso de Historia de América no era demasiado metódico, pero sí inmensamente rico por su contenido, el calor humano que le confería, las ricas vivencias con que retrataba personajes, describía acontecimientos y ligaba los hechos de los hombres en un infinito acaecer. En él aprendimos Francisco de la Maza, Josefina Muriel, Yolanda Mariel y otros más, las hazañas de los conquistadores, el fervor misionero de los frailes, la integración social y carácter y sentido de la vida de los diversos grupos sociales, el valor de las instituciones políticas, judiciales y culturales. El dato preciso, la referencia exacta, la reflexión profunda y justa, llegaban en medio de sonora carcajada, de una risa franca y fresca y de respeto y cordialidad para los alumnos. De sus pláticas surgieron vocaciones perdurables y un gran apego y no desdén por las fuentes históricas. Muchas generaciones de estudiantes recibieron de él, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en la Escuela Normal, no sólo el conocimiento, sino la dirección vital que confirma una vocación y el afecto que enriquece la relación maestro y alumno.

Cuando llegaba a clase ya había entregado en diversos diarios, *Excélsior* principalmente, su colaboración precisa, bien redactada, llena de ligereza. Tuvo a su cargo varias secciones de los diarios y colaboró en los más importantes de América. El número de sus aportaciones periodísticas excede los cien mil. Por su brillantez, seriedad y constancia mereció el premio Pulitzer de periodismo. Pudo mantener durante años amplia correspondencia, inteligente, lúcida, notablemente informada con la mayor parte de los intelectuales hispanoamericanos, la cual representa una de las colecciones epistolares más notables para conocer el pulso intelectual de toda una época. Entrevistó en reportajes juiciosos, oportunos y ricos en reflexiones, a personajes salientes, algunos de los cuales publicó en la revista *Universidad de México*.

Sus secciones periodísticas como "Cosmópolis" se adelantaron en cuanto a ligereza al periodismo de crítica social que más tarde realizara Salvador Novo.

Hondureño de origen, vino atraído por una beca que le permitió realizar su carrera magisterial. Permaneció en México largos años y sólo marchó a Washington a representar a su país como embajador de Honduras, puesto que desempeñó con nobleza y gran dignidad. Cola-

boró con las revistas más destacadas en los campos de las letras y la historia. Fue el iniciador de la sección bibliográfica en la *Revista de historia de América.*

Periodista, poeta, historiador, trabajó sin descanso y logró dejar obra amplia y valiosa. Para la Secretaría de Relaciones Exteriores preparó varios volúmenes acerca de la incorporación de Centro América a México y sobre Simón Bolívar en México. Publicó la *Bibliografía maya*, la *Bibliografía cervantina*, *Santiago en América* y varios libros de poesía, recatada y limpia como *La rosa intemporal*.

Viudo de una señora mexicana, se unió posteriormente con la escritora peruana Emilia Romero, gran dama limeña quien consagró su vida a ayudar a Rafael Heliodoro, organizando su trabajo, haciéndolo más efectivo y fecundo. En su soleada casa de San Pedro de los Pinos, calle 25, número 63, formó rico archivo y amplia biblioteca, que a su muerte pasó a la Biblioteca Nacional de México en la época en que yo la dirigí. Señores de la cultura hispanoamericana, recibieron honores y dejaron instituido el Premio "Rafael Heliodoro Valle y Emilia Romero", destinado a reconocer a literatos e historiadores hispanoamericanos por la obra de su vida. México los recuerda con cariño y respeto, habiéndoles dedicado una avenida que lleva su nombre.

Elisa Vargas Lugo

María del Consuelo Maquívar

La vida académica de la doctora Elisa Vargas Lugo ha transcurrido entre dos quehaceres fundamentales: la docencia y la investigación.

Desde la enseñanza secundaria, algunos de sus maestros influyeron para que se inclinara por la historia de México, siendo definitivas las lecciones impartidas por Francisco de la Maza frente a los monumentos coloniales; de esa forma siguió su camino por el rumbo del arte novohispano.

Al ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional conoció diversos métodos de hacer historia. Convencida por el maestro Edmundo O'Gorman, se preocupó por entender el "por qué" y el "para qué" de los hechos y, como ella misma lo ha señalado, así es como debe trabajar todo historiador, "[...] estimulado con la bienhechora curiosidad intelectual". De igual manera ha procurado orientar a sus alumnos en la búsqueda constante de respuestas fundamentales.



Francisco de la Maza y Elisa Vargas Lugo, 1950.

La doctora Vargas Lugo se inició como maestra de la Universidad Nacional en la Preparatoria número 5 hace cuarenta años; también dio clases en la Escuela Nacional de Artes Plásticas y, desde 1967, diversas generaciones han tenido la oportunidad de recibir sus lecciones en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Aquí ha sido definitiva su influencia en la formación de historiadores del arte colonial mexicano. Prueba de ello son las numerosas tesis de licenciatura y posgrado que ha dirigido, algunas de las cuales ya forman parte de la historiografía del arte novohispano.

Como una muestra de gratitud, un grupo de sus alumnos del Seminario de arte colonial, a manera de homenaje, cuando cumplió veinticinco años como maestra, le dedicó un libro con algunos de sus trabajos de investigación, fruto de sus enseñanzas.

Otras instituciones han recibido también el beneficio de sus atinadas cátedras, amén del sinnúmero de conferencias, congresos y coloquios en los que ha participado, tanto en México como en el extranjero.

Como investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas ha tenido una actuación fructífera y destacada; asimismo, en buena medida a ella se debe la organización y crecimiento de la fototeca de dicho Instituto.

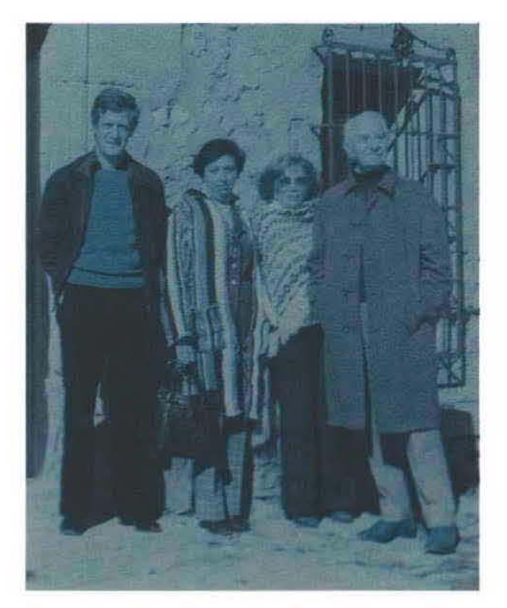
Mención especial merece su participación, siempre activa y determinante, en la defensa del patrimonio artístico nacional, así como en el desarrollo de institutos y asociaciones de la provincia mexicana, donde ha despertado y promovido nuevas vocaciones.

Afortunadamente sus ideas y enseñanzas se encuentran vertidas en sus múltiples publicaciones, entre las que sobresalen sus libros. El pri-

mero de ellos, *Las portadas religiosas de México*, fue su tesis de maestría, en tanto que *La iglesia de santa Prisca de Taxco*, fue la del doctorado. Después siguieron otros, como *El claustro franciscano de Tlatelolco; El convento de san Agustín de Querétaro; México barroco* y los *Estudios de pintura colonial hispanoamericana*.

Coordinó los trabajos para *Portadas churriguerescas de la ciudad de México* y para la sección de arte colonial de la *Enciclopedia de arte mexicano*. En este sentido, sobresale especialmente la que se refiere a Juan Correa, donde la doctora Elisa Vargas Lugo dirigió a un equipo de alumnos e investigadores para dar a conocer, en varios tomos, la vida y la obra del pintor novohispano.

Su vasta producción bibliográfica y su importante labor como maestra de varias generaciones la han hecho merecedora de diversas distinciones, entre las que destaca el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en Humanidades, en 1993.



Francisco de Solano, Josefina Vázquez Vera, Beatriz Ruiz Gaytán y Edmundo O'Gorman, 1975.

Josefina Zoraida Vázquez Vera

Aurelio de los Reyes

La doctora Vázquez pertenece a la generación de historiadores formada por el doctor Edmundo O'Gorman, con estudios en el extranjero, y de inquietudes multifacéticas; autora de varios libros, entre los que destacan *La idea del indio en los cronistas novohispanos*, publicado por la Universidad Veracruzana, y *Nacionalismo y educación en México*, editado por El Colegio de México. Este último abrió la perspectiva sobre un tema álgido en la sensibilidad de los mexicanos.

Su inquietud por la educación primaria, su capacidad y su formación, fueron elementos básicos para que el gobierno le encargara la coordinación de los libros de texto gratuitos de ciencias sociales para la educación primaria, elaborados durante la administración del presidente Luis Echeverría (1970-1976) que, pese a haber sido menguados y mutilados por las administraciones sucesivas, tuvieron veinte años de vigencia, lo cual habla de la solidez de los mismos, producto de la seriedad con que la doctora Vázquez tomó su trabajo.

En nuestra Facultad de Filosofía y Letras tuvo nombramiento de Profesor de Tiempo completo Definitiva.

Preocupada por el desconocimiento que los mexicanos tienen de los Estados Unidos, fundó la cátedra Historia de los Estados Unidos y el

desaparecido Centro de Estudios Angloamericanos, al cual dotó de una biblioteca especializada y de la revista *Anglia*, dedicada a publicar artículos sobre dicho país, con lo que la doctora Vázquez se convirtió en pionera de las preocupaciones por conocer a los vecinos del norte, tanto para comprender mejor su sociedad, política y gobierno a través del desarrollo histórico, como para que supiéramos enfrentar mejor el impacto del "país más viejo del mundo".

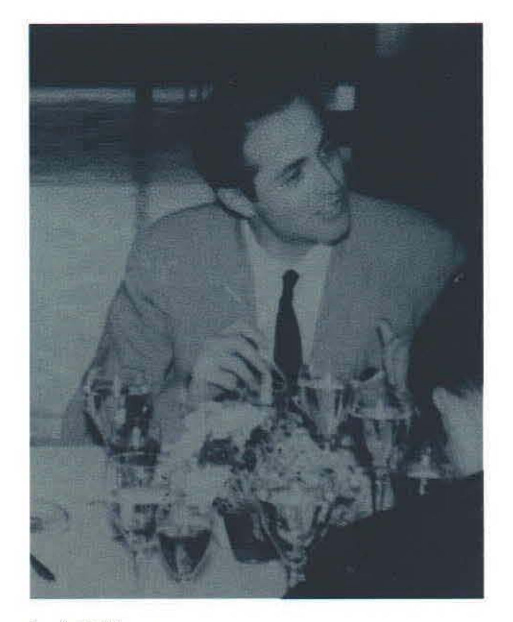
Su inquietud por las relaciones entre ambos países la llevó a escribir libros e innumerables artículos, así como a sustentar conferencias dentro y fuera del país y a escribir ponencias sobre el tema en congresos nacionales e internacionales. Asimismo, ha dirigido un gran número de tesis sobre temas novedosos, incluido el cine.

Aprovechó su cercanía con Óscar Handlin para introducir en México, a través de nuestra Facultad, la preocupación y la metodología por la historia social; además, en su método pedagógico profesional combinó historia y literatura, con lo cual implementó también una nueva manera de enseñar y de entender la historia.

La doctora Vázquez se trasladó después al Centro de Estudios de Historia de México de El Colegio de México, el cual dirigió durante doce años, y en el que ha continuado desarrollando sus inquietudes.

Luis Villoro

Paulette Dieterlen


Luis Villoro.

Luis Villoro nació en la ciudad de Barcelona, España, el 3 de noviembre de 1922. Sus padres, mexicanos, se habían trasladado a España en 1915 a raíz de la inestabilidad política en México, y no regresaron sino hasta 1928.

Realiza sus estudios en colegios de jesuitas y posteriormente se inscribe en la Universidad Nacional, en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1949 obtiene el grado de maestría con la distinción *magna cum laude* y el de doctorado en 1963, con la mención *suma cum laude*. Además, estudió en la Sorbona y en la Ludwiguniversitat, en Munich. En 1947, junto con otros miembros de su generación, formó el grupo llamado "Hiperión", cuyo propósito fue el de estudiar temas relacionados con la historia de México y con el pensamiento mexicano.

La historia de Luis Villoro está íntimamente ligada con la Universidad Nacional Autónoma de México, y más concretamente con la Fa-

cultad de Filosofía y Letras. En 1950 ingresa como Profesor titular en el Colegio de Filosofía de la Facultad, impartiendo las cátedras de Filosofía contemporánea y Filosofía de la historia; fue coordinador del Colegio de Filosofía y jefe de la División de Estudios de Posgrado de la propia Facultad. Recientemente, en 1992, impartió la cátedra "Alfonso Reyes", tratando temas de filosofía política.

Entre las distinciones que ha sido objeto Luis Villoro se encuentran su nombramiento como miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM, de 1972 a 1983; su membresía en El Colegio Nacional a partir de 1978; el Premio Nacional en Ciencias Sociales, Historia y Filosofía, en 1986; el Premio Universidad Nacional en el área de Investigación en Humanidades, en 1989, y el nombramiento de investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas, en 1989.

Además de su labor académica, Luis Villoro ha participado intensamente en la vida cultural de México, razón por la cual fue nombrado, en 1983, embajador de nuestro país ante la UNESCO.

Las preocupaciones filosóficas de Villoro han sido muy diversas; se ha abocado a comprender los fenómenos mexicanos tal y como lo demuestran sus libros *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) y *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (1953); también ha estudiado el pensamiento de algunos autores, considerados, en filosofía, como clásicos; ejemplo de ello son sus obras *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (1963), *Estudios sobre Husserl* (1974), siendo este último un libro clásico para comprender ciertos temas relacionados con el pensamiento de Marx. Villoro nos ha enfrentado con los grandes temas de la filosofía. En su libro *Creer, saber, conocer* (1982) estudia las relaciones entre el pensamiento y las formas de dominación, nos muestra que el conocimiento humano rebasa los límites del conocimiento científico, nos pone en contacto, una vez más, con la fenomenología y el marxismo y, por último, nos manifiesta su obsesión por la sabiduría. En su libro más reciente, *El pensamiento moderno* (1992), Villoro hace un brillante análisis de las categorías del Renacimiento para contrastarlas con las propias del pensamiento actual, las del pensamiento posmoderno.

Para las personas que hemos tenido trato con él, Luis Villoro es un ejemplo de lo que deber ser el profesor, el investigador, el filósofo y el intelectual.

Jorge A. Vivó Escoto, un maestro de excelencia

María Isabel Lorenzo Villa

El doctor Jorge A. Vivó Escoto, el amigo, el colega, el profesional, el universitario, el científico, el humanista y sobre todo el maestro. No es fácil hacer la semblanza de un hombre de la estatura humana e intelectual del doctor Vivó. Su gran personalidad, así como las múltiples facetas de su vida, hacen que toda semblanza sea incompleta.

Sin duda se le reconoce como una personalidad desatacada dentro del ambiente académico nacional y como la figura más importante de la geografía en México, desde 1940 en adelante. La mayor parte de su vida la dedicó a la formación de geógrafos quienes, siguiendo su ejemplo, se han incorporado a la docencia y la investigación.

Hombre de férrea voluntad y una capacidad de trabajo poco común, siempre se prestó a colaborar en todo aquello que diera realce a la geografía; con la sencillez que lo caracterizaba, atendía por igual a los estudiantes, a sus colegas y a funcionarios públicos, inclusive a los que fueron presidentes de la República.

Preocupación fundamental en su vida fue la problemática de México, por lo que muchas personas pensaban que era mexicano; en realidad nació en La Habana, Cuba, el 22 de febrero de 1906.

Desde joven demostró su gran inclinación intelectual y dedicación por el estudio, lo que le hizo obtener, a los diecinueve años, el doctorado en Derecho, carrera que realizó por dar gusto a su padre, pero que nunca ejerció. Su verdadera vocación fue la enseñanza, en la cual se inició desde 1923 en Cuba, y que tuvo que abandonar en 1929 por su participación activa en la lucha política contra las dictaduras, primero, de Gerardo Machado, y después de Fulgencio Batista.

Ya en México, cursó estudios de economía, antropología y geografía; en esta última se doctora en 1956 con *magna cum laude*. Ésta amplia formación académica le permitió hacer investigaciones y dirigir tesis de una gran gama de temas, tanto de antropología como de geografía física y geografía humana.

A partir de 1936 se inicia en la labor editorial —una de sus actividades más relevantes— y así se encarga de la edición de los *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, del *Boletín bibliográfico de antropología americana* y de la *Revista geográfica* (estas últimas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia), así como de *Afroamérica*, del Instituto Nacional de Estudios Afroamericanos. A partir de 1961, y hasta su muerte, editó dieciséis volúmenes del *Anuario de Geografía*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el que, gracias a su trabajo personal, llegó a tener un canje con alrededor de cuatrocientas instituciones académicas de América, Asia, África y



Dolores Riquelme, Elizabeth Holt, Jorge A. Vivó, María de Berzunza y Carlos Berzunza de la Victoria.

Europa, lo que ha hecho que, hasta la fecha, sea la única publicación geográfica mexicana con arbitraje internacional.

Otra de sus actividades sobresalientes es, sin duda, la de autor, y sus publicaciones en libros y artículos suman más de noventa y cinco. Lo mismo le preocupaba publicar lo más relevante de su quehacer científico, en el que siempre estaba al día, que poner al alcance de los alumnos materiales actualizados que apoyaran sus estudios.

A partir de 1945 sus libros de texto se convirtieron en libros de consulta indispensables para los alumnos: *Geografía física* (diecisiete ediciones), *Geografía humana y económica* (quince ediciones), *Geografía política* (seis ediciones) y *Geografía de México*. En su *Climatología de México,* de 1946, introduce en México la clasificación de W. Köeppen, que se haría de uso internacional. No puede dejar de mencionarse una obra que, pese a que fue publicada en 1955, sigue teniendo total actualidad; se trata de *La conquista de nuestro suelo*, por la que se hizo merecedor del Premio Nacional del Banco de México.

La donación de libros fue para él una práctica continua con el fin de poner a disposición de los alumnos lo más reciente de las publicaciones geográficas. Una buena parte de la Biblioteca del Colegio de Geografía, que él inició, fue donación del maestro. Los alumnos así lo reconocieron, y la generación 1974-1978 decidió poner el nombre del doctor Vivó a esa biblioteca. Sencillo pero merecido homenaje al querido maestro.

Infatigable, organizó múltiples eventos académicos para dar proyección a la geografía mexicana, ya fueran congresos, conferencias regionales, mesas redondas, seminarios, etcétera. Aún en la actualidad, en la Unión Geográfica Internacional, se recuerda con admiración la Con-

ferencia Regional Latinoamericana que se realizó en México en 1966.

Perteneció a doce sociedades científicas y de profesionales. En todas ellas participaba y tenía continua correspondencia, que escribía personalmente en su vieja máquina de escribir, así como todos los demás trámites que realizaba, ya que nunca contó con una secretaria que le ayudara.

Su vocación por la enseñanza lo hizo incorporarse al magisterio desde 1937, primero en escuelas secundarias y después en diversas instituciones: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional Superior, Escuela Nacional de Economía, Escuela Superior de Guerra, Escuela Militar de Meteorología, Instituto Politécnico Nacional, Universidad Iberoamericana y, desde luego, en el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde impartió clase hasta el día de su fallecimiento, y en donde mereció el mayor honor que puede tener un auténtico universitario: ser nombrado profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Sus cátedras no terminaban en el salón de clases. Continuaban en los pasillos, en su cubículo e incluso en el estacionamiento de la Facultad. Cualquier estudiante que requería su atención era atendido hasta quedar satisfecho. Para completar la formación de recursos humanos, dedicó sus horas de descanso, ya fuera en la noche o en fines de semana, a la dirección de tesis. De él nació la idea de que el Colegio se llegara a convertir en una Facultad de Geografía.

Si bien en vida el doctor Vivó supo despertar a todos respeto y admiración, hoy, después de su fallecimiento el 13 de julio de 1979, su figura y su obra se vuelven inconmensurables. Hoy más que nunca se reconoce la proyección de su trabajo, su responsabilidad, disciplina y constancia; la fidelidad a sus ideales y su ejemplo de colaboración y ayuda otorgadas con toda sencillez a todo aquel que las requería; toda su vida estuvo regida por la honradez y la honestidad.

Al principio exponíamos que cualquier semblanza que se hiciera sería incompleta y es que se trata nada menos que del amigo, el colega, el profesional, el universitario, el científico, el humanista y sobre todo el maestro: el doctor Jorge A. Vivó. Para él, por siempre, nuestros cariñosos recuerdos y nuestro total reconocimiento y respeto académico.

Fernando Wagner

Aimée Wagner

Maestro de varias generaciones de teatristas, Fernando Wagner nació el 7 de noviembre de 1906, en la ciudad de Gotinga, Alemania; sin embargo, contaba con la nacionalidad de mexicano por nacimiento, ya que su abuelo había recibido la naturalización de mexicano en un documento firmado por el entonces presidente de la República, licenciado Benito Juárez y, además, su padre había nacido en la ciudad de México.

Ante la prohibición paterna de dedicarse al teatro, Fernando Wagner abandona a su familia y decide estudiar lo que a él le gusta, inscribiéndose en la Universidad de Berlín en la carrera de Ciencias Teatrales, e inicia su trabajo como actor participando en las puestas en escena del famoso *regisseur* Leopold Jessner, a quien siempre consideró como su maestro en dirección. Al cabo de un tiempo, la falta de recursos económicos lo obligó a regresar al hogar paterno y, un poco como castigo y para que aprendiera el negocio de la familia, su pádre lo envió a la ciudad de México a trabajar en la Casa Wagner Levien, casa de música fundada por su abuelo. Una vez libre de la presión paterna, Fernando Wagner se dedica a lo que siempre fue su gran pasión: el teatro.

Se inicia como maestro en nuestra Universidad, impartiendo, a partir de 1932, clases de alemán en la Escuela Nacional Preparatoria. En 1934 aparece la siguiente convocatoria firmada por el secretario general, abogado Artemio del Valle Arizpe: "Facultad de Filosofía y Bellas Artes. Se pone en conocimiento de los alumnos de esta Facultad que, desde el próximo jueves 30 de agosto dará principio en este plantel un curso práctico teatral a cargo del señor profesor Fernando Wagner".

En 1935, con estudiantes universitarios, monta, en conmemoración del tricentenario de la muerte de Lope de Vega, *Peribañez y el comendador de Ocaña* en el Palacio de Bellas Artes; esta escenificación es considerada como el inicio del Teatro Universitario.

En 1949, la Facultad de Filosofía y Letras enriquecerá la actividad teatral al anunciar la creación de una Sección de Teatro, dependiente del Departamento de Letras, con el siguiente programa: Historia del teatro universal y teoría dramática, a cargo del profesor Rodolfo Usigli; Técnica teatral, a cargo del licenciado Enrique Ruelas, y Técnica teatral superior, a cargo del profesor Fernando Wagner. Esta Sección de Teatro fue la simiente del hoy Colegio de Literatura Dramática y Teatro, y estos tres profesores son considerados como los fundadores del mismo.

En 1942 los maestros Wagner y Ruelas formaron el primer grupo de teatro preparatoriano, escenificando, en el Palacio de Bellas Artes, las



Margo Glantz, Enrique Ruelas y Fernando Wagner, 1967.

obras *Contigo pan y cebolla*, de Manuel E. de Gorostiza y *A ninguna de las tres*, de Fernando Calderón.

Su carrera docente abarcó, además de la UNAM, la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes, la Escuela de Arte para Trabajadores de la Secretaría de Educación Pública, la ESIME del Instituto Politécnico Nacional y la Escuela Superior de Guerra.

Paralelamente a la actividad docente se dedicó, de manera fundamental, a la dirección escénica y, entre otros muchos montajes, estrenó varias obras de autores mexicanos como Emilio Carballido, Xavier Villaurrutia, Wilberto Cantón, Rafael Solana, Luis G. Basurto, etcétera.

En 1957 obtuvo el grado de maestro en la UNAM y escribió tres libros: la edición bilingüe (alemán-inglés) de *Poesía alemana desde Rilke*, publicado en Nueva York; *Teoría y técnica teatral* y *La televisión*.

El maestro Wagner perdió la vida en un accidente automovilístico el 19 de octubre de 1973.

Joaquín Xirau

Ramón Xirau

Joaquín Xirau, nacido en Figueras, al norte de Cataluña, en 1895, murió en México en un accidente en 1951. Se dirigía a dar sus clases a la Facultad de Filosofía y Letras, al viejo y hermoso edificio de Mascarones.

Muy joven profesor tanto en Zaragoza como en Salamanca —también en París y en Cambridge—, formó en España toda una generación de discípulos que hasta hoy lo recuerdan con afecto y nostalgia. De igual modo lo recuerdan quienes fueron sus alumnos en México, desde 1939 —final de la Guerra civil de España—, hasta sus últimos días. Personalidad entusiasta, fue Joaquín Xirau un hombre exacto y preciso para impartir cursos y seminarios; esos cursos que, según Jordi Maragall (uno de sus mejores discípulos), daba con "nervio" y con "rigor". ¿Cómo evocar su figura? Tal vez recordando algunos aspectos fundamentales —y todavía muy actuales— de su filosofía, a partir de *Amor y mundo*, ese libro publicado en México en 1940. Hermosamente escrito, *Amor y mundo* parte del análisis del *eros* griego, siempre unido con el *logos*, puesto que ambos son la expresión de una misma realidad. El amor cristiano, a su vez, es "comunicación de espíritus personales (*caritas*, *agape*). Al ser personal, el amor cristiano es el que más se acerca al Valor. Por lo demás, Ser y Valor no son términos exclusivos; son términos "relacionales". El Ser no existe en sí. Ser y Valor se conjugan para que el Ser adquiera "vida" y el Valor, por su parte, adquiera objetividad. Esta relación dinámica solamente se alcanza por medio de una conciencia amorosa, perceptora de valores. Escribía Joaquín Xirau: "[...] la actitud amorosa es una realidad específica e irreductible", realidad que, en esencia, se pone de manifiesto en la "abundancia de vida interior".

Preocupaba a Joaquín Xirau, desde sus años en Barcelona y durante sus años en México, el problema de la educación. Su idea de la educación estaba íntimamente ligada a su teoría del amor. Educar es hacer que el niño, el adolescente, el hombre, piensen en serio lo que piensan por sí mismos. El educador debe ser, por así decirlo, enérgicamente tolerante siempre que recordemos que la disciplina no destruye al amor: lo canaliza, lo encamina, lo orienta. Lo que debe hacer el educador es "vivificar" el espíritu, sobre todo si decimos con Ramón Lull —a quien Joaquín Xirau dedicó su último libro— que "el amor ha sido creado para pensar".

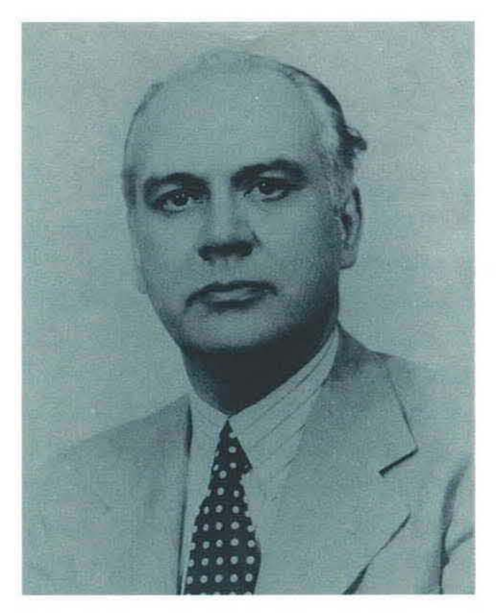
Vivamente influido por lo que encontró en México, Joaquín Xirau solía decir que aquí descubrió, a la vez, a México y a España. Quería decir que había descubierto aquella antigua España humanista —Vives, Nebrija, entre otros— que estaba presente en Las Casas, en Motolinia y, principalmente, en Vasco de Quiroga. Tradición que en el siglo

xx tendría una clara manifestación en la Institución Libre de Enseñanza, escuela de liberalidad y de humanismo que influyó en su vida y en su obra.

Joaquín Xirau pertenece no solamente a Barcelona, a Cataluña, a España, sino también a México, a este mundo ibérico que soñó alguna vez, libre, heterogéneo, unido.

Concluyo con el último párrafo del libro *Lo fugaz y lo eterno*:

> La vida es movimiento, riesgo, anhelo, entrega. Vivir es trascenderse y buscar en los ámbitos del mundo algo que haga la vida digna de ser vivida. Es posible que filosofar sea entonces no vivir. Pero en esto la filosofía coincide con la vida misma. También la vida plenaria es un constante "no vivir", desvivirse, y proyectarse más allá de la propia existencia en su afán insaciable de salvación. Y en este caso filosofar es vivir; vivir es filosofar.



Joaquín Xirau, 1945.

Ramón Xirau

Octavio Paz

La primera vez que vi o no vi a Ramón Xirau —pues no estoy seguro de haberlo visto— fue en un salón de la editorial Séneca, en una reunión de escritores españoles celebrada hacia 1940. Entre los asistentes se encontraba el filósofo español Joaquín Xirau, al que acompañaba un adolescente: su hijo, Ramón. Cruzamos entonces unas cuantas palabras y no volví a verlo.

Años después, en París, en 1947, recibí una carta con algunos poemas y un pequeño ensayo sobre la poesía. La firmaba Ramón Xirau. Los poemas me impresionaron por su limpidez y el ensayo por el arrojo y la claridad con que hablaba de un tema a un tiempo central y elusivo: la presencia en el poema. Es un tema poético y es un tema erótico, es un tema filosófico y es un tema religioso. El aquí, el allá y el más allá... Se inició entonces una correspondencia en la que mi joven corresponsal me hablaba de sus preocupaciones filosóficas y poéticas así como de sus amigos y compañeros. Me di cuenta de que una nueva generación de escritores había aparecido en México, como nos lo ha recordado, con gracia e inteligencia, el poeta Eduardo Lizalde. A mi regreso, en 1953, la correspondencia escrita se transformó en intercambio verbal entre dos amigos.



Edmundo O'Gorman y Ramón Xirau, 1954.

La presencia, nos ha dicho Ramón Xirau, es un misterio pero es un misterio que *vemos*. Como buen mediterráneo, afirma que las potencias invisibles encarnan en formas; asimismo, que las formas visibles y palpables manifiestan una esencia invisible. La presencia es la conjugación del aquí y el allá. En la presencia y por ella se revela la realidad de este mundo y la del otro, la realidad de los otros y la del Otro. No es extraño, por esto, que Ramón Xirau, además de ser autor de ensayos filosóficos notables haya también escrito algunos poemas excepcionales. En esos poemas la presencia del mundo es un misterio palpable: es el mar, el cielo, las barcas, los naranjos de la costa catalana, en fin, la realidad de su mundo —y el presentimiento de otro, ideal o espiritual.

Rubén Bonifaz Nuño y Verónica Volkow han destacado el diálogo continuo de Ramón Xirau con los poetas, sobre todo con los jóvenes. En efecto, la literatura mexicana le debe algunos ensayos esenciales sobre varios de nuestros poetas —Gorostiza, Villaurrutia— y la hispanoamericana otros no menos agudos, como el reciente sobre César Vallejo. Además, ha sido el amigo y descubridor de varios poetas jóvenes. Entre los que hoy son mayores recordemos a Aridjis y a Montes de Oca. Como crítico de poesía, como profesor de filosofía y como amigo de todos nosotros, Ramón ha sido siempre inteligente y abierto, atento y generoso. La fuente del asombro está en él viva e intacta todavía. Ése es el secreto de su admirable juventud espiritual. Ramón Xirau es joven porque es capaz de asombrarse. La admiración, que es el origen de

la poesía y la filosofía, es también una sabiduría: es un saber que nos reconcilia con nuestro destino incierto de hombres y nos lleva a ver con reconocimiento y sorpresa un hecho simultáneamente simple y misterioso, cotidiano e insólito: el hecho de estar vivos sobre esta tierra.

Durante una temporada Ramón Xirau y yo fuimos vecinos en San Ángel. Los Xirau viven cerca de la calle de Galeana y nosotros —mi mujer y yo— alquilamos una pequeña casa en esa calle. Hace unos quince años, al final de Galeana comenzaba una región indecisa, ni urbana ni campestre; más allá de las últimas casas podían verse colinas, árboles y chozas; el campo que rodeaba a nuestra ciudad. En las tapias había enredaderas y en el cielo, a veces, súbitos colibríes. Al caer la noche, veíamos a unos albañiles que regresaban de una obra en construcción. Después la calle se quedaba sola, como en espera de algo —quizá de la *presencia* que desvela a Ramón Xirau. Escribí entonces un pequeño poema en el que quise expresar la presencia de lo insólito en la realidad de todos los días. Se lo envié a Ramón Xirau, poeta, amigo y maestro de poetas, como un mínimo homenaje:

Por la calle de Galeana

A Ramón Xirau

Golpean martillos allá arriba
voces pulverizadas
Desde la punta de la tarde bajan
verticalmente los albañiles

Estamos entre azul y buenas noches
aquí comienzan los baldíos
Un charco anémico de pronto llamea
la sombra de un colibrí lo incendia

Al llegar a las primeras casas
el verano se oxida
Alguien ha cerrado la puerta alguien
habla con su sombra

Pardea ya no hay nadie en la calle
ni siquiera este perro
asustado de andar solo por ella
Da miedo cerrar los ojos.

Vera Yamuni Tabush.

Vera Yamuni

Ricardo Horneffer

Vera Yamuni, costarricense de nacimiento y posteriormente nacionalizada mexicana, llega a México en 1945 para llevar a cabo sus estudios en filosofía. A instancias de don Alfonso Reyes, ingresa al seminario del doctor José Gaos en El Colegio de México, en el que lleva a cabo su tesis de maestría, *Conceptos e imágenes de pensadores de lengua española*, y la de doctorado, *Procesos discursivos en pensadores de lengua española comparados con pensadores de otras lenguas*. Posteriormente, entre los trabajos que Vera Yamuni escribirá sobre la obra del doctor Gaos, destaca su libro *José Gaos. El hombre y su pensamiento*, en cuyo prólogo apunta:

> Al publicar este trabajo creo cumplir con la petición que varias veces me hiciera Gaos, la de escribir una biografía, complementaria de su propia autobiografía, solicitud que llegó a formular de su puño y letra en la dedicatoria que puso en la segunda página de su libro *Museo de filósofos*, el año 1960: "Para Vera, futura biógrafa de un pequeño filósofo".[1]

El interés de Vera Yamuni por la filosofía y la historia árabes, áreas en las que actualmente es una de las más importantes especialistas en la Facultad, se hizo patente desde los primeros años de su carrera. Al cursar la maestría, el doctor Samuel Ramos, director entonces de la Facultad, y el consejero del Departamento de Filosofía, doctor Francisco Larroyo, la autorizaron a estudiar, como segunda lengua clásica, árabe clásico, en vez de griego.

A principios del año académico de 1949, siendo Vera Yamuni maestra en Filosofía, se le encargó el curso de Lógica matemática, con el que, de hecho, se inaugura la enseñanza de esta disciplina en la Facultad. Este curso, que impartió a lo largo de cinco años, lo suspendió por haber obtenido una beca del Instituto Francés de América Latina, para estudiar lengua y cultura árabes, primero en l'Ecole des Langues Vivantes de París, posteriormente en la Universidad de Argel y finalmente en el Centre d'enseignement Practique de l'Arabe, en Líbano.

Desde su regreso a México, en 1960, obtiene Vera Yamuni en la Facultad de Filosofía y Letras una plaza de Profesor de carrera. Retoma su curso de Lógica matemática e imparte, entre otras, las asignaturas Filosofía árabe e Historia de los países árabes, cursos con los cuales inaugura, también, la enseñanza de este tipo de estudios orientales en la Facultad.

Pero no sólo; Vera Yamuni no se ha conformado con cumplir cabal-

mente con su responsabilidad dentro de la filosofía, que ella concibe como filosofía de la ciencia. Su interés por las ciencias naturales la llevó a estudiar, en la propia UNAM, la carrera de Médico cirujano, de la que se titula en 1973 y ejerce desde entonces.

Son pocas las personas, en realidad, que pueden llevar a cabo, de manera notable y comprometida, dos quehaceres, cada uno de los cuales requiere, desde perspectivas distintas, de un rigor y de una precisión particulares: Vera Yamuni ha sabido complementar una vida dedicada a la reflexión filosófica con un ejercicio profesional eminentemente práctico, como lo es la medicina.

[1] Vera Yamuni, *José Gaos. El hombre y su pensamiento.* México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1980, pp. 5-6. (Col. Seminarios)

Agustín Yáñez

Eugenia Revueltas

La imagen de un maestro se va construyendo a través de la voz y la memoria de los alumnos que a lo largo de uno o varios años y también y ¿por qué no? de una ocasión recibieron sus enseñanzas. Poliédrica imagen de luces y sombras de innumerables aristas y facetas. Memorioso rescate hecho de afectos y rechazos, de admiraciones apasionadas y glaciales indiferencias, de regocijada e irónica remembranza o de juvenil encono ya atemperado por la edad. Construcción de la imaginación y la memoria que salva del olvido ese fluir innasible y nostálgico de la vida estudiantil.

Yo no fui alumna del maestro Yáñez (1904-1980) aunque sí apasionada lectora de *Al filo del agua*, *Las tierras flacas*, *La creación*, *Archipiélago de mujeres* y *Flor de fuegos antiguos*. La figura del creador se alzaba poderosa e inquietante y poco correspondía a la imagen que proyectaban los que fueron sus alumnos y aun a las imágenes fotográficas que la prensa publicaba. Las fotografías me mostraban un hombre serio, adusto, de ojos y cabellos oscuros, mirada impenetrable y distante; cuando las veía me recordaban de alguna manera a Benito Juárez; tenía algo de marmóreo y hierático.

Para tratar de hacer una semblanza que explicara esta aparente paradoja acudí a aquellos que habían sido sus alumnos. Pregunté a José Luis González, Armida de la Vara, Arturo Souto y en el recuerdo a Luis Rius, cómo había sido su maestro Agustín Yáñez. Una mañana hablé a



Agustín Yáñez, Julieta Margarita Tapia y José Romano Muñoz, 1962.

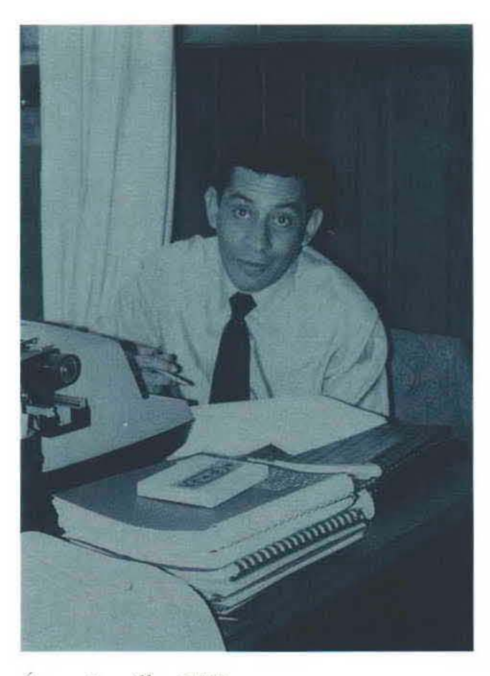
San José de Gracia y desde el *Pueblo en vilo* vino la voz siempre animosa de Armida: "Si, yo fui su alumna en Teoría literaria y todo el año estuvimos leyendo un enorme libro de autores alemanes ¡muy profundo y muy complicado! La verdad es que después de horas y horas nos quedamos como en la luna de Valencia". La imagen de un maestro deseoso de hacer participar a sus alumnos de sus conocimientos, de poner en sus manos instrumentos teóricos que les permitieran ser unos profesionales de la literatura es dominante en el recuerdo de sus alumnos.

No hacía mayores esfuerzos por ser brillante o divertido en sus clases, más bien el tono monocorde de su voz, la mesura de su expresión y aquella mirada que traspasaba a los alumnos como si no estuvieran ellos presentes, como si sólo dialogara consigo mismo, hicieron que muchos de sus alumnos consideraran sus clases un tanto aburridas, pero para los mejores de ellos, debajo de esa aparente grisura se ocultaba una inteligencia brillante y una acusada sensibilidad.

José Luis González recuerda cómo en el Seminario de creación literaria leía aquellas obras que por alguna cualidad, sea de composición, concepción o articulación verbal, podría servir como catalizadores de la capacidad creativa del alumno. Se trabajaba a veces con Proust, Flaubert o Morris West. El solo enunciado de estos nombres nos resulta, por lo menos, extraño, aunque según José Luis tal selección servía al funcionamiento del curso. José Luis recuerda cómo un día le llevo un grupo de cuentos ya editados y el maestro, tal vez distante pero

amable, le dijo: usted ya no necesita tomar este curso, es un escritor. A pesar e ello José Luis siguió asistiendo al curso.

Agustín Yáñez gozó de esa especie de *paraíso perdido* que fue la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones. Clases, conferencias y corteses, aunque distantes, charlas con los alumnos formaron el entorno vital de éste escritor y maestro que entregó tal vez lo mejor de sí mismo a nuestra Facultad.



Óscar Zorrilla, 1975.

Óscar Zorrilla

Jaime Erasto Cortés

Óscar Zorrilla (1934-1984) fue un universitario cabal. Su paso ha quedado registrado en el Teatro de Coapa, en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, en el Colegio de Letras, en el Posgrado y en el Sistema Universidad Abierta de nuestra Facultad.

Como jefe de División del SUA supo entender los fines y características del aprendizaje dirigido, por lo que trazó un perfil acorde sin soslayar una concepción administrativa indispensable. Impulsó, en consecuencia, la elaboración de planes de estudio propios y respaldó la preparación de los instrumentos escritos correspondientes. Este serio y responsable trabajo lo condujo merecidamente a la Coordinación General, desde donde buscó que tal modalidad educativa se ubicara con justo rango en el medio académico y escolar.

Lo anterior no resultó difícil porque a Zorrilla le bastó imprimir los rasgos de su persona (afabilidad, discreción, atingencia) y las cualidades de su intelecto (capacidad de análisis y de síntesis, exposición fundamentada de las ideas, habilidad para la planeación y la organización).

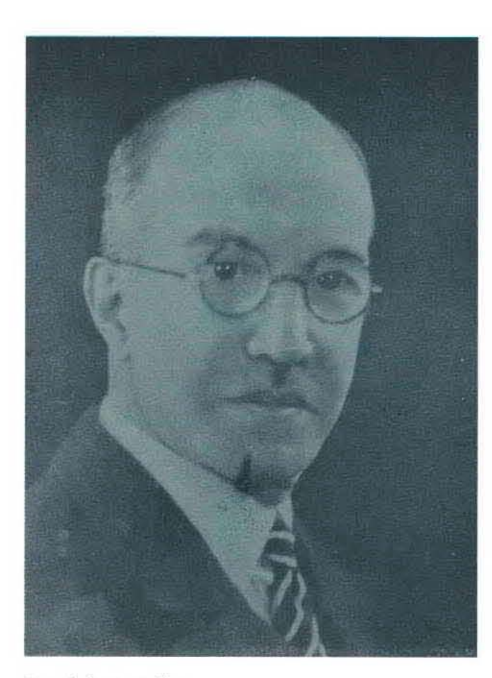
Quizás parezca obvia y gratuita la mención de dichos atributos; sin embargo, debe considerarse que se trataba de un hombre de letras empeñado en conducirse como un buen administrador. Así, las tareas inherentes a sus cargos se mezclaban, sin interferir, con: Artaud (*Metafísica de la escena*, 1967, *El teatro mágico de Artaud*, 1977), la cátedra de Literatura española de la Ilustración, el Seminario de estudios etnodramáticos, la narrativa de otros continentes (*La novela europea contemporánea*, 1978), la divulgación de las literaturas antiguas, la creación cuentística (*Ficción*, 1977), la enseñanza y la traducción de las lenguas, los textos didácticos (*Cómo leer teatro*, 1980), el cine de Kurosawa, *El idiota* de Dostoievski ("Al mundo lo salvará la belleza", 1985).

Empero, Óscar Zorrilla era un sujeto sobornable, pues no resistía el ofrecimiento de lo que endulzara su paladar, finamente elaborado o de común origen. A su vez, el doctor Zorrilla sobornaba con una bondad a flor de piel, que en repetidas ocasiones sobrepasaba el agradecimiento manifiesto de quienes recibieron de él apoyo, consejo, patrocinio ("Me es grato colaborar contigo y espero tú también tengas muestras de mi amistad viva").

Óscar Zorrilla mucho les quedó a deber a la Facultad de Filosofía y Letras y a la Universidad: más y mejores empeños. Mucho les quedó a deber a la literatura y al teatro: la apropiación sensible de las esencias humanas y artísticas. Mucho les quedó a deber a aquellos que trató y conoció: un creciente cúmulo de horas y de días. Y pensar que en un principio quiso ser contador.



Semblanzas de directores



Daniel M. Vélez.

Daniel M. Vélez

(1924)

Libertad Menéndez Menéndez

Las relevantes cualidades humanas, los sobresalientes méritos académicos y la excelente trayectoria profesional de Daniel M. Vélez permiten, sin duda, reconocerlo como un universitario prestigiado.

Incursionó en la docencia en el año 1886 como ayudante de preparador de Anatomía descriptiva en la entonces Escuela Nacional de Medicina; su experiencia y conocimientos en el campo de esta disciplina, particularmente en el de la Oftalmología, lo mantuvieron como profesor de esa Facultad hasta el año 1934, en el que el doctor Ignacio Chávez, director a la sazón de esa dependencia universitaria, lo propuso como profesor honorario consultor de Oftalmología y como director honorario *ad vitam* del Laboratorio de Investigaciones Oftalmológicas de la Facultad de Medicina de la ya para entonces Universidad Nacional Autónoma de México.

En sus casi cincuenta años como universitario se hicieron evidentes su calidad profesional y su vocación de maestro y educador; ello le valió, sin duda, que en 1924, por licencia concedida a don Ezequiel A. Chávez, fuera nombrado director de la Escuela Nacional de Altos Estudios.

Su presencia al frente de ella en ese año es significativa para la historia de nuestra institución, ya que recibió de manos de Ezequiel A. Chávez, el 11 de marzo de 1924, una Escuela de Altos Estudios destinada a desaparecer para dar vida, esencialmente, a dos dependencias: la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela Normal Superior.

Se comprende, por documentos de la época, que su cometido era llevar a feliz término el periodo de transición; en tal sentido, Daniel M. Vélez convirtió sus esfuerzos en logros rotundos.

Hizo posible que la Escuela Nacional de Altos Estudios muriera con la misma dignidad con que había nacido, justo catorce años antes; fue testigo, el 23 de septiembre de 1924, de la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, por decreto del entonces presidente Álvaro Obregón;

y, por último, sentó las bases y orientó las condiciones para organizar la vida académica de la institución recién creada.

En diciembre de ese año, con motivo del cambio de gobierno, presentó su renuncia como director de la Facultad de Filosofía y Letras para Graduados y Escuela Normal Superior, misma que le fue aceptada el 31 de ese mes.

Hasta donde sabemos, Daniel M. Vélez siguió siendo profesor de la Facultad de Medicina hasta 1934 y, al mismo tiempo, desempeñó honrosamente varias comisiones que la Universidad, la propia Facultad y el Gobierno mexicano le encomendaron. Murió en la ciudad de México en el año 1935.



Balbino Dávalos.

Balbino Dávalos

(1925-1928)

Libertad Menéndez Menéndez

Balbino Dávalos nació en la ciudad de Colima, Colima, en 1866. Abogado, diplomático, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, traductor, poeta y universitario distinguido.

Ingresó al servicio diplomático en 1897. En él se desempeñó como secretario de las legaciones en el Reino Unido y como secretario de las embajadas mexicanas en Estados Unidos de Norteamérica, Portugal, Suecia y Alemania.

Como traductor logró una labor sorprendente. Nos legó, en castellano, obras de Gautier, Verlaine, Leconte de Lisle-Adam, Poe, Whitman, etcétera. Dejó, asimismo, evidencia de su originalidad como poeta y escritor a través de varias publicaciones, entre las que destacan: *Ensayo de crítica literaria* (1901); *Las ofrendas* (1909); *Discursos* (1930) y otras.

Balbino Dávalos incursionó en la docencia en febrero de 1894, año en el que fue nombrado profesor interino en la Escuela Nacional Preparatoria. Desde entonces y hasta 1924 impartió, en esa institución, las asignaturas de Lengua española, Lengua nacional y Lectura comentada.

Sus méritos académicos y su lealtad nacional lo llevaron a ocupar, interinamente, la rectoría de la Universidad en el año 1920. Ello le permitió poner su excepcional talento al servicio de la institución.

En enero de 1925, poco después de la renuncia del doctor Daniel M. Vélez como director de la Facultad de Filosofía y Letras, se decretó el cierre temporal de ésta, a tan solo cuatro meses de haberse constituido; inhabilitada debido a problemas económicos en el país, quedó acéfala por necesidad. Tal condición produjo consternación en quienes

habían inyectado vida académica a la recién creada institución, lo que los motivó a volver la mirada hacia don Balbino Dávalos para que aceptase estar al frente de ella y dirigiera los trabajos conducentes. Sabedor, éste último, que en todo caso el nombramiento sería honorario, no vaciló en atender las demandas de los universitarios y aceptó, junto con ellos, trabajar sin remuneración alguna para impulsar el desarrollo académico de nuestra Facultad.

Así, el 26 de marzo de 1925 tomaba posesión como director honorario de la Facultad de Filosofía y Letras para Graduados y Escuela Normal Superior, con nombramiento oficial del presidente constitucional, para dirigir con decisión y firmeza los primeros pasos de una dependencia de la que hoy nos enorgullecemos.

Tal nombramiento fue ratificado al año siguiente, al tiempo que la disposición de clausura fue revocada.

Entre febrero de 1925 y julio de 1928, periodo durante el cual el doctor Dávalos enfrentó los avatares universitarios como director de la Facultad de Filosofía y Letras, se impulsaron los primeros planes de estudio formales de nuestra institución, se dio una estructura estable a su organización académica y se sentaron las bases para su franco desarrollo ulterior.

El 30 de julio de 1928, al abandonar en definitiva la dirección de la Facultad, se reintegró de lleno a su labor como docente; labor que, de suyo, fue relevante en todas y cada una de las cátedras que impartió tanto en la Escuela Nacional de Altos Estudios como en la Escuela de Verano y en la Facultad de Filosofía y Letras. Son de mencionarse, entre otras, las de Lengua y literatura castellanas, Filología románica, Literatura latina y Literatura griega.

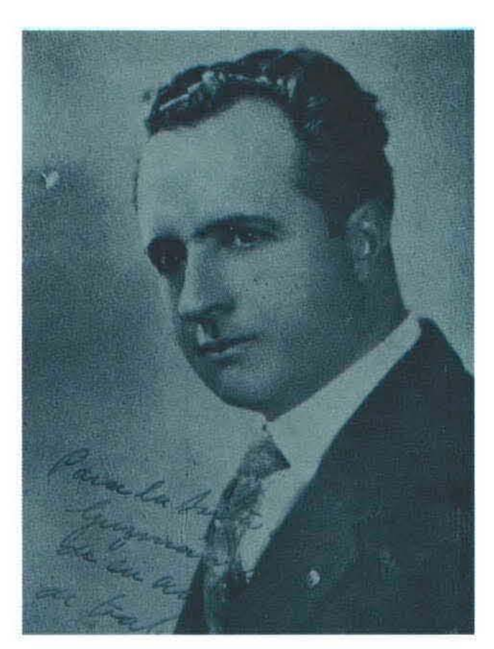
En 1945, el 16 de abril, el doctor Balbino Dávalos fue nombrado profesor honorario de la Facultad de Filosofía y Letras, jubilándose después de cincuenta y un años de labor universitaria. Murió en la ciudad de México en 1951.

Pedro de Alba Pérez

(1928-1929)

Libertad Menéndez Menéndez

Pedro de Alba nació en Jalisco en 1887, en el pintoresco San Juan de los Lagos. Médico de formación, egresado de la Escuela Nacional de Medicina en la ciudad de México, radicado en Aguascalientes, supo combinar, con acierto, sus intereses políticos y académicos.



Pedro de Alba Pérez.

Como consejero de Instrucción Pública, jefe de Salubridad y director de la Escuela Preparatoria de aquel estado, dejó evidencia clara de su capacidad y entrega; en su calidad de diputado al Congreso de la Unión por Aguascalientes, colaboró de manera destacada como redactor de la reforma constitucional y de la nueva Ley Orgánica de la Secretaría de Educación Pública. Su experiencia como universitario no fue menos rica; atendió con igual dedicación los encargos académico administrativos y la docencia. Ya desde 1915, antes de su partida a Aguascalientes, se inició como ayudante de profesor de la Clínica Propedéutica Médica en la Escuela Nacional de Medicina.

En 1927, de vuelta a la ciudad de México, se reintegró a su labor docente como catedrático de la Universidad Nacional y encaminó sus afanes hacia el análisis de la historia universal y contemporánea; impartió las asignaturas correspondientes a estos temas, de las que fue titular en la Facultad de Filosofía y Letras para Graduados y Escuela Normal Superior, desde ese año y hasta 1932.

En 1928, como consecuencia de la licencia concedida a Balbino Dávalos como director de nuestra dependencia, Pedro de Alba asumió interinamente ese cargo el 1 de febrero de ese mismo año. Más tarde, el 30 de julio siguiente, tomaba posesión como titular definitivo de la Dirección de nuestra Facultad.

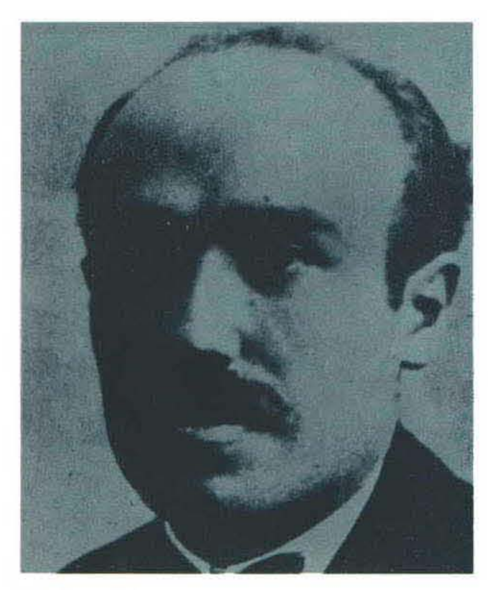
Su dedicación y su alto espíritu universitario constituyeron el eje rector de su actividad académico-administrativa. El desempeño de sus funciones como director fue en tiempo breve, pero sus iniciativas fueron determinantes para la reorientación de la enseñanza de las humanidades. Sirva de ejemplo aquélla en la que presentara, evidenciando por problemas académicos, técnicos y administrativos, la necesidad de escindir la Facultad de Filosofía y Letras de la de Graduados y Escuela Normal Superior, propósito que logró en los primeros días de 1929; así, quedó suprimida la inadvertida Facultad para Graduados y desligadas las otras dos, manejándose, cada una de ellas, con presupuestos independientes. Fue entonces cuando se levantó nuestra Facultad, libre y vigorosa, en busca de su consolidación académica.

Correspondió a otros ilustres universitarios conducirla hacia nuevos horizontes ya que Pedro de Alba, por decisión del H. Consejo Universitario, abandonó la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras para tomar posesión como director de la Escuela Nacional Preparatoria el 13 de julio de 1929, cargo que desempeñaría hasta 1933.

Pedro de Alba fue, sin duda, un intelectual destacado. No sólo fue colaborador de varios periódicos nacionales y extranjeros, sino que su bibliografía es abundante y variada.

En 1936 inició una brillante carrera diplomática. Ocupó altos cargos en la Unión Panamericana y fue embajador de nuestro país en Chile y en la Organización Internacional del Trabajo.

En funciones como embajador extraordinario y plenipotenciario, encargado de la Delegación Permanente de México en Ginebra, Suiza, le sorprendió la muerte en 1960.



Mariano Silva y Aceves.

Mariano Silva y Aceves
(1929)

Libertad Menéndez Menéndez

Mariano Silva y Aceves, michoacano de la Piedad Cabadas, nació el 26 de julio de 1887.

Abogado de formación, concluyó sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en la ciudad de México. De personalidad recia y controvertida, poco político y amante de las letras, es conocido, principalmente, como escritor, filólogo, novelista y cuentista. En ese renglón fue fecundo; puede destacarse una bibliografía profusa y variada. Se dio a conocer con *Arquilla de marfil*, en 1916, libro al que siguieron, entre otros, *Casa de virgen animula; Campanitas de plata; Virgilio, poeta mexicano; Conozca a México; Estudio de formas del español en México; Aventuras del tío Coyote* y *Muñecas de cuerda*. Fue editorialista de *El Heraldo de México* y de *El Nacional*. En sus colaboraciones saltaban a la vista —como lo señala Julio Torri en su libro *Mariano Silva y Aceves. El Cuentista*— una extraña ironía y un fino humorismo.

Por los universitarios, y en particular por los humanistas, Mariano Silva y Aceves no sólo se ha identificado como escritor original y luminoso, hábil para mezclar lo absurdo con lo cotidiano, sino como poseedor de un carácter incorruptible y emprendedor y de un don que hace que a ciertos maestros se les conozca como "el *domine*", en el mejor sentido, por su excelencia.

Tal reputación no es infundada; ya en 1913, cuando Ezequiel A. Chávez impulsó el primer Plan de estudios formal de la entonces Escuela Nacional de Altos Estudios, Mariano Silva y Aceves recibió del presidente de los Estados Unidos Mexicanos nombramiento como profesor del curso de Lengua y literatura latinas, asignatura de la que sería titular durante cerca de veinticinco años.

Ejerció como docente, además, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Facultad de Ciencias Químicas, en la Escuela de Verano y en la Facultad de Filosofía y Letras. En ellas impartió, al mismo tiempo que Lengua y literatura latinas, los cursos de Dibujo y trabajos manuales,

Gramática castellana, Literatura, Español, Literatura romántica, Literatura medioeval castellana y Filología.

Como funcionario universitario desempeñó cargos relevantes. En 1921, tras la gestión de José Vasconcelos al frente de la Universidad, y de su nombramiento como titular de la para entonces recién creada Secretaría de Educación Pública, Mariano Silva y Aceves se hizo cargo de la Rectoría entre el 12 de octubre y el 12 de diciembre del mismo año. Posteriormente, el 13 de julio de 1929, con más de quince años de antigüedad como profesor, fue encargado interinamente, por Ignacio García Téllez —a la sazón, rector— de la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras, puesto que desempeñaría tan sólo siete días.

Su acusada personalidad no le facilitó su tránsito como funcionario pero tampoco le impidió realizar iniciativas académicas de gran alcance. En los escasos siete días que estuvo al frente de nuestra Facultad, Mariano Silva logró integrar la Academia de Alumnos en atención a una reglamentación, entonces recién aprobada. Asimismo, en enero de 1937, los miembros del Instituto de Investigaciones Lingüísticas, dependencia que impulsara el propio Silva y Aceves años antes, le encargaron a éste último que presentara a la consideración de la Academia de Profesores y Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras un proyecto académico, del que era prácticamente su creador, y que daba una nueva orientación a la Sección de Letras.

A partir de su aprobación, en febrero de 1937, dicha Sección comenzó a otorgar, además de los grados de maestro y doctor en Letras, los de Lingüística románica y Lingüística indígena.

Independientemente del poco tiempo que estuvieron en vigor tales especialidades podemos afirmar, sin duda, que dicha iniciativa traería como consecuencia, poco tiempo después, la creación de estudios hoy reconocidos como indispensables. Mariano Silva y Aceves no tuvo la fortuna de constatarlo ya que falleció, en la ciudad de México, el 24 de noviembre de 1937.

Antonio Caso

(1929–1933, 1938–1940)

Rosa Krauze

Antonio Caso nació en la ciudad de México en 1883 y muere en 1946 en el mismo sitio. Fue doctor *honoris causa* y profesor emérito de la UNAM. Asimismo, fungió como director honorario de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, y fue también rector de la UNAM (1920-1922-1923).



Antonio Caso y José Natividad Macías

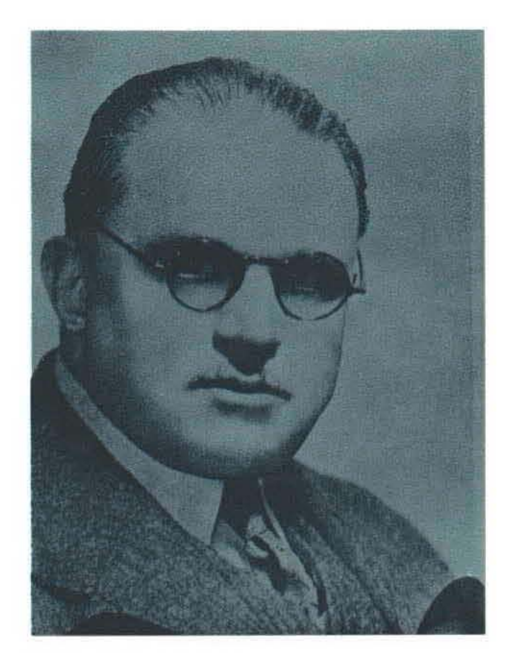
La obra de Antonio Caso se desenvuelve en varias direcciones: divulgación, docencia, política universitaria y publicaciones. Miembro fundador y primer presidente del Ateneo de la Juventud (1908), junto con José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, inicia en México una cruzada de renovación cultural que culminaría con el rechazo a la educación positivista y la restitución de los estudios filosóficos en las aulas. En 1913 inaugura las cátedras de filosofía en la recién fundada Escuela de Altos Estudios (de la que llegó a ser director en varias ocasiones) y comienza a impartir conferencias programadas por la Universidad Popular —creada el mismo año por el Ateneo—, con el objeto de llevar al pueblo rudimentos de cultura superior. Las conferencias se impartían en los talleres y centros de agrupación popular y se completaban con visitas a los museos, excursiones, etcétera. Extendió su labor de divulgación a Sudamérica, a donde viajó en 1921 como embajador extraordinario (Perú, Chile, Uruguay, Brasil y Argentina), para estrechar lazos culturales. Perteneció a las más altas corporaciones intelectuales del país, y en 1943 fue miembro fundador de El Colegio Nacional.

Lo anterior no le impidió escribir y cultivar su actividad docente. Durante treinta y cinco años fue sucesivamente profesor de Ética, Estética, Epistemología, Historia de la filosofía, y Filosofía de la historia en la Facultad de Filosofía y Letras, de Sociología en la Facultad de Derecho y de Lógica y Metodología en otras instituciones. Defensor de la libertad de cátedra y el pluralismo ideológico, luchó en favor de la autonomía universitaria y en contra de cualquier filosofía oficial. Fue profesor eminente. Enseñó las más diversas corrientes filosóficas y

fomentó el conocimiento de las circunstancias nacionales para evitar imitaciones extralógicas.

Sus inquietudes filosóficas lo inclinaron hasta el antiintelectualismo y el intuicionismo (incluyendo todo tipo de intuiciones, desde la empática, volitiva, eidética, etcétera), como formas de explorar desde diferentes ángulos la experiencia total, exploración que tampoco podía desdeñar las aportaciones de las ciencias, pero sin reducirse a éstas. Su preocupación por problemas morales y existenciales lo condujo a escribir (entre 1916 y 1919) su obra capital *La existencia como economía, como desinterés y como caridad,* que auguró un existencialismo cristiano (al ver en la caridad y la esperanza categorías exclusivas de la existencia humana), y entre su numerosa bibliografía también cabría mencionar *El problema filosófico de la educación*; *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores*; *El problema de México y la ideología nacional*; *Principios de estética*; *Sociología genética y sistemática*; *El peligro del hombre* y *La persona humana y el estado totalitario*. Durante toda su vida escribió en la prensa y en revistas especializadas artículos que recogió en sus libros *Problemas filosóficos*; *Filósofos y doctrinas morales*; *Ensayos críticos y polémicos*; *Discursos a la nación mexicana*; *Discursos heterogéneos*, etcétera.

Recibió de Francia las Palmas Académicas y de Alemania la Medalla *Goethe Für Kunst und Wissenschaft*. Fue doctor *honoris causa* de las universidades de Río de Janeiro, San Marcos de Lima y la Universidad de la Habana. México lo proclamó el Maestro de la Juventud.


Enrique O. Aragón.

Enrique O. Aragón
(1933-1938)

Libertad Menéndez Menéndez

Oriundo de la ciudad de México, Enrique O. Aragón nació el 22 de marzo de 1880.

Médico cirujano y partero especializado en psiquiatría y neurología, ingresó en 1905 como preparador de Física e Historia natural médicas en la Escuela que lo formara como profesional. En efecto, la Escuela Nacional de Medicina abriría sus puertas a quien fuera su discípulo distinguido; ello le permitiría, a este último, descollar como médico eminente e ilustre profesor y universitario.

Como médico fue miembro titular de la Academia Nacional de Medicina durante treinta y un años; practicante supernumerario de la sala de cirugía mayor en el Hospital de San Andrés; médico adjunto

de comisaría, médico inspector auxiliar sanitario, médico inspector de cuartel, presidente de la Sección de Psiquiatría y Enfermedades Nerviosas en la Academia Nacional de Medicina y director del Instituto de Psicología y Psiquiatría, en 1936, en la ya para entonces Universidad Nacional Autónoma de México.

Como profesor, impartió cátedra a lo largo de treinta y seis años; como tal se desenvolvió en las escuelas normales primarias para maestras y maestros, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela Nacional de Altos Estudios y en las facultades de Jurisprudencia y Filosofía y Letras desde la época, en esta última, de Graduados y Escuela Normal Superior. En todas ellas se distinguió por sus profundos conocimientos en el campo de la psicología y en especial de la psicología experimental.

Como universitario supo identificarse con nuestra institución. No sólo siguió paso a paso su progreso sino que estuvo siempre dispuesto a colaborar en lo que fuera necesario. Tal disposición, aunada a su compenetración con el ser y quehacer de la Universidad, lo llevó, sin duda, a aceptar en ocasiones interinatos diversos; así, accedió a fungir como director interino de la Escuela Nacional Preparatoria en 1915 y en 1921, como rector interino de la Universidad, de octubre a noviembre de 1934 y, finalmente, probada su eficacia, fue nombrado director titular de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que desempeñó de 1933 a 1938.

Tales distinciones no fueron casuales. Enrique O. Aragón fue un continuo estudioso de su disciplina y de todo aquello que pudiera ampliar sus horizontes para comprender la psique humana; ello le condujo, sin duda, a graduarse como doctor en Filosofía, al amparo de nuestra Facultad, en los últimos días de noviembre de 1929, con una tesis intitulada *El fondo emocional de la histeria. Las conexiones psicofísicas*.

Desde entonces orientó sus esfuerzos docentes en las asignaturas: Psicología del lenguaje, Técnica psicológica de laboratorio, Psicología genética y Estadística y nomografía psicológicas, materias que impartió, asimismo, en nuestra dependencia. Ya como director de ella, impulsó el establecimiento de la maestría y el doctorado en Ciencias Geográficas y de una maestría en Ciencias Políticas que, al parecer, no operó; apoyó con vehemencia a Mariano Silva y Aceves en su proyecto de creación de las maestrías y doctorados en Lingüística Románica con base en español y en Lingüística Indígena, que cristalizaron con su apertura en 1937. Reorientó, con sólidos argumentos, los cuadros correspondientes a las asignaturas obligatorias de las maestrías en Letras y Filosofía y reconstituyó las secciones de Ciencias de la Educación y de Ciencias Históricas y Geográficas.

Al abandonar la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras, en junio de 1938, prosiguió como profesor a cargo de las materias en las que era especialista reconocido. Como tal, le sorprendió la muerte en la ciudad de México, el 15 de junio de 1942.

Julio Jiménez Rueda en la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones.

Julio Jiménez Rueda, fundador del Centro de Estudios Literarios de la UNAM

(1938, 1942-1944, 1953-1954)

Aurora M. Ocampo

Conocí a don Julio en 1956, cuando él y María del Carmen Millán, maestros de Literatura mexicana en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, nos invitaron, a Ernesto Prado, Ana Elena Díaz Alejo y a mí, estudiantes entonces de la maestría en Lengua y literatura españolas, a formar parte del recién fundado Centro de Estudios Literarios, del cual fue también su primer director.

Aunque ya conocía al maestro por referencias (había sido amigo de mi padre en la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde ambos habían trabajado) y por sus libros (especialmente su *Historia de la literatura mexicana*, que junto con la de Carlos González Peña, eran entonces las únicas fuentes de consulta sobre la historia de nuestra literatura), el conocerlo personalmente me permitió ponerme en contacto directo con el maestro, con un maestro sereno y muy generoso, dispuesto siempre a compartir tanto sus conocimientos como su tiempo con los que se lo demandaban.

El estudio de la literatura mexicana y de la cultura de nuestro país en general fue, para don Julio Jiménez Rueda, toda su vida. Las estudió, las difundió, las enseñó y cuatro años antes de su muerte vio cumplido un sueño largamente acariciado por él: fundar un centro de estudios literarios; no podía entender cómo, en una Universidad de la importancia de la nuestra, no existiera una institución que se dedicara al estudio de la literatura, en la que se debía empezar por casa, es decir, por un estudio e investigación sistematizados de la literatura mexicana.

La generosidad del maestro Jiménez Rueda no tuvo límites cuando, un año antes de morir (en 1960), nos legó su biblioteca, misma que ha sido el núcleo y fundamento de la que hoy gozamos dentro del Instituto de Investigaciones Filológicas, al cual el Centro pertenece desde 1973.

Como maestro y director del Centro de Estudios Literarios nos heredó, a todos los que en esos años (de 1956 a 1960) formamos parte del personal académico del Centro, su entusiasmo y perseverancia en el estudio de la literatura mexicana, desde María del Carmen Millán, su ex alumna y secretaria del Centro durante su gestión como director, hasta el último de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras que pasaron por el Centro en busca de apoyo y asesoramiento para la elaboración de sus tesis.

Tanto él como María del Carmen Millán nos alentaron y apoyaron en la creación de una revista de los estudiantes de la Facultad de Filo-

sofía y Letras, a la que pusimos por título *Letras Nuevas*, la cual se publicó de 1957 a 1959. Precisamente en el número 1, correspondiente a noviembre-diciembre de 1957, Gustavo Luis Carrera, uno de sus alumnos y hoy director del Centro de Estudios Literarios de la Universidad de Caracas, Venezuela, reseñó uno de sus libros: *Estampas de los Siglos de oro*; y yo reseñé otro: *Historia de la cultura en México. El mundo prehispánico*, en el número 2-3, de enero-abril de 1958.

El interés de Julio Jiménez Rueda por la literatura y la cultura en México abarcó desde lo logrado antes de la llegada de los españoles a América, tanto aquí como en España, hasta nuestros días, en más de veinte volúmenes indispensables para entender el devenir de nuestras letras y nuestra historia. Jiménez Rueda no sólo fue investigador y maestro; con sus narraciones y teatro tuvo un lugar importante dentro del núcleo de nuestros creadores, parte de su narrativa perteneció a la del grupo llamado de los "colonialistas" con narraciones que evocan la vida y costumbres de los mexicanos en tiempo de la Colonia. En su teatro evocó no sólo la Colonia y la vida de sor Juana Inés de la Cruz, sino al Segundo Imperio, con *Miramar*, y a la sociedad de su tiempo, con comedias y dramas como *Lo que ella no pudo prever*, *La caída de las flores* y *Tempestad sobre las cumbres*, entre muchas otras.

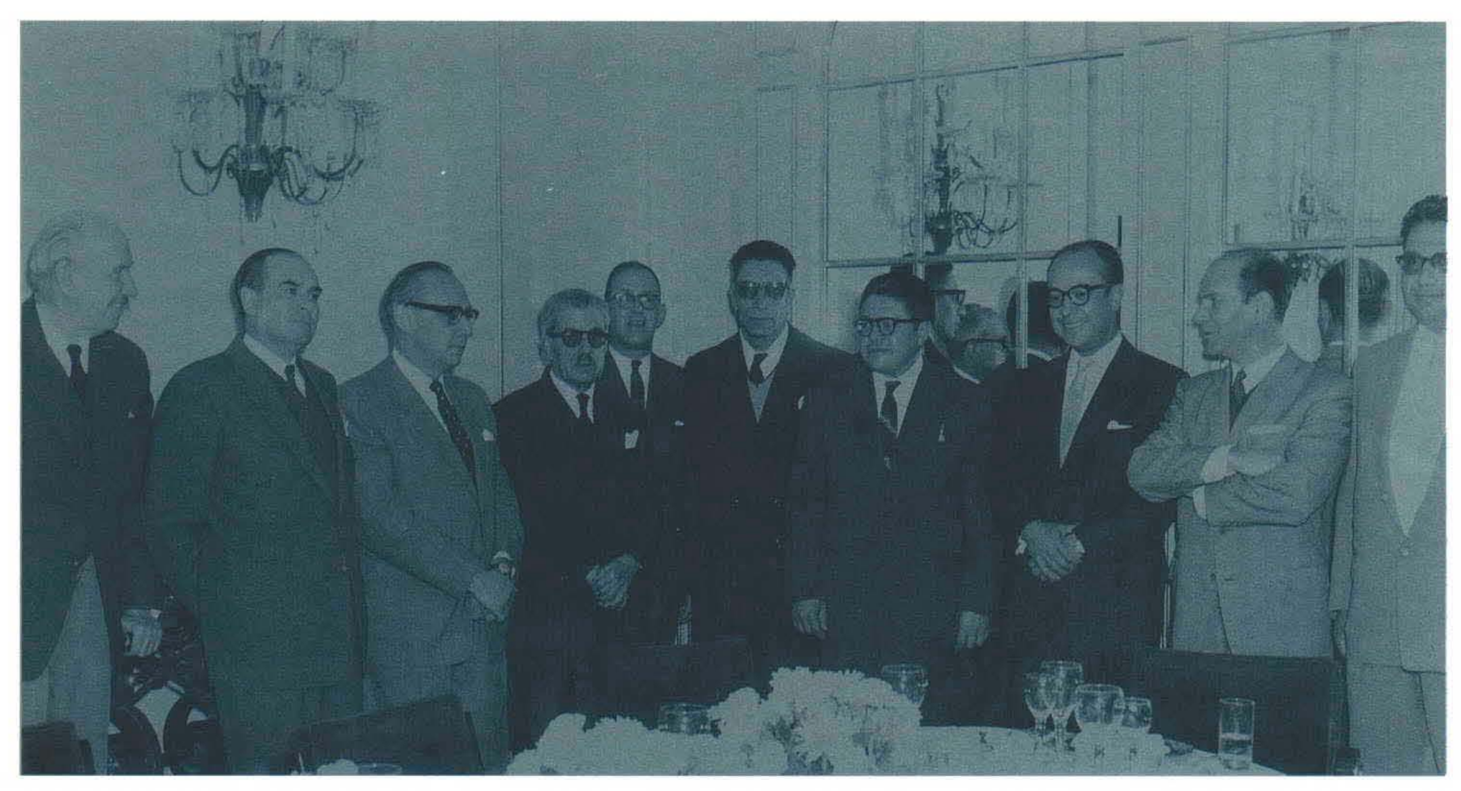
Eduardo García Máynez, iusfilósofo non

(1940-1942, 1953)

Fernando Flores-García

El eminente iusfilósofo mexicano, doctor Eduardo García Máynez (1908-1993), fue una figura señera incomparable, a tal extremo que ha sido el único universitario que mereció ser profesor e investigador emérito de la Universidad, a la que sirvió fiel y apasionadamente desde sus primigenias clases de Ética en la Escuela Nacional Preparatoria, recién llegado de sus importantes estudios en Berlín y en Viena; lo anterior, seguido de una trayectoria luminosa de profesor y a la vez de investigador, hasta llegar a ser secretario general de la Máxima Casa de Estudios de México.

Dotado de una inteligencia singular, que alcanzó cumbres de creatividad, fue un intelectual incansable cuya producción rebasó las doscientas publicaciones, vertidas en varios idiomas, que se inician en el ya lejano 1934 y continuaron hasta el presente decenio. Basta recordar su empeño excepcional de superación académica al empezar a estudiar griego cuando ya había cumplido los sesenta años de edad, y no



Pablo Martínez del Río, Eduardo García Máynez, Roberto Mantilla Molina, Lucio Mendieta y Núñez, Justino Fernández, Francisco Larroyo, Nabor Carrillo Flores, Rubén Vasconcelos, Manuel Alcalá y Rafael Moreno Montes de Oca, 29 de enero de 1960.

quedar satisfecho sino hasta dominar ese idioma, para dar paso a sus espléndidas obras *La concepción aristotélica de la justicia*, y los tres tomos de *Teorías sobre la justicia en los Diálogos de Platón*.

Empero, no fue el aspecto cuantitativo de su obra el que lo caracterizó y distinguió, sino la alta calidad de su meritísima actuación como maestro e investigador que se estampó de manera indeleble e inmortal en sus libros y ensayos. En efecto, como mentor en las facultades de Filosofía y Derecho, su presencia carismática, su porte erguido y aristocrático, su voz clara y bien timbrada, a la par de su elocuente, sabia, clara y didáctica exposición, eran un deleite para los alumnos que le oíamos absortos y atentos —qué digo atentos, arrobados— por la magistral exposición que ha dejado una huella inigualable en sus alumnos y en los que lo escuchamos en ponencias, congresos, cursillos o como conferenciante, ya en el Colegio Nacional, del que fue sólido pilar, o en infinidad de universidades del país y del extranjero.

En el campo de la filosofía, el inolvidable y erudito García Máynez, además de profesar en esta Facultad las asignaturas de Filosofía griega y de Ética, fue designado dos veces como su recto y digno director. En 1940 funda el Centro de Estudios Filosóficos que, al transcurrir los años (muchos de ellos bajo su dirección), se ha constituido en el Instituto de Investigaciones Filosóficas, que ocupa un lugar destacado tanto entre nosotros, como por su renombre internacional. Con ulterioridad, su iniciativa prohija la *Revista de Filosofía y Letras*, el *Boletín*

bibliográfico del Centro de Estudios Filosóficos, y crea y dirige la prestigiada revista *Dianoia*.

Entre sus escritos filosóficos hay que mencionar *Tres sistemas de filosofía de la historia*; *El problema de la objetividad de los valores*; *Reflexiones sobre el utilitarismo*; *Objetivo de conocimiento y objeto estético*; *Antonio Caso, pensador y moralista*; *Igualdad y justicia en el pensamiento de Hans Nef*; *Relaciones entre moral y derecho, Validez formal y material en sentido jurídico-positivo y validez objetiva e intrínseca en sentido axiológico*; *El problema de la libertad moral en la ética de Hartmann*; *Subjetivismo ético individualista y subjetivismo ético social*.

En el área del derecho hay unanimidad al catalogar a don Eduardo, junto con el doctor Mario de la Cueva, como los dos juristas mexicanos más relevantes del siglo. Así, su marcha estelar como docente en las cátedras de Filosofía del derecho y de Introducción al estudio del derecho son recordadas y valoradas como auténticos ejemplos del bien pensar y del bien decir, ora en la licenciatura, ora en el doctorado.

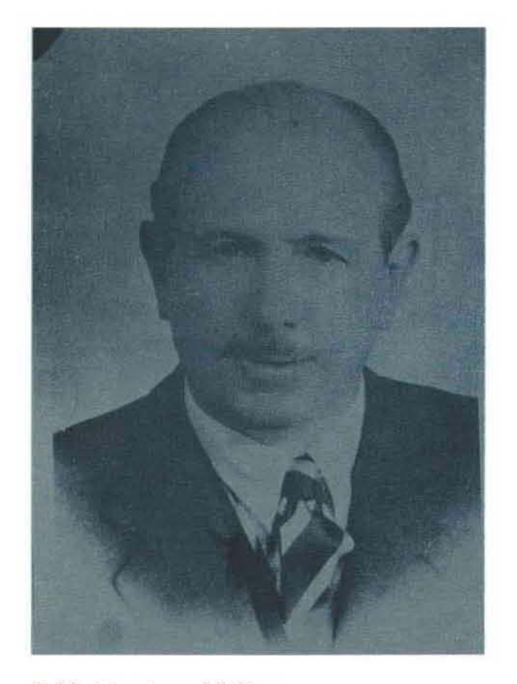
La literatura jurídica del maestro García Máynez no tiene paralelo por su rigor y profundidad científica, por su elegancia y pulcritud en el estilo, así como por la meridiana claridad; por ello la exitosa recepción y preferencia de miles de sus lectores, y de una interminable sucesión de generaciones de abogados, jueces, en fin, de los profesionales que lo tuvieron con el "clásico" libro de texto y en el que dieron sus balbuceantes primeros pasos en la ciencia jurídica: *Introducción al estudio del derecho*, que ha sumado más de cuarenta ediciones, de varias decenas de miles de ejemplares muchas de ellas. De la misma forma, tenemos *La filosofía del derecho*; *Ensayos filosófico-jurídicos*; *Diálogos jurídicos*; *Positivismo jurídico*; *realismo sociológico y iusnaturalismo*; *La definición del derecho, ensayo de perspectivismo jurídico*; *Introducción a la lógica jurídica*; *Libertad como derecho y como poder*; *Teoría general del derecho y del Estado* (traducción de la obra monumental de Hans Kelsen quien, por cierto, al comentar el homenaje mundial que organizamos al maestro García Máynez en 1973, manifestó que García Máynez era el mayor impulsor de la filosofía del derecho en México, una verdadera autoridad mundial, y que lo había superado en sus estudios de lógica jurídica).

Por fortuna y por justicia, a nuestro venerado y querido maestro se le prodigaron los premios y reconocimientos: al reanudarse el doctorado en Derecho en 1949, se le otorgó ese grado ex oficio; el premio "Elías Sourasky" en ciencias en 1971; el Premio Nacional de Filosofía, 1976; el premio jurídico anual "Maestro Emérito Jorge Sánchez Cordero", en 1982; la medalla "Belisario Domínguez", concedida por el Senado de la República, en 1987; la UNAM le entrega el doctorado *honoris causa* y el Premio Universidad en el mismo año.[1] Otras múltiples preseas de universidades mexicanas y de allende las fronteras le fueron

conferidas al universitario sin par que, además, siempre fue un hombre recto, valiente en sus opiniones y en su acción en favor del estudiantado y del gobernado, íntegro defensor de los derechos humanos y cabal humanista.

Sin duda, magna o minúscula, el doctor Eduardo García Máynez fue durante mucho tiempo un legendario personaje, y ahora y para siempre será recordado como el sabio y recto caballero, el noble hidalgo de la iusfilosofía.

[1] Asimismo, se le distingue designándolo como Investigador Nacional en la máxima categoría (Sistema Nacional de Investigadores).



Pablo Martínez del Río.

Pablo Martínez del Río

(1944-1945)

Jaime Litvak King

Don Pablo Martínez del Río nació en la ciudad de México en 1892 y murió en la misma población en 1963. Estudió en Oxford y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, donde se doctoró.

La carrera del doctor Martínez del Río tiene muchos aspectos en cuanto a los campos que le interesaron en la investigación y en la enseñanza. Como maestro dio inglés en el Conservatorio Nacional y en la Escuela de Verano de la Universidad. Allí impartió clase de Historia de México. En la Escuela Nacional de Antropología, y en su departamento antecesor, en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico, fue catedrático de Arqueología clásica y de Prehistoria y Protohistoria, materias que también enseñó en el Mexico City College.

Muy importante en su docencia fue su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras, donde estuvo activo desde 1929 hasta el año de su muerte.

Las clases de don Pablo en la Facultad son un compendio enciclopédico de la universalidad, de su cultura y de la multiplicidad de los campos que interesan a nuestros estudiantes. Enseñó Prehistoria, desde luego, pero también dio Historia general, Historia antigua, Edad Media, Geología y Literatura inglesa. Dirigió la Facultad entre 1944 y 1945.

El doctor Martínez del Río trabajó como investigador en numerosas instituciones; entre ellas estuvieron el Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde fundó el Departamento de Prehistoria, del que fue su primer director, y la Escuela, que dirigió hasta su muerte. En la

Universidad fue, con Rafael García Granados, el promotor de la fundación del Instituto de Historia, del que fue también su primer director, de 1945 a 1949.

Pablo Martínez del Río lo dedicó su trabajo de investigación a la arqueología, en la que también abarcó varios aspectos. Uno de ellos se concentró en el estudio de Tlatelolco, en donde dirigió varias temporadas de excavación entre 1944 y 1948, durante las cuales se exploraron varios de los edificios más importantes de esta ciudad gemela y contemporánea de Tenochtitlán, y de la que se publicó, bajo su guía, una serie muy importante de publicaciones que se conocen genéricamente como *Tlatelolco a través de los siglos*, que reseñan las fuentes del sitio y los hallazgos e interpretaciones de las excavaciones que se llevaron a cabo en la investigación histórica; incluye publicaciones como *La comarca lagunera a fines del siglo XVI y principios del XVII.*

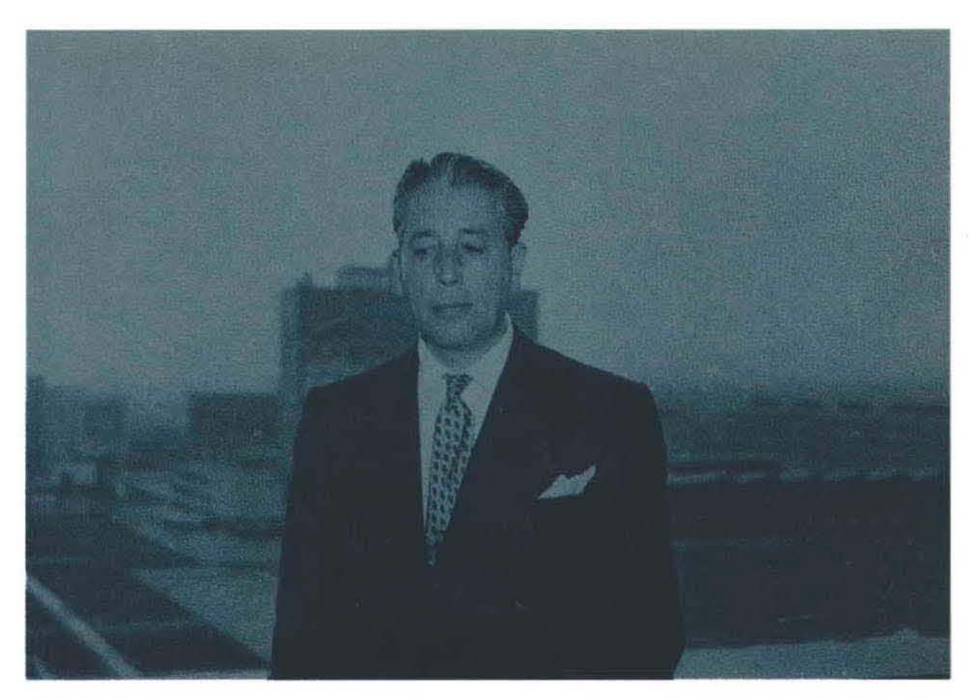
Algunas de las publicaciones más importantes del doctor Martínez del Río: de Ignacio Bernal, *Bibliografía de arqueología y etnología de Mesoamérica y el Norte de México.* México, INAH, 1962; *Temas recientes de prehistoria y arqueología.* México, 1933; "Los cazadores del Mamut". México, 1933; *Los orígenes americanos.* México, Porrúa, 1936; "La domesticación, el maíz y el problema de la antigüedad del hombre en América". Universidad de la Habana, 1939 [en inglés como *"The antiquity of maize cultivation in America".* México, 1939]; "Resumen de trabajos arqueológicos", en *Tlatelolco a través de los tiempos*, 1944; "Vista aérea de Santiago Tlatelolco" en *Tlatelolco a través de los tiempos*, 1944; "El poblamiento primitivo de América", en *México Prehispánico*, México, 1946; "El hombre fósil de Tepexpan", 1947; "El mamut de Santa Isabel Iztapan", 1952; "La cueva mortuoria de La Candelaria, Coahuila", 1953; *"A Preliminary Report on the Mortuary Cave of Candelaria, Coahuila, México"*, 1953; con Luis Aveleyra Arroyo de Anda, Manuel Maldonado Koerdell e Ignacio Bernal, *Cueva de la Candelaria*, 1956.

Samuel Ramos

(1945 a 1953)

Ricardo Guerra Tejada

Samuel Ramos nació en Zitácuaro, Michoacán, el 8 de junio de 1897. En 1919 conoce a Antonio Caso y deja la medicina. Termina sus estudios en 1922 y se dedica a la filosofía y a la enseñanza. En 1927 viaja a Europa, estudia en la Sorbona, en el Colegio de Francia y en la Univer-



Samuel Ramos.

sidad de Roma. A su regreso ocupa puestos en la Secretaría de Educación Pública: oficial mayor y jefe de Cooperación Intelectual.

En 1944 obtiene su doctorado en Filosofía en la UNAM y es director de la Facultad de Filosofía y Letras desde ese año hasta 1948; es reelecto y termina en 1953. Fue un excelente director.

Más tarde fue coordinador de Humanidades de la UNAM. En 1952, miembro del Colegio Nacional. Fue maestro de carrera de la Facultad hasta su muerte prematura en 1959, el 20 de julio, a los 62 años. Su obra filosófica fue decisiva en la historia de la filosofía en México. Fue maestro y amigo generoso. De muy pocos como de Samuel Ramos puede decirse, que "fue un hombre, en el mejor sentido de la palabra, bueno".

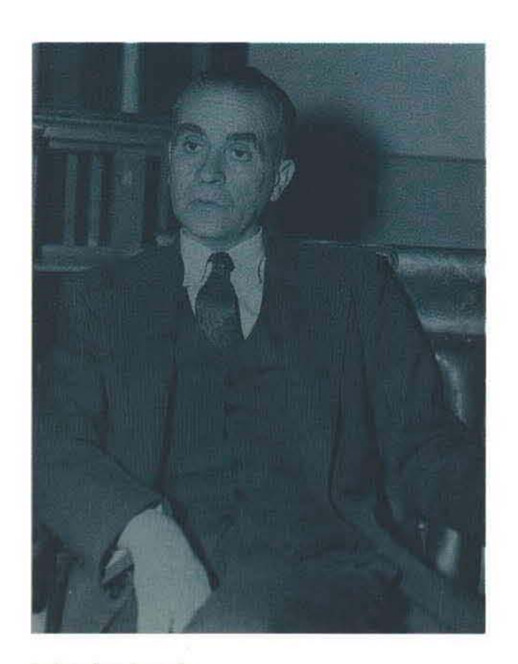
En la historia de las ideas en México, Samuel Ramos ocupa un lugar excepcional. Representa, ante todo, el cambio frente a las concepciones de Antonio Caso y José Vasconcelos, y la búsqueda de una filosofía y una cultura propia mexicana, como síntesis de lo nacional y de lo universal.

A partir de la Revolución, y sobre todo a fines de los años veintes, considera Ramos que México ha sido descubierto. Un fuerte movimiento nacionalista que ha encarnado en López Velarde, Diego Rivera, Mariano Azuela y muchos otros, confirma su idea y se propone desarrollarla en el campo de la filosofía. En una frase de Ortega y Gasset descubrí, escribe Ramos, una norma aplicable a México: "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo". En su obra se propone Samuel Ramos definir la circunstancia mexicana, las modalidades propias de nuestra cultura y la fisonomía peculiar del hombre mexicano.

En 1934 publica *El perfil del hombre y la cultura en México*, donde explora y explica el pasado histórico y el modo de ser del mexicano y de su cultura. En *El laberinto de la soledad*, en 1950, escribió Octavio Paz refiriéndose a esta obra de Ramos: su "libro continúa siendo el único punto de partida que tenemos para conocernos [...] la idea central que lo inspira sigue siendo verdadera: el mexicano es un ser que cuando se expresa se oculta, sus palabras y gestos son casi siempre máscaras".

Leopoldo Zea formó, con el apoyo de Ramos y un grupo de jóvenes profesores (Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra y otros más), el grupo Hyperión, que se propuso, entre otras tareas, continuar las investigaciones sobre lo mexicano. Psicólogos, sociólogos, literatos, toda una época de la historia de las ideas en México se caracteriza por esta temática.

En *La historia de la filosofía en México*, referencia obligada para conocer nuestra cultura y nuestra historia; en *Hacia un nuevo humanismo*, en sus estudios sobre Diego Rivera y el arte en México, sobre estética, en toda su obra, señala la ruta a seguir: "Hasta ahora los mexicanos sólo han sabido morir, pero ya es necesario adquirir la sabiduría de la vida"



Salvador Azuela.

Salvador Azuela

(1954 a 1958)

Javier Garciadiego

Sobrino-nieto de don Agustín Rivera, sacerdote liberal y prolífico escritor, e hijo de Mariano Azuela, el principal novelista mexicano del siglo XX, Salvador Azuela nació en Lagos de Moreno, Jalisco, el 4 de septiembre de 1902. A lo largo de sus ochenta años Salvador Azuela habría de acrecentar la tradición intelectual de su familia, y habría de continuar con su habitual postura política democrática, independiente, liberal y nacionalista.

La vida de Salvador Azuela siempre estuvo ligada a la de la Universidad Nacional de México; además, siempre estuvo ligada a las mejores luchas políticas realizadas en, o por, la institución. En efecto, siendo estudiante de la Preparatoria, apoyó la creación de los "cursos libres", en 1918, como respuesta a la decisión de Venustiano Carranza de separar la Preparatoria de la Universidad y asignar el dominio de la primera al gobierno municipal de la ciudad de México. Posteriormente participó en las cruzadas pedagógicas organizadas por José Vasconcelos, aunque luego encabezó el movimiento estudiantil que apoyaba a

Vicente Lombardo Toledano, como director de la Preparatoria, en contra del ministro Vasconcelos. Como consecuencia de su actuación, Azuela fue expulsado de la Preparatoria, radicándo en Puebla y Morelia, donde trabajó en la política de ambos estados. En Morelia concluyó también sus estudios preparatorianos y realizó los de derecho; además, volvió a participar denodadamente en la política estudiantil, lo que lo llevó a militar en el movimiento vasconcelista de 1928 y 1929, en el que destacó por sus cualidades como orador.

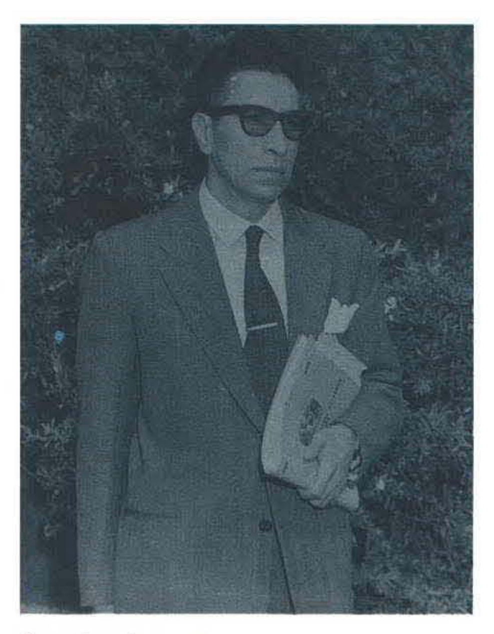
La identificación de la mayoría de los jóvenes universitarios de entonces con el vasconcelismo resulta comprensible, pues deseaban para el país gobiernos civilistas, democráticos, honrados, ilustrados, patriotas y respetuosos de las libertades espirituales de la población. Paralelamente, participó también en el movimiento universitario capitalino que pugnaba por el otorgamiento de la autonomía. Una vez lograda ésta, y luego de la derrota política del vasconcelismo, Azuela decidió concluir sus estudios de derecho en la capital del país, al tiempo que iniciaba su larga carrera docente en la Preparatoria. Titulado en 1933, no realizó una vida profesional tradicional sino que inmediatamente comenzó su larga etapa laboral universitaria, como docente y como funcionario, actividades a las que se vio confinado por su participación en el movimiento almazanista de 1940, aventura política que —junto con la vasconcelista de años antes— provocó que el gobierno impidiera su llegada a la Rectoría en 1942.

Salvador Azuela continuó dedicado a las labores docentes, haciéndolo espléndidamente, según opinión unánime de sus alumnos y discípulos, pues además de poseer grandes cualidades oratorias, era analítico, claro y directo. Fue director de la Facultad de Filosofía y Letras de enero de 1954 a febrero de 1958, y durante su gestión hubo gran apoyo a las labores editoriales y se creó la cátedra sobre la Revolución mexicana, siendo él el primero en impartirla. Al término de su gestión se dedicó otra vez a la docencia, hasta 1968, aunque desde 1961 lo hizo en forma gratuita (pues ya gozaba de su jubilación), actividad que compaginaba con el periodismo, su otra gran vocación desde 1942.

Fiel al ideal vasconcelista de que mejorar la educación y la cultura eran condiciones imprescindibles para el desarrollo nacional, Azuela colaboró en instituciones culturales pero rechazó cuantas invitaciones se le hicieron para ingresar a la burocracia y el PRI. En efecto, fue miembro destacado del Seminario de Cultura, creador-fundador del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y director del Fondo de Cultura Económica de 1964 a 1970. Es probable que sus principales legados sean las más de cien obras que editó en el INEHRM sobre la Revolución mexicana, en las que se encuentran publicaciones documentales y testimoniales de extraordinario valor, así como perspectivas regionales por entonces desconocidas, y su perma-

nente lección de amor a su vocación docente y a la independencia en política.

Antes de morir, el 7 de septiembre de 1983, había entregado su última colaboración periodística, "El arte de envejecer", tema del que escribía con plena experiencia, pues Salvador Azuela fue un gran universitario y un gran mexicano, de joven, de adulto y de anciano. Vasconcelos dijo de él que era "espejo de juventudes". El elogio fue preciso en su evaluación aunque parco en su temporalidad, pues Salvador Azuela fue siempre admirable.


Francisco Larroyo.

Francisco Larroyo

(1958 a 1966)

Agustín G. Lemus Talavera

"[...] todos los hombres filosofan, sean o no conscientes de ello [...]" afirmó Larroyo. Del mismo modo pudo haber dicho que, conscientes o no de ello, todos los hombres hacen pedagogía; porque, si la reflexión es base de la filosofía, la acción que educa lo es de la pedagogía.

El doctor Francisco Larroyo fue el principal promotor de la fundación del Colegio de Pedagogía y de la carrera profesional de la pedagogía universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Filósofo, educador y escritor; maestro y doctor en filosofía y maestro en ciencias de la educación; becario en Alemania durante tres años; profesor en las escuelas Nacional Preparatoria, Normal de Maestros, Normal Superior (de la cual fue cofundador), y en la Facultad de Altos Estudios, donde sucedió a Ezequiel A. Chávez en la cátedra de Filosofía de la educación. Fungió como director del Instituto Nacional de Pedagogía y como director general de Enseñanza Normal.

Fue secretario y director de la Facultad de Filosofía y Letras; presidente de sociedades nacionales e internacionales de filosofía y del Ateneo Mexicano de Ciencias de la Educación, así como primer coordinador de Humanidades de la Universidad. Promovió la creación de la Bibliotheca Scriptorum Grecorum et Romanorum Mexicana. Presidió el XIII Congreso Internacional de Filosofía. Autor de más de treinta y cinco obras sobre filosofía, educación y psicología y traductor de Windelband y Natorp. Quizá su último empeño universitario fue la instauración de la disciplina de la pedagogía en la Universidad.

Sin embargo, para él, como para los demás labradores de la pedagogía universitaria, no hubo en vida, ni en su muerte, homenaje alguno

en nuestra Casa de Estudios. Nuestra cultura, después de tanta brega, no ha sido capaz de hacer de la gratitud una fuerza educadora del espíritu. La deuda pesa, ya, cuatro décadas.

El martes 12 de abril de 1955, dictó en el aula 311 su primera lección en el nuevo Colegio de Pedagogía: El valor formativo de la historia de la pedagogía; al día siguiente, a las siete de la tarde, en el aula mayor, 306, dictó para toda la Facultad su lección magistral: La teoría pedagógica como ciencia de la educación. Desde entonces, expositor brillante, llenó durante varios años el aula mayor con sus lecciones magistrales, haciendo perdurar la herencia docente de las grandes *lectio magistri*, sobre las cuales descansó la fama educativa de las más prestigiadas universidades.

Como consejero técnico del Colegio de Pedagogía su tiempo fue breve debido al ascenso a la Dirección de la Facultad, en la cual, durante ocho años (1958-1966) realizó labor eminentemente académica, fructífera y formal. Creó los anuarios para los Colegios, las bibliotecas especializadas, y edificó espacios para los seminarios doctorales; entre ellos los de Filosofía de la educación, Didáctica de la enseñanza superior e Historia de la educación en México.

Se retiró de la UNAM en 1966 para entregarse de lleno al trabajo de escritor. Vivió como humanista, buscando la más plena y exacta dimensión del hombre a partir del hombre, para su encuentro con la verdad. Murió accediendo al tiempo que no resiste medida, al horizonte que no reconoce frontera, al espacio, único, que puede contenerlo todo sin acabarse, a la dimensión espiritual donde puede alcanzarse, como recompensa por la búsqueda sincera, la religación indestructible con lo imperecedero.

Nacido en Zacatecas, México, en 1908, cerró su ciclo vital el 10 de junio de 1981. En forma póstuma se publicó el *Diccionario de pedagogía*, su último aporte al quehacer del que siempre huyó sin lograrlo, el de la pedagogía, a la cual dio contenido, sentido, impulso y realidad en la Universidad.

"Yo no soy pedagogo, soy filósofo; los pedagogos son ustedes; he incursionado en la pedagogía por necesidad de satisfacer una inquietud de mi quehacer filosófico". Esto me dijo el doctor Larroyo cuando acudí a despedir al maestro, al término de su periodo como director de la Facultad de Filosofía y Letras. No supe, entonces, de qué inquietud se trataba; pero supe después, de labios de María Guadalupe, la noble compañera de su vida, que, moribundo, le inquietaba alcanzar a escribir su rectificación filosófica. Quien, así sea al final de la vida, descubre su más íntimo y valioso mensaje para entregar a los demás, no puede sino tener entraña de docente. Ahora sé que Francisco Larroyo fue educador por su vocación, pedagogo por su acción y maestro por su significación.

Queden estas líneas para el maestro Larroyo como un grano de justicia en la báscula del tiempo y como una gota agradecida en el seno de la vida, hoy, en que la gratitud, como virtud social, ya no se practica, ya no se educa y ya es, siempre, extemporánea.

Leopoldo Zea

(1966 a 1970)

Abelardo Villegas

El ejercicio profesoral de Leopoldo Zea, quien comenzó a dictar cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras desde muy temprano, no se limita sólo a lo que llamaríamos la labor de pizarrón, sino que tiende a estimular en sus jóvenes alumnos el conocimiento de la realidad en torno. Muchos de ellos se han convertido en brillantes investigadores, pero quizá destaca, en este sentido, la organización del grupo Hiperión, que marcó una impronta en la cultura mexicana al proponerse como tema generacional, a finales de la década de los cuarentas, el estudio de lo mexicano. Zea los encabezó pero siempre sostuvo que no se trataba de un estudio narcisista sino tan sólo de un procedimiento para situar lo nacional en la historia universal. Él mismo había iniciado tal inves-



Leopoldo Zea tomando posesión de la dirección de la Facultad, 1966.

tigación con su libro *El positivismo en México* (1943) y luego con *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, obra que fue producto de un largo viaje de estudio por América Latina. Más tarde iniciaría el proceso de situar a *América en la historia* (1967), de elaborar una *Filosofía de la historia de América* (1976) y una filosofía de la historia general, desde el punto de vista latinoamericano, que se titula *Discurso desde la marginación y la barbarie* (1988). Estas obras, y muchas otras más que ha escrito, constituyen una verdadera filosofía hecha desde el punto de vista del Tercer Mundo, lo que implica una fuerte originalidad.

Esto fue lo que propició una rápida difusión en la América Latina, al grado de que el propio Leopoldo Zea inició, desde el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, la tarea de publicar una historia de las ideas en América, prácticamente país por país, encargada a varios especialistas de renombre, de modo que lo que se inició como tarea generacional en México, se convirtió en una labor latinoamericana.

Pero las cosas no se detuvieron ahí puesto que la mirada de Zea se extendió a todo el mundo, y en particular a los países tercermundistas, entre los cuales, muy tempranamente, incluyó Leopoldo Zea a la Unión Soviética, tan marginada de Occidente como, del otro lado, la propia España. Esta es la razón por la cual sus obras han sido traducidas al ruso, al alemán, al francés, al inglés, al italiano y al polaco, lo que le ha acarreado muchas distinciones tanto nacionales, como el Premio Nacional de Ciencias y Artes, Historia, Ciencias Sociales y Filosofía (1980), el Premio Universidad Nacional de Investigación en Ciencias Sociales (1988), como internacionales: el doctorado *honoris causa* de la Universidad Estatal de Moscú, el doctorado *honoris causa* de la Universidad de París X, etcétera.

Pera también Leopoldo Zea se ha sentido comprometido con su realidad: como universitario, ocupando la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras (1966-1970), la Dirección General de Difusión Cultural (1970-1973), la del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, la de la revista *Cuadernos americanos*, todo ello en la Universidad Nacional Autónoma de México. Y, desde otro punto de vista, desde hace muchos años colabora semanalmente en el diario *Novedades* con artículos sobre temas de política nacional e internacional, e incluso tiene una incursión en la política militante, pues fue el primer presidente del Instituto de Estudios Políticos y Sociales del Partido Revolucionario Institucional. Sin embargo, las actividades políticas de Zea han sido hechas desde el punto de vista de su condición de profesor e investigador. De alguna manera, ha intentado hacer lo que en un tiempo se denominó política de la cultura. Es, por lo tanto, un hombre fiel a sí mismo y a su vocación claramente filosófica, en el mejor sentido de la expresión.

Ricardo Guerra Tejada

(1970 a 1978)

Enrique Moreno y de los Arcos

Ricardo Guerra es, sin lugar a dudas, uno de nuestros filósofos contemporáneos de personalidad más controvertida. Es también, a no dudarse, uno de quienes más se ha esforzado por lograr que el amplio público, universitario o no, trabe contacto no sólo con el pensamiento filosófico, sino con otras formas de pensamiento racional y sistemático.

El programa "Filosofía contemporánea" que transmite Radio Universidad de México desde hace ya cuatro décadas, y la plana semanaria del periódico *El Día*, con dos décadas de publicarse, bastarían por sí solas —conferencias y cursos aparte— para justificar la anterior afirmación.

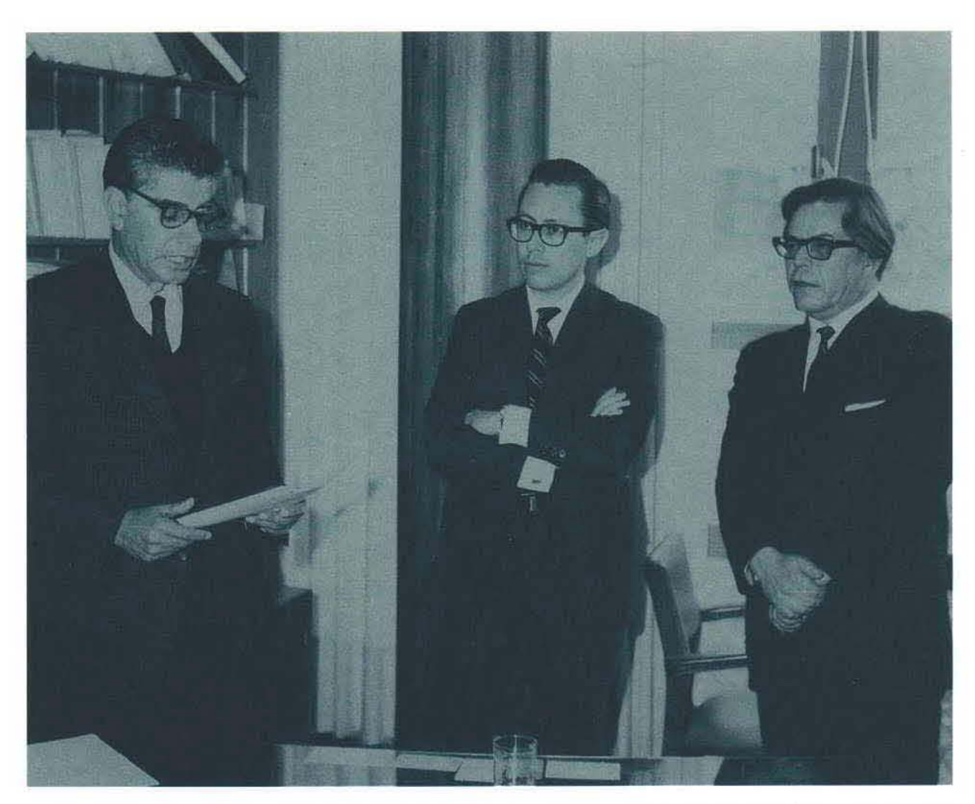
Nacido en México, Distrito Federal, el 10 de febrero de 1927, cursó estudios de maestría y doctorado en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, entre 1945 y 1948. Obtuvo el grado de maestría, *cum laude*, en 1953.

Su carrera académica dentro de nuestra Facultad se inició desde sus años de estudiante. En 1948, Samuel Ramos, director de la Facultad, propuso al rector de la UNAM el nombramiento de Ricardo Guerra como profesor adjunto de la cátedra de Estética que el propio Ramos impartía. Fue nombrado profesor del curso monográfico de Estética en julio de 1949. En 1952, propuesto por la Facultad de Filosofía y Letras, fue profesor fundador de la Facultad de Filosofía, Letras e Historia de la Universidad de Guanajuato.

Marchó después a Europa donde realizó estudios de doctorado en Filosofía en la Universidad de París, de 1953 a 1955. Durante los dos años siguientes realizó cursos de posgrado en la Universidad de *Freiburg im Breisgau*, en Alemania. En 1956 obtuvo el doctorado de la Universidad de París, con mención honorífica, al presentar la tesis *Le Problème du Corps dans la Tradition Philosophique Française*.

Vuelto a México, se reincorporó a la vida universitaria como profesor de nuestra Facultad. Electo consejero universitario en 1967, fue presidente de la Comisión de Trabajo Académico, cargo en que se desempeñó hasta dejar la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras en 1978. Participó durante más de una década de manera relevante en las principales decisiones de carácter académico que tomó la UNAM.

Electo director de la Facultad en 1970, la Junta de Gobierno lo reeligió por unanimidad en 1974. Sería prolijo referir todas las modificaciones, tanto en lo académico como en lo administrativo, que propició a lo largo de ocho años de gestión. Baste, como ejemplo, recordar la creación de los centros de investigaciones de las diferentes especialidades en el posgrado, y la construcción y renovación de la Biblioteca, así como el plan de becas y formación de profesores.



Fernando Solana da posesión a Ricardo Guerra como director de la Facultad; presencia el acto Leopoldo Zea, director saliente. Marzo de 1970.

Al término de su gestión aceptó el cargo de embajador de México en la República Democrática Alemana, que desempeñó de 1978 a 1983, y cuya labor lo hizo merecedor de la condecoración "Estrella de Oro de la Amistad entre los Pueblos".

De sus escritos cabe destacar: *Crítica de la tesis de lo mexicano*; *La obra de Samuel Ramos*; *El fracaso de Marcuse; Begriff und Zeit; Identitat und negation; Kant Kritik der Reinen Vernuft; Nietzsche y el nihilismo; Hegel y la historia*. De particular relevancia es su aportación a la traducción de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1966.

Lo más importante y relevante de su vida académica ha sido siempre la docencia y especialmente la dirección de trabajos, investigaciones, tesis profesionales y de posgrado así como la formación de profesores e investigadores. Ha impartido cátedras y conferencias en diversas universidades del país y del extranjero. Obtuvo en 1986 la Cátedra Especial "Samuel Ramos", otorgada por concurso por el H. Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1992 y 1993 dictó la Cátedra Extraordinaria "El fin de la metafísica y el pensamiento actual".

Actualmente imparte en nuestra Facultad el Seminario de ontología y cursos sobre filosofía moderna y contemporánea. Su labor de difusión del pensamiento se ha visto ahora incrementada, desde 1989, al ocuparse de la Dirección General del Instituto de Cultura del Estado de Morelos.

Abelardo Villegas Maldonado

(1978 a 1982)

Felícitas López Portillo T.

Abelardo Villegas Maldonado (ciudad de México, 1934) es un académico formado en la Universidad Nacional Autónoma de México y dedicado enteramente a ella. Egresado de la Escuela Nacional Preparatoria, obtiene los grados de maestro y doctor en Filosofía (1958 y 1971, respectivamente) en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, con los máximos honores. Ejerce la docencia en la Escuela Nacional Preparatoria de 1954 a 1966; en 1959 ingresa a la citada Facultad como profesor, y en 1966 obtiene el tiempo completo, con especialidad en filosofía mexicana y latinoamericana. Desde esta fecha ha venido impartiendo sus cátedras en licenciatura y posgrado. Asimismo, ha sido profesor invitado de universidades del interior del país, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de El Colegio de México y de la Universidad de California. En 1992 ocupó la Cátedra Extraordinaria Maestros del exilio español con el tema "Seminario de ideología política, la idea del hombre en la filosofía mexicana", en la Facultad de Filosofía y Letras. Actualmente coordina un grupo de investigación, apoyado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, sobre los fundamentos filosóficos de los derechos humanos. En 1993 fue distinguido con el Premio Universidad Nacional, en el área de Docencia en Ciencias Sociales.

Estudioso de la filosofía de lo mexicano, especialista en el pensamiento político contemporáneo de América Latina, y becario de la Fundación Rockefeller, Abelardo Villegas aúna a la excelencia académica y capacidad docente, una insobornable actitud crítica, punto toral de su pensamiento, cualidad imprescindible en un verdadero intelectual. Contrario a las torres de marfil del gabinete o del cubículo, sus preocupaciones teóricas han girado en torno de la filosofía política y la importancia de ésta en la integración de México. Su análisis del liberalismo y la democracia, cuyas metas aún no se han cumplido en nuestra América, se basa en su conocimiento del pensamiento mexicano y sus querellas alrededor de la permanencia o no de la Revolución, la valía del filosofar latinoamericano sobre su circunstancia y las maneras de cambiarla pues, en su concepto, la filosofía fue y es un saber de salvación y no un puro menester teórico.[1] A estas tareas filosóficas agrega una larga militancia en el periodismo político independiente. En suma, en Abelardo Villegas se reúnen la filosofía, la política y la historia en una unidad dialéctica. Es autor de más de quince libros, así como de numerosos ensayos y artículos publicados en el país y en el extranjero. Entre sus obras más importantes se cuentan: *La filosofía de lo mexicano*; *Panorama de la filosofía iberoamericana*

actual; *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano* (ya en su sexta edición); *Cultura y política en América Latina*; *México en el horizonte liberal*; *Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo* XX; *Violencia y racionalidad*; *Democracia y dictadura* y *La Universidad en la encrucijada*.

Al lado de esta gran labor docente y de investigación, el doctor Villegas ha ocupado importantes cargos académico-administrativos en la UNAM, de los cuales destacan los siguientes: director de la Facultad de Filosofía y Letras (1978-1982); secretario ejecutivo del Consejo de Estudios de Posgrado (1985-1986); coordinador general de Estudios de Posgrado (1986-1987); secretario general académico (1987-1988). Desde octubre de 1990 es secretario general de la Unión de Universidades de América Latina. También es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de diversas comisiones dictaminadoras, encomiendas que ha cumplido sin dejar de asistir a clases, jurados académicos y cargos de representación de diversa índole (entre ellos, miembro de la Junta de Gobierno del Colegio de Michoacán). A su paso por la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras fundó las revistas *Thesis* y *Poliedro*, lo mismo que *Omnia*, de la Coordinación General de Estudios de Posgrado. Durante los años de 1973 a 1976 colaboró con el periódico *Excélsior* y, a partir de este último año, en el semanario *Proceso*.

Esta breve semblanza pretende dar cuenta de la trayectoria de uno de los más destacados intelectuales mexicanos surgidos, como tantos otros, de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra UNAM.

[1] Abelardo Villegas, *La filosofía en la historia política de México*. México, Pormaca, 1966, p. 218.



Josefina Zoraida Vázquez, Eugenia Revueltas y Abelardo Villegas, 1965.

José G. Moreno de Alba

(1982 a 1986)

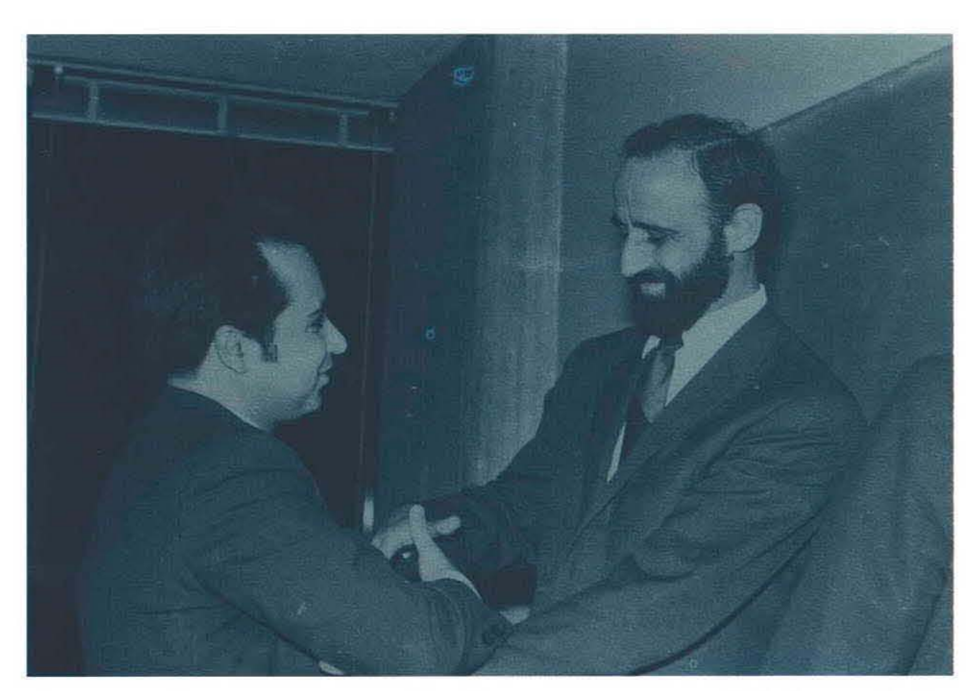
José Pascual Buxó

Pocas veces coincide la prudencia con la juventud, la sólida sapiencia con la expansiva alegría, pero cuando esto ocurre nos hallamos ante un ser humano llamado a la conquista de sí mismo. Evoco aquella casa en que un grupo de universitarios nos reunimos a lo largo de tres años para imaginar, discutir y redactar un libro capaz de poner ante los ojos de los alumnos carentes de maestro los claros secretos de nuestra lengua española y la humana diversidad de su literatura.

Al empezar, no todos en aquel grupo reunido al superior conjuro de Rubén Bonifaz Nuño éramos amigos; ni siquiera podría decirse que nos unieran nuestras comunes experiencias estudiantiles o profesionales, de suerte que no fueron fáciles las primeras semanas de concertación de tareas y avenencia de personalidades. Por momentos pareció muy difícil, si es que no imposible, que el temperamento emotivo y aun explosivo del uno pudiera armonizarse con la esquiva reticencia del otro. En esas primeras horas de ajuste de un grupo humano unido por la voluntad arcana del demiurgo, la madura prudencia y la tolerante sabiduría de José Moreno de Alba permitieron —quizá sin que entonces lo hayamos percibido plenamente— la conjunción del grupo, la tolerancia de las divergencias y la conciencia de una tarea que nos comprometía por encima de los caprichos del carácter o las parcialidades de la ideología.

Esas preclaras virtudes que señalo en José Moreno de Alba han ido acendrándose en el tiempo y han marcado naturalmente su derrotero humano y profesional. Hoy, cuando la Facultad de Filosofía y Letras conmemora sus setenta años, evoco las circunstancias en las que nació nuestra amistad, pero —y sobre todo— mi primer conocimiento de la firmeza de sus convicciones universitarias y la templanza de su carácter, que le dieron un sello inconfundible al periodo en que le tocó actuar como director de la Facultad. Periodo ni más ni menos conflictivo que otros, puesto que siempre resuenan en la Universidad las aguas bravas de los conflictos sociales; pero José Moreno de Alba quiso anteponer a los impulsos disgregadores siempre presentes en toda agrupación humana, las normas de la convivencia universitaria y del razonamiento persuasivo y didáctico. En otras palabras, la concordia de los ímpetus individuales con los fines de la agrupación profesional.

Pero no hablo solamente de aquellas virtudes de carácter que se reflejan en la actuación política de la persona —política en el sentido que antaño tuvo esta palabra y que nunca debió de perder, esto es, la actividad orientada a la mejoría de la conducta del hombre en sociedad—, sino de las que determinan su vida intelectual y los productos



José G. Moreno de Alba y Juan Miguel Lope Blanch.

de su espíritu. José Moreno de Alba es, no por casualidad, uno de los lingüistas más destacados de nuestro país, sino porque ninguna otra disciplina pudo hallar mejor acomodo a su particular idiosincrasia.

La lengua, entendida no sólo como común facultad de comunicarnos con los de nuestra especie, sino como sistema de signos ordenados para el cumplimiento de ese fin, exige para su estudio dos condiciones esenciales: la capacidad de abstraer sus normas y mecanismos gramaticales, esto es, su condición de sistema construido con rigurosa lógica interna, y la capacidad de entender los vastos y, en ocasiones, inexplorados dominios de la experiencia humana que se manifiestan a través del uso particular de ese sistema comunitario. El lingüista cabal ha de atender ambos aspectos y no quiere reducir el lenguaje humano a un puro mecanismo formal y al hombre mismo a un horizonte de repeticiones previsibles o, dicho de otra manera, ha de encontrar en sí mismo, en su propia conciencia despierta, la tenacidad que nos conduce al conocimiento y el amor que nos descubre la alegría.

Arturo Azuela

(1986 a 1990)

Horacio López Suárez

Arturo Azuela nació el 30 de junio de 1938 en la ciudad de México, de familia de gran abolengo cultural y literario, hijo de Salvador Azuela y nieto de Mariano Azuela, oriundos de Lagos de Moreno, Jalisco.

Hizo sus estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México; se recibió en 1965 de la licenciatura en Ingeniería Civil y de la maestría en Ciencias Matemáticas en la Universidad de Austin, Texas. También se recibió como licenciado en Historia en 1971 y de la maestría en la misma especialidad en 1973 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde termina estudios de doctorado en esa disciplina. Realiza durante años el aprendizaje de la teoría y práctica del violín en la Escuela Nacional de Música, que abandona para dedicarse a la enseñanza de las matemáticas y a la creación literaria y periodística.

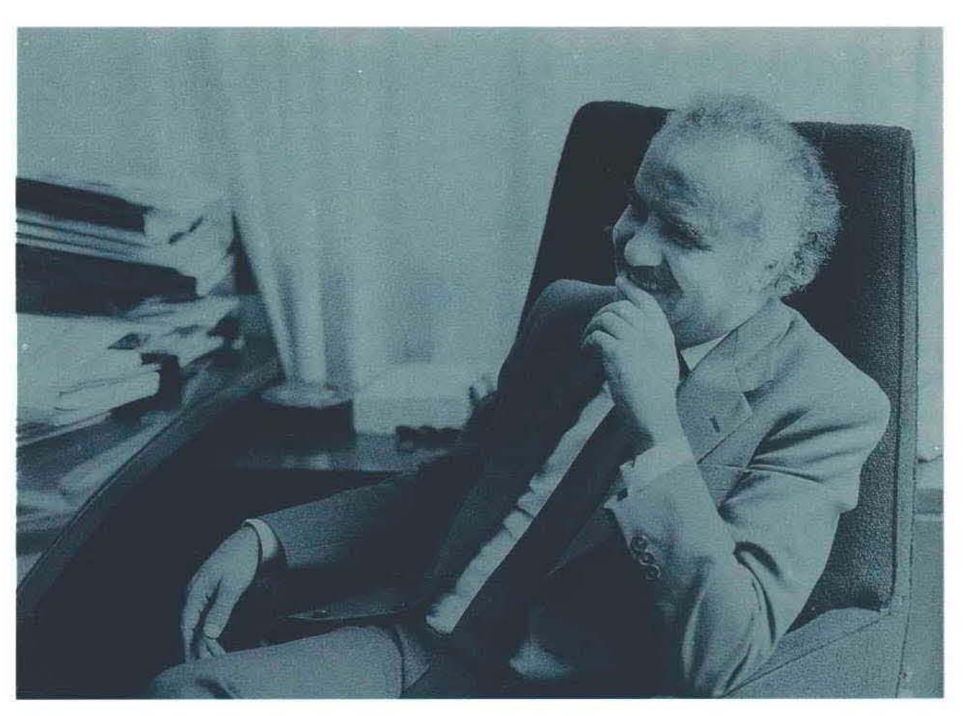
Su currículo es extensísimo debido a su gran capacidad y calidad dentro de la ciencia y las ciencias del espíritu, así como de las humanidades, a las que se ha dedicado toda su vida. Profesor de las disciplinas que maneja, ha sido maestro de matemáticas, y ha impartido clases en los colegios de Historia y de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, desde 1966.

Como profesor invitado, ha colaborado con varias universidades de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica. Se ha desempeñado en diversos puestos de la más alta jerarquía académica; fue director de la Casa del Lago (1978), de la revista *Universidad de México* (1978), de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM (1979), del Centro Universitario de Profesores Visitantes (1980), de la Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, INBA (1981-1982), subdirector del INBA (1981-1982), coordinador general del Sistema de Universidad Abierta, SUAUNAM (1985-1987), presidente de la Confederación Latinoamericana de Escritores, miembro del Seminario de Cultura (1985), director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (1986-1990), y ocupa una silla en la Academia Mexicana de la Lengua (1985).

Como periodista, fue director del suplemento cultural del periódico *El Nacional*, colaborador en la página editorial de los periódicos *Excélsior* y *Uno más uno*, y de las revistas *Universidad de México* (de la Universidad Nacional Autónoma de México) y *La onda.*

En la actualidad es gerente del Fondo de Cultura Económica en Madrid, donde lleva a cabo una extensa, amplia y fructífera labor cultural entre México, España y otros países europeos.

Su asistencia a congresos, conferencias sobre literatura mexicana e hispanoamericana y cursos sobre literatura es muy extensa. Es repre-



Arturo Azuela.

sentante de la Academia Mexicana de la Lengua ante su equivalente española.

Aunque se incorpora tardíamente a la literatura, en los últimos quince años ha publicado siete novelas que han recibido varios premios literarios; el "Xavier Villaurrutia", en 1974; El Premio Nacional de Novela, 1978 y el "Libro de Otoño", en España, en 1983.

Las novelas que lleva publicadas son las siguientes: *El tamaño del infierno*. México, Joaquín Mortiz, 1973; *Un tal José Salomé*, 1975; *Manifestación de silencios*, 1979; *La casa de las mil vírgenes*, 1983; *El don de la palabra*, 1984; *El matemático*, 1990 y *La mar de utopías*, 1990, su más reciente novela. Su próxima obra, de pronta publicación, se intitula *Avenida Insurgentes*. Ensayista agudo, con gran sentido crítico en sus innumerables trabajos literarios y científicos; como ejemplos, los dedicados a José Revueltas, Alejo Carpentier, Mauricio Magdaleno, Jorge Ibargüengoitia, Luis Rius, Sergio Fernández, Kepler, Galileo, Einstein.

Desde su primera novela, *El tamaño del infierno*, Arturo Azuela se dio a conocer como excelente narrador, con un riquísimo acervo de la lengua, con grandes dotes de observador de la realidad del país y de las entreveradas complicaciones que el pueblo de México padece por los cambios políticos y sociales. En *Un tal José Salomé* describe a la gran urbe, la ciudad de México, eje novelístico de la obra, y tantas desigualdades económicas de sus habitantes, ciudades perdidas, chabolas y miserias. *Manifestación de silencios* tiene como fondo los hechos del movimiento estudiantil y los trágicos sucesos de 1968, tema que ha dado origen a numerosas recreaciones en la literatura. El espacio don-

de se desarrolla la narración de *La casa de las mil vírgenes* es la colonia Santa María la Ribera, en la que el autor vivió su infancia y adolescencia. En *El don de la palabra*, Azuela recrea su convivencia con el exilio republicano español al que está tan estrechamente vinculado. *El matemático* ha sido seleccionada para una edición extraordinaria por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España en su segunda edición. Aparecerá con un prólogo del ex rector de la Universidad Complutense de Madrid y presidente honorario de la Academia de la Historia, doctor Pedro Laín Entralgo, médico humanista. Es una nueva versión de Arturo Azuela con cambios en la estructura de la novela. El prologuista hace hincapié en "la copiosa erudición matemática y en el notable ingenio" del autor. La novela será presentada en la Casa de América de Madrid por destacados miembros de la comunidad científica de España.

Se han hecho innumerables ediciones de sus novelas en editoriales mexicanas y españolas, y traducciones al inglés y al polaco de su obra narrativa.

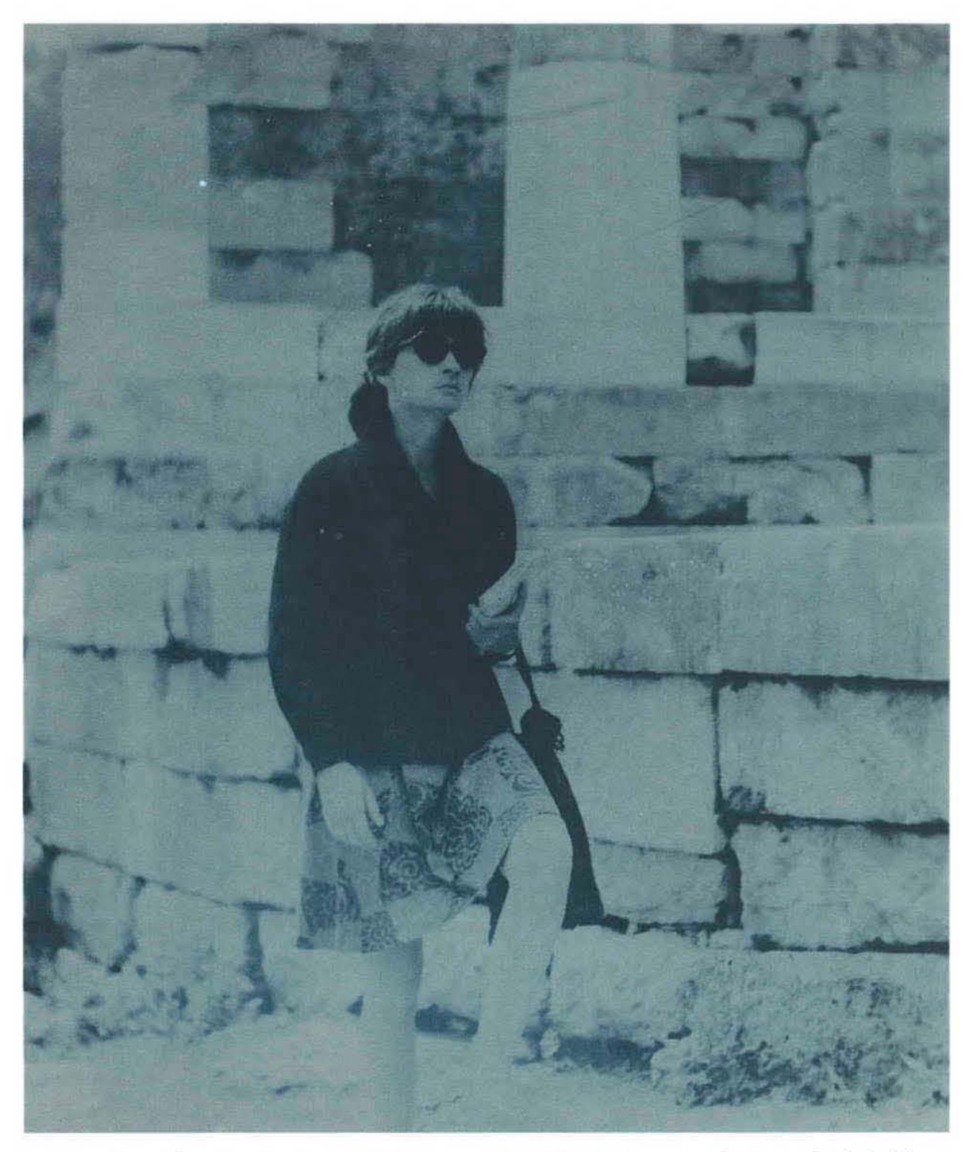
Juliana González

(1990-1994, 1994-1998)

Ramón Xirau

Desde que la conozco, Juliana González ha andado por los caminos de la filosofía. Cercana al filósofo catalán Eduardo Nicol, llegó a ser su mejor discípula, lo cual implicaba, entre otras cosas, amor a la metafísica, a la ética y a ese universo griego que, con tanta frecuencia, Juliana González ha cultivado después. Sobre su maestro escribió la tesis doctoral, que se convirtió en el mejor libro acerca de la obra nicoliana: *La metafísica dialéctica de Eduardo Nicol* (UNAM, 1981). Por otra parte, Juliana ha venido desarrollando cada vez más su propia obra viva, vital, muy ya del todo suya.

Todos sabemos que Juliana González no se ha alejado nunca de los filósofos clásicos. Son especialmente importantes y valiosas sus investigaciones sobre Heráclito, Platón, Spinoza. Entre los modernos y contemporáneos, ha analizado a fondo a Nietzsche, a Heidegger, a Sartre, a Erich Fromm. En todos sus estudios existe una tendencia precisa: la del humanismo. Por lo demás, no ha dejado de prestar atención a los escritores —Dostoyevsky, Kafka, conocidos a fondo. Todo sin olvidar su afición por el arte y, en particular, su hermoso texto dedicado a la pintora Remedios Varo.



Juliana González, 1968.

De singular importancia en cuanto a la ética y a la *praxis* del libre albedrío es el libro *Ética y libertad*, publicado en 1989. Citemos una frase especialmente reveladora de este texto si queremos darnos cuenta de la *intención filosófica* de Juliana González. Dice así:

> La metáfora paradigmática de la unidad psíquica de la vida moral sigue siendo, así, la del 'mito' platónico del 'carruaje alado', unidad indisoluble de la conciencia con las fuerzas primigenias de la vida; unidad siempre en movimiento, siempre *tensa*, siempre en la alternativa de 'ascenso' o de 'caída'.

Tensa, es decir, en constante lucha, en constante movimiento dialéctico, en continuado diá-logo del hombre con la naturaleza, del hombre con los demás hombres.

Esta actitud ética aparecía ya en un libro excepcional, publicado por Juliana González en 1986; me refiero a *El malestar en la moral.* En él se analiza con gran detalle y precisión el problema que Freud ha planteado para la ética. Sin olvidar determinismos, a veces demoledoramente reductivos, puede pensarse en Freud como el pensador a partir del cual se afirma cierta libertad, camino al que Juliana González llama un "humanismo integral".

Juliana González, helenista y maestra de especialistas en el mundo griego —recientemente ha sido co-fundadora de la Sociedad Internacional Platónica en Peruggia, Italia— es, por vocación, descubridora de vocaciones. A sus discípulos les ha comunicado esta inapreciable muestra de rigor y vida que entrañan la capacidad analítica, el afecto, la disciplina, la tolerancia, el orden.

Mucho de lo que piensa Juliana González puede acaso ser recordado a partir de un breve fragmento especialmente hondo de nuestro maestro —es maestro de todos— Heráclito de Éfeso: "El *ethos* es para el hombre su destino (*daimon*)".

Nicol, maestro de Juliana, terminó un día una de sus intervenciones diciendo únicamente la palabra "gracias". "Gracias" es la palabra que muchos dirigimos a Juliana González por su cordialidad, su verdadero y vivo afecto, su amistad.

Agradecimientos y créditos fotográficos

Deseamos agradecer y dejar un registro de todas aquellas personas que tan gentilmente nos facilitaron material fotográfico, ya que sin éste no hubiera sido posible ilustrar el presente volumen:

Jesús Aguirre Cárdenas, p. 277 ▮ Ángela Alessio Robles, p. 283 ▮ Ida Appendini Tazzer, p. 285 ▮ Adela de los Arcos de Moreno, p. 443
Alicia Barajas de Ruelas, p. 500 ▮ Ángel Bassols Batalla, p. 293 ▮ Helena Beristáin, p. 508 ▮ Teresa Bosque Lastra de Ortega y Medina, pp. 341, 455
Manuel Cabrera, p. 306 ▮ Enrique Cebado Trejo, p. 316 ▮ María Elena Dubernard de Gurría, pp. 383, 498 ▮ Eleonora Esquivel, p. 334
Margarita Ezcurdia, p. 337 ▮ Sergio Fernández, p. 345 ▮ Marianna Frenk-Westheim, p. 353 ▮ Mercedes de la Garza, p. 503 ▮ Mercedes Garzón, p. 368
Héctor Gómez, p. 330 Guillermina González de Lemoine, pp. 397, 459 ▮ Enriqueta González Padilla, p. 377 ▮ Ignacio González Polo, p. 525
Juliana González Valenzuela, p. 592 ▮ María Gutiérrez de López, p. 407 ▮ María Teresa Gutiérrez de MacGregor, p. 385
Natalia y Rodrigo Herranz Fanjul, p. 339 ▮ Victoria Hidalgo de García, pp. 267 (III), 363 ▮ Elizabeth Holt de Vivó, p. 545 ▮ Ricardo Horneffer, p. 450
José Luis Ibáñez, p. 391 ▮ Corina de Iturbe, p. 466 ▮ Luz Margarita Iguíniz García, p. 392 ▮ Paulina Lavista, p. 332 ▮ Agustín Lemus, p. 398
Juan Miguel Lope Blanch, p. 406 ▮ Héctor Mendoza, p. 425 ▮ Eugenia Millán, pp. 267 (V), 428 ▮ Mario Miranda Pacheco, p. 432
Marianna Montalto, pp. 350, 380, 434 ▮ José G. Moreno de Alba, p. 588 ▮ Rafael Moreno Montes de Oca, pp. 176, 441, 527, 555, 572
Enrique Moreno y de los Arcos, p. 523 ▮ Angelina Muñiz-Huberman, p. 447 ▮ Alicia Perales, p. 464 ▮ Margarita Quijano, pp. 179, 471
Vicente Quirarte, pp. 300, 473 ▮ Alicia Reyes, pp. 436, 480 ▮ Dolores Riquelme, p. 482 ▮ Manola Rius, p. 484 ▮ Estela Rojo de Blanquel, p. 295
Carlos Sáenz de la Calzada, p. 505 ▮ Andrea Sánchez Quintanar, p. 488 ▮ Carlos Solórzano, p. 520 ▮ Arturo Souto, p. 521
Manuel Ulacia, p. 317 ▮ Elisa Vargas Lugo, pp. 302, 304, 421, 540 ▮ Josefina Zoraida Vázquez, pp. 541, 586
Silvia Vázquez y Jaime Erasto Cortés, p. 556 ▮ Magdalena Vences, pp. 161, 162, 163, 164, 165, 379, 446
Aimée Wagner, p. 548 ▮ Ramón Xirau, pp. 400, 510, 550, 551 ▮ Vera Yamuni, pp. 357, 359, 553.

Asimismo, deseamos expresar nuestro reconocimiento a las siguientes instituciones que nos permitieron reproducir parte de su material fotográfico:

Centro de Estudios Sobre la Universidad (CESU), pp. 35, 54, 59, 71, 74, 77, 87, 88, 89, 90, 102, 107, 114, 115, 116, 119, 130, 158, 172, 175, 187, 188, 191, 194, 195, 197, 200, 203, 206, 211, 212, 217, 218, 222, 227, 228, 233, 236, 239, 242, 245, 247, 250, 253, 254, 267 (I, II, IV, VI), 268 (I), 313, 319, 325, 370, 413, 416, 469, 542, 567, 570, 577, 579, 584, 590.
Instituto de Investigaciones Estéticas, pp. 257, 269 (I), 328, 346, 476, 492, 495, 502, 531.
Centro de Investigación Teatral Rodolfo Usigli (CITRU), pp. 386, 403, 535.
Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCYDEL), p. 581.
Archivo Facultad de Filosofía y Letras, pp. 4, 7, 8, 9, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 22, 23, 25, 39, 42, 51, 61, 108, 111, 154, 157, 255, 258, 260, 261, 268 (II, III, IV, V, VI), 269 (II, III, IV, V), 270 (I, II, III, IV, V), 271, 279, 280, 288, 323, 461, 490, 496, 515, 576.

De las siguientes publicaciones se tomaron las fotografías que se mencionan a continuación (el número de página que se acota corresponde al presente volumen):

Libros:

Antonio Magaña Esquivel, *El teatro, contrapunto*. México, FCE, 1976, p. 451.
Pedro Rojas, *La casa de los Mascarones*. México, UNAM, 1985, pp. 135, 141, 153.
Beatriz Ruiz Gaytán, *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1954, pp. 123, 169, 171, 561, 562, 564, 565, 568, 574.
Anuario General de la UNAM. México, UNAM, 1964, p. 56.
Estudios de Historia Novohispana, vol. 2. México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, p. 430.
La Universidad de 1953 a 1960. México, UNAM, 1961, p. 249.
Memoria de la Exposición sobre la Universidad, vol. XI. México, UNAM, 1979, pp. 45, 47, 48, 57, 67, 85, 99.

Publicaciones periódicas:

Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, mayo-junio de 1976, núms. 5-6, pp. 297 y 375.
Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, julio-agosto de 1976, núms. 7-8, pp. 333, 367, 453.
Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, septiembre-octubre de 1976, núms. 9-10, p. 361.
Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, julio-agosto de 1977, núm. 4, pp. 287, 360, 365,438, 468, 538.
Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, noviembre-diciembre de 1977, núm. 6, p. 354.
Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, noviembre de 1983, núm. 8, p. 423.
Perspectiva, revista de la Facultad de Filosofía y Letras. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, agosto de 1981, núm. 6, p. 349.

Fotógrafos:

Lorena Alcaraz y Bernardo Arcos (GRAFILIA), pp. 4, 7, 8, 9, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 22, 23, 25, 39, 42, 48, 51, 61, 268 (II, IV), 271, 279
Gustavo Amézaga, pp. 260, 261, 270 (I) ▮ Compañía Mexicana de Aerofoto, pp. 242, 245, 247 ▮ Rogelio Cuéllar, pp. 268 (III, V), 269 (III, IV, V), 270 (II, IV), 280, 496, 515, 590 ▮ Héctor García, pp. 267 (IV), 325 ▮ Paulina Lavista, p. 332 ▮ Morales Monter, p. 540 ▮ Rodrigo Moya, p. 391
Eduardo Olvera, p. 532 ▮ Manuel Paz, p. 398 ▮ Xavier Quirarte, p. 473 ▮ Pedro Rojas, pp. 161, 162, 163, 164, 165, 446
Ricardo Salazar, pp. 233, 236, 239, 250, 253, 267 (VI), 359, 425, 441 ▮ Gerardo Suter, p. 403 ▮ Elisa Vargas Lugo, pp. 260, 261, 421, 455.

Por último, queremos agradecer a las siguientes personas su ayuda desinteresada para la localización de algunos significativos materiales fotográficos:
Ofelia Escudero, Rosa Camelo, Marisa Belausteguigoitia
y, principalmente, a
Libertad Menéndez, Paulette Dieterlen, Dora Rodríguez de Pinzón,
Elisa Lozano Álvarez y Leticia Medina Rodríguez.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dra. Juliana González Valenzuela
Directora

Mtra. Gloria Villegas Moreno
Secretaria General

Lic. Ricardo Horneffer Mendel
Secretario Académico

C. P. Ilia Parres Ilizaliturri
Secretaria Administrativa

Dra. Paulette Dieterlen
Jefa de la División de Estudios de Posgrado

Mtro. Michel Colin White
Jefe de la División de Estudios Profesionales

Dr. Horacio López Suárez
Jefe de la División del Sistema Universidad Abierta

Lic. Raúl del Moral Mena
Secretario de Planeación y Organización

Lic. Silvia Vázquez Vera
Secretaria Académica de Servicios Escolares

Mtro. Enrique Hülsz Piccone
Secretario de Extensión Académica

Dra. Elsa Barberena Blásquez
Coordinadora de Bibliotecas

Mtra. Margarita Palacios Sierra
Coordinadora del Centro de Apoyo a la Docencia

Mtra. Libertad Menéndez Menéndez
Coordinadora del Centro de Apoyo a la Investigación

Mtra. Mariapia Lamberti
Coordinadora del Centro de Educación Continua

SETENTA AÑOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Directora:
Juliana González Valenzuela

Compiladores:
Paulette Dieterlen, Ricardo Horneffer, Libertad Menéndez,
Raúl del Moral, Silvia Vázquez, Gloria Villegas

Secretario de Extensión Académica
Enrique Hülsz Piccone

Coordinación editorial y cuidado de la edición:
Gabriela Eguía-Lis Ponce

Investigación iconográfica:
Gustavo Amézaga Heiras

Coordinación administrativa:
Ilia Parres Ilizaliturri

Diseño:
Gustavo Amézaga Heiras

Índice

❧ *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras* ❧
editado por la Coordinación General de Publicaciones de la Facultad
de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir el mes de
noviembre de 1994 en los talleres de Litográfica Turmex, S. A.,
Lago Silverio 113, colonia Anáhuac. México, D. F. El tiraje
consta de mil ejemplares. La impresión se hizo en papel
Creaprint de 150 gramos. El apoyo técnico al diseño
gráfico fue de Víctor Manuel Juárez Balvanera. La
captura estuvo a cargo de Elizabeth Díaz Salaberría.
La diagramación y la formación se hicieron en
equipo Macintosh, con tipos Veljovic 10:12,
11:12.5 y 12:14 , y estuvieron a cargo de
Folia Editorial, Apartado Postal 81,
Villa Corregidora, Querétaro,
Código Postal 76900,
91 (42) 25 09 69.